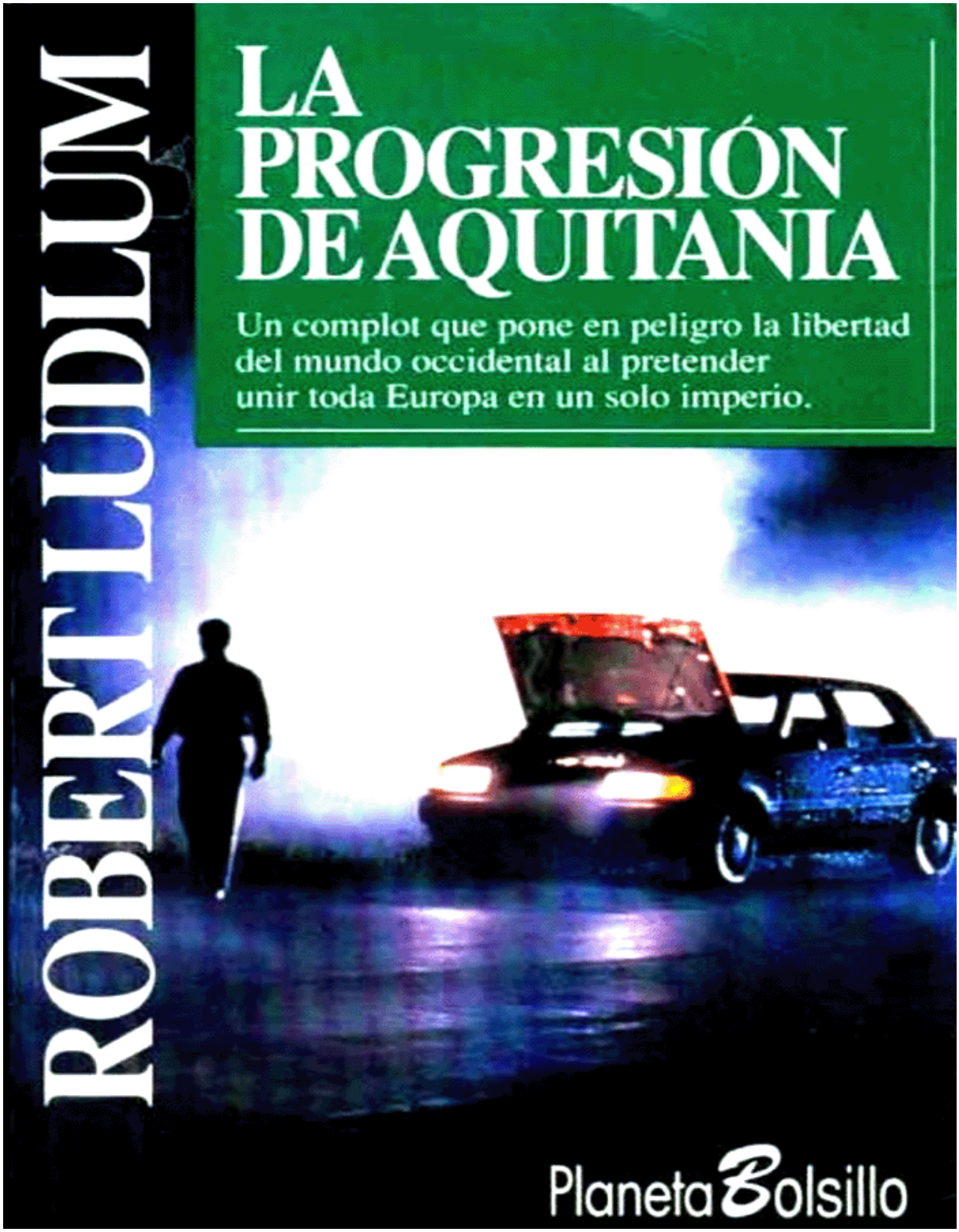
LA PROGRESIÓN DE AQUITANIA

Robert Ludlum



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE

1

Ginebra. Ciudad de sol y brillantes reflejos; de henchidas velas blancas en el lago, y en lo alto macizos edificios cuyas imágenes ondulan en el agua; de miríadas de flores rodeando el cristal verdiazulado de las fuentes, en dúos estallantes de color; de pintorescos puentecillos que se arquean sobre las cristalinas superficies de estanques artificiales que van a diminutas islas también artificiales, santuarios para amantes, amigos y sosegados negociadores. Reflejos.

Ginebra, vieja y nueva, ciudad de altas murallas medievales y vidrieras destellantes, de catedrales e instituciones no tan santas, de cafés con terraza y conciertos a la orilla del lago, de muelles en miniatura y embarcaciones pintadas de alegres colores que recorren la larga línea costera, con guías que nos cantan las virtudes -y el valor estimado- de las propiedades que dan al lago, y que seguramente pertenecen a otra época.

Ginebra, ciudad de firmes convicciones, dedicada a la necesidad de la dedicación, en la que la frivolidad sólo es tolerada cuando conviene a la agenda o al trato y la risa es algo medido, controlado por miradas que aprueban la suficiencia y reprochan el exceso. El cantón del lago conoce bien su alma. Su belleza coexiste con la industria, y ese equilibrio no es sólo aceptado sino celosamente conservado.

Ginebra, ciudad también de lo inesperado, cuando la predecibilidad entra en conflicto con súbitas revelaciones no deseadas, exhalaciones repentinas sobre el ánimo antes tranquilo.

Sigue el estallido del trueno; los cielos se oscurecen y cae la lluvia, un diluvio que golpea aguas coléricas cogidas por sorpresa, distorsionando la visión, cayendo con estrépito sobre el gigantesco chorro que es la marca de fábrica de Ginebra en el lago, el jet d'eau, ese geiser creado por el hombre para deslumbrar al hombre. Cuando sobrevienen las súbitas revelaciones, la gigantesca fuente muere, mueren todas las fuentes y, sin sol, las flores se marchitan. Han desaparecido los brillantes reflejos y se hiela el espíritu.

Ginebra, ciudad de la inconstancia.

El abogado Joel Converse salió del hotel Richmond al cegador sol matinal del Jardín Brunswick. Entornando los ojos, torció a la izquierda, y se cambió el maletín a la mano derecha, consciente del valor de su contenido, pero pensando ante todo en el hombre con el que iba a encontrarse para desayunar café y croissants en Le Chat Botté, un café que daba frente al muelle. Reencontrarse sería más exacto, pensó Converse, si es que aquel hombre no le había confundido con otro.

A. Preston Halliday era el contrincante norteamericano de Joel en las negociaciones en curso, la puesta a punto de los últimos detalles para la fusión de una empresa suiza y otra norteamericana, que era lo que había traído a ambos hombres a Ginebra. Aunque el trabajo que quedaba era mínimo -en realidad, simples formalidades, pues la investigación ya había establecido que los acuerdos eran conformes a las leyes de ambos países y aceptables para el Tribunal Internacional de La Haya-, la elección de Halliday resultaba muy extraña, pues no había formado parte del equipo jurídico norteamericano encargado por los suizos de seguir los pasos a la firma de Joel. Esto por sí solo no le habría excluido -un nuevo punto de vista era con frecuencia una gran baza-, pero elevarlo a la categoría de point, de principal portavoz, resultaba, cuando menos, poco ortodoxo. Y también incómodo.

La fama de Halliday -lo poco que Converse sabía de él- era la de ser un localizador de fallos, un mecánico jurídico de San Francisco capaz de descubrir el cable suelto, tirar de él y poner la máquina en cortocircuito. Negociaciones de meses que habían costado cientos de miles de dólares habían sido abortadas por su presencia. Eso era cuanto recordaba Converse de A. Preston Halliday, pero nada más. Y sin embargo Halliday decía que se conocían.

-Aquí Press Halliday -había dicho la voz por el teléfono del hotel-. Sustituyo a Rosen como portavoz en la fusión Comm Tech-Bern.

-¿Qué ha ocurrido? -había preguntado Joel, con la máquina de afeitar eléctrica muda en la mano izquierda mientras trataba de localizar el nombre. Lo había conseguido cuando oyó a Halliday decir:

-El pobre Rosen tuvo un ataque, de modo que sus socios me llamaron. -Hubo una pausa-. Espero que no tenga usted la culpa, abogado.

-Rara vez discutíamos, abogado. Lo siento; me gusta Aaron. ¿Cómo está?

-Saldrá de ésta. Lo han metido en la cama y están administrándole una docena de versiones del caldo de pollo. Me dijo que le dijese que va a mirar con lupa sus papeles por si hay tinta invisible.

-Lo que quiere decir que es usted el que va a mirarlos, porque ni Aaron ni yo teníamos ese problema. Este matrimonio se basa en la pura codicia, y si ha estudiado los documentos lo sabe tan bien como yo.

-El escamoteo de las amortizaciones de la inversión -asintió Halliday-, combinado con una buena porción del mercado tecnológico. Nada de tinta invisible. Pero, dado que soy el chico nuevo de la calle, tengo un par de preguntas que hacerle. Podríamos desayunar juntos.

-Estaba a punto de llamar para que me lo sirviesen en la habitación.

-Hace una mañana preciosa. ¿Por qué no tomar un poco el aire? Estoy en el Presidenten, de modo que podemos partir la distancia. ¿Conoce Le Chat Botté?

-Café norteamericano y croissants. Quai du Mont-Blanc.

-Lo conoce. ¿Qué le parece dentro de veinte minutos?

-Pongamos media hora.

-Muy bien. -Halliday hizo de nuevo una pausa-. Me encantará volver a verte, Joel.

-¿Cómo? ¿Volver a...?

-Quizá no lo recuerdes. Han pasado tantas cosas desde entonces... Más a ti que a mí, me temo.

-No lo comprendo.

-Bueno; hubo lo de Vietnam, y tú estuviste prisionero bastante tiempo.

-No me refiero a eso, que además hace años. ¿Cómo es que nos conocemos? ¿De qué caso?

-No es de ningún caso, ni de negocios. Fuimos condiscípulos.

-¿En Duke? Es una facultad muy grande.

-Antes. Quizá lo recuerdes cuando nos veamos. Si no, te lo recordaré yo.

-Se ve que le gustan los juegos. Dentro de media hora en Le Chat Botté.

Mientras se dirigía al Quai du Mont-Blanc, el vibrante bulevar que da frente al lago, Converse trataba de situar el nombre de Halliday en un marco temporal, en los años de una facultad, de encontrar un rostro olvidado que hiciese juego con un condiscípulo al que no recordaba. No dio con ninguno, y eso que Halliday no era un nombre corriente, y aún menos el diminutivo «Press», que no había oído nunca. Era inimaginable que de haber conocido a alguien llamado Press Halliday lo hubiese olvidado. Y sin embargo su tono implicaba familiaridad, intimidad incluso.

Me encantará volver a verte, Joel. Había dicho esas palabras en un tono cordial, lo mismo que la gratuita referencia a su condición de prisionero de guerra. Claro que eran palabras que se decían siempre así, para implicar simpatía, si no para expresarla abiertamente. Converse comprendía también por qué, dadas las circunstancias, Halliday pensó que debía sacar a relucir el tema de Vietnam, aunque fuese de refilón. Los no iniciados suponían que todos los hombres que habían pasado algún tiempo encerrados en los campos de prisioneros norvietnamitas habían resultado dañados mentalmente, que esa experiencia había alterado una parte de su espíritu, embotado sus recuerdos. Hasta cierto punto, algo de eso era innegable, pero no en cuanto a la memoria. Lo que ocurrió con los recuerdos fue que se aguzaron aún más porque eran buscados con ansia, porque el prisionero se aferraba a ellos. Los años acumulados, los sucesivos estratos de experiencia... Caras con ojos y voces, cuerpos de todos los tamaños y formas, escenas que iban reflejándose en la pantalla interior, visiones y sonidos, imágenes y olores, el deseo de tocar y ser tocado. Nada del pasado era lo bastante insignificante para dejarlo pasar, y explorar ese pasado a menudo era lo único que les quedaba, especialmente de noche, siempre de noche. Con aquella humedad fría y penetrante que entumecía el cuerpo, y el miedo, infinitamente más frío, que paralizaba el espíritu, los recuerdos lo eran todo. Ayudaban a acallar el rumor de las descargas, que sin que mediasen preguntas sus guardianes les explicaban por la mañana como las necesarias ejecuciones de quienes no cooperaban ni se arrepentían. 0 bloqueaban los gritos lejanos en la oscuridad de los prisioneros obligados a jugar a juegos demasiado obscenos para ser descritos, para diversión de sus captores.

Como la mayoría de los hombres pasaron aislados gran parte de su cautiverio, Converse pudo examinar una y otra vez cada etapa de su vida, tratando de comprender -de hallar de su gusto- el conjunto coherente que se le ofrecía. Había mucho que no comprendía -o que no le gustaba-, pero podía vivir con el producto de esas investigaciones intensivas, morir con ello, si era necesario. Esa era la paz que tenía que alcanzar. Sin ella el miedo resultaba intolerable.

Dado que esos autoexámenes habían tenido lugar noche tras noche y exigían la disciplina de la precisión, a Converse le era ahora más fácil que a la mayoría de las personas recordar partes enteras de su vida. Como el disco giratorio unido a una computadora que se detiene de repente, su mente, con sólo suministrarle la información básica, podía aislar un lugar, una persona a un nombre. La repetición había simplificado y acelerado el proceso, y eso era lo que ahora le desconcertaba. A menos que Halliday estuviese refiriéndose a una época tan lejana que se tratara sólo de una breve y olvidada amistad de la infancia, no había nadie con ese nombre en su pasado.

Me encantará volver a verte, Joel. ¿Eran esas palabras pura astucia, una triquiñuela de abogado?

Converse dio vuelta a la esquina donde relucía la barandilla de latón de Le Chat Botté, devolviendo explosiones de sol. Animaban el bulevar pequeños coches relucientes y autobuses inmaculados, las aceras estaban recién regadas, y los viandantes se movían con diversos grados de ordenada velocidad. La mañana era una hora de amable energía en Ginebra. Incluso los periódicos que se veían sobre las mesas de los cafés eran doblados con precisión, no aplastados o mutilados para hacer más cómoda su lectura. Y entre vehículos y peatones no había guerra; sólo miradas e inclinaciones de cabeza, leves tensiones y gestos de agradecimiento. Mientras cruzaba las abiertas puertas metálicas de Le Chat Botté, Joel deseó por un instante que Ginebra pudiese exportar sus mañanas a Nueva York. Pero en el ayuntamiento votarían en contra; los neoyorkinos no podrían soportar tanta civilidad.

Alguien cerró un periódico muy cerca de él, a su izquierda, y cuando descendió el papel Converse vio un rostro conocido. Era una cara regular, no muy diferente a la suya, con todos los rasgos compatibles y en su sitio. Pelo liso y oscuro, bien peinado y cepillado, y nariz afilada sobre unos labios bien definidos. Aquella cara pertenecía a su pasado, pensó Joel; pero el nombre que recordó no correspondía a la cara. El hombre de aspecto familiar alzó la

cabeza, los ojos de ambos se encontraron y A. Preston Halliday se levantó, dejando traslucir lo musculado de su cuerpo breve y compacto bajo la cara envoltura del traje.

-¿Qué tal, Joel? -dijo la voz ahora familiar, mientras su propietario le tendía la mano por encima de la mesa.

-Hola... Avery -dijo Converse, mirándolo fijamente y cambiando torpemente de mano el maletín para estrechar la suya-. ¿Eres Avery, no? Avery Fowler. Taft, a principios de los sesenta. No volviste para el último curso y nadie sabía por qué; se habló mucho de ello. Eras luchador.

-Seleccionado dos veces para el equipo de Nueva Inglaterra -dijo el abogado, riéndose e indicando con un gesto la silla que tenía enfrente-. Siéntate y nos pondremos al día. Me parece que esto es una sorpresa para ti. Por eso quería que nos encontrásemos antes de la reunión. Hubiera sido horrible que al entrar yo te hubieses levantado llamándome impostor.

-Aún no estoy seguro de que no lo haga. -Converse se sentó, con el maletín a sus pies, sin dejar de estudiar a su contrincante profesional- ¿Qué es eso de Halliday? ¿Por qué no me dijiste algo por teléfono?

-¿Qué iba a decirte? «A propósito, viejo amigo, antes me conocías por Tinkerbell Jones.» No hubieses aparecido por aquí.

-¿Está Fowler en la cárcel?

-Lo estaría si no se hubiese pegado un tiro -dijo muy serio Halliday.

-Estás lleno de sorpresas. ¿Eres su gemelo clónico?

-No; soy su hijo.

Converse hizo una pausa.

-Creo que debería disculparme.

-No es necesario, no podías saberlo. Por eso no volví para el último año... Y eso que, maldita sea, quería aquel trofeo. Hubiera sido el único luchador que lo ganase tres años seguidos.

-Lo siento. ¿Qué ocurrió? ¿0 es información privilegiada, abogado? Si lo es, no he dicho nada.

-No para ti, abogado. ¿Recuerdas cuando nos escapamos los dos a New Haven y pescamos a aquellas en la estación de auto-buses?

-Dijimos que éramos de Yale...

-Y siempre les salía «toma», nunca «pon».

-Menudo dolor de cejas que cogimos.

-Novatos... Escribieron un libro sobre nosotros. ¿Éramos realmente tan poco machos?

-Pequeños de estatura, pero volveremos. Somos la última minoría, de modo que acabaremos despertando simpatías. ¿Qué ocurrió, Avery?

Se acercó un camarero; se había roto el encanto. Ambos pidieron café norteamericano y croissants para no desviarse de la norma. El camarero dobló dos servilletas rojas en forma de cucurucho y se las puso enfrente.

-¿Que qué ocurrió? -preguntó retóricamente Halliday cuando se marchó-. Que el estupendo hijo de puta que era mi padre desfalcó cuatrocientos mil del Chase Manhattan siendo empleado de la sección de créditos, y cuando lo pescaron se voló la sesera. ¿Quién iba a sospechar que un respetado, aunque trasplantado, vecino de Greenwich (Connecticut) tenía dos mujeres en la ciudad, una en el 'Upper East Side y la otra en Bank Street? Era un tío fenomenal.

-Y muy ocupado. Pero sigo sin entender lo del Halliday.

-Después de aquello (el suicidio lo taparon), mi madre se apresuró a volver a San Francisco con ánimo de revancha. No olvides que éramos de California... Pero bueno, ¿por qué ibas a saberlo? Con ese mismo ánimo se casó con mi padrastro, John Halliday, y se dedicó a borrar concienzudamente cualquier rastro del Fowler.

-¿Incluso tu primer apellido?

-No; yo fui siempre «Press» allá en San Francisco. A los californianos nos gustan los nombres pegadizos: Tab, Troy, Crotch... El síndrome del Beverly Hills de los cincuenta. En Taft, mi tarjeta de estudiante decía «Avery Preston Fowler», de modo que todos empezasteis a llamarme Avery, o aquel horrible «Ave». Como era un estudiante de paso, nunca me molesté en decir nada. Cuando estés en Connectituct, atente al evangelio según Holden Caulfield.

-Eso está muy bien; pero ¿qué pasa cuando te encuentras con alguien como yo? Es algo que tiene que ocurrirte.

-Te sorprendería saber qué pocas veces. Después de todo, eso fue hace ya mucho tiempo, y la gente con la que me crié en California lo comprendía. Allí los chicos cambian de nombre siguiendo los caprichos matrimoniales, y en el Este sólo estuve un par de años. No conocía a nadie de Greenwich, y apenas tenía relación con la gente de Taft.

-Tenías amigos allí. Tú y yo lo éramos.

-No muchos. La verdad es que yo era un outsider y no me hacíais gran caso. Pasaba inadvertido.

-No sobre el tapiz.

Halliday se echó a reír.

-No hay muchos luchadores que lleguen a abogados; no sé qué tiene el tapiz, como tú dices, que quema el cerebro. Sea como sea, para responder a tu pregunta, en los últimos diez años sólo cinco o seis veces me han dicho: «Eh, ¿tú no eres fulano y no como dices que te llamas?» En esos casos decía la verdad: «Mi madre volvió a casarse cuando yo tenía dieciséis años.»

Llegaron el café y los croissants. Joel partió uno por la mitad.

-Y pensaste que yo iba a hacerte la pregunta en el peor momento, concretamente cuando te viese en la reunión. ¿No es eso?

-Cortesía profesional. No quería que estuvieses pensando en ello cuando deberías estar ocupándote de tu cliente. Al fin y al cabo, tratamos de perder juntos nuestra virginidad aquella noche en New Haven.

-Habla por ti -dijo Joel sonriendo.

Halliday sonrió también.

-Nos entrompamos y ambos lo admitimos, ¿no te acuerdas? Por cierto que juramos guardar el secreto mientras vomitábamos en la lata.

-Sólo estaba poniéndote a prueba, abogado. Lo recuerdo. ¿De modo que dejaste a los de la franela gris por las camisas naranja y los medallones dorados?

-Del todo. Estuve en Berkeley, y después me pasé a Stanford.

-Buena facultad. ¿Cómo llegaste al campo internacional?

-Me gustaba viajar y pensé que era el mejor modo de pagármelo. En realidad fue así como empecé. ¿Y tú? Supongo que quedarías harto de viajes.

-Me hice ilusiones sobre el servicio exterior, la sección jurídica del cuerpo diplomático. Así empecé.

-Después de todos aquellos viajes...

Converse clavó sus pálidos ojos azules en Halliday, consciente de la frialdad de su mirada. Era algo inevitable, aunque fuera de lugar... como de costumbre.

-Si., después de tanto viajar. Hubo demasiadas mentiras y nadie nos lo dijo hasta que era demasiado tarde. Fuimos estafados y es algo que no debería haber ocurrido.

Halliday se echó hacia adelante y, con los codos en la mesa y las manos juntas, devolvió la mirada a Joel.

-No podía imaginarlo -empezó en voz baja-. Cuando leí tu nombre en los periódicos, cuando te vi aparecer en televisión, fue horrible. A pesar de que no te conocía mucho, me caíste bien.

-Fue una reacción natural. Yo hubiera sentido lo mismo de haberte ocurrido a ti.

-No estoy tan seguro. Sabes, yo era uno de los jefes del movimiento de protesta.

-Quemaste tu tarjeta de reclutamiento mientras lucías tu insignia yippie-dijo Converse, ya sin hielo en la mirada-. Yo no fui tan valiente.

-Tampoco yo. Quemé una tarjeta de una biblioteca de fuera del estado.

-Yo estoy desencantado.

-También yo... También lo estaba yo... por dentro. Pero yo era visible.-Halliday se echó atrás en la silla y cogió su café-. ¿Cómo llegaste tú a serlo tanto, Joel? No me parecías el tipo.

-Y no lo era. Fui presionado.

-Creí que habías dicho «estafado».

-Eso vino más tarde.

Converse levantó la taza y tomó un sorbo de su café solo, incómodo con el sesgo que había tomado la conversación. No le gustaba hablar de aquellos años y se veía obligado a hacerlo con demasiada frecuencia. Le habían tomado por quien no era.

-Yo estudiaba primer curso en Amherst, aunque la verdad es que no tenía mucho de estudiante. Pero llevaba volando desde los catorce años.

-No lo sabia -interrumpió Halliday.

-Mi padre no era guapo y no tenía la ventaja de las concubinas, pero fue piloto de línea, y más tarde ejecutivo de la Pan Am. En casa de los Converse era normal pilotar un avión antes de tener carnet de conducir.

-¿Tenías hermanos?

-Una hermana menor. Voló sola antes que yo y nunca me ha dejado olvidarlo.

-Lo recuerdo. La entrevistaron por televisión.

-Solo un par de veces -dijo Joel, sonriendo-. Estaba con vosotros y le importaba un bledo que se supiese. El bunker de la Casa Blanca la declaró apestada. «No manchéis la causa, y, ya puestos a ello, intervenid por correo.»

-Por eso la recuerdo -dijo Halliday-. De modo que un mal estudiante abandonó la facultad y la Navy ganó un gran piloto.

-Como grandes, ninguno lo éramos. No había contra quién de-mostrarlo.

-Cuánto debes de haber odiado a la gente que hacía lo que yo en Estados Unidos... Aunque no a tu hermana, claro.

-También a ella -corrigió Converse-. Odiado, aborrecido, despreciado... Pero sólo cuando alguien moría o se volvía loco en los campos. No por lo que decíais (todos sabíamos lo que era Saigón), sino porque lo decíais sin ningún temor real. Estabais a salvo y nos hacíais sentirnos unos estúpidos, mudos y asustados.

-Lo comprendo.

-Muy amable.

-Lo siento; no quise decirlo en ese tono.

-¿En qué tono, abogado?

Halliday frunció el ceño.

-Condescendiente, me parece.

-No te lo parece: es.

-Sigues enfadado.

-No contigo; sólo son rastros. Odio el tema y siempre está saliendo a relucir.

-Échale la culpa a las relaciones públicas del Pentágono. Durante algún tiempo fuiste el héroe preferido del telediario de la noche. ¿Cuántas fueron, tres, las fugas? En las dos primeras te cogieron y lo pagaste caro, pero en la última lo hiciste todo solo. ¿No fue así? Cruzaste más de trescientos kilómetros de jungla enemiga antes de alcanzar nuestras líneas.

-Fueron apenas ciento cincuenta y tuve una suerte increíble. En los dos primeros intentos fui responsable de la muerte de ocho hombres. No estoy muy orgulloso de ello. ¿Podemos pasar al asunto Comm Tech-Bern?

-Dame unos minutos -dijo Halliday, empujando a un lado el croissant-. Por favor; no estoy tratando de sonsacarte. Me anda rondando un asunto por la cabeza... si concedes que tengo cabeza.

-Preston Halliday la tiene; lo confirma su fama. Si mis colegas están en lo cierto, eres todo un tiburón. Pero yo conocía a alguien llamado Avery, no Press.

-Entonces es Fowler el que habla, si te encuentras más a gusto con él.

-¿Qué asunto era ése?

-Primero un par de preguntas. Quiero ser preciso, porque también tú tienes tu fama. Dicen que eres uno de los mejores en asuntos internacionales, pero la gente con quien he hablado no comprende por qué Joel Converse no se mueve de una firma relativamente pequeña, aunque sólida, cuando es lo bastante bueno para hacer algo más llamativo. E incluso para establecerse por su cuenta.

-¿Es que quieres contratarme?

-Yo no; no admito socios. Cortesía de John Halliday, abogado en San Francisco.

Converse contempló la segunda mitad del croissant y decidió que no iba a comérsela.

-¿Cuál era la pregunta, abogado?

-¿Por qué estás donde estás?

-Me pagan bien y dirijo literalmente el departamento; no tengo a nadie mirando por encima del hombro. Además no me gusta correr riesgos. Hay un pequeño asunto de pensión alimenticia, amistoso pero exigente.

-¿Hijos que mantener, también?

-Ninguno, gracias a Dios.

-¿Qué pasó cuándo dejaste la Marina? ¿Cómo te sentiste? Halliday se echó una vez más hacia delante, con el codo apoyado en la mesa y la mandíbula en la mano, como un estudioso escrutador... o quizá otra cosa.

-¿Quién es esa gente con la que has hablado? -preguntó Converse.

-Información reservada, de momento, abogado. ¿No te importa?

Joel sonrió.

-Si que eres un tiburón... Está bien; te diré el evangelio según Converse. Salí de aquel cambio en mi vida queriéndolo todo. Rabioso, desde luego, pero queriéndolo todo. El mal estudiante se convirtió en una especie de empollón y mentiría si no admitiese que gocé de una cierta preferencia de trato. Volví a Amherst y me hice dos años y medio en tres semestres y un

verano. Después Duke me ofreció un programa acelerado y allá me fui, para más tarde especializarme en Georgetown mientras hacía mi pasantía.

-¿Fuiste pasante en Washington?

Converse hizo un gesto afirmativo.

-Si.

-¿Con quién?

-En el bufete de Clifford.

Halliday silbó por lo bajo y se echó hacia atrás en su asiento. -Eso es un Eldorado, un pasaporte para el cielo de Blackstone y las multinacionales.

-Ya te dije que tuve un trato preferente.

-¿Fue entonces cuando pensaste en el servicio exterior? ¿Mientras estabas en Georgetown, en Washington?

Joel volvió a hacer signos afirmativos, y entornó los ojos mientras cruzaba por su cara un relámpago de sol procedente de una verja del bulevar del lago.

-Sí -dijo en voz baja.

-Pudiste haberlo tenido.

-Me buscaban por motivos equivocados, por razones que no tenían nada que ver conmigo. Cuando se dieron cuenta de que yo pensaba de otra manera, no pude conseguir ni una visita de veinte centavos al Departamento de Estado.

-¿Y qué pasó con Clifford? Tenías una imagen fabulosa, incluso para ellos. -El californiano levantó las manos por encima de la mesa, con las palmas hacia adelante-. Lo sé, lo sé. Los motivos equivocados.

-Lo equivocado allí eran los números. Había más de cuarenta abogados haciendo prácticas y otros doscientos en nómina. Me hubiese pasado diez años tratando de encontrar el servicio de caballeros y otros diez para conseguir la llave. No era eso lo que buscaba.

-¿Y qué buscabas?

-Algo muy parecido a lo que he conseguido. Ya te digo que gano un buen dinero y llevo el departamento internacional. Esto último es para mí tan importante como lo otro.

-Pero no lo sabías cuando ingresaste.

-Pues sí. 0 al menos tenia indicios claros. Cuando Talbot, Brooks y Simons, esa firma pequeña pero sólida, como tú dices, en la que estoy, acudió a mí, llegamos a un acuerdo. Si al cabo de cuatro o cinco años la prueba era positiva, sustituiría a Brooks. Era su hombre de ultramar y empezaba a cansarse de tanto cambio de hora.-Converse hizo una pausa-. Al parecer di resultado.

-Y, también al parecer, entre tanto te casaste.

Joel se echó atrás en la silla.

-¿Es esto necesario?

-No es ni siquiera pertinente, pero estoy muy interesado.

-¿Por qué?

-Es una reacción natural. -Halliday parecía divertido-. Pienso que sentirías lo mismo si fueses yo y yo tú y hubiese pasado lo que tú has pasado.

-Tiburón a la vista -farfulló Converse.

-Por supuesto, no estás obligado a responder, abogado.

-Lo sé, pero lo curioso es que no me importa. Ella ha sufrido también lo suyo a causa de ese asunto de «lo que yo he pasado». -Joel partió el croissant pero no hizo el menor esfuerzo para moverlo del plato-. Comodidad, conveniencia y un vago deseo de estabilidad.

-¿Perdón?

-Fueron sus palabras. Dijo que me había casado para tener un sitio donde ir y alguien que me hiciese las comidas y me lavase la ropa, y para acabar con la irritante y absurda pérdida de tiempo que lleva consigo el encontrar con quién acostarse. Además, el hacerla mi legítima me ayudaba a dar la imagen apropiada... «Y, claro, tuvo que representar el papel,» Son también palabras suyas.

-¿Era cierto?

-Ya te dije que cuando volví lo quería todo, y ella era parte de ese todo. Si, era cierto. Cocinera, doncella, lavandera, compañera de cama y una especie de apéndice aceptable y atractivo. Me dijo que nunca había conseguido averiguar en qué orden.

-Parece toda una mujer.

-Lo era. Y lo es.

-Creo notar un cierto tono de reconciliación.

-Ni hablar. -Converse sacudió la cabeza, con una semisonrisa en los labios pero apenas rastro de humor en los ojos-. También ella resultó estafada y eso no debería haber ocurrido. Además, me gusta mi situación actual. Hay quienes no estamos hechos para el hogar y el pavo asado, aunque a veces lo echemos de menos.

-No es una vida tan mala.

-¿Estás metido en ella? -se apresuró a preguntar Joel como para cambiar de tema.

-Con ortodoncistas y notas de colegio incluidos. Cinco hijos y una esposa. Yo no soy para menos.

-Pero tú viajas mucho.

-Lo celebramos mucho cuando vuelvo. -Halliday volvió a echarse hacia adelante, como quien estudia a un testigo-. De modo que actualmente no tienes verdaderas ataduras, nadie a quien volver a toda prisa.

-Talbot, Brooks y Simon podrían encontrar eso ofensivo. Y también mi padre. Desde que murió mi madre cenamos juntos una vez a la semana cuando no está volando por ahí, gracias a un par de pases vitalicios.

-¿Sigue viajando?

-Tan pronto está en Copenhague corno en Hong Kong. Lo pasa en grande; no para. Tiene sesenta y ocho años y los mimos le han echado a perder.

-Me parece que me iba a caer bien.

Converse se encogió de hombros, de nuevo sonriendo.

-Tal vez no. Cree que todos los abogados son unos mierdas, yo incluido. Es el último de los pilotos de echarpe blanco.

-Estoy seguro de que me gustaría. Pero, aparte tus jefes y tu padre, ¿no hay, digamos... enredos prioritarios en tu vida?

-Si te refieres a mujeres, hay varias y somos buenos amigos, y creo que esta conversación ha ido todo lo lejos que debería ir. -Ya te dije que había un asunto.

-¿Entonces por qué no ir a él, abogado? Han terminado los interrogatorios.

El californiano hizo un gesto de asentimiento.

-Está bien, de acuerdo. La gente con la que he hablado quería saber si estabas libre para viajar.

-La respuesta es que no lo estoy. Tengo un empleo y una responsabilidad con la firma para la que trabajo. Hoy es miércoles; la fusión habrá terminado el viernes, y pasaré el fin de semana fuera para estar de vuelta el lunes, que es cuando me esperan.

-Supón que pudieran hacerse arreglos que Talbot, Brooks y Simon encontrasen aceptables.

-¡Cuánta presunción!

-Y que a ti te fuese muy difícil rechazar.

-¡Qué absurdo!

-Ponme a prueba. Quinientos mil por aceptar, sin más compromiso que el de trabajar con arreglo a tu leal saber y entender, y un millón si te lo ganas.

-Ahora estás loco.

Un segundo relámpago de luz cegó a Converse, y esta vez duró más que el primero. Levantó la mano izquierda para protegerse los ojos mientras miraba fijamente al hombre a quien había conocido en otro tiempo como Avery Fowler.

-Además, dejando a un lado la ética, porque no tienes maldita la cosa que ganar esta mañana, la ocasión que has elegido apesta. No me gusta recibir ofertas, por locas que sean, de abogados con los que estoy a punto de sentarme a discutir.

-Son cosas independientes, y tienes razón, no voy a ganar ni perder nada. Entre Aaron y tú dejasteis el asunto listo, y soy tan ético que sólo voy a cobrar a los suizos por mi tiempo, porque no me pidieron ningún consejo. Mi recomendación esta mañana va a ser que acepten el paquete tal cual, sin cambiar ni una coma. ¿Donde está el conflicto?

-¿Dónde está el sentido común? Eso sin hablar de los arreglos que, segun tú, Talbot, Brooks Simons encontrarían aceptables. Estás hablando, así por lo alto, de dos años y medio de sueldo y primas sólo por decir que sí.

-Dilo. Te necesitamos.

-¿Necesitamos? Eso es nuevo. Pensé que eran ellos, Me refiero a la gente con la que habías hablado. Explícate, Press.

A. Preston Halliday miró a Joel a los ojos.

-Yo formo parte de ellos, y ocurre que está pasando algo que no debería pasar. Queremos que acabes con cierta compañía. Son malas noticias y el asunto es peligroso. Te daremos cuantas herramientas podamos.

-¿Qué compañía?

-El nombre no te diría nada. No está registrado. Llamémoslo un gobierno en el exilio.

-¿Un qué?

-Un grupo de hombres que piensan igual y están en camino de hacerse con una cartera de recursos tan extensa que les dará in-fluencia donde no deberían tenerla, autoridad donde no conviene que la tengan.

-¿Y dónde es eso?

-En sitios que este mundo nuestro tan pobre e inepto no puede permitirse. Están en condiciones de hacerlo porque nadie lo espera.

-Te encuentro más bien críptico.

-Lo que estoy es asustado. Los conozco.

-Pero tenéis las herramientas para meterles mano. Supongo que eso significa que son vulnerables.

Halliday hizo un gesto de asentimiento.

-Creemos que lo son. Tenemos algunos indicios, pero será preciso investigar, hacer que las cosas encajen. Hay razones sobradas para creer que han quebrantado las leyes y han incurrido en actividades y transacciones prohibidas por sus respectivos gobiernos.

Joel permaneció un momento en silencio, estudiando al californiano.

-¿Gobiernos? -preguntó-. ¿En plural?

-Halliday bajó la voz-. Son de varias nacionalidades.

-¿Pero una sola compañía -dijo Converse-, una sola corporación?

-Es una manera de decirlo.

-¿Por qué no un simple sí?

-Porque no es tan sencillo.

-Te diré lo que hay. Disponéis de indicios, de modo que id vosotros detrás de esos lobos feroces. Yo tengo un trabajo y estoy contento con él.

Halliday esperó un momento antes de hablar.

-No, no lo tienes -dijo en voz baja.

Hubo un nuevo silencio, mientras ambos se medían con la mirada.

-¿Qué has dicho? -preguntó Converse, con el azul de sus ojos otra vez helado.

-Tu firma lo comprende. Puedes tener un permiso.

-¡Presuntuoso hijo de perra! ¿Quién te ha dado derecho ni siquiera para dirigirte a...?

-El general George Marcus Delavane -le interrumpió Halliday, con voz monótona.

Fue como si un rayo hubiese caído en medio del sol cegador prendiendo los ojos de Joel, convirtiendo el hielo en fuego. Siguió el estampido de trueno, que estalló en su cabeza.

Los pilotos estaban sentados en torno a la larga mesa rectangular de la cámara de oficiales, bebiendo café y contemplando el liquido oscuro o las paredes grises, sin que ninguno quisiera romper el silencio. Una hora antes estaban volando sobre Pak Song, barriendo la tierra con sus ráfagas, interceptando a los batallones norvietnamitas que avanzaban, dando un tiempo vital para el reagrupamiento de las tropas survietnamitas y norteamericanas que no tardarían en verse sometidas a un cerco brutal. Habían terminado el ataque y vuelto al portaaviones... Todos menos uno. Habían perdido al oficial que los mandaba. El teniente de navío Gordon Ramsey fue alcanzado de chiripa por un cohete que se había desviado de su trayectoria sobre la costa para ir a dar en el fuselaje de su avión. Muerte a mil kilómetros por hora en el aire; la vida borrada en un abrir y cerrar de ojos. Un violento frente tormentoso había acosado duramente al escuadrón. No habría más ataques, quizá durante varios días. Sobraría tiempo para pensar, lo que no constituía una idea agradable.

-Teniente Converse -dijo un marinero por la puerta abierta de la cámara de oficiales.

-¿Sí?

-El capitán quiere verle, senor.

Qué tono tan amable; pensó Joel mientras abandonaba su asiento, reparando en el gesto sombrío de los reunidos en tonto a la mesa. Esperaba la llamada, aunque no la deseaba. El ascenso era un honor del que de buena gana pasaría. No es que superase a sus compañeros pilotos en antigüedad o en edad; era simplemente que llevaba más tiempo que ninguno volando y eso le había permitido adquirir la experiencia necesaria para estar al frente de una escuadrilla.

Mientras sorbía los estrechos escalones que conducían al puente, vio a lo lejos en el cielo la silueta de un inmenso helicóptero Cobra del ejército que se aproximaba al portaaviones. Dentro de unos cinco minutos estaría cerniéndose sobre la cubierta. Alguien de tierra iba a hacer una visita a la Marina.

-Es una pérdida terrible, Converse -dijo el capitán, inclinado sobre los mapas que cubrían la mesa y sacudiendo tristemente la cabeza-. Y una carta que preferiría no tener que escribir. Bien sabe Dios que nunca son fáciles, pero ésta es de las más penosas.

-Todos sentirnos lo mismo, señor.

-Estoy seguro de que así es -dijo el capitán haciendo gestos de asentimiento-. También lo estoy de que sabe por qué le he llamado. -No concretamente, señor.

-Ramsey dijo que era usted el mejor, y eso significa que va a hacerse cargo de una de las mejores escuadrillas del mar de China Meridional.

Sonó el teléfono, interrumpiéndole. Lo descolgó.

Lo que siguió no lo esperaba Joel. Al principio el capitán frunció el ceño, y después tensó los músculos del rostro, con una mirada a la vez de alarma y de rabia.

-¿Qué? -exclamó, alzando la voz-. ¿No hubo ningún aviso, algo por radio? -Siguió una pausa, tras de la cual el capitán colgó el teléfono de golpe-. !Cristo! -exclamó mirando a Converse-. Parece que tenemos el dudoso honor de recibir una visita de inspección sin previo aviso del alto mando de Saigón, !y lo de inspección lo digo en serio!

-Volveré abajo, señor-dijo Joel, iniciando el saludo.

-Todavía no, teniente. Está recibiendo órdenes, y dado que afectan a las operaciones aéreas de este buque, las oirá enteras. Al menos ha-remos saber a Mad Marcus que está interfiriendo en los asuntos de la Marina.

Los siguientes treinta segundos fueron ocupados por el ritual con que se confiere el mando, cuando un superior inviste a un subordinado con nuevas responsabilidades. De pronto hubo dos golpes rápidos mientras se abría la puerta y hacía irrupción el general del Ejército George Marcus Delavane., alto y de anchos hombros, que dominó la cámara con la sola fuerza de su presencia.

-¿Capitán?-dijo Delavane, saludando el primero al comandante de la nave a pesar de ser menor rango. La voz, de tonos algo agudos, era cortés, pero no así los ojos, intensamente hostiles.

-General... –replicó el capitán, devolviéndole el saludo junto con Converse-. ¿Se trata de una inspección sin previo aviso?

-No; es una reunión urgente entre usted y yo, entre el alto mando de Saigón y una de las fuerzas a sus órdenes.

-Comprendo -dijo el oficial de cuatro galones, dejando traslucir la rabia a través de su calma-. En el momento en que estoy dando órdenes urgentes a este oficial...

-¡Le pareció oportuno contravenir las mías! -le interrumpió con vehemencia Delavane.

-General, el de hoy ha sido un día triste y de prueba. Hace apenas una hora que hemos perdido a uno de nuestros mejores pilotos...

-¿Cuando escapaba?-volvió a interrumpir Delavane, con un mal gesto agravado por el tono nasal de su voz-. ¿Le dieron en la cola?

-¡Que conste que esas palabras me ofenden! -dijo Converse, incapaz de contenerse-. ¡Estoy reemplazando a ese hombre y me ofende lo que acaba de decir, general!

-¿Usted? ¿Quién diablos es usted?

-Tranquilo, teniente. Puede retirarse -intervino el capital. -¡Solicito respetuosamente contestar al general, señor! -gritó Joel, negándose a irse en su rabia.

-¿Que usted qué, aviadorcito?

-Me llamo...

-¡Olvídelo, no me interesa! -Delavane se volvió hacia el capitán-. ¡Lo que quiero saber es por qué cree que puede desobedecer mis órdenes, las órdenes del alto mando! ¡Pedí un ataque a las quince horas y usted «declinó respetuosamente» cumplir esa orden!

-Ha entrado un frente tormentoso y debería saberlo tan bien como yo.

-¡Mis meteorólogos dicen que puede volarse perfectamente! -Sospecho que si les pidiera esa misma respuesta durante un monzón en Birmania se la darían.

-¡Esa es unaa grave insubordinación!

-Este es mi barco y las ordenanzas militares son muy claras en cuanto a quién manda aquí.

-¿Quiere ponerme con su sala de radio? ¡Llamaré al Despacho Oval y veremos cuánto tiempo sigue en este barco!

-Estoy seguro de que querrá hablar en privado, probablemente con un scrambler. Haré que le lleven allí.

-¡Maldito sea! ¡Tengo cuatro mil hombres, con menos de un veinte por ciento de veteranos, camino del Sector Cinco! ¡Necesitamos un ataque combinado a baja altura desde tierra y mar y lo tendremos aunque tenga que hacerle saltar de aquí antes de una hora! ¡Y puedo hacerlo, capitán!... ¡Estamos aquí para vencer, vencer y vencer, sin medias tintas! ¡No necesitamos gente acojonada que apuesta cubriéndose! ¡Quizá no lo haya oído nunca, pero toda guerra es un riesgo! ¡Quien no arriesga no vence, capitán!

-He estado allí, general. El sentido comun reduce las pérdidas, y si uno las reduce lo suficiente quizá pueda ganar la próxima batalla.

-¡Voy a ganar ésta, con o sin usted, marinerito!

-Le aconsejo respetuosamente que modere su lenguaje, general.

-¿Que usted qué? -La cara de Delavane estaba contorsionada por la rabia y sus ojos eran los de una fiera-. ¿Que usted me aconseja? ¡Que usted aconseja al alto mando! Bien, haga lo que quiera, marinerito, pero la incursión en el valle del Tho está en marcha.

-El Tho -interrumpió Converse-. Es el primer tramo de la ruta de Pak Song. Lo hemos atacado cuatro veces. Conozco el terreno.

-¡Lo conoce! -exclamó Delavane.

-Sí, pero las órdenes me las da el comandante de este barco, general.

-¡Patán remilgado! ¡Usted recibe órdenes del presidente de los Estados Unidos! ¡El es su comandante en jefe!¡Y conseguiré esas órdenes!

La cara de Delavane estaba a pocos centímetros de la de Joel, y su expresión maníaca desafiaba a cada terminación nerviosa de su cuerpo: el odio frente al aborrecimiento. Converse habló, sin darse apenas cuenta de que eran suyas las palabras.

-También yo aconsejaría al general que tuviese cuidado con lo que dice.

-¿Por qué, patán? ¿Es que el marinerito ha hecho poner aquí micrófonos ocultos?

-¡Tranquilo, teniente!-terció el capitán-. ¡Ya le dije que podía retirarse!

-¿El grandullón del galoncito plateado quiere que tenga cuidado con mi lenguaje? No, hijito; tenga cuidado con el suyo, !y corríjalo! !Si ese escuadrón suyo no está en el aire a las quince horas, voy a ponerle a este portaaviones la mayor insignia amarilla de cobardía del Sudeste de Asia! ¿Lo ha entendido, marinerito de tercera?

Joel replicó zuna vez más, preguntándose mientras hablaba de dónde sacaba la audacia.

-No sé de dónde es usted, señor, pero espero sinceramente que nos encontremos algún día en otras circunstancias. Creo que es usted un cerdo.

-¡Insubordinación! Otro que se la va a cargar.

-¡Retírese, teniente!

-¡No, capitán, nada de eso! -gritó el general-. Al fin y al cabo, puede ser el hombre que mande este ataque. Bien, ¿que prefieren, marineritos? ¿Al aire, o el presidente de Estadas Unidos... o la insignia?

A las 15.20 horas Converse despegó al Picnic de su escuadrilla de la cubierta del portaaviones. A las 15.38, cuando penetraban a baja altura en el frente tormentoso, tuvieron

las dos primeras bajas sobre la costa; los aparatos que ocupaban los extremos de la formación fueron derribados, muertes llameantes a mil kilometros por hora en el aire. A las 15.46 el motor derecho de Joel explotó; su altitud hacía fácil el blanco directo. Treinta segundos después, incapaz de estabilizarse, Converse accionó el asiento expulsor y fue a dar en medio de las nubes, donde su paracaidas fue en seguida arrastrado al vórtice de la tormenta. Mientras descendía violentamente hacia tierra, con las correas clavándosele en la carne a cada bofetada del viento, una imagen multiplicaba su presencia en la oscuridad: la cara de maníaco del general George Marcus Delavane. Estaba a punto de iniciar una estancia sin límite en el infierno gracias a un loco. Según supo más tarde, las pérdidas en tierra fueron infinitamente mayores.

¡Delavane! El Carnicero de Danang y Pleiku, el derrochador de hombres, que lanzaba un batallón tras otro a las junglas y las colinas sin entrenamiento adecuado ni la suficiente potencia de fuego. Niños heridos y asustados a los que había hecho marchar después hacia los campos de prisioneros, desconcertados, tratando de no llorar y, cuando al final comprendían, llorando sin consuelo. Las historias que de él se contaban eran un millar de variaciones sobre el mismo tema. Soldados sin experiencia ni instrucción habían sido enviados al combate a los pocos días de haber desembarcado, con la esperanza de que el peso del número venciese a un enemigo a menudo invisible. Y cuando ese número no bastaba, se enviaban más. Durante tres años el cuartel general escuchó a un maníaco. ¡Delavane! ¡El señor de la guerra de Saigón, falsificador de los recuentos de bajas, sin pensar para nada en los rostros deshechos y los miembros seccionados, embustero y ensalzador de la muerte sin causa! Un hombre que había acabado por resultar demasiado letal hasta para los fanáticos del Pentágono, un fanático que se había superado a sí mismo y acabó por repugnar incluso a los suyos. Había sido llamado y retirado, sólo para dedicarse a escribir diatribas, pasto de fanáticos que alimentaban con ellas sus demonios personales.

No podemos permitirnos nunca más hombres como ése, ¿no lo comprenden? El era el enemigo, NUESTRO enemigo! Tales habían sido las palabras de Converse, gritadas con furor de ultrajado ante un grupo de interrogadores uniformados que se habían mirado unos a otros, disimulando, no queriendo responder a lo que oían. Le habían dado las gracias de un modo formulario, y le habían dicho que la nación tenía con él y con millares como él una gran deuda, y, con respecto a sus últimos comentarios, debía tratar de comprender que a menudo un problema tiene muchas caras, y que la compleja labor del mando no es con frecuencia lo que parece. En cualquier caso, el presidente había exhortado a la nación a cerrar sus heridas. ¿De qué serviría alimentar viejas querellas? Y después la patada final, la amenaza.

-Usted mismo asumió por breve tiempo la terrible responsabilidad del mando, teniente- dijo un jurídico de la Armada de cara pálida, sin apenas mirar a Joel, mientras recorría las páginas de un expediente-. Antes de conseguir su última fuga con éxito (la que llevó a cabo usted solo, desde un hoyo en el suelo situado lejos del campo principal), dirigió dos tentativas previas en las que se vieron envueltos un total de diecisiete prisioneros de guerra. Usted sobrevivió, por fortuna, pero ocho de esos hombres murieron. Estoy seguro de que usted, su jefe, su táctico, no previó nunca un riesgo de casi el cincuenta por ciento de bajas. Se ha dicho muchas veces, pero quizá no las suficientes: el mando es temible, teniente.

Traducción: No hago el juego a los derrotistas, soldado. Sobrevivió, pero hubo ocho que murieron. ¿Existieron circunstancias extrañas, tácticas que protegieron a unos más que a otros, a *uno* más que a otros? ¿A un hombre que consiguió escaparse -y solo- eludiendo a unos centinelas que disparaban a primera vista sobre cualquier prisionero que se moviese de noche? Bastaría con suscitar la cuestión, reabriendo cierto expediente, para colocarle un estigma que le seguiría durante el resto de su vida. Desista, soldado. Lo tenemos cogido simplemente con sacar a relucir una cuestión que todos sabemos no debería mencionarse, pero lo haremos porque ya estamos hartos de que se nos echen cosas en cara y estamos dispuestos

a cortarlo como sea. Alégrese de haber sobrevivido y haberse librado de aquello. Ahora, salga.

En ese momento, Converse había estado tan cerca de echar a perder conscientemente su vida como nunca lo había creído posible. No había excluido el lanzarse sobre aquel atajo de santurrones hipócritas, hasta que contempló sus caras, mientras su mirada periférica iba posándose en las cintas de condecoraciones que adornaban sus guerreras, casi todas con las estrellas de campaña. Después ocurrió una cosa extraña: le asaltaron el asco, la repugnancia y la compasión. Aquellos eran hombres presas del pánico, que habían consagrado sus vidas a defender con las armas a su país... sólo para verse estafados, lo mismo que él. Si proteger lo conveniente significaba proteger lo peor, ¿quién podía decir que se equivocaban? ¿Dónde estaban los santos, dónde los pecadores? ¿Qué sentido tenía tal distinción cuando todos eran víctimas?

Venció el asco. El teniente Joel Converse, de la reserva naval de Estados Unidos, fue incapaz de hacer un último saludo a aquel grupo de superiores. Se volvió en silencio, sin el menor porte militar, y salió. Sólo le faltó escupir en el suelo.

Un nuevo relámpago del bulevar, eco ciego del sol en el Quai du Mont-Blanc. Estaba en Ginebra, no en el campo norvietnamita consolando a chiquillos que vomitaban mientras contaba su historia, ni en San Diego despidiéndose de la Marina. Estaba en Ginebra, y el hombre sentado al otro lado de la mesa sabía cuanto estaba pensando y sintiendo.

-¿Por qué yo? -susurró Joel.

-Porque, como ellos dicen, puedes estar motivado. No hay otra razón. Contaron que el capitán de tu portaaviones se negó a enviar sus aparatos al aire para el ataque que pedía Delavane. Llegaba una tormenta tras otra y lo consideró suicida. Pero Delavane le obligó a hacerlo; amenazó con llamar a la muy viril Casa Blanca y hacer que le quitasen el mando. Tú estuviste al frente de aquel ataque. De ahí viene todo.

-Estoy vivo. Mil doscientos muchachos no llegaron a ver el día siguiente y quizá un millar más preferirían no haberlo visto.

-Y tú estabas en la cámara del capitán cuando Mad Marcus Delavane, Marcus el Loco, hizo sus amenazas y os llamó de todo.

-Estaba allí -dijo Converse con voz neutra Después sacudió la cabeza, desconcertado-. De modo que todo lo que te he contado acerca de mí... lo habías oído ya.

-Lo había leído -corrigió el abogado de California-. Lo mismo que tú, y creo que somos los mejores del oficio entre la gente de menos de cincuenta anos, no me fío de la palabra escrita. Tengo que oír una voz, que ver una cara.

-Yo no te contesté.

-No hacía falta.

-Pero tú sí tienes que contestarme... ahora. ¿No estás aquí por lo de Comm Tech-Bern, verdad?

-Si, esa parte es cierta -dijo Halliday-. Sólo que no fueron los suizos los que acudieron a mi, sino yo a ellos. He estado observándote, esperando el momento. Tenía que ser el adecuado, algo perfectamente natural y geográficamente lógico.

-¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

-Porque me vigilan... Rosen tuvo un ataque. Lo supe, contacté con Bern y les hice el artículo.

-Bastaba con tu reputación.

-Algo ayudó, pero necesitaba más. Dije que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, lo que bien sabe Dios era verdad, y te respetaba mucho, y les di a entender que eras

endiabladamente astuto a la hora de cerrar los tratos y que yo conocía bien tus métodos. También puse un precio lo suficientemente alto.

-Una combinación irresistible para los suizos.

-Me alegra que lo apruebes.

-¡Pero si no lo apruebo! No estoy de acuerdo en absoluto, y menos con tus métodos. No me has dicho nada; te has limitado a hacer comentarios crípticos sobre un grupo de personas no identificadas que dices son peligrosas, y a sacar a relucir el nombre de alguien que sabías provocaría una reacción por mi parte. Quizá después de todo no eres más que un freak que sigue luciendo sin riesgo su insignia yippie.

-Llamar a alguien freak es subjetivamente muy perjudicial, abogado, y lo habrían mandado borrar de las actas.

-Pero me habría marcado un buen punto con el jurado, abogado -dijo Converse con voz tranquila, aunque llena de rabia contenida-. Y es lo que estoy haciendo ahora.

-No prejuzgues lo de la seguriidad -prosiguió Halliday con voz igualmente tranquila-. No estoy seguro, y, aparte mi inclinación a la cobardía, hay en San Francisco una esposa y cinco hijos que me importan mucho.

-¿Entonces acudiste a mí porque yo no tengo... cómo dijiste... enredos prioritarios?

-Acudí a ti porque resultas invisible, al no estar implicado, y porque eres el mejor, y yo no puedo hacerlo! No puedo hacerlo legalmente, y así hay que hacerlo.

-¿Por qué no me dices de una vez de qué se trata? Porque si no voy a levantarme y ya nos veremos más tarde con una mesa de por medio.

-Yo representaba a Delavane -dijo rápidamente Halliday-. Así Dios me ayude que no sabía lo que estaba haciendo, y pocas personas lo aprobaban, pero quería hacer honor a algo que solíamos repetir: las causas y las personas impopulares también merecen ser representadas.

-Eso no lo discuto.

-Tú no sabes la causa, yo sí. La descubrí.

-¿Qué causa?

Halliday se echó hacia adelante.

-Los generales -dijo con voz apenas audible-. Vuelven.

Joel miró fijamente al californiano.

-¿De dónde? No sabía que hubiesen estado fuera.

-Del pasado -dijo Halliday-. De hace arcos.

Converse se repantigó en su asiento, ahora divertido.

-¡Dios bendito! Creía que los de tu especie se habían extinguido. ¿Estás hablando de la amenaza del Pentágono? Press... ¿Es «Press», no? La costumbre de San Francisco, ¿o era de Haight-Ashbury, o del no sé qué de Beverly Hills? Vas un poco atrasado; tú ya asaltaste el Presidio.

-Por favor, no hagas chistes; no estoy bromeando.

-Por supuesto que no. ¿Es Siete días de mayo o Cinco días de agosto? Estamos en agosto, de modo que lo llamaremos Los viejos cañones de agosto. Creo que suena bien.

-¡Déjalo! Esto no tiene nada de divertido, y si lo tuviese me daría cuenta antes que tú.

-Supongo que se trata de una observación.

-Efectivamente, porque yo no pasé lo que tú. Me mantuve aparte, no fui estafado, lo que significa que puedo reírme de los fanáticos porque nunca me hicieron daño, y sigo pensando que ésa es la mejor munición contra ellos. Pero no ahora. ¡Ahora no hay nada de qué reírse!

-Permíteme al menos una sonrisa -dijo Converse muy serio-. Ni siquiera en mis momentos más paranoicos suscribí la teoría conspiratoria de que son los militares quienes mandan en Washington. Eso es algo que no puede ocurrir.

-Tal vez aquí sea menos aparente que en otros países, pero es lo único que te concedo.

-¿Y eso qué significa?

-Sin duda se vería con mucha mayor claridad en Israel, y ni que decir tiene que en Johannesburgo, y muy posiblemente en Francia y Bonn, e incluso en el Reino Unido. Ninguno de ellos se molesta tanto en disimularlo. Pero supongo que tienes parte de razón. Washington seguirá vistiendo la toga constitucional hasta que de puro raída se desprenda y deje ver el uniforme.

Joel clavó la mirada en la cara que tenía enfrente.

-¿No estás bromeando, supongo? Y eres demasiado inteligente para tratar de abrumarme con tus historias.

-0 de estafarte -añadió Halliday-. No después de haber llevado aquella insignia mientras vosotros andabais en pijama al otro lado del mundo. No podría hacerlo.

-Me parece que te creo. Has mencionado varios países, países concretos. Algunos están mudos, otros hablan apenas, y unos pocos tiene mala sangre y peores recuerdos. ¿Lo hiciste a propósito?

-Si. No tiene importancia, porque el grupo a que me refiero cree tener una causa que acabará por unirlos. Y por gobernarlos... a su modo.

-¿Los generales?

-Y almirantes, brigadieres y mariscales de campo; viejos soldados que han plantado sus tiendas en el campo de la derecha, de una derecha que se quedó sin nombre después del Reichstag.

-¡Vamos, Avery! -Converse sacudió la cabeza, exasperado-. Un puñado de viejos veteranos cansados...

-Que reclutan y adoctrinan a nuevos jefes jóvenes, duros y capaces -le interrumpió Halliday.

-...que ya no saben más que toser. -Joel se detuvo-. ¿Tienes alguna prueba? -preguntó, recalcando cada palabra.

-No suficientes, pero podrían serlo escarbando un poco.

-¡Maldita sea! Deja ya de ser elíptico.

-Entre los posibles reclutas hay unos veinte nombres del Departamento de Estado y el Pentágono -dijo Halliday-. Hombres que manejan licencias de exportación y gastan millones porque pueden hacerlo; todo lo cual, naturalmente, amplía el círculo de amigos.

-Y la influencia. ¿Y qué hay de Londres, París y Bonn... Johannesburgo y Tel-Aviv?

-Más nombres,

-¿Seguros?

-Estuvieron allí, los vi por mí mismo, Fue una casualidad. Ignoro cuántos han hecho el juramento, pero estuvieron allí, y son de la especie que coincide con la idea de que te hablo.

-¿El Reichstag?

-Algo más amplio. Un Tercer Reich a escala planetaria. Lo único que necesitan es un Hitler.

-¿Qué pinta en eso Delavane?

-Puede ungir a alguien. Puede ser quien designe al Fuhrer.

-Eso es ridículo. ¿Quién iba a tomarle en serio?

-Ya le tomaron en serio otras veces, y tú viste los resultados.

-Eso fue entonces, no ahora. No estás respondiendo a mi pregunta.

-No te engañes; hay por ahí millares de hombres que creen que entonces lo hizo bien. Lo terrible es que entre ellos hay unas docenas con dinero suficiente para financiar desvaríos, que por supuesto ellos no consideran tales, sino la evolución más apropiada de la historia actual ante el miserable fracaso de las demás ideologías.

Joel empezó a hablar, pero en seguida se detuvo, con sus ideas súbitamente alteradas.

-¿Por qué no has recurrido a alguien que pueda detenerlo?

-¿A quién?

-No debería tener que decírtelo. Hay muchas personas en el gobierno, elegidas y nombradas, y más de una docena de departamentos. Para empezar, está el de Justicia.

-En Washington se reirían de mí -dijo Halliday-. Aparte el hecho de que no tenemos pruebas. Ya te dije que son sólo nombres, suposiciones. Y no olvides esa insignia yippie que antes llevé. Vol-verían a prendérmela y a decirme que me largase.

-Pero tú representabas a Delavane.

-Lo que no hace más que complicar el problema introduciendo aspectos legales. No debería tener que decírtelo.

-La relación abogado-cliente -dijo Converse haciendo gestos de asentimiento-. Es casi imposible poder acusar a un cliente a menos que hayas conseguido pruebas irrebatibles de que va a cometer nuevos delitos, y si guardases silencio le ayudarías a ello.

-Pruebas que no tengo -interrumpió el californiano.

-Entonces nadie querrá saber nada del caso, y mucho menos los abogados ambiciosos que hay en Justicia; no quieren quemar sus naves pensando en cuando salgan del gobierno. Como tú dices, los Delavane de este mundo tienen también sus distritos electorales.

-Exactamente. Y cuando empecé a hacer preguntas y traté de llegar a Delavane, no quiso verme ni hablar conmigo. En cambio recibí una carta diciéndome que estaba despedido, que de haber sabido lo que era yo nunca me hubiese contratado. «Fumando droga y gritando consignas derrotistas mientras una juventud valiente respondía a la llamada de su patria.»

Converse silbó por lo bajo.

-¿Y crees que a ti no te estafaron? Le proporcionas servicios jurídicos, una estructura que puede utilizar a todo evento dentro de la ley, y si algo huele mal eres la última persona que puede dar la alarma. Se envuelve en la bandera del viejo soldado y te llama freak revanchista.

Halliday hizo un gesto de asentimiento.

-Había mucho más en esa carta; nada que pueda perjudicarme excepto en lo que se refiere a él, pero era brutal.

-Estoy seguro. -Converse sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a Halliday, que dijo que no con la cabeza-. ¿Cómo empezaste a trabajar para él?

-Le monté una pequeña asesoría en Palo Alto especializada en exportación e importación. Qué está permitido, qué no lo está, cuáles son las cuotas y cómo llegar por vías legales a la gente del Departamento de Comercio que puede escuchar tu caso. En realidad se trataba de vender influencia utilizando su nombre, si es que alguien lo recordaba todavía. Entonces lo encontré más bien patético.

-Creí que me habías dicho que el negocio no estaba registrado -observó Converse, encendiendo un cigarrillo.

-No es ése el que nos interesa. Hubiera sido una pérdida de tiempo.

-Pero es donde primero conseguiste información, ¿no? Tus indicios.

-Fue por puro accidente y no volverá a ocurrir. Es tan legal como el Clorox.

-Pero es una tapadera -insistió Joel -. Tiene que serlo si, de lo que has dicho, al menos una parte es cierto.

-Lo es. Pero no hay nada por escrito. Es sólo un instrumento para viajar, una excusa para que Delavane y quienes le rodean vayan de un sitio para otro haciendo negocios legítimos. Pero mientras están en una determinada zona se dedican a lo que de verdad les ha llevado allí.

-¿A reunir generales y mariscales de campo?

-Pensamos que se trata de una operación de proselitismo tan discreta como intensa.

-¿Cómo se llama la firma de Delavane?

-Palo Alto International.

Joel apagó bruscamente el cigarrillo.

-Has dicho «pensamos». ¿Quiénes están detrás de ese plural, Avery? ¿Quién pone todo ese dinero, cuando cantidades así significan que son personas que pueden llegar a quien deseen en Washington?

-¿Te interesa?

-¿Trabajar para alguien que no conozco... ni apruebo? No, no me interesa.

-¿Estás de acuerdo con los objetivos tal como te los he esbozado?

-Si lo que me has dicho es verdad, y no se me ocurre ninguna razón para que me mientas en esto, claro que estoy de acuerdo.

Sabías que lo estaría. Pero eso no contesta a mi pregunta.

-Supón -se apresuró a continuar Halliday- que yo te diese una carta declarando que la suma de quinientos mil dólares que te será entregada con cargo a una cuenta anónima en la isla de Mikonos fue proporcionada por un cliente mío de intachable reputación.

Es decir...

-Espera un momento, Press -cortó bruscamente Converse.

-Por favor, no me interrumpas. ¡Te lo ruego! -Los ojos de Halliday, ahora clavados en Joel, parecían casi los de un loco-. No hay otro modo, ya no. Voy a jugarme mi nombre, mi vida profesional. Has sido contratado para hacer un trabajo confidencial acorde con tu especialidad por una persona, un ciudadano prominente, que quiere guardar el anonimato. Garantizo tanto a esa persona como el trabajo que te pide que hagas, y juro no sólo que sus objetivos son legales, sino que se derivarán grandes bienes de cuantos éxitos puedas conseguir. Estás respaldado, dispones de quinientos mil dólares y, lo que espero sea no menos importante para ti, y quizá más, tienes la oportunidad de impedir que un maníaco, unos maníacos, lleven a cabo un plan increíble. En el mejor de los casos, provocarían intranquilidad general. Pueden cambiar el curso de la historia hasta un punto en el que ya no habría historia.

Converse estaba sentado muy tieso en su silla, con la mirada impávida.

-Es todo un discurso. ¿Lo has ensayado mucho?

-No seas cabrón. No necesitaba ensayar. Tampoco tú tuviste que ensayar aquella explosión tuya hace veinte años en San Diego. «No podemos permitirnos nunca más hombres como ése, ¿no lo comprenden? El era el enemigo, nuestro enemigo.» ¿No fueron ésas tus palabras?

-Has hecho bien tus deberes, abogado -dijo Joel, dominando su rabia-. ¿Por qué tiene tanto empeño tu cliente en quedar en el anonimato? ¿Por qué no coge su dinero, hace un donativo para la próxima campaña electoral y habla con el director de la CIA, o con el

Consejo Nacional de Seguridad, o con la Casa Blanca, cosas todas que podría hacer fácilmente? Medio millón de dólares no es moco de pavo ni siquiera hoy.

-Porque no puede estar implicado oficialmente de ningún modo. Sé que suena raro, pero así son las cosas. Es un hombre importante y acudí a él porque me veía acorralado. Francamente, pensé que cogería el teléfono y haría lo que acabas de decir, llamar a la Casa Blanca, incluso, pero él quería seguir este camino.

-¿Conmigo?

-Perdóname. El no te conocía. Me dijo algo extraño; me dijo que buscase a alguien capaz de acabar con esos bastardos sin concederles la dignidad de que el gobierno se ocupase de ellos, ni siquiera la de darse por enterado. Al principio no lo entendía, pero después me di cuenta de que coincide con mi teoría de que reírse de los Delavane de este mundo los reduce más rápidamente a la impotencia que cualquier otro sistema.

-Además elimina el aura del martirio -añadió Converse-. ¿Porqué habría ese... destacado ciudadano de hacer lo que está haciendo? ¿Por qué vale para él ese dinero?

-Si te lo digo faltaré a su confianza.

-No te preguntaba su nombre; sólo quiero saber por qué.

-Si te lo dijese sabrías quién es. No puedo hacerlo. Acepta mi palabra de que si le conocieses le darías tu aprobación.

-Otra pregunta -dijo Joel con voz cortante-. ¿Qué diablos les dijiste a Talbot y Brooks que lo encontraron tan aceptable?

-Se resignaron a encontrarlo aceptable -corrigió Halliday-. Tuve ayuda. ¿Conoces al juez Lucas Anstett?

-¿El del tribunal del Segundo Distrito? Debería haber sido designado para el Supremo hace anos.

-En eso parece que hay consenso. Es también amigo de mi cliente, y según tengo entendido fue a ver a John Talbot y Nathan Simon (Brooks estaba fuera de la ciudad) y, sin revelar el nombre de mi cliente, les dijo que había un problema que podía desembocar en una crisis nacional si no se tomaban inmediatamente medidas jurídicas. Les explicó que estaban implicadas varias firmas norteamericanas, pero el problema residía básicamente en Europa y exigía las dotes de un abogado internacional con experiencia. Si el seleccionado era su socio junior Joel Converse y él aceptaba, ¿consentirían en darle un permiso para que pudiese proseguir el asunto de un modo confidencial? Naturalmente, el juez respaldó con todo calor el proyecto.

-Y naturalmente Talbot y Simon entraron por el aro. A Anstett no se le da una negativa; es demasiado persuasivo, eso sin hablar del poder de su tribunal.

-No creo que fuese a usarlo como arma.

-Pero está ahí.

Halliday sacó del bolsillo de su chaqueta un sobre comercial, blanco y alargado.

-Aquí está la carta. Explica todo lo que te he dicho. Hay también una hoja aparte con tu programa en Mikonos. Una vez que hayas arreglado lo del banco (cómo quieres que te paguen, o a dónde quieres que te transfieran el dinero), te darán el nombre de un hombre que vive en la isla. Está jubilado. Telefonéale. El te dirá cuándo y dónde encontraros. Tiene en su poder todas las herramientas que podemos proporcionarte. Los hombres, las conexiones tal corno creemos que son y las actividades a las que más probablemente se dedican y que violan las leyes de sus respectivos países: enviar armas, pertrechos e información técnica donde no deberían ser enviados. Monta dos o tres acusaciones que tengan que ver con Delavane, aunque sea de modo circunstancial, y bastará. Haremos que caiga el ridículo sobre todo el asunto. Con eso será suficiente.

-¿Cómo puedes tener una cara tan dura? -dijo enfadado Converse-. ¡No he dicho que sí a nada! ¡Y nadie toma decisiones por mí; ni tú, ni Talbot o Simon, ni el santo juez Anstett, ni tu condenado cliente! ¿Qué creíais que estabais haciendo? ¿Es que soy un pedazo de carne del que se dispone sin pedirle permiso? ¿Quién os creéis que sois?

-Personas preocupadas que creemos haber encontrado el hombre adecuado para ese trabajo en el momento adecuado-dijo Halliday, dejando caer el sobre frente a Converse-. Sólo que no queda mucho tiempo. Tú has estado en el sitio a donde quieren llevarnos y sabes lo que es eso.-El californiano se puso súbitamente en pie-. Piénsalo. Ya hablaremos. A propósito, los suizos saben que íbamos a vernos esta mañana. Si alguien te pregunta de qué hemos hablado, dile que accedí a la disposición final relativa a las acciones preferentes. No es favorable, aunque tú puedas pensar otra cosa. Gracias por el café. Estaré al otro lado de la mesa dentro de una hora. Me alegro de volver a verte, Joel.

El californiano recorrió a paso vivo el pasillo que había entre las mesas y, cruzando la puerta metálica de Le Chat Botté, salió al sol del Quai du Mont-Blanc.

La consola telefónica estaba adosada al extremo más lejano de una mesa de conferencias larga y oscura, y su sordo ronroneo hacia juego con el solemne entorno. El arbitre suizo, representante legal del cantón de Ginebra, descolgó el aparato, habló en voz baja, haciendo por dos veces signos de asentimiento, y volvió a dejarlo en su soporte. Miró alrededor de la mesa; siete de los ocho abogados ocupaban sus asientos charlando en voz baja. El octavo, Joel Converse, estaba enfrente de un enorme ventanal flanqueado por cortinas y que daba al Quai Gustave Ador. Más allá se alzaba el gigantesco jet d'ean, cuyo chorro palpitante caía en cascada hacia la izquierda, doblegado por el viento norte. El cielo estaba oscureciéndose; se acercaba una tormenta de verano desde los Alpes.

-Messieurs -dijo el arbitre. Las conversaciones fueron apagándose mientras los rostros se volvían hacia el suizo- Era monsieur Halliday. Algo le ha retenido, pero quiere que empiecen. Su socio, monsieur Rogeteau, tiene instrucciones suyas, y tengo entendido que se vio con monsieur Converse esta mañana para resolver uno de los últimos detalles. ¿No es así, monsieur Converse?

Las cabezas giraron de nuevo, ahora en dirección opuesta, hacia la silueta recortada en el ventanal. No hubo respuesta. Converse siguió contemplando el lago.

-¿Monsieur Converse?

-¿Perdón? -Joel se volvió, con la frente arrugada y sus pensamientos muy lejos, no en nada que tuviese que ver con Ginebra. -¿Es así, monsieur?

-¿Cuál era la pregunta?

-¿Se entrevistó usted esta mañana con monsieur Halliday? Converse tardó un momento en contestar.

-Así es -dijo.

-Y... estuvo de acuerdo en la disposición final sobre las acciones preferentes.

Hubo una perceptible expresión de alivio por parte de los norteamericanos y una aceptación silenciosa y descomprometida por la del contingente de la Bern. Ninguna de estas reacciones paso desapercibida para Joel, y en otras circunstancias hubiese tornado buena nota de ello para considerarlo a su debido tiempo. A pesar del juicio de Halliday sobre la ventaja que suponía para la Bern, la aceptación había sido conseguida con demasiada facilidad; él la habría pospuesto por principio, para tener al menos una hora por delante para pensarlo. Pero qué más daba. ¡Allá él!, pensó Converse.

-Entonces procedamos, como sugirió monsieur Halliday -dijo el arbitre, consultando su reloj.

Transcurrió una hora, y después dos, y luego una tercera, entre el rumor de las voces en contrapunto mientras se pasaban las páginas atrás y adelante, se aclaraban los puntos, se iniciaban los párrafos. Y Halliday seguía sin aparecer. Se encendieron las lámparas, mientras la oscuridad llenaba el cielo de mediodía al otro lado de los enormes ventanales, y se habló de la tormenta que se acercaba.

Después, de repente, se oyeron gritos al otro lado de la gruesa puerta de roble de la sala de reuniones, que fueron aumentando de volumen hasta que las mentes de cuantos oían aquellos terribles y prolongados sonidos se llenaron de imágenes de horror. Algunos de los que estaban alrededor de la gran mesa se metieron debajo de ella, otros se levantaron y quedaron en pie, conmocionados, y hubo quienes se precipitaron hacia la entrada, entre ellos Converse. El arbitre hizo girar el pomo y tiró con tal fuerza que la puerta fue a estrellarse contra la pared. Lo que presenciaron ninguno de ellos lo olvidaría nunca. Joel corrió, abriéndose paso a tirones y empujones, hasta la antesala.

Vio a Avery Fowler con manchas rojas en su camisa blanca y el pecho convertido en una masa de diminutos agujeros sangrantes. Mientras el herido caía, su cuello, vuelto hacia arriba, dejó al descubierto más sangre en la garganta. Su respiración hacia un ruido bien conocido para Joel. Había sostenido las cabezas de aquellos muchachitos que en los campos de prisioneros lloraban de rabia y de miedo. Ahora tomó la cabeza de Avery Fowler, mientras permitía que su cuerpo descansase suavemente en el suelo,

-¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado?

-Han... vuelto -jadeó su lejano condiscípulo-. El ascensor. ¡Me atraparon en el ascensor! Dijeron que esto era por Aquitania; ése fue el nombre que utilizaron... Aquitania. ¡Dios rnío! ¡Meg... los niños...:

La cabeza de Avery Fowler se retorció espasmódicamente sobre su hombro derecho y de su garganta ensangrentada escapó un último estertor.

Converse estaba en medio de la lluvia, con la ropa empapada, contemplando el lugar invisible del agua donde sólo hacía una hora el surtidor subía disparado hacia el cielo proclamando que aquello era Ginebra. La cólera del lago se traducía en una infinidad de pequeñas olas blancas y espumosas que reemplazaban a las graciosas velas. Habían desaparecido los reflejos y se oía hacia el norte un trueno lejano, procedente de los Alpes.

Joel sentía su mente paralizada.

2

Pasó junto al largo mostrador de mármol de la recepción del hotel Richmond y se dirigió a la escalera de caracol de la izquierda. Era una costumbre; su suite estaba en la segunda planta y los ascensores, encerrados en brillantes rejas y con el interior de terciopelo color vino, eran preciosos pero lentos. Además, le gustaba pasar junto a las vitrinas de joyas de un precio escandaloso y brillantemente iluminadas que se alineaban a lo largo de las paredes de la elegante escalera: trémulos diamantes, rubíes rojo sangre, collares de oro hilado. De algún modo le recordaron el cambio, un cambio extraordinario para él, para una vida que había pensado terminaría de modo violento, a miles de millas de allí, en una docena de celdas diferentes, aunque siempre infectadas de ratas, entre ruido apagado de disparos y gritos de niños a lo lejos, en la oscuridad. Diamantes, rubíes y oro hilado eran símbolos de lo inalcanzable y poco realista, pero estaban allí, y él pasaba junto a ellos, los miraba, sonriendo ante su existencia, y ellos parecían reconocerlo y le devolvían la mirada con sus grandes ojos relucientes de una profundidad infinita, diciéndole que estaban allí, que él estaba allí. Todo un cambio.

Pero ahora no los veía, ni ellos le reconocieron. No veía ni sentía nada. Los tentáculos de su espíritu y de su cuerpo estaban entumecidos, en suspenso en un espacio enrarecido. Una persona a la que había conocido de joven bajo un nombre había venido a morir en sus brazos años más tarde bajo otro, susurrando en el momento de su muerte brutal unas palabras tan incomprensibles como paralizadoras. Aquitania. Dijeron que era por Aquitania... ¿Donde estaba la cordura, dónde la razón? ¿Qué significaban esas palabras y por qué se había visto él comprometido en su esquivo significado? Porque estaba comprometido, lo sabía, y tenía que haber un motivo para aquella terrible manipulación. El motor era un nombre, un hombre: George Marcus Delavant., señor de la guerra de Saigón.

-¡Monsieur!

El grito sofocado procedía de abajo. Se volvió a mitad de la escalera y vio al imponente conserje atravesar corriendo el vestíbulo y empezar a subir. Se llamaba Henri y hacía unos cinco años que se conocían. Su amistad iba mucho más allá de la que puede haber entre el empleado y el huésped de un hotel. Habían jugado juntos en Divonneles-Bains, al otro lado de la frontera.

-Hola, Henri.

-Mor diett! ¿Está bien, Joel? No han parado de llamar de su oficina de Nueva York. Lo oí por la radio. ¡No se habla de otra cosa en Ginebra! La drogue Drogas, crímenes, armas... ¡asesinato! ¡Incluso a nosotros nos ha llegado ya!

-¿Es eso lo que dicen?

-Dicen que le encontraron papeletas de cocaína debajo de la camisa. Todo un respetado avocat international...

-¡Es mentira! -saltó Converse.

-Es lo que dicen, ¿yo qué sé? Mencionaron su nombre; dijeron que había muerto al llegar usted a su lado... Por supuesto, usted no ha tenido nada que ver; simplemente estaba allí con los otros. ¡Oí su nombre y no sabe qué preocupado estaba! ¿Dónde se ha metido?

-Estuve respondiendo a un montón de preguntas incontestables en la comisaría.

Contestables, pero no por él, no a las autoridades de Ginebra. Avery Fowler -Preston Halliday- merecía algo mejor. Le había confiado, y él había aceptado, una misión en trance de muerte.

-¡Cristo, está empapado! -exclamó Henri, con mirada llena de preocupación-. ¿Ha estado caminando bajo la lluvia, verdad? ¿Es que no había taxis?

-No me fijé; quería andar.

-Claro, el shock; lo comprendo. Le enviaré coñac, un Armagnac decente. Y la cena. Anularé su reserva en el Gentilshommes.

-Gracias. Deme treinta minutos y que su centralita me ponga con Nueva York. Parece que siempre me equivoco al marcar. -Joel...

-¿Qué?

-¿Puedo ayudarle en algo? ¿Hay algo que deba decirme? Hemos ganado y perdido juntos y hemos despachado demasiadas botellas de grand cru para que ande solo cuando no debe. Amigo mío, yo conozco Ginebra.

Converse miró a los grandes ojos castaños, a la cara arrugada, rígida por la preocupación.

-¿Por qué lo dice?

-Por la prisa que se dio en negar los informes de la policía sobre la cocaína, ¿por qué iba a ser si no? Le observaba. Había algo más en lo que dijo.

Joel pestañeó y cerró un momento apretadamente los párpados, sintiendo una aguda tensión en medio de la frente. Hizo una profunda inspiración y respondió.

-Por favor, Henri, déjese de suposiciones. Sólo quiero que me consiga esa conferencia antes de media hora, ¿de acuerdo?

-*Entendn, monsieur*. Le *concierge du Richmond* sólo está aquí para servir a sus huéspedes, huéspedes de excepción a los que se concede un servicio excepcional, por supuesto. Ya sabe dónde estoy si me necesita, amigo.

-Lo se. Si saco una mala carta, se lo haré saber.

-Si quiere sacar la carta que sea en Suiza, llámame. Las jugadas dependen de los jugadores.

-No lo olvidaré. ¿Tendré esa conferencia antes de media hora?

-*Certainement, monsieur*.

La ducha estaba tan caliente como su piel podía soportar, y el vapor le llenaba los pulmones, cortándole el aliento. Después se obligó a aguantar una ducha helada hasta que la tiritona le llegó a la cabeza, Pensaba que el choque de los extremos podría aclararle la mente, o al menos reducir el entumecimiento. Tenía que pensar; tenía que decidir; tenía que escuchar.

Salió del cuarto de baño con el blanco albornoz de rizo empapando los residuos de la ducha y deslizó los pies en un par de babuchas que había en el suelo, junto a la cama. Cogió los cigarrillos y el encendedor de encima del buró y se dirigió al salón. El bueno de Henri había cumplido su palabra; un camarero de piso había puesto sobre la mesa de café una botella de un caro Armagnac y dos copas, por costumbre. Se hundió en el blando sofá con cojines, se sirvió una y encendió un cigarrillo. Fuera, la espesa lluvia de agosto golpeaba en los cristales con un redoble incesante. Miró su reloj; eran las seis y unos minutos, poco después de mediodía en Nueva York. Se preguntó si Henri habría sido capaz de conseguir línea. Su mente de abogado necesitaba oír aquellas palabras dichas desde Nueva York, palabras que vendrían a confirmar o negar la revelación de un muerto. Hacía veinticinco minutos que Henri le había detenido en la escalera; esperaría otros cinco antes de llamar a la centralita.

Sonó el teléfono, sobresaltándolo con su timbre estruendoso y vibrante, a la europea. Alcanzó el aparato que estaba sobre la mesa, junto al sofá. Tenía la respiración agitada y le temblaba la mano.

-¿Sí? ¿Diga?

-Le llaman de Nueva York, monsieur -dijo la telefonista del hotel-. Es de su despacho. ¿Debo cancelar la llamada de las seis y cuarto?

-Si., por favor. Y gracias.

-¿Señor Converse?

Aquella voz intensa y aguda pertenecía a la secretaria de Lawrence Talbot.

-Hola, Jane.

-¡Gracias a Dios! Hemos estado tratando de comunicar con usted desde las diez. ¿Se encuentra bien? Después oímos las noticias. ¡Es todo tan horrible!

-Estoy bien, Jane. Gracias por preocuparse.

-El señor Talbot está fuera de sí. ¡No puede creerlo!

-No crean lo que dicen de Halliday, no es verdad. ¿Puedo hablar con Larry, por favor?

-Si supiese que le tengo al teléfono hablando conmigo, me des-pediría.

-No, mujer. ¿Quién iba a escribrirle las cartas?

La secretaria hizo una breve pausa, y cuando habló su tono era ya más tranquilo.

-¡Dios mío, Joel, es usted el colmo! Después de lo que ha pasado, todavía es capaz de decir cosas divertidas.

-Así es más fácil, Jane. ¿Quiere ponerme con Bubba?

-¡Es usted tremendo!

Lawrence Talbot, socio senior de Talbot, Brooks y Simon, era un abogado de lo más competente, pero que debía tanto su carrera a haber sido uno de los pocos jugadores de fútbol americano de Yale seleccionados para el equipo nacional como a sus proezas en las salas de audiencia. Era también una gran persona, que actuaba más como coordinador que como fuerza impulsora de una firma de abogados conservadora, aunque altamente competitiva. Era también eminentemente imparcial e íntegro, y siempre hacía honor a su palabra. El era una de las razones por las que Joel había ingresado en la firma. Otra era Nathan Simon, un gigante como hombre y como abogado. Converse había aprendido más derecho de Nate Simon que de cualquier otro de los abogados y profesores que había conocido. Se sentía muy cerca de Nathan, pero Simon era hombre de intimidad difícil; acercarse a él exigía dosis iguales de afecto y reserva.

Irrumpió en el teléfono la voz de Lawrence Talbot.

-¡Dios mío, estoy aplanado! ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer?

-Para empezar, olvida esa porquería que han dicho de Halliday. Tenía tanto que ver con las drogas como Nate Simon.

-Entonces, ¿no lo has oído? Han vuelto sobre ello. Ahora dicen que se trata de un robo con violencia; se resistió y le metieron los paquetes bajo la camisa después de disparar sobre él. Creo que Jack Halliday debe de haber quemado los hilos desde San Francisco, amenazando con sentarle las costuras a todo el gobierno suizo. Ya sabes que jugó con Stanford.

-Eres demasiado, Bubba.

-Nunca creí que me gustase oírte decir eso, muchacho, pero ahora me gusta.

-No tan muchacho, Larry. ¿Quieres aclararme una cosa?

-Si está en mi mano...

-Anstett. Lucas Anstett.

-Hablamos, Nathan y yo nos limitamos a escuchar, y estuvo de lo más persuasivo. Lo comprendemos.

-¿Tú crees?

-No los detalles; no entró en ellos. Pero pensamos que eres el mejor en este campo, y no fue difícil acceder a su petición, T., B. y S. tienen lo mejor, y cuando un hombre como Anstett nos lo confirma, ¿no debemos felicitarnos?

-¿Lo hacéis por su cargo?

-¡Claro que no! Incluso nos dijo que si aceptábamos de ahora en adelante iba a ser más duro con nosotros en apelaciones. Se pone imposible cuando quiere algo. Le dice a uno que le va a ir peor si se lo concede.

-¿Le creísteis?

-Bueno, Nathan dijo algo de que los cabritos tienen ciertas marcas que no se quitan sin que chillen mucho, de modo que deberíamos acceder. Nathan complica a menudo los problemas, pero maldita sea, Joel, suele tener razón.

-Si puedes perder tres horas para oír un resumen de cinco minutos...

-El siempre está pensando, muchacho.

-No tan muchacho. Todo es relativo.

-Llamó tu mujer... Perdón, tu ex mujer.

-¿Sí?

-Hablaron de ti por la radio, o la televisión, o donde fuese, y quería saber qué había ocurrido.

-¿Qué le dijisteis?

-Que estábamos tratando de comunicar contigo. Sabíamos tanto como ella. Parecía muy afectada.

-Por favor, ¿quieres llamarla y decirle que estoy bien? ¿Tienes el número?

-Lo tiene Jane.

-De modo que estoy de permiso...

-Con tu sueldo completo -dijo Talbot desde Nueva York.

-No es preciso, Larry. Me dan un montón de dinero, de modo que mira por la contabilidad. Estaré de vuelta dentro de tres o cuatro semanas.

-Podría hacerlo, pero no quiero. Sé cuándo tengo lo mejor y pretendo conservarlo. Te lo ingresaremos. -Talbot hizo una pausa y después habló con voz tranquila y acuciante-. Joel, tengo que preguntárselo. ¿Lo ocurrido hace unas horas tiene algo que ver con el asunto de Anstett?

Converse agarró el teléfono con tal fuerza que le dolieron la muñeca y los dedos.

-Nada en absoluto, Larry. No hay la menor relación.

Mikonos, isla de las Cícladas empapada de sol y bordeada de olas blancas, cercana al santuario de Delos. Desde la conquista de Barbarroja sirvió de refugio a sucesivos bandoleros del mar impulsados por los vientos Meltemi -turcos, rusos, chipriotas y por último griegos-, que se sucedieron a lo largo de los siglos sobre esta pequeña masa de tierra, alternativamente ocupada y olvidada hasta la llegada de los esbeltos yates y los relucientes aviones, símbolos de otra época. Ahora, automóviles de diseño a ras del suelo -Porsches, Maseratis, Jaguars- corren por las estrechas carreteras deslizándose ante molinos de viento de un blanco de almidón e iglesias de alabastro, y un nuevo tipo de habitantes han venido a unirse a los residentes lacónicos, cerradamente tradicionalistas, que vivían del mar y del comercio. Jóvenes despreocupados de todas las edades, de camisa abierta y pantalón ceñido, con la piel quemada por el sol sirviendo de realce a los adornos de oro macizo, han encontrado un nuevo lugar predilecto. Y la vieja Mikonos, un día puerto de los orgullosos fenicios, se ha convertido en el Saint-Tropez del Egeo.

Converse había tomado el primer vuelo de la Swissair a Atenas, y de allí un avión más pequeño de la Olympic hasta la isla. Aunque había perdido una hora con el cambio de meridiano, eran apenas las cuatro de la tarde cuando el taxi del aeropuerto se arrastró por las calles del puerto, tórrido y de un blanco cegador, hasta detenerse frente a la discreta entrada del banco. Estaba en el muelle, y tanto las muchedumbres de camisas floreadas y vestidos con estampados insólitos como las lanchas que cabeceaban sobre las suaves olas hacia las gradas del embarcadero principal eran prueba de que los gigantescos barcos de crucero anclados frente al puerto eran manejados por gente conocedora del negocio. Mikonos era una trampa deslumbrante para los turistas, que se dejaban el dinero en la isla cegadora de cal, cuyas tabernas y tiendas estaban llenas desde el amanecer hasta el tórrido crepúsculo. Correría el *ouzo* y los gorros de pescador griego desaparecerían de las estanterías para aparecer en las cabezas vacilantes de hombres y mujeres procedentes de las caras urbanizaciones de Grosse Point y Short Hills. Y cuando llegase la noche y los visitantes hubiesen pronunciado torpemente los últimos *efharisto* y *paracalo*, empezarían otros juegos: sería la hora de los cortesanos y cortesanas, de los hijos hermosos, siempre jóvenes y complacientes del azul Egeo. Las dracmas, contadas entre carcajadas, serían gastadas en cantidades que harían tambalearse incluso a quienes tenían opulentas suites en las cubiertas más altas de los barcos

más lujosos. Todo lo que Ginebra tenía de adusta lo tenía Mikonos de acomodaticia, en modos que hubiesen envidiado los turcos de antaño.

Joel había llamado al banco desde el aeropuerto, sin saber qué horario tenía pero sí el nombre de la persona con quien iba a entrevistarse. Kostas Laskaris le saludó cautelosamente por teléfono, dejando bien sentado que esperaba, no sólo un pasaporte que pudiese pasar la prueba del espectrógrafo, sino la carta original de A. Preston Halliday con su firma, firma que sería sometida a un escáner, y que había de corresponder a la que el fallecido señor A. Preston Halliday tenía registrada en el banco.

-Oímos que lo habían matado en Ginebra. Es algo muy inoportuno -había dicho Laskaris.

-Diré a su viuda y a sus hijos cuánto me han conmovido sus expresiones de pésame.

Converse pagó el taxi y subió la breve escalinata blanca de la entrada cargado con la maleta y el maletín, por lo que agradeció que le abriese la puerta un guarda uniformado cuyo aspecto le recordó la fotografía largo tiempo olvidada de un sultán loco que azotaba en un patio a las mujeres de su harén cuando no conseguían excitarle.

Kostas Laskaris no respondía en modo alguno a lo que esperaba Joel después de la breve y desconcertante conversación telefónica. Era un hombre de cincuenta y muchos años, calvo y de rostro agradable, con ojos oscuros y acogedores y un inglés relativamente bueno pero que desde luego no le resultaba cómodo hablar. Sus primeras palabras mientras se levantaba e indicaba a Converse el asiento que tenía enfrente contradijeron aquella primera impresión.

-Le pido disculpas por lo que puede haberle parecido insensibilidad por mi parte con el señor Halliday. No obstante, fue algo muy inoportuno; no sé decirlo de otro modo. Y es difícil sentir pena por alguien a quien no se conoce.

-Siento lo que le dije. Olvídelo, por favor.

-Es usted muy amable, pero lo que me temo no poder olvidar son los requisitos impuestos por el señor Halliday y su socio aquí en Mikonos. Por favor, ¿quiere darme su pasaporte y la carta?

-¿Quién es? -preguntó Joel, mientras buscaba en el bolsillo de su chaqueta la cartera del pasaporte, que contenía también la carta-. Me refiero al socio.

-Es usted abogado, y seguramente comprenderá que no puedo darle la información que desea hasta que... salvemos las barreras, como si dijésemos. Al menos a mí me parece que eso es lo correcto.

-Está bien. Sólo pensé que debía intentarlo.

Sacó el pasaporte y la carta y se los dio al banquero.

Laskaris descolgó el teléfono y oprimió un botón. Habló en griego, al parecer llamando a alguien. A los pocos segundos se abrió la puerta y entró una morena imponente, bronceada, que avanzó graciosamente hacia la mesa. Levantó la vista, hasta entonces baja, y miró a Joel, quien sabía que el banquero no le quitaba ojo. Una seña de Converse, otra mirada -suya a Laskaris- y seguirían las presentaciones, la tácita promesa de arreglo, y una información, probablemente significativa, quedaría anotada en una ficha del banquero. Joel no hizo esa seña; no quería que se hiciese esa anotación. Un hombre no recibía medio millón de dólares por decir que sí con la cabeza para andar después buscando una prima. Eso no suponía estabilidad, sino otra cosa.

Los siguientes diez minutos los llenó con parloteo insustancial sobre vuelos, costumbres y lo mal que se estaban poniendo los viajes en todas partes, hasta que volvieron el pasaporte y la carta... no por mano de la morena despampanante, sino de un joven y rubio Adonis que parecía recién salido de un ballet. Laskaris, el de la cara de no haber roto nunca un plato, no

perdonaba un solo truco; estaba dispuesto a proporcionar a su acaudalado visitante lo que necesitase.

Converse miró a los ojos al griego y sonrió, con sonrisa que se transformó en una silenciosa carcajada. Laskaris le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros, antes de despedir a aquel hijo de las playas.

-Soy el jefe de esta sucursal -dijo mientras se cerraba la puerta-, pero la política del banco no depende de mí. Al fin y al cabo, esto no es más que Mikonos.

-Y por aquí pasa un montón de dinero. ¿Por cuál de los dos había apostado?

-Por ninguno -dijo Laskaris sacudiendo la cabeza-. Sólo por lo que usted hizo. De lo contrario sería un estúpido, y no creo que usted lo sea. Además de director de la sucursal del muelle, soy también un buen psicólogo.

-¿Por eso le eligieron como intermediario?

-No, no es esa la razón. Soy amigo del socio del señor Halliday aquí en la isla. A propósito: se llama Beale, doctor Edward Beale... Como ve, todo está en orden.

-¿Un doctor? -preguntó Converse, inclinándose para recoger el pasaporte y la carta-. ¿Se trata de un médico?

-No es médico -le aclaró Laskaris-. Es un intelectual, un profesor de historia norteamericano, jubilado. Tiene una buena pensión y se mudó aquí desde Rodas hace varios meses. Es un hombre muy interesante, muy enterado. Me ocupo de sus asuntos financieros, en los que no está muy versado; pero aún así sigue siendo interesante.

El banquero volvió a sonreír, encogiéndose de hombros.

-Así lo espero -dijo Joel-. Tenemos mucho de que hablar.

-Eso no es asunto mío. ¿Pasamos a la disposición de los fondos?

¿Cuándo y dónde quiere que se le pague?

-Una buena parte en metálico. Compré uno de esos cinturones para dinero sensorizados en Ginebra; las baterías están garantizadas por un año. Si intentan quitártelo se dispara una diminuta sirena que le perfora a uno los tímpanos. Querría lo mío en moneda norteamericana y el resto transferido.

-Esos cinturones son eficaces, pero no si está usted inconsciente o no hay nadie cerca para oírlo. ¿Puedo sugerirle cheques de viaje?

-Puede, y probablemente con razón, pero yo no lo creo así. Tal vez no quiera estampar mi firma.

-A su gusto. ¿Qué billetes quiere, por favor? -dijo Laskaris-. ¿Y dónde le gustaría que le enviásemos el resto?

-¿Es posible -preguntó lentamente Converse- abrir cuentas que no estén a mi nombre pero me sean accesibles?

-Por supuesto. La verdad es que se hace con frecuencia en Mikonos... lo mismo que en Creta, Rodas, Atenas o Estambul, y también en gran parte de Europa. Se envía una descripción, acompañada de palabras escritas de su puño y letra, que pueden ser un nombre supuesto, o números. Conocí a alguien que utilizaba canciones infantiles. Después las comparan. Claro que hay que hacerlo en un banco de un cierto nivel.

-Naturalmente. Dígame algunos.

-¿Dónde?

-En Londres, París, Bonn... tal vez Tel-Aviv -dijo Joel, tratando de recordar las palabras de Halliday.

-Lo de Bonn no es fácil; son tan inflexibles... Un apóstrofo equivocado y llaman a quienes ellos consideren sus «autoridades». Tel-Aviv es sencillo; allí el dinero se mueve a su

antojo y es tan sinuoso como la Knesset. Londres y París son normales y, por supuesto, decide la codicia. Le cargarán un montón de dinero por las transferencias, porque saben que no va a armar un escándalo tratándose de fondos ocultos. Todo muy decente, muy materialista y con mucho ladronicio.

-Parece que conoce usted los bancos.

-He tenido experiencia. Ahora, en cuanto a los desembolsos....

-Quiero cien mil para mí, en billetes no mayores de quinientos dólares. El resto puede repartirlo y decirme cómo disponer de ello silo necesito.

-No es difícil. ¿Empezamos ya a escribir nombres, o números... o canciones de cuna?

-Números -dijo Converse-. Soy abogado. Los nombres y las canciones de cuna pertenecen a dimensiones en las que no quiero pensar en este momento.

-Como prefiera -dijo el griego, alcanzando un bloc-. Y aquí tiene el teléfono del doctor Beale. Cuando hayamos terminado nuestro asunto, puede llamarle... o no, como desee. No es asunto mío.

El doctor Edward Beale, residente en Mikonos, hablaba por teléfono con palabras medidas y la cadencia lenta y pensada de un intelectual. Nada era precipitado; todo deliberado.

-Hay una playa (más rocas que playa, y desierta de noche) a unos siete kilómetros del muelle. Vaya andando hasta allí. Tome la carretera que va al oeste a lo largo de la costa hasta que vea las luces de varias boyas balanceándose en el mar. Baje hasta el borde del agua. Yo le buscaré.

Las nubes nocturnas pasaban raudas, impulsadas por vientos de gran altitud, dejando a la luz de la luna penetrar sólo de manera rápida y esporádica a iluminar el desolado trozo de playa fijado como lugar de la reunión. A lo lejos, en el agua, las Lámparas rojas de cuatro boyas subían y bajaban. Joel sorteó las rocas hasta llegar a la suave arena, camino del borde del agua; podía ver y oír a la vez las pequeñas olas que llegaban y retrocedían. Encendió un cigarrillo, pensando que la llama anunciaría su presencia. Y así fue. Al momento salió una voz de la oscuridad a su espalda, pero el saludo fue muy diferente al que esperaba de un viejo profesor retirado.

-Quédese donde está y no se mueva -fue la primera orden, dicha con tranquila autoridad-. Póngase el cigarrillo en la boca y chupe, y después levante los brazos y manténgalos estirados frente a usted. Bien. Ahora fume; quiero ver el humo.

-¡Cristo, me estoy ahogando! -exclamó Joel entre tos y tos, mientras el humo, al que la brisa del mar hacía retroceder, le picaba en los ojos. Después, de repente, notó los rápidos movimientos de una mano que le palpaba la ropa, yendo a través de su pecho y subiendo y bajando por sus piernas-. ¿Qué hace? -chilló, escupiendo sin querer el cigarrillo de la boca.

-No tiene armas -dijo la voz.

-¡Pues claro que no!

-Yo sí. Puede bajar los brazos y darse la vuelta.

Converse giró sobre sí mismo, todavía tosiendo, y se frotó los ojos inundados de lágrimas.

-¡El loco hijo de perra!

-Es un hábito temible el de los cigarrillos. Yo en su lugar los dejaría. Aparte las cosas terribles que hacen a su cuerpo, ya ha visto cómo pueden ser utilizados contra usted.

Joel pestañeó y miró al frente. El que así pontificaba era un viejo de estatura mediana, esbelto y canoso, plantado muy tieso frente a él vestido con lo que parecían una chaqueta y unos pantalones de lona blanca. Su cara -lo que de ella podía verse a la intermitente luz de la luna- estaba surcada por profundas arrugas, y había una leve sonrisa en sus labios. Había

también una pistola en su mano, que empuñaba con firmeza apuntando a la cabeza de Converse.

-¿Es usted Beale? -preguntó Joel-. ¿El doctor Edward Beale?

-Si.. ¿Está ya tranquilo?

-Considerando los efectos de su cálida bienvenida, creo que sí.

-Bien. Entonces guardaré esto. -El profesor bajó la pistola y se arrodilló en la arena junto a una bolsa de lona. Guardó en ella el arma y se levantó-. Lo siento, pero tenía que asegurarme.

-¿De qué? ¿De si yo era o no un comando?

-Halliday ha muerto. En lugar de usted podrían haber mandado a un sustituto, alguien que tratase con un viejo en Mikonos. En tal caso, esa persona hubiera tenido casi con toda seguridad un arma.

-¿Por qué?

-Porque no tendría la menor idea de que yo era un viejo. Podría haber sido yo el comando.

-Es posible, sólo posible, que yo hubiese podido tener una pistola. ¿Me hubiese volado la cabeza?

-¿Un respetable abogado que viene a la isla por primera vez, pasando los controles de seguridad del aeropuerto de Ginebra? ¿Dónde iba a conseguirla? ¿A quién iba a conocer en Mikonos?

-Pude haberlo arreglado -protestó Converse con escasa convicción.

-Lo he hecho seguir desde que llegó. Fue directamente al banco, y después al hotel Kouneni, donde se sentó en el jardín y bebió algo antes de ir a su habitación. Aparte del taxista (mi amigo Kostas), el empleado de recepción y los camareros del jardín, no habló con nadie. Siempre que usted fuese Joel Converse yo no tenía nada que temer.

-Para ser el producto de una torre de marfil, parece usted más bien del FBI.

-No he estado siempre en el mundo académico; pero sí, he sido cauteloso. Creo que todos debemos serlo. Con un George Marcus Delavane es la única estrategia apropiada.

-¿Estrategia apropiada?

-Método, si lo prefiere. -Beale buscó entre los botones de su chaqueta, ampliamente separados, y extrajo una hoja de papel doblada-. Aquí están los nombres -dijo, entregándosela a Joel-. Hay cinco figuras clave en la operación de Delavane, una en cada país: Francia, Alemania Occidental, Israel, Africa del Sur e Inglaterra. Hemos identificado a cuatro, los cuatro primeros, pero no logramos dar con el inglés.

-¿Cómo consiguieron éstos?

-Al principio, por notas encontradas por Halliday entre los papeles de Delavane cuando el general era cliente suyo.

-Entonces ¿era esa la casualidad de que me habló? Dijo que era algo que no volvería a ocurrir.

-Naturalmente, no sé lo que él le dijo, pero desde luego fue un accidente. Un fallo de memoria por parte de Delavane, achaque que puedo asegurarle personalmente no perdona a los viejos. Simple-mente, el general se olvidó de que tenía una reunión con Halliday, y cuando llegó Preston su secretaria lo introdujo en el despacho para que pudiese preparar los documentos para Delavane, que iba a llegar dentro de una media hora. Preston vio una carpeta de archivo en la mesa del general y la reconoció. Sabía que contenía material que podría tener que consultar, y, sin pensarlo dos veces, se sentó y empezó a trabajar. Encontró los nombres, y, como estaba al tanto del reciente itinerario de Delavane por Europa y Africa, de repente

todo empezó a encajar... del modo más amenazador. Para cualquiera que sepa algo de política, esos cuatro nombres meten miedo, despiertan recuerdos estremecedores.

-¿Llegó a saber Delavane que los había encontrado?

-Mi opinión es que nunca supo a qué atenerse. Halliday los anotó y se marchó antes de que volviese el general. Pero lo de Ginebra parece decirnos otra cosa.

-Que Delavane lo descubrió -dijo Converse con aire sombrío.

-De lo contrario no hubiese corrido más riesgos, especialmente habiendo un plan en marcha, y estamos convencidos de lo que hay. Nos encontramos ya en la cuenta atrás.

-¿Para qué?

-Según la pauta de sus operaciones, que hemos reconstruido, una prolongada serie de conflagraciones masivas y orquestadas destinadas a hacer que los gobiernos pierdan el control para así desestabilizarlos.

-Eso son palabras mayores. ¿De qué modo?

-Sólo son conjeturas -dijo el profesor frunciendo el ceño-. Probablemente grandes estallidos de violencia coordinados a cargo de terroristas, alimentados por Delavane y su gente. Cuando el caos se haga intolerable, será su excusa para intervenir con unidades militares y asumir el poder, inicialmente mediante la ley marcial.

-Eso ya se ha hecho -dijo Joel-. Alimentar y armar a un supuesto enemigo, enviar después provocadores...

-Con grandes cantidades de dinero y material.

-...y cuando se levanten -continuó Converse- quitarles la alfombra, aplastarlos y tomar el poder. Los ciudadanos lo agradecen, aclaman a sus salvadores y empiezan a marcar el paso a sus órdenes. Pero ¿cómo podrían hacerlo?

-Esa es la pregunta que no nos deja dormir. ¿Cuáles son los objetivos? ¿Dónde están esos hombres, quiénes son? No tenemos la menor idea. Si hubiese una pista podríamos proceder a partir de ella, pero no la tenemos, y no podemos perder el tiempo persiguiendo fantasmas. Hemos de ir tras de lo que sabemos.

-Otra vez el tiempo. ¿Por qué está tan seguro de que estamos en la cuenta atrás?

-Aumenta la actividad en todas partes, una actividad en muchos casos frenética. Cargamentos procedentes de Estados Unidos son canalizados, desde almacenes en Inglaterra, Irlanda, Francia y Alemania, a grupos de insurgentes de todas las zonas conflictivas. Hay rumores procedentes de Munich, del Mediterráneo y de los países árabes. Se habla como si se tratase de los preparativos finales, pero nadie parece saber exactamente para qué, sólo que todos deben estar preparados. Es como si la banda Baader-Meinhof, las Brigadas Rojas, la OLP y las legiones rojas de París y Madrid participasen en una carrera de la que nadie conoce el recorrido, sólo el momento de la salida.

-¿Y cuándo es eso?

-Nuestros informes varían, pero están todos dentro del mismo lapso de tiempo: de tres a cinco semanas.

-¡Dios mío! -Joel lo recordó de pronto-. Avery... es decir, Halliday, me susurró algo antes de morir, unas palabras que habían dicho los hombres que lo mataron. «Aquitania... dijeron que era por Aquitania.» Esas fueron las palabras. ¿Qué significan, Beale?

El viejo profesor guardó silencio tras sus ojos vivaces, que iluminaba la luna. Volvió lentamente la cabeza y contempló el agua.

-Es pura locura -susurró.

-Eso no me dice nada.

-No, por supuesto que no. Me refiero a la magnitud de todo ello. Es algo tan increíble...

-Sigo sin enterarme.

-Aquitania, como la llamó Julio César, era el nombre dado a una región del sudoeste de Francia que en una época situada en los primeros siglos después de Cristo se decía que se había extendido desde el Atlántico, a través de los Pirineos, hasta el Mediterráneo, y por el norte hasta la desembocadura del Loira, al oeste de París...

-Tengo una vaga idea -interrumpió Joel, demasiado impaciente para soportar una disertación académica.

-Si la tiene, es muy de elogiar. La mayoría de la gente sólo ha oído hablar de los últimos siglos, digamos desde el octavo en adelante, cuando Carlomagno conquistó la región, formó el reino de Aquitania y se lo confió a su hijo Luis, de quien pasó a sus descendientes, Pipino I y II. Ellos y los trescientos años que siguieron son lo que viene al caso.

-¿A qué caso?

-La leyenda de Aquitania, señor Converse. Como muchos generales ambiciosos, Delavane siente gran afición por la historia, en la tradición de César, Napoleón, Clausewitz... e incluso Patton. A mí me consideran un especialista, con razón o sin ella, pero él sigue siendo un aficionado. Los especialistas no pueden tomarse libertades sin pruebas sólidas, o al menos no deberían, pero los aficionados sí, y suelen hacerlo.

-¿Qué quiere decir?

-La leyenda de Aquitania se retuerce, se deja que el síndrome del «¿Y si...?» mande sobre los hechos, hasta llegar a hacer suposiciones que distorsionan las pruebas. La historia de Aquitania está llena de expansiones repentinas y masivas y abruptas contracciones. Simplificando, un estudiante de historia con imaginación podría decir que, de no haber sido por ciertos errores de cálculo en lo político, lo marital y lo militar por parte de Carlomagno y su hijo, de los dos Pipinos y más tarde de Luis VII de Francia y Enrique II de Inglaterra, ambos maridos sucesivos de la gran Leonor, el reino de Aquitania pudo haber comprendido la mayor parte de Europa, si no toda. -Beale hizo una pausa-. ¿Comienza a comprender?

-Sí -dijo Joel-, vaya que sí.

-Y eso no es todo -prosiguió el profesor-. Dado que Aquitania fue un día considerada legítima posesión de Inglaterra, pudo con el tiempo haber abarcado todas sus colonias, incluidas las trece del otro lado del Atlántico que fueron más tarde los Estados Unidos de América. Por supuesto, hubiese o no errores de cálculo, se trata de algo que no pudo suceder nunca debido a una ley básica de la civilización occidental, vigente desde la destitución de Rómulo Augústulo y el colapso del Imperio romano. No se puede aplastar, y después unir por la fuerza y gobernar, a pueblos dispares y a sus culturas; no por mucho tiempo.

-Y ahora alguien está intentándolo. George Marcus Delavane.

-Si; ha dado forma en su mente a la Aquitania que nunca existió, ni pudo existir, y eso es algo profundamente aterrador.

-¿Por qué? Acaba de decir que no podría suceder.

-No de acuerdo con las viejas normas, en ninguno de los períodos transcurridos desde la caída de Roma. Pero no olvide que en la historia que conocemos no ha habido nunca una época como la nuestra. Nunca ha habido tales armas, tanta ansiedad. Delavane y su gente lo saben y lo aprovecharán. Están ya explotándolo. -El viejo señaló la hoja de papel que tenía Joel en la mano-. Tiene cerillas. Encienda una y eche una mirada a esos nombres.

Converse desdobló la hoja, metió una mano en el bolsillo y sacó el encendedor. Lo hizo funcionar, y mientras la llama iluminaba el papel estudió los nombres.

-¡Dios mío! -exclamó, frunciendo el ceño-. Le van al pelo a Delavane. Si son quienes creo, es toda una junta de señores de la guerra.

Joel apagó la llama.

-Lo son -repuso Beale-, empezando, en París, por el general Jacques-Louis Bertholdier, un hombre notable, de lo más extraordinario. Combatiente de la Resistencia durante la guerra, llegó a comandante antes de cumplir veinte años, pero más tarde fue miembro recalcitrante de la OAS de Salan. Estuvo detrás de un intento de asesinato de De Gaulle en agosto del 62, considerándose verdadera cabeza de la república. A punto estuvo de conseguirlo. Creía entonces, como ahora, que los generales de Argelia eran la salvación de una Francia debilitada. Ha sobrevivido no sólo porque es una leyenda, sino porque su voz no está sola, aunque sí sea una de las más persuasivas, especialmente entre la élite de mandos prometedores que salen de Saint-Cyr. Es, sencillamente, un fascista, un fanático que se oculta tras una pantalla de respetabilidad.

-Y el tal Abrahms -dijo Converse-, ¿no es el hombre fuerte israelí que anda por ahí con sahariana y botas de safari? El que da mítines frente a la Knesset y en los estadios, gritando a quien quiera oírle que habrá un baño de sangre en Judea y Samaria si se priva a los hijos de Abraham de lo que es suyo. Ni siquiera los israelíes pueden hacerle callar.

-Muchos le tienen miedo. Se ha convertido en algo electrizante, como un relámpago, en todo un símbolo. Chaim Abrahms y sus seguidores hacen que el gobierno de Begin parezca un grupo de discretos y humildes pacifistas. Es un *sabra* a quien los judíos europeos toleran porque es un brillante soldado, acreditado en dos guerras, que ha contado con el respeto, ya que no el afecto, de los ministros de Defensa desde los tiempos de Golda Meir. Nunca saben cuándo pueden necesitarlo.

-Y este otro -dijo Joel volviendo a utilizar su encendedor-, Van Headmer. ¿No es surafricano? El «verdugo de uniforme» o algo parecido.

-Jan van Headmer, el Carnicero de Soweto, como le llaman los negros. Ejecuta a «delincuentes» con alarmante frecuencia y contando con la tolerancia del gobierno. Su familia desciende de una antigua progenie de *afrikaner*, todos ellos generales que se remontan hasta la guerra de los bóers, y no ve razón alguna para hacer que Pretoria entre en el siglo xx. Le diré de pasada que es íntimo amigo de Abrahms y hace frecuentes viajes a Tel-Aviv. Es también uno de los oficiales generales más eruditos y encantadores que han asistido nunca a una conferencia diplomática. Su presencia contradice su imagen y su fama.

-Y Leifhelm-dijo Converse, llegando al último de los nombres extranjeros-. El menos clasificable, si no me equivoco. A primera vista un gran soldado que obedeció demasiadas órdenes, pero todavía respetado. Es del que menos sé.

-No me extraña -dijo Beale haciendo gestos de asentimiento-. En ciertos aspectos la suya es la historia más rara, la más monstruosa, en realidad, ya que la verdad ha venido siendo ocultada para poder utilizarlo sin remordimientos. El mariscal de campo Erich Leifhelm fue el general más joven de los nombrados por Adolfo Hitler. Previó la caída de Alemania y llevó a cabo un repentino cambio de chaqueta. De asesino brutal y fanático de la raza aria a contrito profesional que quedó horrorizado ante los crímenes de los nazis cuando le fueron «revelados». Engañó a todo el mundo y fue absuelto de toda culpa; no llegó a ver una sala de audiencia de Nuremberg. Durante la guerra fría los aliados utilizaron sus servicios a manos llenas, garantizándole la plena rehabilitación, y más tarde, en los años cincuenta, cuando se organizaron las nuevas divisiones alemanas para las fuerzas de la OTAN, tuvieron buen cuidado de que se le diese el mando de una de ellas.

-¿No hubo un par de reportajes sobre él hace pocos años? Me parece que tuvo más de un encontronazo con Helmut Schmidt.

-Exactamente. Pero esos reportajes eran muy suaves y contaban sólo la mitad de la historia. Unicamente atribuían a Leifhelm haber dicho que no podía esperarse que las futuras generaciones del pueblo alemán siguiesen llevando la carga de pasadas culpas. Eso tenía que acabarse. Había que restablecer el orgullo por la herencia nacional. Incluían también ciertas vagas amenazas a los soviéticos, pero fuera de eso nada importante.

-¿Cuál era la otra mitad?

-Quería que se levantasen por completo las restricciones del Bundestag sobre las fuerzas armadas, y luchó por ampliar los servicios de inteligencia, calcados de la Abwehr, incluidas sentencias de rehabilitación para agitadores políticos. Pretendió también que se borrasen muchas cosas de los libros de texto en todos los grados de la enseñanza. «Hay que restaurar el orgullo», repetía, y todo ello siempre en nombre de un anticomunismo virulento.

-La misma estrategia del Tercer Reich en los días de la toma del poder por Hitler.

-Tiene mucha razón. Schmidt le caló y se dio cuenta de que iba a organizarse un caos si seguía por ese camino... y tenía influencia, Bonn no podía permitirse el fantasma de recuerdos penosos. Schmidt obligó a Leifhelm a dimitir y eliminó literalmente su voz de los asuntos de gobierno.

-Pero sigue hablando.

-No abiertamente. Pero es rico y conserva amigos y contactos.

-Entre ellos Delavane y su gente.

-Los principales, ahora.

Joel volvió a encender su mechero y escrutó la parte inferior de la página. Había dos listas de nombres, la de la izquierda encabezada por Departamento de Estado, la de la derecha por Pentágono. En conjunto habría unas veinticinco personas.

-¿Quiénes son los norteamericanos? -Soltó la palanca, se apagó la llama y volvió a guardarse el encendedor-. Los nombres no me dicen nada.

-Algunos deberían decírselo, pero no importa -dijo elípticamente Beale La cuestión es que entre esos hombres hay discípulos de George Delavane, gente que cumple sus órdenes. No es fácil decir cuántos, pero son al menos varios en cada grupo. Se trata de los hombres que toman, o dejan tomar, las decisiones sin las que Delavane y sus seguidores no tendrían nada que hacer.

-Explíquemelo.

-Los de la izquierda son figuras clave en la Oficina de Control de Municiones del Departamento de Estado. Deciden qué es lo que puede exportarse; quiénes pueden, bajo la cobertura del «interés nacional», recibir armas y tecnología que al resto se les niegan. Y a la derecha están los oficiales superiores del Pentágono de quienes depende el gasto de millones y millones en adquisiciones de armamento. Todos ellos toman decisiones, alguna de las cuales ha sido discutida, más o menos abiertamente, por sus colegas diplomáticos y militares. Hasta ahí sabemos...

-¿Discutidas? ¿Por qué? -interrumpió Converse.

-Hubo rumores, cosa que nunca falta, de grandes embarques cuyas licencias de exportación no se hallaban en debida forma. Está además el equipo militar sobrante perdido en los traslados desde almacenes temporales y remotos depósitos. El equipo sobrante desaparece con facilidad; no es más que un engorro en estos tiempos de enormes presupuestos y desbordamiento de los gastos. La consigna es «líbrese de ello y no dé la lata». Qué suerte si en esos casos, por pura coincidencia, aparece un miembro de la tal Aquitania dispuesto a comprar y con todos sus papeles en regla. Depósitos y almacenes enteros son enviados a donde no deberían serlo.

-¿Una «conexión tibia»?

-No hay la menor duda. Muchas como ella.

-Halliday lo mencionó y usted lo dijo hace un momento. Se quebrantan las leyes y se envían armas, equipo e información técnica a quienes no deberían tenerlos. Después basta una orden para que cundan los disturbios, el terrorismo...

-Que justifican una respuesta militar -interrumpió el viejo Beale-. Eso es parte de la idea de Delavane. La escalada, plenamente justificada, de la fuerza armada, la hora de los comandantes en jefe, con unos civiles inermes obligados a alistarse en sus filas y obedecerlos.

-Pero acaba usted de decir que surgieron preguntas.

-Que fueron contestadas con frases tan manidas como «seguridad nacional» o «desinformación del adversario» para atajar o expulsar al curioso.

-Eso es obstrucción. ¿No puede cogérseles en eso?

-¿Quién va a cogerlos? ¿Y con qué?

-¡Maldita sea, con las preguntas mismas! -replicó Converse-. Esas licencias de exportación amañadas, los envíos militares que se pierden, las mercancías con las que no hay manera de dar...

-Eso no está al alcance de personas sin credenciales suficientes para examinar los papeles secretos de la seguridad, o faltas de experiencia para comprender las complejidades de la concesión de licencias de exportación.

-Tonterías -insistió Joel-. Usted dijo que algunas de esas preguntas fueron hechas por personal diplomático, por colegas militares, por hombres que sin duda tenían las credenciales y la experiencia necesarias.

-Y que de repente, como por arte de magia, dejaron de hacerlas. Por supuesto, muchos pueden haberse convencido de que esas preguntas iban realmente mas allá de su legítima competencia; otros quizá hayan preferido no meterse en honduras por miedo a verse implicados, y otros, en fin, fueron obligados a volverse atrás con claras amenazas. Pero, dejando esto aparte, detrás de todo ello están los encargados de convencer, de reclutar, y su número está aumentando en todas partes.

-Si, es... una auténtica red -dijo Converse para sí.

-El profesor miró a Joel, mientras el agua reflejaba la luz nocturna sobre su cara pálida y arrugada.

-Sí, señor Converse, una «red». Es la palabra que me susurró un hombre que creía que yo era de los suyos. «La red», dijo. «La red se ocupará de usted.» Se refería a Delavane y su gente.

-¿Por qué creía que era usted de los suyos?

El viejo hizo una pausa. Miró brevemente a lo lejos, al cabrilleante Egeo, y después otra vez a Converse.

-Porque le parecía lógico. Hace treinta años me despojé de un uniforme, cambiándolo por los trajes de tweed y el pelo descuidado de un profesor universitario. Pocos de mis colegas lograron entenderlo, porque yo formaba parte de la élite, era quizá una versión tardía y norteamericana de Erich Leifhelm: general de brigada a los treinta y ocho años, y muy probablemente la Junta de Jefes como próximo destino. Pero lo mismo que la caída de Berlín y el Gótterdammerung del bunker tuvieron su efecto sobre Leifhelm, la evacuación de Corea y lo que ocurrió en Panmunjom lo tuvieron sobre mí. Veía sólo las pérdidas, no la causa que en otro tiempo había visto; sólo futilidad donde un día había habido sólidas razones. Veía muerte, señor Converse, y no muerte heroica combatiendo contra hordas bestiales, no una tarde española con la muchedumbre gritando «olé», sino muerte pura y simple, muerte fea, destructora. Sabía que ya no podría estar con ninguna de las estrategias que la provocaban. De no haber sido por falta de fe, quizá me hubiese hecho sacerdote.

-Pero sus colegas fueron incapaces de comprenderlo -dijo Joel, hipnotizado por las palabras de Beale, que tanto le recordaban su propio pasado-. Pensaron que se trataba de otra cosa.

-Naturalmente. Yo había sido alabado en los informes de evaluación por el mismísimo san MacArthur. Incluso tenía un mote: el Zorro Rojo de Inchon, porque yo entonces era

pelirrojo. Mis órdenes se caracterizaban por movimientos y contramovimientos decisivos, siempre razonablemente pensados y ejecutados con rapidez; pero después, un día, al sur de Chunchon, se me dio la orden de tomar tres colinas contiguas formadas por simples eriales, tres puntos elevados que no servían para ningún fin estratégico, y contesté por radio que eran terrenos sin valor por los que no valía la pena sufrir una sola baja. Pedí una aclaración, que es como un oficial en campaña dice: «Está usted loco. ¿Por qué debo hacer eso?» La respuesta me llegó en menos de quince minutos. «Porque están ahí, general.» Eso fue todo. «Porque están ahí.» Alguien quería apuntarse un tanto simbólico o simplemente pavonearse en la próxima sesión de información en Seúl. Tomé las colinas, derrochando de paso las vidas de más de trescientos hombres, y me concedieron un grado más de la Cruz de Servicios Distinguidos.

-¿Fue entonces cuando abandonó?

-No, qué va; estaba demasiado confuso, pero por dentro mi cabeza ardía. Llegó el fin, y estuve en Panmunjom, y al fin me mandaron a casa, con la perspectiva de una brillante carrera como justa recompensa. Sin embargo, se me negó un ascenso por una razón muy convincente: no hablaba el idioma necesario para un puesto de gran responsabilidad en Europa. Para entonces mi cabeza ya había estallado, y, aprovechando la negativa, dimití en silencio y seguí mi camino.

Ahora le tocó a Joel hacer una pausa y estudiar al viejo a la luz nocturna.

-Nunca había oído hablar de usted -dijo al fin-. ¿Por qué no he oído nunca hablar de usted?

-Tampoco reconoció los hombres de las dos últimas listas.

-No eran jóvenes generales condecorados, héroes de una guerra.

-Ah, pero algunos de ellos estuvieron en varias guerras. Tuvieron sus momentos de gloria, y después fueron olvidados, y sólo ellos recuerdan y reviven esos momentos. Constantemente.

-Eso suena a disculpa en su favor.

-¡Y lo es! ¿Cree que no siento nada por hombres como Chaim Abrahms, Bertholdier o incluso Leifhelm? Recurrimos a ellos cuando se nos derrumban las defensas, los ensalzamos por llevar a cabo actos que exceden de nuestra capacidad.

-Usted fue capaz de llevar a cabo tales actos.

-Tiene razón, y por eso les comprendo. Una vez reconstruidas las defensas, los condenamos al olvido. Aún peor, les obligamos a ver cómo civiles ineptos desmontan los mecanismos de la razón y, sirviéndose de un léxico sesgado, colocan los explosivos que volverán a volar esas defensas. Después, cuando están en el suelo una vez más, volvemos a recurrir a ellos.

-Oiga, ¿de qué lado está usted?

Beale apretó con fuerza los párpados, recordando a Joel el modo en que él acostumbraba a cerrar los ojos cuando le asaltaban ciertos recuerdos.

-Del suyo, idiota -dijo calurosamente el profesor-. Porque sé de lo que son capaces cuando recurrimos a ellos. Repito lo que dije. En toda la historia no ha habido una época como ésta. Es mucho mejor que civiles ineptos y asustados sigan hablando, sigan buscando, a que uno de nosotros... perdón, uno de ellos...

Sopló del mar una ráfaga de viento y la arena se arremolinó en torno a sus pies.

-Ese hombre -dijo Converse-, el que le dijo que la red se ocuparía de usted, ¿por qué lo dijo?

-Creyó que podrían utilizarme. Era uno de los jefes de operaciones que conocí en Corea, entonces un alma gemela. Vino a mi isla, por qué razón lo ignoro, quizá unas vacaciones, tal

vez para verme, quién sabe, y me encontró en el muelle. Yo iba a salir en mi barco del puerto de Plati cuando de repente apareció él, alto, erguido y muy militar bajo el primer sol de la mañana. «Tenemos que hablar», dijo, en el tono de exigencia que acostumbrábamos a emplear en campaña. Le hice subir a bordo y salimos lentamente de la bahía. A varios kilómetros de Plati me planteó sus pretensiones, las de ellos, las de Delavane.

-¿Y qué pasó?

El profesor hizo una pausa de dos segundos exactos y después respondió simplemente:

-Lo maté. Con un cuchillo de descansar. Después deje caer su cuerpo entre una manada de tiburones más allá de los bajos del Stephanos.

Joel miró asombrado al viejo. La luz iridiscente de la luna multiplicaba la fuerza de la macabra revelación.

-¿Así, sin más?

-Es lo que me enseñaron a hacer, señor Converse. Yo era el Zorro Rojo de Inchon. Nunca dudaba cuando se podía ganar terreno al adversario a despojarle de una ventaja.

-¿Lo mató?

-Fue una decisión necesaria, no una muerte sin motivo. Se trataba de un reclutador y leyó la respuesta en mis ojos, en mi silencio ofendido. Los vio y comprendió. No podía permitir que yo siguiera viviendo después de lo que me había contado. Uno de nosotros tenía que morir, y yo simplemente reaccioné más de prisa que él.

-Eso es razonar con frialdad.

-Usted es abogado y trata a diario con opciones. ¿Qué otra tenía yo?

Joel sacudió la cabeza, no como respuesta sino de puro asombro. -¿Cómo le encontró Halliday?

-Nos encontramos. Nunca nos habíamos visto ni hablado, pero tenemos un amigo común.

-¿En San Francisco?

-Está aquí con frecuencia.

-¿Quién es?

-Ese es un tema del que no vamos a hablar. Lo siento.

-¿Por qué no? ¿Por qué tanto secreto?

-El lo prefiere así. Dadas las circunstancias, creo que su deseo es lógico.

-Lógico? ¿Dónde está la lógica en todo esto? Halliday encuentra en San Francisco a un hombre que resulta conocerle a usted, un ex general que vive a miles de kilómetros en una isla griega y que da la casualidad de que ha sido contactado por uno de los hombres de Delavane. ¡Eso es coincidencia, pero de lógica nada!

-No le de más vueltas. Acéptelo.

-¿Lo haría usted?

-Dada las circunstancias, sí. Ya ve que no hay opción.

-Claro que la hay. Yo podría largarme con quinientos mil dólares, pagados por un extraño anónimo que sólo podría actuar contra mí revelando su identidad.

-Podría, pero no va a hacerlo. Fue elegido con todo cuidado.

-¿Porque podía estar motivado? Eso es lo que dijo Halliday.

-Pues sí, francamente.

-¡Todos ustedes están como cabras!

-Uno de nosotros ha muerto. Usted fue la última persona que habló con él.

Joel sintió otra vez el ramalazo de la rabia, mientras la visión de los ojos del moribundo le quemaba en el recuerdo.

-Aquitania -dijo en voz baja-. Delavane... Está bien; fui elegido con todo cuidado. ¿Por dónde empiezo?

-¿Por dónde cree que debería empezar? El abogado es usted, y hay que hacerlo todo legalmente.

-A eso me refiero. Soy un abogado, no la policía, ni un detective.

-Ninguna policía de ninguno de los países donde viven esos cuatro hombres podría hacer lo que usted, aun cuando accedieran a intentarlo, lo que francamente dudo. Lo más probable es que alertasen a la red de Delavane.

-Está bien, lo intentaré -dijo Converse, doblando la hoja con la lista de nombres y guardándola en el bolsillo interior de la chaqueta-. Empezaré por lo más alto. En París, con el tal Bertholdier.

-Jacques-Louis Bertholdier -añadió el viejo, buscando en su bolsa de lona y sacando un grueso sobre de papel fino-. Esto es lo último que podemos darle. Es cuanto hemos podido averiguar sobre esos cuatro hombres; tal vez pueda ayudarle. Sus direcciones, los coches que usan, sus socios comerciales, cafés y restaurantes que frecuentan, preferencias sexuales cuando éstas los pueden hacer vulnerables... Cualquier cosa que pudiese darle a usted ventaja. Utilícelo, aprovéchelo cuanto pueda. Sólo tiene que traernos informes, expedientes contra unos hombres que están comprometidos, que han quebrantado las leyes; sobre todo, pruebas que demuestren que no son los ciudadanos respetables que su estilo de vida da a entender. Cuanto de embarazoso para ellos podamos encontrar, señor Converse. Eso lleva al ridículo, y Preston Halliday tenía toda la razón: el ridículo es el primer paso.

Joel se disponía a contestar, pero se detuvo, con los ojos clavados en Beale.

-Nunca le he contado que Halliday dijese nada acerca del rídiculo.

-¿Cómo? -El profesor pestañeó varias veces bajo la débil luz, momentáneamente inseguro de sí mismo, cogido por sorpresa-. Naturalmente, hemos discutido...

-¡Usted no lo conocía ni habló nunca con él! -le interrumpió Converse.

-...a través de nuestro amigo mutuo las estrategias que podíamos utilizar -dijo el viejo, con la mirada ya firme-. Ese aspecto del ridículo es una de las claves, y como es natural hablamos de ello.

-Acaba usted de vacilar.

-Me sorprendió con una afirmación carente de sentido. Mis reacciones ya no son lo que eran.

-No fueron tan malas en cierto barco más allá del Stephanos -corrigió Joel.

-Era una situación totalmente diferente, señor Converse. Sólo uno de los dos podía volver en esa embarcación. En cambio esta noche volveremos los dos de esta playa.

-De acuerdo; tal vez me estoy pasando. Usted haría lo mismo en mi caso. -Converse extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa, lo sacudió para llevarse nerviosamente uno a los labios y sacó el encendedor-. Un tipo al que conocí de muchacho se acerca a mí años más tarde bajo otro nombre. -Joel encendió el mechero y sostuvo la llama bajo el cigarrillo, aspirando-. Me cuenta una extraña historia, apenas lo bastante verosímil para que no pueda descartarla. Lo que tiene de creíble es un loco llamado Delavane. Me dice que puedo ayudar a detenerlo, a detenerlos, y que con sólo hacer un gesto afirmativo hay un montón de dinero a mi disposición, proporcionado por un hombre de San Francisco que no quiere decir quién es, a través de un ex general que vive en una remota isla de moda del Egeo. Y ese hombre al que yo había conocido bajo dos nombres diferentes es asesinado en pleno día, le dan una docena de balazos en un ascensor y muere en mis brazos susurrando la palabra «Aquitania». Y después ese otro hombre, ese ex soldado, ese médico, ese profesor, me cuenta

otra historia que termina con la muerte de un «reclutador» de Delavane con un cuchillo de descamar y el lanzamiento de su cuerpo por la borda en un banco de tiburones más allá del Stephanos... que no sé ni lo que es.

-El Aghios Stephanos. Una playa estupenda, mucho más concurrida que ésta.

-¡Maldita sea, señor Beale, o profesor Beale, o general Beale! ¡Es demasiado para tragárselo en dos días! De repente me falta confianza. Me siento perdido y, a qué negarlo, abrumado, falto de condiciones para lo que se me pide... y terriblemente asustado.

-Entonces no compliquemos las cosas más de la cuenta -dijo Beale-. Es lo que solía repetirles a mis estudiantes. Les sugería que no tratasen de abarcar todo lo que tenían delante, sino que fuesen avanzando paso a paso, siguiendo cada cabo hasta ver cómo se encontraba y entrelazaba con otro, y después con otro, y así sucesivamente, y que si no acababan viéndolo claro el fallo no era suyo sino mío. Paso a paso, señor Converse.

-Valiente mister Chips está usted hecho. Yo hubiese dejado el curso.

-No me he explicado bien. Solía decirlo mejor. Cuando uno enseña historia, los pasos contados tienen una importancia tremenda.

-Cuando uno practica el derecho lo son todo.

-Entonces vaya atando cabos, uno por uno. Desde luego no soy abogado, pero ¿no podría enfocar esto como un abogado cuyo cliente es atacado por fuerzas que pretenden violar sus derechos, cambiar su modo de vivir, negarle el derecho a una existencia pacífica...? En resumen, acabar con él.

-No es lo mismo. Mi cliente no quiere hablar conmigo, ni verme, ni siquiera decir quién es.

-No era ése el cliente en quien pensaba ahora.

-¿Y en quién si no? El dinero es suyo.

-El es sólo el vehículo del verdadero cliente.

-¿Qué cliente es ése?

-Tal vez lo que queda de mundo civilizado.

Joel estudió al viejo profesor a aquella luz trémula.

-¿Hablaba usted algo de no ver las cosas en conjunto? Lo que dice me espanta...

Beale sonrió.

-Podría acusarle de concreción impropia, pero no lo haré.

-Esa es una frase anticuada. Si quiere decir fuera de contexto, dígalo, y lo negaré. Usted sí que ha caído en una contradicción de lo más propio, profesor.

-Caramba, sí que le escogieron con cuidado. Ni siquiera permite a un viejo disfrutar con sus tics académicos.

Converse le devolvió la sonrisa.

-Es usted un tipo estupendo, general... o doctor. No me gustaría encontrármelo al otro lado de la mesa si hubiese estudiado derecho.

-Eso podría ser un auténtico caso de confianza fuera de lugar -dijo Edward Beale, ya serio-. Sólo está a punto de empezar.

-Pero ahora sé lo que debo buscar. Un cabo tras otro, hasta que se junten y entrelacen y la cosa resulte tan clara que todo el mundo pueda verla. Me concentraré en las licencias de exportación, y en quienquiera que esté saltándose los controles; después relacionaré a tres o cuatro nombres entre sí y seguiré su rastro hasta Delavane en Palo Alto, momento en que procederemos a hacer saltar el invento legalmente. Nada de mártires, ni de causas, ni de gloriosos militares crucificados por traidores, sino vulgares aprovechados, tipos de cuidado que se han fingido superpatriotas cuando lo que estaban era forrándose. ¿Por qué otra cosa

iban a hacerlo? ¿Hay alguna otra razón? Ahí está el ridículo, doctor Beale, en que no podrán responder.

El viejo sacudió la cabeza, al parecer desconcertado.

-El profesor se convierte en discípulo -dijo vacilante-. ¿Cómo puede hacer todo eso?

-Como lo he hecho docenas de veces en negociaciones empresariales. Sólo que iré un paso más allá. En esas sesiones soy como cualquier otro abogado. Trato de imaginar lo que va a pedir el colega que tengo enfrente y después por qué lo quiere. No lo que quiere mi parte, sino lo que quiere él. ¿Qué pasa por su mente? Como ve, doctor, trato de pensar como él; me pongo en su lugar, sin permitirle olvidar ni por un segundo que es precisamente eso lo que estoy haciendo. Es algo que pone muy nervioso, como el tomar notas marginales cada vez que tu adversario dice algo, y aunque no lo diga. Pero esta vez será diferente. No busco adversarios sino aliados, para una causa, para su causa. Empezaré en París, y seguiré con Bonn o Tel-Aviv, y a continuación probablemente Johannesburgo. Sólo que cuando encuentre a sus hombres no trataré de pensar como ellos, sino de ser uno de ellos.

-Esa es una estrategia muy audaz. Le felicito.

-Hablando de opciones, es la única que tengo. Además, cuento con un montón de dinero que puedo repartir por ahí, no a lo loco sino de un modo eficaz, como conviene a mi innominado cliente. Muy anónimo, muy en segundo plano, pero siempre presente. -Joel se detuvo al asaltarle una idea-. Sabe, doctor Beale, rectifico lo dicho. No quiero saber quién es mi cliente... me refiero al de San Francisco. Voy a crearlo por mi cuenta, y conocerlo puede estorbar al retrato que tengo en la cabeza. A propósito: dígale que le daré plena cuenta de mis gastos. El resto le será devuelto del mismo modo que lo recibí, a través de su amigo Laskaris, aquí en Mikonos.

-Pero usted aceptó el dinero -objetó Beale-. No hay razón para...

-Quería saber si esto era real, si él era real. Lo es, y sabe muy bien lo que hace. Necesitaré un montón de dinero porque voy a tener que convertirme en alguien que no soy, y el dinero es el medio más convincente para hacerlo. No, doctor, no quiero el dinero de su amigo. Quiero a Delavane; quiero al señor de la guerra de Saigón. Pero utilizaré su dinero, como estoy utilizándolo a él... tal como yo quiero que sea, para introducirme en esa red.

-Si París es su primera etapa y Bertholdier va a ser su primer contacto, hay un envío concreto de municiones que creemos está directamente relacionado con él. Tal vez valga la pena probar. Si estamos en lo cierto, eso es un microcosmos de lo que intentan hacer en todas partes.

-¿Está aquí? -preguntó Converse dando un golpecito en el sobre que contenía los informes.

-No, no nos hemos enterado hasta esta misma mañana, esta mañana temprano. A usted no me lo imagino escuchando las noticias de la radio.

-No hablo más que inglés. Si oyese un programa de noticias no me daría cuenta. ¿Qué ocurrió?

-Toda Irlanda del Norte está en llamas, con los peores disturbios y las matanzas más salvajes que ha habido en quince años. En Belfast y en Ballyclare, en Dromore y en los montes Mourne, «vigilantes» airados de ambos bandos recorren calles y colinas disparando indiscriminadamente, acabando en su rabia con cuanto se mueve. Es un completo caos. El gobierno del Ulster se ha dejado ganar por el pánico y el Parlamento está paralizado, moralmente hundido, mientras todo el mundo trata de encontrar una solución, que sin duda consistirá en el envío masivo de efectivos militares... y sus mandos.

-¿Qué tiene eso que ver con Bertholdier?

-Escúcheme atentamente -dijo el profesor, acercándose un paso-. Hace ocho días, un embarque de municiones consistente en trescientas cajas de bombas múltiples y dos mil de

explosivos fue enviado por aire desde Beloit, en Wisconsin. Iba consignado a Tel-Aviv, vía Montreal, París y Marsella. No llegó a su destino, y una investigación israelí, a través del Mossad, mostró que a Marsella sólo había llegado la documentación del cargamento. Este desapareció en Montreal o en París, y estamos convencidos de que pasó a manos de «provisionales» extremistas, también de ambos bandos, de Irlanda del Norte.

-¿Por qué lo creen así?

-Las primeras bajas, más de trescientos hombres, mujeres y niños, fueron muertos o gravemente heridos destrozados por bombas múltiples. No es un modo agradable de morir, pero quizá peor es quedar herido, pues esas bombas arrancan partes enteras del cuerpo. Las reacciones han sido tremendas y cunde la histeria. El Ulster está fuera de control y el gobierno inerme. ¡Todo ello en el espacio de un día, de un solo día, señor Converse!

-Están probándose a sí mismos que pueden hacerlo -dijo en voz baja Joel, con el miedo atenazándole la garganta.

-Exactamente. Esto es una prueba, una simple muestra del horror a gran escala que pueden provocar.

Converse frunció el ceño.

-Aparte el hecho de que Bertholdier vive en París, ¿qué le relaciona con ese cargamento?

-Una vez que el avión entró en Francia, el seguro corría a cargo de una firma en la que Bertholdier ocupa un puesto directivo. ¿Quién menos sospechoso que la compañía que tenía que abonar la pérdida, compañía que, incidentalmente, tiene acceso a la mercancía que asegura? Las pérdidas ascienden a más de cuatro millones de francos, no tan enormes como para provocar titulares pero sí suficientes para eliminar cualquier sospecha. Y así queda hecha otra entrega más, a la que seguirán la mutilación, la muerte y el caos.

-¿Cómo se llama esa compañía de seguros?

-Compagnie Solidaire. Yo diría que ésa puede ser una de las palabras que surtan efecto: Solidaire, y tal vez Beloit y Belfast.

-Esperemos que tenga ocasión de enfrentar a Bertholdier con ellas. Pero si lo hago tendré que decirlas en el momento oportuno. Tomaré el avión en Atenas por la mañana.

-Le acompañarán los apremiantes buenos deseos de un viejo, séñor Converse. Y nunca más apropiado lo de apremiantes. De tres a cinco semanas, ése es el tiempo que tenemos antes de que todo estalle. No sabemos cómo ocurrirá ni dónde, pero sí que será lo de Irlanda del Norte multiplicado por diez mil. Es algo real y que se acerca.

Valerie Charpentier se despertó de pronto, con los ojos muy abiertos y el gesto rígido, escuchando intensamente en busca de sonidos que viniesen a romper el oscuro silencio que la rodeaba y el monótono batir de las olas a lo lejos. Esperaba oír en cualquier momento el escandaloso timbre del sistema de alarma conectado a todas las ventanas y puertas de la casa.

No lo oyó, pero había habido otros ruidos, intrusiones en su sueño lo suficientemente penetrantes para despertarla. Echó hacia atrás la ropa, se levantó y fue caminando lenta y aprensivamente hasta las puertaventanas de cristal que daban a la terraza, que se abría sobre la playa rocosa, la escollera y, más allá, el océano Atlántico.

Allí estaba otra vez. Las pálidas luces cabeceantes eran inconfundiblemente las mismas, y se movían sobre el barco anclado exactamente en el mismo sitio. Era el balandro que durante dos días había cruzado arriba y abajo, siempre a la vista, sin más destino aparente que aquel trecho de la costa de Massachusetts. Al crepúsculo de la segunda noche había echado el ancla a no más de quinientos metros de su casa. Y allí estaba otra vez. Había vuelto al cabo de tres días.

Tres noches antes había llamado a la policía, que a su vez alertó a los guardacostas de Cape Ann, cuya explicación tuvo tan poco de lúcida como de satisfactoria. El balandro tenía matrícula de Maryland, era propiedad de un oficial de la Armada de Estados Unidos y no se advertían movimientos provocativos o sospechosos que justificasen una intervención oficial.

-Yo lo llamaría muy provocativo y muy sospechoso -había dicho Val con firmeza-. Cuando una embarcación extraña navega arriba y abajo ante el mismo trecho de playa durante dos días seguidos y después aparca frente a mi casa a la distancia de la voz, que quiere decir la distancia a que se puede llegar nadando...

-Los derechos de aguas de la propiedad que usted ha alquilado no llegan más allá de sesenta metros, señora -había sido la respuesta oficial-. No podemos hacer nada.

Sin embargo, al amanecer del día siguiente Valerie supo que algo había que hacer. Había enfocado sus gemelos hacia la embarcación, y lo que vio la hizo quedarse con la boca abierta y retirarse de las puertas de cristal. En la cubierta del balandro había dos hombres con sus prismáticos -mucho más potentes que los de ella- dirigidos hacia la casa, hacia el dormitorio de arriba. Hacia ella.

Una vecina que vivía un poco más abajo había instalado recientemente un sistema de alarma. Era también divorciada, pero con un ex marido con el que se llevaba a matar y tres hijos. Necesitaba la alarma. Un par de llamadas telefónicas y Val se encontró hablando con el propietario de Watchguard Security. Ese mismo día la tuvo instalada mientras diseñaban una instalación permanente.

No era un timbre escandaloso, sino un sonido suave y amable, el tranquilo tañer en la oscuridad de la campana de un barco, cuyo badajo se balanceaba con las olas. Aquél era el sonido que la había despertado, y se sintió aliviada aunque extrañamente inquieta. Si los hombres que estaban allá, en el agua, en mitad de la noche pretendiesen hacerle daño no anunciarían su presencia. Por otro lado, esos mismos hombres habían vuelto a instalarse frente a su casa, y su barco estaba a sólo unos cientos de metros de la orilla. Habían vuelto en la oscuridad, con la luna oculta por una capa de gruesas nubes, sin contar con su luz para guiarse. Era como si quisieran que ella supiese que estaban allí y la observaban. Esperaban.

¿A qué? ¿Qué le estaba ocurriendo? Hacía una semana su teléfono había permanecido mudo durante siete horas, y cuando llamó a la compañía desde casa de su amiga un supervisor del departamento de averías le dijo que no había podido encontrar nada anormal. La línea funcionaba perfectamente.

-Para usted tal vez, pero no para mí, y no es usted quien paga los recibos.

Había vuelto a casa. La línea seguía muda. Una segunda llamada, ya francamente furiosa, obtuvo la misma respuesta. No había ninguna avería. Después, dos horas más tarde, inexplicablemente, el teléfono empezó a dar el tono, a funcionar. Lo había atribuido a que la instalación telefónica de esa zona rural dejaba mucho que desear. Ignoraba qué explicación podría haber para el balandro que ahora se balanceaba espectralmente frente a su casa.

De pronto, a la borrosa luz del barco, pudo ver cómo una silueta se deslizaba fuera de la cabina. Estuvo unos momentos invisible en la sombra y después hubo una breve llamarada de luz intensa. Una cerilla. Un cigarrillo. En la cubierta había un hombre inmóvil fumando un cigarrillo. Estaba allí quieto frente a su casa, como estudiándola. Esperando.

Val se estremeció mientras arrastraba una pesada butaca hasta ponerla frente a la puerta de la terraza... pero no demasiado cerca, lejos del cristal. Cogió la ligera manta de la cama y se sentó, envolviéndose en ella, con la mirada fija en el agua, en el barco, en el hombre. Sabía que si aquel hombre o aquel barco hacían el menor movimiento hacia la orilla apretaría los botones que le habían enseñado a utilizar en caso de emergencia. Los enormes timbres de alarma circulares -tanto interiores como exteriores- estallarían entonces en un concierto ensordecedor, ahogando el sonido de la resaca y de las olas estrellándose en la escollera. Se oirían a miles de metros de allí, como el único ruido en medio del silencio de la playa, un

ruido estremecedor, abrumador. Se preguntaba si tendría que hacerlos sonar esa noche... esa mañana.

No se dejaría ganar por el pánico. Joel la había enseñado a no caer en él, ni siquiera cuando pensaba que se imponía un grito a tiempo en las oscuras calles de Manhattan. De vez en cuando había ocurrido lo inevitable. Habían tenido que habérselas con drogadictos o punks, y Joel había permanecido tranquilo -con una calma helada- mientras buscaba el respaldo de una pared y les ofrecía una barata cartera de repuesto que llevaba en el bolsillo de la cadera con unos cuantos billetes. ¡Era como el hielo! Tal vez por eso ninguno había llegado a atacarles realmente, no sabiendo lo que ocultaba aquella mirada fría y melancólica.

-¡Debería haber gritado! -había exclamado ella una vez. -No. Lo habrías asustado, le habría entrado pánico, y es entonces cuando esa gentuza puede ser peligrosa.

¿Era el hombre del barco, los hombres de aquel barco peligrosos? ¿0 se trataba de simples navegantes novicios que costeaban ejercitándose en las bordadas y anclaban cerca de la costa para estar más seguros, tal vez preocupados por si los propietarios de aquella casa se oponían? No era probable que un simple oficial de Marina pudiera permitirse tener a un capitán en su balandro, y los puertos deportivos más cercanos estaban a muchos kilómetros al norte y al sur, puertos sin plazas de amarre disponibles pero con gente especializada que podría encargarse de las reparaciones.

¿Era el hombre que estaba en el barco fumando un cigarrillo simplemente un joven oficial destinado en tierra que «estiraba las piernas» navegando a vela y se sentía a gusto anclado allí, lejos de aguas profundas? Por supuesto, era posible-todo era posible-, y las noches de verano traían consigo un tipo especial de soledad que daba pábulo a extrañas fantasías. Una andaba sola por la playa y pensaba demasiado.

Joel se reiría de ella y diría que eran aquellos demonios que daban vueltas alrededor de su cabeza de artista en busca de lógica. Y sin duda tendría razón. Los hombres del barco estaban probablemente más intranquilos que ella. En cierto modo eran intrusos que habían encontrado un refugio a la vista de nativos hostiles; lo probaba la investigación de la guardia costera. Y el haber pasado con éxito esa prueba era otra razón para que hubiesen vuelto al lugar donde, si no bien recibidos, al menos no eran molestados. Si Joel estuviese con ella, sabría muy bien qué hacer. Habría bajado a la playa y gritado a sus vecinos ocasionales que si querían venir a tomar una copa.

Querido Joel, insensato Joel, Joel frío como el hielo. Había veces en que eras reconfortante, en que eras agradable, y divertido, tan terrible-mente divertido... Incluso cuando no eras agradable. En cierto modo te echo de menos, cariño, pero no lo suficiente. Gracias.

Y sin embargo, ¿por qué persistía aquella sensación? ¿El instinto, quizá? Aquel pequeño barco allí enfrente era como un imán que la atraía, la arrastraba a su campo, llevándola a donde sabía que no quería ir.

¡Tonterías! ¡Demonios en busca de lógica! Estaba portándose como una insensata -insensato Joel, Joel frío como el hielo-. ¡Basta ya, por Dios! ¡Sé razonable!

Después se estremeció una vez más. Los novatos no navegan de noche por costas extrañas.

El imán siguió tirando de ella hasta que le pesaron los párpados y cayó en un sueño agitado.

Se despertó de nuevo, sobresaltada por el fuerte sol que penetraba por las puertas de cristal y cuyo calor la envolvía. Miró hacia el agua. El barco se había ido, y por un momento se preguntó si habría estado realmente allí.

Si, había estado. Pero ya no.

El 747 se elevó de la pista del aeropuerto Helikon de Atenas y viró a la izquierda en su rápido ascenso. Abajo, claramente visible, junto al enorme campo, estaba la base aérea naval norteamericana, permitida gracias a un tratado aunque reducida en tamaño y número de aparatos durante los últimos años. No obstante, todavía aviones norteamericanos de gran autonomía patrullaban el Mediterráneo, el mar Jónico y el Egeo, por cortesía de un gobierno resentido y a la vez temeroso, demasiado consciente de otros ojos que le observaban desde el norte. Al mirar por la ventanilla, Converse reconoció en el suelo las siluetas que le eran familiares. Había dos filas de Phantom F4T y A-6E en lados opuestos de la doble pista, nuevas versiones de los F-4G y A-6A que él había pilotado hacía años.

Era tan fácil volver atrás, pensó Joel, mientras observaba cómo en tierra tres de los Phantom se separaban de la formación. Se dirigían a la cabecera de la pista. Pronto habría otra patrulla en el cielo. Converse sentía sus manos en tensión mientras en espíritu manipulaba el grueso timón perforado, alargaba la mano hacia los conmutadores y recorría con la vista las esferas en busca de las indicaciones de que todo iba bien. Después surgiría la fuerza, toneladas de presión junto a él, detrás de él, mientras iba encajado en el centro de una bestia lustrosa, ansiosa por tener rienda suelta para irrumpir en su hábitat natural. Chequeo filial, todo en orden; listo para el despegue. Libera el poder de la bestia. Déjala libre. ¡Rueda! ¡Más deprisa, más de prisa! El suelo es una mancha borrosa, la cubierta del portaviones una masa gris que huye, con el azul del mar más allá y arriba el cielo. ¡Libérala! ¡Libérame!

Se preguntaba si aún podría hacerlo, si las lecciones y el entrenamiento del muchacho y el hombre seguían siendo válidos. Después de la Marina, durante los años de estudio en Massachusetts y Carolina del Norte, había ido con frecuencia a pequeños aeródromos y pilotado monomotores sólo para huir de las presiones, para encontrar unos minutos de libertad azul; pero allí no había desafíos, doma de bestias todopoderosas. Más tarde aún, todo aquello había terminado, durante un tiempo largo, largo... Nada de visitar aeródromos los fines de semana, ni de jugar con elegantes aviones de empresa; lo había prometido. A su mujer le aterraba que volase. Valerie pensaba que las horas que había volado -de paisano y en combate- excedían ya del promedio de seguridad. En uno de los pocos gestos de comprensión que hubo en su matrimonio, él le había dado palabra de no volver a meterse en una cabina. Aquello no le había preocupado hasta que supo -supieron ambos- que su matrimonio había naufragado; momento en que había empezado a aprovechar la menor oportunidad para ir en coche a un campo llamado Peterboro, en New Jersey, y volar, a cualquier hora, en lo primero que encontraba disponible. Sin embargo, tampoco entonces -especialmente entonces- había habido desafíos, ni otra bestia que él mismo.

La tierra de abajo desapareció mientras el 747 se estabilizaba y empezaba a subir hacia la altitud que tenía asignada. Converse dejó de mirar por la ventanilla y se repantigó en su asiento. Se apagaron las luces del cartel de NO FUMEN y Joel sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa. Extrajo uno, le aplicó el encendedor y el humo se disipó al instante en la corriente de los agujeros de ventilación que tenía encima. Consultó su reloj; eran las 12.20. La llegada al aeropuerto de Orly sería a las 3.35, hora francesa. Teniendo en cuenta la diferencia de meridiano, era un vuelo de tres horas, y durante esas tres horas pensaba encomendar a la memoria cuanto pudiese acerca del general Jacques-Louis Bertholdier, que si Beale y el difunto Halliday estaban en lo cierto era el brazo de Aquitania en París.

En Helikon había hecho por primera vez en su vida algo que hasta entonces nunca se le había ocurrido, un capricho propio de la novela romántica, las estrellas de cine o los ídolos del rock. El miedo y la cautela, unidos al exceso de dinero, le habían hecho comprar otras dos plazas junto a la suya en primera clase. No quería que nadie pudiese echar una ojeada a lo que iba a leer. El viejo Beale lo había dejado sobradamente claro en la playa la noche anterior: si había la más remota posibilidad de que los materiales que llevaba pudiesen caer en otras manos -en cualesquiera otras-, tenía que destruirlos a toda costa, porque se trataba de

informes exhaustivos sobre hombres que podían ordenar ejecuciones en cadena con, una simple llamada telefónica.

Se agachó para coger su maletín, cuya asa de cuero estaba aún oscura del sudor de llevarlo en la mano desde Mikonos esa misma mañana. Por primera vez comprendió el valor de un sistema que había aprendido en las películas y las novelas. Si hubiese podido encadenar el asa del maletín a su muñeca habría respirado mucho más tranquilo.

Jacques-Louis Bertholdier, de cincuenta y nueve años, hijo único de Alphonse y Marie-Thérese Bertholdier, nació en el hospital militar de Dakar. El padre era oficial de carrera en el ejército francés, con fama de autocrítico y muy estricto en cuestiones de disciplina. De la madre se sabe poco; tal vez sea significativo que Bertholdier nunca hable de ella, como dándola por no existente. Se retiró del ejército hace cuatro años, a la edad de cincuenta y cinco, y ahora es director de Juneau et Cie., una firma de lo más conservador que opera en la Bolsa de París.

Sus primeros años parecen ser los típicos en la vida del hijo de un oficial con mando, yendo de un destino a otro y gozando de los privilegios del grado y la influencia del padre. Estaba acostumbrado a los criados y al servilismo del personal militar. Si alguna diferencia había con los hijos de otros oficiales residía en el propio muchacho. Se dice que era capaz de hacer la instrucción completa con armas a los cinco años, y a los diez podía recitar de corrido las ordenanzas.

En 1938 los Bertholdier estaban de vuelta en París, el padre como miembro del Estado Mayor General. Era un momento caótico, con la guerra contra Alemania en puertas. Bertholdier padre era uno de los pocos mandos que sabían que la línea Maginot no podría resistir y su franqueza enfurecía tanto a su colegas que fue enviado lejos, al mando del Cuarto Ejército, estacionado a lo largo de la frontera nororiental.

Llegó la guerra y al padre lo mataron a la quinta semana de combates. El joven Bertholdier tenía entonces dieciséis años y terminaba su bachillerato en París.

La caída de Francia en junio de 1940 podría ser considerada el comienzo de la edad adulta de nuestro hombre. Tras incorporarse a la Resistencia, al principio como enlace, luchó durante cuatro años, ascendiendo en las filas de la clandestinidad hasta llegar a mandar el sector Calais-Paris. Hacía frecuentes viajes a Inglaterra para coordinar operaciones de espionaje y sabotaje con los franceses libres y la Inteligencia británica. En febrero de 1944 De Gaulle le otorgó el grado pro-visional de comandante. Tenía veinte años.

Días antes de la ocupación de París por los Aliados, Bertholdier resultó gravemente herido en una escaramuza callejera entre miembros de la Resistencia y las tropas alemanas en retirada. La hospitalización le relevó de toda actividad durante el resto de la guerra, y tras la rendición fue admitido en la Academia Militar Nacional de Saint-Cyr, la recompensa que De Gaulle juzgó más apropiada para el joven héroe de la clandestinidad. Tras graduarse salió como capitán efectivo. Tenía veinticuatro años y se le confiaron mandos sucesivos en la meseta del Dra, en Marruecos francés, y en Argelia; en la guarnición de Haiphong, al otro extremo del mundo, y finalmente en los sectores aliados de Viena y Berlín occidental. (Téngase en cuenta este último destino en relación con la siguiente información sobre el mariscal de campo Erich Leifhelm. Fue allí donde se conocieron y se hicieron amigos, al principio abiertamente, aunque más tarde negaron esa relación tras haber dimitido ambos del servicio militar.)

Dejando a Erich Leifhelm a un lado por el momento, Converse pensó en la joven leyenda que fuera un día Jacques-Louis Bertholdier. Aunque Joel era tan poco militar como puede serlo un civil, se sentía extrañamente capaz de identificarse con el fenómeno militar descrito en aquellas páginas. Aun sin ser un héroe, se había visto tributar un recibimiento de

héroe al volver de una guerra en la que muy pocos fueron tan aclamados, y esos generalmente procedentes de las filas de los que habían soportado el cautiverio más que combatido. No obstante, la atención que conduce a privilegios es una costumbre peligrosa. Aunque al principio resulte embarazoso, uno llega a aceptar todo eso y más tarde a esperarlo. El agradecimiento podía subírsele a uno a la cabeza, con lo que no tardaba en considerar esos privilegios como algo debido. Y cuando la atención empezaba a decaer, se sentía una especie de rabia; uno querría que volviese todo aquello.

Así reaccionaba alguien sin la menor ansia de autoridad. Exito sí, poder no. ¿Pero qué ocurriría con un hombre cuyo ser estaba enteramente hecho de autoridad y poder, cuyos recuerdos más antiguos iban unidos a los privilegios del grado y cuya ascensión meteórica había tenido lugar a una edad increíblemente temprana? ¿Cómo reacciona este tipo de persona ante el reconocimiento y el espectro siempre creciente de su propio ascendiente? No se le arrebata algo así a la ligera a semejante hombre; su rabia podría convertirse en furia. Y sin embargo Bertholdier se había apartado de todo eso a los cincuenta y cinco años, una edad razonablemente joven para alguien tan destacado. Aquello no encajaba. Faltaba algo en el retrato de aquel moderno Alejandro. Al menos hasta ahora.

La oportunidad desempeñó un importante papel en la creciente fama de Bertholdier. Después de sus destinos en la Dra Hamada y la Argelia anterior a la crisis, fue trasladado a la Indochina francesa, donde la situación estaba empeorando rápidamente para las fuerzas coloniales, empeñadas en una violenta guerra de guerrillas. Sus éxitos en esa campaña no tardaron en convertirse en la comidilla de Saigón y París. Las tropas bajo su mando proporcionaron algunas raras pero muy necesarias victorias, que aunque incapaces de alterar el curso de la contienda convencieron a los militaristas de la línea dura de que las fuerzas asiáticas podían ser derrotadas por el superior valor y estrategia galos; sólo necesitaban el material que París les negaba. La rendición de Dién Bién Phu fue una amarga pócima para esos hombres, que gritaron a los cuatro vientos que eran los traidores del Quai d'Orsay quienes habían provocado la humillación de Francia. Aunque el coronel Bertholdier salió de la derrota como una de las pocas figuras heroicas, fue lo suficientemente sabio o cauteloso para callarse y, al menos en apariencia, no se unió a los halcones. Muchos dicen que esperaba una señal que nunca llegó. Una vez más se incorporó a sus turnos de servicio en Viena y Berlín occidental.

Sin embargo, cuatro años más tarde rompió el molde que había construido tan cuidadosamente. Según sus propias palabras, se sintió «furioso y desilusionado» por los acuerdos de De Gaulle con los independentistas argelinos. Voló a su tierra natal, Africa del Norte, y se unió a los rebeldes de la OAS del general Raoul Salan, opuesto violentamente a una política que motejaba de traición. Durante este intermedio revolucionario de su vida estuvo complicado en un intento de asesinato de De Gaulle. Con la captura de Salan en abril de 1962 y el fin de la insurrección, Bertholdier emergió una vez más de la derrota asombrosamente intacto. En lo que sólo puede considerarse como una jugada extraordinaria -y que nunca ha sido bien comprendida-, De Gaulle hizo poner en libertad a Bertholdier y lo llevó al Elíseo. La conversación entre ambos hombres no ha sido nunca revelada, pero a Bertholdier le fue devuelto su grado. El único comentario de De Gaulle del que hay noticia fue hecho durante una conferencia de prensa el 4 de mayo de 1962. En respuesta a una pregunta sobre la rehabilitación del oficial rebelde, dijo (traducción literal): «A un gran patriota y soldado debe permitírsele y perdonársele un único extravío. Hemos hablado y ambos estamos satisfechos.» No volvió a decir una sola palabra sobre el tema.

Durante siete años, Bertholdier estuvo destinado en diversos puestos de influencia y ascendió a general. Fue con frecuencia el primer agregado militar en importantes embajadas durante el periodo de participación de Francia en el Comité Militar de la OTAN. Con frecuencia era llamado al Quai d'Orsay para acompañar a De Gaulle en conferencias

Librodot

internacionales, en cuyas fotos aparece invariablemente, casi siempre muy cerca del gran hombre. Lo curioso es que, aunque sus aportaciones parecen haber sido considerables, terminadas esas conferencias en la cumbre era invariablemente devuelto a su antiguo puesto, mientras los debates internos continuaban y se tomaban sin él las decisiones. Era como si estuviese siendo constantemente preparado para el puesto crítico al que nunca acababa de acceder. ¿Sería ese llamamiento definitivo la señal que había estado esperando siete años antes en Dién Bién Phu? Es ésta una pregunta para la que no tenemos respuesta aquí, pero creemos que es vital seguir buscándola.

Con la espectacular dimisión de De Gaulle tras el rechazo de sus exigencias de reforma constitucional en 1969, la carrera de Bertholdier entró en un eclipse. Sus destinos fueron ya apartados de los centros de poder, y así siguieron hasta su renuncia. La investigación de sus referencias bancarias y sus tarjetas de crédito, así como las listas de viajeros, muestra que durante los últimos dieciocho meses nuestro sujeto hizo viajes a los siguientes lugares: Londres, 3; Nueva York, 2; San Francisco, 2; Bonn, 3; Johannesburgo, 1; Tel-Aviv, I (combinado con Johannesburgo). La pauta es clara, y resulta compatible con los que van delimitándose como puntos clave en la operación del general Delavane.

Converse se frotó los ojos y llamó para que le trajesen de beber. Mientras esperaba por el Scotch, recorrió los párrafos siguientes, con su recuerdo del hombre ya fresco. Se trataba de historia conocida y no revelaba gran cosa. El nombre de Bertholdier había sido propuesto como candidato por varias facciones ultraconservadoras, que esperaban poder arrastrarlo de la guerra militar a la política, pero la cosa no había pasado nunca del grado de tentativa. La llamada definitiva lo había pasado por alto; nunca llegó. Actualmente, como director de una gran firma en la Bolsa de París, era sobre todo una figura decorativa, capaz de impresionar a los ricos y de mantener alejados a los de inclinaciones socialistas con el solo peso de su leyenda.

Va a todas partes en una limusina de la empresa, y dondequiera que llega se le espera y está dispuesta la acogida adecuada. El vehículo es un Lincoln Continental norteamericano azul oscuro, matrícula 100-1. Los restaurantes que frecuenta son: Taillevent, el Ritz, Julien y Lucas-Carton. Sin embargo para el almuerzo suele ir tres o cuatro veces por semana a un club privado llamado L'Etalon Blanc. Se trata de un establecimiento muy selecto que sólo frecuentan militares de la máxima graduación, lo que queda de nobleza rica y aduladores acaudalados que, ya que no pueden ser ninguna de las dos cosas, invierten dinero en ambas para poder moverse entre esa gente.

Joel sonrió. El redactor del informe no carecía de humor. Sin embargo allí faltaba algo. Su mente de abogado buscó lo que quedaba por explicar. ¿Cuál era la señal que Bertholdier no había recibido en Dién Bién Phu? ¿Qué había dicho el imperioso De Gaulle al oficial rebelde, o qué el rebelde al gran hombre? ¿Por qué había sido preparado una y otra vez para un acceso al poder que nunca llegó? ¿Cómo a todo un Alejandro se le había premiado, perdonado y elevado para después dejarlo caer? Aquellas páginas ocultaban un mensaje, pero Joel fue incapaz de encontrarlo.

Converse llegó a lo que el autor del informe consideraba importante sólo en cuanto completaba el retrato, aunque no añadiese gran cosa a la información anterior.

La vida privada de Bertholdier parece no tener mucho que ver con las actividades que nos preocupan. Su matrimonio fue de conveniencia en el más pura sentido de La Rochefoucauld: social, profesional y económicamente beneficioso para ambas partes. Además, parece tratarse únicamente de una alianza de negocios. No han tenido hijos, y aunque Mme. Bertholdier apareciese con frecuencia junto a su marido en actos oficiales y sociales rara vez se les ha visto hablando juntos. También, como en el caso de su madre, no se

sabe que Bertholdier haya llevado nunca la contraria a su mujer. Aquí puede haber una conexión psicológica, pero no tenemos pruebas, sobre todo teniendo en cuenta que Bertholdier es un notorio mujeriego, que en ocasiones ha tenido hasta tres amantes, así como numerosas aventuras periféricas. Entre sus iguales corre un apodo que nunca ha llegado a imprimirse: La Gran Machin, y si el lector necesita traducción, le recomendamos que vaya a tomarse una copa a Montparnasse.

El informe terminaba con esta nota pintoresca. Era un dossier que suscitaba más preguntas de las que contestaba. Describía con trazo grueso los qués y los cómos, pero pocos de los porqués; estos seguían ocultos, y sólo la imaginación podía descubrir aunque sólo fuesen las probabilidades. Pero había los suficientes hechos concretos para operar sobre ellos. Joel consultó su reloj. Había pasado una hora. Le quedaban dos para releer, pensar y asimilar lo más posible. Ya había decidido a quién iría a ver en París.

René Mattilon no era sólo un astuto abogado al que frecuentemente recurrían Talbot, Brooks y Simon cuando necesitaban ser representados ante los tribunales franceses, sino también un amigo. Aunque llevaba diez años a Joel, su amistad arraigaba en una experiencia común, común en cuanto a la geografía, la futilidad y el despilfarro. Treinta años antes Mattilon era un joven abogado en la veintena a quien su gobierno reclutó y envió a Indochina como oficial jurídico. Presenció lo inevitable, y nunca pudo comprender por qué le fue tan difícil a su orgullosa y empecinada nación darse cuenta de ello. También sabía ser mordaz en sus comentarios sobre la posterior intervención norteamericana.

-Mon Dieu! ¿Creíais que ibais a poder hacer sólo con las armas lo que no pudimos hacer nosotros con armas y cerebro? *Déraisonnable*!

Era ya una costumbre que siempre que Mattilon iba a Nueva York o Joel a París encontrasen tiempo para cenar y beber juntos. Además el francés tenía una asombrosa tolerancia para las limitaciones lingüísticas de Converse, quien era incapaz de aprender otro idioma. Ni siquiera la paciencia de Val había podido contra unos oídos sordos y un cerebro negado. Durante cuatro años su ex mujer, de padre francés y madre alemana, trató de enseñarle las frases más sencillas sin resultado.

-¿Cómo diablos puedes llamarte abogado internacional cuando no hay quien te entienda más allá de Sandry Hook? -le había preguntado.

-Contrata a intérpretes preparados por los bancos suizos y ponlos a trabajar cobrando por puntos. No perderán ripio.

Siempre que venía a París vivía en una suite de dos habitaciones en el opulento hotel George V, un capricho que Talbot, Brooks y Simon le permitían, suponía, más para impresionar a los clientes que por motivos económicos. Suposición que era sólo una verdad a medias, según había dejado bien en claro Nathan Simon.

-Tienes un salón fabuloso -le había dicho Nate con su voz sepulcral Utilízalo para las reuniones y podrás evitar esos almuerzos franceses y (Dios nos libre) esas cenas, tan ridículamente caros.

-¿Y si quieren comer?

-Entonces tienes otra cita. Haz un guiño y di que es personal; en París eso es mano de santo.

Tan impresionante dirección podría servirle ahora, pensó Converse mientras el taxi se dirigía a la Avenue George V sorteando locamente el tráfico de media tarde de los Campos Elíseos. Si hacía algún progreso -y pensaba hacerlo- con los hombres que rodeaban a Bertholdier o con él mismo, el carísimo hotel iría bien a la imagen de un cliente desconocido

Librodot

que había enviado a su abogado particular a una gestión altamente confidencial. Por supuesto, no tenía reserva, olvido del que era culpable una secretaria sustituta.

Fue recibido calurosamente por el subdirector, que se sorprendió mucho y finalmente se deshizo en disculpas. No había llegado ningún telex de Talbot, Brooks y Simon de Nueva York reservando habitaciones, pero naturalmente daría con el modo de acomodar a un viejo amigo. Y lo encontraron: la suite de siempre en la segunda planta y, antes de que Joel pudiera deshacer su equipaje, un camarero con una botella de su whisky escocés preferido, que cambió por la marca que había en el bar de la habitación. Joel había olvidado la precisión de las copiosas notas que los hoteles de este tipo conservan sobre sus huéspedes habituales. La segunda planta, el whisky preciso y sin duda, durante la velada, le recordarían que solía pedir que le despertase a las siete. Seguiría con esa costumbre.

Pero ahora eran casi las cinco de la tarde. Si quería alcanzar a Mattilon antes de que dejase su despacho por ese día tenía que darse prisa. Si René podía tomarse una copa con él, sería un comienzo. 0 Mattilon era su hombre o no lo era, y pensó que no le convenía perder ni siquiera una hora de cualquier posible progreso. Alcanzó la guía, que estaba en un estante debajo del teléfono en la mesilla de noche, buscó el número del bufete y marcó.

-¡Caramba, Joel! -exclamó el francés-. ¡Leí lo de ese terrible asunto de Ginebra! Venía en la prensa de la mañana y traté de llamarte, al Richmond, por supuesto, pero dijeron que ya te habías ido. ¿Estás bien?

-De primera. Si me encontraba allí fue por pura casualidad.

-Era norteamericano. ¿Le conocías?

-Sólo profesionalmente. A propósito, todos esos disparates que han dicho de que tenía algo que ver con drogas son sólo eso, disparates. Fue acorralado, robado, baleado y preparado para sembrar la confusión.

-Y un funcionario demasiado celoso se fue a lo obvio, tratando de proteger la imagen de su ciudad. Lo sé; lo aclararon después. Es todo tan horrible: crímenes, matanzas, terrorismo... Se extiende por todas partes. Aquí en París un poco menos, gracias a Dios.

-No necesitáis a esa gente; os basta con los taxistas, aunque quizá sean un poco más groseros.

-¡Sigues tan imposible, amigo mío! ¿Cuándo podemos vernos? Converse hizo una pausa.

-Yo esperaba que fuese esta noche, cuando salgas del despacho.

-Eso es muy de sopetón, mon ami. ¿Por qué no has llamado antes?

-Acabo de llegar.

-Pero saliste de Ginebra...

-Tenía asuntos en Atenas -le interrumpió Joel.

-Ah, claro, que ahora es de allí de donde escapa el dinero. Y a todo trapo, supongo. Lo mismo pasó aquí.

-¿Y si nos tomásemos una copas, René? Es importante.

Ahora fue Mattilon quien hizo una pausa. Era evidente que había detectado la urgencia en la concisión y el tono de Converse.

-Por supuesto -dijo al fin el francés-. ¿Supongo que estás en el George Cinq?

-Si.

-Estaré ahí tan pronto como pueda. Digamos unos cuarenta y cinco minutos.

-Te lo agradezco mucho. Voy a conseguir un par de sitios en la galería.

-Te buscaré allí.

Esa zona del inmenso vestíbulo con arcos de mármol, fuera de las puertas de cristal coloreado del bar del George V, es conocida por los habituales como «la galería» debido a que hay una galería de arte embutida en un pasillo de cristal transparente a su izquierda. No obstante, el nombre le viene muy bien a la lujosa sala. Las mullidas butacas y sofás de terciopelo cortado y las mesas bajas y oscuras que se alinean a lo largo de las paredes de mármol están situados debajo de obras de arte, de gigantescas tapicerías de châteaux hace tiempo olvidados y enormes lienzos heroicos de pintores antiguos y modernos. Cubren la suave piedra del suelo gigantescas alfombras orientales, mientras que del alto techo cuelgan una serie de intrincadas arañas que difunden una luz suave por entre filigranas doradas.

Allí, en esos enclaves tapizados, en penumbras calculadas, bajo pinturas alumbradas por focos y telas tejidas hace siglos, tienen lugar tranquilas conversaciones entre hombres y mujeres ricos y poderosos. Con frecuencia se trata de diálogos iniciales en los que se abordan cuestiones que más tarde serán resueltas en salas de consejo pobladas por presidentes y directores, tesoreros y manadas de abogados. Quienes acostumbran a ponerlas en marcha se encuentran a gusto en la inicial informalidad -las exploraciones sin compromiso- de los primeros encuentros en esta sala tan formal. En tan ceremonioso entorno se respira un aire de incredulidad ritualizada, en el que afirmaciones y negociaciones nunca son algo sobre lo que no se pueda volver. La galería hace también honor a las implicaciones de su nombre: dentro de la fraternidad de los que han triunfado en la esfera internacional, se dice que si alguno de sus miembros pasa allí cierto tiempo acabará por encontrarse con casi todos sus conocidos. Por eso cuando alguien no quiere que lo vean se va a otro sitio.

La sala iba llenándose, y los camareros se separaban de los ruidos estridentes del bar para tomar recados en las mesas, sabiendo dónde estaba de verdad el dinero. Converse encontró dos sitios al otro extremo, donde la penumbra era aún más acentuada. Apenas fue capaz de ver la hora en su reloj. Habían pasado ya cuarenta minutos desde su llamada a René, tiempo que había ocupado en ducharse hasta librarse de las huellas de aquel viaje de todo un día desde Mikonos. Tras colocar los cigarrillos y el encendedor sobre la mesa, pidió algo de beber a un atento camarero, sin quitar los ojos de la entrada marmórea de la sala.

Veinte minutos después le vio. Mattilon avanzó enérgicamente pasando de la fuerte claridad del primer vestíbulo a la tenue luz de la galería. Se detuvo un momento, entornando los ojos, y después hizo un gesto de asentimiento. Echó a andar por el centro del piso alfombrado, con los ojos clavados ya en Joel y una sonrisa amplia y abierta en la cara.

René Mattilon había pasado la mitad de la cincuentena, pero tanto su zancada como su aspecto eran los de un joven. Le rodeaba ese aura peculiar de los abogados defensores que triunfan. Su confianza era patente porque era la esencia de su éxito, pero como hija de la diligencia, y no sólo de la petulancia y los triunfos. Era el actor seguro cómodo en su papel, y su pelo ya gris y sus rasgos francos y masculinos formaban parte de un efecto calculado; pero más allá de esa apariencia había otra cosa, pensó Joel mientras se levantaba de su asiento: Rene era un tipo de lo más decente; ésa fue su conclusión desarmante. Bien sabía Dios que ambos tenían sus defectos, pero los dos eran buenas personas. Quizá por eso se encontraban tan a gusto juntos.

Un firme apretón de manos precedió a un corto abrazo. El francés se sentó frente a Converse mientras Joel hacía seña al camarero.

-Pídelo en francés -dijo Joel-. Yo acabaría haciendo que te trajesen un helado de frutas nueces con caramelo.

-Ese hombre habla mejor inglés que tú y que yo. Campan con hielo, por favor.

-Merci, monsieur.

El camarero se alejó.

-Te repito las gracias por venir -dijo Converse-. Era importante.

-Esa impresión me dio. Tienes buen aspecto, Joel; cansado pero bien. Ese extraño asunto de Ginebra debe provocarte pesadillas.

-En realidad no. Ya te dije que estaba allí por casualidad.

-Aun así, podías haber sido tú. Los periódicos decían que murió mientras le sostenías la cabeza.

-Fui el primero en llegar.

-Qué horrible...

-Lo he visto más veces, René -dijo tranquilamente Converse, en un tono neutro.

-Sí, por supuesto. Estabas mejor preparado que la mayoría, me imagino.

-No creo que nadie esté nunca preparado. Pero eso ya pasó. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo van las cosas?

Mattilon sacudió la cabeza, y sus rasgos duros y curtidos cobraron de pronto un aire de exasperación.

-Francia es una locura, por supuesto, pero sobrevivimos. Hace Ya muchos meses que hay más planes que planos en la biblioteca de un arquitecto, pero los planificadores siguen tropezando unos con otros en los pasillos de los ministerios. Los tribunales están llenos y la economía prospera.

-Me alegra oírlo. Volvió el camarero con el Campan; ambos hombres le hicieron un gesto de aprobación y después Mattilon clavó sus ojos en Joel-. No, de veras me alegro -prosiguió Converse mientras se alejaba el camarero-. Se oyen tantas historias...

-¿Es por eso por lo que estás en París? -El francés estudió a Joel-. ¿Por lo que cuentan de nuestras supuestas agitaciones? No son tan graves, tan diferentes a las de antes. Todavía no. Aquí la mayoría de la industria privada estaba financiada públicamente a través del gobierno, pero, naturalmente, no dirigida por los incompetentes del gobierno. ¿Es eso lo que te preocupa, o más exactamente a tus clientes?

Converse bebió.

-No, no es por eso por lo que estoy aquí. Se trata de otra cosa.

-Estás preocupado, lo veo. Tu labia de costumbre no me engaña; te conozco demasiado bien, de modo que dime, ¿qué es eso tan «importante»? Esa fue la palabra que usaste por teléfono.

-Sí, creo que fue ésa. Tal vez me pasé.

Joel apuró su vaso y cogió los cigarrillos.

-No a juzgar por tus ojos, amigo mío. Los veo y no los veo. Están llenos de nubes.

-No lo interpretes mal. Como decías, estoy cansado. Llevo todo el día metido en aviones, con algunas escalas atroces.

Cogió el encendedor y lo accionó dos veces hasta que surgió la llama.

-Regateamos por tonterías. ¿De qué se trata?

Converse encendió un cigarrillo, tratando de no dar demasiada importancia a sus palabras.

-¿Conoces un club privado llamado L'Etalon Blanc?

-Lo conozco, pero nunca pude ni acercarme a la puerta -dijo el francés, echándose a reír-. Yo era un tenientillo sin importancia, o aún peor, un agregado al auditor militar que acompañaba a nuestras fuerzas sobre todo para dar una apariencia de legalidad, pero sólo una apariencia. El asesinato era una falta leve y la violación merecía felicitaciones. L'Etalon Blanc es un refugio para les grandes militaires... y los bastante ricos o idiotas para escuchar sus trompetas.

-Quiero encontrarme con alguien que almuerza allí tres o cuatro veces por semana.

-¿No puedes llamarlo?

-No me conoce, ni sabe que quiero verlo. Tiene que ser algo espontáneo.

-No me digas... ¿Por cuenta de Talbot, Brooks y Simon? Suena de lo más insólito.

-Lo es. Quizá estemos tratando con alguien con quien no queremos tratar.

-Ah, labor misionera. ¿Quién es él?

-¿Me guardarás el secreto? Me refiero a si no dirás una palabra a nadie.

-¿Es que acostumbro a irme de la lengua? Si el nombre supone conflicto con algún asunto nuestro, te lo diré y, francamente, no podrás contar conmigo.

-Muy justo. Jacques-Louis Bertholdier.

Mattilon enarcó las cejas con un asombro burlón, que tenía menos de burla que de asombro.

-El emperador va vestido de pies a cabeza, quienquiera que sea el que pretenda lo contrario -dijo el francés, riendo por lo bajo-. Ni el menor conflicto, mon ami; como tú dirías, no es de nuestra liga.

-¿Por qué no?

-Se mueve entre santos y guerreros, guerreros que querrían ser santos y santos que querrían ser guerreros. ¿Quién tiene tiempo para tales garambainas?

-¿Quieres decir que no se lo toman en serio?

-Sí, muy en serio, los que tienen tiempo y afición para mover montañas abstractas. Es todo un pilar, Joel, asentado en mármol heroico e inamovible. Es un De Gaulle que no siguió los pasos del auténtico, lo que algunos consideran una lástima.

-¿Y tú qué dices?

Mattilon frunció el entrecejo y después ladeó la cabeza con un encogimiento de hombros muy francés.

-No estoy seguro. Bien sabe Dios que el país necesita a alguien, y tal vez Bertholdier pudo haber intervenido y seguido un rumbo mucho mejor que aquél en el que nos embarcamos, pero los tiempos no eran propicios. El Elíseo se había convertido en una corte imperial, y la gente estaba cansada de edictos y sermones. Bien, ya no los tenemos; ahora nos tocan las aburridas y grises banalidades del credo de los trabajadores. Tal vez sea una lástima, aunque me imagino que aún podría hacerlo. Empezó su subida al Olimpo siendo muy joven.

-¿No era de la OAS, de los rebeldes argelinos de Salan? Esa gente cayó en el descrédito. Se les consideró una desgracia nacional.

-Ese es un juicio que incluso los intelectuales deben admitir a regañadientes que podría estar sujeto a revisión. Tal como han ido las cosas en Africa del Norte y Oriente Próximo, una Argelia francesa podría ser hoy una gran baza. -Mattilon hizo una pausa y se llevó la mano a la barbilla, mientras volvía a fruncir el ceño-. ¿Por qué diablos iban Talbot, Brooks y Simon a hacerle ascos a Bertholdier? Puede ser monárquico de corazón, pero bien sabe Dios que es el honor personificado. Es un tipo regio, quizá incluso pomposo, pero a pesar de eso un cliente muy aceptable.

-Hemos oído cosas -dijo Converse, encogiéndose de hombros como para disminuir la credibilidad de esos rumores.

-Mon Dieu! ¿no será lo de sus mujeres? -exclamó Mattilon, riéndose-. Vamos, ¿cuándo vas a hacerte mayor?

-No es cosa de mujeres.

-¿Entonces de qué?

-Digamos que de algunos de sus socios, de sus relaciones.

-Espero que hagas la distinción, Joel. Un hombre como Bertholdier puede elegir sus socios, pero no sus relaciones. Dondequiera que va todo el mundo quiere ser su amigo, y la mayoría proclaman que lo son.

-Eso es lo que queremos averiguar. Quiero sacar a relucir algunos nombres y ver si son socios... o conocidos de los que ni se acuerda.

-Bien. Ahora hablas con sentido. Puedo ayudarte y lo haré. Almorzaremos en L'Etalon Blanc mañana y pasado. Es a mediados de semana y sin duda Bertholdier elegirá uno u otro de esos días para comer allí. Y si no, siempre nos queda el día siguiente.

-Creí que no podías ni acercarte a la puerta.

-Por mí mismo no; pero conozco a alguien que sí y que nos ayudará encantado, te lo aseguro.

-¿Por qué?

-Quiere hablar conmigo siempre que pueda y donde pueda. Es un pesado tremendo que, por desgracia, habla muy poco inglés... Los números, sobre todo, y frases como In and out, Over and out, Dodger-Roger, Roger-Dodger, Runway Six, List off five y todo tipo de cosas incomprensibles por el estilo.

-¿Es piloto?

-Voló en los primeros Mirages, puedo añadir que con brillantez, y no permite que nadie lo olvide. Tendré que hacer de interprete entre vosotros, lo que al menos me evita ser el que inicie la conversación. ¿Sabes algo del Mirage?

-Un reactor es un reactor. Pull and sweep, todo se reduce a eso. también él ha usado esa frase. Pull and sweep no sé que. Creo que estaba limpiando una cocina.

-¿Por qué tiene tanto empeño en hablar contigo? Deduzco que es miembro del club.

-En efecto. Le representamos en un caso insignificante contra un fabricante de aviones. Tenía un reactor privado, y perdió el pie izquierdo en uno de esos aterrizajes vuestros...

-Mío no, amigo.

-La puerta estaba atascada y no pudo accionar el asiento expulsable donde quería, cuando la velocidad del avión se había reducido lo suficiente para evitar una colisión.

-No apretó los botones que eran.

-El dice que lo hizo.

-Hay al menos dos reservas, incluida una manual, incluso en vuestro equipo.

-Ya nos lo han dicho. No se trata del dinero, ¿comprendes? Es enormemente rico. Se trata de su orgullo. Perder pone en cuestión su capacidad.

-Cuando empiecen a hacerle preguntas le van a poner en cuestión muchas más cosas. Supongo que se lo habrás dicho.

-Con precauciones. Estamos preparando el terreno.

-Pero mientras tanto cada entrevista supone suculentos honorarios.

-Estamos también librándolo de sí mismo. Si lo hubiésemos hecho apresuradamente o de un modo demasiado crudo, nos hubiera despedido para caer en manos de alguien con menos escrúpulos. ¿Quién si no iba a aceptar un caso así? La fábrica es ahora del gobierno, y bien sabe Dios que no va a pagar.

-Buen tanto. ¿Qué vas a decirle de mí? ¿Y del club?

Mattilon sonrió.

-Que como ex piloto y abogado puedes colaborar útilmente en su caso. En cuanto a L'Etalon Blanc, lo sugeriré, diciéndole que eso te causaría una gran impresión. Voy a describirte como una especia de Atila de los cielos. ¿Qué te parece?

-No me gusta un pelo.

-¿Podrás salir airoso? Sería un camino para conocer a Bertholdier. Mi cliente y él no son simples conocidos, sino amigos.

-Saldré adelante.

-El que hayas sido prisionero de guerra resultará muy útil. Si ves entrar a Bertholdier y dices que te gustaría conocerle, ese deseo no se le niega fácilmente a un ex prisionero de guerra.

-Yo no insistiría demasiado en eso.

-¿Por qué no?

-Si empezamos a escarbar podríamos dar con un peñasco que nadie pensaba que estuviese allí.

-¿Cómo? -Las cejas de Mattilon volvieron a arquearse, ahora no con burla ni con asombro, sino simplemente de sorpresa- «Escarbar» en el sentido en que lo dices, implica algo más que un encuentro espontáneo en el que salen a relucir espontáneamente unos nombres.

-¿De veras? -Joel revolvió su vaso, descontento consigo mismo, sabiendo que cualquier discusión sólo serviría para aumentar la tardanza-. Lo siento, fue una reacción instintiva. Ya sabes lo que pienso del tema.

-Si, lo sé y lo olvidé. Fue un gran descuido por mi parte. Lo siento.

-En realidad, preferiría incluso no utilizar mi propio nombre. ¿Te importa?

-El misionero eres tú, no yo. ¿Cómo te llamaremos?

El francés contemplaba ahora fijamente a Converse.

-Eso da igual.

Mattilon le miró entornando los ojos.

-¿Qué te parece el nombre de tu patrón, Simon? Si hablas con Bertholdier, eso puede resultarle atractivo. El duque de Saint-Simon fue el gran cronista de la monarquía... Henry Simon. Debe de haber diez mil abogados que se llaman Henry Simon en Estados Unidos.

-Simon va bien.

-¿Me lo has contado ya todo? -preguntó René, con ojos inexpresivos-. Todo lo que querías decirme.

-Si -dijo Joel, con la mirada como una pared blanquiazulada-. Vamos a tomarnos otra.

-Creo que yo no. Ya es tarde y mi mujer actual siente malaise si está fría la cena. Te diré de paso que es una cocinera excelente.

-Eres un tipo afortunado.

-Si, lo soy. -Mattilon terminó su vaso y lo dejó sobre la mesa-. También lo era Valerie. Nunca olvidaré aquel fantástico canard a l'orange que nos preparó hace cuatro o cinco años en Nueva York. ¿Has sabido algo de ella?

-Sabido y visto. Comimos juntos en Boston el mes pasado. Le di el cheque de su pensión y ella pagó la cuenta. A propósito, sus cuadros están empezando a venderse.

-Nunca lo dudé.

-Ella sí.

-Sin motivo. Siempre me gustó Val. Si vuelves a verla, dale recuerdos muy afectuosos.

-Se los daré.

Mattilon se levantó de su mullido asiento, ya con menos frialdad en la mirada.

-Perdóname; pensé tantas veces que érais una... pareja perfecta, creo que es la expresión. Naturalmente, la pasión disminuye, pero no el de suite, si sabes a lo que me refiero.

-Creo que sí, y, hablando por los dos, te lo agradezco... por la concreción impropia.

Je ne comprends pas.

-Olvídalo, es una antigualla; no quiere decir nada. Le daré tus recuerdos.

-Merci. Te telefonearé por la mañana.

L'Etalon Blanc era la pesadilla de un pacifista. Las gruesas paredes de madera oscura del club estaban cubiertas de fotografías y grabados, entreverados de citaciones enmarcadas y medallas relucientes, cintas rojas y discos de oro y plata sobre terciopelo negro. Los grabados eran una crónica visual de heroicas carnicerías que se remontaba a dos siglos atrás, en tanto que la evolución del arte de la guerra se mostraba en fotografías en las que caballos, armones y sables se convertían en motocicletas, tanques, aviones y cañones, pero las escenas no eran tan diferentes unas de otras dado lo constante del tema. Hombres victorianos de uniforme aparecían retratados en momentos de gloria; cualquier sufrimiento que hubiese detrás se hallaba extrañamente ausente. Esos hombres no perdían; allí no había miembros cercenados ni caras deshechas; eran los guerreros privilegiados. Joel sintió un profundo miedo a medida que examinaba el despliegue marcial. Aquellos no eran hombres ordinarios; eran duros y fuertes y llevaban la palabra «capacidad» escrita en la cara. ¿Qué había dicho Beale en Mikonos? ¿Qué juicio le merecían al Zorro Rojo de Inchon, un hombre que sabía de lo que hablaba? Sé de lo que son capaces cuando les pedimos que lo hagan. Pero, ¿de cuánto más serían capaces si se lo pedían a sí mismos, sin los impedimentos de unas vacilantes autoridades civiles?

-Acaba de llegar Luboque -dijo en voz baja Mattilon, caminando detrás de Converse-. Oigo su voz en el vestíbulo. Recuerda que no tienes que exagerar. De todos modos, yo traduciré lo que crea apropiado, pero asiente rotundamente con la cabeza cuando haga uno de sus comentarios apasionados. También debes reírte cuando cuente chistes. Son horribles, pero le encanta.

-Haré cuanto pueda.

-Voy a darte un incentivo. Bertholdier ha reservado mesa para almorzar. En su sitio de costumbre, la mesa once, junto a la ventana.

-¿Dónde estamos nosotros? -preguntó Joel, viendo que los labios apretados del francés parecían expresar un pequeño triunfo.

-En la doce.

-Si alguna vez necesito un abogado, os llamaré.

-Somos terriblemente caros. Come on, como dicen en esas maravillosas películas vuestras, «A escena, monsieur Simon... Haz el papel de Atila pero no te pases.

-¿Sabes, René, que para lo bien que hablas inglés te gustan demasiado las frases triviales?

-El idioma inglés y las frases norteamericanas tienen poco en común, Joel, sean o no triviales.

-Sabelotodo.

-¿Necesito decir más?... Ah, monsieur Luboque. ¡Serge, mon ami!

El tercer ojo de Mattilon había detectado la entrada de Serge Luboque y se volvió mientras el zapateo iba haciéndose cada vez más fuerte. Luboque era un tipo bajo y delgado. Su físico le hacía a uno pensar en aquellos pilotos de los primeros reactores a los que se les exigía no ser demasiado altos. Andaba también muy cerca de ser la caricatura de sí mismo. Su bigote corto y engomado campeaba sobre una cara miniaturizada fija en una expresión de rechazo vagamente hostil dirigida a un tiempo a todos y a nadie. Cualquiera que fuese su historia, Luboque era ahora un poseur que sólo sabía darse tono. De cuanto había de brillante y excitante enterrado en su pasado le quedaban sólo los recuerdos, y el resto era rabia.

-*Et voici 1'expert judiciare des compagnies aeriénnes* -dijo, mirando a Converse y tendiéndole la mano.

-Serge está encantado de conocerte y seguro de que puedes ayudarnos -explicó Mattilon.

-Haré lo que pueda -dijo Joel-, y discúlpame por no hablar francés.

Así lo hizo el abogado, y Luboque se encogió de hombros mientras decía a toda velocidad algo incomprensible en lo que repitió varias veces la palabra anglais.

-También él se disculpa por no hablar inglés -dijo Mattilon, dedicando a Joel una mirada maligna mientras añadía-: Si está mintiendo, monsieur Simon, pueden colocarnos a los dos contra esas paredes condecoradas y fusilarnos.

-Ni hablar -dijo Converse, sonriente-. Los del pelotón podrían mellar las medallas y cargarse los cuadros. Todo el mundo sabe lo malos tiradores que sois.

-Qu'est-ce que vous dites?

-Monsieur Simon tient á vous remercier pour le déjeuner-dijo Mattilon, volviéndose a su cliente-. Il en est tres fier car il estime que l'oficier franéais est 1'un des meilleurs du monde.

-¿Qué has dicho?

-Le he explicado -dijo el abogado- que te sentías muy honrado de estar aquí, pues crees que los militares franceses, y en especial el cuerpo de oficiales, son los mejores del mundo.

-No sólo malos tiradores sino unos pilotos de risa -dijo Joel, sonriendo y haciendo gestos de aprobación.

-Est-el vrai que vous avez participé á nombreuses missions en Asie du Sud? -preguntó Luboque con los ojos fijos en Joel.

-¿Perdón?

-Quiere que le confirmes que eres realmente un Atila de los cielos, que has llevado a cabo muchas misiones.

-Algunas -dijo Joel.

-Beaucoup -tradujo Mattilon.

Luboque volvió a hablar rápidamente y de manera aún más incomprensible, mientras chasqueaba los dedos para llamar al camarero.

-¿Y ahora qué?

-Te hablará de sus hazañas... en interés del caso, por supuesto.

-Por supuesto -dijo Converse, sin dejar ya de sonreír-. Malos tiradores, pilotos de risa y unos creídos insufribles.

-Ah, pero nuestra comida, nuestras mujeres, nuestro incomparable saber vivir...

-En francés hay una palabra muy explícita, una de las pocas que aprendí de mi ex mujer, pero no creo que deba usarla aquí.

La sonrisa de Joel estaba ahora como pegada con cemento a sus labios.

-Es cierto, lo olvidé -dijo Mattilon-. Ella y yo solíamos conversar en notre belle langue. Te daba tanta rabia... No la uses. Recuerda tu incentivo.

-Qu'est-ce que vous dites encore? Notre belle langue?

Luboque hablaba mientras el camarero esperaba sus órdenes.

-Notre ami, Monsieur Simon, suit un cours á l'école Berlitz et pourra ainsi s'entretenir directrnent avec vous.

-¡Bien!

-¿Qué?

-Le he dicho que vas a aprender francés en Berlitz para poder cenar con él siempre que pases por París. Le telefonearás, Di que sí con la cabeza, sabelotodo.

Converse obedeció.

Y así siguieron. Punto, no contrapunto, conclusión errónea. Sergio Luboque peroró durante el aperitivo en la sala de juegos de los guerreros, mientras Mattilon traducía y aconsejaba a Joel la expresión que debía poner y le sugería la respuesta adecuada.

Finalmente Luboque describió ampulosamente el accidente que le había costado el pie izquierdo y los daños en el equipo por los que debía ser indemnizado. Converse se mostró convenientemente dolido e indignado y se ofreció a escribir un dictamen basado en su experiencia como piloto de reactor. Mattilon tradujo, y a Luboque se le iluminó la cara y disparó una andanada gargarizando en las vocales que Joel tomó por un párrafo de gracias.

-Te quedará eternamente agradecido -dijo René.

-No si escribo ese dictamen -replicó Converse- Fue él mismo quien se encerró en la cabina y tiró la llave.

-Escríbelo -dijo Mattilon, sonriente-. Con eso pagas el tiempo que te dedico. Lo usaremos como cuña para abrir el portillo de retirada. Además ya no se le ocurrirá invitarte a cenar cuando estés en París.

-¿Cuándo comemos? Se me está acabando el repertorio.

Se encaminaron en fila india al comedor, acompasando la marcha al cojear de Luboque por el duro e historiado parqué. La ridícula conversación a tres bandas continuó mientras les presentaban el vino -Luboque devolvió una botella- y los ojos de Converse atisbaban sin cesar la puerta del comedor.

Al fin llegó el momento: apareció Bertholdier. Estuvo unos instantes bajo el arco de entrada, con la cabeza vuelta ligeramente hacia su izquierda mientras otro hombre vestido con una gabardina marrón claro le hablaba inexpresivamente. El general asintió con la cabeza y el subordinado se retiró. Después el gran hombre penetró en la sala con aire tranquilo pero imperioso. Se volvieron las cabezas y nuestro hombre recibió el homenaje como el delfín que pronto va a ser rey acepta las atenciones de los ministros del monarca moribundo. El efecto era extraordinario, porque allí no había reinos, ni monarquías, ni tierras que repartir tras la conquista entre los caballeros de Crecy ni entre nadie; pero aquel hombre que no era de estirpe real estaba siendo reconocido tácitamente -maldita sea, pensó Joel- como emperador por derecho propio.

Jacques-Louis Bertholdier era de estatura mediana, entre uno setenta y cinco y uno ochenta, desde luego no más; pero su porte, derecho como un huso, la anchura de sus hombros y la longitud de su cuello fuerte le hacían parecer mucho más alto, mucho más imponente que a cualquier otro en su caso. Estaba entre los suyos, y allí sí destacaba por encima de los demás, elevado por general consenso.

-Di algo admirativo -dijo Mattilon mientras se acercaba Bertholdier, camino de la mesa de al lado-. Míralo y pon cara de temor reverencial. Yo haré el resto.

Converse hizo lo que le decían y pronunció para sí el nombre completo de Bertholdier, lo bastante alto para que se oyese. Después se inclinó hacia Mattilon diciendo:

-He ahí a un hombre al que siempre he deseado conocer.

Siguió un breve intercambio de palabras en francés entre René y su cliente, tras lo cual Luboque asintió con la cabeza, con la expresión del hombre arrogante dispuesto a hacer un favor a un nuevo amigo.

Berthoidier llegó hasta su silla, con el maitre d'hotel y el jefe de comedor revoloteando a ambos lados. Toda aquella pavana tenía lugar a menos de dos metros de ellos.

-Mon general -dijo Luboque levantándose.

-Serge -replicó Bertholdier, adelantando un paso con la mano extendida, como el oficial superior que comprende la incapacidad de su subordinado valioso-. *Comment ca va*?

-Bien, Jacques. Et vous?

-Les temps sont bien étranges, mon ami.

Los saludos fueron breves, y en seguida Luboque cambió el sesgo de la conversación haciendo un gesto hacia Converse mientras seguía hablando. Instintivamente Joel se puso en pie, firme, mirando sin pestañear a Bertholdier, con mirada tan penetrante como la profesional del general. Había acertado... de un modo que no esperaba. La experiencia compartida del Sudeste asiático era válida para Jacques-Louis Bertholdier. ¿Y por qué no? También él tenía sus recuerdos. Mattilon fue presentado casi como un apéndice sin importancia y el militar le hizo una breve inclinación de cabeza mientras pasaba por detrás de René para estrechar la mano de Joel.

-Es un placer, monsieur Simon -dijo Bertholdier en un inglés preciso dándole un firme apretón de manos, de camarada a camarada, mientras se hacía instantáneamente presente el encanto imperioso de aquel hombre.

-Estoy seguro de que lo ha oído miles de veces -dijo Joel, man-teniendo en sus ojos aquel ardor firme, profesional-, pero ésta es una ocasión que nunca soñé. General, es un honor conocerle.

-El honor es conocerle a usted- le hizo eco Bertholdier-. Ustedes los caballeros del aire hicieron cuanto pudieron, y sé algo de en qué circunstancias. ¡Tantas misiones! Creo que en tierra fue más fácil.

El general rió levemente.

«Caballeros del aire»... Aquel hombre era algo irreal, pensó Converse. Pero la conexión era firme, auténtica; lo sentía, lo sabía. La había provocado la mezcla de palabras y miradas. Era una simple astucia de abogado, domar a un adversario, en este caso a un enemigo, el enemigo.

-No puedo estar de acuerdo en eso, general; en el aire era mucho más limpio. Pero si hubiese habido más como usted en tierra en Indochina nunca se hubiera llegado a un Dien Bien Phu.

-Eso es muy halagador, pero no estoy seguro de que pueda soportar la prueba de la realidad.

-Yo sí lo estoy -dijo Joel con voz tranquila y clara-. Estoy convencido de ello.

Luboque, que había estado hablando con Mattilon, interrumpió.

-Mon général, voulez-vous vous joindre á nous?

-Pardonnez-moi, je suis ocuppé avec mes visiteurs -respondió Bertholdier, volviéndose otra vez hacia Converse-. He de declinar la invitación de René porque espero invitados. Me dice que es usted abogado, especialista en temas de aviación.

-Si., eso forma parte de un campo más amplio. Naves de aire, tierra y mar... Tratamos de abarcar toda la gama. En realidad soy más bien nuevo en ello, aunque no en cuanto a la experiencia, espero.

-Comprendo -dijo el general, obviamente extrañado-. ¿Está en París por negocios?

Había llegado el momento, pensó Joel. Sobre todo, había que ser sutil. Las palabras, pero especialmente los ojos, debían dar a entender lo que no se dijese.

-No, sólo estoy aquí para recobrar el aliento. Volé de San Francisco a Nueva York y de allí a París. Mañana estaré en Bonn durante cosa de un día y después iré a Tel-Aviv.

-Eso debe de ser muy cansado.

Librodot

Bertholdier le devolvía ahora la mirada.

-Me temo que no sea lo peor -dijo Converse con una media sonrisa- Después de Tel-Aviv tengo un vuelo nocturno a Johannesburgo.

-Bonn, Tel-Aviv, Johannesburgo... -El militar hablaba con suavidad-. Un itinerario poco usual.

-Lo consideramos productivo. Al menos, ésa es nuestra esperanza.

-¿Nuestra?

-Mi cliente, general. Mi nuevo cliente.

-*Déraisonnable*! -exclamó Mattilon, riéndose de algo que había dicho Luboque y a la vez avisando a Joel de que no podía seguir entreteniendo por más tiempo a su impaciente litigante.

Sin embargo Bertholdier no apartaba sus ojos de Converse.

-¿Dónde se aloja usted, mi joven amigo?

-Joven y no tan joven, general.

-¿Dónde?

-En el George Cinq. Suite 2-3-5.

-Es por costumbre. Mi firma anterior siempre me destinaba allí.

-¿Le destinaba? ¿Como a una guarnición? -preguntó Bertholdier, ahora con una media sonrisa.

-Un desliz inconsciente -dijo Joel-. Pero creo que lo expresa bien.

-Sin duda... ¡Ajá, ya están aquí mis invitados! -El militar le tendió la mano-. Ha sido un placer, monsieur Simon.

Apresurados au revoir acompañaron a las inclinaciones de cabeza y los rápidos apretones de manos mientras Bertholdier volvía a su mesa para recibir a sus compañeros de almuerzo. A través de Mattilon, Joel dio las gracias a Luboque por la presentación. El piloto lisiado hizo un gesto como de imposición de manos, y Converse tuvo la sensación de que acababan de bautizarlo. Después el loco diálogo a tres bandas prosiguió a toda velocidad, lo que permitió a Joel mantener un mínimo de concentración. Había hecho progresos; Bertholdier no le perdía de vista, y podía sentir sus ojos posándose de vez en cuando en él aun después de que la conversación en ambas mesas se había hecho animada. El general estaba en diagonal a la izquierda de Converse, y bastaba el más leve giro de la cara de uno u otro para que la línea de visión entre ellos fuese directa. Sucedió dos veces. La primera Joel sintió la mirada descansando sobre él como si el sol le quemase la carne a través de una lupa. Volvió la cabeza apenas unos centímetros y sus ojos se encontraron, los del militar penetrantes, severos, interrogadores. La segunda fue una media hora más tarde, y el contacto visual lo inició el propio Converse. Luboque y Mattilon discutían de estrategias jurídicas y, como atraído por un imán, Joel se volvió lentamente hacia su izquierda y observó a Bertholdier, que decía algo con tranquilo énfasis a uno de sus invitados. De pronto, mientras una voz replicaba a través de la mesa, el general volvió la cabeza en dirección a Converse, con ojos ya no inquisitivos, sino fríos, helados. Después, con la misma brusquedad, se hicieron amables, y el célebre soldado inclinó levemente la cabeza con un esbozo de sonrisa.

Joel estaba sentado en el blando sillón de cuero junto al ventanal del salón en penumbra, iluminado apenas por la luz de una lámpara con flecos que había sobre la mesa. Miraba alternativamente al teléfono situado frente a la lámpara y, por el ventanal, al ondulante tráfico nocturno de París y a las luces del amplio bulevar que tenía debajo. Después se concentró por entero en el teléfono, como solía hacer cuando aguardaba la llamada de un contrincante profesional esperando oírle capitular, sabiendo que aquel hombre o mujer capitularía. Era simplemente cuestión de tiempo.

Lo que ahora esperaba era comunicación, no capitulación; un contacto, el contacto. No tenía la menor idea de qué forma revestiría, pero llegaría. Tenía que llegar.

Eran cerca de las siete y media y habían pasado cuatro horas desde que abandonara L'Etalon Blanc después de cambiar un último y firme apretón de manos con Jacques-Louis Bertholdier. La mirada que había en los ojos del soldado era inconfundible. Si no otra cosa, razonaba Converse, Bertholdier tendría que satisfacer al menos su curiosidad.

Joel se había cubierto en recepción distribuyendo estratégicamente varios billetes de cien francos. No era una táctica tan insólita en tiempos de inquietud nacional y económica; en realidad no lo había sido durante años, aun sin la inquietud. Los hombres de negocios que por allí pasaban preferían con frecuencia utilizar seudónimos por diversas razones, que iban desde el deseo de mantener secretas unas negociaciones hasta compromisos amorosos de los que era mejor no quedase huella. En el caso de Converse, la utilización del apellido Simon lo hacía parecer lógico, e incluso eminentemente respetable. Si Talbot, Brooks y Simon preferían que todas las comunicaciones fuesen hechas usando el apellido de uno de los socios senior, ¿quién podía cuestionar tal decisión? No obstante, Joel llevó esa táctica un paso adelante. Tras telefonear a Nueva York, explicó, le habían dicho que no debía usar para nada su propio nombre; nadie sabía que estaba en París y así lo quería su firma. Obviamente, esas instrucciones diferidas explicaban la confusión en la reserva, que debía anularse a todos los efectos. No iba a haber facturas; pagaría en metálico, y, puesto que estaban en París, nadie puso la menor objeción. El metálico era infinitamente preferible, y el pago diferido uno de los anatemas nacionales.

Si alguien creía aquel absurdo o no, carecía de importancia. No le faltaba lógica, y los billetes eran suficientemente persuasivos, de modo que rompieron la primera ficha del registro y pusieron otra en su lugar. H. Simon reemplazó a J. Converse. La dirección permanente del primero fue fruto de la imaginación de Joel, una calle y un número de Chicago (Illinois) que probablemente no existían. A cualquiera que preguntase por mister Converse o le llamase -cosa altamente improbable-, le dirían que no había ningún huésped con ese nombre en el George V. Ni siquiera René Mattilon era problema, pues Joel había sido muy concreto. Dado que ya no tenía nada que hacer en París, iba a tomar el puente aéreo de las seis para Londres y pasar unos días con unos amigos antes de volver a Nueva York. Había dado profusamente las gracias a René, diciéndole que los temores de su firma acerca de Bertholdier habían resultado injustificados. Durante su conversación con el general había sacado a relucir tres nombres clave, y a los tres había respondido Bertholdier con una mirada inexpresiva, disculpándose por su falta de memoria.

-Y no mentía -añadió Joel.

-No sé por qué iba a hacerlo -replicó Mattilon.

Yo sí, había pensado para sí Converse. Lo llaman Aquitania.

¡Un crujido! Hubo un ruido súbito, un chasquido metálico, y después otro y otro; el desplazamiento de las guardas de una cerradura, el girar de un pomo. Procedía de más allá de la puerta abierta del dormitorio. Joel se echó hacia adelante en su silla, pero después, tras consultar su reloj, respiró y se relajó. Era la hora en que la doncella del piso abría la cama. La tensión de la espera por la llamada y de lo que ésta representaba le había puesto nervioso. Volvió a echarse para atrás, con la mirada descansando en el teléfono. ¿Cuándo sonaría? Y ¿sonaría?

-Pardon, monsieur-dijo una voz femenina, acompañada de un leve repiqueteo en la puerta abierta. Joel no podía ver a la que hablaba.

Apartó la mirada del teléfono silencioso, esperando ver a la doncella.

Lo que vio le dejó con la boca abierta. Era la figura de Bertholdier, con el porte erguido, la cabeza rígida y en los ojos una extraña mezcla de fría apreciación, condescendencia y -si Joel no estaba equivocado- una pizca de miedo. Atravesó la puerta y quedó inmóvil y, cuando

habló, su voz fue una ondulante lámina de hielo. -Iba a cenar con unos amigos en la cuarta planta, monsieur Simon, y casualmente recordé que estaba usted en este mismo hotel. Me dio el número de su suite, ¿Interrumpo?

-Naturalmente que no, general -dijo Converse, ya de pie.

-¿Me esperaba?

-No de este modo.

-Pero ¿me esperaba?

Joel tardó un momento en contestar.

-Si.

-¿Pensó que me llegaría su señal?

Nueva pausa de Joel.

-Si.

-Es usted un abogado de una sutileza provocativa o un hombre con una extraña obsesión. ¿Que es ello, monsieur Simon?

-Si le provoqué para que viniese a verme y lo hice sutilmente, lo acepto y me alegro. En cuanto a estar obsesionado, la expresión implica una preocupación exagerada o sin motivo. Cualesquiera que sean mis preocupaciones, sé demasiado bien que ni son exageradas ni carecen de motivo. Nada de obsesiones, general. Soy demasiado buen abogado para eso.

-Un piloto no puede mentirse a si mismo. Si lo hace se estrellará.

-A mí me han derribado, pero no me he estrellado nunca por error de pilotaje.

Bertholdier fue lentamente hacia el sofá de brocado que había contra la pared.

-Bonn, Tel-Aviv y Johannesburgo -dijo mientras se sentaba y cruzaba las piernas-. ¿Era esa la señal?

-Lo era.

-Mi compañía tiene intereses en esa zona.

-También mi cliente -dijo Converse.

-¿Y usted qué tiene, monsieur Simon? Joel clavó su mirada en el militar.

-Un compromiso, general.

Bertholdier guardó silencio, con el cuerpo inmóvil y los ojos escrutadores.

-¿Puedo tomar un brandy? -dijo al fin-. Mi escolta permanecerá en el pasillo, junto a esta puerta.

4

Converse fue hasta el bar situado contra la pared, notando la mirada del soldado y preguntándose qué sesgo iría a tomar la conversación. Estaba extrañamente tranquilo, como le ocurría con frecuencia antes de una reunión de negocios, consciente de que sabía cosas que sus adversarios ni sospechaban, información oculta hecha aflorar a costa de largas horas de duro trabajo. En las actuales circunstancias no había habido ningún trabajo por su parte, pero los resultados eran los mismos. Sabía muchas cosas de esa leyenda llamada Jacques-Louis Bertholdier que ahora esperaba al otro extremo de la habitación. En una palabra, Joel estaba preparado, y a lo largo de aquellos años había aprendido a confiar en sus instintos, como en otro tiempo confiara en los que le guiaban por los cielos.

También, porque era parte de su trabajo, estaba familiarizado con los vericuetos legales de la importación-exportación. Había un laberinto de autorizaciones, a menudo sin relación

alguna entre sí, que resultaban incomprensibles para los no iniciados, y durante los minutos siguientes pensaba desconcertar a aquel discípulo de George Marcus Delavane -el señor de la guerra de Saigón-, hasta que los indicios de miedo se convirtiesen en algo mucho más pronunciado.

Los documentos para envíos al extranjero ofrecían una amplia variedad de formas y colores, desde la licencia de exportación básica con conocimientos de embarque específicos hasta las que tienen limitaciones muy genéricas. Después venían las licencias más codiciadas, necesarias para una gran variedad de productos sujetos a control gubernamental. Estas solían ser peloteadas de un lado para otro entre departamentos vacilantes hasta que la terminación del plazo obligaba a adoptar decisiones burocráticas a menudo basadas en quién tenía más influencia o cuál de los burócratas era el más débil.

Por último, estaba la autorización más letal de todas, un documento concebido con demasiada frecuencia en la corrupción y parido con sangre. Se llamaba el Certificado de Ultimo Destino, un permiso de nombre inocuo que era una licencia para embarcar por mar y aire las mercancías más peligrosas de los arsenales de la nación sin el control de quienes deberían ejercerlo.

En teoría, este equipo mortífero estaba únicamente destinado a gobiernos aliados que compartían nuestros objetivos, dejando así su empleo a discreción de las partes en el lugar de recepción; muerte calculada, legitimada mediante un «certificado» que oscurecía las intenciones de quienes intervenían en la operación. Porque una vez el equipo en ruta, lo más corriente era su desvío. Embarques destinados a la bahía de Haifa o a Alejandría iban a parar al golfo de Sidra, a un loco que vivía en Libia o a un asesino llamado Carlos que entrenaba para matar en lugares que iban de Beirut al Sahara. Empresas ficticias con directivos inexistentes pero extrañamente influyentes operaban a través de oscuros intermediarios y desde almacenes construidos a toda prisa o situados en lugares remotos de Estados Unidos y el extranjero. Había en juego muchos millones; la muerte era sólo una consecuencia sin importancia, y al conjunto solía aplicársele una frase lapidaria: terrorismo de consejo de administración. Ese sería el método de Aquitania. No había otro.

Tales eran las ideas-los métodos operativos- que pasaban por la mente de Converse mientras servía las bebidas. Estaba preparado; se volvió y atravesó la habitación.

-¿Qué busca usted, monsieur Simon? -preguntó Bertholdier, cogiendo el brandy que le ofrecía Converse.

-Información, general.

-¿Sobre qué?

-Mercados mundiales; mercados en expansión a los que mi cliente pueda servir.

Joel volvió a ir hacia la butaca que estaba junto al ventanal y se sentó.

-¿Y qué clase de servicios presta?

-Es... agente, corredor.

-¿De qué?

-De una amplia gama de productos. -Converse se llevó la copa a los labios, bebió y añadió Creo que ya los mencioné en términos generales esta tarde en su club. Aviones, vehículos, embarcaciones, material para municiones... Toda la gama.

-Sí, lo mencionó, pero me temo que no comprendí.

-Mi cliente tiene acceso a fuentes de producción y almacenamiento superiores a cualquiera que yo conozca o del que tenga noticia.

-Muy impresionante. ¿Quién es él?

-No estoy autorizado a decirlo.

-Tal vez yo le conozca.

-Puede, pero no en el aspecto en que lo he descrito. Es una rama en la que pasa casi desapercibido.

-Y usted no va a decirme quién es.

-Se trata de información reservada.

-Sin embargo, según sus propias palabras, usted me buscó, me mandó una señal a la que respondí, y ahora dice que necesita información sobre mercados en expansión para todo tipo de mercancías, incluidos Bonn, Tel-Aviv y Johannesburgo; pero no piensa divulgar el nombre de su cliente, que será quien se beneficie si yo tengo esa información... lo que probablemente no es cierto. Creo que no habla en serio.

-Tiene usted esa información y sí, lo digo muy en serio. Pero me temo que haya sacado una conclusión equivocada.

-No. Mi inglés es bueno y oí bien lo que dijo. No sé nada de usted, aparece de pronto, habla vagamente de ese hombre influyente y anónimo...

-Fue usted quien lo quiso, general -interrumpió con firmeza Joel, sin alzar la voz-. Me preguntó qué buscaba.

-Y usted dijo que información.

-Sí, lo dije, pero no que de usted.

-¿Perdón?

-Dadas las circunstancias, por las razones que acaba de mencionar, usted no iba a dármela de ningún modo, y me doy perfecta cuenta de ello.

-¿Entonces a qué viene esta conversación, digamos... inducida? No me gusta perder el tiempo, monsieur.

-Es lo último que nosotros haríamos, que yo haría.

-Le ruego que sea más concreto.

-Mi cliente quiere su confianza, yo la quiero, pero sabemos que

no la tendremos hasta que usted lo encuentre justificado. Dentro de pocos días, una semana como máximo, espero probarle que esa justificación existe.

-¿Mediante viajes a Bonn, Tel-Aviv... y Johannesburgo?

-Francamente, sí.

-¿Por qué?

-Lo dijo usted hace unos minutos: la señal.

Bertholdier se puso de pronto en guardia. Se encogió de hombros con aire demasiado despreocupado. Estaba dando marcha atrás.

-Lo dije porque mi compañía tiene importantes inversiones en esa zona. Pensé que era muy probable que usted tuviese alguna proposición que hacer en ese sentido.

-Pretendo tenerla.

-Concrete, por favor-dijo el militar, dominando su irritación.

-Sabe que no puedo. Todavía no.

-¿Cuándo?

-Cuando esté claro para usted, para todos ustedes, que mi cliente, y yo por extensión, tenemos motivos tan fuertes para formar parte de ustedes como el que más.

-¿Parte de mi compañía? ¿De Juneau et Compagnie?

-Perdóneme, general, no voy a molestarme en contestar a eso. Bertholdier fijó la mirada en el brandy que tenía en la mano, y después otra vez en Converse.

-¿Me dijo que venía a San Francisco?

-Mi sede no está allí.

-Pero fue de donde vino a París. ¿Qué hacía allí?

-Le responderé a eso aunque sólo sea para mostrarle lo concienzudos que somos... y cuánto más lo son otros. Hemos rastreado, yo he rastreado, envíos a ultramar hasta dar con licencias de exportación expedidas en la zona del norte de California. Los beneficiarios eran compañías sin historia y almacenes de los que nadie sabía nada; sucursales consistentes en cuatro paredes provisionales. Era un revoltijo de cosas que no llevaban a ninguna parte y llevaban a todas. Nombres en documentos expedidos donde no existían tales personas, y los propios documentos procedentes de laberintos burocráticos virtualmente inencontrables, con sellos oficiales y firmas de autorización no garantizados por autoridad ninguna, y personal desconocido de nivel medio como encargado de expedir autorizaciones departamentales... Eso es lo que encontré en San Francisco: un embrollo de trámites complejos y cuestionables que no resistirían un examen a fondo.

La mirada de Bertholdier era fija, demasiado controlada.

-No puedo saber nada de tales cosas.

-Por supuesto. Pero el hecho de que mi cliente sí, por mi intermedio, y de que además ni él ni yo tengamos la menor intención de airearlas debería decirle algo.

-Francamente, no me dice nada.

-Por favor, general. Uno de los primeros principios de la libre empresa es acabar con la competencia y acudir a llenar ese vacío. El militar bebió, agarrando con firmeza la copa. La pesó y habló.

-¿Por qué ha acudido a mí?

-Porque estaba ahí.

-¿Cómo?

-Estaba ahí, en el embrollo. Muy en el fondo, pero estaba. Bertholdier se echó hacia adelante.

-¡Imposible! ¡Absurdo!

-Entonces ¿por qué estoy aquí, por qué está usted? -Joel puso su copa sobre la mesa que había junto a la butaca, con el gesto de quien aún tiene algo que decir-. Trate de comprenderme. Hay departamentos gubernamentales en los que ciertas recomendaciones no pueden por menos de ser útiles. Usted no haría maldita la cosa por alguien que trate con Vivienda y Desarrollo Urbano, pero para el Control de Municiones del Departamento de Estado o en gestiones con el Pentágono vale usted su peso en oro.

-Nunca he prestado mi nombre para tales gestiones.

-Otros lo hicieron. Hombres cuyas recomendaciones pesaban mucho, pero que aún así necesitaban que alguien les echase una manita.

-¿Qué quiere decir?

-El empujón final para conseguir una decisión favorable... sin ninguna aparente implicación personal. Suelen llamarlo «apoyo a una acción a través de segundas o terceras partes viables». Por ejemplo, en un memorándum puede leerse: «Nosotros (el Departamento, no una persona) no sabemos mucho acerca de esto, pero si un hombre como el general Bertholdier se muestra favorablemente dispuesto, y sabemos que es así, ¿por qué discutirlo?»

-Jamás. Eso es algo que no puede ocurrir.

-Ocurrió -dijo suavemente Converse, sabiendo que era el momento de apelar a la realidad en apoyo de sus abstracciones. Dentro de un instante podría saber si Beale tenía razón, si aquella leyenda francesa era responsable de la matanza y el caos en las ciudades y los pueblos de Irlanda del Norte-. Usted estaba allí, no a menudo, pero sí lo suficiente para que yo lo encontrase. Lo mismo que estaba allí, de otro modo, cuando cierto cargamento salió

por vía aérea de Beloit, en Wisconsin, camino de Tel-Aviv. Por supuesto, nunca llegó. No sé cómo fue desviado a los locos de ambos bandos de Belfast. Me pregunto dónde ocurrió. ¿En Montreal? ¿En París? ¿En Marsella? Los separatistas de Quebec seguirían sin duda sus órdenes, como lo harían muchos en París y en Marsella. Es una vergüenza que una compañía llamada Solidaire tuviese que pagar el seguro. Por cierto, ¿no es usted uno de los directores de esa firma? Y es tan cómodo que los aseguradores tengan acceso a la mercancía asegurada...

Bertholdier estaba inmóvil en su asiento, palpitantes los músculos de la cara, los ojos muy abiertos, mirando fijamente a Joel. Su culpabilidad seguía oculta, pero el exceso de dominio de sí mismo la hacía aún más aparente.

-No puedo admitir lo que está usted insinuando. ¡Es vergonzoso e increíble!

-Le repito: ¿por qué estoy aquí?

-Sólo usted puede responder a eso, monsieur -dijo Bertholdier, poniéndose bruscamente en pie con el brandy en la mano. Después, lentamente, con precisión militar, se inclinó y dejó la copa sobre la mesita. Era un gesto definitivo: la entrevista había terminado-. Es evidente que cometí un error estúpido-prosiguió, otra vez con los hombros cuadrados y la cabeza rígida, pero ahora con una sonrisa forzada aunque extrañamente convincente en los labios-. Soy un militar, no un negociante; éste es sólo un aspecto tardío de mi vida. Un militar trata de aprovechar siempre la iniciativa, y eso intentaba hacer yo; sólo que no había, no hay, tal iniciativa. Discúlpeme, interpreté mal su señal de esta tarde.

-Usted no interpretó mal nada, general.

-¿Puede decirme lo contrario un extraño que organiza una reunión con falsos pretextos y después hace afirmaciones ofensivas sobre mi honor y mi conducta? Creo que no. -Mientras Bertholdier cruzaba la habitación hacia la puerta, Joel se levantó-. No se moleste, monsieur, conozco la salida. Ya se ha molestado bastante, aunque no tengo la menor idea de para qué.

-Voy camino de Bonn -dijo Converse-. Diga a sus amigos que llego; dígales que me esperen. Y por favor, general, que no prejuzguen. Hablo en serio.

-Sus circunloquios resultan de lo más fastidioso... Teniente. ¿Era teniente, no? A menos que haya usted engañado también al pobre Luboque.

-Cualquier engaño que yo haya utilizado para conocerle a usted sólo puede serle beneficioso. Me he ofrecido a redactar un dictamen sobre su caso. Quizá no le siente bien, pero va a ahorrarle muchos disgustos y dinero. Y en cuanto a usted, no le he engañado.

-Supongo que es cuestión de opiniones.

Bertholdier dio media vuelta y alargó la mano hacia el enorme pomo metálico.

-Bonn, en Alemania -le acució Joel.

-Le he oído. No tengo la menor idea de lo que usted...

-Leifhelm -dijo suavemente Converse-. Erich Leifhelm.

La cabeza del soldado giró lentamente. Sus ojos eran como brasas bajo la ceniza, a punto de arder al mínimo golpe de viento.

-Conozco el nombre, pero no a la persona.

-Dígale que voy.

-Buenas noches, monsieur -dijo Bertholdier abriendo la puerta, con la cara pálida.

Joel entró precipitadamente en el dormitorio, agarró su maleta y la arrojó sobre el soporte para equipajes. Tenía que salir de París. Dentro de pocas horas, quizá de minutos, Bertholdier lo tendría vigilado, y si le seguían hasta un aeropuerto su pasaporte demostraría que el apellido Simon era falso. No podía permitir que ocurriera eso, todavía no.

Era algo extraño, inquietante. Nunca había tenido razones para abandonar subrepticiamente un hotel y no estaba seguro de saber hacerlo.., sólo que no había más remedio. El cambio de la ficha de registro lo había hecho instintivamente; había ocasiones en que las negociaciones tenían que ser mantenidas en secreto en beneficio de todos. Pero esto era diferente, anormal. En Mikonos había dicho a Beale que iba a convertirse en algo que no era. Decirlo era fácil, hacerlo no tanto.

Hecha la maleta, comprobó la pila de su afeitadora eléctrica y con aire ausente la hizo funcionar y la paseó por su barbilla mientras iba hacia el teléfono de cabecera. La apagó mientras marcaba, sin saber muy bien qué iba a decir al conserje de noche, pero orientándolo instintivamente hacia algo profesional. Tras las frases iniciales, mutuamente halagadoras, vinieron las palabras.

-Se ha producido una situación muy delicada, y mi firma quiere que yo salga para Londres cuanto antes... y lo más discretamente posible. Francamente, preferiría que no me viesen despidiéndome,

-La discreción, monsieur, es algo a lo que aquí siempre hacemos honor, y la prisa algo normal. Subiré yo mismo a llevarle la factura. ¿Le parece bien dentro de diez minutos?

-Tengo sólo una maleta. La llevaré yo mismo, pero voy a necesitar un taxi. Que no pare enfrente.

-Por supuesto. Use el montacargas, monsieur. Le bajará hasta la entrada de proveedores. De lo demás no se preocupe.

-¡Ya me he ocupado de todo! -dijo Bertholdier por el teléfono de la limusina, con la división de cristal que le separaba del chófer herméticamente cerrada-. Hay un hombre en la galería, a la vista de los ascensores, y otro en los sótanos, por donde entran los suministros del hotel. Si intenta marcharse de noche es la única otra salida de que dispone. Yo mismo la he utilizado en varias ocasiones.

-Todo esto... resulta muy difícil de tragar. -La voz del otro lado tenía un pronunciado acento británico y se comía las palabras, y el que hablaba no salía de su asombro y se oía su respiración de hombre repentinamente asustado-. ¿Estás seguro? Podría haber alguna otra relación.

-¡Imbécil! ¡Te repito que sabía lo del embarque de municiones de Beloit! Conocía la ruta, e incluso el método. ¡Llegó a identificar a Solidaire y mi puesto como miembro del Consejo! Hizo una referencia directa a nuestro socio de Bonn, y después a Tel-Aviv... ¡y a Johannesburgo! ¿Qué otra relación podría haber?

-Líos de sociedades, tal vez. Nunca pueden descartarse. Subsidiarias de una multinacional, inversiones en municiones... Nuestro socio en Alemania Occidental pertenece también a varios consejos. Y en cuanto a los sitios, es donde entra el dinero a raudales.

-¿Y de qué diablos crees que estoy hablando? No puedo añadir más en este momento; pero lo que te he dicho, mi flor inglesa: ¡ponte en lo peor!

Hubo un breve silencio de Londres.

-Comprendo -dijo la voz, con el tono del subordinado que recibe una bronca.

-Así lo espero. Ponte en contacto con Nueva York. Se llama Simon, Henry Simon; es un abogado de Chicago. Tengo la dirección, tomada del registro del hotel.

Bertholdier entornó los ojos bajo el resplandor de la lámpara mientras descifraba a trancas y barrancas los números y la calle también numerada escritos por un botones, bien pagado por uno de los hombres del general para entrar en la oficina y obtener información sobre el ocupante del 2-3-5.

-¿Lo tienes ya?

Librodot

-Si. -La voz era ahora chillona, la de un subordinado a punto de tomarse el desquite-. ¿Fue prudente conseguirla de ese modo? Un amigo o un empleado codicioso podrían decirle que alguien es-tuvo investigando sobre él.

-¿De veras, mi narciso británico? ¿Un inocuo botones que consulta el registro para enviar una prenda olvidada a un huésped reciente?

Hubo de nuevo un breve silencio.

-Si, comprendo. Sabes, Jacques, trabajamos para una gran causa, comercial, por supuesto, más importante que ninguno de nosotros, como ya hicimos hace años. Debo recordármelo a cada paso o no sé si podría tolerar tus insultos.

-¿Y qué harías en ese caso, inglés?

-Cortarte tus arrogantes huevos de franchute en Trafalgar Square y meterlos en la boca de uno de los leones. No haría falta mucho sitio; bastaría con cualquier grieta. Te llamaré dentro de una hora.

Hubo un clic y la línea quedó callada.

El militar bajó el teléfono que tenía en la mano y lentamente apareció una sonrisa en sus labios. Eran los mejores, ¡todos ellos! Eran la esperanza, la única esperanza de un mundo enfermo.

Después la sonrisa fue borrándose a medida que la sangre volvía a huir de su cara, a convertirse la arrogancia en temor. ¿Qué quería en realidad aquel Henry Simon? ¿Quién era aquel hombre desconocido con acceso a fuentes extraordinarias, aviones, vehículos, municiones? ¿Qué diablos sabía aquella gente?

El montacargas acolchado descendía lentamente, con su interior diseñado para trasladar muebles y equipaje y su velocidad ajustada a las entregas del servicio de habitaciones. El conserje de noche iba junto a Joel, con gesto amablemente impasible y en la mano derecha la bourse de cuero con un ejemplar de la factura de Converse y su importe en billetes franceses, así como una sustanciosa propina por el favor.

Un leve chirrido precedió a la parada. Se encendió la luz de la palabra sonsal y las pesadas puertas se abrieron. Más allá, en el amplio vestíbulo, había un pelotón de criados de blanco chaleco, doncellas, mozos y personal de mantenimiento manejando mesas, cestas de ropa blanca, equipajes y toda suerte de materiales de lime pieza. Un parloteo alto y rápido, subrayado por carcajadas y exclamaciones guturales, acompañaba a la bulliciosa actividad. Al aparecer el conserje hubo una perceptible disminución del ruido y un aumento del movimiento, acompañado de inclinaciones de cabeza y sonrisas serviles dirigidas al hombre que con un simple rasgo de pluma podía eliminarlos de la nómina.

-Si me indica por dónde es, puedo ir solo -dijo Joel, no queriendo llamar más la atención en compañía del conserje -. Ya le he hecho perder bastante tiempo.

-Merci. Si sigue ese pasillo, le llevará a la puerta de servicio -dijo el francés, señalando un corredor que había a la izquierda, más allá de los ascensores-. El guarda del mostrador está informado de su salida. Una vez en el callejón, vuelva a la derecha y vaya hasta la calle. Su taxi le espera allí.

-Agradezco mucho, mi firma agradece mucho, su cooperación. Como ya le dije arriba, en realidad no es nada secreto, ni raro... sólo delicado.

El aire impasible del empleado no se alteró, salvo por un leve aumento en la concentración de la mirada.

-No tiene importancia, monsieur; no hacen falta explicaciones, yo no las necesito y, si me lo permite, no debería usted sentirse en la obligación de darlas. Au revoir, monsieur Simon.

-Si, claro -dijo Converse, manteniendo la compostura aunque se sentía como un colegial a quien riñen por hablar a destiempo, por dar una respuesta que nadie le había pedido-. Nos veremos la próxima vez que vuelva a París.

-Que sea pronto, monsieur. Bon soir.

Joel se volvió rápidamente y empezó a cruzar por entre la muchedumbre uniformada hacia el pasillo, disculpándose cada vez que su maleta tropezaba con alguien. Acababan de darle una lección que no debería haber tenido que oír. Lo sabia de sobra en un tribunal o una reunión: no dar nunca explicaciones innecesarias, saber callarse. Pero aquello no era un tribunal ni una reunión de negocios. Era, se dio cuenta de pronto, una fuga, y la conciencia de ese acto le resultó estremecedora, y desde luego muy extraña. Pero ¿por qué? La fuga pertenecía a su vocabulario, a su experiencia. Era algo que ya había intentado tres veces en su vida, hacia años, y con muerte por todas partes. Desechó ese pensamiento y anduvo por el pasillo hacia la gran puerta de metal que veía a lo lejos.

Acortó el paso; algo no encajaba. Allá al fondo, de pie frente al mostrador de seguridad y hablando con el guarda, estaba un hombre con un abrigo de color claro. Joel le había visto antes, pero no sabía dónde. Después el hombre se movió y Converse empezó a recordar, le vino a la cabeza una imagen. Otro hombre se había movido así -dando varios pasos hacia atrás antes de volverse-para desaparecer de una puerta en arco, y acababa de hacer lo mismo para cruzar el pasillo y apoyarse en la pared. ¿Era el mismo hombre? ¡Si! El que había acompañado a Bertholdier hasta la entrada del comedor de L'Etalon Blanc. El subordinado que entonces se había despedido de su superior estaba allí ahora, siguiendo órdenes de ese mismo superior.

El hombre levantó la vista y al instante cruzó por sus ojos el relámpago del reconocimiento. Estirándose, recuperó toda su estatura y se volvió a otro lado, mientras se llevaba lentamente la mano al pliegue del abrigo. Converse se quedó asombrado. ¿De verdad iba aquel hombre a sacar un arma? ¿Con un guarda también armado a apenas tres metros? ¡Era increíble! Joel se detuvo. Pensó volver corriendo hasta la muchedumbre que rodeaba los montacargas, pero sabía que era inútil. Si Bertholdier había apostado a un sabueso en el sótano, habría otros arriba, en los pasillos, en el vestíbulo. No podía volverse y echar a correr. No había dónde ir, dónde ocultarse; de modo que siguió avanzando, ahora más deprisa, directamente hacia el hombre del abrigo marrón claro, con la mente confusa y la garganta en tensión.

-¡Está usted ahí! -exclamó en alta voz, no muy seguro de que fuese él quién hablaba-. ¡El general me dijo que le encontraría aquí!

El hombre permaneció inmóvil, desconcertado, sin habla. -Le général? -dijo con voz apenas audible-. ¿Se lo dijo... él? El inglés de aquel hombre no era bueno, lo que venía al pelo.

Comprendía, pero no del todo. Unas palabras dichas rápidamente, en tono persuasivo, podían llevarlos a ambos fuera de la puerta.

Joel se volvió al guarda mientras colocaba su maletín contra la espalda de su acompañante.

-Me llamo Simon. Creo que el conserje le habló de mí.

La yuxtaposición del nombre y el título fue suficiente para el desconcertado guarda. Consultó sus papeles, haciendo gestos de asentimiento.

-Oui, monsieur. Le concierge...

-¡Vamos! -Converse empujó con el maletín al hombre del abrigo, llevándolo hacia la puerta-. El general le espera fuera. ¡Vamos! ¡Dese prisa!

-Le general... -Las manos del hombre fueron instintivamente a la barra de la puerta de salida, y en menos de cinco minutos él y Joel estuvieron solos en el callejón-. *Que se passe-t-il? Oú est le general?*

-¡Aquí! Dijo que esperase aquí. Usted. ¡Tiene usted que esperar aquí! Ici!

El hombre iba recobrándose. No cedía. Alargando la mano izquierda, volvió a empujar a Converse contra la pared, mientras con la derecha buscaba algo en el abrigo.

-¡No haga eso!

Joel dejó caer el maletín, agarró la maleta y la levantó frente a sí, a punto de lanzarse hacia adelante. Se detuvo. El hombre no había sacado una pistola; lo que tenía en la mano era un fino objeto rectangular forrado de cuero negro, de cuyo lado superior, estrecho y plano, sobresalía una larga aguja metálica. ¡Una antena! ¡Era una radio!

Los pensamientos de Converse se entremezclaban, pero sabía que tenía que actuar sin tardanza; sólo el movimiento contaba. No podía permitir al hombre utilizar aquella radio para alertar a los que estaban en otras partes del hotel. Con un súbito impulso, lanzó la maleta a las rodillas del hombre, le arrancó la radio con la mano izquierda y le rodeó el cuello con el brazo derecho, mientras giraba sobre la acera. Después, sin pensarlo, empujó al secuaz de Bertholdier de modo que ambos cayesen contra la pared, aplastándole la cabeza. El cráneo del francés se cubrió de sangre, que le empapó el pelo y le chorreó por la cara en regueros de un rojo oscuro. Joel no podía pensar, no podía permitirse pensar. Si lo hacía, sentiría náuseas, y lo sabía. ¡Acción, acción!

El hombre se dobló como un guiñapo. Converse agarró al cuerpo inconsciente por los hombros, separándolo de la puerta metálica, y fue a dejarlo caer en las sombras que había más allá. Se agachó y recogió la radio; arrancó la antena y se metió la caja en el bolsillo. Se puso en pie, confuso, asustado, tratando de orientarse. Después, cogiendo el maletín y la maleta, corrió sin aliento hasta salir del callejón, consciente de la sangre que, no sabía cómo, le había saltado a parte de la cara. El taxi esperaba junto al bordillo, y su conductor fumaba en la oscuridad ajeno a la violencia que acababa de tener lugar a sólo unos metros.

-Al aeropuerto De Gaulle -gritó Joel, mientras abría la puerta y arrojaba dentro de su equipaje-. ¡Por favor, tengo mucha prisa! Se dejó caer en el asiento, jadeante, con el cuello tendido sobre el borde acolchado, tragando ansiosamente el aire que le faltaba en los pulmones.

Las luces y sombras que bombardeaban el interior del taxi le sirvieron para mantener sus pensamientos en suspenso, permitiéndole recobrar el pulso y el aliento mientras iba secándosele el sudor de las sienes y el cuello. Se echó hacia adelante, ansiando fumar pero temiendo que el humo le hiciese vomitar. Cerró los ojos con tal fuerza que un millar de manchitas de luz blanca asaltaron la oscura pantalla de su mente. Se sentía enfermo, y sabía que no era sólo el miedo lo que le había provocado aquella náusea. Era otra cosa, algo tan paralizador como el miedo. Había cometido un acto de brutalidad, y eso le tenía a la vez desconcertado y abrumado. Había atacado físicamente a un hombre, queriendo inutilizarlo, matarlo quizá, cosa que muy bien podía haber hecho. Fuese por lo que fuese, podía haber matado a otro ser humano. La presencia de aquella radio, ¿justificaba un cráneo roto? ¿Era aquello un caso de legítima defensa? ¡Maldita sea, él era un hombre de palabra, de lógica, no de sangre! Sangre nunca; eso pertenecía al pasado, tan lejano y penoso.

Esos recuerdos pertenecían a otra época, a una época de barbarie, en la que los hombres se convirtieron en lo que no eran para poder sobrevivir. Converse no quería volver nunca allí. Sobre todas las cosas, se había prometido que nunca volvería, promesa hecha cuando el terror y la violencia, en su peor versión, le rodeaban por todas partes. Recordaba tan vivamente, con tanto dolor, las horas que precedieron a su última fuga, y al hombre tranquilo y generoso sin el que hubiera muerto enterrado veinte pies bajo tierra, en el hoyo destinado a los revoltosos.

El coronel de aviación Sam Abbott formaría siempre parte de su vida, no importa cuántos años pudiesen separarlos. Arriesgándose a la tortura y a la muerte, Sam había salido arrastrándose en medio de la noche para lanzar una cuña de metal toscamente fabricada al «hoyo de los castigos». Era aquella herramienta primitiva la que había permitido a Joel construir una tosca escalera para escapar de la tierra a las piedras, y de allí a la libertad. Abbot y él habían pasado los últimos veintisiete meses en el mismo campo, tratando de conservar, como oficiales, la poca cordura que allí quedaba. Pero Sam comprendía lo que quemaba a Joel por dentro. El coronel se había quedado, y durante aquellas últimas horas antes de la fuga Joel vivió atormentado al pensar lo que podía ocurrirle a su amigo.

-No te preocupes por mí, marinero. Limítate a no perder la poca cabeza que tienes y líbrate de esa cuña.

-Ten cuidado, Sam.

-Tenlo tú. Es tu último cartucho.

-Lo sé.

Joel se acercó a la portezuela y bajó el cristal unos centímetros más para aumentar la ráfaga de viento de la autopista. ¡Cómo necesitaba ahora la tranquila objetividad de Sam Abbott! Su mente de abogado le decía que debía dominarse; tenía que pensar y sus pensamientos debían estimular cuanta imaginación le quedase. Lo primero era eso: ¡pensar! La radio... Tenía que librarse de ella. Pero no en el aeropuerto; podían encontrarla. Era una prueba, y aún peor, un medio de seguir su rastro. Bajó aún más la ventanilla y la arrojó fuera, sin quitar los ojos del espejo retrovisor. El taxista levantó la mirada hacia él y vio su cara ensangrentada, pero no dio muestras de alarma. Joel respiró hondo varias veces y volvió a subir el cristal. Pensar. ¡Tenía que pensar! Bertholdier esperaba que fuese de París a Bonn, y cuando encontrasen al secuaz del general -y no cabía duda de que ya lo habrían encontrado- vigilarían todos los vuelos en esa dirección, estuviese el hombre vivo o muerto.

Sacaría billete para algún otro sitio, un lugar donde fuese fácil transbordar para Colonia-Bonn. Mientras la corriente de aire le refrescaba la cara, se le ocurrió sacar el pañuelo del bolsillo de pecho y limpiarse la sangre húmeda que le cubría la mejilla derecha y la barbilla.

-Scandinavian Air Lines -dijo, alzando la voz, al conductor-. SAS. ¿Usted... comprends?

-Con toda claridad, monsieur -dijo el hombre de la boina que iba al volante en buen inglés-. ¿Su reserva es para Estocolmo, Oslo o Copenhague? Son puertas diferentes.

-No... no estoy seguro.

-Tenemos tiempo, monsieur. Al menos quince minutos.

La voz que hablaba desde Londres era frígida, y las palabras y su contenido un sofión impersonal.

-No hay ningún abogado de ese nombre en Chicago, y desde luego no en la dirección que me disté. De hecho, esa dirección no existe. ¿Tienes algo más que ofrecer o anotamos esto como una de tus fantasías más paranoides, mon général?

-Eres un estúpido, l'Anglais, con menos entendederas que un conejo asustado. Sé muy bien lo que oí.

-¿A quién? ¿A un hombre que no existe?

-Un hombre que no existe y que ha mandado a mi ayudante a un hospital! Fractura de cráneo con mucha pérdida de sangre y graves lesiones cerebrales. Tal vez no viva, y si lo hace será como una especie de vegetal. No me hables de fantasías, narciso; ese hombre es real.

-¿Lo dices en serio?

-¡Llama al hospital! Al hospital Saint-Jéróme. Que te lo digan los médicos.

Librodot

-Está bien, está bien, tranquilízate. Tenemos que pensar.

-Estoy perfectamente tranquilo -dijo Bertholdier, levantándose de la mesa de su despacho y llevando el teléfono a la ventana, con el cordón serpenteando por el suelo. Miró afuera; había empezado a llover y las luces de la calle se difundían por el cristal salpicado-. Está camino de Bonn. Era su próxima parada; lo dijo muy claro.

-Intercéptalo. Llama a Bonn, a Colonia, dales su descripción. ¿Cuántos vuelos puede haber allí desde París con un norteamericano solo a bordo? Echadle mano en el aeropuerto.

Bertholdier suspiró audiblemente al teléfono, y su tono fue de un desaliento que bordeaba el disgusto.

-Nunca fue mi intención «echarle mano». No serviría de nada y probablemente nos desconectaría de lo que tenemos que saber. Quiero que le sigan. Quiero saber dónde va, a quién llama, con quién se reúne; ésas son las cosas que nos importan.

-Te lo repito -insistió la voz desde Londres-. Llama a Colonia ponte en contacto con Bonn. Escúchame, Jacques: se le puede encontrar, y una vez que se le encuentre seguirlo.

-Sí, sí, haré lo que dices, pero puede no ser tan fácil como crees. Hace tres horas hubiese pensado de otro modo, pero eso era antes de saber de lo que es capaz. Un tipo que puede coger a otro y estrellarle la cabeza contra un muro de piedra es un animal, un maníaco, o bien un fanático que no se detendrá ante nada. En mi opinión, es esto último. Dijo que tenía un compromiso... y se le veía en los ojos. Y será astuto; ya ha demostrado que puede serlo.

-¿Has dicho tres horas?

-Si.

-Entonces puede estar ya en Bonn.

-Lo sé.

-¿Has llamado ya a nuestro socio?

-Si; no está en casa y la doncella no pudo darme otro número. No sabe dónde está ni cuándo va a volver.

-Probablemente por la mañana.

-Sin duda... Attendez! Esta tarde había otro hombre en el club, con Luboque y ese Simon que no se llama Simon. ¡Fue él quien se lo trajo a Luboque! Adiós, l'Anglais. Te tendré informado.

René Mattilon abrió los ojos. Las rayas de luz del techo parecían temblar con miríadas de diminutos coágulos que brotaban rompiendo las formas lineales. Después oyó el ruido de la lluvia en los cristales y comprendió. Los cristales mojados interceptaban la luz procedente de los faroles de la calle, deformando las imágenes que tan bien conocía. La lluvia; eso era lo que le había despertado. Eso y quizá el peso de la mano de su mujer entre sus piernas. Ella se movió y René sonrió, tratando de decidirse, de encontrar la energía para tomarla en sus brazos. Ella había llenado aquel vacío que sentía y que creía sentiría ya siempre tras la muerte de su primera mujer. Le estaba agradecido, y junto a esa sensación de felicidad vino la excitación, dos emociones agradablemente compatibles. Estaba entrando en erección. Se echó de lado y tiró de la ropa, para descubrir la turgencia de sus pechos encerrados en encaje de seda, mientras la luz difusa y el tamborileo en las ventanas acentuaban la sensualidad. Extendió los brazos hacia ella.

De pronto hubo otro ruido además del de la lluvia, y aunque seguía envuelto en la niebla del sueño lo reconoció. Retiró rápidamente la mano y se apartó de su mujer. Había oído ese sonido momentos antes; era lo que le había despertado, un ruido insistente que había roto el ritmo continuado de la lluvia: el carillón del timbre de la puerta.

Mattilon se levantó lo más cuidadosamente que pudo, alcanzó el albornoz que estaba sobre una silla cercana y deslizó los pies en las babuchas. Salió del dormitorio cerrando silenciosamente la puerta y encontró la llave de las lámparas de la sala de estar. Miró el reloj historiado que había sobre la chimenea. Eran casi las dos y media de la mañana. ¿Quién podía estar llamando a esas horas? Se ciñó el cordón del albornoz y fue hacia la puerta.

-¿Quién es?

-Súreté, monsieur. Inspector Prudhomme. Tarjeta de identidad cero-cinco-siete-das-cero. -El hombre tenía acento gascón, no parisino. Se decía que los gascones eran los mejores agentes de policía-. Esperaré a que llame a mi comisaría, monsieur. El teléfono es..

-No hace falta -dijo Mattilon, alarmado, descorriendo el cerrojo. Sabía que el hombre era auténtico, no sólo por lo que había dicho, sino porque cualquiera de la Súreté que fuese a llamar a su casa a tales horas sabría que era abogado. Eran muy circunspectos en tales cuestiones.

Había dos hombres, ambos con los impermeables chorreando y los sombreros empapados. Uno de ellos era mayor que el otro y más bajo. Ambos mostraban sus tarjetas de identificación para que René pudiese verlas. Hizo un gesto para indicarles que no era necesario y les invitó a pasar, añadiendo:

-Es una hora muy rara para hacer visitas, señores. Debe de ser algo muy urgente.

-Muy urgente, monsieur -dijo el más viejo, entrando delante. Era el que había hablado a través de la puerta, presentándose como Prudhomme, y era evidentemente el de mayor graduación-. Discúlpenos por la molestia.

Ambos se descubrieron.

-Desde luego. ¿Quieren quitarse los impermeables?

-No hará falta, monsieur. Con su cooperación será cosa de pocos minutos.

-Tengo mucho interés en saber cómo puedo cooperar con la Súreté a estas horas de la noche.

-Es un asunto de identificación. Monsieur Serge Antoine Luboque es cliente suyo, según nos han informado. ¿Es así?

-Dios míos, ¿le ha ocurrido algo a Serge? ¡He estado con él esta misma noche!

-Monsieur Luboque parece hallarse muy bien de salud. Hemos estado en su casa de campo hace apenas una hora. En cuanto al asunto, lo que importa a la Súreté es su reunión con él esta tarde... ayer por la tarde.

-¿En qué sentido?

-Había una tercera persona a su mesa. Abogado como usted y que usted le presentó a monsieur Luboque. Un hombre llamado Simon, Henry Simon, un norteamericano.

-Y piloto -dijo Mattilon-, con considerable experiencia en litigios aéreos. Confío en que Luboque se lo haya explicado; esa fue la razón por la que estaba allí a petición mía. Monsieur Luboque es el querellante en un pleito de esa clase. Es cuanto puedo decir sobre el tema.

-No es el tema lo que interesa a la Súreté.

-¿Entonces qué?

-No hay ningún abogado llamado Henry Simon en Chicago.

-Me resulta difícil creerlo.

-El nombre es falso, o al menos no es el suyo. La dirección que dio en el hotel no existe.

-¿La dirección que dio en el hotel? -preguntó René, asombrado. Joel no tenía que dar ninguna dirección en el George V; allí le conocían de sobra, conocían muy bien a la firma Talbot, Brooks y Simon.

-Con su propia letra, monsieur -añadió con severidad el más joven.

Librodot

-¿Lo ha confirmado la dirección del hotel?

-Sí -dijo Prudhomme-. El conserje de noche nos dijo que había acompañado a monsieur Simon en el montacargas hasta los sótanos del hotel.

-¿Los sótanos?

-Monsieur Simon quería salir del hotel sin ser visto. Pagó la factura en su habitación.

-Un momento, por favor-dijo Mattilon, perplejo, protestando con las manos mientras se volvía y caminaba sin saber por qué en torno a un sillón. Se detuvo, agarrado al respaldo-. ¿Qué es exactamente lo que ustedes quieren de mí?

-Queremos que nos ayude -dijo Prudhomme-. Pensamos que sabe quién es. Fue usted quien se lo presentó a monsieur Luboque.

-Para un asunto confidencial sobre el que debía dar su opinión. Accedió a escuchar y dictaminar a condición de no revelar su identidad. No es raro cuando se busca asesoría si está por medio alguien tan... digamos rico y temperalmente como monsieur Luboque. Ustedes han hablado con él. ¿Necesito decirles más?

-Sobre ese tema no -dijo el más viejo de la Súreté, permitiéndose una sonrisa-. Piensa que todos los funcionarios del gobierno trabajan para Moscú. Nos tuvo en su vestíbulo rodeados de perros, que no dejaban de relamerse, puedo añadir.

-Entonces comprenderán por qué mi colega norteamericano prefiere permanecer en el anónimo. Le conozco. Es un hombre espléndido.

-¿Quién es? ¿Y sabe dónde podemos encontrarlo?

-¿Para qué lo quieren?

-Deseamos interrogarle acerca de un incidente que ocurrió en el hotel.

-Lo siento. Al ser Luboque cliente mío, también lo es Simon por extensión.

-No podemos aceptar eso dadas las circunstancias, monsieur.

-Me temo que así tendrá que ser, al menos durante unas horas. Mañana trataré de ponerme en contacto con él a través de su oficina en... Estados Unidos, y estoy seguro de que les llamará inmediata-mente.

-No creemos que lo haga.

-¿Por qué no?

Prudhomme echó una ojeada a su estirado compañero y se encogió de hombros.

-Puede haber matado a un hombre -dijo en el tono más natural.

Mattilon miró al funcionario de la Súreté con aire incrédulo.

-¿Qué él... qué?

-Fue una agresión muy violenta, monsieur. Estrelló la cabeza de un hombre contra la pared; tiene importantes lesiones craneales y el pronóstico no es bueno. A medianoche su estado era crítico y las posibilidades de recuperación escasas. A estas horas puede haber muerto ya, lo que según los médicos tal vez sea lo mejor para él.

-¡No... no! ¡Están ustedes equivocados! -Las manos del abogado se aferraron al respaldo de la silla-. ¡Se ha cometido un terrible error!

-No hay error posible. La identificación fue positiva; es decir, que monsieur Simon fue identificado como la última persona vista con el agredido. Lo sacó a un callejón, hubo ruido de lucha y minutos más tarde lo encontraron con el cráneo fracturado, sangrando y medio muerto.

-¡Imposible! ¡Ustedes no lo conocen! Lo que sugieren es inconcebible. No pudo ser él.

-¿Quiere decir que se trata de un inválido, físicamente incapaz de agredir?

-No -dijo Mattilon, sacudiendo la cabeza. Después de repente se quedó inmóvil-. Si -continuó pensativo, ahora haciendo gestos de asentimiento-. Es incapaz, sí, pero no física sino mentalmente. Lo es en ese sentido. No podría hacer lo que dicen que ha hecho.

-¿Está trastornado?

-¡No, por Dios! Es uno de los hombres más Lúcidos que conozco. Deben comprenderlo. Ha pasado por un prolongado periodo de tensión física y angustia mental. Sufrió un duro castigo en cuerpo y espíritu. No hay un daño permanente, pero sí recuerdos imborrables. Como muchos de los hombres que han estado sujetos a ese trato, evita cualquier forma de enfrentamiento o violencia físicos. Le resulta repugnante. No puede hacer daño a nadie por el mucho que le hicieron a él.

-¿Quiere decir que ni siquiera en legítima defensa? ¿Pondría la otra mejilla si él, o su mujer o sus hijos fuesen atacados?

-Por supuesto que no, pero por lo que ustedes me han dicho no se trata de eso. Usted habló de una agresión «muy violenta», lo que implica algo muy diferente. Y de haber sido de otro modo, de haber sido amenazado o atacado y haber tenido que defenderse, no se hubiese marchado de allí. Es demasiado buen abogado. -Mattilon hizo una pausa-. ¿Fue ése el caso? ¿Es eso lo que están diciéndome? ¿Conocen al agredido por los archivos de la policía? ¿Es...?

-Un conductor de limusina -le interrumpió Prudhomme-. Un hombre desarmado que esperaba a la persona a la que debía llevar esa tarde.

-¿En los sótanos?

-Al parecer se trata de un servicio bastante corriente. Esas firmas son muy discretas. Esta envió a otro conductor antes de averiguar siquiera el estado en que se hallaba su empleado. El cliente ni se enteraría.

-Muy chic. ¿Qué dijeron que había ocurrido?

-Según un testigo, un guarda que lleva dieciocho años en ese hotel, el tal Simon se acercó hablando inglés en voz muy alta, el guarda piensa que enfadado, aunque no entiende ese idioma, y obligó al hombre a salir.

-¡Ese guarda está equivocado! Tenía que ser otra persona. -Simon se identificó. Era el conserje quien le había dado la factura y la descripción coincide; era el que decía llamarse Simon.

-Pero ¿por qué? ¡Tiene que haber una razón!

-Nos gustaría saberla, monsieur.

René sacudió la cabeza, desconcertado; nada de aquello tenía el menor sentido. Una persona puede inscribirse en un hotel con el nombre que quiera, pero hay facturas, tarjetas de crédito, gente que llama... Un nombre falso no serviría para nada, y menos en un hotel donde uno era conocido; y si era conocido y quería viajar de incógnito, no podría hacerlo si intervenía la Súreté.

-No tengo más remedio que preguntárselo otra vez, inspector: ¿Lo han comprobado bien con el hotel?

-No personalmente, monsieur -dijo Prudhomme, mirando a su compañero-. Me he pasado el tiempo interrogando a quienes estaban cerca del lugar de la agresión.

-Lo comprobé yo con el conserje, monsieur-dijo el más joven y más alto, hablando corno un robot programada-.. Naturalmente, el hotel prefiere que no se hable del incidente, pero la dirección cooperó en todo momento. El conserje de noche ha venido hace poco del hotel Meurice y quería minimizar lo ocurrido, pero él mismo me enseñó el impreso de inscripción.

-Comprendo.

Mattilon comprendía, al menos en cuanto a la identidad de Joel. Centenares de huéspedes en un gran hotel y un conserje nervioso tratando de proteger la imagen de su nuevo patrón. La fuente más obvia era aceptada como verdad, a la que sin duda seguiría por la mañana otra verdad a cargo de personas más enteradas. Pero aquello era lo único que René comprendía; nada más. Necesitaba unos momentos para pensar, para tratar de entenderlo.

-Siento curiosidad -dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras-. En el peor de los casos, se trata de una agresión de consecuencias graves, pero no deja de ser una agresión. ¿Por qué no se ocupa de ello la policía? ¿Por qué la Súreté?

-Fue mi primera pregunta, monsieur -dijo el siempre franco Prudhomme-. La razón que nos dieron fue que en el incidente estaba implicado un extranjero, sin duda rico. Hoy en día nunca se sabe adónde pueden llevar tales cosas. Tenemos ciertos controles de los que no dispone la policía de arwndissenient.

-Entiendo.

-¿De veras? -dijo el hombre de la Súreté- ¿Me permite recordarle que, como abogado, tiene obligación de apoyar a los tribunales y a la ley? Le hemos enseñado nuestras credenciales y le he sugerido que llame a mi comisaría para cualquier otra comprobación que desee hacer. Por favor, monsieur, ¿quién es Henry Simon?

-Tengo también otras obligaciones, inspector. Con la palabra dada, con un cliente, con una amistad de muchos años...

-¿Pone todo eso por encima de la ley?

-Sólo porque sé que se equivocan ustedes.

-¿Entonces qué hay de malo en ello? Si estamos equivocados, sin duda encontraremos a ese Simon en un aeropuerto y nos lo dirá él mismo; pero si no lo estamos puede tratarse de un hombre muy enfermo que necesita ayuda antes de que haga daño a otros. No soy psiquiatra, monsieur, pero usted ha descrito a un hombre trastornado, o que al menos lo estuvo.

Mattilon se sentía incómodo con la lógica apabullante del agente... y también con algo más que era incapaz de definir. ¿Habría sido Joel? ¿Tendría que ver aquello con las nubes que cruzaban los ojos de su viejo amigo, con aquel inconsciente desliz verbal acerca de una roca que más valía no desenterrar? René volvió a mirar el reloj de la chimenea y una idea cruzó por su cabeza. En Nueva York no eran más que las ocho y cuarenta y dos.

-Inspector, voy a pedirle que espere aquí mientras voy a mi despacho y hago una llamada por mi línea privada. Por cierto que no está conectada con ese teléfono que ve sobre la mesa.

-No necesitaba decirlo, monsieur.

-Entonces perdone.

Mattilon fue rápidamente hacia la puerta que había al lado opuesto de la habitación y entró. Se sentó a su mesa y abrió una lista de teléfonos con tapas de cuero rojo. Pasó las páginas hasta la letra T y recorrió los nombres hasta llegar a Talbot, Lawrence. Tenía tanto el número de la oficina como el particular, este último necesario porque los tribunales de París empezaban a funcionar antes de que en la costa Este de Estados Unidos se hubiesen levantado. Si Talbot no estaba allí probaría con Nathan Simon, y después, si era necesario, con Brooks. No hizo falta recurrir a ellos. Lawrence Talbot se puso al teléfono.

-Por todos los diablos, ¿qué tal estás, René? ¿Tú en Nueva York?

-No, en París.

-Te oigo como si estuvieras en la casa de al lado.

-También yo a ti. Eso siempre sobresalta.

-También ahí es tarde, si no me equivoco.

-Tardísimo, Larry. Te llamo porque quizá tengamos un problema.

-¿Un problema? Ni siquiera sabía que tuviésemos ningún asunto en marcha. ¿Qué es ello?

-Vuestra labor misionera.

-¿Nuestra qué?

-Bertholdier y sus amigos.

-¿Quién?

-Louis Bertholdier.

-¿Quién es? He oído el nombre, pero no logro situarlo.

-¿Que no logras...?

-Lo siento.

-He estado con Joel. Fui yo quien concertó la entrevista.

-¿Joel? ¿Cómo está? ¿Está en París ahora?

-¿Es que no lo sabías?

-La última vez que hablé con él fue hace dos días y estaba en Ginebra, después de aquel horrible asunto de Halliday. Me dijo que se encontraba perfectamente, pero no era verdad. Le noté alterado.

-Vamos a ver si te entiendo, Larry. ¿Quieres decir que Joel no está en París por asuntos de Talbot, Brooks y Simon?

Lawrence Talbot tardó un momento en contestar.

-No -dijo con voz suave-. ¿Se lo oíste a él?

-Quizá sólo me lo supuse.

Nueva pausa de Talbot.

-No creo que lo dijese. Pero deberías decirle que me llame.

-Eso es parte del problema, Larry. No sé dónde está. Dijo que iba a tomar el avión de las cinco para Londres, pero no lo hizo. Se despidió del George Cinq algo más tarde en extrañas circunstancias.

-¿Qué quieres decir?

-Su inscripción del hotel fue alterada, cambiada a otro nombre; nombre por cierto que le sugerí yo dado que no quería utilizar el suyo en el almuerzo. Después se empeñó en marcharse por una entrada de servicio del sótano.

-Qué raro.

-Me temo que no sea la última de las rarezas. Dicen que agredió a un hombre. Puede haberlo matado.

-¡Jesús!

-Naturalmente, yo no lo creo -se apresuró a decir Mattilon-. Él no haría, no podría...

-Espero que no.

-¿No pensarás...?

-No sé qué pensar -le interrumpió Talbot-. Cuando estaba en Ginebra y hablamos, le pregunté si había alguna relación entre la muerte de Halliday y lo que estaba haciendo. Me dijo que no, pero parecía tan remoto, tan distante... Su voz sonaba como vacía.

-¿Lo que está haciendo? ¿Qué está haciendo?

-No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de poder descubrirlo, pero voy a hacer cuanto pueda. Sabes, estoy preocupado. Le ha ocurrido algo. Su voz era como una cámara de eco, ¿comprendes lo que quiero decir?

-Sí, lo entiendo. Le he oído y le he visto. También yo estoy preocupado.

-Encuéntralo, René. Haz cuanto puedas. Avísame y lo dejaré todo para irme ahí.

-Haré lo que pueda.

Mattilon salió del despacho y se enfrentó a los dos policías.

-Se llama Converse, Joel Converse - empezó.

-Se apellida Converse, de nombre Joel -dijo el hombre más joven y más alto de la Súreté, hablando por un teléfono público del bulevar Raspail mientras la lluvia golpeaba en la cabina-. Trabaja para una firma de abogados de Nueva York, Talbot, Brooks y Simon; la dirección es en la Quinta Avenida. Sin embargo el nombre supuesto, Simon, fue al parecer de mera conveniencia, y no tiene nada que ver con la firma.

-No lo entiendo.

-Cualquier cosa en la que esté metido ese Converse no tiene relación con su bufete. Mattilon llamó a uno de los socios a Nueva York y se lo aclaró. Además los dos están preocupados; quieren que se les tenga al corriente. Si aparece Converse, Mattilon insiste en tener inmediato acceso a él como abogado no oficial. Quizá nos oculte algo, pero en mi opinión está realmente desconcertado. Conmocionado, sería mas exacto. No sabe nada importante. Si lo supiese me daría cuenta.

-No obstante se calla algo. El apellido Simon fue utilizado para que yo no conociese la identidad del tal Converse. Mattilon lo sabe. Estaba allí, son amigos y fue él quien se lo presentó a Luboque.

-Entonces lo utilizaron, general. No habló de usted.

-Tal vez lo haga si se le vuelve a interrogar, y no puedo estar implicado de ningún modo.

-Por supuesto - asintió con tranquilo énfasis el hombre de la Súreté.

-Su superior, ¿cómo se llama? Me refiero al asignado al caso. -Prudhomme. Inspector de primera Prudhomme.

-¿Es franco con usted?

-Si. Piensa que soy una especie de ex soldado mecánico cuyos instintos pueden ir por delante de su intelecto, pero aprecia mi buena voluntad. Habla conmigo.

-Seguirá con él por algún tiempo. Si decide volver a ver a Mattilon, hágamelo saber inmediatamente. París puede perder a un respetado abogado. Mi nombre no debe aparecer.

-Sólo volverá a ver a Mattilon si aparece Converse. Y si llegan a la Süreté noticias de su paradero, le llamaré inmediatamente.

-Podría haber otra razón, coronel. A un hombre concienzudo puede darle por hacer balance de sus progresos, o su falta de ellos, a pesar, de las órdenes en contrario.

-¿Ordenes en contrario?

-Las habrá. Ese Converse es nuestra única preocupación ahora. Sólo necesitábamos su nombre. Sabemos a dónde se dirige. Lo encontraremos.

-No comprendo, general.

-Han llegado noticias del hospital. Nuestro chófer va mejor.

-Esas sí son buenas noticias.

-Ojalá lo fuesen. El sacrificio de un solo soldado resulta abominable para cualquier jefe, pero no hay que perder de vista la táctica más general, hay que estar siempre a su servicio. ¿De acuerdo?

-Sí, por supuesto.

-Nuestro chófer no debe recobrarse. La estrategia, coronel.

-Si muere, los esfuerzos para encontrar a Converse se intensificarán. Y tiene usted razón: Prudhomme volverá a pasar revista a todo, incluido ese abogado, Mattilon.

Librodot

-Recibirá órdenes en contrario. Pero no le pierda de vista.

-Si, señor.

-Y ahora necesitamos de su experiencia, coronel, de las dotes que tan eficazmente desarrolló mientras estaba al servicio de la Legión, antes de que lo trajésemos a una vida más civilizada.

-Mi gratitud no conoce límites. Cualquier cosa que pueda hacer...

-¿Puede entrar en el hospital de Saint Jéróme al primer aviso?

-Y sin aviso. Hay salidas de incendios por todos los lados del edificio y la noche está oscura y llueve a cántaros. Incluso la policía está refugiada en los portales. Es un juego de niños.

-Pero un trabajo de hombres. Hay que hacerlo.

-Yo no discuto tales decisiones.

-Un bloqueo de la tráquea, una convulsión en la garganta...

-Presión aplicada a través de la ropa. Gradualmente y sin señales, hasta lograr el trauma autoinducido. Pero sería una negligencia por mi parte no repetir lo que ya le dije, general. Registrarán todo París y después se organizará una caza del hombre a gran escala. El asesino es nada menos que un norteamericano rico, un blanco suculento para la Súreté.

-No habrá búsqueda, ni caza del hombre. Todavía no. Si ha de haberla será más tarde, y en tal caso caerá en la red un cadáver convicto. En campaña, mi joven amigo. El chófer, coronel; hay que sacrificarlo todo a la estrategia general.

-Délo por muerto-dijo el hombre de la cabina antes de colgar.

Erich Leifhelm... nacido el 15 de marzo de 1912 en Munich, hijo del doctor Heinrich Leifhelm y de su amante, Marta Stoessel. Aunque el estigma de su ilegitimidad le excluyó de una infancia normal en la Alemania de clase media alta, muy puritana en aquella época, fue el factor más importante para su posterior preeminencia en el movimiento nacionalsocialista. Al nacer le fue negado el apellido Leifhelm, y hasta 1931 se llamó Erich Stoessel.

Joel estaba sentado a una mesa del café del aeropuerto Kastrup de Copenhague, tratando de concentrarse. Era su segundo intento en los últimos veinte minutos, pues el primero lo abandonó cuando se dio cuenta de que no estaba enterándose de nada, y sólo veía letras negras que formaban una interminable sarta de palabras vagamente reconocibles relativas a una figura que vagaba por lo más recóndito de su mente. No conseguía concentrarse en aquel hombre; había demasiadas interferencias, reales e imaginadas. Tampoco había sido capaz de leer durante el vuelo de dos horas desde París, al haber optado por la clase económica, con la esperanza de pasar desapercibido entre el numeroso pasaje que ocupaba la parte mayor del avión. Al menos esa idea fue útil. Los asientos eran tan estrechos y el avión iba tan atestado que codos y antebrazos permanecían virtualmente inmóviles, lo que le impidió sacar el informe, tanto por razones de espacio como por miedo a la proximidad de ojos extraños.

Heinrich Leifhelm trasladó a su amante y a su hijo a la ciudad de Eichstatt, unas cincuenta millas al norte de Munich, donde los visitaba de vez en cuando, y les proporcionó un nivel de vida adecuado aunque no del todo confortable. Al parecer el doctor estaba dividido entre el deseo de continuar con éxito su carrera en Munich, sin verse expuesto a condenas sociales, y su resistencia a abandonar a la madre y el hijo estigmatizados. Según amigos íntimos de Erich Stoessel-Leifhelm, esos primeros años tuvieron un profundo efecto sobre él. Aunque demasiado joven para recibir de lleno el impacto de la primera guerra mundial, más tarde le persiguió el recuerdo de las condiciones en que se desenvolvía la pequeña familia, cuyo nivel de vida iba disminuyendo a medida que Leifhelm padre se veía afectado por la carga de los impuestos de guerra. Las visitas de su padre sirvieron también

para subrayar el hecho de que él no podía ser reconocido como hijo y no tenía derecho a los privilegios concedidos a sus dos hermanastros y su hermanastra, extraños a los que nunca iba a conocer y en cuya casa nunca podría entrar. Pensaba que a causa de la falta de una ascendencia apropiada, certificada por documentos hipócritas y por las bendiciones de una Iglesia que no lo era menos, le era negado algo a lo que tenía derecho, y así fue creciendo en él un rencor sin límites, un ansia de competitividad y una profunda rabia contra las condiciones sociales imperantes. Según él mismo ha admitido, su primer deseo consciente fue el de conseguir tanto como pudiese para sí mismo, lo mismo materialmente que en forma de reconocimiento social por la sola fuerza de su capacidad, y al hacerlo asestar un golpe al statu quo que había tratado de castrarlo. Al llegar a la adolescencia, Stoessel-Leifhelm estaba consumido por la rabia.

Converse dejó de leer, consciente de pronto de la mujer que tenía enfrente en el café medio desierto. Estaba sola en una mesa, mirándolo. Sus ojos se encontraron y ella se volvió a otro lado, colocando el brazo sobre la pequeña barandilla blanca que circundaba el restaurante, mientras observaba a la gente cada vez más escasa del terminal, como esperando a alguien. Sorprendido, Joel trató de analizar la mirada que la mujer le había dirigido. ¿Era de reconocimiento? ¿Le conocía? ¿Conocía su cara? ¿O estaba examinándolo por otros motivos? ¿Tal vez una fulana bien vestida que andaba de caza por el aeropuerto y acababa de descubrir a un hombre de negocios solitario y lejos de su casa? La mujer volvió lentamente la cabeza y le miró de nuevo, ahora obviamente inquieta al ver sus ojos todavía fijos en ella. Después, bruscamente, con movimientos claramente definidos, consultó su reloj, se tiró del sombrero de ala ancha y abrió el bolso. Sacó un billete danés, lo puso sobre la mesa, se levantó y se dirigió rápidamente a la salida. Más allá de la puerta abierta aceleró el paso, alargando la zancada y dirigiéndose a la zona de recogida de equipajes. Converse la observó a la blanca luz de neón del terminal, sacudiendo la cabeza, molesto por su alarma. Con el maletín y el informe encuadernado en cuero, la mujer habría pensado probablemente que era un funcionario del aeropuerto.

Estaba viendo demasiadas sombras, pensó, mientras seguía con la vista a la graciosa silueta que se acercaba a la entrada de equipajes; demasiadas sombras que no escondían sorpresas ni alarmas. En el avión desde París había sido un hombre sentado varias filas delante de él. Por dos veces le había clavado los ojos, como estudiándolo. Aquellas miradas habían bastado para alborotar su adrenalina. ¿Le habrían descubierto en el aeropuerto De Gaulle? ¿Trabajaría con aquel hombre Jacques-Louis Bertholdier? Como había pasado aquello del callejón... ¡No pienses en eso! se ordenó a sí mismo mientras se quitaba de un papirotazo un óvalo de sangre seca que tenía en la camisa.

-¡Siempre distingo a un buen yanqui! ¡Nunca fallo!

Ese había sido el saludo en Copenhague, mientras ambos norteamericanos esperaban por su equipaje.

-Bueno, sólo fallé una vez. Fue con un hijo de perra que iba en el avión de Ginebra, sentado a mi lado. Era un hispano, aunque llevaba traje con chaleco. Hablaba inglés con las azafatas, de modo que me figuré que sería uno de esos cubanos ricos de Florida.

Un emisario vestido de viajante. Un diplomático.

Ginebra. Aquello había empezado en Ginebra.

Demasiadas sombras, pero ninguna sorpresa ni alarma. La mujer cruzó la entrada y Joel apartó los ojos, obligándose a prestar de nuevo atención al informe sobre Erich Leifhelm. Después, un leve movimiento súbito captado por el rabillo del ojo le hizo volver a mirar a la mujer. Un hombre había salido de un escondite invisible y le había tocado el codo. Intercambiaron rápidamente unas palabras y se separaron tan de prisa como se habían encontrado; el hombre continuó hacia el terminal mientras la mujer desaparecía. ¿Había mirado el hombre hacia él? Converse lo observó con mayor atención. ¿Le había mirado? Era

imposible saberlo; su cabeza se volvía en todas direcciones, en busca de algo. Después, como si lo hubiese encontrado, se apresuró a ir hacia una fila de mostradores de líneas aéreas. Se acercó al de las Japan Air Lines y, sacando su cartera, empezó a hablar con un empleado oriental.

Ni sorpresas, ni alarmas. Un viajero con prisa que preguntaba una dirección. Las interferencias eran más imaginarias que reales. Sin embargo, incluso en esto intervenía su mentalidad de abogado. Las interferencias eran reales estuvieran basadas en la realidad o no. ¡Por Dios! ¡Déjalo ya! ¡Concéntrate!

A los diecisiete años, Erich Stoessel-Leifhehn había terminado sus estudios en el gimnasio Eichstátt II, destacando tanto en lo académico como en el deporte, donde ganó fama de competidor agresivo. Era una época de caos económico mundial; el crash de la bolsa norteamericana había agravado la desesperada situación económica de la república de Weimar, y sólo los estudiantes de mejor posición iban a la Universidad. En una jugada que más tarde describió a sus amigos como de furia juvenil, Stoessel-Leifhelm fue a Munich para enfrentarse con su padre y pedirle ayuda. Lo que encontró supuso un golpe para él, pero resultó ser también una gran oportunidad, a la que llegó de un modo extraño. La seria y plácida vida del doctor se había derrumbado. Su matrimonio, desde un principio desagradable y humillante, le había llevado a beber con exceso y cada vez con más frecuencia, hasta incurrir en los inevitables errores de juicio. Fue censurado por sus colegas (entre los que había una alta proporción de judíos), acusado de incompetencia y despedido del hospital Karlstor. Su carrera estaba arruinada y su mujer le había echado de casa, siguiendo las órdenes de su viejo pero todavía poderoso suegro, también médico y miembro del consejo de directores del hospital. Cuando Stoessel-Leifhelm encontró a su padre, vivía en una casa de pisos barata en la zona más pobre de la ciudad y ganaba unos pfennigs dispensando recetas para drogas y unos marcos llevando a cabo abortos.

En lo que al parecer (siempre según amigos de la época) fue un desbordamiento de emociones reprimidas, el mayor de los Leifhelm abrazó a su hijo ilegítimo y le contó la historia de su torturada vida con una esposa desagradable y unos parientes tiránicos. Era el clásico síndrome del hombre ambicioso con dotes mínimas y bien relacionado. Pero además el doctor aseguró que nunca había abandonado a su querida amante y a su hijo. Y durante aquella prolongada confesión, sin duda en estado de embriaguez, reveló un hecho que Stoessel-Leifhelm no conocía. La mujer de su padre era judía. Era cuanto el adolescente necesitaba saber.

El muchacho privado de derechos civiles se convirtió en un padre para aquel hombre hundido.

Hubo un anuncio en danés por los altavoces del aeropuerto y Joel miró su reloj. Lo repitieron, ahora en alemán. Escuchó atentamente; apenas consiguió distinguir las palabras, pero allí estaban: «Hamburg-Kóln-Bonn.» Era la primera llamada para el último vuelo de la noche hacia la capital, vía Hamburgo. El viaje duraba menos de dos horas, y la escala en Hamburgo estaba justificada porque había ejecutivos que querían estar en sus despachos al comenzar la jornada. Converse había facturado su maleta para Bonn, tomando mentalmente nota mientras lo hacía de que debía reemplazar el pesado armatoste de cuero negro por un bulto de mano. No era experto en tales asuntos, pero el sentido común le decía que las demoras a que le obligaba la espera por el equipaje, donde todo el mundo podía verle, no eran modo de viajar con rapidez evitando los ojos que pudieran estar buscándolo. Puso el informe sobre Erich Leifhelm en su maletín, lo cerró e hizo girar los discos de la combinación. Después se levantó de la mesa, salió del café y cruzó el terminal camino de la puerta de la Lufthansa.

Librodot

El sudor le perlaba la frente, y el redoble que sonaba dentro de su pecho se aceleró hasta convertirse en una martilleante fuga para timbales. Conocía al hombre sentado junto a él, pero no tenía la menor idea de dónde o de qué época de su vida. La cara desigual, con profundas estrías que arrugaban la carne bronceada; los intensos ojos de un gris azulado bajo las cejas gruesas e hirsutas y el pelo castaño entreverado de blanco. Lo conocía, pero no acudió a su mente ningún nombre, ninguna clave para dar con su identidad.

Joel siguió esperando algún signo de reconocimiento por parte del otro, pero no lo hubo, y se encontró observando involuntariamente a su compañero de asiento por el rabillo del ojo. El hombre no se dio por aludido. Su atención estaba concentrada en un montón de hojas encuadernadas mecanografiadas, en una letra mayor que la que suele usarse en los bufetes e incluso en las notarías. Quizá, pensó Converse, aquel hombre estaba medio ciego, y llevaba lentes de contacto para disimularlo. Pero ¿había algo más? Tal vez no ocultaba un defecto físico sino una conexión. ¿Habría visto a aquel hombre en París, como vio a otro con un abrigo marrón claro en el pasillo del sótano de un hotel? ¿Estaba también el hombre que ahora iba a su lado en L'Etalon Blanc? ¿Formaba parte de uno de los grupos de ex soldados de allí se explayaban, tal vez en un rincón, inadvertido? ¿O en la mesa de Bertholdier, de espaldas, de manera que no pudo verlo? Y ahora ¿qué hacía allí? ¿Estaba siguiéndolo? Converse aferró su maletín, volvió la cabeza apenas unos centímetros y estudió a su compañero de asiento.

De pronto el hombre levantó la vista de las hojas mecanografiadas y miró a Joel. Su mirada era neutra y no expresaba ni curiosidad ni irritación.

-Perdón -dijo torpemente Converse.

-De nada; no se preocupe... ¿Por qué no? -fue la extraña y lacónica respuesta, con acento norteamericano, de un dialecto claramente del Oeste, tejano. El hombre volvió a su lectura.

-¿Nos conocemos? -preguntó Joel, incapaz de apartarse del tema.

El hombre levantó de nuevo la vista.

-No creo -dijo concisamente, volviendo una vez más a su informe, o lo que fuese.

Converse miró por la ventanilla al cielo negro, mientras relámpagos rojizos iluminaban el metal plateado del ala. Distraídamente trató de calcular el grado numérico que marcaba el rumbo del avión, pero su mente de piloto no funcionaba. Conocía a aquel hombre, y el extraño «¿Por qué no?» sólo había servido para preocuparle aún más. ¿Era aquello una señal, una advertencia de que era mejor que el general entrase en contacto con él, le reconociese?

La voz de una azafata de la Lufthansa interrumpió sus pensamientos.

-Herr Dowling, es un placer tenerle a bordo.

-Gracias, cariño -dijo el hombre, mientras su cara arrugada se distendía en una agradable sonrisa-. Tráeme un bourbon con hielo y te devolveré el cumplido.

-En seguida. Estoy segura de que se lo han dicho tantas veces que estará cansado de oírlo, pero su programa de televisión es enormemente popular en Alemania.

-Gracias, honey, pero no es mi programa. Hay un montón de chicas guapas pululando por la pantalla.

Un actor, ¡un maldito actor!, pensó Joel. Ni alarmas, ni sorpresas. Sólo intromisiones, más imaginadas que reales.

-Es usted demasiado modesto, herr Dowling. Ellas parecen todas las mismas, tan desagradables... En cambio usted resulta tan amable, tan masculino, tan... comprensivo.

-¿Comprensivo? Te diré algo. La semana pasada vi un episodio en Colonia mientras rodaba y no entendí una palabra de lo que decía.

La azafata se echó a reír.

-Me dijo bourbon con hielo, ¿no?

-Eso es, guapa.

La mujer se dirigió por el pasillo de primera clase hacia la cocina mientras Converse, que no había dejado de mirar al actor, decía con voz vacilante:

-Perdóneme. Debería haberle reconocido.

Dowling volvió su cabeza bronceada. Sus ojos recorrieron la cara de Joel y después descendieron hasta el maletín que tenía en la mano. Levantó la vista con una sonrisa divertida.

-Probablemente le pondría en un aprieto si le preguntase de qué me conoce. No parece usted un groupie de Santa Fe.

-¿Santa Fe? Ah, claro, es el título de una serie.

Y lo era, reflexionó Converse. Una de aquellos fenómenos televisivos que por la simple fuerza de lo extraordinario de su audiencia y los beneficios que había producido, para la cadena lograban llegar a las portadas de Time y Newsweek. El no la había visto nunca.

-Y, naturalmente -continuó el actor-, sigue usted los ritos tribales, las vicisitudes dramáticas de la imperiosa familia Ratchet, propietaria del mayor rancho que hay al norte de Santa Fe, así como de los históricos llanos de Chimaya, que robó a los pobres indios.

-¿Quiénes? ¿Qué?

El rostro curtido de Dowling volvió a laminarse, convertido en sonrisa.

-Sólo papá Ratchet, el amigo de los indios, ignora esto último, aunque sus hermanos de piel roja le echan la culpa. Los hijos malos de Pa oyeron que había petróleo en los Chimayas y tomaron sus medidas. Incidentalmente, confío en que haya captado las asociaciones verbales del nombre Ratchet. Puede elegir. Hay el simple rats, ratas, o Wretched, despreciable, o bien la herramienta, esa que atornilla cuando tiene enfrente con sólo hacer presión.

Ahora había en el actor algo diferente, pensó Joel, desconcertado. ¿Eran sus palabras? No, no las palabras sino la voz. Apenas se le notaba ya el acento del Oeste.

-No sé de qué me habla, pero parece usted otro.

Dowling soltó una parrafada en dialecto, acompañada de una sonora carcajada. Después volvió a hablar sin acento.

-Está usted viendo a un profesor de inglés y de teatro universitario renegado que dijo hace una docena de años: «Al diablo los quinquenios; vayamos tras un sueño lo menos práctico posible.» Eso lo llevó a un montón de trabajos divertidos y no muy dignos, pero el espíritu de Tespis sigue caminos misteriosos. Un antiguo discípulo mío que desempeñaba uno de esos trabajos indefinibles, algo así como «coordinador de producción», me vio en una escena multitudinaria, lo que le resultó bastante violento. No obstante, me dio pequeños papeles. Algunos no salieron mal, y un par de años más tarde sobrevino un accidente llamado Santa Fe. Fue entonces cuando mi muy respetable nombre de Calvino fue cambiado por Caleb. «Corresponde mejor a la imagen», dijo un tipo con mocasines Guzzi que lo más cerca que había estado de un caballo era en una taquilla de apuestas del hipódromo de Santa Anita. ¿Es increíble, no?

-Increíble -asintió Converse, mientras la azafata volvía ya por el pasillo.

-Su bourbon, señor - dijo la mujer, dando un vaso al actor.

-¡Gracias, encanto! ¡Eres más preciosa que ninguna de las chicas de mi serie!

-Es usted muy amable.

-Por favor, ¿quiere servirme un scotch? -dijo Joel.

-Eso está mejor, hijo -aprobó Dowling, volviendo a sonreír mientras se alejaba la azafata-. Y ahora que ya sabe mi delito, ¿de qué vive usted?

-Soy abogado.

-Al menos así podrá leer algo legal. Este guión, desde luego, no lo es.

Aunque considerados por la mayoría de los ciudadanos respetables como una colección de inadaptados y matones, el Partido Obrero Alemán Nacional Socialista, con sede en Munich, empezaba a hacerse notar en toda Alemania. Este movimiento radical-populista estaba consiguiendo arraigo a fuerza de basar sus soflamas en unos malvados «ellos» anti-alemanes. Echaba la culpa de todos los males de la nación a una serie de chivos expiatorios que iban desde los bolcheviques hasta los ingratos banqueros judíos; desde los saqueadores extranjeros que habían asolado un país ario hasta todo tipo de no «arios», y muy en especial los judíos y su riqueza mal adquirida.

El Munich cosmopolita y su comunidad judía se reían de tales absurdos. El resto de Alemania no; era lo que querían oír, y otro tanto le ocurría a Erich Stoessel-Leifhelm. Aquello podía ser el pasaporte para verse reconocido y encontrar su oportunidad.

En pocas semanas, el joven puso a punto a su padre sin la menor contemplación. Años más tarde contaría la historia con grandes dosis de humor negro. Sin hacer caso de las protestas histéricas del disoluto médico, hizo desaparecer de la vivienda cuanto servía para beber y fumar y no volvió a perder de vista al viejo. Lo sometió a un duro régimen de ejercicios y dieta. Con el celo de un entrenador deportivo, Stoessel-Leifhelm empezó a llevar a su padre al campo para someterlo a Gewaltmarschen, a unas marchas forzadas que fueron transformándose gradualmente en caminatas de todo un día por las agotadoras sendas de los montes bávaros, sin dejar de gritar al viejo que siguiera adelante y sólo descansase o bebiera agua cuando él se lo ordenase.

La rehabilitación tuvo tal éxito que la ropa raída del médico empezó a colgarle del cuerpo como si hubiera sido comprada para una persona mucho más gruesa. Hizo falta un nuevo guardarropa; pero en Munich en aquellos tiempos sólo estaba al alcance de acaudalados, y Stoessel-Leifhelm sólo pensaba en lo mejor para su padre, no por devoción filial sino, como veremos, con un fin muy diferente.

Había que encontrar dinero, lo que quería decir que habría que robarlo. Interrogó a fondo a su padre sobre la casa que se había visto obligado a abandonar, hasta saber cuanto había que saber de ella. Semanas más tarde Stoessel-Leifhelm irrumpía en la casa de la Luisenstrasse a las tres de la madrugada, limpiándola de cuanto había de valor, incluidos plata, cristal, cuadros al óleo, vajillas de oro y cuanto contenía la caja fuerte. En el Munich de 1930 no escaseaban los peristas, y, cuando se hubieron deshecho de todo, padre e hijo tuvieron el equivalente de casi ocho mil dólares norteamericanos, una verdadera fortuna para aquellos tiempos.

El trabajo de restauración continuó. Trajes de la Maximilian Strasse, el mejor calzado de la Odeons Platz y por último ciertos toques cosméticos. El pelo descuidado del doctor fue cortado y realzado tiñéndolo de un masculino rubio nórdico, y su barba hirsuta de una pulgada de largo, afeitada, dejando sólo un pequeño bigote de una pieza, bien recortado. La transformación era completa; sólo faltaba la presentación.

Todas las noches, durante las largas semanas de rehabilitación, Stoessel-Leifhelm había leído en voz alta a su padre cuanto caía en sus manos en la sede de los nacionalsocialistas, donde desde luego no faltaba material. Había panfletos con las típicas soflamas, páginas de un sucedáneo de ciencia biológica que supuestamente probaba la superioridad genética de la pureza aria y, a la inversa, la decadencia racial resultante del mestizaje indiscriminado, más generosos extractos del Mein Kampf de Hitler. El hijo leía incansablemente hasta que el doctor podía recitar de memoria las barbaridades más sobresalientes del mensaje nacionalsocialista. Entretanto, el muchacho de diecisiete años no cesaba de repetir a su padre que seguir el programa del partido era el modo de conseguir todo cuanto les había sido

robado, de vengarse de los años de humillación y ridículo. Como también Alemania había sido humillada por el resto del mundo, el partido nazi sería el vengador, el restaurador de cuanto era realmente alemán. Se trataba de un Nuevo Orden para la patria, que sólo esperaba a que hombres de verdadera talla se diesen cuenta de ello.

Y llegó la ocasión, el día en que Stoessel-Leifhelm se enteró de que iban a estar en Munich dos funcionarios de alto rango del partido. Se trataba del propagandista lisiado Joseph Goebbels y el sedicente aristócrata Rudolf Hess. El hijo acompañó al padre a la sede del partido, donde el bien vestido, imponente y -a la legua se notaba- rico y ario Doktor pidió una audiencia con los dos jefes nazis para un asunto urgente y confidencial. Le fue concedida, y, según los archivos históricos del partido, sus primeras palabras a Hess y Goebbels fueron:

«Señores, soy un médico de impecables credenciales, antiguo cirujano jefe del hospital Karlstor y titular durante años de una de las consultas más acreditadas de Munich. Los judíos me destruyeron y me robaron cuanto tenía. Ahora he vuelto, me encuentro perfectamente y estoy a su servicio.»

El avión de la Lufthansa empezó a descender hacia Hamburgo, y Joel, al notarlo, dobló la esquina de la página del informe sobre Leifhelm y alcanzó su maletín. A su lado, el actor Caleb Dowling se estiró, guión en mano, y metió el manuscrito en una bolsa de viaje abierta a sus pies.

-Lo único más estúpido que esta película -dijo- es la cantidad de dinero que me pagan por hacerla.

-¿Va a rodar mañana? -preguntó Converse.

-Hoy -corrigió Dowling, consultando su reloj-. Y muy temprano. Tengo que estar en exteriores a las cinco y media. Amanecer sobre el Rhin, o algo no menos inspirado. Si hubiesen convertido esta maldita cosa en un documental hubiera sido mejor para todos. El escenario es precioso.

-Pero usted estaba en Copenhague.

-Si..

-No va a poder dormir mucho.

-No.

-Ah....

El actor miró a Joel, mientras las patas de gallo que cercaban sus grandes ojos se marcaban aún más por la sonrisa.

-Mi mujer está en Copenhague y tuve dos días libres. Cogí el último avión.

-Ah, está usted casado.

Converse se arrepintió en seguida del comentario. No estaba seguro de por qué, pero quedaba estúpido.

-Hace veintiséis años, amigo. ¿Cómo cree que pude ir detrás de aquel sueño nada práctico? Es una gran secretaria; cuando yo enseñaba, hacía siempre de Viernes para algún decano.

-¿Tiene hijos?

-No podemos tenerlo todo.

-¿Por qué está ella en Copenhague? Quiero decir, ¿por qué no le acompaña en los exteriores?

Se borró la sonrisa de la cara curtida de Dowling. Las arrugas eran ahora menos aparentes, pero de algún modo más profundas. -¿No le parece que ésa es una pregunta obvia? Quiero decir que siendo usted abogado debería comprenderlo en seguida.

-Por supuesto, no es asunto mío. Olvídelo.

-No, si está muy bien. No me gusta hablar de ello (rara vez lo hago), pero los compañeros de asiento en los aviones están para eso.

Uno nunca va a volver a verlos, de modo que por qué no irse un poco de la lengua y sentirse mejor. -El actor trató de sonreír sin conseguirlo-. El nombre de soltera de mi mujer era Ottenfeld; es judía. Su historia no es muy diferente a un millón de otras, pero para ella es... bueno, es la suya. La separaron de sus padres y de sus tres hermanos más jóvenes en Auschwitz. Vio cómo se los llevaban mientras gritaba sin comprender. Tuvo suerte; la pusieron en un barracón, con catorce años, a coser uniformes hasta que mostrase otras dotes que pudiesen servir para otra clase de trabajo. Un par de días más tarde, al oír lo que decían, se puso histérica y se escapó, y anduvo corriendo por allí tratando de encontrar a su familia. Fue a dar a una parte del campo que llamaban el Abfall, la basura, donde amontonaban los cadáveres de las cámaras de gas. Allí estaban los cuerpos de su madre, su padre y sus tres hermanos, y la visión y el hedor fueron algo tan nauseabundo que no la ha abandonado, ni la abandonará ya nunca. No quiere volver a poner el pie en Alemania, ni yo pienso pedírselo.

Nada de alarmas; sólo sorpresas... y otra Cruz de Hierro para los Erich Leifhelm del pasado, retroactivamente presentados.

-Vaya, lo siento -murmuró Converse-. No pretendía...

-No se preocupe. Fui yo. ¿Comprende? Ella sabe que eso no tiene sentido.

-¿Que no tiene sentido? Será que usted no escuchó lo que acaba de contarme.

-Lo escuché, lo sé, pero no he terminado. Cuando tenía dieciséis años, la subieron a un camión con otras cinco chicas, camino del otro trabajo, y en ese momento se decidieron. Aprovecharon su última oportunidad y le dieron para el pelo al cabo de la Wehrmacht que las vigilaba. Después con su arma le quitaron el camión al conductor y escaparon.

Dowling se detuvo, sin apartar los ojos de Joel. Este, callado, le devolvió la mirada, no muy seguro de lo que significaba pero con-movido por lo que acababa de oír.

-Es una historia maravillosa -dijo-. De veras.

-Durante los años siguientes -continuó el actor- fueron ocultadas por familias alemanas que sin duda sabían muy bien lo que se jugaban, lo que les pasaría si las descubrían. Hubo una búsqueda frenética de las chicas, acompañada de un sinfín de amenazas, más por lo que podían contar que por otra cosa. No obstante, aquellos alemanes continuaron llevándolas de un lado para otro escondiéndolas, hasta que una por una fueron pasando a la Francia ocupada, donde las cosas eran más fáciles. Las pasó la Resistencia, la Resistencia alemana -Dowling hizo una pausa y añadió-: Como diría Pa Ratchet, « ¿Me entiendes, hijo?»

-Por mi parte yo diría que es algo obvio.

-Hay mucho dolor y mucho odio en ella y Dios sabe que lo comprendo, pero debería haber también una cierta gratitud. Un par de veces encontraron ropa de las muchachas, y algunas de aquellas personas, de aquellos alemanes, fueron torturadas, y otras fusiladas por lo que hacían. No quiero forzarla, pero podría compensarlo con un poco de gratitud. Eso le daría más perspectiva.

El actor dio un golpe sobre su cinturón de seguridad.

Joel apretó los cierres de su maletín, preguntándose si debería responder. La madre de Valerie había formado parte de la Resistencia alemana. Su ex mujer le contaba divertidas historias oídas a su madre acerca de un oficial de la inteligencia francesa, muy serio y lleno de inhibiciones, obligado a trabajar con una animosa y testaruda muchacha alemana, miembro de la Untergrun. Cuanto menos de acuerdo estaban y peores cosas decían de las naciones respectivas, más reparaban uno en otro. El francés era el padre de Val. Estaba orgullosa de él, pero en ciertas cosas lo estaba más de su madre. También había habido dolor en aquella

mujer, y odio; pero había una razón, y esa inequívoca... Como la había habido para un tal Joel Converse años más tarde.

-Lo dije antes y es en serio -comentó lentamente Joel, no muy seguro de si debía decir algo-. No es asunto mío, pero yo en su lugar no insistiría en ello.

-¿Es el abogado el que habla al viejo Pa? -preguntó Dowling en su dialecto televisivo, con la sonrisa falsa y la mirada lejana-. ¿Tendré que pagar la consulta?

-Lo siento; me callaré.

Converse se puso el cinturón y ajustó la hebilla.

-No, perdóneme. Fui yo el que empezó. Dígalo, por favor.

-Está bien. Primero fue el horror, después el odio. En el lenguaje indirecto eso se llama primafacie, lo obvio, lo primero que se ve... lo real, si usted prefiere. Sin eso no habría razón para la gratitud, no habría motivo. De modo que, en cierta manera, la gratitud resulta no menos penosa porque nunca debió haber sido necesaria.

El actor estudió una vez más la cara de Joel, como había hecho antes de su primer intercambio de palabras.

-Es usted un sujeto inteligente, ¿no?

-Sólo un buen profesional. Pero he estado allí... es decir, conozco gente que ha estado donde estuvo su mujer. Todo empieza con el horror.

Dowling miró a la luz del techo, y cuando habló sus palabras parecieron flotar en el aire, en un tono áspero forzado para hacerlo calmoso.

-Si vamos al cine, tengo que descartar antes un montón de películas; si vemos juntos la televisión, leo primero los programas, y a veces es en las noticias donde aparece alguno de esos chiflados... Me pongo en tensión, preguntándome qué irá a hacer. No puede ver una svástica, ni oír a alguien gritar en alemán, ni ver soldados desfilando al paso de la oca; no puede soportarlo. Echa a correr y vomita, y tiembla de pies a cabeza, y cuando trato de abrazarla a veces cree que soy uno de ellos y empieza a gritar. Al cabo de tantos años...

-¿Ha probado usted con un buen profesional, no de mi especie, sino del tipo que ella puede necesitar?

-Bueno, en realidad, se recupera en seguida -dijo el actor a la defensiva, como asumiendo repentinamente un papel y echando mano de su gramática de antiguo profesor para causar efecto-. Además, hasta hace pocos años no hemos tenido dinero para eso -añadió en tono sombrío, con su voz natural.

-¿Y ahora? Eso no puede ser problema ahora.

Dowling bajó la vista hasta la bolsa de vuelo que tenía a los pies. -Si la hubiese conocido antes... Pero los dos florecimos tarde; nos casamos a los cuarenta, como dos bichos raros en busca de algo. Ahora es demasiado tarde.

-Lo siento.

-Nunca debí haber hecho esta maldita película, nunca.

-¿Por qué la hizo?

-Fue ella quien lo quiso, para demostrar a la gente que podía encarnar a alguien mas que a un vejete infantiloide dedicado a soltar trivialidades de calendario. Le dije que eso no importaba. Yo estuve en la guerra, en el cuerpo de marines, y vi lo mío en el Sur del Pacífico, pero nada comparable a lo que ella pasó. ¡Dios santo! ¿Se imagina lo que habrá sido aquello?

-Si, me lo imagino.

El actor levantó los ojos de la bolsa de vuelo, con una sonrisa apenas dibujada en su cara arrugada y quemada por el sol.

-¿Usted, amigo? A menos que le hiciesen prisionero en Corea...

Librodot

-No estuve en Corea.

-Entonces le será tan difícil imaginárselo como a mí. Era usted demasiado joven y tuvo demasiada suerte.

-Bueno, hubo...

Converse guardó silencio; no valía la pena. Había ocurrido tan a menudo que no se molestó en pensar más en ello. Vietnam había sido borrado del repertorio nacional de conversación. Sabía que si se lo recordaba a un tipo como Dowling, a un hombre decente, se desharía en disculpas, pero de nada servía aquel recuerdo discordante. No era lo que correspondía a la señora Dowling, nacida Oppenfeld.

-Ya han encendido el letrero de «no fumar» -comentó Joel-. Estaremos en Hamburgo dentro de un par de minutos.

-He hecho este vuelo media docena de veces en los últimos dos meses -dijo Caleb Dowling- y permítame decirle que Hamburgo es otra cosa. Nada de costumbres alemanas; está tirado, especialmente a estas horas. Empiezan a estampar sellos y liquidan el asunto en menos de diez minutos. Pero después hay que esperar. A veces ha pasado más de una hora antes de que apareciese el avión de Bonn. A propósito, ¿querría tomar una copa conmigo en el salón? -El actor cambió súbitamente a su dialecto sureño-. De usted para mí, aquí tratan muy bien al viejo Pa Ratchet. Mandan un télex y sale a recibirme toda la banda de cowboys, galopando sin parar para llevarme al abrevadero.

Joel se sentía halagado. No sólo le caía bien Dowling, sino que el ser invitado de una celebridad resultaba agradable, y no le habían ocurrido muchas cosas agradables recientemente.

-También debo prevenirle -añadió el personaje- de que incluso a esta hora aparecen las fans, y las relaciones públicas de la compañía se las arreglan para que no falten fotógrafos de prensa, pero nada de eso dura mucho.

Converse agradeció el aviso.

-Tengo que hacer algunas llamadas -dijo-, pero si acabo a tiempo me gustaría mucho reunirme con usted.

-¿Llamadas por teléfono? ¿A estas horas?

-A Estados Unidos. No es esta hora allá en... Chicago.

-Hágalas desde el salón; lo tienen abierto para mí.

-Quizá suene raro -dijo Joel, buscando las palabras-, pero pienso mejor solo, y tengo que explicar algunas cosas complicadas. Después de pasar la aduana habrá una cabina.

-A mí nada me suena raro, hijo. Trabajo en Holl-eee-wood. -Súbitamente desapareció la divertida exuberancia del actor-. En Estados Unidos -dijo pensativo, otra vez con palabras que parecían flotar y la mirada lejana-. ¿Recuerda lo de Skokie, en Illinois? Hicieron un programa de televisión sobre ello. Yo estaba en el estudio aprendiéndome un texto cuando oí los gritos y el ruido de abrir una puerta a golpes. Salí disparado y vi a mi mujer que corría hacia la playa. Tuve que sacarla a rastras del agua. Con sesenta y siete años y volvía a ser una muchachita, en aquel maldito campo, viendo las filas de presos de ojos hundidos, sabiendo cuáles eran los que..., viendo a su madre y a su padre y a sus tres hermanos pequeños... Cuando uno lo piensa, comprende por qué esa gente repite siempre: «Nunca más.» Eso no puede volver a ocurrir. Yo quería vender esa puñetera casa; no quiero dejarla sola allí.

-¿Está sola ahora?

-No -dijo Dowling, recuperando la sonrisa-. Ésa es la parte buena. Después de aquella noche lo afrontamos; los dos sabíamos que no podía continuar así. Lo que hicimos fue conseguirle una enfermera. Es una mujer menudita y alegre que cuenta las historias más divertidas del mundo. Pero cuando hace falta es dura; lleva cuarenta años pululando por los estudios.

Librodot

-¿Es actriz?

-No del todo, pero es una gran extra. Y también una persona estupenda, muy buena con mi mujer.

-Me alegra oírlo -dijo Joel, mientras las ruedas del avión hacían contacto con la pista y chirriaban los motores al invertir la marcha. El avión siguió rodando y después inició un giro a la izquierda, camino de su lugar de parada.

Dowling se volvió a Converse.

-Si termina sus llamadas, pregunte a alguien por la sala de VIP. Dígale que es amigo mío.

-Trataré de ir.

-Si no lo hace -añadió el actor en su dialecto de Santa Fe-, nos veremos en el corral. Todavía nos queda otra jornada en esta conducción de ganado, socio. Menos mal que galopas como el viento.

-¿Llevando ganado?

-¿Qué diablos sé yo? Odio los caballos.

El avión se detuvo, y la puerta delantera se abrió antes de treinta segundos mientras una turba de pasajeros excitados llenaba rápidamente el pasillo.

Era obvio por los cuchicheos, las miradas y el ponerse de puntillas para ver mejor que la razón del repentino éxodo de aquella multitud era la presencia de Caleb Dowling. El actor estaba muy en su papel, dispensando bendiciones a lo Pa Ratchet con cálidas sonrisas, guiños contagiosos y risas de bajo profundo, todo ello con humildad de buen vaquero. Joel le observaba, y sintió un arrebato de compasión por aquel extraño tipo, aquel actor, aquel amante del riesgo dueño de un infierno privado que compartía con la mujer a la que amaba.

Nunca más. No puede volver a ocurrir. Palabras.

Converse miró el maletín que sostenía con ambas manos en sus rodillas. Dentro había otra historia, cargada con una bomba de relojería lista para estallar.

He vuelto, me encuentro perfectamente y estoy a su servicio. También palabras de otra época, pero llenas de amenazas para el presente, porque eran parte de la historia del regreso silencioso de un hombre vivo. Un radio de la rueda de Aquitania.

La primera oleada de pasajeros curiosos atravesó la puerta de salida siguiendo el rastro de la televisión, y Joel se introdujo en la fila de los que tenían menos prisa. Pasaría la aduana tan rápida e inadvertidamente como pudiese, y después buscaría un rincón oscuro y esperaría entre las sombras más espesas a que los altavoces anunciasen el avión para Colonia-Bonn.

Goebbels y Hess aceptaron con entusiasmo la oferta del doctor Heinrich Leif helm. Es fácil imaginar al experto en propaganda viendo ya la imagen de aquel rubio médico ario de «impecables credenciales» en millares de panfletos dedicados a confirmar las especiosas teorías de la genética nazi, así como su espontánea condena del judío inferior y avaricioso; aquello lo transportó al séptimo cielo. Eh cuanto a Rudolf Hess, a quien le gustaban aún más que sus muchachitos el ser aceptado por los Junkers y la clase rica, el herr Doktor era la solución. Aquel médico era obviamente un verdadero aristócrata, y con el tiempo muy posiblemente un amante.

La confluencia de preparación, oportunidad y apariencia resultó aún más eficaz de lo que el joven Stoessel-Leifhelrn había imaginado. Adolf Hitler volvió de Berlin para uno de sus mítines en la Marienplatz, y el imponente Doktor y su apasionado y bien educado hijo fueron invitados a cenar con el Führer. Este oyó cuanto quería oír, y a partir de aquel día, hasta su muerte en 1934, Heinrich Leifhelm fue su médico personal.

Librodot

No había nada que su hijo no pudiera tener, y en seguida vino cuanto deseaba. En junio de 1931 hubo una ceremonia en la sede nacionalsocialista en la que el matrimonio de Heinrich Leifhelm con «una judía» fue declarado nulo, a causa de la «ocultación de la sangre judía» por parte de una oportunista familia hebrea», y todos los derechos, pretensiones y herencia de los hijos de aquella «unión insidiosa» considerados inválidos. Se celebró el matrimonio civil de Leif-helm y Marta Stoessel, y el verdadero heredero, el único hijo con derecho al apellido Leifhelrn, resultó ser un muchacho de dieciocho años llamado Erich.

Munich y la comunidad judía todavía se rieron, aunque ya no tan alto, del disparatado anuncio que los nazis insertaron en los periódicos. Era absurdo; el apellido Leifhelm estaba desacreditado, no había en juego la menor herencia paterna y además todo aquello iba contra la ley. Lo que apenas habían empezado a comprender era que las leyes estaban cambiando en aquella Alemania en pleno cambio. Dentro de sólo dos años no habría más que una ley: las decisiones de los nazis.

Erich Leifhelm había llegado, y su ascenso en el partido fue rápido y firme. A los dieciocho años era Jungführer del movimiento juvenil hitleriano, y fotografías de su rostro y su cuerpo fuerte y atlético invitaban a los hijos del Nuevo Orden a unirse a la cruzada nacional. Durante su etapa de símbolo, fue enviado a la Universidad de Munich, donde completó sus estudios en tres años con los máximos honores académicos. Para entonces Adolf Hitler había llegado al poder; controlaba el Reichstag, lo que le daba facultades dictatoriales. Se había iniciado el Reich de los Mil Años, y Erich Leifhelm fue enviado a la academia de oficiales de Magdeburgo.

En 1935, un año después de la muerte de su padre, Erich Leifhelmn, ahora joven favorito del círculo íntimo de Hitler, fue ascendido al grado de Oberstleutnant en el Gruppenkonnnando 1 de Berlin, a las órdenes de Rundstedt. Estuco profundamente implicado en la gran expansión militar que tenía lugar en Alemania, y a medida que se acercaba la guerra entró en lo que podemos denominar la tercera fase de su complicada vida, que acabaría por llevarlo a los centros del poder nazi y a la vez le proporcionó un medio extraordinario para mantenerse al mar-gen de la jerarquía de la que era parte intrínseca e influyente. De ello se habla brevemente en las páginas finales, como preludio a la cuarta fase, que sabemos es su fanática adhesión a las teorías de George Marcus Delavarte.

Pero antes de terminar con el joven Erich Leiflhelm de Eischstatt, Munich y Magdeburgo debemos dejar constancia de dos acontecimientos que dan idea de la mentalidad psicótica de nuestro hombre. Ya hemos hablado del robo en la casa de la Luisenstrasse y de los beneficios que de él se derivaron. Leifhelm nunca ha negado el incidente, y le encanta contarlo porque le permite pintar con los trazos más negros a la primera esposa de su padre y a sus «autoritarios» parientes. De lo que no habla, ni puede nadie hablar en su presencia, es del iinforme de la policía de Munich, que, a lo que parece, fue destruido en agosto de 1934, fecha que coincide con la muerte de Hindenburg, el ascenso de Hitler al poder absoluto como presidente y canciller de Alemania y la consagración oficial del título de Führer.

Todas las copias del informe policial fueron sustraídas de los archivos, pero dos viejos jubilados del departamento de Munich lo recuerdan muy bien. Tienen ambos cerca de ochenta años, no se han visto desde hace mucho tiempo y fueron interrogados por separado.

El robo fue el menor de los delitos que se cometieron aquella madrugada en la Luisenstrasse. Del más grave no se habló nunca a instancias de la familia. La hija de quince años de los Leifhelm fue violada y golpeada, sufriendo tales heridas en la cara y el cuerpo que cuando ingresó en el hospital Karlstor se le dieron pocas esperanzas de recuperación. Se rehizo físicamente, pero siguió emocionalmente perturbada para el resto de su corta vida. El hombre que cometió la agresión tenía que estar familiarizado con el interior de la casa, saber que había una escalera interior que conducía a la habitación de la muchacha, separada de las que sus dos hermanos y su madre ocupaban en la parte delantera. Erich Leifhelm había interrogado a fondo a su padre sobre la distribución de la casa; estuvo en ella, según él mismo

ha admitido, y conocía el orgullo y el estricto código moral de sus «tiránicos parientes». No cabe duda; no resistió la tentación de infligirles el insulto más degradante que pudo imaginar, y lo hizo a sabiendas de que la influyente familia podría y querría hacer que se guardase oficialmente silencio.

El segundo de estos acontecimientos tuvo lugar durante enero y febrero de 1939. Los detalles están apenas esbozados, dado que hay pocos supervivientes de la época que conociesen bien a la familia y no queda la menor constancia oficial, pero las declaraciones de los que fueron encontrados e interrogados permiten reconstruir ciertos hechos. La esposa legal de Heinrich Leifhelm, sus hijos y su familia trataron sin éxito durante varios años de salir de Alemania. La línea oficial del partido era que la capacidad médica del viejo patriarca, al haber sido adquirida en universidades alemanas, era una deuda contraída con el Estado. Había también cuestiones legales pendientes, nacidas de la disuelta unión entre el difunto doctor Heinrich Leifhelm y un miembro de la familia, cuestiones concretamente relativas a capitales compartidos y derechos hereditarios que afectaban a un destacado oficial de la Wehrmacht.

Erich Leifhelm no quería correr riesgos. Los «ex» esposa e hijos de su padre fueron mantenidos virtualmente presos, con restricción de movimientos. La casa de la Luisenstrasse estaba vigilada, y a cada nueva petición de visado se les sometía durante semanas a una estrecha «vigilancia política», por si tenían intención de escapar. Esta in-formación fue revelada por un banquero retirado, que recordó que habían llegado órdenes del Ministerio de Finanzas dando instrucciones a los bancos de Munich para que comunicasen inmediatamente cualquier retirada importante de fondos por parte de la ex frau Leifhelm o su familia. No hemos podido averiguar la fecha exacta, pero frau Leif-helm, sus hijos y su padre desaparecieron entre enero y febrero de 1936.

No obstante, las actas de los tribunales de Munich, confiscadas por los aliados el 23 de abril de 1945, dan una clara, aunque incompleta, idea de lo sucedido. Sin duda Llevado por la necesidad de convalidar su incautación a los ojos de la ley, el Oberstleutnant Erich Leifhelm pre-sentó una denuncia por su cuenta, con una lista de los agravios sufridos por su padre, el doctor Heinrich Leifhelm, a manos de un grupo de conspiradores, de una familia de criminales que había huido del Reich al verse acusada. Los cargos, como era de esperar, eran infames mentiras, desde el robo de grandes cuentas bancarias inexistentes hasta las maniobras calumniosas para acabar con el prestigio de un gran médico. Incluía el certificado legal del divorcio «oficial» y una copia del testamento del viejo Leifhelm. Había sólo una unión y un hijo verdadero, a quien pasaba todos los derechos, privilegios y bienes hereditarios, el Oberstleutnant Erich Stoessel-Leifhelm.

Como poseíamos fechas bastante precisas, aparecieron supervivientes. Así pudo confirmarse que frau Leifhelm, sus tres hijos y su padre murieron en Dachau, a diez millas de Munich.

Los Leifhelm judíos habían desaparecido; el ario Leifhelm era ahora el único heredero de una considerable fortuna y unas propiedades que en otro caso hubieran sido confiscadas. Antes de cumplir treinta años había hecho borrón y cuenta nueva de su pasado y se había vengado de los agravios que estaba convencido se habían infligido a su alta cuna y dotes. Había madurado un asesino.

-Debe de ser un caso de todos los diablos -dijo Caleb Dowling, sonriendo y dando a Joel con el codo-. Hace ya rato que se le quemó el cigarrillo en el cenicero, y cuando alargué la mano para cerrar la tapa lo único que usted hizo fue levantar la mano para que me estuviese quieto.

-Lo siento. Es... es un caso complicado, sí. Yo no le levantaría la mano por nada del mundo. Es usted una celebridad.

Converse se echó a reír, porque sabía que era lo que se esperaba de él.

-Bueno, mi segunda noticia para usted es que, celebridad o no, la lámpara de «no fumar» lleva encendida ya un par de minutos y usted tiene todavía un porro entre los dedos. Aunque no lo ha encendido, tenemos ya un montón de miradas nazis clavadas en nosotros.

-¿Miradas nazis?

Joel repitió la frase involuntariamente, mientras apretaba el cigarrillo en el receptáculo; no se había dado cuenta de que lo tenía.

-Es una figura de dicción -dijo el actor-. Estaremos en Colonia antes de que haya podido acabar el mamotreto. Vamos, amigo, está empezando ya a aterrizar.

-No -replicó Joel sin pensarlo-. Está esperando a recibir instrucciones en la torre. Es lo que se hace siempre. Tenemos al menos tres minutos.

-Parece que entiende usted de esto.

-Un poco -dijo Converse poniendo el dossier Leifhelm en su maletín-. He sido piloto.

-¿De veras? ¿Piloto de verdad?

-Bueno, me pagaban por ello.

-¿De una línea aérea? Quiero decir de una de estas líneas de verdad.

-Mayor que ésta, creo.

-Caramba, estoy impresionado. Quién lo iba a decir. No parece muy compatible con la abogacía.

-Fue hace mucho tiempo.

Joel cerró el maletín de golpe.

Rodaron por la pista, y el aterrizaje había sido tan suave que una salva de aplausos se elevó de la trasera del avión. Dowling empezó a quitarse el cinturón.

-Igual me hacían a mí después de una clase particularmente buena.

-Ahora escucha muchos más.

-A cambio de mucho menos. A propósito, ¿dónde se aloja usted, abogado?

Joel no estaba preparado para la pregunta.

-En realidad, no estoy seguro -dijo, buscando de nuevo las palabras-. Este viaje lo decidí a última hora.

-Puede necesitar ayuda. Bonn está atestado. Yo estoy en el Konigshof y creo que tengo algo de influencia. Veremos lo que se puede hacer.

-Muchas gracias, pero no será necesario. -Converse pensaba a toda velocidad. Nada más lejos de él que querer llamar la atención en compañía de un actor-. Mi firma va a mandar a alguien a recibirme y tendrá ya hecha la reserva. He quedado en ser de los últimos en salir para que no tengan que buscarme entre el barullo.

-Bueno, si tiene tiempo y quiere reírse un poco con algunos tipos del oficio, llámeme al hotel y deje su número.

-Probablemente lo haré. Disfruté galopando como el viento.

-¿En una conducción de ganado, socio?

Joel esperó. Los últimos rezagados salían del avión, saludando con movimientos de cabeza a las azafatas formadas a ambos lados, unos bostezando, otros peleando torpemente con bolsas en bandolera, equipos fotográficos y portatrajes. El último pasajero atravesó la puerta cóncava del avión y Converse se levantó, cogió su maletín y salió al pasillo. Instintivamente, sin ninguna razón consciente, miró a su derecha, hacia la trasera del avión.

Lo que vio -y lo que le vio a él- le dejó helado. La respiración le estalló silenciosamente en el pecho. Sentada en la última fila del largo fuselaje estaba una mujer. La piel pálida bajo el ala del sombrero y los ojos asustados, asombrados, que se apartaron bruscamente de él,

formaban una imagen que recordaba muy bien. ¡Era la del café del aeropuerto Kastrup de Copenhague! La última vez que la había visto caminaba rápidamente hacia la zona de recogida de equipajes, tras separarse de las filas de mostradores de las líneas aéreas. La había parado un hombre con mucha prisa, habían intercambiado unas palabras... y ahora Joel sabía que hablaban de él.

La mujer había vuelto sobre sus pasos, desapercibida entre las prisas de última hora para subir a bordo. Lo había notado; lo sabía. ¡Le había seguido desde Dinamarca!

6

Converse recorrió rápidamente el pasillo y salió por la puerta metálica al túnel alfombrado. Unos metros más allá, las estrechas paredes del pasadizo se abrían a una zona de espera, con asientos de plástico y estaquillas acordonadas que indicaban la puerta. No había nadie. El lugar estaba vacío, las otras puertas cerradas, las luces apagadas. Más allá, colgados del techo, había letreros en alemán, francés e inglés que encaminaban a los viajeros hacia el terminal principal y la recogida de equipajes, escaleras abajo. No tenía tiempo para recoger el suyo; tenía que correr, que salir del aeropuerto lo más de prisa posible y desaparecer sin ser visto. Después se le ocurrió algo obvio, y le invadió la desesperación. Le habían visto; quienes quiera que fuesen, sabían que estaba en el vuelo procedente de Hamburgo. En el momento en que entrase en el terminal le descubrirían, y no podía hacer nada para evitarlo. Habían dado con él en Copenhague; la mujer le había descubierto, y le habían ordenado subir a bordo para asegurarse de que no se quedaba en Hamburgo ni tomaba un avión con otro destino.

¿Cómo? ¿Cómo lo habían hecho?

No había tiempo para pensar en ello; ya lo haría más tarde... si había un más tarde. Pasó los arcos de los detectores de metales y las negras cintas transportadoras en las que el equipaje de mano era sometido a los rayos X. Enfrente, a no más de veinte metros, estaban las puertas que daban al terminal. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué debía hacer?

NUR FÜR HIER BESCHAFTIGTE MANNER

Joel se detuvo en la puerta. El letrero que había en ella era enfático, el alemán incomprensible. Sin embargo había visto antes aquellas palabras. ¿Dónde? ¿Qué era aquello?... ¡En Zurich! Había sido en unos grandes almacenes de Zurich, cuando sintió un pequeño dolor de vientre. Había acudido a un simpático dependiente que le llevó a unos servicios para empleados. En medio de la sensación de gratitud y alivio, al entrar se había fijado en las extrañas palabras Nur für hier Beschaftigte. Münner.

No hacía falta recordar más. Empujó la puerta y entró, sin saber bien lo que iba a hacer, aparte de ordenar sus ideas. Al otro extremo de la hilera de lavabos que había en la pared estaba un hombre con un mono verde, peinándose mientras inspeccionaba en el espejo algo que tenía en la cara. Converse fue hacia la fila de urinarios que había más allá de los lavabos, con todo el aire de un ejecutivo de líneas aéreas. El truco surtió efecto; el hombre murmuró algo cortésmente y salió. La puerta de vaivén se cerró y Joel se encontró solo.

Se apartó del urinario y estudió su jaula de azulejos, oyendo por primera vez rumor de voces. Era fuera, al otro lado de las ventanas. Como a tres cuartas partes de la altura de la pared más lejana había tres ventanas con cristales traslúcidos, cuyos marcos pintados de blanco se fundían con la blancura del recinto. En una época tan preocupada por la seguridad en las líneas aéreas, con el constante afán de prevenir el contrabando de armas y drogas, un

Librodot

recinto del que se podía salir sin pasar por las aduanas no tenía el menor sentido. Después se le ocurrió lo más obvio. El vuelo desde Hamburgo era interior y esa parte del aeropuerto de Colonia-Bonn un terminal nacional. ¡No había aduanas! Por supuesto que había ventanas al exterior en un recinto como aquél. ¿Qué importaba eso? Los viajeros tenían que pasar por los arcos electrónicos, y a las autoridades que querían detener a un pasajero de un vuelo interior les bastaba con esperarlo en una determinada puerta.

Pero a él no lo esperaba nadie. Había sido el último -el penúltimo- viajero en salir del postrer vuelo nocturno. En la puerta acordonada ya no había nadie, y sería fácil ver a cualquiera sentado en una de las sillas de plástico, o de pie más allá del mostrador. Por tanto, los que le seguían la pista no querían ser vistos. Fueran quienes fuesen, aguardaban, vigilándolo desde algún lugar remoto dentro del terminal. No tenían prisa.

Se acercó a la ventana de la derecha y dejó el maletín en el suelo. Cuando se incorporó, el alféizar quedó sólo unos centímetros por encima de su cabeza. Alargó el brazo hasta las asas blancas y empujó. La ventana se deslizó fácilmente hacia arriba. Metió los dedos por la abertura; no había alambrada. Una vez levantada del todo la ventana tendría sitio suficiente para salir.

Hubo un estrépito a su espalda, golpes rápidos de metal contra madera. Se dio la vuelta en el momento en que se abría la puerta, dando paso a un viejo encorvado con uniforme blanco de mantenimiento y un cubo y una fregona en la mano. Lentamente, con deliberación, el viejo sacó un reloj de bolsillo, lo miró, dijo algo en alemán y esperó la respuesta. No sólo se dio cuenta Joel de que el hombre esperaba que hablase, sino que supuso que le había dicho que los servicios de empleados iban a cerrarse hasta el día siguiente. Tenía que pensar; no podía salir ahora. La única salida del aeropuerto era a través del terminal. Si había otra, no sabía dónde, y no eran horas para andar corriendo por la parte cerrada de un aeropuerto. Los guardas nocturnos podrían agravar sus problemas.

Bajó los ojos, centrándolos en el cubo metálico, y comprendió con desesperación lo que tenía que hacer y no sabía si podría. Con una repentina mueca de dolor, dio un quejido y se agarró el pecho, mientras caía de rodillas. Con la cara contorsionada, se desplomó.

-¡Un médico, un médico... un médico! -gritó una y otra vez.

El viejo dejó caer la fregona y el cubo y dio unos cautelosos pasos al frente acompañados por un torrente de frases guturales llenas de pánico. Converse rodó a su derecha, contra la pared, y abrió la boca como si le faltase el aire mientras miraba al alemán con ojos muy abiertos e inexpresivos.

-¡Un médico! -susurró.

El viejo se echó a temblar y retrocedió hacia la puerta. Se volvió, la abrió y salió corriendo, forzando su voz frágil para pedir ayuda.

¡Iban a ser sólo unos segundos! Las grandes puertas estaban no más de sesenta metros a la izquierda, y la entrada del terminal como unos treinta a la derecha. Joel se incorporó rápidamente, fue corriendo hasta el cubo, lo puso boca abajo y lo llevó junto a la ventana. Lo colocó en el suelo y se subió a él sobre un pie, con las palmas haciendo contacto con la base de la ventana. Empujó. El cristal ascendió unos diez centímetros y se detuvo. Empujó de nuevo, con toda la fuerza que podía hacer desde su incómoda postura, pero la ventana no se movió. Respirando fuerte, la estudió, y su mirada tropezó con dos pequeños objetos de acero que había rogado a Dios no estuviesen en su sitio. Había dos topes atornillados en los lados opuestos del marco, para evitar que la ventana pudiese abrirse más de quince centímetros. Colonia-Bonn podía no ser un aeropuerto internacional con toda su gama de sofisticados aparatos de seguridad, pero tomaba también sus precauciones.

Se oyeron gritos lejanos al otro lado de la puerta. El viejo había encontrado a alguien. A Converse le corría el sudor por la cara mientras se bajaba del cubo y alcanzaba el maletín que había dejado en el suelo. Acción y decisión fueron simultáneas, e hijas exclusivamente del

instinto. Joel cogió el maletín, se echó hacia atrás y golpeo repetidamente con él la ventana, hasta romper el cristal y con-seguir separar el marco de madera interior. Volvió a subirse al cubo y miró afuera. Al otro lado, abajo, había un camino de cemento bordeado por una barandilla, focos a lo lejos y nadie a la vista. Tiró el maletín por la ventana y se encaramó a ella, empujando con la rodilla izquierda los fragmentos de cristal y lo que quedaba del marco hasta hacerlos caer al cemento de abajo. Como pudo, encorvó el cuerpo, metiendo a presión la cabeza entre los hombros, y pasó por el hueco. Al caer al suelo oyó gritos dentro, que iban aumentando de volumen; una algarabía en la que se mezclaban el desconcierto y la rabia. Echó a correr.

Minutos más tarde, en una repentina curva del camino de cemento, vio la entrada del terminal, inundada de luz, y la fila de taxis que esperaban a que los pasajeros del vuelo 817 de Hamburgo recogiesen su equipaje para empezar a cobrarles sus inflados precios nocturnos a Bonn y Colonia. Había vías de entrada y salida al andén, interrumpidas por pasos para peatones, y más allá un inmenso aparcamiento con varias cabinas iluminadas y todavía funcionando para quienes disponían de coche propio. Converse saltó la barandilla sin ser visto y atravesó corriendo una zona de césped hasta llegar a la primera calle, esquivando entre sombras el resplandor cegador de los focos. Tenía que llegar a un taxi con un conductor que hablase inglés; no podía seguir a pie. Era así como le habían capturado hacía años. En una senda de la jungla, donde si hubiera conseguido apoderarse de un jeep -de un jeep enemigo-- pudo haber... ¡Se acabó! ¡Esto no es Vietnam, sino un condenado aeropuerto construido metiendo un millón de toneladas de cemento entre flores, hierba y asfalto! Continuó entrando y saliendo de las sombras, hasta describir un semicírculo completo. Estaba en la oscuridad, con el último de los taxis de la fila enfrente. Se acercó a él.

-¿Inglés? ¿Habla inglés?

-Englisch? Nein.

El segundo taxista respondió también negativamente, pero no el tercero.

-Como dicen ustedes los norteamericanos, sólo un idiota haría el taxi aquí sin hablar un inglés razonable. ¿Se lo parece el mío?

-Muy razonable -dijo Joel abriendo la puerta.

-Nein? ¡No puede usted hacer eso!

-¿Hacer qué?

-Subir al taxi.

-¿Por qué no?

-La cola. Hay que respetar la cola.

Converse buscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un fajo de billetes alemanes.

-Soy generoso. ¿Entiende eso?

-Ah, enfermedad urgente. Suba, mein Herr.

El taxi abandonó la fila y se dirigió al camino de salida.

-¿Bonn o Colonia? -preguntó el conductor.

-Bonn -dijo Converse-, pero todavía no. Quiero ir a la otra calle y parar frente al aparcamiento.

-Was...?

-La otra calle. Quiero observar la entrada desde allí. Me pareció ver a una conocida en el avión de Hamburgo.

-Ya han salido muchos. Sólo quedan los que tienen equipaje.

-Ella sigue dentro -insistió Joel-. Por favor, haga lo que le digo.

-¿Ella?... *Ach, ein Fráulein.lst ja Ihr Geld, mein Herr*.

El conductor metió el taxi por un atajo que llevaba al camino de entrada del aparcamiento y se detuvo en la sombra, más allá de la segunda cabina. Las puertas del terminal quedaban a la izquierda, a menos de cien metros. Converse observó cómo viajeros cansados, con todo tipo de maletas, bolsos de golf y el omnipresente equipo fotográfico, empezaban a desfilar por la entrada del terminal. La mayoría levantaban la mano para llamar a un taxi, y sólo algunos cruzaban por los pasos de peatones camino del aparcamiento.

Pasaron doce minutos y aún no había rastro de la mujer de Copenhague. No podía tener equipaje, de modo que la tardanza era deliberada, u obedecía a órdenes recibidas. El taxista había asumido el papel de quien es ajeno al asunto. Había apagado las luces y, con la cabeza inclinada, parecía dormitar. Silencio... Al otro lado de los caminos paralelos, los viajeros de Hamburgo iban disminuyendo. Varios jóvenes, sin duda estudiantes, dos de ellos en vaqueros, y bebiendo como sus compañeros latas de cerveza, se reían mientras contaban el dinero que les quedaba. Un hombre de negocios con chaqueta y chaleco luchaba entre bostezos con una gran maleta y una enorme caja de cartón envuelta en un papel de dibujo floral, mientras una pareja madura discutía, subrayando las frases con sacudidas de sus cabezas grises. Otras cinco personas, hombres y mujeres, esperaban junto al bordillo al otro extremo del andén, sin duda por los coches que iban a llevárselos. ¿Dónde estaría...?

De repente apareció, pero no sola. La flanqueaban dos hombres y les seguía un tercero. Caminaban despacio, con aire indiferente, y al salir de las puertas de cristal automáticas fueron hacia la izquierda, apretando poco a poco el paso hasta llegar a la zona más oscura de la entrada entoldada. Allí los tres hombres se colocaron frente a la mujer, como formando una muralla protectora, y hablándole por encima del hombro mientras con la cabeza vuelta no perdían de vista a la gente. Su conversación se hizo animada, sin que la mezcla de rabia y confusión que se adivinaba en ella impidieran que sus reacciones fuesen perfectamente dominadas. El hombre que estaba a la derecha se separó, fue hasta la esquina del edificio y penetró en las sombras que había más allá. Sacó un objeto de un bolsillo interior y Joel supo inmediatamente lo que era. El hombre se lo llevó a los labios. Hablaba por radio con alguien que estaba dentro del aeropuerto o en sus alrededores.

Apenas habían pasado unos segundos cuando la luz de unos potentes focos atravesó el cristal por encima del hombro derecho de Converse, inundando la parte trasera del taxi. Joel se encogió en el asiento, con la cabeza vuelta, el cuello arqueado y la cara en el borde del cristal posterior. Más allá, junto a la caseta de salida del aparcamiento, se había detenido una limusina rojo oscuro y el conductor tenía el brazo extendido, con un billete en la mano. El empleado cogió el dinero, y en el momento en que se volvía para dar el cambio el gran coche arrancó, dejándolo desconcertado. Pasó junto al taxi y se dirigió a la curva de la carretera que conducía a la entrada del terminal del aeropuerto. Era todo demasiado preciso. Sin duda habían establecido contacto por radio, y Joel habló con el taxista.

-Le dije que era generoso -explicó, sorprendido por las palabras que iban formándose en su cabeza-. Puedo serlo mucho si hace lo que yo le diga.

-Soy un hombre honrado -dijo el alemán, con voz insegura y mirando a Joel por el retrovisor.

-Lo mismo que yo; pero soy también honradamente curioso, y no hay nada malo en ello. ¿Ve aquel coche rojo oscuro, el que acaba de parar en la esquina?

-Ja.

-¿Cree que podría seguirlo sin ser visto? Tendrá que mantenerse muy alejado, pero sin perderlo de vista. ¿Podría hacerlo?

-No es una petición razonable. ¿Cómo de generoso es el Amerikaner?

-Doscientos marcos sobre el precio de la carrera.

-Efectivamente, es usted generoso, y yo un as del volante.

El alemán no exageraba. Metió hábilmente el taxi sin hacerse notar por un atajo y giró bruscamente a la izquierda hasta tomar el carril de salida, evitando así la entrada del terminal.

-¿Qué hace? -preguntó Joel, confuso-. Quería que siguiese...

-Es la única salida -le interrumpió el taxista, mirando por el retrovisor hacia el andén del aeropuerto mientras mantenía una velocidad moderada-. Dejaré que me adelante. Sólo soy un insignificante taxi más de los muchos que hay por la autopista.

Converse se hundió en el asiento, con la cabeza alejada de las ventanillas.

-Buena idea -dijo.

-Superior, mein Herr.

El taxista volvió a mirar brevemente atrás por la ventanilla y después se concentró en la carretera y en el retrovisor. Minutos más tarde fue acelerando la velocidad. Apenas se notaba; no hubo cambio de ritmo, sólo un discreto avivar el paso. Se echó a la izquierda, pasó a un coupé Mercedes, se mantuvo en ese carril para adelantar a un Volkswagen y en seguida volvió a la derecha.

-Espero que sepa lo que hace -murmuró Joel.

No hizo falta respuesta, porque en ese momento apareció a su izquierda el coche rojo oscuro.

-Ahí enfrente la carretera se bifurca -dijo el taxista-. Un ramal va a Colonia y el otro a Bonn. Usted dice que va a Bonn, pero ¿y si su amigo va a Colonia?

-Sígale.

La limusina entró en la carretera de Bonn y Converse encendió un cigarrillo, mientras sus pensamientos se concentraban en la realidad de haber sido descubierto, lo que significaba que sabían su nombre por la lista de pasajeros. Amén. Hubiera preferido que fuese de otro modo, pero una vez hecho el contacto inicial con Bertholdier aquello no era ya vital. Podía operar con su nombre; su pasado podía incluso ser una baza. Había también un lado positivo, en cuanto a la situación inmediata. Había aprendido algo, varias cosas. Quienes le seguían -y ahora le habían perdido- no tenían que ver ni con la policía alemana, ni con la francesa, ni con la Interpol que las coordinaba. De lo contrario le hubiesen detenido en la puerta o en el mismo avión. Y eso le decía algo más: a Joel Converse no lo buscaban por agresión o -Dios no lo quiera- asesinato, allá en París. Y esta premisa sólo podía conducir a una tercera posibilidad: la sangrienta pelea en el callejón estaba siendo ocultada. Jacques-Louis Bertholdier no quería correr el riesgo de que a causa de las grandes heridas de su ayudante su nombre pudiese salir a relucir en relación con el acaudalado huésped del hotel que había hecho aquellas alarmantes insinuaciones al venerado general. Lo primero era proteger a Aquitania.

Había una cuarta posibilidad, a la que había llegado por caminos tan realistas que podía ser considerada como un hecho. Los hombres de la limusina rojo oscuro que habían ido a esperar el avión de Hamburgo formaban también parte de Aquitania, eran secuaces de Erich Leifhelm, el eslabón de Aquitania en Alemania Occidental. En algún momento, durante aquellas cinco horas, Bertholdier había conocido la identidad del falso Henry Simon -probablemente a través de la dirección del George V- y se había puesto en contacto con Leifhelm. Después, alarmados ambos de que en ninguna lista de viajeros figurase un americano llamado Converse que volaba de París a Bonn, habían investigado en otras Líneas y descubierto que había ido a Copenhague. La alarma debía de haber sido estridente. ¿Por qué Copenhague? Había dicho que iba a Bonn. ¿A qué iba aquel hombre extraño con su extraordinaria información a Copenhague? ¿Quiénes son sus contactos, con quién va a entrevistarse? Encontradlo. ¡Encontradlos! Había habido otra llamada de teléfono, una descripción, y una mujer lo había visto en un café del aeropuerto de Kastrup. Era todo como una pesadilla.

Había volado a Dinamarca por una razón, pero aquello había servido también para algo imprevisto. Le habían descubierto, pero al hacerlo habían revelado también el pánico que sentían. Aquel agitado comité de recepción, el utilizar una radio para comunicarse en plena noche con un vehículo que estaba allí al lado, la prisa de la limusina, eran otros tantos ingredientes de esa ansiedad. El enemigo estaba desconcertado y el abogado que había en Converse satisfecho. En ese momento, el tal enemigo estaba a unos cuatrocientos metros carretera adelante, dirigiéndose a toda velocidad hacia Bonn sin saber que detrás de ellos un taxi, manejado hábilmente por un conductor que serpenteaba entre el tráfico intermitente, no los perdía de vista.

Joel aplastó su cigarrillo mientras el conductor disminuía la marcha para permitir que le adelantase un camión de reparto. Podía ver el gran coche rojo oscuro allá enfrente, en la larga curva. El alemán no era un aficionado; sabía lo que había que hacer, y Converse comprendió. Quienquiera que fuese en aquella limusina, podía ser un tipo influyente, y ni siquiera por doscientos marcos valía la pena enemistarse con un poderoso.

Probabilidades; todo eran probabilidades. Se había labrado su fama profesional a fuerza de estudiarlas, cosa más sencilla de lo que creían la mayoría de sus colegas. Es decir, lo sencillo era el método, no el trabajo, que nunca era fácil. Exigía la doble disciplina de concentrarse en el momento y estimular a la imaginación a ampliar su campo de acción hasta que las minucias iban formando docenas de ecuaciones diferentes. Este exhaustivo proceso de «y si...» era la clave de su oficio; así era de sencilla la cosa. Joel pensó que era también una trampa verbal, y al hacerlo su memoria retrocedió al pasado y le hizo sonreír incómodo en la oscuridad. En uno de sus momentos de pique, Val le había dicho que si emplease en pensar en ellos dos sólo una gota del tiempo que gastaba en sus «malditas probabilidades», llegaría «probablemente» a darse cuenta de que la «probabilidad» de que siguiesen juntos era «probablemente nula».

Val no había perdido nunca su lado epigramático, ni sacrificado su humor en aras de la sinceridad. A pesar de su aspecto imponente, Valerie Charpentier Converse era una mujer muy divertida. Incapaz de evitarlo, Joel había sonreído ante su explosión de aquella noche, y además a ambos les entró la risa, hasta que ella dio media vuelta y salió de la habitación, porque había demasiada tristeza en la verdad que había dicho.

El sereno paisaje iba siendo reemplazado por grandes edificios pintorescos que a Converse le recordaban las enormes casas victorianas, con aristas afiligranadas, aleros salientes y balcones enre jados bajo grandes ventanales rectangulares. A su vez, esas grandes formas geométricas dieron paso a una contradictoria sucesión de casas residenciales, atractivas pero perfectamente vulgares, del tipo de las que pueden encontrarse en cualquier urbanización tradicional de las afueras de una gran ciudad norteamericana, algo como Scarsdale, Chevy Chase, Grosse Pointe o Evanston. Después vino el centro de Bonn, donde calles estrechas alumbradas con gas iban a dar a avenidas más anchas con iluminación moderna, y había plazas pintorescas a sólo unas manzanas de hileras de tiendas y boutiques último grito. Era un anacronismo arquitectónico, el ambiente del viejo mundo coexistiendo con estructuras actualísimas, pero sin la menor sensación de ciudad, sin nada electrizante o grandioso. Parecía, por el contrario, un pueblón crecido a toda prisa, sin que sus fuerzas vivas supiesen qué estilo imprimirle. La patria de Beethoven, puerta del valle del Rhin, era lo menos parecido a la capital de un gobierno importante, cualquier cosa menos la sede de un tenaz Bundestag y una serie de astutos y sofisticados primeros ministros que tenían al oso ruso al otro lado de la frontera.

-Mein Herr! -exclamó el taxista-. Toman la carretera de Bad Godesberg. Das Diplomatenviertel.

-¿Qué significa esto?

-Las embajadas. ¡Tienen Polizeistreifen, patrullas. Pueden... ¿cómo dicen ustedes?... reconocernos.

-No importa. Siga haciéndolo como hasta ahora; es usted grande. Pare si tiene que parar y aparque cuando sea necesario. Después siga adelante. Ya sabe que tiene trescientos marcos sobre el precio de la carrera. Necesito saber dónde van.

Lo supo seis minutos más tarde, y se quedó asombrado. Por muchas cosas que hubiese pensado, por muy lejos que le hubiese llevado su imaginación, no estaba preparado para lo que dijo el taxista.

-Esa es la Embajada norteamericana, mein Herr.

Joel trató de concentrarse.

-Lléveme al hotel Kónigshof -dijo, recordando, y no sabiendo qué otra cosa decir.

-Sí, creo que herr Dowling dejó una nota sobre eso -dijo el recepcionista, buscando bajo el mostrador.

-¿De veras?

Converse no salía de su asombro. Había utilizado el nombre del actor con la esperanza de conseguir un trato preferente.

-Aquí está. -El recepcionista extrajo dos papeles del pequeño montón que tenía en la mano-. ¿Es usted Joel Converse, un abogado norteamericano?

-El mismo.

-Herr Dowling dijo que podía tener dificultades para encontrar alojamiento adecuado aquí en Bonn, y por si venía esta noche al Kónigshof nos pidió que le ayudásemos si era posible. Y lo es, herr Converse. Herr Dowling es un hombre muy popular.

-Lo merece.

-Veo que también ha dejado un mensaje para usted.

El empleado se volvió y cogió un sobre cerrado de uno de los casilleros que tenía a su espalda. Se lo dio a Converse, que lo abrió.

Hola, socio.

Si no recoge esto, lo haré yo por la mañana. Perdóneme, pero me recordó a uno de los muchos colegas míos, menos afortunados, que dicen no cuando quieren decir sí. En su caso es una especie de deformación del orgullo, porque creen que les ofrezco una limosna. 0 eso o que no quieren encontrarse con alguien que puede estar a donde yo voy. Con usted tendré que descartar lo primero y quedarme con lo segundo. Hay aquí en Bonn alguien con quien no quiere encontrarse, y no tiene por qué hacerlo. He reservado la habitación a mi nombre; cámbielo, si lo prefiere, pero no discuta por la factura. Le debo sus honorarios, abogado, y yo siempre pago mis deudas. Al menos lo he hecho durante los últimos cuatro años.

A propósito, permítame decirle que sería usted un mal actor. Sus pausas resultan de lo menos convincente.

Joel volvió a poner la nota en el sobre, resistiéndose a la tentación de ir a un teléfono y llamar a Dowling. Le quedaban pocas horas de sueño antes de ir a trabajar; las gracias podían esperar hasta por la mañana. 0 por la noche.

-Me parece muy bien todo lo que ha dispuesto el señor Dowling -dijo al recepcionista-. Tiene razón. Si mis clientes supiesen que he llegado a Bonn un día antes, no tendría ocasión de disfrutar de su hermosa ciudad.

-Su intimidad será respetada, señor. Herr Dowling es muy atento, y por supuesto muy generoso. ¿Tiene fuera el equipaje?

-No; por eso he llegado tan tarde. Se equivocaron de avión en Hamburgo y no llegará hasta por la mañana. Al menos eso es lo que me dijeron en el aeropuerto.

-Ach; es una lata, pero ocurre a menudo. ¿Necesitará algo?

Librodot

-No, gracias -dijo Converse, levantando el maletín. Lo más necesario viaja conmigo. Bueno, sí, hay una cosa. ¿Podrían servirme algo de beber?

-Naturalmente.

Joel se sentó en la cama, con el dossier al lado y el vaso en la mano. Necesitaba pensar unos minutos antes de volver a sumergirse en el mundo del mariscal de campo Erich Leifhelm. Con ayuda de la centralita, había llamado al número permanente de Lufthansa, donde le habían asegurado que le guardarían la maleta en el aeropuerto. No dio más explicaciones que el hecho de que después de dos días con sus noches viajando no se había parado a esperar por el equipaje. El empleado podía interpretar sus palabras como quisiera; no le importaba. Tenía la cabeza en otras cosas.

¡La Embajada norteamericana! Lo que le abrumaba era la implacable confirmación de las palabras del viejo Beale... Detrás de todo ello están los encargados de hacer proselitismo, v su número au-menta en todas partes. Estamos en la cuenta atrás... De tres a cinco semanas, ése es el tiempo que nos queda. Es algo real y que se acerca. Joel no estaba preparado para aquella realidad. Podía aceptar lo de Delavane y Bertholdier, y desde luego lo de Leifhelm, pero saber que personal de la embajada -personal norteamericano- recibía órdenes de la red de Delavane era desolador. ¿Hasta dónde había llegado Aquitania? ¿Cómo estaban de extendidos sus seguidores, su influencia? ¿Era aquella noche la estremecedora respuesta a ambas cuestiones? Pensaría en todo ello por la mañana. Antes tenía que estar preparado para ver al hombre con quien había venido a encontrarse en Bonn. Mientras alcanzaba el dossier, recordó el pánico repentino y profundo que había visto en los ojos de Avery Fowler... de Preston Halliday. ¿Cuánto tiempo hacía que lo sabía? ¿Y que sabía?

No vale la pena relatar las hazañas de Erich Leifhelm en los años transcurridos hasta la mitad de la guerra si no es para decir que su fama aumentó y, lo que es más importante, fue uno de los escasísimos oficiales superiores que escalaron la jerarquía del partido nazi siendo a la vez aceptados por los generales profesionales al viejo estilo. No sólo lo aceptaron, sino que lo buscaron para sus puestos de mando. Hombres como Rundstedt y Von Falkenhausen, Rommel y von Treskove pidieron en una u otra ocasión a Berlín los servicios de Leifhelm. Era indiscutiblemente un brillante estratega y un oficial osado, pero había algo más. Esos generales eran aristócratas, formaban parte de la clase gobernante de la Alemania de anteguerra, y en su mayoría odiaban a los nacionalsocialistas, a los que consideraban una banda de exhibicionistas y amateurs. No es difícil imaginar a Leifhelm, sentado entre esos hombres, exponiendo modestamente lo que estaba claramente anotado en su historial militar. Era hijo del difunto y prominente médico de Munich doctor Heinrich Leifhelm, que le había dejado una considerable fortuna. No necesitamos hacer conjeturas para comprender hasta dónde llegó para congraciarse con ellos, porque lo que sigue está sacado de una entrevista con el general Rof Winter, Standortkommandanrt del Wehrbereichskonnmando de los sectores del Sarre:

Nos sentábamos en corro después de cenar, y la charla era deprimente. Sabíamos que la guerra estaba perdida. Las insensatas órdenes de Berlin -la mayoría de las cuales estábamos de acuerdo en que no llegarían a cumplirse- garantizaban una matanza a granescala de soldados y paisanos. Era una locura, el suicidio nacional. Y el joven Leifhelm decía siempre cosas como «Quizá esos locos me escuchen. Me tienen por uno de los siervos; lo han creído así desde los días de Munich...», y nos preguntábamos si seria él quien pudiese llevar un poco de cordura a unos frentes en pleno derrumbamiento. Era un buen oficial, muy considerado, e hijo de un médico famoso, como nos recordaba a cada paso. Al fin y al cabo, en aquellos primeros tiempos los jóvenes habían perdido la cabeza entre los cavernosos rugidos del Sieg Heil, las multitudes fanáticas, las banderas, los tambores las marchas nocturnas con antorchas. Resultaba todo tan melodramático, tan wagneriano,.. Pero Leifhelm era diferente, no uno de aquellos gángsters; patriota, por supuesto, pero no un rufián... De modo que enviamos

informes por su mediación a nuestros amigos más íntimos de Berlin, informes que habrían provocado muestra ejecución de haber caído en otras manos. Se nos dijo que lo había intentado con todas sus fuerzas, pero no consiguió imbuir cordura en la mente de unos hombres que vivían a diario con el miedo a la muerte por culpa de un rumor o un comadreo. Pero él conservaba su propia cordura, y su lealtad, que eran constantes... Fuimos informados por uno de sus ayudantes -no por él, cuidado- de que se había enfrentado a un coronel de las SS que le había seguido por la calle y le había preguntado por el contenido de su cartera. Se negó a mostrárselo, y cuando se vio amenazado de arresto inmediato mató a aquel hombre para no traicionarnos. Era uno de los nuestros. Fue un rasgo de nobleza muy arriesgado; sólo un oportuno bombardeo nocturno salvó su vida.

Era claro lo que Leifhelm estaba haciendo, y no menos claro que los informes en cuestión nunca fueron mostrados a nadie, ni hubo un coronel de las SS muerto de un tiro en la calle durante una incursión aérea. Según Winter, esos despachos desde el Sarre eran tan explosivos que alguien tendría que recordarlos, y nadie los recuerda. Una vez más, Leifhelm había visto su oportunidad. La guerra estaba perdida y los nazis a punto de convertirse en los malos del siglo xx; pero no el cuerpo de generales alemanes de élite; ellos eran otra cosa. Hizo otra vez horcón y cuenta nueva y se pasó a los «prusianos». Lo hizo con tal éxito que se rumoreó que había formado parte del complot para asesinar a Hitler en Wolfsschanze, y se contó con él como uno de los miembros del grupo que firmó la rendición con Doenitz.

Durante la guerra fría, el mando central aliado le pidió que se incorporase, junto a otros elementos clave del cuerpo de oficiales de la Wehrrnacht, al Bundesgrenzschutz. Se convirtió en consejero militar privilegiado con acceso a toda la documentación secreta. Un asesino ya maduro había sobrevivido, y la historia, con ayuda del Kremlin, se encargó del resto.

En mayo del 49 fue fundada la Republica Federal, y en septiembre de ese mismo año terminó formalmente la ocupación aliada. A medida que proseguía la escalada en la guerra fría y la Alemania Occidental iniciaba su notable recuperación, las fuerzas de la OTAN pidieron material y personal a sus antiguos enemigos. Las nuevas divisiones alemanas se formaron bajo el mando del ex mariscal de campo Erich Leifhelm.

Nadie había husmeado en las cuestionables decisiones de los tribunales de Munich hacía casi dos décadas; no había otros supervivientes, y los vencedores necesitaban sus servicios. Durante la reconstrucción de la posguerra, cuando en toda Alemania se recurría a in-contables arreglos y resoluciones legales laberínticas, le fue con firmada tranquilamente la concesión de todos sus capitales e inmuebles, incluidas algunas de las más valiosas propiedades de Munich. Así termina la tercera fase de la historia de Erich Leifhelm. De la cuarta, la que más nos importa, es de la que menos sabemos. Lo único seguro es que ha llegado a estar tan profundamente implicado en la operación del general Delavane como cualquiera de los que figuran en la lista primitiva.

Llamaron a la puerta. Joel se tiró de la cama, mientras el dossier Leifhelm caía al suelo. Miró el reloj, lleno de temor y confusión. Eran casi las cuatro. ¿Quién le buscaba a esas horas? ¿Le habrían descubierto? ¡Dios mío! ¡El dossier! ¡El maletín!

-¿Joe? ¿Joe, estás levantado? -La voz era a la vez un susurro y un grito, el sotto voce de un actor-. Soy yo, Cal Dowling.

Converse corrió a la puerta y le abrió, mientras respiraba a pleno pulmón. Dowling estaba impecablemente vestido, y levantó las manos reclamando silencio mientras miraba a un lado y otro del pasillo. Satisfecho, entró rápidamente empujando a Joel y cerró la puerta.

-Lo siento, Cal -dijo Converse-. Estaba dormido. Creo que el ruido me sobresaltó.

-¿Siempre duermes con los pantalones puestos y la luz dada? Habla bajo. No hay nadie en los pasillos, pero nunca se puede decir nada de lo que no se ha visto.

-¿Decir qué?

-Fue una de las primeras cosas que aprendimos en Kwajalein en 1944. Una patrulla no significa nada a menos que tengas algo de qué informar. Lo único que quiere decir es que ellos fueron más listos que tú.

-Iba a llamarte para darte las gracias.

-De eso no hay ni qué hablar, amigo -le interrumpió Dowling muy serio-. Tengo apenas un par de minutos. Hay un coche abajo esperándome para llevarme al rodaje, que está a más de una hora de aquí. No quise salir antes de mi habitación, por si había alguien por allí, y no quería llamarte porque una centralita puede estar vigilada o comprada. Por los de recepción no me preocupo; no les tienen mucha simpatía a nuestros compatriotas de aquí. -El actor suspiró-. Resulta que cuando llegué a mi habitación deseando dormir me encontré con un visitante. Estoy al final del pasillo, y sólo rezaba para que si venías aquí no te viese.

-¿Un visitante?

-De la Embajada, la Embajada norteamericana. Dime, Joe...

-Joel -le interrumpió Converse-. No es que importe, pero...

-Lo siento; tengo una obstrucción en el oído izquierdo, aunque tampoco eso importa. Se pasó cerca de veinticinco minutos haciéndome preguntas sobre ti. Me dijo que nos habían visto hablando en el avión. Ahora dime, abogado: ¿eres trigo limpio o empiezan a fallarme mis instintos?

Joel devolvió a Dowling su mirada fija.

-Tus instintos están perfectamente bien -dijo sin énfasis-. ¿Dijo algo en contrario el de la Embajada?

-No exactamente. En realidad, no dijo mucho. Sólo que querían hablar contigo, saber para qué habías venido a Bonn, dónde estabas.

-¿Pero sabían que estaba en el avión?

-Si; dijo que habías salido en avión de París.

-Entonces sabían que yo estaba en ese avión.

-Eso es lo que acabo de decir... lo que él dijo.

-Entonces ¿por qué no me esperaron en la puerta y me preguntaron por sí mismos?

Los surcos de la cara de Dowling se hicieron más profundos y sus ojos se estrecharon entre las arrugas de carne bronceada.

-¿Si, por qué no? -se preguntó a sí mismo.

-¿No lo dijo?

-No, pero lo de París no salió a relucir hasta que ya iba a des-pedirse.

-¿Qué quieres decir?

-Es como si pensase que yo le ocultaba algo, y así era, en efecto, pero no pudiese estar seguro. Yo hago muy bien las cosas, Joe... Joel. -Pero te arriesgaste.

-No, me cubrí las espaldas. Le pregunté si había cargos contra ti o algo parecido. Dijo que no.

-Sin embargo, él...

-Además, no me gustaba el tipo. Era uno de esos burócratas que no lo apean ni para dormir. No hacía más que repetir las cosas, y cuando no consiguió nada dijo: «Sabemos que salió de París», como desafiándome. Le dije que yo no lo sabía.

-No hay mucho tiempo, pero ¿puedes decirme qué más te preguntó?

-Ya te lo dije; quería saber todo lo que habíamos hablado. Le dije que no tenía un magnetófono en la cabeza, pero que fueron en su mayor parte naderías, el tipo de charla que tengo siempre con la gente que encuentro en los aviones, sobre espectáculos, negocios:..

Pero no se conformaba. Siguió apretándome, lo que me dio ocasión para cabrearme un poco.

-¿Cómo ocurrió?

-Le dije: sí, hablamos de algo más, pero era muy personal y no le importa. Eso le sacó de sus casillas, lo que me permitió enfadarme aún más. Intercambiamos unos cuantos alfilerazos, pero los suyos con poca punta; estaba demasiado furioso. Después me preguntó como por décima vez si habías dicho algo acerca de Bonn, en especial dónde ibas a alojarte, de modo que le dije por décima vez la verdad, o al menos lo que tú habías dicho: que eras abogado, venías a ver a unos clientes y no tenía la menor idea de dónde estabas. Quiero decir que realmente no sabía que estabas aquí.

-Eso está muy bien.

-¿De veras lo está? Los instintos van muy bien para las primeras reacciones, abogado, pero después uno se hace preguntas. Un funcionario con pinta de señorito de la Ivy League que se presenta con una tarjeta de identidad de la Embajada y actúa de un modo tan cargante puede resultar muy molesto a medianoche, pero no por eso deja de pertenecer al Departamento de Estado. ¿Qué diablos es todo esto?

Joel dio media vuelta y fue hasta los pies de la cama, donde contempló el dossier Leifhelm caído en el suelo. Se volvió de nuevo y habló claramente, oyendo en su voz el timbre del agotamiento.

-Algo en lo que no querría implicarte por nada del mundo; pero que conste que esos instintos tuyos acertaron de pleno, socio.

-Seré franco -dijo el actor, con sus ojos claros atisbando di-vertidos desde detrás de las arrugas-. Lo mismo creo yo. Le dije a ese memo que si recordaba algo más telefonearía a Walter no sé cuántos (bueno, le llamé Walt) y se lo diría.

-No comprendo.

-Es el embajador aquí en Bonn. ¿Te imaginas, con todos los jaleos que tienen y ese majadero me dio una comida, a mí, un pobre actor de televisión? Bien; el caso es que la sugerencia de que podía llamar al embajador sobresaltó a nuestro pollito más que ninguna otra cosa; no se lo esperaba. Dijo, tres veces creo recordar, que no había que molestar al embajador con este asunto. No era tan importante, y ya tenía bastantes cosas en que pensar, y en realidad ni siquiera estaba enterado de ello. Y toma nota de esto, señor abogado: dijo que tú eras un asunto interno del Departamento de Estado, como si un pobre actor no pudiese entender lo que se cuece entre patrióticos burócratas. Creo que fue entonces cuando solté un taco.

-Gracias -dijo Converse, sin saber qué otra cosa decir, pero sí seguro de lo que quería descubrir.

-Fue también entonces cuando pensé que mis instintos no eran tan malos. -Dowling miró su reloj y después a Converse, ahora con ojos penetrantes-. Fui marino, pero no soy un patriotero, amigo mío. Sin embargo, me gusta mi bandera; no querría vivir bajo ninguna otra.

-Ni yo.

-Entonces acláramelo. ¿Estás trabajando por ella?

-Si, del único modo que sé, y eso es cuanto puedo decirte.

-¿Estás averiguando algo aquí en Bonn? ¿Es por eso por lo que no querías que te viesen conmigo, por lo que te mantuviste lejos de mí en Hamburgo, e incluso al bajar del avión aquí?

-Si.

-Y ese hijo de zorra no quería que yo llamase al embajador.

-No, no quería. Ni quiere. No puede permitírselo. Y, por favor, te pido que no lo hagas.

-Eres... ¡Dios mío! ¿No serás uno de esos agentes secretos sobre los que he leído? Resulta que me he encontrado en un avión a un tipo que no puede dejar que lo vean cuando llega a un aeropuerto.

-No es tan melodramático. Soy abogado y estoy simplemente investigando algunas supuestas irregularidades. Te ruego que lo aceptes así, y te agradezco lo que hiciste por mí. También yo soy un poco nuevo en esto.

-Eres un tío tranquilo. Vaya si lo eres. -Dowling se volvió y anduvo hacia la puerta. Después se detuvo y se volvió hacia Converse-. Tal vez yo esté loco -dijo-. A mi edad está permitido, pero tú también tienes una vena de eso. Una parte te dice «adelante», otra «quédate donde estás». Lo vi cuando hable de mi mujer. ¿Estás casado?

-Lo estuve.

-¿Y quién no? Estuve casado, ésa es la palabra. Lo siento.

-Yo no lo lamento. Ni tú ni yo lo lamentamos.

-¿Quién lo lamenta? Perdón otra vez. Mis instintos no se equivocaban. Eres trigo limpio.

Dowling alargó la mano hacia el pomo.

-Cal...

-¿Si?

-Tengo que saberlo; es muy importante. ¿Quién era el hombre de la Embajada? Se habrá identificado.

-Lo hizo -dijo el actor-. Me puso una tarjeta frente a la cara cuando abrí la puerta, pero yo no llevaba las gafas puestas. Luego, cuando ya iba a marcharse, dejé bien claro que quería saber quién diablos era.

-¿Y quién era?

-Dijo que se llamaba Fowler. Avery Fowler.

-¡Espera!

-¿Qué?

-¿Qué has dicho?

Converse sintió vértigo al impacto del nombre. Tuvo que sujetarse, agarrándose al objeto sólido más cercano, una de las columnas de la cama, porque se le doblaban las rodillas.

-¿Qué ocurre, Joe? ¿Qué te pasa?

-¡Ese nombre! Es como un chiste, un mal chiste... ¿Te pusieron en ese avión? ¿Fui yo quien te encontró? ¿Forma usted parte del tinglado, señor actor? ¡Pues lo hace muy bien!

-No sé si has bebido o estás enfermo. ¿De qué estás hablando? -Esta habitación, tu nota... ¡todo! ¡Y ahora ese nombre! ¿Es toda esta condenada noche un montaje?

-Ya es por la mañana, jovencito, y si no te gusta esta habitación, por mí puedes alojarte donde quieras.

-¿Dónde quiera? -Joel trató de evadirse de los cegadores relámpagos de luz del Quai du Mont-Blanc y aclarar la obstrucción abrasadora que sentía en la garganta-. No... Fui yo quien vino aquí -dijo con voz ronca-. No podías saber si iba a hacerlo. En Copenhague, en el avión, saqué el último billete de primera; el asiento de al lado ya había sido vendido, un asiento de pasillo.

-Es donde viajo siempre, en el pasillo.

-¡Dios mío!

-Ahora estás divagando. -Dowling contempló el vaso vacío que había en la mesilla y después la mesa, sobre la que había una botella de whisky escocés proporcionada por un recepcionista complaciente-. ¿Cuánto de eso has tomado?

Converse sacudió la cabeza.

-No estoy borracho. Perdóname. Tú no tenías nada que ver con esto. Te están utilizando, ¡tratan de utilizarte para encontrarme! Salvas mi... trabajo y la emprendo contigo. Perdóname.

-No tienes el aspecto de alguien preocupado por su empleo -dijo el actor, con más aire de preocupación que de enfado.

-No es el empleo; es... lo que trato de conseguir-. Joel hizo en silencio una profunda inspiración para dominarse, retrasando el momento en que tendría que enfrentarse con las tremendas implicaciones de lo que acababa de saber. ¡Avery Fowler!-. Quiero acertar en lo que estoy haciendo; necesito ganar -añadió sin mucha convicción, esperando ocultar el desliz del que veía se había percatado Dowling-. Un abogado siempre quiere ganar.

-Claro.

-Lo siento, Cal.

-Olvídalo -dijo el actor en tono indiferente, pero con una mirada que no tenía nada de tal-. Donde ahora trabajo ocurre a cada paso, sólo que ellos no lo dicen. En cambio tú sí.

-No; yo tuve una reacción excesiva, eso es todo. Ya te he dicho que soy nuevo en esto. No en el Derecho, claro; sólo en esta... Bueno, me parece que no hace falta decir más.

-¿Te lo parece?

-Sí. Te ruego que lo creas.

-Está bien. Si tú lo quieres... -Dowling volvió a consultar su reloj-. Tengo que marcharme, pero hay algo más que puede ayudar a salvar ese... -el actor hizo una pausa de lo más convincente-... empleo tuyo.

-¿Qué es? -preguntó Converse, en tensión pero tratando de disimular su ansiedad.

-Cuando ese Fowler se marchaba pensé un par de cosas. Una de ellas fue que había estado muy duro con un tipo que no había hecho más que cumplir con su deber, y otra ya fue sólo cuestión de egoísmo. No había cooperado y eso podía volverse contra mí. Por supuesto, si no aparecías por aquí recogería mi nota y sanseacabó. Pero si venías, y eras un punto de cuidado, podía cogerme los dedos.

-Esa debería haber sido tu primera preocupación -dijo muy de veras Joel.

-Tal vez lo fue, no lo sé. En cualquier caso, le dije que durante nuestra conversación te había invitado a tomar una copa y a venir a donde estamos rodando. Esto último pareció desconcertarlo un poco, pero lo primero lo entendió. Le pregunté si debía llamarle a la Embajada si aceptabas una u otra invitación, y dijo que no, que no lo hiciese.

-¿Cómo?

-En pocas palabras, dejó bien en claro que mi llamada sólo serviría para echar a perder ese «asunto interior». Me dijo que esperase su llamada, que me telefonearía hacia mediodía.

-Pero tú estás rodando, y en exteriores.

-Eso fue lo mejor, pero al diablo con ello. Hay enlaces telefónicos móviles; ahora los estudios los exigen. Forman parte de lo que llaman control presupuestario. Nos pasan nuestras llamadas.

-No te sigo.

-Pues aviva el paso. Cuando me llame, te llamaré. ¿Debo decirle que te he visto?

Converse, sorprendido, miró al maduro actor, al amante del riesgo.

-Me llevas mucha delantera, ¿eh?

-Es que eres bastante obvio. También lo fue el cuando ate cabos, lo que por supuesto hice. Ese Fowler quiere contactar contigo, pero desea hacerlo solo, lejos de esa gente con la que no quieres encontrarte. Mientras cruzábamos las últimas palabras, ya en la puerta, algo

Librodot

me preocupaba. El tipo fue incapaz de sostener su papel hasta el fin, como tú en el avión, pero yo no podía estar seguro. Lo estuve cuando se descompuso en el mutis, algo que uno no debe hacer aunque le dé un ataque de diarrea. ¿Qué le digo, Joe?

-Que te dé su número de teléfono, supongo.

-Hecho. Duerme un poco. Pareces una starlet drogada a la que acaban de decirle que va a hacer Medea.

Lo intentaré.

Dowling rebuscó en su bolsillo y sacó un trozo de papel.

-Ten -dijo acercándose a Converse y entregándoselo-. No estaba seguro de si iba a dártelo, pero ahora quiero que lo tengas. Es el número de la unidad móvil donde puedes encontrarme. Llámame después de que hayas hablado con ese Fowler. Voy a ser un manojo de nervios hasta que sepa de ti.

-Te doy mi palabra. Cal, ¿a qué te referías cuando hablaste de que «fue lo mejor» y de olvidarlo?

La cabeza del actor giró con perfecta precisión, en el ángulo justo para abarcar a todo el auditorio.

-El muy hijo de perra me preguntó a qué me dedicaba... Como dicen en el salón Polo, Ciao, baby.

Converse se sentó en el borde de la cama, con la cabeza colgando y el cuerpo en tensión. ¡Avery Fowler! ¡Dios mío! ¡Avery Preston Fowler Halliday! Press Fowler... ¡Press Halliday! Los nombres le bombardeaban, perforaban sus sienes y rebotaban contra las paredes de su mente, despertando ecos que multiplicaban sus gritos. No podía dominar el ataque. Empezó a balancearse atrás y adelante, apoyándose en los brazos, mientras surgía un extraño ritmo, el martilleo que acompañaba al nombre -a los nombres- de la persona que había muerto en sus brazos en Ginebra. Un hombre al que había conocido de muchacho, y que de adulto era un extraño que lo había manipulado para llevarlo al mundo de George Marcus Delavane y de una epidemia en expansión llamada Aquitania.

Ese Fowler quiere contactar contigo, pero desea hacerlo solo, lejos de esa gente con la que no quieres encontrarte. La opinión de un amante del riesgo.

Converse dejó de mecerse, con los ojos clavados en el dossier de Leifhelm, que seguía en el suelo. Se había puesto en lo peor porque aquello excedía de su comprensión; pero había una alternativa, una posibilidad remota y quizá, dadas las circunstancias, una probabilidad. Los datos estaban allí; no podía descubrirlos, ¡pero estaban allí! El nombre de Avery Fowler no significaba nada para nadie excepto para él, al menos en Bonn, y en relación con un asesinato cometido en Ginebra. ¿Tendría razón Dowling? Joel había pedido al actor que consiguiera el número de teléfono de aquel hombre, pero sin convicción. No podía olvidar la imagen de una limusina rojo oscuro cruzando las puertas de la Embajada. Esa era la conexión que explicaba el terrible efecto que le había causado oír el nombre de Avery Fowler. El hombre que lo utilizaba pertenecía a la Embajada, y al menos parte de ésta trabajaba para Aquitania; por tanto el impostor formaba parte de la trampa. Esa era la lógica; simple aritmética... pero no geometría. Supongamos que hubiese una ruptura en la línea, una inserción de otro plano que invalidase la progresión aritmética. En tal caso, se trataría de una explicación que seguramente sería incapaz de percibir si no se le daban.

La conmoción iba aplacándose; empezaba a recobrar el equilibrio. Como había hecho tantas veces en salas de audiencia y de consejo, empezaba a aceptar lo inesperado, sabiendo que no podría hacer nada con ello hasta que ocurriese algo más, algo que escapaba a su control. Lo más difícil era obligarse a sí mismo a seguir funcionando hasta que ocurriese aquello, fuera lo que fuese. Era inútil hacer conjeturas; las probabilidades escapaban a su comprensión.

Se agachó y recogió el dossier Leifhelm.

Los años que Erich Leifhelm pasó en la Bundesgrenzschutz fueron algo único, y exigen decir unas palabras acerca de la organización en sí. Al acabar una guerra, en un país ocupado hace falta una fuerza de policía nacional dependiente del ocupante por razones que van desde el simple problema del idioma a la necesidad que ese ocupante tiene de comprender las costumbres y tradiciones locales. Para mantener el orden es preciso que haya un amortiguador entre las tropas de ocupación y el pueblo vencido. Hay también un problema colateral en el que raramente se piensa y que no suelen analizar los libros de historia, pero no por ello menos importante. Los ejércitos derrotados pueden seguir poseyendo gente capaz, y a menos que esa gente sea utilizada la humillación de la derrota puede fermentar, como mínimo, dando lugar a hostilidades contraproducentes para un clima político estabilizado, y, como máximo, traduciéndose en brotes de subversión internacional que pueden conducir a violencias y derramamientos de sangre a expensas de los vencedores y de cualquier nuevo gobierno que pueda formarse. Para decirlo sin rodeos, el mando general aliado reconoció que se hallaba ante un militar brillante y popular que no soportaría el anonimato del retiro anticipado o la sala de juntas de una empresa. Como todas las organizaciones policiales, la Bundesgrenzschutz -literalmente, policía federal de fronteras- era y es una fuerza paramilitar, y en cuanto tal el paradero lógico de hombres como Erich Leifhelm. Eran los líderes; mejor utilizarlos que sufrirlos. Y, como siempre ocurre entre líderes, los hay que dan un paso al frente y se erigen en jefes de la manada. Durante esos años el más sobresaliente era Erich Leifhelm.

Su primer trabajo con la Grenzschutz fue el de consejero militar durante la masiva desmilitarización alemana, y después el de enlace principal entre las guarniciones de policía y las fuerzas de ocupación aliadas. Concluida la desmovilización, sus obligaciones se concentra-ron principalmente en los puestos conflictivos de Viena y Berlín, donde estaba en contacto constante con los jefes de los sectores norteamericano, británico y francés. El propio Leifhelm se ocupó de que sus celosos sentimientos antisoviéticos fuesen rápidamente conocidos en los centros de mando, y de ellos tomaron buena nota sus superiores. Fue gozando cada vez más de su confianza, como ya había ocurrido antes con los prusianos, hasta ser considerado literalmente uno de ellos.

Fue en Berlín donde Leifhelm entró por primera vez en contacto con el general Jacques-Louis Bertholdier. Trabaron una fuerte amistad, pero se trataba de una relación que ninguno de ellos quería exhibir a causa de las añejas animosidades entre militares alemanes y franceses. Sólo hemos podido dar con tres antiguos oficiales del puesto de mando de Bertholdier que recordasen o quisieran reconocer haber visto a los dos hombres cenar con frecuencia juntos en restaurantes y cafés retirados, donde pasaban horas enfrascados en la conversación y claramente a gusto con la mutua compañía. Sin embargo, en las ocasiones en que Leifhelm fue llamado al cuartel general francés en Berlin las formalidades fueron fríamente protocolarias, y rara vez se usaron los apellidos y desde luego nunca los nombres; tan sólo grados y títulos. En años recientes, como ya se dijo, ambos hombres han negado conocerse personalmente, aun admitiendo que sus caminos pudieran haberse cruzado.

Aunque anteriormente la ocultación de su amistad se debiese a prejuicios tradicionales, las razones actuales son mucho más comprensibles. Ambos son puntas de lanza en la organización de Delavane. Los nombres de la lista primitiva están en ella por buenas razones. Se trata de hombres influyentes que se sientan en los consejos de empresas multinacionales que operan con productos y tecnologías que van desde la construcción de presas a la de plantas nucleares, y en medio figuran un centenar de subsidiarias de toda Europa y Africa que podrían fácilmente intervenir en ventas de armamento. Como se detalla en las páginas siguientes, puede darse por supuesto que Leifhelm y Bertholdier se comunican a través de una mujer llamada Ilse Fishbein, residente en Bonn. Fishbein es su nombre de casada, y el

matrimonio resulta dudoso en términos afectivos, dado que fue disuelto hace años cuando Yakov Fishbein, un superviviente de los campos, emigró a Israel. Frau Fishbein, nacida en 1942, es la hija ilegítima más joven de Hermann Goering.

Converse dejó el dossier y alcanzó el bloc que había en la mesilla, junto al teléfono. Después desprendió del bolsillo de la camisa el bolígrafo Cartier de oro que le había regalado Val hacía años y anotó el nombre de Ilse Fishbein. Se quedó mirando a un tiempo el bolígrafo y el nombre. El símbolo de status que era el Cartier era un recuerdo de días mejores... Bueno, no realmente mejores, pero al menos más completos. Valerie, ante su insistencia, había acabado por dejar aquella agencia de publicidad de Nueva York, con su horario de locos, para trabajar independientemente. En su último día de trabajo formal había ido a pie hasta Cartier y se había gastado una parte considerable de su última paga en aquel regalo. Cuando Joel le preguntó qué había hecho, aparte su ascenso meteórico en Talbot, Brooks y Simon, para merecer un obsequio de una opulencia tan poco práctica, le contestó: «Es por haberme hecho hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Además, si como free-lance no gano para vivir, te lo robaré y lo empeñaré... ¡Pero qué digo! Si probablemente lo perderás...»

El trabajo como free-lance había ido muy bien, y Joel no había perdido el bolígrafo.

Ilse Fishbain le hizo también pensar en otra cosa. Por mucho que le atrajese enfrentarse a ella, había que descartarlo. Todo lo que supiese Erich Leifhelm le habría sido proporcionado por Bertholdier a través de frau Fishbein, y el mensaje contendría sin duda una descripción detallada, así como una advertencia: el norteamericano era peligroso. Como persona de confianza de Aquitania, Ilse Fishbein podría sin duda llevarle a otros de los que en Alemania formaban parte de la red de Delavane, pero abordarla suponía exponerse a... lo que quiera que intentasen hacer con él en ese momento, y no estaba preparado para ello. No obstante, era un nombre, un fragmento de información, algo que no se creía que tuviese, y la experiencia le había enseñado a guardarse tales detalles para usarlos más adelante, para soltarlos tranquilamente en el momento oportuno o utilizarlos por su cuenta cuando nadie lo esperaba. Era abogado, y los caminos de su oficio laberínticos. Lo que una y otra parte ocultaban formaba una tierra de nadie, un botín destinado al más paciente.

Sin embargo la tentación era muy grande. La progenie de Hermann Goering implicada en la resurrección de los generales... y en Alemania. Ilse Fishbein podía ser el instrumento para desencadenar una oleada de recuerdos indeseables. Tenía en su mano una auténtica maza; ya llegaría el momento de blandirla.

El destino de Leifhelm al mando de las divisiones alemanas de la OTAN duró diecisiete años, tras de los cuales fue ascendido a la sede del SHAPE, cerca de Bruselas, como portavoz militar de los intereses de Bonn.

También aquí se distinguió por su exagerada postura antisoviética, a menudo en contraste con el enfoque pragmático que su gobierno daba a la coexistencia con el Kremlin, y durante sus últimos meses en SHAPE mereció más parabienes de las facciones derechistas anglo-norteamericanas que de los políticos de Bonn.

Sólo cuando el canciller de la República Federal llegó a la conclusión de que la política exterior norteamericana de principios de los ochenta había sido arrebatada de manos de los profesionales, usurpada por ideólogos belicosos, hizo volver a Leifhelm al país y creó para él un puesto inocuo donde tenerlo apartado.

No obstante, Leifhelm no había tenido nunca un pelo de tonto, y comprendió en seguida a qué se debía su nuevo e improvisado destino. Supo por qué lo habían creado los políticos; era todo un reconocimiento de la fuerza que veían en él. En todas partes, las gentes se volvían al pasado, hacia unos hombres que hablaban claramente y no embrollaban los problemas con los que se enfrentaban sus países y el mundo, en especial el mundo occidental.

De modo que empezó a hablar. Al principio a grupos de ex combatientes y organizaciones disidentes, cuyo pasado militar y bien conocida alineación le garantizaban una

acogida favorable. Espoleado por las primeras respuestas entusiastas, Leifhelm amplió su campo en busca de mayores audiencias, y a la vez su postura se hizo más estridente y sus afirmaciones más provocadoras.

Hubo un hombre que escuchó y se puso furioso. El canciller se dio cuenta de que Leifhelm había llegado con sus maniobras al propio Bundestag, especulando con un electorado muy superior al que realmente tenía, pero haciendo que por la pura fuerza de su personalidad se pasasen a su lado diputados que nunca deberían haberlo hecho. Al canciller le llegó el mensaje de Leifhelm: un ejército muy superior al que implicaban los compromisos con la OTAN; un servicio de inteligencia calcado de la un día extraordinaria Abwehr; una reforma general de los libros de texto, para suprimir aspectos injuriosos y difamatorios; campos de rehabilitación para agitadores políticos y subversivos disfrazados de «pensadores de izquierdas»... Todo estaba allí.

El canciller se hartó. Llamó a Leifhelm a su despacho, donde le pidió que dimitiese en presencia de tres testigos. Más tarde le ordenó apartarse de la política alemana, no aceptar nuevos compromisos para hablar en público y no prestar ni su nombre ni su presencia a causa alguna. Debía retirarse por completo de la vida pública. Hemos hablado con uno de esos testigos, cuyo nombre no hace al caso. Esto es lo que recuerda: El canciller estaba furioso. Dijo a Leifhelm: «Herr general, tiene usted dos opciones y, con perdón, una solución final. La primera, hacer lo que le digo. De lo contrario, puede ser despojado de su grado y de todas las pensiones y gajes anexos a él, así como de los ingresos de algunas valiosas propiedades de Munich, que cualquier tribunal le quitaría en cuanto se plantease la cuestión. Esta es la segunda opción.»

¡El mariscal de campo estaba congestionado! Exigió sus derechos, como él los llamaba, y el canciller gritó: «¡Ya los tuvo, y eran injustos! ¡Y aún siguen siéndolo!» Después Leifhelm preguntó cuál era la solución final, y, se lo juro, por absurdo que parezca, el canciller abrió un cajón de su mesa, sacó una pistola y, apuntando a Leifhelm, dijo: «Yo mismo lo mataré sin más contemplaciones. Usted no va a llevarnos, repito, no va a llevarnos otra vez a aquello.»

Por un momento pensé que el viejo soldado iba a lanzarse contra él y recibir un balazo, pero no lo hizo. Se quedó mirando al canciller con ojos llenos de odio, a los que respondía el frío desprecio del político. Después Leifhelm hizo algo estúpido. Disparó su arma, no contra el canciller sino hacia otro lado, gritó Heil Hitler!, dio media vuelta muy marcial y se fue.

Quedamos todos en silencio un momento, hasta que lo rompió el canciller. «Debí haberlo matado», dijo. «Tal vez lo lamente; quizá lo lamentemos todos.»

Cinco días después de este enfrentamiento, Jacques-Louis Bertholdier hizo el primero de sus dos viajes a Bonn después de su retiro. En su primera visita se alojó en el hotel Schlosspark, y como el establecimiento conserva la documentación de los últimos tres años hemos podido obtener copias de sus facturas. Había numerosas llamadas a diferentes empresas que hacen negocios con Juneau et Cie, demasiado numerosas para examinarlas una por una; pero algunas de ellas se repetían, y corresponden a un nombre que no parece tener relaciones de negocios con Bertholdier o su empresa. Era Ilse Fishbein. Al comprobar las facturas telefónicas de Erich Leifhelm en esas mismas fechas se descubrió que también él había hecho llamadas a Ilse Fishbein, precisamente el mismo número que Bertholdier. Investigaciones y una breve vigilancia permitieron averiguar que Ilse Fishbein y Leifhelm se conocían desde hace años. La conclusión es clara: ella es el enlace entre París y Bonn en el aparato de Delavane.

Converse encendió un cigarrillo. Allí estaba otra vez el nombre, la tentación. Ilse Fishbein podía ser el atajo. Amenazada, la hija de Hermann Goering podría revelar muchas cosas, confirmar no sólo que era el enlace entre Leifhelm y Bertholdier sino seguramente mucho más, porque los dos ex generales tenían que intercambiar información. Podían salir a la luz los nombres de las empresas, de subsidiarias ocultas y firmas que hacían negocios

relacionados con Delavane en Palo Alto, nombres tras de los que él podría ir legalmente si buscaba los ilegalidades que podían existir. Eso siempre que hubiese un modo de hacer sentir su presencia sin ser visto.

Un intermediario. Los había utilizado ya otras veces, lo bastante a menudo para ser consciente del valor del procedimiento. Era relativamente sencillo. Contactaba con una tercera parte para que a su vez entrase en contacto con un contrincante llevando información que podía ser de valor para él, en la medida en que podía juzgarse perjudicaba a sus intereses, y si los hechos así presentados eran lo bastante fuertes lo normal era que después se llegase a un arreglo equitativo. Cuestionable desde el punto de vista ético; pero, en contra de lo que se piensa, la ética tiene tres dimensiones, si no cuatro. El fin no justifica los medios, pero no había que descartar aquellos medios justificables que llevaban a una conclusión justa y necesaria.

Nada podía ser más justo y necesario que el desmantelamiento de Aquitania. El viejo Beale tenía razón aquella noche de luna en la playa de Mikonos. Su cliente no era un desconocido de San Francisco sino gran parte del llamado mundo civilizado. Había que detener a Aquitania, que hacerla abortar.

¿Un intermediario? Antes tenía que terminar con otro asunto. Cogió el dossier, sintiendo ya que los ojos le pesaban.

Leifhelm tenía pocos amigos íntimos que mantuviesen con él una relación constante, probablemente porque se daba cuenta de que el gobierno lo vigilaba. Pertenecía a los consejos de administración de varias sociedades importantes, que le habían dicho sin rodeos que su nombre justificaba el sueldo...

A Joel se le cayó la cabeza sobre el pecho. La enderezó, abrió mucho los ojos y hojeó rápidamente las últimas páginas, quedándose sólo con las impresiones generales; su concentración iba desvaneciéndose. Se hablaba de varios restaurantes, cuyos nombres no hacen al caso, y de un matrimonio durante la guerra que terminó cuando la esposa de Leifhelm desapareció en noviembre del 43, se supone que muerta en uno de los bombardeos sobre Berlín. No hubo más esposas. Su vida privada era de lo más privado, e incluso austera. La excepción la constituía su afición a las cenas en petit comité, en las que la lista de invitados variaba siempre; y aquí seguían nuevos nombres que tampoco le decían nada. Venía después la dirección de su residencia en las afueras de Bad Godesberg. De pronto el cuello de Converse se irguió y en sus ojos se encendió la luz de alerta.

La casa está en un paraje remoto, sobre el Rhin y lejos de cualquier zona comercial o concentración residencial. El terreno está cercado y guardado por perros que ladran furiosos cuando se acerca algún vehículo que no sea la limusina Mercedes rojo oscuro de Leifhelm.

¡Un Mercedes rojo oscuro! ¡Era el propio Leifhelm quien había estado en el aeropuerto, quien había ido directamente a la Embajada! ¿Cómo podía ocurrir una cosa así? ¿Cómo?

Había demasiado que asimilar, demasiadas cosas que escapaban a su comprensión. La oscuridad iba cerrándose, y el cerebro de Converse diciéndole que no podía seguir aceptando más información; simplemente, no podría funcionar. El dossier cayó a un lado y Joel cerró los ojos y se durmió.

Estaban cayendo de cabeza en un hoyo cavernoso abierto en la tierra, con negras rocas dentadas por todos lados y una infinita oscuridad abajo. Las paredes de piedra irregular gritaban frenéticas, chillándole como estratos descendentes de gárgolas contrahechas con afilados picos y garras ansiosas de clavarse en su carne. El clamor histérico resultaba

insoportable. ¿Adónde se había ido el silencio? ¿Por qué estaba él cayendo hacia aquella nada negra?

Abrió los ojos; tenía la frente empapada de sudor y jadeaba al respirar. El teléfono situado junto a su cabeza estaba sonando, clamando con la horrible discordancia de su timbre. Trató de expulsar el sueño y el temor de su semiinconsciencia y alargó la mano hacia el escandaloso aparato, mirando a la vez su reloj. Eran las doce y cuarto, quince minutos después de mediodía, y entraba el sol por el ventanal del hotel, un sol cegador.

-¿Si? ¿Diga?

-¿Joe? ¿Joel?

-Sí.

-Aquí Cal Dowling. Llamó nuestro muchacho.

-¿Cómo? ¿Quién?

-Ese Fowler, Avery Fowler.

-¡Dios mío!

Volvía todo, otra vez todo aquello. Se encontraba sentado en una mesa de Le Chat Botté, en el Quai du Mont-Blanc, recibiendo los relámpagos que lanzaba la rejería del bulevar del lago. No... no estaba en Ginebra. Era una habitación de hotel en Bonn, y hacía pocas horas que aquel nombre lo había sumido en la locura.

-Sí -jadeó, recobrando el aliento-. ¿Conseguiste el número?

-Dijo que no había tiempo para juegos, y además no tiene teléfono. Tienes que encontrarte con él en la pared este de la Alter Zoll lo más pronto que puedas. Limítate a estar por allí; él te buscará.

-¡Ni hablar! -gritó Converse-. ¡No después de lo de París y de lo que pasó anoche en el aeropuerto! ¡No soy tan estúpido!

-No saqué la impresión de que él creyese que lo eras. Me encargó que te dijese algo; creía que eso podría convencerte.

-¿De qué se trata?

-Espero haberme enterado bien; ni siquiera me gusta repetirlo... Me dijo que te dijese que anoche mataron en Nueva York a un juez llamado Anstett. Piensa que alguien está cortando tus amarras.

8

La Alter Zoll, la antigua torre que un día formara parte de las fortificaciones meridionales de Bonn sobre el Rhin, demolidas hacía tres siglos, era ahora una oficina de portazgo que se alzaba sobre un verde césped salpicado de cañones antiguos, reliquias de un poder desvanecido entre querellas de emperadores y reyes, sacerdotes y príncipes. Una curva pared de mosaico de piedra roja y gris dominaba el caudaloso río de abajo, donde embarcaciones de todo tipo trazaban estelas que iban a morir acariciando las orillas de ambos lados mientras seguían, diligentes y sombrías, su recorrido rutinario. Aquello no era el lago de Ginebra, y mucho menos las aguas verdiazuladas del travieso Como. No obstante, a lo lejos se divisaba un paisaje envidiado por gentes de todo el mundo: Siebengebirge, las siete montañas de Westerwald, magníficas en sus incursiones sobre el horizonte.

Joel, de pie junto al pequeño muro, trataba de concentrarse en el panorama esperando que eso le calmase, pero sin resultado. Las bellezas que tenía enfrente eran incapaces de distraerlo de sus pensamientos. Lucas Anstett, del tribunal de apelaciones del segundo distrito, juez extraordinario e intermediario entre un tal Joel Converse y sus jefes y un desconocido de San Francisco, y, aparte ese desconocido y un profesor retirado que vivía en

la isla de Mikonos, la única persona que sabía lo que él estaba haciendo y por qué. ¿Cómo habían podido dar con él en menos de dieciocho horas? ¡Dar con él y matarlo!

-¿Converse?

Joel se volvió a mirar por encima del hombro, con el cuerpo rígido. A pocos metros de allí, al otro lado del paseo de gravilla, estaba un hombre con el pelo rubio rojizo y varios años más joven que él, en la primera mitad de la treintena. Tenía una cara infantil que envejecería muy despacio y seguiría joven mucho más allá de lo normal. Era también más bajo que Joel, pero no mucho -como uno setenta y ocho o uno ochenta-, e iba vestido con pantalón gris claro y chaqueta de pana, con la camisa blanca abierta.

-¿Quién es usted? -preguntó con voz ronca Converse.

Pasó entre ellos una pareja, y el hombre hizo seña a Joel con la cabeza de que le siguiese hasta el césped que había más allá. Con-verse fue a reunirse con él junto a la enorme rueda de un cañón de bronce.

-Muy bien; ¿quién es usted? -repitió Joel.

-Mi hermana se llama Meagen -dijo el hombre del pelo rojizo-. Y para que ninguno de los dos cometa un error, dígame quién soy.

-¿Cómo diablos...?

Converse se interrumpió, mientras recordaba las palabras susurradas por un moribundo en Ginebra. ¡Dios mío! ¡Meg, los niños...!

-«Meg, los niños...» -dijo en alta voz-. Fowler llamó a su mujer Meg.

-Abreviatura de Meagen, y era la mujer de Halliday... sólo que usted lo conocía por Fowler.

-Es usted el cuñado de Avery.

-El cuñado de Press -corrigió el hombre, tendiéndole la mano-. Connal Fitzpatrick- añadió.

-Entonces estamos del mismo lado.

-Eso espero.

-Tengo un montón de preguntas que hacerle, Connal.

-No más de las que yo tengo que hacerle a usted, Converse.

-¿Vamos a empezar peleándonos? -dijo Joel, notando lo adrede que le había llamado por el apellido y soltando la mano de Fitzpatrick.

El otro pestañeó antes de enrojecer, violento.

-Lo siento -dijo-. Soy un hermano colérico, por ambas ramas, y no he dormido mucho. Sigo por la hora de San Diego.

-¿San Diego? ¿No San Francisco?

-La Marina. Soy abogado destinado en aquella base naval.

-Vaya -silbó por lo bajo Converse-. Qué pequeño es el mundo.

-Sí -estoy empollado en geografía -asintió Fitzpatrick-. Y también sobre usted, teniente. ¿Cómo cree que consiguió Press su información? Por supuesto, yo no estaba entonces en San Diego, pero tenía amigos.

-Ya veo que no hay nada sagrado.

-Se equivoca. Tuve que mover algunos hilos muy gordos para conseguir aquello. Fue hace unos cinco meses cuando Press vino a mí e hicimos nuestra.., nuestro... Supongo que usted lo llamaría nuestro contrato.

-Aclaración, por favor.

El oficial de Marina puso una mano sobre el cañón.

-Press Halliday no era sólo mi cuñado. Llegó a ser mi mejor amigo, más íntimo que si llevásemos la misma sangre.

-¿Siendo usted un miembro de las hordas militaristas? -preguntó Joel bromeando sólo a medias, pues buscaba también informarse.

Fitzpatrick sonrió desmañada, infantilmente.

-En realidad eso contribuyó a nuestra amistad. Me ayudó a conseguirlo. Los ejércitos necesitan también abogados, pero las facultades de Derecho no le enseñan a uno ni palabra del asunto. En mi caso ocurrió que me gusta la Marina, y la vida, y los... desafíos, supongo que los llamaría usted.

-¿Y quién se oponía?

-Dirá usted quién no. En nuestras dos familias los piratas, que se remontan a la época en que se dedicaban a despojar a las víctimas de los terremotos, han sido siempre abogados. Los dos viejos actuales conocían a Press y me di cuenta de lo que planeaban. Aquí están este Wasp tan listo y este buen chico católico; si buscan a un judío, a un negro de piel clara y tal vez incluso a un gay no demasiado ofensivo, tendrán la mitad del negocio de la abogacía en San Francisco en el bolsillo.

-¿Y qué me dice de los chinos y los italianos?

-Algunos clubs de campo todavía tienen restos de corbatas de la antigua facultad en sus cajones. ¿Por qué manchar la moqueta? Los tratos se hacen al aire libre.

-¿Y usted no quería tener nada que ver con eso, abogado?

-Ni tampoco Press; por eso se especializó en asuntos internacionales. El viejo Jack Halliday meó rojo cuando Press empezó a hacerse con todos esos clientes extranjeros, y púrpura cuando añadió un montón de tiburones norteamericanos que querían operar en ultramar. Pero el viejo Jack no podía quejarse; su hijastro estaba poniendo a un nivel considerable la cuenta de resultados.

-Y usted se puso encantado el uniforme -dijo Converse, observando los ojos de Fitzpatrick, impresionado por la sinceridad que veía en ellos.

-Otra vez de uniforme y muy feliz, con las bendiciones de Press, legales y de las otras.

-¿Le quería usted mucho?

Connal quitó la mano del cañón.

-Le quería, Converse. Tanto como a mi hermana. Por eso estoy aquí. Ese es el contrato.

-A propósito de su hermana -dijo amablemente Joel-, aunque yo fuese otro podía haber descubierto fácilmente que se llamaba Meagen.

-Por supuesto. Estaba en los documentos.

-Entonces no servía de mucho como prueba.

-Press nunca la llamó Meagen, excepto en la frase que tuvo que decir en la boda. Fue siempre «Meg». Le hubiese preguntado sobre eso de uno u otro modo, y si mentía me hubiese dado cuenta. Soy muy bueno en directo.

-Lo creo. ¿Cuál fue el contrato entre usted y... Press?

-Vamos a pasear -dijo Fitzpatrick, y mientras echaban a andar hacia la muralla, con los meandros del río abajo y las siete montañas de Westerwald al fondo, empezó a hablar-. Press vino a mí y me dijo que estaba metido en algo muy serio que no podía contarme. Había dado con información que relacionaba a un cierto número de hombres famosos, o que lo habían sido, con una organización que podía hacer mucho daño a mucha gente en muchos países. Iba a pararla, a pararlos, pero para ello tenía que salirse de las vías normales en su oficio, a fin de hacerlo legalmente.

»Le hice las preguntas de costumbre: si estaba implicado, si era culpable, ese tipo de cosas, y me aseguró que no, que no podían acusarle de nada, pero no podía estar seguro de hallarse totalmente a salvo. Naturalmente, le dije que estaba loco, que debía llevar esa información a las autoridades y que ellas se ocupasen del asunto.

-Que es exactamente lo que yo le aconsejé -interrumpió Con-verse.

Fitzpatrick dejó de andar y se volvió a Joel.

-Me dijo que era algo más complicado que todo eso.

-Y tenía razón.

-Me resulta difícil creerlo.

-Ha muerto; créalo.

-¡Eso no es una respuesta!

-No me ha hecho una pregunta. Vamos a pasear. Adelante. Lo de su contrato.

Con cara de desconcierto, el oficial de Marina empezó:

-Fue muy sencillo. Me dijo que me tendría al corriente siempre que viajase, haciéndome saber si iba a ver a alguien relacionado con su gran preocupación... así lo llamó, su «gran preocupación», y también de cualquier otra cosa que pudiese ser útil si... si,.. ¡maldita sea, si!

-¿Si qué? Fitzpatrick se detuvo de nuevo, con la voz ronca.

-¡Si le ocurría algo!

Converse dejó que pasase la emoción del momento.

-Y le dijo que iba a Ginebra a verme, a ver al hombre que había conocido a Avery Preston Fowler Halliday como Avery Fowler hacía veintitantos años, en la facultad.

-Sí. Ya habíamos hablado de eso cuando le conseguí lo que tenían en seguridad sobre usted. Dijo que el tiempo y las circunstancias eran los oportunos. A propósito, creía que era usted el mejor. -Connal se permitió una breve sonrisa incómoda-. Casi tan bueno como él.

-No es verdad -dijo Joel, devolviéndole la media sonrisa-.Todavía estoy tratando de imaginar su postura acerca de ciertas acciones ordinarias en la fusión.

-¿Cómo?

-Nada. ¿Qué hay de Lucas Anstett? Quiero que me hable de eso.

-Tiene dos partes. Press dijo que se habían valido del juez para conseguir que le dejasen a usted libre si accedía a ocuparse de...

-¿Que se habían valido? ¿Quiénes?

-No lo sé. Nunca me lo dijo.

-¡Maldita sea! Perdón, continúe.

-Que Anstett había hablado con los socios senior de su firma y dijeron que estaban de acuerdo si usted lo estaba. Esa es la primera parte. La segunda es cuestión personal; soy un forofo de las noticias, y como la mayoría de ellos pongo siempre la AFR.

-Aclaración.

-Armed Forces Radio. Por raro que parezca, tiene los mejores noticiarios; reúne los de todas las cadenas. Tengo uno de esos pequeños aparatos transistorizados con un par de bandas de onda corta que me llevo siempre de viaje.

-También yo solía hacerlo -dijo Converse-, pero oía la BBC, sobre todo porque no hablo francés... ni ningún otro idioma.

-Sí, también dan buenos noticiarios, pero cambian demasiado de frecuencia. Bien, lo cierto es que tenía puesta la AFR esta mañana y oí la noticia.

-¿Y qué fue lo que pasó?

-No dieron muchos detalles. Alguien irrumpió en su apartamento de Central Park South a eso de las dos de la mañana, hora de Nueva York. Había señales de lucha y tenía un tiro en la cabeza.

-¿Eso es todo?

-Según la asistenta, no habían tocado nada, de modo que el robo está descartado. Eso es todo.

-Dios mío... Llamaré a Larry Talbot. Quizá él tenga más información. ¿No hubo nada más?

-Sólo una rápida semblanza del muerto. Lo importante es que no se llevaron nada.

-Entiendo. Hablaré con Talbot. -Empezaron otra vez a pasear hacia el sur a lo largo de la muralla-. ¿Por qué dijo a Dowling anoche que era usted de la Embajada? Habrá estado en el aeropuerto.

-Estuve siete horas, yendo de mostrador en mostrador para pedir información sobre los viajeros, tratando de averiguar en qué avión venía usted.

-¿Sabía que iba camino de Bonn?

-Beale así lo creía.

-¿Beale? -preguntó Joel, sorprendido-. ¿Mikonos?

-Press me dio su nombre y el número, pero me dijo que no debía utilizar ninguno de los dos a menos que ocurriese lo peor.

-Fitzpatrick hizo una pausa-. Y eso fue lo que ocurrió.

-¿Qué le dijo a Beale?

-Que usted había ido a París y, por lo que había entendido, iba a ir después a Bonn.

-¿Y qué más?

-Nada. Dijo que aceptaba mis credenciales, como él las llamaba, porque conocía su nombre y sabía cómo llegar hasta él, y sólo Press podía haberme dado esa información; pero cualquier otra cosa tendría que saberla por usted, si creía que debía decirme algo. Estuvo de lo más frío.

-No tenía elección.

-Aunque dijo que en caso de que no pudiese encontrarlo quería verme en Mikonos antes de que empezase a alzar mi voz «por todo lo que defendía el señor Halliday». Así es como lo dijo. Pensaba darle a usted dos días más para llegar aquí, si podía aguantar.

-¿Y después qué? ¿Mikonos?

-No estoy seguro. Iba a llamar otra vez a Beale, pero tendría que decirme mucho más de lo que me dijo para convencerme.

-¿Y si no quería... o no podía?

-Entonces hubiese ido directamente a Washington a ver a quien me sugiriesen los altos mandos del Departamento de Marina. Si piensa ni por un momento que voy a consentir que esto pase por lo que no es, se equivoca, lo mismo que Beale.

-Si le hubiese puesto eso en claro le habría dicho algo, habría ido usted a Mikonos. -Converse buscó los cigarrillos en el bolsillo de la camisa y ofreció uno a Fitzpatrick, que negó con la cabeza-. Tampoco Avery fumaba -dijo Joel mientras accionaba el encendedor-. Perdón... Press. -Dio una chupada.

-No importa; fue con ese nombre con el que conseguí que usted me viese.

-Volvamos a eso un momento. Hay una leve incoherencia en su testimonio, abogado. Vamos a aclararlo... para que ninguno de los dos cometa un error.

-No sé en qué está pensando, pero adelante.

Librodot

-Dijo usted que iba a darme dos días más para llegar aquí, ¿no es así?

-Si, si conseguía arreglar las cosas, dormir un poco y aguantar.

-¿Cómo sabía que yo no iba a llegar aquí dos días antes que usted?

Fitzpatrick miró a Joel.

-He sido oficial jurídico de la Armada durante ocho años, y he actuado como abogado defensor y como auditor en un buen número de casos..., no siempre consejos de guerra. Ellos me han llevado a la mayoría de los países con los que Washington tiene tratados de reciprocidad en la materia.

-Pero yo no estoy en la Marina.

-Estuvo, pero no pensaba hacer uso de ello si no me veía obligado, y no me vi. Fui a Dusseldorf, enseñé mi documentación al Inspektor de inmigración y le pedí ayuda. En Alemania Occidental hay siete aeropuertos internacionales. Tardaron unos cinco minutos en averiguar mediante las computadoras que usted no había llegado a ninguno de ellos durante los últimos tres días, que era lo único que me interesaba.

-Pero después tuvo que ir a Colonia-Bonn.

-Tardé cuarenta minutos en llegar y volví a telefonearle. No había entrado ningún Converse, y a menos que estuviese usted cruzando la frontera de incógnito, de lo que sospecho sé más que usted, tendría que llegar en avión, antes o después.

-Es usted tenaz.

-Ya le he dado mis razones.

-¿Y qué me dice de Dowling y ese cuento de la Embajada en el hotel?

-Lufthansa le tenía en la lista de pasajeros procedentes de Hamburgo; nunca sabrá el alivio que sentí. Andaba merodeando por el mostrador por si había un retraso o algo semejante cuando aparecieron esos tres tipos de la Embajada exhibiendo sus documentos de identidad. El que iba al frente hablaba un alemán de pena.

-¿Se dio cuenta?

-Hablo alemán... y francés, italiano y español. Tengo que tratar con personas de diferentes nacionalidades.

-Pasaré por alto ese comentario.

-Supongo que por eso soy capitán de corbeta a los treinta y cuatro años. No me dejan parar.

-Haré también la vista gorda. ¿Qué le sacó a esa gente de la Embajada?

-Su nombre, naturalmente. Querían confirmación de que estaba usted en el vuelo ocho-diecisiete. El empleado me lanzó una mirada y yo negué con la cabeza; cooperó sin hacer la menor pausa en la conversación. Le había dado unos cuantos marcos, pero no fue por eso. A esa gente no le caen nada bien nuestros representantes oficiales aquí.

-Lo oi anoche. Lo dijo Dowling. ¿Cómo entró él en escena?

-Por su cuenta, pero más tarde. Cuando llegó el avión yo estaba en la parte de atrás de la recogida de equipajes, y los tipos de la Embajada junto a las puertas, unos quince metros más allá. Esperamos todos hasta que sólo quedó un equipaje en la cinta transportadora. Era el suyo, pero usted no apareció. Al fin salió una mujer y los de la Embajada la rodearon, muy excitados. 0í mencionar su nombre, pero fue lo único, porque para entonces ya había decidido volver a hablar con el empleado.

-¿Para ver si yo venía realmente en ese avión o no había utilizado la reserva sin cancelarla?

-Si. Era un listo. Me hizo sentirme como si estuviese sobornando a un jurado. Le pagué, y me dijo que ese Caleb Dowling, a quien creo daba por supuesto que yo conocía, había pasado por el mostrador antes de salir al andén.

-Para dejar instrucciones.

-¿Cómo lo supo?

-Las dejó también en el hotel.

-De eso se trataba, del hotel. Dowling le dijo que había conocido a ese abogado en el avión, un compatriota llamado Converse que había venido a su lado desde Copenhague. Le preocupaba que su nuevo amigo pudiese no encontrar alojamiento en Bonn, y si pedía consejo en Lufthansa el empleado debía enviarlo al hotel Konigshof.

-De modo que usted sumó las cantidades y decidió convertirse en uno de los tipos de la Embajada que me habían perdido de vista -dijo Converse, sonriente-. Enfrentarse con Dowling. ¿Quién de nosotros no se ha aprovechado alguna vez de un testigo hostil?

-Exactamente. Le enseñé mi documento en la Marina y le dije que estaba de agregado. Francamente, no estuvo muy servicial.

-Ni usted muy convincente, según su crítica teatral. Tampoco yo. Lo curioso es que fue por eso por lo que nos juntó. -Joel se detuvo, aplastó su cigarrillo contra la pared y lo tiró por encima del muro-. Está bien, capitán; ha pasado usted revista, o lista, o como diablos lo llamen. ¿Cuál es la situación ahora? Usted habla el idioma y tiene relaciones oficiales que yo no tengo. Podría ser útil.

El oficial de Marina se quedó inmóvil y miró duramente a Joel, pestañeando a causa del sol, que no de la falta de concentración.

-Haré cuanto pueda -dijo lentamente- siempre que tenga sentido para mí. Pero usted y yo tenemos que entendernos, Converse. No me vuelvo atrás en lo de los dos días. Es todo el tiempo que tiene... que tenemos si subo yo a bordo.

-¿Quién fijó el plazo?

-Yo lo fijé. Lo fijo ahora.

-Las cosas no pueden funcionar así.

-¿Quién lo ha dicho?

-Yo lo he dicho. Lo digo ahora.

Converse echó a andar a lo largo de la muralla.

-Está usted en Bonn -dijo Fitzpatrick alcanzándolo, sin impaciencia ni súplica en el paso ni en la voz, sólo un perfecto dominio-. Ha estado en París y vino a Bonn. Eso significa que tiene nombres, cosas que probar, sean concretas o simples rumores. Lo quiero todo.

-No es tan sencillo, capitán.

-Hice una promesa.

-¿A quién?

-¡A mi hermana! ¿Cree que ella no lo sabe? ¡Eso estaba destrozando a Press! Llevaba todo un año levantándose a media noche y andando por la casa, sin decir una palabra a su mujer. Estaba obsesionado y ella no conseguía romper esa especie de cáscara. Había que conocerlos para saber lo que eso representaba. Sé que hoy no está de moda, dos personas con un montón de hijos y que se quieren de verdad, que no ven la hora de volver a verse cuando están separados, pero así eran ellos.

-¿Está usted casado? -preguntó Joel sin cambiar el paso.

-No -respondió el marino, obviamente confuso ante la pregunta-. Pero espero estarlo. Bueno, tal vez. Ya le dije que no paro.

-Lo mismo hacía Press... digo Avery.

-¿Qué pretende decirme, abogado?

-Es respecto a lo que estaba haciendo. Conocía los peligros y sabía lo que podía perder: la vida.

-¡Por eso quiero los hechos! Ayer mandaron para allá su cadáver. El funeral es mañana y no estoy allí porque hice a Meagen una promesa. ¡También yo voy a volver, pero con todo lo que necesito para hacer saltar por los aires esa maldita casa!

-Sólo conseguirá provocar una implosión, que se escondan donde nadie dé con ellos, si no le paran antes.

-Eso es lo que usted piensa.

-Es lo que sé.

-¡No lo admito!

-Pues no lo admita. Vuelva y hable de rumores, de un asesinato de Ginebra que nadie aceptará que haya sido más que un robo, o de un crimen en Nueva York que probablemente seguirá siendo algo que no ha ocurrido. Si menciona a un hombre de Mikonos, créame, desaparecerá. ¿Dónde está usted, capitán? ¿Es usted sólo un freak, después de todo, un hermano de sangre filosófico de Press Halliday, que asaltó el Presidio y quemó su cartilla de reclutamiento en los buenos tiempos de yerba y uvas de moscatel?

-¡Eso no son más que mentiras!

-Está en su expediente, capitán. A propósito: como auditor, ¿a cuántos oficiales ha acusado?

-¿Qué?

-Y como defensor, ¿cuántos casos ha perdido?

-He tenido triunfos y derrotas; sobre todo triunfos, francamente.

-¿Sobre todo? ¿Francamente? Usted sabe que hay ciertas personas que pueden tomar quince números, insertar lo que ellos llaman variables y hacer decir a las estadísticas lo que quieren que digan.

-¿Qué tiene que ver eso? ¿Qué relación tiene con la muerte de Press, con su asesinato?

-Ah, se ha sorprendido, capitán Fitzpatrick. Debajo de esos galones podría haber un infiltrado, tal vez incluso un agente provocador que está usurpando el uniforme que lleva.

-¿De qué diablos está hablando?... Olvídelo, no quiero saberlo. ¡No tengo por qué escucharle, pero usted a mí sí! Tiene dos días, Converse. ¿Estoy a bordo o no?

Joel se detuvo y estudió al rostro joven y tenso que tenía al lado. Joven y no tan joven, pues había ya un asomo de arrugas en torno a los ojos coléricos.

-Ni siquiera está en la misma flota -dijo cansinamente-. El viejo Beale tenía razón. Soy yo quien ha de decidir, y decido no decirle nada. No lo quiero a bordo, marinero. Es usted una hormiga impulsiva y me aburre.

Joel se dio media vuelta y se alejó.

-¡Está bien, corten! ¡A positivar! Un buen trabajo, Cal; estuve a punto de creerme todas esas bobadas.

El director, Roger Blynn, comprobó los papeles sujetos a un tablero que sostenía frente a él la script y dio instrucciones al intérprete del equipo de cámaras antes de encaminarse a donde estaba el cuadro con el plan de rodaje.

Caleb Dowling, todavía sentado en un peñasco de la ladera de la colina sobre el Rhin, acarició la cabeza de una cabra maloliente que acababa de defecar en la punta de su bota.

-Me gustaría sacarte el resto a patadas, socia -dijo en voz baja-, pero eso no convendría a mi imagen.

El actor se levantó y se estiró, consciente de que los mirones que había más allá de la zona acotada estaban observándolo, mientras parloteaban como turistas en un zoo. Dentro de unos minutos iría, sin prisas, a quitar la cuerda sujeta al soporte móvil de una lámpara de arco para poder mezclarse con sus fans. Era algo de lo que nunca se cansaba, probablemente porque le había llegado tan tarde y constituía, al fin y al cabo, un símbolo de lo que él y su mujer podían permitirse ahora. De vez en cuando había también una especie de prima: la aparición de uno de sus antiguos alumnos, que solía acercarse a él con cautela, preguntándose si aquella relación tan natural que había implantado en clase habría sobrevivido al peso de la fama o se habría ahogado en la riada del llamado estrellato. Cal tenía gran facilidad para recordar las caras y también al menos el nombre o el apellido de las personas, de modo que cuando surgía la ocasión miraba siempre a su antiguo discípulo y le preguntaba si había hecho los deberes del día anterior. 0 se le acercaba y le preguntaba algo como: «De las crónicas que utilizó Shakespeare para sus argumentos, ¿cuál tuvo mayor influencia en su lenguaje, Daniel, Holinshed o Froissart?» Si la respuesta era la última, se daba una palmada en el muslo y exclamaba algo así como «¡Caramba, vaquero, así se doma un potro!» A la doble carcajada seguía con frecuencia una sesión de recuerdos, copa va y copa viene.

Eran buenos tiempos, casi perfectos. Sólo con que entrase un poco de sol en los penosos y oscuros rincones de la mente de su mujer... Entonces estaría allí, en la ladera de aquella colina de Bonn, charlando a su manera tranquilamente vivaz con la gente que había más allá de la cuerda -la mayoría, mujeres de una edad parecida a la suya-, diciéndoles que su marido era en realidad muy parecido al de ellas: siempre dejaba los calcetines tirados y era un desastre en la cocina. A la gente le encantaba oírlo, aunque no lo creyese. Pero el sol no llegaba a esos rincones oscuros y lejanos. Por el contrario, su Frieda seguía en Copenhague, paseando por las playas de la isla de Sjaelland, tomando el té en el jardín botánico y esperando una llamada de su marido diciéndole que tenía días libres e iba a abandonar la odiada Alemania. Dowling contempló a su alrededor al equipo, tan eficiente y entusiasta, y a los curiosos. Había en sus conversaciones, salpicadas de risas, un cierto respeto. No eran gente odiosa.

-¿Cal? -Era la voz de Blynn, el director de la película, que se dirigía rápidamente hacia él por la ladera de la colina-. Aquí hay alguien que quiere verte.

-Espero que sean más de uno, Roger. De lo contrario los que ostentan el dudoso título de empresarios nuestros me están pagando más de la cuenta.

-No por este montón de kitsch. -La sonrisa del director desapareció mientras se acercaba al actor-. ¿Tienes algún problema, Cal?

-Los tengo siempre, pero lo que es noticia es no tenerlos.

-Hablo en serio. Hay ahí un hombre de la policía alemana, la de Bonn. Dice que tiene que hablar contigo y que es urgente.

-¿De qué?

Dowling sintió un ramalazo de dolor en el estómago, provocado por aquel miedo con el que vivía.

-No me lo ha dicho. Sólo que era un caso urgente y tenía que verte a solas.

-¡Dios mío! -susurró el actor-. ¡Freddie!... ¿Dónde está?

-En tu caravana.

-En mi...

-No te preocupes -dijo Blynn-. Está con él, ese Moose Rosenberg, el especialista. Si mueve un cenicero, creo que ese gorila es capaz de hacerle atravesar la pared.

-Gracias, Roger.

-¡Hablaba en serio cuando dijo «a solas»!

Librodot

Dowling no oyó estas últimas palabras; había echado a correr colina abajo hasta la pequeña caravana que utilizaba para relajarse un rato de vez en cuando. Rezaba, a nadie en particular, para que ocurriese lo mejor, mientras se preparaba para lo peor.

No fue ninguna de las dos cosas; simplemente una nueva complicación en un enigma. No se trataba de Frieda Dowling, sino de Joel Converse, el abogado norteamericano. El especialista se apeó del trailer, dejando solos a Caleb y el policía. El hombre iba de paisano, hablaba bien inglés y sus maneras eran algo oficiosas pero corteses.

-Siento molestarle, herr Dowling -dijo, en respuesta a la nerviosa pregunta inicial de Caleb por su mujer-. No sabemos nada de frau Dowling. ¿Es que está enferma?

-Ha tenidos algunos ataques últimamente. Está en Copenhague.

-Sí, eso tenemos entendido. Va usted allí con frecuencia, ¿no?

-Siempre que puedo.

-¿No quiere venir a reunirse con usted?

-Su apellido de soltera era Oppenfeld, y la última vez que estuvo en Alemania no la trataron como a un ser humano. Sus recuerdos son, digamos, inolvidables. Le resultan bastante amargos.

-Si -dijo el policía, con mirada tan firme como la de Caleb-. Es algo con lo que viviremos durante generaciones.

-Eso espero -dijo el actor.

-Yo aún no me daba cuenta de nada, herr Dowling. Me alegro mucho de que sobreviviese, créame.

Dowling bajó la voz sin saber bien por qué, y sus palabras, casi inaudibles, tuvieron también mucho de involuntarias.

-Los alemanes la ayudaron.

-Era de esperar -dijo tranquilamente el alemán-. Pero mi asunto se refiere a un hombre que vino sentado a su lado la noche pasada en los vuelos de Copenhague a Hamburgo y de Hamburgo a Bonn. Se llama Joel Converse, un abogado norteamericano.

-¿Qué pasa con él? A propósito, ¿puedo ver su identificación?

-Desde luego. -El policía buscó en su bolsillo, sacó una tarjeta de identificación plastificada y se la dio al actor, que tenía las gafas firmemente caladas-. Confío en que todo esté en orden -añadió el hombre.

-¿Qué es esto de Sonder Dezernat? -preguntó Dowling, guiñando los ojos ante la pequeñez de la letra.

-La mejor traducción es rama o departamento... especial. Somos una unidad de la Bundespolizei, la policía federal. Nuestro trabajo consiste en ocuparnos de los asuntos que el gobierno considera más delicados.

-Eso no quiere decir nada, y usted lo sabe -dijo el actor-. Nosotros podemos utilizar un texto como ése en las películas y que-darnos tan frescos porque las reacciones las escribimos nosotros también, pero ni usted es Helmut Dantine o Martin Kosleck ni yo Elissa Landi. Explíquese...

-Muy bien, me explicaré, Interpol. Ha muerto un hombre en un hospital de París a causa de las heridas en la cabeza que le infligió ese norteamericano, Joel Converse. Le habían diagnosticado una mejoría, pero desgraciadamente fue sólo temporal; lo encontraron muerto esta mañana. La muerte se atribuye a un ataque no provocado por parte de herr Converse. Sabemos que vino en el vuelo a Colonia-Bonn, y según las azafatas usted estuvo sentado a su lado tres horas y media. Queremos saber dónde está. Quizá pueda usted ayudarnos.

Dowling se quitó laboriosamente las gafas bajando la mandíbula y tragando saliva mientras lo hacía.

-¿Y creen que yo lo se?

-No tenemos la menor idea, pero usted habló con él. Y esperamos que sepa que hay penas graves por ocultar información sobre un fugitivo de la justicia, especialmente si se le busca por asesinato.

El actor acarició las patillas de sus gafas mientras sus instintos afloraban enfrentados. Fue a la litera que había contra la pared y se sentó, mirando de abajo arriba al policía.

-¿Por qué no confío en usted?

-Porque piensa en su mujer y no confía en ningún alemán. Soy un hombre de ley y paz, herr Dowling. El orden es algo que la gente decide por sí misma, yo entre ellos. El informe que hemos recibido dice claramente que ese Converse puede ser un hombre gravemente perturbado.

-A mí no me lo pareció. En realidad, pensé que tenía la cabeza muy bien puesta sobre los hombros. Dijo un montón de cosas muy perspicaces.

-Que usted quería oír.

-No todas.

-Pero sí un buen porcentaje, que prepararon el terreno para las demás.

-¿Qué quiere decir?

-Los locos resultan convincentes; juegan a todos los paños y acaban por inclinarlo todo a su favor. Esa es la esencia de su locura, de su psicosis: sus convicciones.

Dowling dejó las gafas en la litera y exhaló ruidosamente el aliento, sintiendo de nuevo el dolor en medio del estómago.

-¿Un loco? No lo creo.

-Entonces dénos una oportunidad de probar lo contrario. ¿Sabe dónde está?

El actor miró al alemán entornando los ojos.

-Déme una tarjeta o un número a donde pueda llamarle. Tal vez se ponga en contacto conmigo.

-¿Quién fue el responsable?

El hombre de la bata de seda roja estaba detrás de la gran mesa escritorio sentado en la penumbra, mientras una lámpara de bronce arrojaba un duro círculo de luz sobre la superficie que tenía enfrente. La claridad era suficiente para revelar los contornos de un enorme mapa colgando en el centro de la pared, detrás del hombre y de la mesa. Era un mapa extraño, no de todo el mundo sino de fragmentos de él. Las formas de las naciones estaban claramente definidas aunque extrañamente sombreadas, coloreadas de un modo raro, como si se hubiera pretendido formar un solo continente con zonas geográficas dispersas. Incluían toda Europa, la mayor parte del Mediterráneo y trozos selectos de Africa; y, como si la gran extensión del océano Atlántico fuese sólo una especie de eslabón azul pálido, Canadá y Estados Unidos formaban también parte de esa entidad arcana.

El hombre miraba al frente. Su cara arrugada y de mandíbula cuadrada, nariz aquilina y labios finos y tensos parecía moldeada en pergamino y, su pelo cano, muy corto, resultaba singularmente apropiado para un hombre con un torso de contornos tan rígidos. Habló de nuevo. Su voz era algo aguda, sin resonancia pero con una segura sensación de mando. Era fácil imaginarla llegando al paroxismo. Sería como el maullido de un gato que cruza un lago helado. Pero ahora mantenía un medio tono; era la esencia de la prisa tranquila.

-¿Quién era el responsable? -repitió-. ¿Sigues al teléfono, Londres?

-Sí -dijo el interlocutor de Gran Bretaña-. Sí, claro. Estoy tratando de pensar, de ser justo.

-Lo admiro, pero hay que tomar decisiones. Lo más probable es que la responsabilidad sea compartida; a nosotros nos basta con saber lo que sigue.

El hombre hizo una pausa, y cuando prosiguió su voz cobró súbitamente una intensidad que suponía un abandono total de su tono anterior. Era el grito estridente del gato que cruza el lago helado.

-¿Pur qué ha intervenido la Interpol?

Sobresaltado, el inglés se apresuro a responder, con frases entre-cortadas en las que las palabras se precipitaban una sobre otra.

-Encontraron muerto al ayudante de Bertholdier a las cuatro de la mañana, hora de París. Al parecer iban a darle medicamentos a esa hora. La enfermera llamó a la Súreté...

-¿La Súreté? -gritó el hombre sentado bajo el mapa fragmentado- ¿Por qué la Súreté? ¿Por qué no Bertholdier? ¡Era un empleado suyo, no de la Súreté!

-Ese fue el fallo -dijo el británico-. Nadie se dio cuenta en que en la recepción del hospital tenían instrucciones para hacerlo así, al parecer de un inspector llamado Prudhomme, a quien despertaron para comunicarle la muerte del hombre.

-¿Y fue él quien llamó a la Interpol?

-Sí -pero demasiado tarde para que la inmigración alemana interceptase a Converse.

-Por lo que podemos estar profundamente agradecidos -dijo el hombre bajando la voz.

-Normalmente, el hospital hubiese esperado y llamado a Bertholdier por la mañana, para comunicarle lo que ocurría. Como tú dices, se trataba de un empleado, no de un miembro de la familia. Después hubiera sido informada la policía del arroridissement y por último la Súreté. Para entonces los nuestros estarían ya en su sitio y podrían evitar que interviniese la Interpol. Aún podemos pararlos, pero llevará varios días. Traslados de personal, nuevas pruebas, cambiar el expediente... Necesitamos tiempo.

-Entonces no lo desperdicies.

-Fueron esas malditas instrucciones.

-Que nadie tuvo cabeza suficiente para comprobar -dijo el hombre que estaba frente al mapa sombreado-. A este Prudhomme se le despertaron los instintos. Demasiada gente rica, demasiada influencia, circunstancias demasiado extrañas... Ha olido algo.

-Haremos que lo retiren del caso; sólo necesitamos unos días. Converse está en Bonn, lo sabemos. Estamos acercándonos.

-Y también seguramente la Interpol y la policía alemana. No necesito decirte lo que eso supondría.

-Tenemos ciertos controles a través de la Embajada norteamericana. El fugitivo es de esa nacionalidad.

-¡El fugitivo tiene información! -insistió el hombre de detrás de la mesa, con el puño apretado dentro del círculo de la luz-. Cuánta y procedente de quién no lo sabemos, y tenemos que saberlo.

-¿No se averiguó nada en Nueva York? ¿El juez?

-Sólo lo que Bertholdier sospechaba y lo que supe en cuanto oí su nombre. Anstett volvía, al cabo de cuarenta años, todavía acosándome, todavía pidiendo mi cabeza. Ese hombre no era sólo un intermediario; me odiaba tanto como yo a él, y hasta el final escudó a quienes estaban detrás de él. Bueno, ya está muerto y su bendita rectitud con él. Lo importante es que Converse no es lo que pretende. Ahora, ¡descúbrelo!

-Como te digo, vamos acercándonos. Tenemos más fuentes, más informadores que la Interpol. Se trata de un fugitivo norteamericano en Bonn que, por lo que sabemos, no habla alemán. No son tantos los sitios donde puede ocultarse. Lo encontraremos; le daremos lo suyo y sabremos de dónde sale, después de lo cual terminaremos por la vía rápida.

-¡No! -El lustroso gato se desgañitaba de nuevo sobre el lago helado--. ¡Juguemos su juego! Hay que darle la bienvenida, que acogerlo con los brazos abiertos. En París habló de Bonn, Tel-Aviv y Johannesburgo; por tanto, adaptaos a él. Llevadlo hasta Leifhelm... Aún mejor, que sea Leifhelm quien vaya a él. Trae a Abrahms de Israel, a Van Headmer de Africa y, sí, a Bertholdier de París. De todos modos es evidente que sabe quiénes son. En último extremo pretende querer que se reúna el consejo, ser uno de nosotros, de manera que tendremos una reunión y oiremos sus mentiras. Nos dirá más con ellas de lo que puede decirnos con la verdad.

-Realmente no comprendo...

-Converse es una avanzadilla, pero sólo eso. Está explorando, estudiando el terreno, tratando de comprender las fuerzas que tiene enfrente. Si fuese otra cosa, trataría directamente con las autoridades legítimas y emplearía métodos legítimos. No tendría motivos para utilizar un nombre falso, dar una información falsa... o salir huyendo, quitando de en medio por la fuerza a quien cree trata de detenerlo. Es una avanzadilla de infantería que tiene cierta información pero no sabe adónde va. Pues bien, a una avanzadilla puede atraérsela a una trampa, tenderle una emboscada a la compañía que avanza. Si. ¡debemos proporcionarle su reunión!

-Permíteme decirte que es extraordinariamente peligroso. El tiene que saber quién lo reclutó, quien le dio los nombres, sus fuentes. Podemos quebrantarlo por medios físicos y químicos y conseguir esa información.

-Probablemente no la tiene -explicó con paciencia el hombre-. Las avanzadillas de infantería no conocen las decisiones del mando. Si las conociesen podrían darse media vuelta. Necesitamos saber más acerca de ese Converse, y hacia las seis de esta tarde tendré todos sus informes y curriculum vitae, todo lo que se ha escrito alguna vez sobre él. Hay en este asunto algo que no somos capaces de ver.

-Ya sabemos que es hombre de recursos -dijo el británico-Por lo que hemos podido averiguar en París, se le considera un gran abogado. Si nos descubre o se nos escapa, podría ser catastrófico. Se habrá encontrado con nuestra gente, habrá hablado con ellos...

-Entonces cuando des con él no lo pierdas de vista. Mañana tendré nuevas instrucciones para ti.

-¿Si?

-Esos informes que están reunidos por todo el país. Para que un hombre haga lo que está haciendo. Converse ha tenido que ser manipulado a conciencia, a fondo; tienen que haberle infundido una auténtica pasión. Es a los manipuladores a quienes tenemos que encontrar. Ni siquiera son quienes pensamos. Me pondré en contacto mañana.

George Marcus Delavane volvió a dejar el teléfono en su horquilla y lenta, desmañadamente, hizo girar la parte superior de su cuerpo sobre el asiento. Contempló el extraño mapa fragmentado mientras las primeras luces del amanecer iluminaban el cielo por el este y su resplandor anaranjado llenaba los ventanales. Después, con gran esfuerzo, agarrándose a los brazos del sillón de acero, se dio otra vez la vuelta y fijó los ojos en la fuerte mancha de luz de la mesa. Se Llevó las manos a la cintura y con cuidado, temblando, se desabotonó la chaqueta de terciopelo rojo oscuro y se esforzó en mirar hacia abajo, ordenándose a si mismo observar una vez más la terrible verdad. Fijó la vista más allá de la correa de cuero en diagonal de diez centímetros de ancho que lo sostenía en su sitio, ahora ordenando a sus ojos que se concentrasen, que aceptasen con odio lo que le habían hecho.

No había nada que ver, salvo el borde del grueso asiento de acero y, debajo, la pulida madera del suelo. Las piernas largas y robustas que habían soportado su cuerpo entrenado y musculoso en los combates entre la nieve y el barro, en triunfantes desfiles bajo el sol, en ceremonias de honor y desafío, le habían sido robadas. Los médicos le habían dicho que sus

piernas enfermas eran instrumentos de muerte que acabarías con el resto de su cuerpo. Cerró los puños y fue apretándolos contra la mesa, con la garganta llena de un grito silencioso.

9

-Maldita sea, Converse, ¿quien se cree que es? -exclamó Connal Fitzpatrick en voz baja y furiosa al llegar a la altura de Joel, que caminaba rápidamente por entre la alta arboleda cercana a la Alter Zoll.

-Alguien que conoció a Avery Fowler de muchacho y vio a un hombre llamado Press Halliday morir dos siglos más tarde en Ginebra -replicó Converse, avivando el paso y dirigiéndose hacia las puertas de aquel hito nacional, donde había taxis.

-¡No me venga con eso! Conocí a Press mucho mejor y mucho más tiempo que usted. ¡Por todos los santos, si estaba casado con mi hermana! ¡Fuimos amigos íntimos durante quince años!

-Parece usted un niño jugando a los mayores. Piérdase.

Fitzpatrick se precipitó hacia adelante y se volvió frente a Joel, cerrándole el paso.

-¡Es verdad! Por favor, ¿puedo ayudar? ¡Quiero ayudar! ¡Sé alemán y usted no! ¡Tengo relaciones aquí!

-También tiene una idea sobre cierto plazo que yo no comparto. Quítese de mi camino, marinero.

-Vamos -rogó el oficial de Marina-. No va a excluirme sólo porque no me haya salido bien una jugada.

-¿Perdón?

Fitzpatrick cambió torpemente el peso de pie.

-También usted se habrá tirado más de un farol, ¿no, abogado?

-No si no conocía el terreno que pisaba.

-A veces es un modo de descubrirlo.

-Conmigo no.

-Entonces mi error estuvo en no conocerle. Con otro podía haber funcionado.

-Ahora habla de táctica, pero dijo en serio lo de los «dos días».

-Tiene mucha razón -asintió Connal, haciendo gestos afirmativos con la cabeza-. ¡Porque quiero que se sepa todo y pague quien deba pagar! Estoy fuera de mí, Converse, desesperado. No quiero que esto se alargue y acabe por quedar en nada. Cuanto más tiempo pase menos le importará a la gente. Lo sabe tan bien como yo y probablemente mejor. ¿Ha tratado alguna vez de reabrir un caso? Yo lo he hecho con algunos consejos de guerra en los que pensaba no habían ido las cosas como debían y aprendí algo: eso no le gusta al sistema. ¿Sabe por qué?

-Si, lo sé -dijo Joel-. Hay demasiados casos nuevos en el registro, y buenas recompensas por ocuparse de ellos.

-Bingo, abogado. Press merece algo mejor que eso. Meagen me-rece algo mejor.

-Sí, lo merece... lo merecen ambos. Pero hay una complicación que Press Halliday comprendía mejor que ninguno de nosotros. Dicho simplemente, su vida no tenía importancia comparada con lo que perseguía.

-Eso es muy cruel.

-Pero muy cierto. Su cuñado lo hubiese mandado a la lona, con galones y todo, por meterse en esto y tratar de llevar la batuta. Vuélvase, capitán. Asista al funeral.

-No. Quiero subir a bordo. Retiro el plazo.

-Muy amable.

-Y le dejo la batuta -dijo Fitzpatrick, asintiendo otra vez con la cabeza y suspirando, derrotado-. Haré lo que me diga.

-¿Por qué? -preguntó Joel, clavándole los ojos.

El auditor de la Marina no se inmutó.

-Porque Press confiaba en usted. Dijo que era el mejor.

-Después de él -añadió Converse, permitiendo a su gesto relajarse levemente, con un asomo de sonrisa-. Está bien, le creo, pero hay unas reglas básicas. O las acepta o, como usted dice, no sube a bordo.

-Oigámoslas. Pondré mala cara sólo por dentro.

-Sí, va a ponerla. Para empezar, le diré sólo lo que crea que debe saber en cada momento. Lo que usted deduzca será cosa suya. De ese modo no podrá irse de la lengua.

-Eso es duro.

-Pues así están las cosas. Le daré un nombre de vez en cuando si pienso que puede servir para abrirle una puerta, pero lo oirá siempre de segunda o tercera mano. Usted tiene imaginación; discurra unas fuentes inidentificables para protegerse.

-Ya lo he hecho en más de un muelle.

-¿De veras? ¿Qué tal se le da el teatro?

-¿Qué?

-No importa; ya suponía que iba a contestar eso. Usted no iba a esos muelles con el uniforme blanco de capitán de corbeta.

-Por supuesto que no.

-Pues ahora lo hará.

-Tiene que decirme algo.

-Le daré una idea general, un montón de abstracciones y algunos hechos. A medida que vayamos progresando, si es que progresamos, se enterará de más. Si cree que ha resuelto el rompecabezas, dígamelo. Eso es esencial. No podemos arriesgarnos a estropearlo todo porque usted opere sobre supuestos equivocados.

-¿Por qué habla en plural? ¿A qué «nosotros» se refiere?

-Ya me gustaría a mí saberlo.

-Eso anima mucho.

-¿Verdad que sí?

-¿Por qué no me lo cuenta todo ahora?

-Porque Meagen Halliday perdió ya un marido y no quiero verla perder un hermano.

-Lo aceptaré.

-A propósito, ¿qué permiso tiene? Porque usted está en activo.

-Mi permiso inicial es de treinta días, con prórrogas justificadas. Una única hermana con cinco hijos y matan a su marido. Tendría derecho a redactar yo mismo el pase.

-Lo dejaremos en los treinta días, capitán. Es más de lo que nos queda. Quizá no tengamos ni siquiera dos semanas.

-Empiece a hablar, Converse.

Librodot

-Vamos a pasear-dijo Joel, encaminándose ala muralla de la Alter Zoll desde donde se divisaba el soberbio panorama del Rhin.

La «idea general» que le dio Converse describía una situación en la que individuos afines de diversos países estaban reuniéndose y utilizando su influencia para burlar la ley y enviar armamento y tecnología a gobiernos y organizaciones hostiles.

-¿Con qué fin? -preguntó Fitzpatrick.

-Podría decirle que para ganar dinero, pero no iba a creérselo.

-Como único motivo, no -dijo pensativo el marino-. La gente influyente, y entiendo la palabra «influyente» como relacionada con las leyes en vigor, operaría sola o cuando más en pequeños grupos dentro de sus propios países. Si el beneficio fuese el objetivo primordial no se coordinarían en el exterior; no es necesario. Ese es un mercado donde manda la oferta y sólo conseguirían diluir los beneficios.

-Bingo, abogado.

-¿Entonces?

Fitzpatrick miró a Joel, esperando su respuesta, mientras se dirigían a una brecha en la muralla en la que había emplazado un cañón de bronce.

-Desestabilización -dijo Converse-. Desestabilización a gran escala. Una serie de puntos de ignición en zonas altamente inflamables que pondrían en cuestión la capacidad de los gobiernos democráticos para hacer frente a la violencia.

-Otra vez tengo que preguntarle: ¿con qué fin?

-Es usted rápido -dijo Joel de modo que dejaré que sea usted mismo quien conteste. ¿Qué ocurre cuando una estructura política queda paralizada por el desorden, cuando ya no puede funcionar, cuando las cosas escapan a todo control?

Los dos hombres se detuvieron junto a la pieza y el oficial naval siguió con la mirada el perfil del enorme y amenazante cañón.

-Es reestructurada o reemplazada -dijo, volviéndose a mirar a su acompañante.

-Otra vez bingo. Esa es la idea general.

-No tiene sentido. -Fitzpatrick entornó los ojos tanto por el sol como por el esfuerzo de pensar-. Permítame recapitular. ¿Puedo hacerlo?

-Puede.

-«Individuos influyentes» quiere decir personas de alta posición situadas en puestos importantes. Dando por supuesto que no estamos hablando de elementos puramente criminales, a los que la falta de un motivo meramente crematístico parece eliminar, se trata de ciudadanos razonablemente respetables. ¿0 hay otra definición que se me escapa?

-Si la hay, tampoco a mí se me ocurre.

-Entonces, ¿por qué iban a querer desestabilizar las mismas estructuras políticas que les garantizan su influencia? Eso carece de sentido.

-¿Ha oído alguna vez la frase «todo es relativo»?

-Demasiadas. ¿Y qué?

-Que piense.

-¿En qué?

-En la influencia.

Joel sacó sus cigarrillos, sacudió el paquete para llevarse uno a los labios y lo encendió. Su compañero contemplaba a lo lejos las Siete Montañas del Westerwald.

-Quieren más -dijo lentamente Fitzpatrick volviéndose otra vez hacia Converse.

-Lo quieren todo. Y la única forma en que pueden conseguirlo es probando que sus soluciones son las únicas, ya que todas las demás han demostrado ser inútiles frente a un caos generalizado.

La expresión de Connal era fija, inmóvil, mientras bebía las palabras de Converse.

-Madre mía... -empezó, con un susurro que era ya un grito-. Un plebiscito general, la voluntad de los pueblos volcándose en favor del Estado todopoderoso. Fascismo. Un fascismo multinacional.

-Estoy ya harto de decir «bingo», de modo que diré «exacto», abogado. Acaba usted de decirlo mejor que cualquiera de nosotros.

-¿Nosotros? ¡Ah, claro, pero usted no sabe quiénes son! -añadió Fitzpatrick, a la vez desconcertado y furioso.

-Aguántese como me aguanto yo.

-¿Por qué?

-Avery Fowler. ¿Lo recuerda?

-¡Por Dios!

-Y un viejo de la isla de Mikonos. Eso es cuanto tenemos. Pero lo que dijeron es verdad, es real. Lo he visto, y es cuanto necesitaba saber. En Ginebra, Avery dijo que quedaba poco tiempo. Beale precisó aún más; lo calificó de cuenta atrás. Sea lo que sea lo que vaya a suceder, ocurrirá antes de que termine su permiso. El primer estallido será dentro de dos semanas y cuatro días. Eso fue lo que quise decir antes.

-¡Dios mío! -susurró Fitzpatrick-. ¿Qué más puede o quiere decirme?

-Muy poco.

-La Embajada -interrumpió Connal-. Fue hace un par de años, pero estuve en ella. Trabajé con el agregado militar. No necesito presentaciones. Podemos conseguir ayuda allí.

-También pueden matarnos.

-¿Qué?

-No está limpia. Esos tres hombres que usted vio en el aeropuerto, los de la Embajada...

-¿Qué pasa con ellos?

-Están con el otro bando.

-¡No lo creo!

-¿Por qué piensa que estaban en el aeropuerto?

-Esperándolo para hablar con usted. Podría haber una docena de razones. Lo crea o no, en los medios internacionales se le considera un brillante abogado, y es normal que el personal del servicio exterior quiera contar con tipos como usted.

-Ya he tenido esta conversación antes -dijo Converse, irritado.

-¿Qué quiere decir?

-Si querían verme, ¿por qué no fueron a la puerta?

-Porque pensaron que usted iría al terminal como todo el mundo.

-Y cuando no lo hice se pusieron fuera de sí. Es usted quien lo dice.

-Así fue.

-Razón de más para encontrarse conmigo en la puerta. Fitzpatrick frunció el ceño.

-Aún así, no me parece...

-La mujer. ¿Se acuerda de la mujer?

-Naturalmente.

Librodot

-Me vio en Copenhague y me siguió. Pero hay más. Después, en el andén, los cuatro fueron recogidos por el coche de un hombre que sabemos, sabemos, forma parte de lo que le he descrito. Fueron a la Embajada, y tendrá que aceptar mi palabra porque los vi.

Connal clavó la mirada en Joel, convencido ya.

-Está bien, nada de Embajada. ¿Qué le parece Bruselas, el SHAPE? Hay una unidad de inteligencia naval; he tratado alguna vez con ellos.

-Todavía no. Quizá nunca.

-Pensé que quería utilizar el uniforme, mis relaciones.

-Tal vez. Es bueno saber que están ahí.

-Bien, ¿qué quiere que haga? Tengo que hacer algo.

-¿Habla usted realmente bien el alemán?

-Hochdeutsch, Schwábisch, Bayerisch y varios dialectos intermedios. Ya le dije que manejo cinco idiomas...

-Lo ha dejado repugnantemente claro -le interrumpió Converse-. Hay una mujer llamada Fishbein aquí en Bonn. Es el primer nombre que voy a darle. Está implicada. Del cómo no estamos seguros, pero se sospecha que es un enlace... que distribuye información. Quiero que la conozca, que hable con ella, que establezca una relación. Tendremos que pensar algo convincente. Tiene cuarenta y tantos años y es la hija menor de Hermann Goering. Se casó con un superviviente del holocausto por razones obvias; él hace tiempo que se marchó. ¿Alguna idea?

-Seguro -dijo Fitzpatrick sin vacilar-. Una herencia. Todos los años hay un par de miles de testamentos que los difuntos quieren que se tramiten por vía militar. Son los chalados que dejan cuanto tienen a los supervivientes. La auténtica raza aria germánica y todas esas sandeces. Se los pasamos a los tribunales civiles, que no saben qué hacer con ellos, de modo que acaban en el limbo, y a la larga en las cajas del Departamento del Tesoro.

-¿No es una broma?

-Eins, zwei, drei. Créame, esa gente lo hace muy en serio.

-¿Puede utilizar ese truco?

-¿Qué le parece más de un millón dejado por un pequeño cervecero del Midwest?

-Servirá -dijo Joel-. Ya está a bordo.

Converse no habló de Aquitania, ni de George Marcus Delavane, Jacques-Louis Bertholdier o Erich Leifhelm, ni de los veintitantos nombres del Departamento de Estado y el Pentágono. Tampoco describió la red tal como aparecía en los dossiers o como la describió el doctor Edward Beale en Mikonos. Dio a Connal Fitzpatrick los puros huesos de la información. El razonamiento de Joel era mucho menos benigno de lo que había dado a entender; si cogían al abogado de la Marina y lo interrogaban, no importa con qué brutalidad, no podría revelar nada importante.

-Realmente no me está diciendo mucho -se quejó Fitzpatrick.

-Le he dicho lo bastante para que le estalle la cabeza, y conste que esta frase no es normal en mi léxico.

-Ni en el mío.

-Entonces considéreme un buen chico -dijo Converse mientras se encaminaban a la puerta de entrada de la Alter Zoll..

-Por otro lado -continuó el cuñado de Halliday-, usted ha pasado mucho más de lo que yo he pasado nunca. Leí lo que dicen de usted en las fichas de seguridad. Fichas, no ficha. Fueron contrastadas con las de otros muchos prisioneros. Usted era algo más. Según la

mayoría de los hombres de esos campos, fue usted quien los mantuvo unidos, hasta que lo incomunicaron.

-Se equivocaban, marinero. Yo estaba temblando y con un susto de muerte y hubiese hecho cualquier cosa por salvar la piel.

-No es eso lo que dice su historial. Dice...

-No me interesa gran cosa, capitán -dijo Joel mientras cruzaban la historiada puerta-, pero tengo un problema inmediato que usted puede ayudarme a resolver.

-¿De qué se trata?

-Prometí llamar a Dowling a una línea móvil. No sabría cómo pedirla.

-Allí hay una cabina -dijo Connal, señalando una burbuja de plástico blanco que sobresalía de un poste de cemento en la acera-, ¿Tiene el número?

Converse empezó a registrarse los bolsillos.

-Lo tengo por algún sitio... Aquí está- anunció mientras sacaba el trozo de papel de entre unas facturas de tarjetas de crédito.

-Vermittlug, bitte. -El oficial de Marina tenía un deje auténtico mientras hablaba resueltamente por teléfono-. Sieben, drei, vier, zwei, zwei. Bitte, Fraulein, -Después Fitzpatrick insertó una serie de monedas en la caja metálica y se volvió a Joel-. Aquí lo tiene. Está sonando.

-Siga usted. Pregunte por él. Diga que le llama su abogado, el del hotel.

-Gwen Tag, Fráulein. Ist Herr...0h, no, hablo inglés. ¿Lo habla usted? No, no le llamo desde California, pero es urgente... Dowling, tengo que hablar con...

-Caleb -dijo rápidamente Joel.

-Caleb Dowling. -El marino tapó el micrófono-. ¿Qué clase de nombre es ése?

-Tiene algo que ver con los zapatos Guzzi.

-¿Qué?... Ya. Si., gracias. -Fitzpatrick pasó el teléfono a Con-verse-. Están llamándole.

-¿Joe?

-Si, Cal. Te dije que te llamaría después de ver a Fowler. Todo va bien.

-No, no va bien, señor abogado -dijo pausadamente el actor-. Será mejor que tú y yo tengamos una conversación en serio, y no me importa decirte que tendremos al lado a un pedazo de mula Llamado Rosenberg.

-No comprendo.

-Ha muerto un hombre en París. ¿Te aclara eso las cosas?

-¡Dios mío! -Converse sintió la cabeza sin sangre y un vacío en la garganta. Por un momento pensó que le iba a dar algo-. ¿Han ido a verte? -susurró.

-Un policía alemán hace poco más de una hora, y esta vez no tuve la menor duda. Era auténtico.

-No sé qué decir -balbuceó Joel.

-¿Fuiste tú quien lo hizo?

-Yo... creo que sí.

Converse contempló el disco del teléfono viendo la cara ensangrentada del hombre en el callejón, sintiendo la sangre en sus dedos.

-¿Que lo crees? No se duda de una cosa así.

-Entonces sí... La respuesta es sí. Lo hice.

-¿Tenías alguna razón?

-Pensé que sí.

-Quiero oírla, pero no ahora. Ya te diré dónde encontrarnos.

-¡No! -exclamó Joel, confuso pero terminante-. No puedo complicarte en esto, ¡no puedes complicarte!

-Ese tipo me dio una tarjeta y quiere que le llame si te pones en contacto conmigo. Fue muy concreto en cuanto a lo que supone ocultar información, ayudar a un fugitivo.

-¡Tenías toda la razón! ¡Por Dios, dile todo, Cal! La verdad. Me conseguiste una habitación para pasar la noche porque pensaste que podía no tener reserva y habíamos pasado unas horas agradables en el avión. La pusiste a tu nombre porque no querías que yo pagase. ¡No le ocultes nada! ¡Ni siquiera esta llamada!

-¿Y por qué no se lo dije antes?

-No tiene importancia; se lo dices ahora. Te hallabas muy impresionado y se trataba de un compatriota y estás en un país extranjero. Querías tiempo para pensar, para reflexionar. Mi llamada te hizo reaccionar y comportarte racionalmente. Dile que me pusiste frente a la acusación y no la negué. Sé franco con él, Cal.

-¿Cómo de franco? ¿Debo incluir mi sesión con Fowler?

-Tampoco eso tiene importancia, pero no es necesario. El nombre de Fowler es falso y no tiene importancia para lo de París, te doy mi palabra. Meterlo en esto sería sólo una complicación innecesaria.

-¿Debo decirle que estás en la Alter Zoll?

-Es desde donde te llamo. Dile que te dije que estaba aquí.

-No podrás volver al Kónigshof.

-No importa -dijo Joel atropelladamente, ansioso ya por dejar el teléfono y empezar a pensar-. Mi equipaje está en el aeropuerto y tampoco puedo volver allí.

-Tenías un maletín.

-Ya me he ocupado de eso. Está donde puedo recogerlo. El actor tardó un momento en hablar, y después lo hizo pausadamente.

-De modo que lo que me aconsejas es ser sincero con la policía, decirles la verdad.

-Sin contar espontáneamente cosas que nada tienen que ver con el caso. Si; ése es mi consejo, Cal. Es el modo en que puedes seguir siendo una persona sin tacha, que es lo que tú eres.

-Parece un buen consejo, Joe... Joel, y me gustaría aceptarlo, pero me temo que no voy a poder.

-¿Por qué?

-Porque las malas personas, los ladrones y los asesinos, no dan ese tipo de consejos. No lo he visto en ningún guión de los que he leído.

-¡Eso es una tontería! ¡Por Dios, haz lo que te digo!

-Lo siento, socio, pero la dramaturgia tiene sus leyes, de modo que haz tú lo que yo te diga. En la Universidad hay un gran edificio de piedra, un sitio precioso, en realidad un palacio restaurado, con unos jardines como no se ven muy a menudo. Están en la parte sur, y hay bancos en el paseo principal. Es un lugar estupendo en una noche de verano, bastante apartado y no muy concurrido. Estáte allí a las diez.

-¡Cal, no quiero mezclarte en esto!

-Ya estoy mezclado. He ocultado información y he ayudado a un fugitivo. -Dowling hizo de nuevo una pausa-. Quiero que conozcas a alguien -dijo.

Se oyó un clic y se cortó la comunicación. Converse colgó el teléfono y se apoyó en la cabina de plástico, tratando de aclarar su cabeza. Había matado a un hombre, no en una guerra

lejana, no en el afán de sobrevivir en una jungla del Sudeste asiático, sino en un callejón de París, porque tenía que tomar una decisión instantánea basada en probabilidades. Acertado o equivocado, aquello estaba hecho y no podía seguir dándole vueltas. La policía alemana le buscaba, lo que quería decir que había entrado en juego la Interpol, transmitiendo desde París la información suministrada de algún modo por Jacques-Louis Bertholdier, que permanecía invisible, fuera del terreno donde se desarrollaba la caza. Joel recordó lo que había dicho minutos antes. Si la vida de Press Halliday no era tan importante comparada con lo que perseguía, tampoco lo era la de un secuaz de Bertholdier, discípulo de Delavane y brazo de Aquitania en Francia. No había opciones. Tenía que seguir adelante, que permanecer libre.

-¿Qué ocurre? -preguntó a su lado Fitzpatrick, lleno de ansiedad-. Se diría que le ha dado una patada una mula.

-Me la dieron.

-¿Qué le ocurrió a Dowling? ¿Está en apuros?

-¡Estará -explotó Joel- porque es un idiota despistado que se cree que esto es una película!

-No pensaba usted así hace un rato.

-Nos encontramos y todo salió bien. Pero esto no puede salir bien, al menos para él. -Converse se apartó de la cabina y miró al auditor naval, mientras su mente trataba desesperadamente de concentrarse en lo inmediato-. Tal vez se lo diga y tal vez no -dijo, mirando a su alrededor en busca de un taxi libre-. Venga, vamos a poner a trabajar sus imponentes habilidades lingüísticas. Necesitamos un refugio, caro pero no llamativo, y sobre todo no del tipo al que van los turistas ricos que no hablan alemán. Si hay algo que habrán hecho correr sobre mí es que soy incapaz de entenderme ni siquiera en los cinco barrios de Nueva York. Quiero un buen hotel que no necesite extranjeros, que no se dedique a ellos. ¿Sabe a qué tipo de sitio me refiero?

Fitzpatrick asintió con la cabeza.

-Selecto y frecuentado por los hombres de negocios alemanes. Toda gran ciudad tiene hoteles así, en los que un desayuno cuesta veinte veces mis dietas.

-Eso está bien; tengo dinero aquí en Bonn. Puedo probar a sacarlo.

-Está usted lleno de sorpresas. Me refiero a sorpresas reales.

-¿Cree que puede arreglarlo, encontrar un hotel como ése?

-Puedo explicarle lo que quiero a un taxista; probablemente él lo sabrá. Bonn es pequeño, no se parece a Nueva York, Londres o París... Ahí hay un taxi que va a quedar vacío.

Los dos hombres corrieron al bordillo de la acera, donde un taxi descargaba un cuarteto de viajeros con su equipo fotográfico a cuestas y grandes bolsos Louis Vuitton.

-¿Cómo va a hacerlo? -preguntó Converse mientras saludaban con un movimiento de cabeza a los turistas, dos parejas en plena discusión, macho contra hembra, Nikon contra Vuitton.

-Una combinación de lo que hemos dicho los dos. Un hotel bueno y tranquilo alejado del Ausländerlarm.

-¿Qué?

-El jaleo de los turistas... y cosas peores. Le diré que venimos a ver a importantes hombres de negocios alemanes, banqueros, por ejemplo, y nos gustaría un sitio donde poder celebrar a gusto reuniones confidenciales. Lo entenderá.

-Verá que no tenemos equipaje.

-Antes verá el dinero en mi mano -dijo el oficial de Marina, sosteniendo la puerta para que entrase Converse.

El capitán de corbeta Connal Fitzpatrick, de la Armada de Estados Unidos, miembro del Cuerpo Jurídico y con las limitaciones que ello impone, impresionó a Joel Converse, famoso abogado internacional, hasta el punto de hacerle sentirse como un tonto. El jurídico naval lo llevó sin esfuerzo a una suite de dos dormitorios en una hostería a orillas del Rhin llamada Das Rektorat. Era una de esas mansiones de anteguerra reformadas donde la mayoría de los huéspedes parecían conocerse al menos lo bastante para intercambiar saludos y los empleados rara vez miraban a la cara, como confirmando tácitamente su condición subordinada... o el hecho de que no pensaban reconocer haber visto a herr Fulano de Tal si alguien se lo preguntaba.

Fitzpatrick había iniciado su campaña con el taxista echándose hacia adelante en el asiento y hablando rápidamente y en voz baja. Su diálogo pareció hacerse más confidencial mientras el taxi se dirigía al corazón de la ciudad. Después torció bruscamente, cruzó las vías del ferrocarril que atravesaba la capital y entró en una tranquila carretera paralela a la orilla norte. Joel había empezado a hablar para preguntar lo que ocurría, pero el auditor naval levantó la mano, indicándole que se estuviese callado.

Cuando se detuvieron a la entrada del hostal, al que se llegaba por un camino interminable y cuidadísimo, Fitzpatrick se apeó.

-Quédese aquí -dijo a Joel-. Veré si puedo conseguir un par de habitaciones. Y no diga nada.

Doce minutos más tarde volvió Connal, con cara seria pero ojos animados.

-Vamos, señor presidente del Consejo de Administración; subiremos directamente.

Pagó generosamente al taxista y de nuevo sostuvo la puerta para su acompañante, ahora con un toque más deferente, pensó Joel.

El vestíbulo de Das Rektorat era inconfundiblemente alemán, con toques victorianos extrañamente delicados. Había gruesas maderas y grandes sillones de cuero junto a filigranas de decoración metálica que formaban arcos sobre las puertas, elegantes marcos para grandes espejos y guardamalletas sobre gruesas ventanas saledizas donde no hacían ninguna falta. La primera impresión era la de un tranquilo y caro balneario de hacía décadas, con su solemnidad iluminada por los reflejos del metal y el cristal. Era una extraña mezcla de antiguo y muy antiguo. Olía a dinero.

Fitzpatrick llevó a Converse a un ascensor embutido entre paneles de madera en un pasillo de lo mismo. No había a la vista botones ni sirviente alguno. Era un pequeño recinto, con sitio para no más de cuatro personas y las paredes de un cristal teñido, jaspeado, que no dejó de vibrar mientras subían los dos pisos.

-Espero que le guste el sitio -dijo Connal-. Le eché una mirada; por eso tardé tanto.

-Hemos vuelto al siglo xix. Confío en que tengan teléfonos y no sólo el famoso correo de Hesse.

-Todas las comunicaciones más modernas. También me he cerciorado de eso. -Se abrió la puerta del ascensor-. Por aquí -dijo Fitzpatrick, señalando hacia la derecha-. La suite está al final del pasillo.

-¿La suite?

Librodot

-Usted dijo que tenía dinero en Bonn.

Había dos dormitorios y en medio un salón amueblado con gusto, con puertaventanas que daban a una pequeña terraza sobre el Rhin. Las habitaciones eran soleadas y ventiladas, y la decoración de las paredes ofrecía de nuevo una extraña mixtura: la reproducción de un arreglo floral impresionista junto a grabados de antiguos campeones de los principales hipódromos y yeguadas alemanes.

-Muy bien, niño prodigio -dijo Converse, asomándose a las puertaventanas abiertas y volviéndose otra vez a Connal Fitzpatrick, que seguía en medio de la habitación con la llave en la mano-. ¿Cómo lo consiguió?

-No fue difícil. Le sorprendería saber lo que puede hacer una documentación militar en este país. Los más viejos medio se ponen firmes y miran como cachorros de bóxer que huelen un asado, y aquí no hay mucha gente que tenga menos de sesenta años.

-Eso no me dice gran cosa, a menos que esté tratando de alistarnos.

-Sí cuando lo combino con el hecho de que soy el ayudante nombrado por la Armada de Estados Unidos para acompañar a un importante financiero norteamericano que va a tener reuniones confidenciales con sus colegas alemanes. Mientras esté en Bonn, naturalmente el incógnito es el mejor medio de viajar para un financiero excéntrico. Todo va a mi nombre.

-¿Y qué hay de las reservas?

-Dije al encargado que usted había rechazado el hotel que nos tenían reservado porque había demasiada gente que podía conocerle. También le insinué que esos paisanos suyos a los que usted va a ver podrían agradecer mucho su cooperación.

-¿Cómo oímos hablar de este sitio? -preguntó Joel, todavía suspicaz.

-Es muy sencillo. Lo recordaba ya de varias conversaciones que tuve durante la Conferencia Económica Internacional de Düsseldorf el año pasado.

-¿Estuvo allí?

-No sabía ni que se hubiese celebrado -dijo Fitzpatrick, dirigiéndose a la puerta de la izquierda-. Me quedaré con esta habitación, ¿le parece bien? No es tan grande como la otra y así debe ser, dado que soy su ayudante... lo que bien sabe Dios que es la verdad.

-Un momento -interrumpió Converse, dando un paso adelante-. ¿Qué hay de nuestro equipaje? ¿No le resultó eso un tanto extraño a su amigo de abajo tratándose de personas tan importantes?

-En absoluto. Está todavía en la ciudad, en ese hotel desconocido que usted rechazó olímpicamente al cabo de veinte minutos. Pero sólo yo puedo recogerlo.

-¿Por qué?

Fitzpatrick se llevó el índice a los labios.

-Usted tiene además la manía del secreto. Recuerde que es un excéntrico.

-¿Y el encargado se tragó todo eso?

-Me llama Kommandant.

-Es usted el rey del cuento, marinero.

-Le recuerdo, señor, que en la verde Erín a eso se le llama coba fina. Y, aunque le falten ciertas aptitudes, Press dijo que era usted un maestro en la materia durante las negociaciones. -Connal se puso serio-. Lo decía en el mejor sentido, abogado, y ahora no es cuento.

Mientras el auditor de la Armada iba hacia el dormitorio, Joel sintió una extraña sensación que no lograba definir: ¿Qué había en aquel hombre joven que hacía vibrar sus cuerdas más sensibles? Fitzpatrick tenía la osadía propia del inexperto, una ausencia de miedo en las pequeñas cosas que la cautela le enseñaría con el tiempo conducen a menudo a otras mayores. Se lanzaba valientemente al agua porque nunca había estado a punto de ahogarse.

De pronto comprendió. Lo que veía en Connal Fitzpatrick era su vivo retrato... antes de que hubiesen ocurrido tantas cosas, antes de haber aprendido lo que es el miedo, el miedo en estado puro, y finalmente lo que es la soledad.

Acordaron que Connal volvería al aeropuerto de Colonia-Bonn, no a por el equipaje de Joel sino a por el suyo, que estaba en una taquilla de consigna. Después iría a Bonn, compraría una maleta cara y la llenaría con media docena de camisas, ropa interior, calcetines y las mejores prendas de confección que pudiese encontrar de la talla de Joel; a saber: tres pantalones, un par de chaquetas y un impermeable. Quedaron también de acuerdo en que lo más apropiado era ropa de sport. A un financiero excéntrico le estaban permitidos tales excesos y esa clase de prendas no delataban tanto su procedencia. Finalmente, la última parada antes de volver a Das Rektorat era en una segunda taquilla de la estación de ferrocarril, en la que Converse había dejado su maletín. Una vez éste en poder del auditor naval, no había más paradas. El taxi debía ir directamente al hostal de las afueras.

-Quería preguntarle algo -dijo Fitzpatrick ya a punto de marcharse-. Antes, en la Alter Zoll, dijo usted algo acerca de que «ellos» harían correr la voz de que usted no podía entenderse ni en los cinco barrios de Nueva York. Supuse que se refería al hecho de que no habla alemán.

-Así es. Ni ningún otro idioma, excepto un inglés suficiente. Lo he intentado pero sin éxito. Estuve casado con una chica que hablaba perfectamente francés y alemán, e incluso ella renunció. Creo que es falta de oído.

-¿A quién se refería ese «ellos»? -preguntó Connal, sin prestar apenas oídos a la explicación-. ¿A los hombres de la Embajada? Joel vaciló.

-Me temo que a algo más amplio -dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras-. Tendrá que saberlo, pero no ahora; todavía no. Más tarde.

-¿Por qué más tarde? ¿Por qué no ahora mismo?

-Porque no iba a hacerle ningún bien y podría dar lugar a preguntas que usted no querría que le hiciesen en, digamos, circunstancias adversas.

-Eso es muy elíptico.

-Sin duda lo es.

-¿Y es eso todo lo que va a decirme?

-No. Hay otra cosa. Necesito mi maletín.

Fitzpatrick le había asegurado que la centralita de Das Rektorat era capaz de atender llamadas telefónicas en inglés -y en al menos otros seis idiomas, incluido el árabe- y que no tendría problemas para llamar a Lawrence Talbot a Nueva York.

-¡Dios santo! ¿Dónde estás, Joel? -gritó Talbot al teléfono.

-En Amsterdam -dijo Converse, no queriendo decir Bonn y habiendo tenido la presencia de ánimo suficiente para hacer la llamada directa-. Larry, quiero saber lo que le ocurrió al juez Anstett. ¿Puedes decirme algo?

-¡Lo que yo quiero saber es lo que te ocurrió a ti! René llamó anoche...

-¿Mattilon?

-Le dijiste que ibas a ir a Londres.

-Cambié de opinión.

-¿Qué diablos sucedió? Fue a verle la policía y no tuvo más remedio que decirles quién eras. -Talbot hizo de pronto una pausa y después habló con voz más tranquila, una voz falsa-. ¿Estás bien, Joel? ¿Quieres decirme algo, algo que te preocupe?

-¿Algo que me preocupe?

-Escúchame, Joel. Todos sabemos lo que has pasado y te admiramos, te respetamos. Eres lo mejor que tenemos en el departa-mento internacional...

-Soy lo único que tenéis -le interrumpió Converse, tratando de pensar, de ganar tiempo, tanto como de conseguir información-. ¿Qué dijo René? ¿Por qué te llamó?

-Pareces el de siempre, chico.

-Soy el de siempre, Larry. ¿Para qué te llamó René? ¿Por qué fue a verle la policía?

Joel notó cómo iba deslizándose hacia otros ámbitos. Lo sabía y lo aceptaba. Seguirían las mentiras, una mezcla de astucia y engaño, porque lo principal eran el tiempo y la libertad de movimientos. Tenía que seguir libre. Había tanto que hacer y tan poco tiempo...

-Me llamó cuando se marchó la policía para ponerme al corriente. De pasada, te diré que eran de la Súreté. Por lo que pudo entender, el conductor de una limusina fue agredido junto a la entrada de servicio del George Cinq...

-¿El conductor de una limusina? -no pudo menos de interrumpir Converse-. ¿Dijeron que era un chófer?

-De uno de esos servicios tan caros que llevan a la gente que hace paradas raras a horas extrañas. Muy distinguido y muy confidencial. Al parecer el tipo salió bastante mal parado y dicen que fuiste tú. Nadie sabe por qué, pero te identificaron, y dicen que ese hombre puede morir.

-¡Larry, eso es absurdo! -objetó Joel, haciéndose el ofendido-. Sí, yo estaba allí, en esa zona, pero eso no tuvo nada que ver conmigo. Dos fulanos se enzarzaron en una pelea, y, dado que no podía separarlos, no iba a meterme para que me rompieran la cabeza. Salí de allí, y antes de encontrar un taxi grité al portero para que pidiese ayuda. Lo último que vi es que iba corriendo hacia el callejón tocando su silbato.

-Entonces no tuviste nada que ver -dijo Talbot, dando por sentado lo que para su mente de abogado era un dato positivo.

-¡Naturalmente que no! ¿Por qué iba a tenerlo?

-Eso es lo que no conseguíamos entender. No tenía sentido.

-No lo tiene. Llamaré a René y volveré a París si es necesario.

-Sí, hazlo -aprobó Talbot, vacilante-. Debería decirte que pude haber empeorado la situación.

-Tú? ¿Cómo?

-Le dije a Mattilon que podías haber sido tú. Bueno, no tú mismo. Cuando hablaste conmigo desde Ginebra te encontré muy mal, Joel.

-¡Caramba! ¿Cómo crees que me sentía? Un hombre con el que estaba negociando muere frente a mí sangrando por una docena de balazos. ¿Cómo te hubieras sentido tú?

-Lo comprendo; pero también René creía haber visto algo en ti, oído algo, que le preocupó.

-¡Vamos! ¿Queréis dejarlo ya? -El pensamiento de Converse galopaba; cada palabra que dijese tenía que ser creíble, hacer verosímil su ya muy mermada actitud de ofendido-. Mattilon me vio cuando llevaba cerca de catorce horas de un aeropuerto a otro. ¡Es-taba hecho polvo!

-Joel -empezó Talbot, evidentemente todavía no dispuesto a dejarlo-, ¿por qué dijiste a René que estabas en París por cuenta de nuestra firma?

Converse hizo una pausa, no por falta de respuesta sino para aumentar el efecto. Estaba preparado para la pregunta; lo estaba desde la primera vez que se acercó a Mattilon.

-Fue una mentirijilla, Larry, que no hace daño a nadie. Quería una información y me pareció el mejor modo de conseguirla.

-¿Sobre ese Bertholdier? ¿Es general, no?

-Resultó ser una fuente equivocada. Se lo dije a René y no estuvo de acuerdo conmigo. -Joel pasó a un tono más frívolo-. Además, hubiese resultado extraño si digo que estaba en París por cuenta de algún otro, ¿no te parece? No creo que eso hubiese hecho ningún bien a la firma. Una vez dijiste que nuestros pasillos están siempre llenos de rumores y especulaciones.

-Si, es cierto. Hiciste lo que debías. ¡Maldita sea, Joel! ¿Por qué diablos saliste del hotel de esa forma? Por el sótano, o por donde-quiera que fuese.

Era el momento de decir con total convicción una falsedad in-trascendente de la que si no salía airoso le obligaría a una mentira mucho mayor y mucho más peligrosa. Converse pensó lo bien que lo haría Connal Fitzpatrick. El jurídico de la Armada no había aprendido a temer a las pequeñas cosas; no sabía que eran pistas que podían llevarlo a uno a una jaula de ratas en el río Mekong.

-Bubba, mi amigo y único apoyo -dijo Joel, con toda la desenvoltura de que fue capaz-, te debo muchas cosas, pero no las intimidades de mi vida privada.

-¿El qué de tu qué?

-Estoy acercándome a mi edad madura, o al menos no está lejos, y no tengo estorbos matrimoniales ni me siento culpable por ser infiel.

-¿Estabas dando esquinazo a una mujer?

-Afortunadamente para la firma, no era a un hombre.

-¡Dios santo! Yo estoy ya tan dentro de esa edad que dices que no pienso en tales cosas. Perdona, muchacho.

-No tan muchacho, Larry.

-Entonces estábamos todos equivocados. Será mejor que llames a René en seguida y le aclares el asunto. No sabes el alivio que siento.

-Háblame de Anstett. Para eso te llamaba.

-Claro. -Talbot bajó la voz-. Ha sido algo terrible, una tragedia. ¿Qué decían ahí los periódicos?

Converse se sintió cogido; no había previsto la pregunta.

-Muy poco -dijo, tratando de recordar lo que le había contado Fitzpatrick-. Sólo que le habían pegado un tiro y al parecer no faltaba nada de su apartamento.

-Así es. Naturalmente, lo primero que Nathan y yo pensamos fue en ti, y en esos líos que te traes, pero no tenía nada que ver. Fue simplemente una vendetta de la Mafia. Ya sabes lo duro que era Anstett con las apelaciones de esa gente; no perdía más tiempo en ellas que el necesario para calificar a sus abogados de desgracia para la profesión.

-¿Se confirmó que había sido la Mafia?

-Se confirmará, y están seguros de ello desde O'Neil para abajo en la oficina del comisionado. Conocen a su hombre; es un asesino a sueldo de la familia Delvecchio, y el mes pasado Anstett encerró para rato al hijo mayor de Delvecchio. Le han caído doce años y ya no le quedan apelaciones; el Tribunal Supremo no lo tocará.

-¿Que conocen al hombre?

-Ya es sólo cuestión de agarrarlo.

-¿Cómo ha resultado tan fácil? -preguntó Joel, hecho un lío.

-Como de costumbre -dijo Talbot-. Un soplón que necesita un favor. Y puesto que todo ha ido tan de prisa y con tanto sigilo, se supone que sólo falta que balística lo confirme.

-Tan de prisa y tan...?

-El soplón se puso en comunicación con la policía a primera hora de esta mañana. Enviaron una unidad especial y sólo ellos conocen la identidad del hombre. Suponen que la pistola estará todavía en su poder. Lo cogerán en cualquier momento; vive en Syosset.

Algo no marchaba, pensó Converse. Había una incoherencia, pero no podía descubrir dónde. Después se dio cuenta.

-Larry, si todo ha sido tan en secreto, ¿cómo lo sabes?

-Ya me temía que ibas a preguntarme eso -dijo Talbot, molesto-. No importa, te lo diré; probablemente acabará por salir en los periódicos. O'Neil me tiene al tanto; por cortesía, y también porque estoy nervioso.

-¿Por qué?

-Excepto la persona que lo mató, fui el último que vio vivo a Anstett.

-¿Tú?

-Sí. Después de la segunda llamada de René decidí telefonear al juez, por supuesto tras haber hablado con Nathan. Cuando al fin pude hablar con Anstett le dije que tenía que verlo. No le sentó bien, pero fui inflexible. Le expliqué que era algo referente a ti. Lo único que sabía era que estabas en un gran apuro y había que hacer algo. Fui a su apartamento de Central Park South y hablamos. Le dije lo que había ocurrido y el miedo que tenía por ti, haciéndole ver sin tapujos que le consideraba responsable. No habló mucho, pero creo que también él estaba asustado. Dijo que se pondría en contacto conmigo por la mañana. Me marché, y según el informe del juez de homicidios lo mataron aproximadamente tres horas más tarde.

Joel jadeaba y sentía como si la cabeza le fuese a estallar. Su concentración era absoluta.

-A ver silo entiendo bien, Larry. Fuiste al apartamento de Anstett después de la llamada de René, de su segunda llamada; después de que había dicho a la Súreté quién era yo.

-Así es.

-¿Cuánto tiempo tardaste?

-¿Cuánto tardé en qué?

-Antes de ir a ver a Anstett, desde que hablaste con Mattilon.

-Bien, déjame ver... Naturalmente, quería hablar primero con Nathan, pero había salido a cenar, de modo que esperé. Te diré, a propósito, que estaba de acuerdo y se ofreció a acompañarme...

-¿Cuánto tiempo, Larry?

-Hora y media, dos horas como mucho.

Dos más tres hacían cinco horas. Tiempo más que suficiente para situar en su sitio a los títeres mortíferos. Converse no sabía cómo; sólo que lo habían hecho. De pronto en París habían estallado las cosas y en Nueva York un agitado Lawrence Talbot había sido seguido hasta un apartamento de Central Park South, donde alguien, en alguna parte, reconoció un nombre y a un hombre, y el papel que había desempeñado contra Aquitania. De haber sido de otro modo, el cadáver hubiera sido el de Talbot, no el de Lucas Anstett. Todo el resto era una cortina de humo detrás de la cual los discípulos de George Marcus Delavane manipulaban las marionetas.

-...y los tribunales le debían tanto, el país le debía tanto... Talbot seguía hablando, pero Joel era ya incapaz de escuchar.

-Tengo que irme, Larry -dijo, y colgó.

Aquel asesinato era una indecencia. Que hubiera sido llevado a cabo con tal rapidez y eficacia y rodeado de un engaño tan preciso resultaba tan aterrador como cuanto Converse pudiera imaginar.

Joseph Albanese (Joey el Simpático) iba en su Pontiac por la tranquila calle bordeada de árboles de Syosset, en Long Island, y saludó con la mano a una pareja que estaba en el patio delantero de una casa. El marido recortaba un seto siguiendo las instrucciones de su mujer. Dejaron su tarea, sonrieron y devolvieron el saludo. Muy amables. A sus vecinos les caía bien, pensó Joey. Lo consideraban un tipo simpático y muy generoso, que dejaba a los chicos usar su piscina y daba de beber a sus padres de lo mejorcito cuando se dejaban caer por allí, y los mayores bistecs que se podían comprar con dinero cuando celebraba barbacoa el fin de semana, lo que hacía a menudo, invitando por turno a los vecinos para que nadie pudiera pensar que le hacían de menos.

Era un tipo afable, pensó Joey, siempre de buen talante y sin levantarle la voz a nadie, con la mano tendida, una palabra amable y una sonrisa para todo el mundo, por mal que se sintiese por dentro. ¡Eso era, maldita sea! -pensó Joey-. ¡Que por muy fastidiado que estuviese, nunca lo demostraba! Joey el Simpático le llamaban, y tenían razón. A veces se figuraba que debía de ser una especie de santo; que Jesucristo le perdonase por tener tales pensamientos. Acababa de saludar a los vecinos, pero en realidad lo que sentía eran ganas de meter el puño por el parabrisas y hacerles tragar el cristal.

¡Y no eran ellos, sino lo de anoche, lo que tenía la culpa! ¡Una noche loca, un golpe loco, todo loco! ¡Y aquel gumba que habían traído de la Costa Oeste, ese al que llamaban Comandante, ése era el más chiflado de todos! Y encima un sádico, según como había tratado a aquel viejo y las preguntas tan insensatas que le hacía, y sin dejar de gritar. Tuti pazzi!

Estaba jugando a las cartas en el Bronx cuando suena el teléfono. ¡Vete en seguida a Manhattan! ¡Hace falta una buena herramienta attualmente! De modo que va allí y ¿qué es lo que encuentra? A ese juez tan duro, el que encerró al chico de Delvecchio. ¡Qué locura! Seguro que aquello los llevaría hasta el viejo. Entre la bofia y los tribunales iba a verse en tal afflizione que sería feliz teniendo una pequeña casa de putas en Palermo... si alguna vez volviese.

Tal vez -sólo tal vez-, pensó en ese momento Joey, estaban pasando cosas en la organización. El viejo Delvecchio iba perdiendo garra y tal vez alguien había provocado esa afflizione que sin duda iba a sobrevenir. Y posiblemente -sólo posiblemente- el propio Joey estaba siendo puesto a prueba. Tal vez era demasiado amable, demasiado soave para aplicar la herramienta a alguien como el viejo juez que se las había hecho pasar tan mal. A todos ellos. Pues no lo era, no señor. La amabilidad terminaba cuando se trataba de manejar la pistola. Era su oficio, su profesión. El buen Jesús decidía quién debía vivir y quién debía morir, sólo que hablaba a través de mortales que decían a personas como Joey a quién había que cargarse. Para Joey el Simpático no había el menor conflicto moral. Aun así, era importante que las órdenes procediesen siempre de un hombre de respeto; eso era imprescindible.

Así había ocurrido la noche pasada; la orden provenía de un hombre muy respetable. Aunque Joey no lo conocía personalmente, había oído hablar durante años del poderoso padrone de Washington, D. C. Era un nombre que se susurraba, pero jamás se decía en alta voz.

Joey tocó los frenos y disminuyó la velocidad para tomar la entrada de su casa. Su mujer, Angie, estaría furiosa, y no le extrañaría que le gritase un poco por haber pasado la noche fuera. Una irritación más encima de toda aquella locura; pero ¿qué diablos iba a decirle? Lo siento, Angie, pero me pagaron bien por meterle seis balas a un viejo que discriminaba en contra de los italianos. De modo que tuve que quedarme al otro lado del puente, en Jersey, donde uno de los paisanos con los que jugaba a las cartas y que jurarán que estuve allí toda la noche da la casualidad de que es el jefe de policía.

Pero, por descontado, nunca entraría en tales detalles con su mujer. Esa era su norma. Por muy mal que estuviesen las cosas nunca llevaba el trabajo a casa. Si hubiese más maridos como él habría más hogares felices en Syosset.

¡Mierda! Uno de aquellos puñeteros chicos se había dejado la bici enfrente del garaje; no podía abrir la puerta automática para entrar. Tendría que apearse. ¡Mierda! Una complicación más. Ni siquiera podría aparcar frente a la casa de al lado, porque había allí un coche, que por cierto no era el Buick de los Miller. ¡Mierda dos veces!

Joey paró el Pontiac a la mitad de la cuesta y se apeó. Fue hasta la bicicleta y se agachó para levantarla. El maldito chico ni siquiera había puesto el soporte y Joey odiaba tener que doblarse, con aquella barriga suya.

-¡Joseph Albanese!

Joey el Simpático giró en redondo mientras se agachaba y buscaba algo debajo de su chaqueta. ¡Aquel tono de voz sólo lo usaban ciertas sabandijas! Sacó su treinta y ocho y se lanzó en busca del amparo del coche.

Las explosiones retumbaron en todo el vecindario. Los pájaros volaron alborotados de los árboles y hubo gritos a lo largo de la manzana bajo el brillante sol de la tarde. Joseph Albanese estaba tendido contra la rejilla del Pontiac y por el brillante cromado bajaban lentamente reguerillos de sangre. Joey el Simpático había caído víctima de los disparos, y aún seguía empuñando la pistola que había utilizado tan eficazmente la noche anterior. Balística lo probaría. El asesino de Lucas Anstett estaba muerto. El juez había sido víctima de un asesinato mafioso, y para el mundo aquello no tenía nada que ver con lo que estaba ocurriendo a diez mil kilómetros de allí, en Bonn (Alemania).

Converse, de pie en la pequeña terraza con las manos en la barandilla, contemplaba más allá de la orilla boscosa la majestuosa corriente del Rhin. Eran más de las siete y el sol empezaba a ocultarse tras las montañas de poniente, lanzando a lo alto rayos anaranjados y formando sobre la tierra sombras móviles que flotaban al otro lado de las aguas, en la lejanía descendente. Ni lo que había de hipnótico en aquellos vibrantes colores, ni la brisa refrescante podían detener el eco que le retumbaba en el pecho. ¿Dónde está Fitzpatrick? ¿Qué había sido de su maletín, de los dossiers? Trató de pensar, de impedir a su imaginación catapultarse a posibilidades aterradoras...

El ruido repentino que ahora escuchó no procedía de su pecho sino de la habitación. Se volvió rápidamente mientras se abría la puerta y allí estaba Connal Fitzpatrick, sacando la llave de la cerradura. Se echó a un lado para dejar pasar a un portero uniformado cargado con dos maletas y le dijo que las dejase en el suelo, mientras se buscaba en el bolsillo la propina. El portero se fue y el abogado de la Marina miró a Joel. No traía el maletín.

-¿Dónde está? -preguntó Converse, no atreviéndose casi ni a respirar, ni a moverse.

-No lo recogí.

-¿Por qué no? -exclamó Joel, precipitándose hacia el marino.

-No estaba seguro... Tal vez era sólo una sensación, no lo sé.

-¿De qué está hablando?

-Ayer me pasé siete horas en el aeropuerto yendo de un mostrador a otro a preguntar por usted -dijo suavemente Connal-. Esta tarde fui al mostrador de la Lufthansa y estaba el mismo empleado. Cuando le saludé, no pareció tener el menor interés en reconocerme. Parecía nervioso, y me resultó raro. Salí de la recogida de equipajes con la maleta y le observé. Recordé su mirada de anoche, y al pasar por su lado juraría que sus ojos miraban fijamente hacia el centro del terminal, pero había allí tanta gente, tal confusión, que no pude estar seguro.

-¿Cree que fue descubierto? ¿Seguido?

Librodot

-No lo sé. Después, ya de compras en Bonn, de vez en cuando me daba la vuelta o torcía la cabeza para ver si podía descubrir a alguien. Un par de veces me pareció ver a la misma persona, pero también entonces estaba siempre tan lleno que tampoco pude estar seguro. Pero he seguido pensando en ese empleado de la Lufthansa; algo ocurría.

-¿Y cuando iba en el taxi, no...?

-Naturalmente. Fui mirando por la ventanilla de atrás, incluso en el camino hasta aquí. Varios coches dieron las mismas vueltas que nosotros, pero dije al taxista que fuese más despacio y nos adelantaron.

-¿Vio adónde iban después de adelantarlos?

-¿Para qué?

-Hay una razón -dijo Joel, acordándose de cierto inteligente taxista que había seguido a una limusina Mercedes rojo oscuro.

-Lo único que yo pensaba es que a usted le preocupa mucho ese maletín. No sé lo que hay en él y me figuro que no quiere que nadie más lo sepa.

-Bingo, abogado.

Llamaron a la puerta, y aunque los golpes fueron suaves tuvieron el efecto de un trueno. Ambos hombres se quedaron inmóviles, con los ojos clavados en el lugar de donde procedían.

-Pregunte quién es -susurró Converse.

-Wer ist da, bitte? -dijo Fitzpatrick, lo bastante alto para que se oyese. Hubo una breve respuesta en alemán y Connal volvió a respirar-. Está bien. Es un recado para mí del encargado. Probablemente quiere alquilarnos una sala de juntas. El abogado de la Marina fue a abrir.

Pero no era el encargado, ni un botones, ni un portero que traía un recado del encargado. Por el contrario, allí plantado había un hombre ya maduro y de elegante figura, erguido y de anchos hombros, vestido con un traje oscuro. Miró primero a Fitzpatrick y después, más allá, a Converse.

-Excúseme, por favor, capitán -dijo cortésmente al cruzar la puerta, y se acercó a Joel con la mano extendida-. Herr Converse, ¿me permite que me presente? Me llamo Leifhelm, Erich Leifhelm.

11

Joel estrechó la mano del alemán, demasiado asombrado para hacer ninguna otra cosa.

-Mariscal de campo... -dijo, y al momento lo lamentó; al menos podía haber tenido la suficiente presencia de ánimo para decir «general». Las páginas del dossier de Leifhelm pasaban por su mente mientras miraba a aquel hombre de pelo liso, todavía más rubio que blanco, glaciales ojos azul pálido y piel rosácea arrugada y cerosa, como preservada para muchas décadas.

-Un viejo título que, por suerte o por desgracia, no he oído en muchos años; pero me halaga. Estaba usted lo bastante interesado para informarse de mi vida.

-No de gran cosa.

-Sospecho que lo suficiente. -Leifhelm se volvió a Fitzpatrick-. Disculpe mi pequeña astucia, capitán. Pensé que era lo mejor.

El marino se encogió de hombros, desconcertado.

-Al parecer se conocen -dijo.

-Sabemos uno del otro -corrigió el alemán-. El señor Converse ha venido a Bonn para verme. Pero me imagino que ya se lo habrá dicho.

-No, no se lo he dicho.

Leifhelm se volvió, estudiando los ojos de Joel.

-Comprendo. Quizá deberíamos hablar en privado.

-Creo que es mejor. -Joel miró a Fitzpatrick-. Capitán, ya le he robado bastante tiempo. ¿Por qué no baja a cenar y me reúno con usted dentro de un momento?

-Como usted diga, señor -se apresuró a decir Connal, en su papel de oficial ayudante. Hizo una inclinación de cabeza y salió cerrando firmemente la puerta a su espalda.

-Una habitación muy bonita -comentó Leifhelm, dando unos pasos hacia las puertaventanas abiertas-. Y qué vista...

-¿Cómo me ha encontrado?

-A él -replicó el ex mariscal de campo, mirando a Joel-. Ein 0ffizier, según recepción. ¿Quién es?

-¿Cómo? -repitió Converse.

-Anoche se pasó horas en el aeropuerto preguntando por usted. Muchos le recordaban; era obviamente un amigo.

-¿Y sabía usted que había dejado su equipaje en consigna y que volvería a por él?

-Francamente, no. Pensamos que podía ir por el suyo. Sabíamos que usted no iría. Ahora, por favor, dígame quién es.

Joel comprendía que era vital para él mantener una actitud arrogante, como había hecho con Bertholdier en París. Era el único camino que podía tomar con tales hombres. Para que lo aceptasen tenían que ver en él algo de sí mismos.

-No es nadie importante y no sabe nada. Es un jurídico de la Armada que estuvo destinado en Bonn y ahora está aquí, según creo, por asuntos personales. Una posible prometida, creo que me dijo. Lo vi la otra semana, hablamos y le dije que vendría aquí hoy o mañana, y él se empeñó en que teníamos que vernos. Es amable y persistente. Estoy seguro de que tiene ilusiones de hacer carrera civil. Naturalmente, dadas las circunstancies, lo utilicé. Lo mismo que usted.

-Naturalmente. -Leifhelm sonrió-. ¿No le había dicho a qué hora llegaba?

-Lo de París lo hizo imposible, ¿no le parece?

-Ah, sí, París. Tenemos que hablar de París.

-Hablé con un amigo que tiene tratos con la Súreté. Aquel hombre murió.

-A ese tipo de hombres les ocurre con frecuencia.

-Dijeron que era un conductor, un chófer, pero no lo era.

-¿Hubiera sido más sensato decir que era un hombre de confianza del general Jacques-Louis Bertholdier?

-Evidentemente, no. Dicen que lo maté yo.

-Y así fue. Supusimos que había sido un error de cálculo inevitable, sin duda provocado por él mismo.

-Me busca la Interpol.

-También nosotros tenemos amigos. La situación cambiará. No tiene nada que temer... mientras tampoco lo tengamos nosotros.

-El alemán hizo una pausa y miró a su alrededor-. ¿Puedo sentarme?

-Se lo ruego. ¿Quiere que pida algo de beber?

Librodot

-Sólo bebo vino ligero y muy de tarde en tarde. A menos que usted lo desee, no es necesario.

-No es necesario -dijo Converse mientras Leifhelm tomaba asiento cerca de las puertas de la terraza. Joel se sentaría cuando creyese que era el momento apropiado, no antes.

-Tomó usted medidas extraordinarias en el aeropuerto para evitarnos -continuó el más joven de los mariscales de campo de Hitler.

-Me habían seguido desde Copenhague.

-Es usted muy observador. Se daría cuenta de que nadie intentaba hacerle daño.

-No me di cuenta de nada. Simplemente no me gustó. No sabía qué efecto iba a tener lo de París en mi llegada a Bonn, lo que suponía para ustedes.

-¿Qué suponía lo de París? -preguntó retóricamente Leifhelm-. Lo de París suponía que un hombre, un abogado que usaba un nombre falso, dijo cosas muy alarmantes a un distinguido y brillante hombre de Estado. Ese abogado, que se daba a sí mismo el nombre de Simon, dijo que iba a venir a Bonn para verme. De camino, y estoy seguro que previa provocación, mata a un hombre, lo que nos dice algo: se trata de alguien implacable y muy capaz. Pero es cuanto sabemos y nos gustaría saber más: adónde va, con quién se entrevista... En nuestra situación, ¿lo habría hecho usted de otro modo?

Era el momento de sentarse.

-Lo hubiese hecho mejor.

-Tal vez de haber sabido lo listo que era usted hubiésemos podido ser menos toscos. Y, a propósito, ¿qué pasó en París? ¿Qué hizo ese hombre para provocarle?

-Trató de impedirme salir.

-No eran ésas las órdenes que tenía.

-Entonces lo entendió al revés. Tengo marcas en el pecho y el cuello que lo prueban. No acostumbro a defenderme físicamente y desde luego no tenía la menor intención de matarlo. De hecho, no sabía que lo había matado. Fue un accidente puramente en defensa propia.

-Evidente. ¿Quién iba a desear una complicación así?

-Exacto -asintió con calor Converse-. Tan pronto como pueda reordenar mis últimas horas en París a fin de eliminar cualquier mención de mi entrevista con el general Bertholdier, volveré y explicaré lo ocurrido a la policía.

-Como dice el refrán, del dicho al hecho... Los vieron hablando juntos en L'Etalon Blanc, e indudablemente el general fue reconocido más tarde cuando vino a su hotel. Es un hombre famoso. Creo que haría mejor en dejar que nos ocupemos nosotros. Sabe que podemos.

Joel miró duramente al alemán, con ojos fríos pero inquisitivos.

-Admito que es peligroso hacerlo a mi modo. No me gusta correr riesgos, y tampoco a mi cliente. Por otro lado, no puedo andar por ahí perseguido por la policía.

-La persecución terminará pronto. Será necesario que usted se haga invisible por unos días, y para entonces París ya habrá dado nuevas instrucciones. Su nombre desaparecerá de las listas de la Interpol; dejarán de buscarlo.

-Necesitaré seguridades, garantías.

-¿Qué mejor garantía que mi palabra? ¿Necesito decirle que nosotros podríamos tener mucho más que perder que usted?

Converse dominó su asombro. Leifhelm acababa de decirle algo muy importante, lo supiese o no. El alemán había admitido nada menos que formar parte de una organización secreta que no podía correr el riesgo de salir a la luz. Era la primera prueba concreta que había

oído Joel. Parecía todo demasiado fácil. ¿O tal vez aquellos tipos de Aquitania no eran más que unos viejos asustados?

-Lo concedo -dijo Converse, cruzando las piernas-. Bien, general, me encontró antes que yo a usted, pero ambos estamos de acuerdo en que no tengo libertad de movimientos. ¿Qué va a pasar ahora?

-Precisamente lo que usted quería, señor Converse. Cuando estaba en París habló de Bonn, Tel-Aviv y Johannesburgo. Sabía con quién hablar en París y a quién buscar en Bonn. Eso nos impresionó mucho. Debemos suponer que sabe más.

-He pasado meses investigando... por cuenta de mi cliente, claro está.

-Pero ¿quién es usted? ¿De dónde ha salido?

Joel sintió un dolor agudo en el pecho. Lo había sentido muchas veces; era su respuesta física al peligro inminente, a un miedo muy real.

-Soy quien quiero que la gente piense que soy, general Leifhelm. Estoy seguro de que lo comprende.

-Ya -dijo el alemán, observándolo atentamente-. Un fiel compañero de los vientos dominantes que pueden llevarlo a su des-tino.

-Algo retórico, pero creo que lo ha expresado bien. En cuanto a de dónde vengo, estoy seguro de que a estas horas ya lo sabe.

Cinco horas. Tiempo más que suficiente para poner a los títeres en su sitio. Un asesinato en Nueva York; había que ocuparse de ello.

-Sólo retazos, señor Converse. Y aun cuando supiésemos más, ¿cómo podríamos estar seguros de que es cierto? Quizá no sea usted lo que la gente piensa.

-¿Lo es usted, general?

-Ausgezeichnet! -exclamó Leifhelm dándose una palmada en el muslo y echándose a reír. Era una risa auténtica, que hizo que se arrugase su cara cerosa-. Es usted un buen abogado, mein Herr. Responde a una pregunta con otra que es a la vez una respuesta y una acusación.

-En estas circunstancias, es simplemente la verdad. Nada más.

-También modesto... Muy digno de elogio, muy atractivo. Joel descruzó y volvió a cruzar las piernas con impaciencia.

-No me gustan los cumplidos, general. No confío en ellos... dadas las circunstancias. Antes hablaba usted de a dónde quería yo ir, de Bonn, Tel-Aviv y Johannesburgo. ¿Qué quiso decir?

-Sólo que hemos atendido sus deseos. En vez de tener que hacer usted esos viajes tan aburridos, hemos pedido a nuestros representantes en Tel-Aviv y Johannesburgo, y naturalmente también a Bertholdier, que vengan a Bonn para una reunión. Con usted, señor Converse.

¡Lo había conseguido!, pensó Joel. Estaban asustados; presas del pánico, sería quizá más exacto. A pesar del martilleo y el dolor que sentía en el pecho, habló en tono pausado y tranquilo.

-Agradezco sus consideraciones, pero debo decirle francamente que mi cliente no está preparado para una cumbre. Quiere comprender las partes antes de ocuparse del todo. Son los radios los que soportan la rueda. Iba a informarle de lo fuertes que son, que me parecen.

-Ah, sí, su cliente. ¿Quién es, señor Converse?

-Estoy seguro de que el general Bertholdier le habrá informado de que no estoy autorizado a decirlo.

-Estuvo usted en San Francisco...

-Fue donde hice gran parte de mi investigación -le interrumpió Joel-. No es allí donde vive mi cliente. Aunque admito que hay un hombre en San Francisco, en Palo Alto, para ser exacto, a quien me gustaría mucho tener por cliente.

-Sí, sí, comprendo. -Leifhelm juntó las puntas de los dedos mientras proseguía-: ¿Debo entender que rechaza esa reunión aquí en Bonn?

Converse había hecho frente a un millar de preguntas como ésa en sus gambitos de apertura con abogados que buscaban arreglos entre sociedades enfrentadas. Ambas partes querían lo mismo; era simplemente cuestión de diluir la responsabilidad para que ninguna pareciese tomar la iniciativa.

-Bien, ya se ha molestado usted mucho -empezó Joel-. Y, dado que se sobrentiende que puedo hablar con cada una de esas personas por separado si lo deseo, no veo nada malo en ello. -Se permitió una sonrisa forzada, como había hecho tantas veces-. Por supuesto, en interés de mi cliente.

-Por supuesto-dijo el alemán-. Mañana... digamos a las cuatro de la tarde. Mandaré un coche a recogerlo. Le aseguro que mi mesa es excelente.

-¿Una mesa?

-Para cenar, naturalmente. Después de que hablemos. -Leifhelm se levantó-. No quiero ni pensar que venga usted a Bonn y se pierda esa experiencia. Mis cenas son famosas, señor Converse. Y si le preocupa, tome cuantas... medidas de seguridad quiera. Un pelotón de guardaespaldas, si lo desea. Estará perfectamente a salvo. Mein Haus ist dein Haus.

-No hablo alemán.

-En realidad se trata de un viejo dicho español: mi casa es su casa. Su comodidad y bienestar son mis preocupaciones más urgentes.

-También las mías -dijo Joel levantándose-. No quiero que me acompañe ni me siga nadie. Sería contraproducente. Por supuesto, informaré a mi cliente de mi paradero, diciéndole aproximadamente cuándo puede esperar mi siguiente llamada. Estará ansioso por saber de mí.

-Ya lo creo. -Leifhelm y Converse fueron hacia la puerta. El alemán se volvió y le tendió una vez más la mano-. Hasta mañana entonces. Y quiero sugerirle de nuevo que mientras esté aquí tenga cuidado, al menos durante varios días.

-Comprendo.

Las marionetas de Nueva York. El asesinato del que había que ocuparse. El primero de dos obstáculos, dos agudos dolores en mi pecho.

-A propósito -dijo Joel, soltando la mano del mariscal de campo-. Esta mañana dijeron algo en las noticias de la BBC que me interesó, tanto que telefoneé a uno de mis socios. Mataron a un hombre en Nueva York, a un juez. Dicen que fue una venganza, uno de esos contratos que hace la Mafia. ¿Por casualidad oyó usted algo acerca de ello?

-¿Yo? -preguntó Leifhelm levantando sus cejas blanquirrubias y separando sus labios como de cera-. Parece que en Nueva York matan docenas de personas a diario, jueces incluidos, supongo. ¿Por qué iba yo a saber algo de eso? La respuesta, desde luego, es no.

-Era sólo por curiosidad. Gracias.

-Pero... pero usted... usted debe de tener un...

-¿Si, general?

-¿Por qué le interesa ese juez? ¿Por qué pensó que yo lo conocería?

Converse sonrió, pero sin rastro de humor.

-No le diré nada nuevo si le digo que era nuestro mutuo adversario... enemigo, silo prefiere.

-¿Nuestro? ¡Va a tener que explicarse!

-Como ambos dijimos, soy lo que quiero que la gente crea que soy. Ese hombre sabía la verdad. Estoy trabajando temporalmente, con permiso de mi firma, para un cliente personal, y trató de cortarlo, de conseguir que el socio principal cancelase mi permiso y me hiciese volver.

-¿Dándole razones?

-No; sólo veladas amenazas de corrupción y falta de honradez. No podía ir más lejos. Un magistrado como él no podía respaldar una cosa así sin hacerse sospechoso. Mi patrón estaba en la luna, furioso y sin saber qué pensar, pero ya le he calmado. Es un asunto cerrado; cuanto menos se hurgue en él, mejor para todos nosotros. -Abrió la puerta a Leifhelm-. Hasta mañana... -Hizo una breve pausa, sin que sus ojos dejasen traslucir el odio que sentía por el hombre que tenía enfrente, y añadió-: mariscal de campo.

-Gute Nacht-dijo Erich Leifhelm, haciendo una brusca inclinación de cabeza con aire marcial.

Converse persuadió a la telefonista para que mandase a alguien al comedor en busca del norteamericano, del capitán Fitzpatrick. La tarea de encontrar al oficial no fue fácil, pues no estaba ni en el comedor ni en el bar, sino fuera, en la Spanische Terrase, bebiendo con unos amigos y contemplando la puesta de sol sobre el Rhin.

-¿Qué amigos? -preguntó Joel por teléfono.

-Sólo una pareja a la que he conocido por ahí. El es un tipo muy simpático, un ejecutivo de lo menos setenta años.

-¿Y ella? -preguntó Converse, alerta siempre su antena de abogado.

-Unos treinta o cuarenta años menos -dijo Connal, ahora sin entrar en detalles.

-¡Sube aquí, marinero!

Fitzpatrick se echó hacia adelante en el sofá, con los codos en las rodillas y un gesto mezcla de preocupación y asombro, mientras miraba a Joel, que fumaba un cigarrillo frente a las puertas abiertas de la terraza.

-Explícamelo otra vez -dijo cansinamente-. ¿Quieres que impida a alguien que consiga tus datos?

-No todos; sólo una parte.

-¿Quién diablos te crees que soy?

-Lo hiciste por Avery... por Press. Puedes hacerlo por mí. ¡Tienes que hacerlo!

-Es lo contrario. Se trataba de abrirle los archivos, no de cerrarlos.

-De cualquiera de las dos formas eso supone un control. Tienes acceso a ellos; tienes la llave.

-Estoy aquí, no allí. No puedo impedir algo que no te gusta a quince mil kilómetros de distancia. Sé razonable.

-¡Alguien puede y alguien tiene que hacerlo! Es sólo un pasaje muy corto y tiene que estar al final; la última entrevista.

-¿Una entrevista? -dijo Connal, sobresaltado, poniéndose en pie-. ¿Se trata de una hoja de servicios? ¿Se refiere a algún informe sobre operaciones? Porque si es así...

-No es un informe -le interrumpió Converse, negando con la cabeza-. Es la licencia... la entrevista que me hicieron para darme la licencia absoluta. Eso que me citó Press Halliday.

-¡Un momento, un momento! -Fitzpatrick levantó las manos-. ¿Te estás refiriendo a lo que me dijiste en tu audiencia para licenciarte?

-Sí, eso es. ¡La audiencia!

-Bueno, tranquilízate. No forma parte de tu hoja de servicios, ni de la de nadie.

-¡Halliday... Avery la tenía! ¡Te aseguro que citó mis palabras literalmente! -Joel fue hasta la mesa, donde había un cenicero y aplastó el cigarrillo-. Si no forma parte de la hoja de servicios, ¿cómo la consiguió? ¿Cómo se la conseguiste?

-Eso es diferente -dijo Connal, recordando mientras hablaba-. Tú eras ex prisionero de guerra, y muchas de esas audiencias fueron clasificadas como secretas, y digo en serio lo de secretas. Incluso después de tantos años, muchas de aquellas sesiones siguen siendo materia delicada. Se habló en ellas de muchas cosas que nadie hasta hoy ha querido hacer públicas, por el bien de todos, no sólo de los militares.

-¡Pero tú la conseguiste! ¡Oí mis propias palabras, maldita sea!

-Sí, la conseguí -admitió el abogado de la Armada sin entusiasmo-. Conseguí una copia, y me degradarían a marinero de tercera si alguien se enterase. Creí lo que me dijo Press. Me juró que lo necesitaba, que necesitaba todo; no podía cometer errores.

-¿Cómo lo hiciste? ¡Ni siquiera estabas en San Diego en esa época, según dijiste!

-Llamando a la cámara acorazada y utilizando el número de mi autorización de entrada para que me hicieran una fotocopia. Dije que se trataba de una emergencia Cuatro Cero y que me responsabilizaba. A la mañana siguiente, cuando llegó la autorización en la valija para la contrafirma, hice que el auditor jefe de la base la firmase entre un montón de papeles.

-¿Pero cómo sabías de ella, para empezar?

-Los expedientes de ciertos ex prisioneros tienen flags en sus hojas de licencia.

-¿Quieres aclarármelo?

-Pues eso, flags; pequeños sellos azules que indican la presencia de información adicional sometida todavía al máximo secreto. Cuando un expediente no tiene esa «bandera», todo es normal; pero si la tiene quiere decir que allí hay algo más. Se lo dije a Press, y me dijo que necesitaba tener lo que fuese, de manera que me fui a por ello.

-Entonces cualquier otro podría también.

-No, cualquiera no. Hace falta un oficial con un número que le da acceso a ese material, y no somos tantos. Además hay un plazo mínimo de cuarenta y ocho horas para que lo investiguen los servicios de Seguridad, pues casi siempre está en la zona de los datos sobre armas y tecnología, que pueden seguir siendo secretos.

-¿Cuarenta y ocho? -Converse tragó saliva mientras trataba de contar las horas transcurridas desde París, desde el primer momento en que salió a relucir su nombre-. ¡Aún queda tiempo! -dijo con voz tensa y entrecortada-. Si puedes hacerlo aún hay tiempo, y además te diré cuanto sé porque te lo mereces. Nadie lo merecerá más.

-¡Explícate!

Joel se dio la vuelta sin saber bien por qué, sacudiendo la cabeza.

-Es curioso, lo mismo le dije a Avery: «Explícate, Avery.» Perdón, se llamaba Press. -Se volvió otra vez hacia el auditor de la Armada, titular de un desconcertante privilegio militar-. Escúchame y oye con claridad. Hace unos minutos ha ocurrido algo que yo no estaba seguro pudiese llegar a ocurrir, pues para evitarlo mataron a tu cuñado. Mañana a las cuatro de la tarde voy a verme en medio de ese grupo de hombres que se han unido para promover un tipo de violencia que va a dejar pasmado al mundo, derribando gobiernos para llenar ellos el vacío. Van a ordenarlo todo a su gusto, a hacer las leyes a su manera. Un gran Tribunal Supremo formado por fanáticos con ideas muy concretas acerca de quién tiene valor y quién no lo tiene; y los que no lo tienen pueden irse al infierno, sin apelaciones. ¡Voy a encontrármelos cara a cara! ¡Voy a hablar con ellos, a oír sus palabras! Admite que soy el zorro más amateur que ha entrado nunca en un gallinero, sólo que en este caso se trata de un nido de buitres, y me refiero a la especie que se lanza y te deja en carne viva la espalda de una pasada. Pero tengo algo a mi favor: soy un buen abogado, y voy a enterarme de cosas de las que no sabrán que me he enterado; tal vez las suficientes para montar un par de acusaciones

que harán volar todo el tinglado. Antes te dije que no aceptaba el plazo que ponías. Sigo sin aceptarlo, pero ya no parece tan descabellado. Desde luego no dos días, pero quizá tampoco diez. Pensaba que iba a tener que ir a TelAviv, y después a Johannesburgo, para intentar meterles el miedo en el cuerpo. ¡Ya no tengo que ir! ¡Lo hemos conseguido! ¡Van a venir ellos a mí porque ahora son ellos los que están asustados! No saben qué pensar, y eso significa que les ha entrado el pánico. -Converse hizo una pausa, mientras la frente se le llenaba de sudor-. No necesito decirte lo que se puede hacer con unos testigos hostiles presas del pánico, los materiales que se pueden reunir para la prueba.

-Se acepta su alegato, abogado -dijo Fitzpatrick-. Es usted convincente. Ahora dime por qué mi intercesión puede ser útil. ¿Para qué sirve?

-¡Quiero que esos hombres piensen que soy de los suyos! No me importa lo que puedan averiguar acerca de mí. No es que esté orgulloso de todo ello; también me he adaptado a veces. ¡Pero lo que no puedo es dejar que consigan una copia de mi licencia! ¿No te das cuenta? ¡Es lo que Avery, lo que Press, comprendió, y yo lo entiendo ahora! Me conoció hace casi veinticinco años, y ahora que lo pienso éramos realmente muy buenos amigos. Y, no importa lo que hubiésemos vivido cada uno, confiaba en que yo no habría cambiado tanto, al menos en lo importante. Cuando llegamos a la edad de votar nos parecemos todos mucho. Los verdaderos cambios vienen después, mucho más tarde, dictados por cosas tales como la aceptación o el rechazo, y el estado de nuestras carteras; el precio que pagamos por nuestras convicciones, o en apoyo de nuestras cualidades, para defender nuestros éxitos o explicar nuestros fracasos. Ese texto confirmó lo que creía Halliday, al menos lo suficiente para hacerle desear verme, hablar conmigo y por último reclutarme. Sólo que al final lo hizo muriendo en mis brazos. Después de eso yo no podía irme.

Connal Fitzpatrick guardó silencio mientras salía a la terraza. Se asomó y se agarró a la barandilla mientras Converse le observaba. Después se irguió, levantó ambas manos y se remangó la muñeca izquierda.

-En San Diego son las doce y cuarto. Nadie del oficio va a comer antes de la una; el bar de Coronado no empieza a animarse hasta entonces.

-¿Puedes hacerlo?

-Puedo intentarlo -dijo el marino, cruzando las puertaventanas camino del teléfono-. No, maldita sea; si has calculado bien la hora, puedo hacer algo más que intentarlo: puedo dar una orden. Para eso sirven los galones.

Los primeros cinco minutos fueron insoportables para Joel. Había demora en todas las llamadas a ultramar, pero de uno u otro modo el bi, tri o cuatrilingüe Fitzpatrick, hablando en alemán con una mezcla de prisa y untuosidad, consiguió salir adelante, mientras repetía con frecuencia la palabra dringend.

-Teniente de navío Remington, David; Departamento Jurídico, SAND PAC. Es urgente, marinero. Soy el capitán de fragata Fitzpatrick. Corte a alguien si están ocupadas las líneas. -Connal tapó el micrófono y se volvió a Converse-. Si abres mi maleta, encontrarás hacia la mitad una botella de bourbon.

-Abriré tu maleta, capitán.

-¿Remington?... ¿Qué tal, David? Soy Connal... Sí, muchas gracias; se lo diré a Meagen... No, no estoy en San Francisco, no me llames allí. Pero ha surgido algo de lo que quiero que te ocupes, algo de mi agenda que quedó pendiente. Para empezar, se trata de una emergencia Cuatro Cero. Ya te lo explicaré cuando vuelva, pero hasta entonces tienes que ocuparte de ello. ¿Tienes un bolígrafo? Hay una hoja de servicios de un ex prisionero de guerra a nombre de Converse, Joel, teniente del Arma Aérea, piloto... Destino en portaaviones, Vietnam. Lo licenciaron en los años sesenta... -Fitzpatrick miró a Converse, levantó la mano derecha y tres dedos de la izquierda-. En mil novecientos sesenta y ocho, para ser exacto. -Joel se acercó, con la mano derecha todavía abierta y la izquierda mostrando sólo

Librodot

el índice-. Junio del 68 -añadió el jurídico naval, asintiendo con la cabeza-. Punto de separación, nuestra antigua residencia, San Diego. ¿Lo tienes todo? Léemelo, por favor, David.

Connal asentía de vez en cuando con la cabeza mientras escuchaba.

-C-O-N-V-E-R-S-E, eso es... Junio del 68, Arma Aérea, piloto, Vietnam, sección de PDG, separación en San Diego. Eso es, lo has cogido. Y ahora al asunto, David. La hoja de servicios del tal Converse tiene un flag; corresponde a su audiencia para licenciarse y no hay implicadas armas ni alta tecnología... Escúchame atentamente, David. Tengo entendido que puede haber pendiente una solicitud de entrega de una fotocopia de esa entrevista de licencia. Esa copia no debe entregarse bajo ninguna circunstancia. El flag sigue vigente y no puede ser levantado por nadie sin mi autorización. Y si la solicitud ha sido cursada estará todavía dentro del plazo de cuarenta y ocho horas. Anúlala. ¿Comprendido?

Fitzpatrick volvió a escuchar, pero en vez de hacer gestos de aprobación negó con la cabeza.

-No, bajo ninguna circunstancia... No me importa si las secretarías de Estado, Defensa y Marina firman una petición conjunta en papel de la Casa Blanca; la respuesta es no. Si alguien lo discute, dile que estoy ejerciendo mi autoridad como oficial jefe de la sección jurídica del SAND PAC. Hay un artículo por ahí que dice que el responsable jurídico de una guarnición puede embargar materiales cuando se trate de información posiblemente secreta relativa a la seguridad del sector, etc, etc. No recuerdo el plazo (setenta y dos horas o cinco días o algo parecido), pero busca esa disposición. Puede hacerte falta.

Connal siguió escuchando, arrugando las cejas y mirando de vez en cuando a Joel. Después habló despacio, mientras Converse volvía a sentir aquel dolor en el pecho.

-¿Adónde puedes llamarme...? -dijo el marino, al parecer perplejo. Pero de pronto superó su desconcierto-. Retiro lo que dije antes; llama a Meagen a San Francisco. Si no estoy con ella y con los chicos, sabrá dónde encontrarme... Gracias de nuevo, David. Toca zafarrancho y ponte en seguida a ello, okay? Gracias... Se lo diré a Meg. -Fitzpatrick colgó el teléfono y respiró ruidosamente-. Ya está -dijo, repantigándose aliviado y pasándose la mano por el pelo-. Voy a telefonear a Meagen y darle este número, y a decirle que si llama Remington le diga que me he ido a los altos de Sonoma. Press tenía una propiedad allí.

-Dale el número de teléfono-dijo Joel-, pero no le digas nada más.

-No te preocupes; discurre bastante. -El marino miró a Converse frunciendo el entrecejo-. Si tus cálculos son exactos, ya tienes el tiempo que necesitabas.

-No sé si tu teniente será tan de fiar como mis cálculos. Lo digo sólo en el sentido de si no permitirá que alguien dé contraorden.

-No interpretes mal mi machaconería tratándose de él. A David no es fácil presionarlo. Lo he escogido a él y no a alguno de los otros cuatro abogados senior del departamento porque tiene fama de puntilloso. Buscará ese artículo, y se lo clavará en la frente al primer superior que trate de contravenir mi orden. Me gusta Remington; es muy útil. Asusta a la gente.

-Todos tenemos socios así. Lo llaman la táctica del bueno y el malo.

-David encaja en ella. Tiene un ojo un poco desviado hacia la derecha. -Fitzpatrick se irguió de pronto, con porte militar-. Creí que iba a coger ese bourbon, teniente.

-¡Sí, mi capitán! -dijo Joel, yendo hacia la maleta de Fitzpatrick.

-Y, si no recuerdo mal, después de servirnos un trago va usted a contarme una historia que tengo muchas ganas de oír.

-¡Yes, sir! -dijo Converse, cogiendo la maleta del suelo y poniéndola sobre el sofá-. Y, si se me permite sugerirlo, señor, no vendría mal una cena servida en la habitación. Estoy seguro de que el capitán necesita alimentarse después de un día de prueba al timón.

-Buena idea, teniente. Llamaré al Empfang.

-Antes de telefonear a su corredor de apuestas, ¿puedo sugerirle que llame primero a su hermana?

-¡Diablos, lo había olvidado!

Chaim Abrahms caminaba por la oscura calle de Tel-Aviv con su robusta humanidad envuelta en la acostumbrada sahariana, las botas debajo de los pantalones caqui y una boina cubriéndole la calva. La boina era la única concesión que hacía a su objetivo de esa noche; normalmente disfrutaba siendo reconocido, aceptando la adulación con humildad bien ensayada. A la luz del día, con la cabeza descubierta y erguida y portando su conocida prenda, recibía los homenajes con una inclinación de cabeza, mientras sus ojos se clavaban en sus seguidores.

-¡Ante todo judío! -era la frase con que le saludaban siempre, ya estuviese en Tel-Aviv o en Jerusalén, en ciertos lugares de París o en casi todo Nueva York.

La frase había nacido hacía años, cuando, como joven terrorista del Irgun, había sido condenado a muerte en rebeldía por los británicos tras la matanza en una aldea palestina, donde los cadáveres árabes quedaron expuestos como nakama, a manera de escarmiento. Entonces había lanzado un grito que se oyó en todo el mundo: «¡Soy ante todo judío, hijo de Abraham! ¡Todo lo demás viene después, y correrán ríos de sangre si se repudia a los hijos de Abraham!»

En 1948 los británicos, no queriendo crear otro mártir, le con-mutaron la pena y le dieron un generoso moshav. Sin embargo, lo extenso de las tierras que le fueron asignadas no bastó para confinar al militante sabra. Tres guerras habían roto sus rémoras agrícolas a la vez que desataban su ferocidad... y su inteligencia en campaña. Era una inteligencia desarrollada y acrisolada a lo largo de aquellos primeros años de correr con un ejercito fugitivo y fragmentado, para el que eran constantes las tácticas de sorpresa, el atacar y desaparecer; cuando se aceptaba el riesgo de ser superado en número y en potencia de fuego, pero no otro resultado que la victoria. Más tarde aplicó la estrategia, y la manera de pensar de esos años a la máquina de guerra en continua expansión en que se convirtieron el Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas de un Israel ya poderoso. Marte campaba en el cielo que soñaba Chaim Abrahms y, profetas a un lado, el dios de la guerra era su fuerza, su razón de ser. Desde Ramat Aviv hasta Har Hazeytim, desde Rehovot hasta Masada del Negev, el grito era Nakama! ¡Justo castigo a los enemigos de los hijos de Abraham!

Ojalá polacos y checos, húngaros y rumanos, altivos alemanes y rusos imposibles no hubiesen emigrado a su país por decenas de miles. Llegar ellos y empezar los problemas todo fue uno. Facción contra facción, cultura contra cultura, cada grupo tratando de probar que tenía más derecho al título de judío que los demás. ¡Qué tontería! Estaban allí porque tenían que estar. Habían sucumbido ante los enemigos de Abraham, permitido -sí, permitido- que los matasen a millones en vez de alzarse por millones y matar a su vez. Bueno, así descubrieron lo que sus maneras civilizadas podían acarrearles y de qué podían servirles sus retorcimientos talmúdicos. De modo que vinieron a la Tierra Santa, a su Tierra Santa; así lo proclamaban. Pues bien, no era suya. ¿Dónde estaban ellos cuando se consiguió esta tierra arañando pedregales y desiertos con manos fuertes y herramientas primitivas, las herramientas bíblicas? ¿Dónde cuando los odiados árabes y los despreciados ingleses sintieron por primera vez la cólera del judío tribal? Estaban en las capitales europeas, en sus bancos y sus ostentosos despachos, haciendo dinero y bebiendo aguardiente caro en copas de cristal. No; vinieron aquí porque tenían que venir; vinieron a la Tierra Santa de los sabra.

Trajeron con ellos dinero, modales de dandy, palabras elegantes, argumentos confusos, influencia y las culpas del mundo. Pero fueron los sabras quienes les enseñaron a pelear, y era un sabra quien iba a llevar a Israel a la órbita de una nueva y poderosa alianza.

Abrahms llegó al cruce de Ibn Gabirol y Arlosoroff. Los faroles tenían halo y daban sólo una luz vaga. Mejor; así no le verían. Aún tenía que recorrer otra manzana, hasta una dirección en Jabotinsky, una vulgar casa de apartamentos donde había un piso mediocre alquilado por un hombre que parecía no ser más que un burócrata sin importancia. Pocos sabían que ese hombre, ese especialista que manejaba un sofisticado equipo computarizado comunicado con la mayor parte del globo, era esencial en las operaciones a escala planetaria del Mossad, el servicio de inteligencia de Israel, al que muchos consideraban el mejor del mundo. También él era un sabra, uno de los suyos.

Abrahms dijo en voz baja su nombre por el micrófono situado encima de la rendija del buzón en el vestíbulo exterior, oyó el clic de la cerradura de la pesada puerta y entró. Empezó a subir los tres tramos de escalera que lo llevarían al piso.

-¿Un poco de vino, Chaim?

-Whisky.

-Siempre la misma pregunta y la misma respuesta -dijo el especialista-. Yo digo «¿Un poco de vino, Chaim?» y tú dices una sola palabra: «Whisky». Beberías whisky hasta en el Seder, si pudieses.

-Puedo y lo bebo.

Abrahms se sentó en un sillón de cuero agrietado y echó una mirada a la habitación sencilla y descuidada, con libros por todas partes, preguntándose, como hacía siempre, por qué un hombre tan influyente viviría así. Se rumoreaba que al agente del Mossad no le gustaba la compañía, y una vivienda mayor y más atractiva podría atraerla.

-Supuse por tus gruñidos y toses al teléfono que tenías lo que necesito.

-Sí, lo tengo -dijo el especialista, ofreciendo un vaso de buenísimo escocés a su huésped-. Lo tengo, pero creo que no va a gustarte.

-¿Por qué no? -preguntó Abrahms, bebiendo con los ojos alerta por encima del borde del vaso y fijos en su anfitrión mientras éste tomaba asiento frente a él.

-Sobre todo porque es desconcertante, y en este asunto lo que resulta desconcertante hay que tratarlo con mucho miramiento. Tú no eres un hombre delicado, Chaim Abrahms, y perdóname la in-delicadeza de decírtelo. Me dices que ese Converse es enemigo tuyo, un supuesto infiltrado, y yo te digo que no encuentro nada que autorice esa conclusión. Ante todo, debe haber un profundo motivo personal para que un no profesional se embarque en este tipo de fraude, en esta clase de comportamiento, silo prefieres. Bueno, hay un motivo, y un enemigo por el que debe sentir gran odio, pero ninguna de las dos cosas es compatible con lo que tú sugieres. Te diré de pasada que la información es absolutamente fiable. Viene del Quang Dinh...

-¿Qué diablos es eso?

-Una rama especializada de la inteligencia norvietnamita.

-¿Tenéis fuentes allí?

-Hemos estado alimentándolos durante años. Nada importante, pero lo suficiente para poder disponer de unos cuantos oídos y voces. Había cosas que necesitábamos saber, armas que teníamos que entender, porque podían volverse contra nosotros.

-¿Estuvo ese Converse en Vietnam del Norte?

-Durante varios años como prisionero de guerra; tiene un largo historial. Al principio pensaron que podían utilizarlo para su propaganda, en emisiones de radio y televisión, haciendo que implorase de su brutal gobierno que se retirase y detuviese los bombardeos. La basura de costumbre. Hablaba bien, tenía buena estampa y era evidentemente muy norteamericano. Al principio lo presentaron por televisión como un piloto asesino salvado de la cólera de la multitud por unos soldados humanitarios, y más tarde comiendo y haciendo ejercicio. Estaban programándolo para un cambio repentino. Pensaron que se trataba de un

joven blando y acostumbrado a la buena vida que podía ser obligado con facilidad a hacer lo que le pidiesen a cambio de un trato mejor, tras haber pasado por un período de las máximas privaciones. Pero ocurrió algo muy diferente. Bajo aquella cáscara blanda el interior estaba hecho de duro metal, y lo curioso fue que a medida que pasaban los meses se endurecía más, hasta que se dieron cuenta de que habían creado, ésa fue la palabra que emplearon, una especie de monstruo, forjado en acero.

-¿Un monstruo? ¿Fue también ésa la palabra que usaron?

-No; ellos lo calificaban de peligroso agitador, lo que, considerando la procedencia, no deja de tener gracia. Lo importante es que reconocían que eran ellos quienes lo habían creado. Contra más duro el trato, más volátil se hizo, más resistente.

-¿Y por qué no? -dijo bruscamente Abrahms-. Estaba furioso. Pisa a una serpiente del desierto y verás.

-Puedo asegurarte, Chaim, que no es la respuesta humana normal en tales condiciones. Un hombre puede volverse loco y lanzarse contra quien sea, o aislarse hasta la catatonia, o derrumbarse llorando, dispuesto a pasar por lo que sea a cambio de un mínimo buen trato. El no hizo nada de eso. Lo suyo fue una serie de respuestas calculadas y llenas de imaginación que apelaban a sus recursos interiores para sobrevivir. Dirigió dos fugas, la primera de las cuales duró tres días y la segunda cinco antes de que el grupo fuese capturado. Como cabecilla, lo pusieron en una jaula en el río Mekong, pero discurrió un modo de matar a las ratas de agua cogiéndolas desde abajo como un tiburón. Entonces lo metieron en una celda de aislamiento, un pozo de tres metros y medio de profundidad con la boca cubierta por alambre de espino. Fue allí donde, aprovechando un gran temporal de lluvia nocturno, consiguió trepar hasta arriba, separar el alambre y escapar solo. Se dirigió hacia el sur recorriendo más de ciento cincuenta kilómetros a través de la jungla y de las corrientes del río, hasta alcanzar las líneas norteamericanas. No era una hazaña fácil. Crearon un hombre presa de una atroz obsesión que le llevó a ganar su guerra personal.

-¿Por qué no lo mataron sin más antes de eso?

-También yo me lo preguntaba -dijo el especialista-, de modo que telefoneé a mi fuente en Hanoi, la que proporcionó la información. Dijo una cosa extraña, algo muy profundo a su manera. Dijo que, por supuesto, él no estaba allí, pero pensaba que fue seguramente por respeto.

-¿Por un peligroso agitador?

-EI cautiverio en la guerra tiene un efecto extraño, Chaim, tanto para los cautivos como para los captores. Es un juego atroz en el que intervienen tantos factores... Agresión, resistencia, bravatas, miedo y, no en último lugar, curiosidad, especialmente cuando los jugadores proceden de culturas tan diferentes como las de Oriente y Occidente. Con frecuencia se crea un lazo anormal, tanto por el cansancio de ese juego extenuante como por todo lo demás. No disminuyen los odios «patrióticos», pero se establece un lazo sutil que dice a esos hombres, a esos jugadores, que en realidad no están en el juego por propia elección. Análisis posteriores demuestran que son los captores, y no los cautivos, los primeros en percibir ese nexo. Los prisioneros están obsesionados por la libertad y la supervivencia, mientras que sus guardianes empiezan a cuestionarse su autoridad absoluta sobre la vida y la situación de otros hombres, a preguntarse cómo se sentirían en el lugar del otro. Todo ello forma parte de lo que los psiquiatras llaman el síndrome de Estocolmo.

-¿Qué demonios estás tratando de decir? Pareces uno de esos pelmazos de la Knesset. ¡Un poco de esto, un poco de aquello y en definitiva sólo aire, palabras!

-Decididamente la sutileza no es lo tuyo, Chaim. Estoy tratando de explicarte que mientras ese Converse alimentaba sus odios y obsesiones, sus guardianes se cansaban del juego, y, como sugiere nuestra fuente de Hanoi, le perdonaron la vida por respeto, antes de que llevase a cabo su última y definitiva fuga.

Ante el desconcierto de Abrahms, resultó que, al parecer, el especialista había concluido.

-¿Y...? -dijo el sabra.

-Eso es todo. Hay un motivo y un enemigo, pero son también tu motivo y tu enemigo... aunque hayan llegado a serlo por otros caminos. En última instancia, tú deseas aplastar la insurgencia dondequiera que aparezca, reprimir la propagación de las revoluciones en el Tercer Mundo, especialmente la islámica, porque sabes que están siendo fomentadas por los marxistas (léase los soviéticos) y son una amenaza directa para Israel. De un modo u otro, es esa amenaza planetaria la que os ha reunido, en mi opinión acertadamente. Si hay un tiempo y un lugar para que actúe el complejo militar-industrial, es ahora. Debe hacerse cargo de los gobiernos del mundo libre antes de que a ese mundo lo entierren su enemigos.

Chaim Abrahms entrecerró los ojos y trató de no gritar.

-¿ y?

-¿Es que no te das cuenta? Ese Converse es uno de los vuestros. Todo coincide. Tiene el motivo y un enemigo al que ha conocido en su peor aspecto. Se trata de un brillante abogado que gana un montón de dinero con una firma muy conservadora, y sus clientes figuran entre las más ricas sociedades y conglomerados. Todo lo que es y todo aquello que defiende sólo pueden beneficiarse de vuestros esfuerzos. La confusión nace de lo poco ortodoxo de sus métodos, y sólo puedo explicarlo diciendo que tal vez no sean tan heterodoxos en el tipo de trabajo especializado que él hace. Los mercados pueden hundirse por un simple rumor; por eso seguramente no están mal vistos la ocultación y el disimulo.

El sabra dejó su vaso en el suelo y se levantó con dificultad. Con la barbilla clavada en el esternón y las manos a la espalda, paseó arriba y abajo en silencio. Al fin se detuvo y miró al especialista.

-Supón, sólo supón -dijo-, que el todopoderoso Mossad haya cometido un error, que exista algo con lo que no habéis dado.

-Me sería difícil aceptarlo.

-¡Pero es posible!

-A la luz de la información que hemos reunido, lo dudo. ¿Por qué?

-¡Porque tengo olfato, por eso!

El hombre del Mossad mantenía los ojos clavados en Abrahms, como estudiando la cara del soldado... o mirando las cosas desde otro punto de vista.

-Sólo hay otra posibilidad, Chaim. Si ese Converse no es lo que te he dicho, lo que contradeciría todos los datos que hemos reunido, entonces es un agente de su gobierno.

-Eso es lo que yo me huelo -dijo suavemente el sabra.

Ahora le tocó al especialista guardar silencio. Respiró profundamente antes de hablar.

-Respeto tu nariz, viejo amigo. No siempre tu conducta, pero sí tu sentido del olfato. ¿Qué piensan los otros?

-Sólo que está mintiendo, que encubre a otros, a los que puede o no conocer, que lo están utilizando como explorador; una «avanzadilla de infantería» fue la expresión que utilizó Palo Alto.

El agente del Mossad siguió mirando al sabra, pero sus ojos ya no estaban fijos en él; veían formas abstractas y retorcidas, circunvoluciones que pocos podrían comprender. Procedían de toda una vida de analizar a enemigos visibles e invisibles, de parar estocadas en la más absoluta oscuridad.

-Es posible -susurró, como respondiendo a una pregunta que sólo él había oído-. Casi inconcebible, pero posible.

-¿Qué? ¿Que Washington esté detrás de él?

-Sí.

-¿Por qué?

-Es una posibilidad absurda que no suscribo, pero es la única que queda con cierta verosimilitud. Dicho sencillamente, tiene demasiada información.

-¿y?

-No Washington en el sentido usual, ni el gobierno en cuanto tal, pero sí, dentro de una rama del gobierno, una sección que ha oído rumores acerca de una organización pero no puede estar segura. Creen que si esa organización existe deberían introducirse en ella para denunciarla, de modo que eligen a un hombre con la historia, los recuerdos e incluso la profesión adecuados para ese trabajo. Puede que incluso crea todo lo que dice.

El sabra estaba paralizado pero impaciente.

-Eso tiene demasiadas complicaciones para mí -dijo con brusquedad.

-Inténtalo a mi modo primero. Trata de aceptarlo; puede ser auténtico. Tendrá que darte algo concreto; puedes obligarle. También es posible que no te lo dé porque no pueda.

-¿ y?

-Si no puede, sabrás que tienes razón. Entonces pon tanta distancia entre él y sus patrocinadores como es humana y brutalmente posible. Debe convertirse en un paria, en un hombre perseguido por crímenes tan insensatos que no quede la menor duda de su locura.

-¿Por qué no matarlo sin más?

-Por todos los medios, pero no antes de que sea tenido por tan loco que nadie salga en su defensa. Eso te hará ganar el tiempo que necesitáis. ¿Para cuándo es la fase final de Aquitania? ¿Dentro de tres o cuatro semanas?

-Si, es entonces cuando empieza.

El especialista se levantó y quedó pensativo frente al soldado.

-Lo repito: primero trata de aceptarlo, de ver si es cierto lo que te dije antes. Pero si ese olfato tuyo sigue oliendo a chamusquina, si hay la menor posibilidad de que, queriéndolo o no, a sabiendas o no, haya sido convertido en provocador por gente de Washington, preparad la jugada contra él y echádselo a los lobos. Cread un paria como los norvietnamitas crearon un monstruo. Luego matadlo lo más pronto posible, antes de que alguien más llegue hasta él.

-¿Habla un sabra del Mossad?

-Tan claramente como puedo.

El joven capitán del Ejército y el paisano de más edad salieron del Pentágono por puertas de cristal contiguas y se miraron brevemente sin reconocerse. Bajaron separados la corta escalinata y volvieron a la izquierda en la senda de cemento que llevaba al enorme aparcamiento. El oficial del Ejército iba unos tres metros por delante del paisano. Tras llegar a la gran zona asfaltada, tomaron direcciones diferentes hacia sus coches. Si esos dos hombres hubieran estado sujetos a vigilancia fotográfica durante los últimos cincuenta segundos, no habría habido el menor indicio de que se conociesen.

El cupé Buick verde volvió a la derecha en el centro de la manzana y se introdujo en la sima que daba entrada al aparcamiento subterráneo del hotel. Al final de la rampa, el conductor mostró la llave de su habitación al empleado, que levantó la barrera amarilla y le hizo seña de que continuase. Había un sitio vacío en la tercera hilera de coches parados. El Buick se metió en él y el capitán del Ejército se apeó.

Entró por la puerta giratoria y se dirigió a un grupo de ascensores que había en el vestíbulo inferior del hotel. Las puertas del segundo ascensor se abrieron y aparecieron dos

parejas que no pretendían llegar al sótano y se reían mientras uno de los hombres apretaba repetidamente el botón del vestíbulo. El oficial oprimió a su vez el del piso catorce. Sesenta segundos más tarde salía al pasillo que conducía a la escalera. Se dirigía al piso once.

El break Toyota azul descendió por la rampa, y el conductor extendió la mano sosteniendo una llave con el número de la habitación bien visible. Dentro ya de la zona de aparcamiento, encontró un espacio vacío y condujo cuidadosamente hasta él su pequeño break.

El hombre de paisano se apeó y consultó su reloj. Satisfecho, echó a andar, camino de la puerta giratoria y los ascensores. El segundo ascensor estaba vacío, y se sintió tentado de apretar el botón de la planta once; estaba cansado y no le atraía nada la idea del paseo de propina. No obstante, podía entrar gente mientras subía, de modo que se atuvo a las normas y puso el índice en el botón marcado con el número 9.

De pie frente a la puerta de la habitación, el paisano levantó la mano, golpeó una vez, esperó varios compases y volvió a golpear dos más. Segundos más tarde abría la puerta el capitán del Ejército. Detrás de él había un tercer hombre, también de uniforme, cuyo color e insignias denotaban a un alférez de navío. Estaba de pie junto a una mesa en la que había un teléfono.

-Me alegro de que haya llegado a tiempo -dijo el oficial del Ejército-. El tráfico estaba fatal. La llamada ya no puede tardar.

El paisano entró e hizo una inclinación de cabeza al marino mientras hablaba.

-¿Qué ha descubierto sobre Fitzpatrick? -preguntó.

-Está donde no debería estar -replicó el alférez.

-¿Puede hacer que vuelva?

-Estoy trabajando en ello, pero no sé por dónde empezar. Me encuentro en lo más bajo de un tótem muy alto.

-Como todos nosotros.

-¿Quién iba a pensar que Halliday había recurrido a él? -dijo el marino, lleno de frustración-. 0, si iba a meterlo en esto, ¿por qué no empezó por ahí? ¿Y por qué no le habló de nosotros?

-Puedo contestar a las dos últimas preguntas -dijo el hombre del Ejército-. Estaba protegiéndolo de la reacción del Pentágono. Si caemos, su cuñado está limpio.

-Y yo puedo contestar a la primera -dijo el paisano-. Halliday acudió a Fitzpatrick porque, en último extremo, no confiaba en nosotros. Lo de Ginebra demostró que tenía razón.

-¿Por qué? -preguntó el capitán, a la defensiva pero sin el menor tono de excusa-. No podíamos haberlo previsto.

-No, no podíamos -asintió el paisano-. Pero tampoco pudimos hacer nada después. Eso formaba parte de nuestras obligaciones, y no hubo modo de cumplir con ellas. No podíamos permitírnoslo.

Sonó el teléfono. El alférez lo cogió y escuchó. -Es Mikonos -dijo.

SEGUNDA PARTE

12

Connal Fitzpatrick estaba sentado frente a Joel terminando su café. La cena había concluido, la historia también, y todas las preguntas que se le ocurrieron al auditor de la Armada habían sido contestadas por Converse, porque había dado su palabra. Necesitaba un aliado a toda prueba.

-Salvo unas cuantas identidades y algún material de dossier -dijo Connal-, no sé mucho más que antes. Tal vez lo sepa cuando vea esos nombres del Pentágono. ¿Dices que no sabes quién los proporcionó?

-No. Como Topsy, simplemente están ahí. Beale dijo que algunos son probablemente errores, pero otros no; tienen que estar relacionados con Delavane.

-También tiene que haberlos proporcionado alguien. Tuvo que haber razones para que estén en la lista.

-Beale dijo que eran «los que toman las decisiones» en los suministros militares.

-Entonces tengo que verlos. Ya he tratado con esa gente.

-¿Tú?

-Si, no a menudo, pero lo suficiente para saber manejarlos.

-¿Por qué tú?

-He tenido que traducir matices jurídicos relacionados con tecnología naval. Creo que ya he dicho que hablo...

-Lo dijiste -le interrumpió Joel.

-¡Maldita sea! -exclamó Fitzpatrick, estrujando la servilleta.

-¿Qué pasa?

-¡Press sabía que yo tenía tratos con esos comités, con la gente de tecnología y armamento! Incluso me preguntó por ellos. A quién veía, quiénes me caían bien, en quiénes confiaba... ¡Dios santo! ¿Por qué no acudió a mí? ¡De toda la gente que conocía yo era el más lógico! Estaba dentro y era además su amigo más íntimo.

-Por eso no acudió a ti.

-¡Estúpido bastardo! -Connal alzó los ojos-. Y espero que lo oigas, Press. Quizá andes todavía por ahí para ver a Connal II ganar la Bay Regatta.

-Me parece que crees de verdad que puede oírte.

Fitzpatrick miró a Joel desde el otro lado de la mesa.

-Sí, lo creo. ¿Sabes, abogado? Yo creo. Conozco todas las razones por las que no debería creer, Press las enumeraba sin dejar una cuando bebíamos, pero creo. Una vez le respondí con una cita de uno de sus tolerantes antepasados protestantes.

-¿Cuál? -preguntó Joel sonriendo amablemente.

-«A los ojos de Dios hay más fe en la duda honrada que en todos los arcángeles juntos.»

-Es muy bonito. Nunca lo había oído.

-Quizá no sea exactamente así. ¡Joel, tengo que ver esos nombres!

-Y yo tengo que recoger mi maletín, pero no puedo ir en persona.

-Entonces me toca a mí. ¿Crees que Leifhelm tiene razón, que puede realmente hacer que se retire la Interpol?

-Para mi maniobrabilidad inmediata espero que pueda, pero si lo hace no me va a llegar la camisa al cuerpo.

-En eso estoy de tu parte -dijo Connal, levantándose-. Voy a llamar a recepción para pedir un taxi. Dame la llave de la taquilla. Converse buscó en su bolsillo y sacó la pequeña llave redondeada.

-Leifhelm te ha visto. Puede hacer que te sigan; ya lo hizo antes.

-Tendré diez veces más cuidado. Si veo dos veces el mismo par de faros me iré a una Bierkeller. Conozco esto.

Joel miró su reloj.

-Son las diez menos veinte. ¿Crees que podrías pasar primero por la Universidad?

-¿Dowling?

-Dijo que tenía a alguien a quien quería que conociese. Limítate a llegar hasta él, o hasta ellos, y decir que todo va bien; nada más. Le debo por lo menos eso.

-¿Y si trata de detenerme?

-Entonces saca tu tarjeta de identidad y di que es alta prioridad, o ultrasecreto, o cualquier otra de esas frases idiotas de la Seguridad que acuda a tu imaginativa cabeza.

-Me parece notar ciertos atisbos de envidia profesional.

-No, es sólo justicia. Sé de dónde vienes. Conozco el paño.

Fitzpatrick caminó despacio a lo largo de la ancha senda paralela a la fachada sur del inmenso edificio de la Universidad, que fuera un día el gran palacio de los todopoderosos arzobispos de Colonia. La luz de la luna, que campeaba en un cielo despejado, lo inundaba todo, se reflejaba en las hileras de vidrieras catedralicias y daba una dimensión luminosa a los muros de piedra clara de la majestuosa estructura. Más allá de la senda, los jardines tenían una elegancia fantasmal, con sus círculos de flores durmientes cuya belleza realzaba el plenilunio. A Connal le afectó de tal modo el tranquilo encanto de aquel escenario nocturno que estuvo a punto de olvidar por qué estaba allí.

El motivo volvió a salirle al paso cuando vio una silueta repantigada en un banco. El hombre tenía las piernas estiradas y cruzadas por los tobillos y la cabeza cubierta por un sombrero blando, pero no lo suficiente para ocultar el pelo flotante de un rubio agrisado que sobresalía levemente sobre sus sienes y en la nuca. De modo que el tal Caleb Dowling era un actor, pensó el auditor de la Armada, divertido al recordar que Dowling se había fingido asombrado cuando se dio cuenta de que Connal no le reconocía. Pero bueno, tampoco le había reconocido Converse; por lo visto formaban una minoría en un mundo de teleadictos. Un profesor universitario que había colmado la fantasía de los jóvenes, amante del riesgo, según Joel, y que había ganado la batalla contra su carta astral, era algo que no se encontraba todos los días. La única nota triste era la vida de pesadilla de su esposa, a la que tanto quería. Y tampoco un marine que había peleado en el sangriento follón que fue Kwajalein era para echar en saco roto.

Fitzpatrick se acercó al banco y se sentó algo separado de Bowling. El actor le miró, y después hizo un gesto de asombro y reconocimiento súbito de lo más natural.

-¿Usted?

-Siento lo de anoche -dijo Connal-. Sospecho que no estuve muy convincente.

-Le faltó un cierto toque final, joven colega. ¿Dónde diablos está Converse?

-Debo disculparme otra vez. No pudo venir, pero no debe preocuparse. Todo está perfectamente y bajo control.

-¿Bajo el control de quién? -replicó el actor, molesto-. Le dije a Joel que viniese aquí, no que me mandase como interlocutor a un aspirante a boy-scout.

Librodot

-Me ofende que diga eso. Soy capitán de corbeta de la Marina de Estados Unidos y jefe jurídico de una gran base naval. El señor Converse aceptó de nosotros una misión que supone un gran riesgo personal para él y que consideramos altamente secreta. No intervenga en esto, señor Dowling. Apreciamos, y hablo tanto por Converse como por mí, su interés y su generosidad, pero ya es hora de que lo deje, le diré de pasada que en su propio beneficio.

-¿Y qué hay de la Interpol? Joel mató a un hombre.

-Que trató de matarle-añadió rápidamente Fitzpatrick, como el abogado que replica a una afirmación perjudicial del testigo que está en el estrado-. Eso será aclarado por vía interna y se retirarán los cargos.

-Le noto a usted muy suelto, capitán -dijo Dowling, incorporándose-. Mucho mejor que anoche... Bueno, que esta mañana.

-Anoche estaba fuera de mí. Lo había perdido y tenía que encontrarlo, para darle una información vital.

El actor cruzó ahora las piernas por las rodillas y se echó hacia atrás con el brazo colgando como al desgaire del respaldo del banco.

-¿Entonces eso en lo que Converse y usted están implicados es realmente una operación ultrasecreta?

-Es alto secreto, sí.

-Y al ser usted y él abogados, ¿tiene algo que ver con irregularidades legales que de algún modo alcanzan a militares?

-En un sentido muy amplio, sí. Temo no poder ser más explícito. Converse dijo que había alguien a quien usted quería que conociese.

-Sí, lo hay. Dije un par de barbaridades sobre él, pero las retiro; estaba cumpliendo con su deber. No tenía más idea que usted de quién era yo. Es un hombre inteligente, duro pero justo.

-Espero que comprenda que, dadas las circunstancias, Converse no puede acceder a su petición.

-Lo hará usted -dijo tranquilamente Dowling, quitando el brazo del respaldo.

Connal se alarmó. Oyó movimientos a su espalda, entre las sombras, y volvió la cabeza, atisbando por encima del hombro. Saliendo de la negrura de uno de los portales del edificio, una silueta masculina empezó a caminar atravesando el césped verde oscuro. Un brazo echado casualmente sobre el respaldo del banco y después retirado, no menos casualmente. ¡Las señales! Identidad confirmada: venga.

-¿Qué diablos ha hecho usted? -pregunto ásperamente el marino.

-Si mis celebrados instintos son válidos -replicó Dowling-, lo que debía. Si se equivocan, también lo que debía.

-¿Cómo?

El hombre que venía cruzando el césped entró en la zona iluminada por la luna. Era corpulento y llevaba traje oscuro y corbata. La cara ceñuda, de edad más que madura, y el pelo gris liso le daban el aire de un próspero hombre de negocios. En ese momento parecía estar muy enfadado.

Dowling habló mientras se levantaba del banco.

-Capitán, permítame presentarle al honorable Walter Peregrine, embajador de Estados Unidos en la República Federal de Alemania.

El alférez de navío David Remington limpió sus gafas de montura de acero con un papelito tratado con silicona, tiró el papel en una papelera y se levantó de su mesa. Volviendo

a ponerse las gafas, fue hasta un espejo fijado en la parte de atrás de la puerta del despacho y comprobó su aspecto. Se alisó el pelo, volvió a ponerse en su sitio el nudo de la corbata y contempló la desvanecida raya de sus pantalones. Todo considerado -eran las cinco y media de la tarde y llevaba en su mesa desde las ocho de la mañana con un trabajo agobiador, incluida aquella absurda emergencia Cuatro Cero de Fitzpatrick-, estaba de lo más presentable. Y, de todos modos, el contraalmirante Hickman no era un tiquismiquis en cuestiones de atuendo tratándose de gente de oficina. Demasiado bien sabía que la mayoría de los jurídicos se largarían a puestos mucho mejor pagados del sector civil si se tomaba demasiado en serio ésa y otras cosas perfectamente prescindibles. Aunque no sería David Remington quien lo hiciese. ¿En qué otro sitio podía un hombre viajar por todo el mundo y tener a su mujer y sus tres hijos en uno de los mejores barrios imaginables, con todas las cuentas del médico y del dentista pagadas y sin las terribles tensiones que supone la lucha por triunfar en un bufete o en el mundo empresarial? Su padre había sido abogado de una de las mayores compañías de seguros de Hartford, en Connecticut, y había tenido úlcera a los cuarenta y tres años, una depresión nerviosa a los cuarenta y ocho, el primer amago de infarto a los cincuenta y uno y la última y definitiva trombosis coronaria a los cincuenta y seis. Todo el mundo había dicho que era tan magnífico en su trabajo que incluso podía haber aspirado a la presidencia; pero la gente siempre dice cosas así cuando muere un hombre en primera línea cumpliendo con su deber para con la empresa... lo que por desgracia sucede muy a menudo.

¡David Remington no quería ser nada de eso, no, señor! Iba a ser simplemente uno de los mejores jurídicos de la Armada norteamericana, servir sus treinta años, dejarlo a los cincuenta y cinco con una generosa pensión y convertirse a los cincuenta y seis en un bien pagado asesor para asuntos juridicomilitares. Precisamente a la edad en que murió su padre él empezaría a vivir a sus anchas. Era simplemente cuestión de hacerse una reputación de hombre que sabía más de derecho naval v marítimo -y a él se atenía- que cualquier otro abogado de la Marina. Si para ello tenía que pisar más de un callo, amén; eso contribuiría a aumentar su fama.

Le importaba un bledo caer bien; a lo único que aspiraba era a ser recto, y nunca tomaba una decisión hasta estar seguro de que era acorde con la ley. Asesores así se pagaban a precio de oro en la vida civil.

Remington se preguntó para qué querría verlo el almirante Hickman, especialmente a aquellas horas, cuando la mayoría del personal se había ya marchado. Tenían en puertas un consejo de guerra que podía convertirse en un asunto delicado. A un oficial negro, graduado en Annapolis, lo habían cogido vendiendo cocaína en un destructor atracado en Filipinas. Probablemente se trataba de eso. Remington había preparado el caso para el auditor, quien francamente no tenía mucho interés en llevarlo por la tremenda. La cantidad no era muy grande, y había quienes vendían mucho más y eran probablemente blancos. Remington insistía en que no se trataba de eso. Si había otros, habría que cogerlos, y si había pruebas, que encontrarlas. La ley no distinguía de colores.

Eso mismo iba a decirle a Hickman. «Mister Estricto», que era como Remington sabía que lo llamaban por detrás, se mostraría firme. Qué importaba. A los cincuenta y seis años -la edad a la que su padre lo habían matado las normas de su compañía- Mister Estricto tendría todas las comodidades de un selecto club de campo sin pagar el precio del trabajo en una empresa. El alférez de navío Remington abrió la puerta, salió al pasillo gris y echó a andar hacia el ascensor que lo llevaría al despacho del hombre de mayor graduación en la base naval de San Diego.

-Siéntese, Remington -dijo el contraalmirante Brian Hickman estrechando la mano del alférez y señalándole una butaca que había frente a la gran mesa-. No sé usted, pero el de hoy ha sido lo que yo solía llamar a su edad un día jodido. A veces desearía que el Congreso no destinase tanto dinero aquí. Todo el mundo se pone tan montado que uno diría que se han

Librodot

hartado de fumar en Tijuana. Olvidan que deben tener arquitectos antes de empezar a sobornar a los contratistas.

-Sí, sé lo que quiere decir-dijo Remington, sentándose con la adecuada deferencia mientras Hickman permanecía en pie unos metros a su izquierda. La sola referencia a Tijuana y las drogas confirmó sus sospechas; el almirante estaba a punto de lanzarse a la rutina del «todo el mundo lo hace», que le llevaría al «¿Por qué tiene la Marina que desatar una controversia racial por algo que pasó en Filipinas?» Pues bien, estaba preparado. La ley, el código naval, no distinguía de colores.

-Voy a tomarme un trago bien merecido, alférez -dijo Hickman, yendo hasta un carrito con bebidas que había contra la pa-red-. ¿Le sirvo algo?

-No; gracias, señor.

-Verá, Remington, agradezco que se haya quedado para esta... reunión, como sospecho que usted la llamaría; pero, francamente, me sentiría a disgusto bebiendo solo y lo que tenemos que hablar no es tan importante. Sólo quiero hacerle un par de preguntas.

-Tomaré un poco de vino blanco, si lo tiene, señor.

-Siempre lo tengo -dijo con resignación el almirante-. Suele ser para el personal que está a punto de divorciarse.

-Yo estoy felizmente casado, señor.

-Me alegra oírlo. Yo voy por la tercera esposa... y debería haberme quedado con la primera.

Una vez servidas las bebidas y cada uno en su asiento, Hickman habló desde detrás de la mesa, con la corbata floja y en tono campechano. Pero lo que dijo no le pareció a David Remington para tomarlo a la ligera.

-¿Quién diablos es Joel Converse? -preguntó el almirante.

-¿Cómo dice, señor?

Hickman suspiró, dando a entender que volvería a empezar.

-A las doce y veintiún minutos de hoy puso usted un CLO negativo a todas las peticiones concernientes al flag de la hoja de servicios del teniente Joel Converse. Fue piloto en Vietnam.

-Sé lo que fue, señor.

-Y a las quince horas y dos minutos -prosiguió Hickman, consultando una nota que tenía sobre la mesa- recibí un teletipo del Quinto Distrito Naval pidiendo que el flag fuese retirado en su favor y el material entregado inmediatamente. Esa petición se basaba, como de costumbre, en la seguridad nacional. -El almirante hizo una pausa para beber. Parecía no tener prisa, sólo cansancio-. Ordené a mi ayudante que le llamase y le preguntase por qué lo hizo.

-Y yo le respondí cumplidamente, señor. Fue siguiendo instrucciones del oficial jurídico jefe de SAND PAC, y cité la norma concreta que dice claramente que el CLO de una base naval puede negar el acceso a ciertas fichas basándose en que sus investigaciones pueden verse comprometidas por las de un tercero. Es algo corriente en Derecho civil, señor. El FBI rara vez da a una fuerza de policía local o metropolitana la información que ha acopiado en una investigación por la sencilla razón de que esa investigación podría verse comprometida debido a indiscreciones o prácticas corruptas.

-¿Y nuestro jefe jurídico, el capitán de corbeta Fitzpatrick, está llevando a cabo una investigación sobre un oficial que abandonó el servicio hace dieciocho años?

-No lo sé, señor -dijo Remington, con mirada neutra-. Sólo sé que ésas fueron sus órdenes. Siguen vigentes durante setenta y dos horas. Naturalmente, después de ese plazo puede usted firmar la orden de entrega. Y, por supuesto, el presidente puede hacerlo en cualquier momento en caso de emergencia nacional.

Librodot

-Creía que eran cuarenta y ocho horas.

-No, señor. Las cuarenta y ocho horas son lo normal para la entrega de cualquier flag con independencia de quien lo solicite... salvo, por supuesto, el presidente. Se conoce como la demora para investigación. La inteligencia naval hace comprobaciones con la CIA, la NSA y G-Dos para asegurarse de que no se entrega material que sigue siendo considerado secreto. Ese procedimiento no tiene nada que ver con las prerrogativas de un oficial jurídico jefe.

-Parece que conoce usted la ley.

-Creo que tan bien como cualquier jurídico de la Armada norteamericana, señor.

-Ya veo. -El almirante se echó hacia atrás en su sillón giratorio tapizado y puso las piernas sobre la esquina de la mesa-. El capitán Fitzpatrick está fuera de la base, ¿no? Permiso de emergencia, si mal no recuerdo.

-Si., señor. Está en San Francisco con su hermana y sus sobrinos. Al marido de ella lo mataron en un robo en Ginebra. El funeral es mañana por la mañana, creo.

-Si., lo he leído. Maldita gentuza... Pero usted sabe dónde comunicarse con él.

-Sí, señor; tengo su teléfono. ¿Quiere que le llame y le diga lo que piden del Quinto Distrito?

-No, no -dijo Hickman, negando con la cabeza-. No es preciso en un momento así. Pueden esperar al menos hasta mañana por la tarde. Debo suponer que también ellos conocen las normas. Si la seguridad está tan en peligro, ya saben dónde está el Pentágono... y según el último rumor procedente de Arlington incluso han descubierto dónde está la Casa Blanca. -El almirante se detuvo, frunció el ceño y miró al alférez de navío-. Supongamos que usted no supiese dónde localizar a Fitzpatrick.

-Pero lo sé, señor.

-Sí, pero supongamos que no lo supiese. Si se recibe una petición legítima, que no tiene nada que ver con el presidente pero aun así es muy urgente, podría usted entregar ese flag, ¿no es así?

-Teóricamente, como el siguiente en autoridad, sí, siempre que aceptase la responsabilidad legal en que pueda incurrir por mi de-cisión.

-¿La qué?

-Que yo creyese que la petición era lo bastante urgente para hacer caso omiso de la orden anterior del oficial jurídico jefe, que le otorgaba setenta y dos horas para cualquier acción que considerase necesaria. Fue terminante, señor. Francamente, salvo el caso de intervención presidencial, estoy legalmente obligado a hacer respetar el privilegio del CLO.

-Yo diría que también moralmente -asintió Hickman.

-La moralidad no tiene nada que ver con esto, señor. Se trata de una norma legal muy clara. Y ahora, ¿debo hacer esa llamada, almirante?

-No; al diablo con ello. -Hickman quitó los pies de la mesa-. Sólo sentía curiosidad y, francamente, me ha convencido. Fitz no le hubiese dado la orden a menos que tuviese un motivo. El Quinto D puede esperar tres días, a menos que esos chicos quieran aumentar su recibo del teléfono llamando a Washington.

-¿Puedo preguntarle, señor, quién hizo concretamente esa petición?

El almirante miró con intención a Remington.

-Se lo diré dentro de tres días. También yo tengo mis privilegios. Lo sabrá de todos modos, porque en ausencia de Fitz tendrá que refrendar la entrega.

Hickman acabó su bebida y el subordinado comprendió. La reunión había terminado.

Remington se levantó y fue a llevar su vaso de vino medio lleno al carrito. Después se puso firme.

-¿Nada más, señor?

-No, eso es todo -dijo el almirante, con la mirada perdida en el mar que veía a lo lejos por la ventana.

El alférez de navío saludó marcialmente, mientras Hickman se llevaba una mano a la frente. El jurídico dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

-Remington...

-¿Si, señor? -dijo el oficial, volviéndose.

-¿Quién diablos es ese Converse?

-No lo sé, señor, pero el capitán Fitzpatrick dijo que ese flag era una Emergencia Cuatro Cero.

-Dios santo...

Hickman descolgó el teléfono y oprimió una combinación de botones en la consola. Momentos más tarde estaba hablando con un colega del Quinto Distrito Naval.

-Me temo que vas a tener que esperar tres días, Scanlon.

-¿Por qué? -preguntó el almirante que respondía a ese nombre.

-La negativa del CLO sigue vigente para el flag de Converse en lo que concierne a SAND PAC. Si quieres seguir la ruta del D.C., yo invito. Cooperaremos.

-Ya te dije, Brian, que mi gente no quiere hacerlo a través de Washington. No es la primera vez que pasa algo así. El D.C. supone marejada, y no queremos marejadas.

-Bien. Entonces, ¿por qué no me dices para qué necesitas el flag de Converse? ¿Quién es ese tipo?

-Te lo diría si pudiese, ya lo sabes. Francamente, tampoco yo estoy muy seguro de ello, y lo que sé he jurado callármelo.

-Entonces recurre a Washington. Tengo que apoyar a mi jefe jurídico, quien, por cierto, ni siquiera está aquí.

-¿Que no está? Pero tú hablaste con él.

-No, con el que le sigue, un alférez de navío que se llama Remington. Fue él quien recibió la orden directamente del CLO. Créeme, Remington no va a ceder. Le di la oportunidad y se escudó en tecnicismos legales. Por aquí le llaman Mister Estricto.

-¿Te dijo la causa de la negativa?

-No tenía la menor idea. ¿Por qué no le llamas tú mismo? Probablemente está todavía abajo y quizá tú puedas...

-¿No habrás utilizado mi nombre? -le interrumpió Scanlon, al parecer agitado.

-No; me pediste que no lo hiciera, pero lo sabrá dentro de tres días. Deberá firmar la entrega y tendré que decirle quién lo pidió. Hickman hizo una pausa y después, inesperadamente, explotó. -¿Qué diablos es todo esto, almirante? Un piloto licenciado hace dieciocho años está de repente en la lista de más buscados de todo el mundo. Recibo un teletipo departamental prioritario del Quinto D y tú lo acompañas con una llamada personal, jugando el viejo juego de los recuerdos de Annapolis, pero no piensas decirme nada. Después descubro que mi propio CLO ha puesto sin mi conocimiento una prohibición al flag del tal Converse, ¡y lo ha clasificado como Emergencia Cuatro Cero! Sé que tiene problemas personales y no pienso molestarle hasta mañana, y me doy cuenta de que has dado palabra de callar, pero ¡maldita sea, será mejor que alguien empiece a decirme algo!

No hubo respuesta al otro extremo de la línea, pero sí se oía la respiración, que era trémula.

-¡Scanlon!

-¿Qué acabas de decir? -sonó la voz del almirante a casi seis mil kilómetros de allí.

-Que voy a descubrir de todos modos...

-No, lo de la clasificación, la clasificación del flag.

A Scanlon apenas se le oía.

-¡Emergencia Cuatro-Cero, eso es lo que he dicho!

La interrupción fue brusca; hubo sólo un clic resonante. El almirante Scanlon había colgado el teléfono.

Walter Peregrine, embajador de Estados Unidos en la República Federal de Alemania, se enfrentó a Fitzpatrick.

-¿Cómo se llama usted, capitán?

-Fowler, señor -respondió el jurídico naval, mirando breve pero duramente a Dowling-. Capitán de corbeta Avery Fowler. Connal volvió a mirar al actor, que lo contemplaba a la luz de la luna.

-Tengo entendido que hay dudas acerca de eso -dijo Peregrine, con mirada tan hostil como la de Dowling-. ¿Puedo ver su documentación, por favor?

-No la llevo, señor, como corresponde al carácter de mi misión. Las palabras de Fitzpatrick eran rápidas, precisas, y su postura cuadrada y erguida.

-¡Necesito comprobar su nombre, grado y arma! ¡Ahora!

-El nombre que le he dado es el que me instruyeron para dar si lo preguntaba alguien ajeno a la misión.

-¿Quién le dio esas instrucciones? -tronó el diplomático.

-Mis superiores, señor.

-¿Debo inferir que Fowler no es su verdadero nombre?

-Con todos mis respetos, señor embajador, mi nombre es Fowler, mi grado capitán de corbeta y mi arma la Marina de los Estados Unidos.

-¿Dónde diablos se cree que está? ¿En manos del enemigo? «Nombre, grado y número. Es cuanto estoy obligado a decir con arreglo a las normas de la Convención de Ginebra.»

-Es cuanto se me permite decir, señor.

-Ya averiguaremos eso, capitán, si es que es usted capitán. Y también lo de ese tal Converse, ese mentiroso tan extraño, tan pronto el gran capital personificado como un tipo que anda por ahí huido.

-Le ruego que trate de comprender, señor embajador, que nuestra misión es secreta. No tiene nada que ver con la diplomacia, ni afectará a sus tareas de primer representante de nuestro gobierno, pero es secreta. Informaré de esta conversación a mis superiores y sin duda sabrá usted de ellos. Y ahora, si ustedes, señores, me perdonan, seguiré mi camino.

-Nada de eso, capitán... o lo que sea. Aunque si es usted quien dice, no habrá problema. No soy ningún tonto; no voy a decir nada a nadie del personal de la Embajada. El señor Dowling insistió en ello y yo acepté esa condición. Usted y yo vamos a encerrarnos en una sala de comunicaciones con un teléfono con scrambler y va usted a llamar a Washington. No acepté este trabajo perdiendo tres cuartos de millón al año para encontrarme con que hay quien lleva a cabo una investigación de mi compañía sin que yo lo sepa. ¡Si quiero una auditoría externa, la encargaré yo mismo!

-Me gustaría mucho complacerle, señor; su petición parece razonable, pero me temo que no voy a poder.

-¡Yo me terno que sí!

-Lo siento.

-Haga lo que le dice, capitán -intervino Dowling-. Nadie sabe nada, ni lo sabrá. Pero Converse necesita protección; es un hombre buscado en un país extranjero y ni siquiera habla el idioma. Acepte la oferta del embajador Peregrine. Cumplirá su palabra.

-Con mi mayor respeto, señores, la respuesta es negativa.

Connal dio media vuelta y echó a andar por la amplia senda.

-¡Comandante! -gritó el embajador, furioso-. ¡Deténgalo! ¡Detenga a ese hombre!

Fitzpatrick miró para atrás. Por razones que no pudo explicarse, vio lo que nunca esperó ver, y en ese mismo instante comprendió que debería haberlo esperado. De una de las sombras lejanas del inmenso y majestuoso edificio salió precipitadamente un hombre, sin duda un ayudante militar del embajador... ¡un miembro del personal de la Embajada! Connal se quedó helado, mientras recordaba las palabras de Joel: Esos hombres que vio usted en el aeropuerto, los de la Embajada... están con el otro bando.

En cualquier otra circunstancia, Fitzpatrick se hubiese quedado donde estaba, dispuesto a capear el temporal. En realidad no había hecho nada malo; no había nada ilegal, no se había quebrantado ninguna ley, que él supiese, y nadie podía obligarle a hablar de sus asuntos personales cuando ninguna ley había sido violada. Después se dio cuenta de lo equivocado que estaba. ¡Los generales de Delavane le obligarían, podrían obligarlo! Giró en redondo y echó a correr.

De pronto se oyeron disparos. Dos balas pasaron rozándolo. Se tiró al suelo y rodó hasta la sombra de los matorrales, mientras una voz masculina rugía en medio de la paz nocturna, de los jardines durmientes.

-¡Maldito hijo de perra! ¿Qué se cree que está haciendo?

Hubo más gritos, otra salva de palabrotas, y el rumor de lucha llenó el tranquilo enclave de la Universidad.

-¡No va a matar a un hombre! ¡Además, so bastardo, puede haber otras personas! ¡No diga una palabra, señor embajador!

Connal se arrastró por la senda cubierta de gravilla y separó el follaje del borde. Al claro lunar, junto al lejano banco, vio al actor Caleb Dowling, el antiguo marine de Kwajalein, sobre el cuerpo del comandante que había salido corriendo de las sombras, con una bota en su cuello y la mano aferrada a su brazo extendido para hacerle soltar el arma.

-¡Es usted un estúpido hijo de perra, comandante! ¡O tal vez otra cosa, maldita sea!

Fitzpatrick se puso de rodillas, se incorporó y, agachado, corrió por la oscuridad, cada vez menos densa, de la amplia senda buscando la salida.

13

-¡No tenía elección! -dijo Connal. Había dejado caer el maletín en el sofá y estaba en un asiento cercano, echado hacia adelante, todavía agitado.

-Cálmate; trata de relajarte. -Converse fue hasta la antigua mesa baja semicircular que había contra la pared, donde se veía una gran bandeja de plata con whisky, hielo y vasos. Joel había aprendido a hacer uso del servicio de habitaciones en inglés-. Necesitas beber algo -dijo, sirviendo un bourbon a Fitzpatrick.

-¡Es increíble! Nunca me habían disparado. A ti sí, claro. ¡Santo cielo! ¿Es eso lo que se siente?

-Eso es. Resulta inconcebible. Es algo irreal; sólo unos ruidos que realmente no pueden tener nada que ver contigo, hasta... hasta que ves la prueba por ti mismo. Entonces te das cuenta de que es real, de que va destinado a ti, y viene la náusea. Nada de música ampulosa ni trompetas marciales; sólo la náusea.

Converse trajo su bebida al oficial naval.

-Olvidas algo -dijo Connal, cogiendo el vaso y mirando a Joel.

-No, no lo olvido. Vamos a pensar en lo de esta noche. Si oíste bien a Dowling, el embajador no dirá nada en la Embajada...

-Lo recuerdo -le interrumpió Fitzpatrick, tomando varios tragos del bourbon, todavía con los ojos fijos en Converse-. Estaba en uno de los otros flags. Durante tu segunda fuga, un hombre resultó muerto. Fue al anochecer. Llegaste junto a él, y el flag decía que estuviste como loco durante un par de minutos. Según aquel tipo, un sargento, creo, diste un rodeo por la jungla, caíste sobre el norvietnamita, lo mataste con su propio cuchillo y cogiste su rifle de repetición. Después te cargaste a otros tres viets por los alrededores.

Joel, todavía inmóvil frente al marino, respondió con voz tranquila y gesto enfadado.

-No soporto esa clase de historias. Hacen revivir las imágenes que más odio. Déjame decirte cómo ocurrió, cómo fue la cosa, abogado. Un muchacho, no tendría más de diecinueve años, sintió necesidad de hacer sus cosas, y, aunque éramos inseparables, tuvo la dignidad de irse a hacerlo un poco más allá, utilizando hojas porque no había papel higiénico. El maníaco, porque no quiero usar la palabra «soldado» , el maníaco que lo mató esperó al momento preciso, y entonces disparó una ráfaga que deshizo la cara al chico. Cuando llegué hasta él, y estaba con aquella media cara en mis manos, oí el cacareo, la risa grosera de un tipo indecente que personificaba para mí cuanto yo despreciaba, fuese norvietnamita o norteamericano. Si quieres saber la verdad, lo hice contra unos y otros, porque todos eran culpables, nos habíamos convertido en animales, yo el primero. Aquellos otros tres hombres, aquellos enemigos, aquellos robots uniformados, probablemente con esposa e hijos allá en las aldeas del norte, no tenían ni idea de que yo estaba detrás de ellos. Los maté por la espalda, abogado. ¿Qué dirían de eso Johnny Ringo o John Wayne?

Connal guardó silencio mientras Joel iba hasta la mesa de la pared para servirse un whisky. El marino bebió antes de hablar.

-Hace unas horas dijiste que sabías de dónde venía yo porque habías estado allí. Bien; yo no he estado donde tú, pero empiezo a ver de dónde vienes. Realmente odias todo lo que representa Aquitania, y especialmente a quienes la dirigen.

Converse se volvió.

-Con toda mi alma -dijo-. Por eso tenemos que hablar de lo de esta noche.

-Ya te expliqué que no tenía elección. Me dijiste que la gente de la Embajada que vi en el aeropuerto estaba con Delavane. No podía arriesgarme.

-Lo sé. Ahora andamos los dos huyendo, perseguidos por los nuestros y protegidos por los hombres a los que queremos atrapar. Tenemos que pensar, capitán.

Sonó dos veces el teléfono, escandalosamente, y Fitzpatrick saltó de su asiento sin poder contenerse. Joel se le quedó mirando, lo que bastó para calmarlo.

-Lo siento -dijo Connal-. Tengo todavía los nervios de punta. Me pondré yo; ya estoy tranquilo. -Fue hasta el teléfono y lo cogió-. Ja? -Escuchó unos segundos, tapó el micrófono y miró a Converse.- Es de ul tramar, de San Francisco. Es Meagen.

-Lo que quiere decir Remington -apostilló Joel, con la garganta de pronto seca y el pulso acelerado.

-¿Meagen? Sí, aquí estoy. ¿Qué hay? -Fitzpatrick miraba al frente mientras hablaba con su hermana y hacía con frecuencia signos afirmativos, mientras los músculos de su mandíbula no dejaban de trabajar ayudándole a concentrarse-. ¡Dios santo!... No, está muy bien. De verdad, todo va bien. ¿Tienes el número? -Connal bajó la vista a la mesita del teléfono; había un bloc pero no lápiz. Miró a Joel, que iba hacia la mesa en busca del bolígrafo del hotel. Fitzpatrick extendió la mano, cogió el bolígrafo y escribió una serie de números, con Converse a su lado, sin respirar apenas y aferrado a su vaso-. Gracias, Meagen. Sé que estás pasándolo muy mal; no necesitas esto; pero si tienes que volver a llamar, hazlo directamente, ¿de acuerdo?... Lo haré, Meg, te doy mi palabra. Adiós.

El marino colgó y siguió un momento con la mano sobre el teléfono, pensativo.

-¿Es que llamó Remington? -preguntó Joel.

-Sí.

-¿Qué ha pasado?

-Alguien trató de conseguir que quitasen el flag de tu hoja de servicios. No ha pasado nada. Remington lo paró.

-¿Quién ha sido?

-No lo sé; tendré que hablar con David. Meagen no tiene ni idea de lo que es un flag, y mucho menos de quién eres tú. El mensaje era sólo que «trataban de quitar el flag», pero él lo paró.

-Entonces todo está en orden.

-Eso es lo que yo dije, pero no es así.

-¡Aclaración, maldita sea!

-Hay un límite a la vigencia de mi orden. Caduca un par de días después de los trámites de comprobación.

-Lo que significa cuarenta y ocho horas.

-Sí, lo sé; lo malo es después. Pensaste que ocurriría esto, pero yo, francamente, no. Ese flag no lo ha pedido un cualquiera. Puede ocurrir que salgas de esa reunión y a las pocas horas tus nuevos socios tengan ese papel en sus manos. Converse, el odiador de Delavane. ¿O ahora es el cazador de Delavane?

-Llama a Remington.

Joel fue a las puertaventanas, las abrió y salió a la pequeña terraza. Nubes de paso filtraban la luz de la luna, y lejos, hacia el este, los relámpagos de calor recordaron a Converse el silencioso fuego de artillería que él y los otros prisioneros fugados veían en las colinas, sabiendo que allí estaba su refugio ideal e inalcanzable. Podía oír dentro a Fitzpatrick; por el tono de su voz estaba pidiendo línea con San Diego. Joel sacó los cigarrillos y encendió uno. Quizá fue el brillante resplandor que iluminó el movimiento, pero lo cierto es que miró hacia donde éste se había producido. Dos terrazas más allá, unos diez metros a su derecha, había un hombre en pie, mirándolo. El que fuese, una silueta en la penumbra, le saludó con una inclinación y volvió a entrar. ¿Sería simplemente otro huésped que había salido casualmente al mismo tiempo a respirar un poco el aire? ¿O había puesto Aquitania un centinela? Converse podía oír al marino hablando en tono familiar. Dio media vuelta y entró en la habitación.

Connal estaba sentado en el sillón al otro lado de la mesa. Sostenía el teléfono con la izquierda mientras con la derecha empuñaba el bolígrafo sobre el bloc. Tomó una nota y se apresuró a decir:

-Espera un momento. ¿Dices que Hickman te indicó que lo dejaras correr pero no quiso decirte quién había hecho la petición? Comprendo. Muy bien, David, muchas gracias. ¿Vas a salir esta noche?... Entonces si te necesito puedo encontrarte en este número... Si, lo sé; son

esos condenados teléfonos de Sonoma. En cuanto empieza a llover en las colinas tienes suerte si consigues línea, y no digamos una que se oiga. Gracias otra vez, David. Adiós.

Fitzpatrick colgó y miró de un modo extraño, casi con cara de culpable, a Joel. En vez de hablar sacudió la cabeza, respiró hondo y frunció el entrecejo.

-¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

-Será mejor que consigas cuanto puedas en esa reunión de mañana. 0 es hoy?

-Ya es más de medianoche. Es hoy. ¿Por qué?

-Porque veinticuatro horas más tarde darán ese flag a una sección del Quinto Distrito Naval. Es Norfolk, y tiene mucho peso. Van a saber todo lo que no quieres que sepan de ti. El límite de tiempo son setenta y dos horas.

-¡Consigue una prórroga!

Connal seguía en pie, con expresión de impotencia.

-¿Basándome en qué?

-¿En qué va a ser? En la seguridad nacional.

-Tendría que explicar las razones, ya lo sabes.

-No lo sé. Las prórrogas se dan por todo tipo de contingencias. Necesitas más tiempo para prepararlo; una de tus fuentes o un testigo no está disponible, por enfermedad o a causa de una herida... 0 asuntos personales, ¡maldita sea! ¡El funeral de tu cuñado o el dolor de tu hermana te han retrasado!

-Olvídalo, Joel. Si lo intentase, te relacionarían con Press y adiós muy buenas. ¿Lo mataron, recuerdas?

-No -dijo firmemente Converse-. Es todo lo contrario. Eso nos separa más.

-¿Qué quieres decir?

-He estado pensándolo, tratando de ponerme en el lugar de Avery. Sabía que todos sus movimientos estaban siendo vigilados y que probablemente tenían intervenido su teléfono. Dijo que la ocasión, la fusión Comm Tech-Bern, el desayuno, Ginebra misma, todo tenía que ser lógico. No podía ser de otro modo. Al final del desayuno me dijo que si me parecía bien hablaríamos más tarde.

-¿Y?

-Sabía que nos habían visto juntos, era inevitable, y creo que iba a explicarme lo que tenía que decir si alguien de Aquitania me preguntaba por él. Iba a darle la vuelta al asunto y a mí el empujón que necesitaba para llegar hasta esos hombres.

-¿De qué diablos estás hablando?

-Avery iba a ponerme el marchamo que debía llevar para introducirme en la red de Delavane. Nunca lo sabremos, pero sospecho que iba a pedirme que dijera que él, A. Preston Halliday, sospechaba que yo estaba con ellos, y se había introducido en la fusión Comm Tech-Bern para amenazarme con denunciarlo, para pararme.

-Espera un momento. -Connal sacudió la cabeza-. Press no sabía lo que ibas a hacer ni cómo ibas a hacerlo.

-Sabía que no había más que un modo de hacerlo, y que yo llegaría a la misma conclusión una vez tuviese los detalles. El único modo de detener a Delavane y a sus mariscales de campo es infiltrarse en Aquitania. ¿Por qué crees que pusieron por delante todo ese dinero? No lo necesito y él sabía de sobra que no podía comprarme. Pero también sabía que podía utilizarlo, que tendría que utilizarlo para introducirme y empezar a hablar, empezar a reunir pruebas. Llama otra vez a Remington. Dile que prepare una prórroga.

-No se trata de Remington, sino del jefe de SAND PAC, un almirante llamado Hickman. David dijo que estuviese preparado para recibir una llamada suya mañana. Tendré

que pensarlo y volver a telefonear a Meagen. Hickman está harto; quiere saber quién eres y por qué tanto interés.

-¿Conoces a ese Hickman?

-Bastante bien. Estuve con él en New London y en Galveston.

Me reclamó para que fuese su CLO en San Diego; eso fue lo que me valió el ascenso.

Converse estudió la cara de Fitzpatrick y después, sin decir palabra, se volvió y fue hacia las abiertas puertaventanas. Connal esperó. Comprendía. Había visto a demasiados abogados, incluido él mismo, luchar con una idea que necesitaban definir para sí mismos, una idea de la que podía depender un caso. Joel daba vueltas lentamente, entrecortadamente, a las sombras abstractas de una posibilidad que iba cobrando forma.

-Hazlo -dijo de pronto-. Haz lo que creo que pensaba hacer tu cuñado. Termina lo que él pudo haber dicho pero no tuvo oportunidad de decir. Supón que él y yo tuvimos aquella entrevista después de la reunión para tratar de la fusión. Dame el trampolín que necesito.

-Como tú dirías, aclaración, por favor, abogado.

-Ofrécele a Hickman un guión como el que podía haber escrito A. Preston Halliday. Dile que ese flag tiene que seguir en su sitio porque tienes razones para creer que yo estuve relacionado con el asesinato de tu cuñado. Explícale que, antes de volar a Ginebra, Halliday vino a verte, como así fue, y te dijo que iba a reunirse conmigo, un abogado de la otra parte que sospechaba estaba implicado en un feo asunto de licencias de exportación, tapadera para algunos aprovechados de los que se sientan en consejos de administración. Dile que te contó que iba a enfrentarse conmigo. La historia de Preston Halliday estaba llena de esas quijotadas.

-No en los últimos diez o doce años-corrigió Fitzpatrick-. Se incorporó al establishment con armas y bagajes y sentía un saludable respeto por el dólar.

-Lo que cuenta es el pasado. El lo sabía y fue una de las razones por las que acudió a mí. Dile que estás convencido de que llegó a hacer lo que decía y, dado que ese negocio produce millones, crees que yo hice que lo eliminasen, y estuve allí cuando murió para cubrirme. Tengo cierta fama de metódico.

Connal bajó la cabeza, se pasó la mano por el pelo y fue, pensativo, hacia la mesa de las bebidas. Se detuvo, contempló uno de los grabados de caballos de carreras y se volvió Converse.

-¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo que haga?

-Si; darme el trampolín queme catapultará justamente en medio de esos aspirantes a Gengis Kan. Para ello tendrás que ir más lejos con Hickman. Dado que estás implicado personalmente y hecho una furia, lo que también es cierto, dile que explique tu situación a quienquiera que pida ese flag. Se trata de una cuestión no militar, de modo que estás poniendo lo que sabes en conocimiento de las autoridades civiles.

-Eso lo entiendo. Todo lo que digo es la verdad, según la veía cuando volé aquí para encontrarme contigo, excepto que invierto los blancos. En vez de ser el que puede ayudarme, ahora eres el que quiero ver con las esposas puestas.

-Exacto, ahogado. Y me espera un comité de bienvenida en la residencia de Leifhelm.

-Entonces sospecho que no te das cuenta.

-¿De qué?

-Estás pidiéndome que te implique en un asesinato. Voy a ponerte el marchamo de asesino, y una vez que lo haya dicho ya no podré retirar mis palabras.

-Lo sé. Hazlo.

George Marcus Delavane retorció su torso en el asiento de detrás de la mesa, bajo el mapa fragmentado y extrañamente coloreado colgado en la pared. No fue un movimiento

tranquilo, sino destinado a tranquilizar a quien lo hacía. A Delavane no le gustaban los obstáculos y ahora le estaban hablando de uno un almirante del Quinto Distrito Naval.

-Ese flag está clasificado como Cuatro Cero -dijo Scanlon-. Para levantarlo tendríamos que hacerlo a través del Pentágono, y no necesito decirte lo que eso significa. Tendrían que intervenir dos oficiales senior, uno de ellos de la inteligencia naval, y firmar la confirmación la Agencia de Seguridad Nacional. Todo ello tendría que figurar en la hoja de petición, junto con el nivel a que se hace la demanda de información, lo que la convertiría en una petición del sector. Bien, general, podemos hacer todo eso, pero corremos el riesgo...

-Conozco el riesgo -le interrumpió Delavane-. Cualquier firma, cualquier identificación es un peligro. ¿Por qué el Cuatro Cero? ¿Quién lo puso y por que?

-El oficial jurídico jefe de SAND PAC. He hecho indagaciones. Es un capitán de corbeta llamado Fitzpatrick, en su hoja de servicios no hay nada que nos dé la menor indicación de por qué lo hizo.

-Le diré por que -dijo el senior de la guerra de Saigón-. Está ocultando algo, está protegiendo a ese Converse.

-¿Por que iba un oficia] jurídico de la Armada a proteger a un civil en tales circunstancias? No hay ninguna relación. Además, ¿por qué iba a utilizar una clasificación Cuatro Cero? Eso sólo sirve para llamar la atención.

-También inmoviliza ese flag. -Delavane hizo una pausa, pero continuó antes de que el almirante pudiese interrumpirle-. Ese Fitzpatrick... ¿Has consultado la lista?

-No es de los nuestros.

-¿Se le ha tenido en cuenta alguna vez o se le ha contactado?

-No he tenido tiempo de comprobarlo. -Sonó un zumbador, ajeno a la línea por la que estaban hablando los dos hombres. Pudo oírse a Scanlon pulsar un botón y decir con voz clara y obsequiosa-: ¿Si? -Siguió un silencio, y segundos más tarde el almirante volvió a Palo Alto-. Es otra vez Hickman.

-Tal vez tenga algo para nosotros. Llámame después.

-Hickman no nos daría ni la hora si tuviese la más leve idea de que existimos -dijo Scanlon-. Dentro de pocas semanas, será uno de los primeros en caer. Si de mí dependiese, sería liquidado.

-Llámame después -dijo George Marcus Delavane, mirando el mapa de la nueva Aquitania que tenía a la espalda.

Chaim Abrahms estaba sentado a la mesa de la cocina de su pequeña villa mediterránea de piedra en Tzahala, un suburbio de Tel-Aviv favorito de los militares retirados y de quienes tenían ingresos e influencia suficiente para vivir allí. Las ventanas estaban abiertas y la brisa procedente riel jardín aliviaba el ambiente opresivo de la noche estival. Había aire acondicionado en otras dos habitaciones y ventiladores en el techo de tres más, pero a Chaim le gustaba la cocina. En los viejos tiempos, él y sus hombres se sentaban en cocinas primitivas a planear sus incursiones. En el Negev, a menudo se repartían las municiones mientras se asaban pollos del desierto sobre una cocina de leña. La cocina era el alma de la casa. Daba calor y sustento al cuerpo y aclaraba la mente para discurrir tácticas... siempre que las mujeres se marchasen una vez terminadas sus tareas y no interrumpiesen a los hombres con sus trivialidades de costumbre. Su esposa dormía arriba, y allí estaba bien. No tenían ya mucho que decirse, ni podía ayudarle. Claro que aunque pudiese no lo haría. Habían perdido a un hijo en el Líbano. Su hijo, como ella decía; un profesor, un intelectual, no un soldado dedicado a matar por vocación. Según ella, habían muerto demasiados hijos en ambos lados. Los viejos, decía, infectaban a los jóvenes con sus odios y utilizaban las leyendas bíblicas para justificar la muerte en demanda de una herencia muy discutible. ¡La muerte! gritaba; ¡La muerte antes

que el diálogo que podía evitarla! Había olvidado los viejos tiempos; eran demasiados los que se daban prisa a olvidar. Chaim Abrahms no había olvidado, ni olvidaría nunca.

Y su olfato seguía siendo tan agudo como siempre. ¡Ese abogado, ese Converse, esa reunión! Era todo demasiado alambicado; olía a mentes frías y analíticas, no a la pasión del creyente. El especialista del Mossad era el mejor, pero incluso el Mossad cometía errores. Ese hombre buscaba un motivo, como si uno pudiese disecar el cerebro humano y decir que esta acción causó aquella reacción, este castigo aquellos deseos de venganza. ¡Demasiado retorcido! Al creyente lo alimentaba el fuego de sus convicciones. Ellas eran su único motivo y no necesitaba manipulaciones.

Chaim se sabía hombre franco, directo, pero no porque fuese poco inteligente o estuviese falto de percepciones sutiles; sus proezas en el campo de batalla probaban lo contrario. Era directo porque sabía lo que quería, y simular y dárselas de astuto suponía una pérdida de tiempo. En los muchos años que había vivido firme en sus convicciones nunca había encontrado a un correligionario que se permitiese desperdiciar el tiempo.

Aquel Converse sabía lo suficiente para ir a ver a Bertholdier en París. Demostró hasta qué punto estaba enterado cuando mencionó a Leifhelm en Bonn y citó concretamente a Tel-Aviv y Johannesburgo. ¿Qué más necesitaba probar? ¿Por qué había de probarlo si era de ley? ¿Por qué no había sido claro con su primer contacto en vez de perder el tiempo? No; ese abogado, ese Converse, venía de otra parte. El especialista del Mossad había dicho que estaba claro el motivo para su afiliación. Se equivocaba. Faltaba la pasión al rojo vivo del creyente. Sólo había apariencia, sólo palabras.

El especialista no había desdeñado el olfato de Chaim. Cómo iba a hacerlo si los dos sabras habían luchado juntos durante años, la mitad de las veces contra los europeos y sus cómplices, aquellos inmigrantes que blandían el Viejo Testamento como si lo hubiesen escrito ellos y consideraban a los verdaderos habitantes de Israel simples patanes. El especialista del Mossad respetaba a su hermano sabra; se le veía en la cara. Nadie podía echar en saco roto los instintos de Chaim Abrahms, hijo de Abraham y arcángel de las tinieblas para sus enemigos. Gracias a Dios, su mujer estaba dormida.

Era hora de llamar a Palo Alto.

-Mi general, mi amigo...

-Shalom, Chaim -dijo el señor de la guerra de Saigón-. ¿Estás camino de Bonn?

-Saldré por la mañana... Saldremos. Van Headmer está volando ahora. Llegará a Ben Gurion a las ocho y media y tomaremos juntos el vuelo de las diez para Frankfurt, donde el piloto de Leifhelm nos recogerá con el Cessna.

-Bien. Así podréis hablar.

-Somos nosotros quienes debemos hablar ahora. ¿Qué más has sabido de ese Converse?

-Cada vez es más enigmático, Chaim.

-Me huelo un fraude.

-También yo, pero quizá no el que pensaba. Ya sabes cuál fue mi opinión. Pensé que no era más que una avanzadilla, alguien a quien utilizaban hombres más informados, Lucas Anstett entre ellos, para enterarse de mucho más de lo que sabían o se rumoreaba. No descarto alguna filtración menor, y hay que estar preparado para presentarla como simple paranoia.

-Vamos al grano, Marcus -dijo el impaciente Abrahms, que llamaba siempre a Delavane por su segundo nombre, que consideraba hebreo, a pesar de que el padre de Delavane se había empeñado en ponérselo a su primogénito en honor de un emperador romano, el filósofo Marco Aurelio, apóstol de la moderación.

-Hoy han ocurrido tres cosas -continuó el ex general desde Palo Alto-. La primera me puso furioso porque no conseguía entenderla, y me preocupó porque suponía una penetración mucho mayor de la que yo creía posible por parte de un sector con el que no contaba.

-¿Qué ha sido? -se impacientó el israelí.

-Han prohibido terminantemente conseguir copia de una parte de la hoja de servicios de Converse.

-¡Sí! -exclamó Abrahms en tono triunfal.

-¿Qué?

-¡Adelante, Marcus! Ya te lo diré cuando acabes. ¿Cuál fue la segunda calamidad?

-No fue una calamidad, Chaim, sino una explicación, ofrecida tan espontáneamente que no cabe dejarla de lado. Me llamó Leifhelm y me contó que el propio Converse sacó a relucir la muerte de Anstett y dijo que eso le suponía un alivio, pero poco más, excepto que Anstett era su enemigo; ésa fue la palabra que usó.

-¡Eran sus instrucciones! -La voz de Abrahms resonó en la cocina- ¿Cuál fue el tercer regalo, mi general?

-El más desconcertante, aunque esclarecedor... y, por favor, Chaim, no grites por teléfono. No estás en uno de tus mítines en el estadio o provocando a la Knesset.

-Estoy en campaña, Marcus. ¡Venga! Continúa, por favor, amigo mío.

-El hombre que echó el cierre al historial militar de Converse es un oficial de Marina que era cuñado de Preston Halliday.

-¡Ginebra! ¡Claro.

-Deja de hacer eso!

-Mis disculpas, mi querido amigo. ¡Es que es todo tan perfecto!

-Sea lo que sea lo que estás pensando, lo echa por tierra el motivo de ese hombre. Ese marino, el cuñado, cree que fue Converse quien tramó el asesinato de Halliday.

-¡Naturalmente! ¡Perfecto!

-¿Quieres hablar más bajo?

Era otra vez el maullido del gato sobre el lago helado.

-De nuevo mis disculpas más profundas y sinceras, mi general. ¿Fue todo lo que dijo ese marino?

-No; explicó al comandante de su base en San Diego que Halliday había acudido a él y le había dicho que iba a verse a Ginebra con un hombre al que creía implicado en exportaciones ilegales a destinos indebidos, un abogado de los mercaderes de armas. Pensaba enfrentarse a ese hombre, a ese abogado internacional llamado Converse, y amenazarle con denunciarlo. ¿Qué te parece?

-¡Un fraude!

-¿Pero de qué lado, sabra? No basta el volumen de tu voz para convencerme.

-¡Convéncete! Tengo razón. ¡Ese Converse es el escorpión del desierto!

-¿Qué significa eso?

-¿No te das cuenta? Pues el Mossad si.

-¿El Mossad?

-¡Si! Hablé con nuestro especialista y él nota lo mismo que yo huelo... ¡Admite la posibilidad! Te garantizo, mi general, mi honorable guerrero, que tiene información que le hacía pensar que ese Converse podía ser auténtico, que quería realmente estar con nosotros; pero cuando le dije que a mí me olía mal, me concedió otra posibilidad. ¡Converse puede o no estar programado, pero podría ser un agente de su gobierno!

-¿Un provocador?

-¿Quién sabe, Marcus? Pero encaja todo tan bien... Primero vetan su hoja de servicios, que podría decirnos algo, bien sabemos qué. Después responde negativamente a la muerte de

un enemigo, no suyo, sino nuestro, y pretende que lo era también suyo. Tan sencillo, tan de manual... Por último, se insinúa que ese Converse fue el asesino de Ginebra, tan a punto para que el saque provecho de ello... Estamos tratando como mentes muy analíticas que observan cada jugada en el tablero y enfrentan a cada peón un rey.

-Pero a todo lo que dices puede dársele la vuelta. Ese hombre podría ser...

-¡No puede serlo! -gritó Abrahms.

-¿Por qué, Chaim? Dime por qué.

-¡No hay pasión, no hay fuego en él! ¡Esos no son los modos de un creyente! ¡Nosotros no somos astutos, sino inexorables!

George Marcus Delavane guardó silencio unos momentos, y el israelí sabía muy bien que no debía hablar. Esperó hasta oír otra vez la voz tranquila y fría.

-Asiste a tu reunión mañana, general. Escúchale y se cortés; juega su juego. Pero no debe salir de esa casa hasta que yo dé la orden. Quizá no salga nunca.

-Shalom, amigo mío.

-Shalom, Chaim.

14

Valerie se acercó a las puertas de cristales de su estudio -idénticas a las de la terraza de arriba- y miró afuera, a las aguas tranquilas y bañadas por el sol de Cape Ann. Pensó brevemente en el barco que tanto la había asustado al echar el anda frente a su casa hacía varias noches. No había vuelto; fuera lo que fuese lo ocurrido ya era pasado, un pasado que dejaba preguntas pero no respuestas. Si cerraba los ojos podía ver todavía la silueta dibujada por la luz de la cabina y el resplandor del cigarrillo, y aún se preguntaba qué estaba haciendo aquel hombre, en qué pensaba. Después recordó la visión de los dos hombres al amanecer, encuadrados por los oscuros bordes de sus gemelos, devolviéndole la mirada con otros mucho más potentes. ¿Eran novatos en busca de un puerto seguro, aficionados que navegaban de noche por las oscuras aguas costeras? Preguntas sin respuesta.

Fuera lo que fuese, ya había pasado. Fue sólo un breve y perturbador interludio que hizo nacer ideas negras, demonios en busca de lógica, como hubiese dicho Joel.

Se echó el largo y oscuro pelo a un lado, volvió a su caballete y, cogiendo un pincel, puso los últimos toques de «tierra sombra» bajo las dunas de arena y matojos. Se echó atrás, estudió su obra y se juró a sí misma por quinta vez que el óleo estaba terminado. Era otra marina. No se cansaba de pintarlas, y afortunadamente estaba empezando a introducirse en el mercado. Por supuesto, había pintores en el eje Boston-Boothbay que aseguraban que tenía un verdadero monopolio, pero eso eran bobadas. Desde luego, sus precios habían subido bastante tras la buena crítica conseguida en sus dos exposiciones en las galerías Topley, pero la verdad era que apenas podía permitirse vivir dónde y cómo vivía sin echar mano de al menos una parte del cheque de Joel todos los meses.

No muchos pintores tenían una casa en la playa con un estudio anexo de veinte por treinta pies, cerrado por puertas de cristal y con un techo que era todo él luz cenital. El resto de la casa, la original, en el borde septentrional del cabo Ann, tenía más de extraña que de funcional. La arquitectura inicial pertenecía a la primera y confusa época de la costa, toda llena de madera decolorada y volutas, terraza con balaustrada en la segunda planta y enormes ventanales en la sala frontal, encantadores de ver y como mirador, pero por los que se colaban inclementes los vientos que en invierno soplaban desde el mar. Ni toda la masilla del mundo podía remediarlo. La naturaleza cobraba a buen precio la contemplación de su belleza.

Librodot

A pesar de ello, era la casa soñada de Val, la que se había prometido hacia años que algún día tendría. Habia vuelto de la Ecole des Beaux Arts de París dispuesta a asaltar el mundo artístico de Nueva York vía Greenwich Village-Woodstock, sólo para encontrarse con que la dura realidad alteraba sus planes. Las circunstancias familiares habían sido siempre lo bastante buenas para que ella pudiese pasar cómodamente, aunque sin derroche, tres años en la universidad y dos mas en París. Su padre era un pintor aficionado nada malo, aunque no excesivamente entusiasta, que siempre se quejaba de no haber tenido el valor de lanzarse al arte en vez de a la arquitectura. Pero eso respaldaba moral y económicamente a su única hija, vivía día a día sus progresos y admiraba su decisión. Y su madre -un poco loca, pero siempre encantadora y dispuesta a apoyarla en todo- tomaba fotos terribles de la obra más inmadura de Val y se las enviaba a su hermana y sus primos los de Alemania, acompañadas de descaradas mentiras que hablaban de museos, galerías y precios de locura.

-La loca *berlinerin* -decía cariñosamente su padre con aquel fuerte acento galo-. Teníais que haberla visto durante la guerra. ¡Nos daba unos sustos de muerte! Esperábamos verla volver cualquier noche llevando a rastras a un Goebbels borracho o un Goering drogado y preguntarnos si queríamos que Hitler la pidiera en matrimonio.

El padre de Valerie había sido el enlace de los franceses libres entre los Aliados y la resistencia alemana en Berlín. Aquel autócrata parisiense algo estirado que daba la casualidad de que hablaba alemán había sido asignado a la célula de Charlottenburg, que coordinaba todas las actividades de la resistencia en Berlín. A menudo decía que había tenido más problemas con la insensata Fraulein de las ideas impetuosas que para escapar de los nazis. Sin embargo se casaron dos meses después del armisticio, en Berlín, donde ninguna de las dos familias se hablaba con la otra. «Teníamos dos pequeñas orquestas», solía decir su madre. «Una tocaba puros y hermosos Schnitzel vieneses, la otra salsa blanca con cagarrutas de venado.»

Si las animosidades familiares tuvieron algo que ver con ello nunca se supo, pero el parisino y la berlinesa emigraron a St. Louis (Missouri), en los Estados Unidos de América, donde ella tenía parientes lejanos.

La dura realidad. Hacía nueve años, después de haberse Val instalado en Nueva York a su vuelta de París, un padre asustado y lloroso vino a verla y le contó la terrible verdad. Su querida y loca berlinesa llevaba años enferma, con un cáncer que estaba a punto de matarla. En su desesperación, había gastado casi hasta el último centavo, incluidas una segunda y una tercera hipotecas sobre la casa de Bellefontaine, para detener la enfermedad. Entre los aprovechados figuraban algunas clínicas de Méjico. No le quedaba más que decir. Sólo llorar, y su ruina no tenía nada que ver con esas lágrimas. Val pudo únicamente consolarlo y preguntarle por qué no se lo había dicho antes.

-Esta batalla no era tuya, ma chérie, sino nuestra. Desde Berlín, siempre estuvimos juntos. Así luchamos entonces y así lo hacemos ahora, como uno solo.

La madre de Valerie murió seis días más tarde, y seis meses después su padre encendió un Gauloise en el porche, misericordiosamente, se quedó dormido para no despertar. Valerie no pudo llorar. Aquello fue una conmoción pero no una tragedia. Dondequiera que estuviese su padre, era allí donde quería estar.

De modo que Valerie Charpentier buscó trabajo, un empleo pagado, más seguro que las ventas de una pintora desconocida. Lo que la asombró no fue que ese empleo resultase tan fácil de encontrar, sino que tuviese tan poco que ver con la gruesa carpeta de bocetos y dibujos a línea que presentó. La segunda agencia de publicidad a la que acudió pareció más interesada por el hecho de que hablase correctamente tanto el alemán como el francés. Era la época de la expansión empresarial a ultramar, de las alianzas multinacionales que permitían a una misma entidad obtener beneficios a uno y otro lado del Atlántico. Valerie Charpentier, alma de artista por dentro, se convirtió para el mundo en una mercenaria capaz de dibujar y abocetar rápidamente, hacer presentaciones y hablar idiomas. Lo odiaba, pero aun así no era

mala vida para una mujer que calculaba que aún habrían de pasar bastantes años antes de que su nombre sobre un lienzo significase algo.

Fue entonces cuando apareció en su vida un hombre que hizo cuantos idilios había tenido hasta entonces perfectamente olvidables. Un hombre agradable y simpático, incluso excitante, que tenía sus problemas pero no hablaba de ellos, no quería hablar de ellos, lo que debería haberle dado una pista. Joel, su Joel, tan pronto efusivo como ensimismado, pero siempre con aquel escudo, aquella fachada de humor rápido, a menudo tan mordaz como divertido. Durante algún tiempo fueron buenos el uno para el otro. Ambos eran ambiciosos por razones totalmente diferentes -ella por la independencia que da la fama, él por los años malgastados que nunca podría recobrar- y actuaban como amortiguador cuando el otro se enfrentaba a la desilusión o la tardanza. Pero todo empezó a estropearse. Las razones estaban penosamente claras para ella, pero no para él. Joel llegó a sentirse fascinado por sus propios progresos, por su personal decisión, con exclusión de todo lo demás, empezando por Val. Nunca alzaba la voz ni exigía nada, pero sus palabras eran heladas y sus exigencias estaban cada vez más presentes. Si hubo un momento concreto en el que ella se dio cuenta de que iban cuesta abajo, fue aquella noche de un viernes, en noviembre. La agencia necesitaba que ella fuese a Berlín Occidental: una cuenta de Telefunken exigía una rápida intervención personal y fue ella la elegida para calmar las aguas agitadas. Estaba haciendo el equipaje cuando volvió Joel de su trabajo. Entró en el dormitorio y le preguntó qué hacía, a dónde iba. Cuando se lo explicó, dijo:

-No puedes. Nos esperan en casa de Brooks, en Larchmont, mañana por la noche. Estarán también Talbot y Simon. Estoy seguro de que se hablará de nuestro trabajo internacional. Tienes que ir.

Ella le miró, con una tranquila desesperación en los ojos. No viajó a Alemania. Aquel fue el momento decisivo; la carrera cuesta abajo había empezado, y a los pocos meses supo que llegaba a su final. Dejó la agencia, cambiando su respaldo por los albures de la colaboración independiente, con la esperanza de que el mayor tiempo que ahora podía dedicar a Joel sirviese de algo. No fue así. A él parecía sentarle mal cualquier sacrificio, por mucho que ella se esforzase en ocultar que lo era. Sus periodos de ensimismamiento se multiplicaron, y en cierto modo Val lo sentía por él. Estaba dejándose arrastrar por sus furias, y era obvio que no le gustaba lo que ocurría; no le gustaba ser como era pero no podía evitarlo. Iba camino del cortocircuito sin que ella pudiese ayudarle.

Si hubiese habido otra mujer, Val podría haber luchado, haciendo valer sus derechos v compitiendo con ardor; pero no había nadie más, sólo él y sus impulsos. Al fin se dio cuenta de que no podía penetrar en aquella coraza; a Joel no le quedaba en punto a sentimientos nada que dar a los demás. Se lo gritó a la cara, y él asintió con aquella voz suya, tan tranquila y amable, y al día siguiente se marchó.

Le pidió sólo cuatro años de pensión, exactamente el tiempo que él le había quitado. Esos cuatro años de impetuosa generosidad estaban a punto de terminar, reflexionó Val, mientras limpiaba los pinceles y raspaba la paleta. Concluirían en enero, con un último cheque que, como siempre, echaría al correo hacia el quince. Hacía cinco semanas, cuando comieron juntos en el Ritz, en Boston, Joel se había ofrecido a seguir enviándole el dinero. Dijo que ya estaba acostumbrado y ganaba más, entre el sueldo y las primas, de lo que podía gastar mensualmente. El dinero no era problema, y además eso le daba cierta preeminencia entre sus iguales y era un instrumento maravilloso para evitar compromisos prolongados. Val lo rechazó, utilizando palabras de su padre, o más probablemente de su madre, para explicarle que las cosas le iban mucho mejor de como en realidad le iban. El sonrió con aquella sonrisa un poco triste, pero aun así contagiosa, y dijo: «Pues si cambian, ya sabes dónde me tienes.»

Pobre Joel. Triste Joel. Era un hombre bueno atrapado en el vórtice de su conflicto personal, y Val había llegado hasta donde podía; ir más lejos suponía negar su propia identidad.

Librodot

Coloco los pinceles en la bandeja y fue hasta las puertas de cristal que daban a las dunas y al mar. Allí estaba él, muy lejos, todavía en algún lugar de Europa. Valerie se preguntó si se habría acordado. Era el aniversario de su boda.

En resumen, Chaim Abrahms se forjó en la tensión y el caos de la lucha diaria por la supervivencia. Fueron arcos de interminables y vio-lentas escaramuzas, de superar en astucia y resistencia a un enemigo decidido a acabar no solo con poblados sabra enteros sino con las aspiraciones de los judíos del desierto a una patria, así como a la libertad política y la expresión religiosa. No es difícil comprender de dónde viene Abrahms y por qué es lo que es, pero asusta pensar adónde va. Es un fanático sin el menor sentido del equilibrio o el compromiso cuando se enfrenta a otras personas con idénticas aspiraciones. La fuerza armada tiene siempre preferencia sobre la negociación e incluso quienes en Israel reclaman posturas más moderadas basadas en fronteras seguras son calificados de traidores. Abrahms es un imperialista que ve a un Israel en continua expansión como el reino dominante de todo el Oriente Próximo. Podíamos terminar este informe con el comentario que hizo después de la conocida declaración del primer ministro durante la invasión del Líbano: «No codiciamos ni una pulgada del Líbano.» La réplica de Abrahms a sus tropas, que en su mayoría no la compartían en modo alguno, fue:

-¡Desde luego que no una pulgada, sino todo ese maldito país! ¡Y después Gaza, el Golán y la orilla oeste! ¿Y por qué no Jordania, y a continuación Siria e Irak? ¡Tenemos los medios y la voluntad! ¡Somos los poderosos hijos de Abraham!

Ese hombre es la clave de Delavane en el polvorín de Oriente Próximo.

Era casi mediodía y el sol caía a plomo sobre la pequeña terraza, más allá de las puertaventanas. El servicio de habitaciones se había llevado ya los restos del tardío desayuno; solamente quedaba una jarra de plata sobre la mesa adosada a la pared. Habían estado leyendo durante horas, desde que les Llevaron el primer café a la suite, hacia las seis y media. Converse dejó el dossier y alcanzó los cigarrillos de la mesita cercana al sillón. No es difícil comprender de dónde viene Abrahms... pero asusta pensar adónde va. Miró a Connal Fitzpatrick, que estaba sentado en el sofá, inclinado sobre la mesa leyendo una hoja suelta mientras tomaba notas en el bloc del teléfono. A su izquierda se veían en dos montones los informes sobre Bertholdier y Leifhelm. El marino le había dicho casi esas mismas palabras a él, pensó Converse mientras encendía un cigarrillo. Estoy empezando a ver de dónde sale... La cuestión inherente que ahora se planteaba a la mente de abogado de Joel era sencilla. ¿Adónde iba el? Ojalá lo supiese. ¿Era un inepto gladiador entrando en la arena para enfrentarse a hombres más fuertes, mejor armados y de un talento superior? ¿O estaban los demonios de su pasado conduciéndolo al sacrificio, llevándolo a la caliente arena donde esperaban fieras furiosas y medio muertas de hambre, dispuestas a precipitarse sobre el y hacerlo pedazos? Era incapaz de resolver tantas preguntas, tantas variables. Sólo sabía que no podía volverse atrás.

Fitzpatrick levantó los ojos.

-¿Qué pasa? -preguntó, sin duda dándose cuenta de que Con-verse le miraba-. ¿Te preocupa el almirante?

-¿Quién?

-Hickman, el de San Diego.

-Entre otras cosas. Ahora, a la luz del día, ¿estás seguro de que se tragó lo de la prórroga?

-No hay garantías, pero ya te dije que quedó en llamarme si se producían novedades. Estoy seguro de que no hará nada sin consultarme. Si trata de comunicarse conmigo, Meagen

sabe lo que debe hacer, y yo lo apoyare aún con más tuerza. Si es necesario, haré hincapié en mis prerrogativas y pediré una reunión con esa gente anónima del Quinto Distrito, llegando incluso a dar a entender que podían estar complicados en lo de Ginebra. Eso sería un círculo cerrado. Podríamos desembocar en un aplazamiento, al no poderse levantar ese flag sin una previa investigación a gran escala de las circunstancias.

-Si está con ellos no habrá aplazamiento. Pasará por encima de ti.

-Si estuviese con ellos no hubiera dicho a Remington que iba a llamarme. No hubiera dicho nada; hubiese esperado ese día más y dispuesto la entrega. Lo conozco. No estaba sólo perplejo; estaba furioso. Apoya mucho a su gente y no le gustan las presiones exteriores, especialmente de la Marina. Estamos a la espera, y mientras haya espera el flag seguirá inamovible. Te digo que está mucho más enfadado con Norfolk que conmigo. Ni siquiera le han dado una razón; dicen que no pueden.

Converse asintió con la cabeza.

-Está bien -dijo-. Considéralo un caso de nervios por mi parte. Acabo de terminar el dossier de Abrahms. Ese maníaco podría volar todo el Oriente Próximo por su cuenta y arrastrarnos a todos con él... ¿Qué piensas de Leifhelm y Bertholdier?

-En cuanto a la información, son todo lo que dijiste y algo más. No son sólo ex generales influyentes y con mucho dinero a su disposición, sino grandes símbolos de lo que para mucha gente son extremismos justificados. Eso en cuanto al contenido; pero lo importante para mí es la información misma. ¿De dónde procede?

-Eso supone un paso atrás. Está ahí.

-Claro que lo está, ¿pero cómo? Dijiste que te la había dado Beak, y que Press utilizaba siempre el plural. «Vamos tras ellos», «las herramientas que podemos darte», «las conexiones tal como pensamos que son»...

-Ya hablamos de ellos -insistió Joel-. El hombre de San Francisco, al que acudió Press y le proporcionó los quinientos mil y le dijo que preparase acusaciones en forma contra esa gente, pues juntos iban a hacer de ellos unos vulgares aprovechados, lo que supone el último escalón del ridículo para unos superpatriotas. Eso es pensar con la cabeza, abogado, y ahí está el nosotros.

-¿Press y ese desconocido de San Francisco?

-Si.

-¿Y pudieron coger un teléfono y contratar a alguien que les proporcionase todo eso?

Fitzpatrick hizo un gesto hacia los dossiers que tenía a su izquierda.

-¿Por qué no? Estamos en la época de las computadoras. Hoy nadie vive en una isla que no figura en el mapa ni en una cueva que nadie conoce.

-Esto no son cintas de computadora -dijo Connal-. Son informes bien investigados, a fondo y en detalle, que tienen en cuenta la importancia de los matices políticos y las idiosincrasias personales.

-No manejas mal las palabras, marinero. Si, lo son. Un hombre que puede enviar medio millón de dólares al banco preciso en una isla del Egeo puede contratar casi a quien quiera.

-Pero no eso.

-¿Qué quieres decir?

-Déjame dar de verdad un paso atrás -dijo el jurídico naval, levantándose y cogiendo la hoja que había estado leyendo-. No reiteraré los detalles de mi relación con Press porque en estos momentos es doloroso pensar en ello. -Hizo una pausa, viendo en los ojos de Converse una mirada que rechazaba ese tipo de sentimentalismos en su conversación-. No me interpretes mal. No se trata de su muerte, ni del funeral. Me refiero a que ése no es el Press Halliday que yo conocí. No creo que nos dijese la verdad, ni a ti ni a mí.

-Entonces sabes algo que yo no sé -dijo tranquilamente Converse.

-Sé que no hay nadie en San Francisco que corresponda ni siquiera vagamente a la descripción que te dio. He vivido allí toda mi vida, incluidos Berkeley y Stanford, lo mismo que Press. Conocía a toda la gente que conocía él, en especial a los más ricos y extraños; nunca tuvimos secretos en esa materia. Yo estaba muy lejos de su mundo, y siempre me ponía al corriente si aparecía gente nueva.

Formaba parte de la diversión para él.

-Eso es algo muy vago, abogado. Estoy seguro de que se guardaba ciertas relaciones.

-No de ese tipo; no hubiera sido su estilo. No conmigo.

-Bien; yo...

-Permíteme seguir -le interrumpió Fitzpatrick-. Esos dossiers... no los he visto antes, pero he visto centenares como ellos, tal vez un par de miles, cuando estaban en camino de convertirse en versiones definitivas.

Joel aguzó el oído.

-Explica eso, por favor, capitán.

-Has dado en el clavo, teniente. El grado lo explica.

-¿Explica qué?

-Esos dossiers son los resultados reelaborados y terminados de investigaciones del servicio de información llevadas a cabo utilizando grandes dosis de datos militares. Han sido hechos colectivamente, con contribuciones que iban desde simples datos biográficos a vigilancias pasadas y evaluaciones psiquiátricas, y unificados por equipos de especialistas. Fueron tomados de muy al fondo de las cámaras acorazadas del gobierno y reescritos con adiciones y conclusiones actuales, y después se les dio una forma que los hiciese parecer obra de alguien del exterior, de alguna autoridad externa, no gubernamental. Pero no lo son. Se les nota por todas partes el Clasificado, el Alto Secreto, el Reservado.

Converse se echó hacia adelante.

-Eso podría ser un juicio subjetivo basado en un conocimiento limitado. Yo he visto informes muy detallados, muy profundos, reunidos por firmas muy cotizadas especializadas en tales cosas.

¿Que describían con toda precisión incidentes militares ocurridos durante la guerra? ¿Que señalan con todo detalle, incursiones aéreas y especifican regimientos y batallones y las tácticas empleadas? ¿Que detallan mediante entrevistas los conflictos internos entre oficiales enemigos de alto rango y las razones tácticas para trasladar personal militar a puestos civiles después del cese de las hostilidades? No hay empresa que tenga acceso a esos materiales.

-Pudieron conseguirlos investigando -dijo Joel, de pronto no muy convencido.

-Estos no -le interrumpió Connal, mostrándole la hoja de nombres mecanografiados con el pulgar sobre las dos columnas inferiores, la correspondiente a la lista de los que «tomaban las decisiones» en el Pentágono y el Departamento de Estado-. Tal vez cinco o seis, tres de cada lado como máximo, pero no el resto. Son gente que está por encima de los que yo he tratado, hombres que llevan a cabo su trabajo bajo los titulos más insólitos para que no se pueda llegar hasta ellos, sobornarlos, hacerles chantaje o amenazarlos. Cuando dijiste que tenías nombres, supuse que conocería a la mayor parte, o al menos a la mitad. No es así. Sólo conozco a los ejecutivos de departamento, personal superior que tiene que acudir aun más arriba, que sin duda rinde cuentas a estas personas. Press no pudo conseguir estos nombres por su cuenta ni a través de otras personas del exterior. No sabría a quién acudir ni ellos tampoco. Yo no lo sabría.

Converse se levantó.

-¿Estás seguro de lo que dices?

-Sí. Alguien, probablemente más de uno, muy metido en los entresijos de Washington proporcionó estos nombres, lo mismo que el o ellos proporcionaron el material para esos dossiers.

-¿Sabes lo que estás insinuando?

Connal, sin inmutarse, asintió con la cabeza.

-No me resulta fácil decirlo. Press nos mintió. Te mintió a ti con lo que dijo y a mi con lo que se calló. Estás movido por hilos que vienen directamente de Washington. Y yo no debía saber nada del asunto.

-El títere está en su sitio...

Joel habló tan bajo que apenas pudo oírsele mientras iba pensativo hacia el sol deslumbrante que entraba por las puertas de la terraza.

-¿Que? -preguntó Fitzpatrick.

-Nada, sólo una frase que estuvo dándome vueltas en la cabeza cuando supe lo de Ansett -Converse se volvió-. Pero si hay unos hilos, ¿por qué lo han ocultado? ¿Por que lo ocultó Avery? ¿Con que fin?

El marino permaneció inmóvil, con cara inexpresiva.

-Creo que no necesito responder. Tú mismo lo hiciste ayer por la tarde cuando estuvimos hablando acerca de mi. Y no te engañes, teniente, yo sabía exactamente lo que querías decir. «Te daré de vez en cuando un nombre que puede abrirte una puerta... pero eso es todo.» Traducido libremente, querías decir que el marinero que habías tomado a bordo podía tropezarse con algo, pero en caso de que cayese en manos de quien no debía no podrían sacarle lo que no sabía.

Joel aceptó el reproche, no sólo porque estaba justificado, sino porque ponía en evidencia una verdad mayor que no había comprendido en Mikonos, Beale le habia dicho que entre quienes hacían preguntas en Washington había militares que por una u otra razón no habían proseguido sus investigaciones; habían preferido guardar silencio. Tal vez fue así donde podían acechar oídos indiscretos; pero habían seguido hablando con voces inaudibles hasta que otra voz callada de San Francisco, un hombre que sabía a quién acudir por cortesía de un cuñado de San Diego, estableció el contacto. Habían hablado, y de sus conversaciones secretas había surgido un plan. Necesitaban un infiltrado, un hombre con la experiencia necesaria y un odio que ellos pudiesen avivar para, una vez encendido, mandarlo al laberinto.

El darse cuenta de ello supuso un golpe, pero lo curioso es que Joel fue incapaz de criticar su estrategia, ni siquiera el silencio que siguió al asesinato de Preston Halliday. La presencia de voces acusadoras hubiera privado de sentido a esa muerte. En vez de ello, habían permanecido silenciosos, sabiendo que su títere tenía las herramientas necesarias para abrirse camino en el laberinto de ilegalidades y hacer el trabajo que ellos no podían hacer. También eso lo comprendía. Pero había una cosa que Converse no podía aceptar, y era su condición de desechable en cuanto marioneta. Había tolerado verse sin protección bajo las condiciones esbozadas por Avery Fovvler-Preston Halliday, no bajo estas otras. Si pendía de unos hilos, quería que los marionetistas supiesen que lo sabía. También quería el nombre de alguien en Bonn a quien poder llamar, alguien que estuviese con ellos. Las viejas reglas ya no eran aplicables, porque había surgido una nueva dimensión.

Dentro de cuatro horas traspasaría en su automovil las puertas de hierro de la residencia de Erich Leifhelm, y quería a alguien fuera, una persona a la que Fitzpatrick pudiese acudir si el no había salido para la media noche. Los demonios estaban apretando de firme, pensó Joel, pero no podía darse la vuelta. Estaba tan cerca de atrapar al señor de la guerra de Saigón, de tomarse el desquite de tanto como había trastornado su vida de un modo que nadie podría nunca comprender... Bueno, no «nadie», reflexionó. Había una persona que sí, pero le había dicho que no podía seguir anudándolo, ni hubiera sido justo seguir buscando su ayuda.

-¿Cual es tu decisión? -dijo Connal.

-¿Mi decisión? -preguntó Joel, sobresaltado.

-No tienes por que ir esta tarde. ¡Móndalo todo al cuerno! Eso es cosa del Departamento de Estado y el FBI en combinación con la-Agencia Central de Inteligencia en ultramar. Me asombra que no tomasen ese camino.

Converse iba a responder, pero se contuvo. Tenía que ser claro, no solo con Fitzpatrick sino consigo mismo. Creía comprender. Había visto la mirada de pánico en los ojos de Avery Fotvler-de Preston Halliday- y oído el grito que latía en su voz. Las mentiras eran su estrategia, sus sentimientos mas íntimos, pero estaban en aquella mirada y aquel grito.

-¿No se te ha ocurrido, capitan, que no pueden tomar ese camino? ¿Que tal vez no estamos hablando de hombres que pueden coger un teléfono, como antes dijiste y poner esos engranajes en movimiento? ¿Que si lo intentasen les cortarían la cabeza, tal vez literalmente, con una reprimenda oficial y una bala en la nuca? Permíteme añadir que no creo que tengan miedo por sí mismos, como tampoco creo que eligiesen al mejor hombre para ese trabajo, pero sí que llegaron a una conclusión convincente. No podían trabajar desde el interior porque no sabían en quién podían confiar.

-¡Cristo! Eres frío como...

-Puro hielo, capitan. Estamos tratando con una fantasía paranoide llamada Aquitania, controlada por hombres probados comprometidos, muy inteligentes, con muchos recursos, que si consiguen lo que se han propuesto aparecerán como la encarnación de la fuerza y la razón en medio del un mundo que se ha vuelto loco. Controlaran ese mundo, nuestro mundo, porque todas las demás opciones palidecerán al lado de la estabilidad que ofrecen. Estabilidad, abogado, como lo opuesto al caos. ¿Que elegirías tu si fueses un hombre con mujer e hijos que trabaja a diario de nueve a cinco y no pudieses nunca estar seguro de que al volver a casa por la noche no ibas a encontrártela asaltada, tu mujer violada y tus hijos estrangulados? Optarías por los tanques en la calle.

-Con sobrada razón -dijo el auditor naval, y sus palabras ascendieron lentamente en espiral por el aire de la soleada habitación.

Creéme, marinero; cuentan con ello, y eso es precisamente lo que planean hacer a escala internacional. Faltan solo unos días o unas semanas para... lo que sea y donde sea. Si puedo conseguir aunque no sea mas que un indicio...

Converse se volvió y echó a andar hacia la puerta de su dormitorio.

-¿Adonde vas? -preguntó Connal.

-A por el número de teléfono de Beale en Mikonos; lo tengo en la cartera. Es mi único contacto y quiero hablar con el. Quiero que sepa que a la marioneta le ha sido concedido un inesperado libre albedrío.

Tres minutos más tarde Joel estaba sentado a le mesa con el teléfono en la oreja mientras le telefonista griega de Atenas transmitía su llamada a la isla de Mikonos.

-¿Te ponen?-preguntó Fitzpatrick, que estaba sentado en el sofa con el dossier de Chaim Abrahms enfrente, sobre la mesita, y los ojos clavados en Converse.

-Ya está sonando.

Las erráticas y punzantes señales siguieron repitiéndose cuatro, cinco, seis veces. A la séptima alguien cogió el teléfono en el Egeo.

-Herete?

-El doctor Beale, por favor. Doctor Edward Beale.

-The tha thelete?

Beale. El dueño de la casa. !Encuéntremelo, por favor! -Joel se volvió a Fitzpatrick-. ¿Hablas griego?

-No, pero he estado pensando aprenderlo.

No dejes de hacerlo. Converse volvió a oír la voz masculina en Mikonos. Decía rápidamente frases en griego, ninguna comprensible-. ¡Gracias!! Adiós -Joel golpeó varias veces la barra del teléfono con la esperanza de que la línea siguiese abierta y la telefonista griega que hablaba inglés estuviese todavía allí--. ¿Telefonista? ¿Es la telefonista de Atenas? ¡Bien! Quiero llamar a otro número de Mikonos, con cargo al mismo número de Bonn. -Converse alcanzó en la mesa las instrucciones que le había dado Preston Halliday en Ginebra-. Es el banco de Rodas. El número es...

Momentos después estaba al habla Kostas Laskaris, el banquero del muelle.

-Herete.

-Señor Laskaris, soy Joel Converse. ¿Me recuerda?

-Naturalmente... señor Converse.

El banquero sonaba lejano, algo extraño, como cansado o des-concertado.

-He estado tratando de llamar al doctor Beale al número que usted me dio, pero sólo sale un hombre que no habla inglés. Me preguntaba si podría usted decirme dónde está Beale.

Se oyó al otro lado expulsar lentamente el aire.

-Eso mismo me preguntaba yo -dijo Laskaris-. El hombre con el que usted habló era un agente de policía. Lo puse allí yo mismo. Un intelectual tiene muchas cosas valiosas.

-¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir?

-El doctor Beale salió del puerto esta mañana poco después de amanecer, acompañado por otro hombre. Los vieron varios pesca-dores. Hace dos horas apareció su barco estrellado contra las rocas que hay más allá del Stephanos. No había nadie a bordo.

-Lo maté. Con un cuchillo de descamar, y dejé caer su cuerpo sobre una manada de tiburones más allá de los arrecifes de Stephanos.

Joel colgó el teléfono. Halliday, Ansttet, Beale, todos idos... todos sus contactos muertos. Era una marioneta abandonada, pendiente de unos hilos enredados que sólo conducían a sombras.

15

La piel como de cera de Erich Leifhelm palideció aún más mientras entornaba los ojos y sus labios, de un blanco de almidón, se entreabrían. Después se le subió la sangre a la cabeza, se echó hacia adelante en el asiento tras la mesa de su biblioteca y siguió hablando por teléfono.

-Repíteme ese nombre, Londres.

-Almirante Hickman. Es él...

-No --interrumpió bruscamente el alemán-. ¡El otro! El oficial que se ha negado a entregar la información.

-Fitzpatrick, un nombre irlandés. Es el oficial jurídico de mayor graduación de la base naval de San Diego.

-¿Un tal capitán de corbeta Fitzpatrick?

-¿Cómo lo sabes?

-Unglarrblich! Diese Stumper.?

-Warun? -preguntó el inglés-. ¿En qué sentido?

-Puede ser lo que dices que es en San Diego, inglés, pero no está en San Diego. ¡Está aquí, en Bonn!

-¿Te has vuelto loco? No, por supuesto que no...¿Eso es seguro?

-¡Está con Converse! Yo mismo he hablado con él. Están los dos registrados a su nombre en Das Rektorat. ¡Es por él por quien encontramos a Converse!

-¿No intentó ocultar su nombre?

-¡Todo lo contrario! ¡Utilizó sus documentos para conseguir habitación!

-¡Qué torpeza! -dijo Londres, desconcertado-. O está muy seguro de sí mismo -añadió el británico, cambiando de tono-. ¿Será una señal? ¿Es que no se atreve nadie a tocarlo?

-Unsinn! No es así.

-¿Por qué no?

-Habló con Peregrine, el embajador. Estaba allí nuestro hombre. Peregrine quiso cogerlo, llevarlo a la fuerza a la Embajada. Hubo complicaciones y se escapo.

-Entonces nuestro hombre no estuvo muy allá.

-Se interpuso alguien. Un Schauspieier, un actor. Peregrine no hablará del incidente, no dirá nada.

-Lo que significa que nadie tocará a ese marino de California -concluyó Londres-. Hay una muy buena razón.

-¿Cuál?

-Es el cuñado de Preston Halliday.

-¡Ginebra! Mein Gott, ¡ los tenemos entre nosotros!

-Alguno hay, pero sin mucha información Estoy de acuerdo con Palo Alto, que también lo está con nuestro especialista del Mossad... y con Abrahms.

-¿El judío? ¿Qué dice el judío?

-Pretende que ese Converse es un agente de Washington que vuela a ciegas.

-¿Qué más necesitas?

-No debes salir de tu casa. Recibirás instrucciones.

El subsecretario de Estado Brewster Tolland colgó el teléfono, estupefacto, volvió a hundirse en el asiento y después se disparó hacia adelante y oprimió unos cuantos botones de su consola.

-Chesapeake -dijo una voz femenina-. Identifíquese, por favor.

-Seis mil -dijo Tolland-. Por favor, ¿puedo hablar con Operaciones Consulares, Estación Ocho?

-Estación Ocho exige...

-Plantagenet -interrumpió el subsecretario.

-En seguida, señor.

-¿Qué hay, Seis mil?

-Déjate de bobadas, Harry. Soy Brew. ¿Qué os traéis entre manos en Bonn de lo que no sabemos ni palabra?

-De mi cosecha, nada.

-¿Y eso qué me asegura?

-No, de verdad. Estáis al corriente de todo lo que hacemos. Ayer por la mañana tuvimos revista FRG, y de haberse hablado de algo de lo que estuvieses excluido lo recordaría.

-Tú puedes recordar, pero si estoy excluido estoy a ciegas.

-Tienes razón, y te lo contaría aunque sólo fuera para que siguieses a ciegas, bien lo sabes. ¿Cuál es tu problema?

-Acabo de hablar por el scrambler con un embajador muy enfadado, que puede llamar a un viejo amigo a las cuatro de la tarde.

-¿Peregrine? ¿Cuál es su problema?

-Si no sois vosotros, alguien está jugando a Cons Op. Al parecer se trata de una investigación secreta de la Embajada, su Embajada, relacionada de algún modo con el Departamento de Marina.

-¿La Marina? Eso es absurdo. ¡No tiene ni pies ni cabeza! ¿Bonn es puerto?

-Actualmente creo que sí.

-Nunca oí que el Bismarck o el Graf Spee anduviesen navegando por el Rhin. De ninguna manera, Brew. No hay nada de eso ni puede haberlo. ¿Tienes algún nombre?

-Sí, uno -dijo Tolland, consultando un bloc donde había garabateadas unas notas-. Un abogado llamado Joel Converse. ¿Quién es, Harry?

-Es la primera vez que oigo hablar de él. ¿Qué tiene eso que ver con la Armada?

-Hay alguien que pretende ser el oficial jurídico jefe de una gran base naval con el grado de capitán de corbeta.

-¿Pretende ser?

-Bueno, antes de eso se hizo pasar por agregado militar de la Embajada.

-Parece que ha habido una fuga en algún manicomio.

-Esto no es broma, Harry. Peregrine no tiene un pelo de tonto. Puede tener un cargo de los que se dan para presumir, pero sabe lo que hace y es muy listo. Dice que esa gente no sólo es real, sino que puede saber algo que él no sabe.

-¿En qué se basa?

-En primer lugar, en la opinión de un hombre que ha conocido al tal Converse...

-¿Quién?

-No lo dice; sólo que confía en él, en su juicio. Esa persona anónima dice que Converse es un hombre altamente cualificado víctima de un gran trastorno, no un black hat.

-¿Un qué?

-Esa fue la expresión que usó Peregrine.

-¿Qué más?

-Lo que Peregrine llama comportamiento extraño aislado en las filas de su personal. No quiso dar detalles; dice que tratará de ello con el secretario o con Mil seiscientos si yo no se lo soluciono. Quiere respuestas rápidas, y nosotros no queremos causar perturbaciones precisamente allí.

-Trataré de ayudar -dijo Harry-. Tal vez sea algo de Langley o de Arlington. ¡Esos bastardos! Puedo controlar a los jurídicos de la Armada en una hora, y estoy seguro de que el ABA puede decirnos quién es Converse... si es que existe, o al menos localizarlo si hay más de uno.

-Vuelve a llamarme. No tengo mucho tiempo y no queremos que la Casa Blanca levante el grito.

-Eso es siempre lo último -asintió el director de Operaciones Consulares, la rama de actividades clandestinas en el extranjero del Departamento de Estado.

-¡Empápese! -gritó el contralmirante Hickman de pie junto a la ventana, dirigiéndose malhumorado a un tieso y pálido David Remington-. ¡Y dígame sin entrar en detalles cómo encaja eso!

-Me resulta imposible creerlo, señor. Hablé con él ayer, a mediodía, y otra vez por la noche. ¡Estaba en Sonoma!

-También yo hablé con él, y cada vez que se oía un chirrido o un eco, ¿qué me decía? ¡Que era la lluvia en las colinas, que afectaba a las líneas!

-Eso fue lo que dijo, señor.

-¡Pasó por inmigración de Dusseldorf hace dos días! Y ahora está en Bonn, en Alemania, con un hombre que me juró tenía algo que ver con la muerte de su cuñado, el mismo hombre al que está protegiendo al no dejar mover ese flag. ¡Converse!

-No sé qué decir, señor.

-Pero el Departamento de Estado sí, y yo también. Están imponiéndonos esa demora o como diablos lo llame usted en su jerga.

-Es material sujeto a demora para investigación, señor. Eso significa simplemente...

-No quiero oírlo, alférez -dijo Hickman, volviendo hacia su mesa y añadiendo para su capote-: ¿Sabéis, bastardos, cuánto me costáis por los dos divorcios?

-¿Perdón, señor?

-No es nada. Quiero que se quite ese flag. Fui yo quien trajo aquí a Fitz. Yo le conseguí el ascenso y el muy hijo de perra me mintió. No sólo mintió, sino que lo hizo a dieciséis mil kilómetros de aquí, desde un sitio donde sabía que no debía estar sin mi autorización. ¡Lo sabía... ¿Alguna objeción, alférez? ¿Algo que pueda decir en un par de frases y que no me obligue a traer a otros tres jurídicos para traducirlo?

El alférez de navío Remington, uno de los mejores jurídicos de la Armada de Estados Unidos, sabía cuándo convenía dar marcha atrás. La ética jurídica había sido violada por un error de información y el rumbo a seguir era muy claro: retirarse combatiendo a todo vapor... o a toda energía nuclear, suponía, aunque no estaba muy seguro.

-Voy a acelerar personalmente esa demora, almirante. Como oficial responsable, aclararé que la orden directa está ahora sujeta a cancelación inmediata. Una orden así no puede ni debe originarse en circunstancias discutibles. Legalmente...

-Eso es todo, alférez -dijo el almirante, cortando a su subordinado y sentándose.

-Sí, señor.

-¡No, eso no es todo! -continuó Hickman, echándose bruscamente hacia adelante-. ¿Cómo va a autorizarse esa copia y cuánto tiempo va a tardar?

-Con la intervención de Estado será sólo cuestión de horas, señor; estará a mediodía o poco después, supongo. Mandaremos un teletipo reservado a los que la solicitan. Sin embargo, dado que SAND PAC sólo ha impuesto una restricción pero no ha hecho petición alguna...

-Pídala, alférez. Tráigamela en cuanto llegue y no abandone la base hasta entonces.

-¡Sí, señor!

La limusina Mercedes rojo oscuro seguía el camino serpenteante que conducía a las macizas puertas de la residencia de Erich Leifhelm. La luz anaranjada de las últimas horas de la tarde se filtraba en diagonal por la alta arboleda, que no sólo bordeaba el camino sino que se extendía por todas partes a ambos lados. El conjunto podía resultar de una gran serenidad de no haber sido por algo que hacía grotesca toda la escena: corriendo junto al coche iban no menos de media docena de gigantescos Dobermans que no emitían un solo sonido. Había algo fantasmal en aquel furioso correr en silencio, con los negros ojos observando relampagueantes

las ventanillas, las mandíbulas abiertas en un respirar jadeante y los dientes bien visibles, pero sin que de sus gargantas saliese el menor ruido. Converse sabía que si se apeaba del coche antes de que alguien hubiese dado las debidas órdenes los poderosos animales lo harían pedazos.

La limusina entró en un largo camino circular que pasaba frente a la amplia escalinata de mármol oscuro que daba acceso a una puerta en arco, cuyos pesados paneles aparecían cubiertos de oscuros bajorrelieves, reliquias del saqueo de alguna antigua catedral. En el escalón inferior estaba un hombre con un silbato de plata en los labios. Tampoco ahora hubo ningún sonido perceptible para oídos humanos, pero de pronto los animales abandonaron el coche y corrieron hacia él, lo rodearon y se sentaron dándole frente, con las mandíbulas colgantes y el temblor del jadeo en los ijares.

-Espere un momento, señor -dijo el chófer mientras daba la vuelta para abrirle la puerta-. Si es tan amable de apearse, por favor, y separarse dos pasos del coche... Sólo dos pasos, señor.

El chófer tenía ahora en la mano un objeto negro de cuyo frente sobresalía un tubo de metal redondeado.

-¿Qué es eso? -preguntó Converse.

-Protección para usted, señor. Es por los perros. Están entrenados para detectar los metales pesados.

Joel se quedó allí de pie y el alemán movió el detector electrónico sobre sus ropas, incluidos los zapatos, el interior de sus muslos y la parte posterior de su cintura.

-¿De verdad creen ustedes que voy a venir aquí con un arma?

-Yo no creo nada, señor. Hago lo que me mandan.

-Qué original -farfulló Converse mientras veía al hombre de la escalinata de mármol llevarse otra vez el silbato de plata a los labios. Como obedeciendo a un solo impulso, la falange de Dobermans saltó de pronto hacia adelante. Presa del pánico, Joel se agarró al chófer y lo hizo girar hasta ponérselo de escudo. No hubo resistencia; el hombre se limitó a volver la cabeza y sonreír mientras los perros torcían a la derecha y corrían por el paseo circular hasta desaparecer en el camino de acceso abierto en el bosque.

-No se disculpe, mein Herr -dijo el chófer-. Ocurre con frecuencia.

-No iba a disculparme -replico Converse, soltándolo--. lba a romperle el cuello.

El alemán se separó y Joel permaneció inmóvil, asombrado de sus propias palabras. No había dicho nada parecido desde hacía dieciocho años.

-Por aquí, señor -dijo el hombre de la escalinata, con un acento extraño pero inconfundiblemente británico.

Dentro, el gran vestíbulo estaba adornado con banderas medievales pendientes de una balconada interior. De allí se pasaba a un inmenso salón, también decorado con motivos medievales, y al que hacían confortable mullidos sillones y sofás de cuero, lámparas orladas de colores vivos por todas partes y servicios de plata sobre finas mesas barnizadas. Afeaba el sitio la profusión de cabezas de animales que sobresalían en lo alto de las paredes. Grandes felinos, elefantes y jabalíes miraban hacia abajo con cólera desafiante. Era la guarida de un mariscal de campo.

Pero no fue el mobiliario lo que atrajo la atención de Converse, sino los cuatro hombres que estaban de pie frente a él, junto a cuatro asientos separados.

Conocía a Bertholdier y a Leifhelm, a quienes tenía a la derecha. Fue a los dos de la izquierda a los que se quedó mirando. El tipo fornido y de estatura media, con la franja de pelo rapado en torno a la calva v una sahariana arrugada, con las inevitables botas bajo los pantalones caqui, no podía ser otro que Chaim Abrahms. Su cara llena de bolsas y ceñuda, con dos rendijas por las que relucían los ojos, era la de un hombre animado por el deseo de

venganza. El otro, muy alto, de rasgos demacrados y aquilinos y el pelo gris liso era el general Jan van Headmer, el Carnicero de Soweto. Joel había leído el dossier de Van Headmer a la carrera. Por suerte era el más breve y el resumen final lo decía todo:

En esencia, Van Headmer es un aristócrata de Ciudad del Cabo, un afrikaner que nunca ha aceptado del todo a los británicos, y no digamos a los negros. Sus convicciones arraigan en una realidad para él inconmovible: sus antepasados se adueñaron de un país salvaje en condiciones salvajes y con gran pérdida de vidas brutalmente arrebatadas por los salvajes. Su pensamiento es inalterablemente el de finales del siglo pasado y comienzos del actual. No aceptará los progresos sociológicos y políticos de los bantúes más educados porque nunca los considerará más que primitivos montaraces. Cuando impone todo tipo de privaciones y ordena ejecuciones en masa cree estar tratando únicamente con animales infrahumanos. Es ese modo de pensar el que lo llevó a ser encarcelado, junto con el primer ministro Verwoerd y el racista Vorster, durante la segunda guerra mundial. Estaba totalmente de acuerdo con la idea nazi de las razas superiores. Su estrecha relación con Chaim Abrahms es su única diferencia con los nazis, y para él no supone una contradicción. También los sabras hicieron un país de una Palestina primitiva; su historia es paralela, y ambos se enorgullecen de su fuerza y de sus respectivas hazañas. Digamos de pasada que Van Headmer es uno de los hombres más encantadores que uno puede encontrarse. Por fuera es culto, muy educado y siempre dispuesto a escuchar. Interiormente, un asesino insensible y la figura clave de Delavane en Africa del Sur, con sus vastos recursos.

-Mein Haus ist dein Hans -dijo Leifhelm, yendo hacia Joel con la mano tendida.

Converse se adelantó a estrechar la mano del alemán.

-Ahí fuera me han hecho un recibimiento un poco extraño para unos sentimientos tan hospitalarios -dijo Joel, soltando bruscamente la mano de Leifhelm y volviéndose a Bertholdier-. Me alegro de volver a verlo, general. Mis disculpas por el desgraciado incidente de París. No me gusta hablar a la ligera de la vida de un hombre, pero en aquellos pocos segundos no me pareció que a él le importase mucho la mía.

El descaro de Joel tuvo el efecto deseado. Bertholdier se le quedó mirando sin saber qué decir, y Converse se dio cuenta de que los otros tres lo observaban intensamente, sin duda sorprendidos por su audacia, tanto en modales como en palabras.

-Sin duda, monsieur -dijo el francés por decir algo, pero sin perder la calma-. Como sabe, ese hombre hizo caso omiso de mis órdenes.

-¿De veras? A mí me dijeron que las había interpretado mal.

-¡Es lo mismo!

La voz áspera y con un fuerte acento procedía de atrás. Joel giró en redondo.

-¿Usted cree? -preguntó con frialdad.

-En campaña, sí -dijo Chaim Abrahms-. Ambas cosas son un error, y los errores se pagan con la vida. Ese hombre pagó con la suya.

-Le presento al general Abrahms -intervino Leifhelm, tocando el codo de Converse y dirigiéndolo hacia el israelí.

-General Abrahms, es un honor -dijo Joel con sinceridad convincente mientras se estrechaban la mano-. Como todos los que estamos aquí, le admiro sinceramente, aunque quizá su retórica haya sido a veces excesiva.

La cara del israelí enrojeció mientras una risa sofocada llenaba el gran salón. De repente Van Headmer dio un paso adelante, y los ojos de Converse fueron a aquel rostro de cejas fruncidas y músculos tensos.

-Está usted hablando con uno de mis mejores amigos... -el reproche era inequívoco. Después una fina sonrisa arrugó su cara demacrada y como hecha a cincel-... y yo mismo no podría haberlo dicho mejor. Es un placer conocerle, joven.

La mano del afrikaner estaba tendida hacia Joel, que la estrechó en medio de risas ahogadas.

-¡Me siento insultado! -exclamó Abrahms, enarcando las pobladas cejas y balanceando la cabeza con desesperación burlona-.¡Insultado por unos faroleros! Están de acuerdo con usted porque hace un cuarto de siglo que ninguno de ellos tiene una mujer. Digan lo que quieran, y oiga por ahí lo que oiga, la verdad es que contratan putas para que jueguen con ellos a las cartas o les lean cuentos sólo para engañar a los amigos. -La risa se hizo más fuerte, y el israelí, ya con público, continuó, inclinándose y haciendo como que hablaba sólo para Joel-. Pero, sabe, ¡yo contrato a esas putas para que me digan la verdad mientras las shtup! Y me han contado que estos faroleros a las nueve ya están dando cabezadas y suspirando por la leche caliente. ¡Con Ovaltine, a ser posible!

-Mi querido sabra -dijo Leifhelm, entre la risa-, lees tu novela romántica con demasiada asiduidad.

-¿Ve a lo que me refiero, Converse? -dijo Abrahms encogiéndose de hombros y haciendo un gesto de repudio con las manos-. ¿Ha oído ese «asiduidad»? Ahora ya sabe por qué perdieron la guerra los alemanes. Siempre hablando con tanto dramatismo de la Blitzkrieg y los Angriffe, pero de lo que en realidad hablaban con asiduidad era de qué hacer después.

-Deberían haberte encargado a ti, Chaim -dijo Bertholdier, que estaba pasándolo en grande-. Podías haberte cambiado de nombre, haber acusado a Rommel y a Von Runstedt de judíos y haberte hecho cargo de ambos frentes.

-Peores cosas pudo haber hecho el alto mando.

-Aunque me pregunto -prosiguió el francés- si te hubieses detenido ahí. Hitler era un buen orador, lo mismo que tú. Quizá hubieras dicho que también él era judío y te hubieses plantado en la Cancillería.

-Bueno, sé de buena tinta que lo era, pero de muy mala familia. Incluso nosotros las tenemos; por supuesto, todas de Europa.

Volvieron a estallar las risas, que fueron borrándose rápidamente. Joel tomó el pie.

-A veces hablo con demasiada franqueza, general -dijo-. Debería estar escarmentado; pero, créame, no hubo mala intención. Admiro como el que más sus principios y su línea de conducta.

-Y de eso es precisamente de lo que vamos a hablar-dijo Erich Leifhelm, atrayendo la atención de todos-. Actitudes, principios, filosofía general, si usted quiere. Nos mantendremos lo más lejos que podamos de lo concreto, de los detalles, aunque sin duda saldrán a relucir algunos. No obstante, lo que cuenta es nuestro enfoque de las grandes abstracciones. Venga, señor Converse, y siéntese. Comencemos nuestra reunión, que espero sea la primera de otras muchas.

El contralmirante Hickman dejó suavemente la transcripción de la hoja de servicios sobre su mesa y miró vagamente, por encima de sus pies apoyados en ella, al mar y el cielo gris que se veían por la ventana. Cruzó los brazos, bajó la cabeza y frunció el ceño. Estaba tan desconcertado como cuando leyó por primera vez aquel papel, tan convencido ahora como entonces de que las conclusiones de Remington -en realidad la conclusión- eran equivocadas. Claro que el oficial jurídico era demasiado joven para tener idea de aquello; nadie que no hubiese estado allí podía realmente comprender. Hubo demasiados que sí comprendieron, y ése era el motivo del flag, pero no tenía sentido aplicar ese razonamiento al tal Converse dieciocho años después. Aquello era exhumar un cadáver que había muerto víctima de una fiebre, siguiera o no vivo por el mundo el cascarón de un hombre. Tenía que haber alguna otra cosa.

Librodot

Hickman miró su reloj, descruzó los brazos y quitó los pies del borde de la mesa. Eran las tres y diez en Norfolk. Cogió el teléfono.

-Hola, Brian -dijo el contralmirante Scanlon, del Quinto Distrito Naval-. Quiero que sepas cuánto apreciamos la ayuda de SAND PAC en este asunto.

-¿De SAND PAC? -preguntó Hickman, pensando que lo mismo podía dar las gracias al Departamento de Estado.

-Está bien, almirante, tu ayuda. Te debo una, Hicky.

-Empieza a pagar olvidándote de ese nombre.

-Eh, vamos, ¿es que ya no te acuerdas de los partidos de hockey? Cuando atravesabas volando la pista de hielo y los cadetes gritaban como un solo hombre: «¡Hala, Hicky! ¡Hala, Hicky!

-¿Puedo destaparme ya los oídos?

-Sólo estoy tratando de darte las gracias, muchacho.

-De eso se trata, de que aún no sé por qué. ¿Has leído la copia?

-Naturalmente.

-¿Qué diablos hay ahí?

-Bueno -dijo Scanlon indeciso-, la he leído muy de prisa. Ha sido un día tremendo y, francamente, me limité a transmitirla. ¿Qué crees tú que hay? De ti para mí, me gustaría saberlo, porque apenas tuve tiempo de echarle un vistazo.

-¿Qué creo que hay? Absolutamente nada. Ya sé que entonces pusimos flag o cosas así porque la Casa Blanca dio la orden de esconder las críticas de las que había constancia y todos la cumplimos. También nosotros empezábamos a estar hartos de tanta acusación. Pero no hay nada en esa transcripción que no hayamos oído antes, o que tenga valor para nadie que no sean los historiadores militares de dentro de un siglo, como pequeña nota al pie.

-Bueno -dijo Scanlon, aún más indeciso-, ese Converse tenía cosas bastante duras que decir del alto mando de Saigón.

-¿De Mad Marcus? Yo dije cosas peores durante las reuniones de Tonkin. Anduvimos desembarcando a aquellos chicos por la costa cuando para lo más que estaban preparados era para pasar un día en la playa con perros calientes y montando en la noria. No lo entiendo. Tú y mi legal apuntáis a lo mismo, y yo en cambio pienso que eso es algo pasado y desacreditado. Marcus no es más que una reliquia.

-¿Tú qué?

-Mi jefe jurídico, Remington. Ya te he hablado de él.

-Si, Mister Estricto.

-También él se fijó en lo de Saigón. «Eso es (dijo). Ahí está la cosa. Es Delavane.» Es demasiado joven para saber que Delavane era el blanco preferido de todos los grupos antibelicistas del país. Bueno, fuimos nosotros quienes le pusimos Marcus el Loco. No, no es Delavane. Se trata de alguna otra cosa. Quizá tenga que ver con esas fugas de Converse. Tal vez haya alguna información sobre «desaparecidos en acción» de la que no sabemos.

-Bueno -repitió el almirante de Norfolk por tercera vez, aunque ahora con muchos menos titubeos-, quizá sea algo de eso, pero no tenemos nada que ver con ello. Seré franco contigo. No te dije nada porque no quería que pensases que ibas a tomarte un montón de molestias en balde, pero por lo que sé todo esto no es más que una metedura de pata.

-¿Si? -dijo Hickman, de pronto alerta-. ¿Qué me dices?

-Se equivocaron de persona. Al parecer, un alférez de navío con exceso de entusiasmo estuvo investigando algo que coincidía en cuanto a la época y las circunstancias generales.

Librodot

Vio el flag y sacó conclusiones equivocadas. Espero que disfrute explicándoselo a sus superiores.

-¿Y eso es todo? -preguntó el almirante de SAND PAC tratando de dominar su asombro.

-Eso es lo que nos ha llegado. Sea lo que quiera lo que se le ocurrió a tu CLO, no tiene nada que ver con nuestra gente.

Hickman no podía creer lo que oía. Por supuesto, Scanlon no había mencionado la intervención del Departamento de Estado. ¡No sabía nada! Estaba tratando de poner cuanto antes la mayor distancia posible entre él y el flag de Converse, mintiendo porque no le habían puesto al corriente de nada. Estado trabajaba a la chita callando, probablemente a través de Cons Op, y Scanlon no tenía razones para pensar que «el viejo Hicky» supiese una palabra de Bonn o del paradero de Converse o de Connal Fitzpatrick. 0 acerca de un hombre llamado Preston Halliday que había sido asesinado en Ginebra. ¿Qué estaba pasando? No iba a saberlo por Scanlón, ni tampoco le importaba.

-Al diablo con ello, entonces. Mi CLO volverá dentro de tres o cuatro días y quizá me entere de algo.

-Sea lo que sea, las aguas han vuelto a su cauce, almirante. Mi gente se había equivocado de hombre.

-Tu gente no podría ni navegar en un bote a remos por la piscina del Ministerio.

-La culpa no es tuya, Hickman.

Hickman colgó el teléfono y volvió a su postura de costumbre cuando pensaba, mirando al mar por encima de sus pies apoyados en la mesa. El sol trataba de romper el techo de nubes sin mucho éxito.

A Hickman nunca le había gustado Scanlon por razones demasiado insignificantes para detenerse a analizarlas. Excepto una: sabía que era mentiroso. Lo que no sabía es que fuese un mentiroso tan estúpido.

El alférez de navío David Remington se sintió halagado por la llamada. El famoso capitán le había invitado a almorzar, y no sólo eso, sino que se había disculpado por lo tardío de la invitación y le había dicho que comprendería muy bien que le viniese mal. Además, quiso que supiese que la llamada era de tipo personal y no tenía nada que ver con asuntos navales. El oficial de alta graduación, aunque residente de La Jolla, estaba en tierra sólo por pocos días, necesitaba asesoramiento jurídico y le habían dicho que el alférez de navío Remington era uno de los mejores abogados de la Armada. ¿Aceptaría?

Por supuesto, Remington había dejado bien en claro que cualquier consejo que pudiese darle sería puramente amistoso. No cabía pensar en la menor remuneración porque eso supondría una violación de las normas.

-¿Puedo invitarle a almorzar o tenemos que pagar a medias?-había preguntado el capitán, con cierta impaciencia, pensó Remington.

El restaurante estaba en lo alto de las colinas que dominan La Jolla, y era un discreto mesón de carretera que al parecer recibía comensales de la zona y los de San Diego y la Ciudad Universitaria que no querían ser vistos juntos en los sitios de costumbre. A Remington no le sentó muy bien; hubiera preferido que lo viesen en el Coronado con el capitán a viajar diez millas hacia el norte para no ser visto en las colinas de La Jolla. No obstante, el capitán había sido cortésmente tajante; era allí donde quería verlo.

David se había enterado bien. El muy condecorado capitán de navío no sólo estaba a punto de ascender, sino que se le consideraba candidato potencial a la Junta de Jefes de Estado Mayor. Remington hubiese ido en bicicleta sobre el oleoducto de Alaska para acudir a la cita.

Librodot

Algo así creyó estar haciendo mientras daba vueltas y más vueltas al volante por aquellos empinados y estrechos caminos. Era importante no olvidar, pensó mientras echaba el coche a la izquierda, que el consejo personal era no obstante consejo profesional, y al no mediar ningún tipo de pago suponía una deuda que algún día le sería reconocida. Y si a ese hombre lo nombraban para la Junta de Jefes... Remington no pudo evitarlo: para darse importancia había dicho a un colega -el que había acuñado lo de «Mister Estricto»- que iba a comer con un capitán de navío muy importante en La Jolla y quizá volviese tarde a la oficina. Después, para remacharlo, le había pedido consejo sobre dónde ir. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué era aquello? ¡Dios Santo!

En el vértice de la curva en horquilla había aparecido un enorme camión negro, de diez metros de largo y sin control. Iba dando bandazos por la estrecha cuesta, ganando velocidad a cada metro, como un negro monstruo que aplastaba cuanto encontraba a su paso, como una bestia salvaje enloquecida.

Remington volvió la cabeza a la derecha mientras hacía girar el volante para evitar el choque. Allí sólo había algunos arbolillos y arbustos con los renuevos del final del verano, bajo los cuales se abría un abismo floral. Esas fueron las últimas imágenes que vio mientras el coche se tumbaba de costado y empezaba a caer.

A lo lejos, en otra altura, un hombre se arrodilló y enfocó sus prismáticos mientras allá abajo la explosión confirmaba la muerte. Su gesto no era ni de alegría ni de tristeza; sólo de conformidad.

Misión cumplida. Al fin y al cabo aquello era una guerra.

Así fue como el alférez de navío David Remington, de vida tan organizada y metódica, que sabía exactamente lo que quería y sobre todo que nunca caería en manos de las fuerzas que habían matado a su padre en nombre de la política empresarial, fue muerto por la política de una compañía de la que nunca había oído hablar, de una empresa llamada Aquitania. Era culpable de haber visto el nombre de Delavane.

Su opinión es que se trata de la evolución lógica de la historia actual, al haber fracasado todas las otras ideologías. Las palabras de Preston Halliday en Ginebra resonaban sin cesar en los oídos de Converse mientras escuchaba a las cuatro voces de Aquitania. Lo tremendo era que aquellos hombres estaban convencidos de que lo que decían era algo moral e intelectualmente inequívoco, y hablaban desde convicciones arraigadas en observaciones que databan de hacía muchas décadas, empleando argumentos persuasivos que parecían arrojar luz sobre pasados errores de juicio globales que provocaron horribles sufrimientos e innecesarias pérdidas de vidas.

El objetivo de su unión -tanto de los aliados como de los antiguos enemigos- era muy simple: aportar generosamente un orden a un mundo sumido en el caos; permitir a los países industrializados florecer para el bien general, extendiendo las potencialidades y los beneficios del tráfico multinacional a un Tercer Mundo empobrecido y neutral, asegurándose con ello su apoyo. Sólo de este modo, con esta unión, se podría detener al comunismo; detenerlo e invertir su signo hasta verlo hundirse bajo el impacto combinado de unas fuerzas armadas y unos recursos económicos superiores.

Conseguir todo esto exigía un cambio de valores y de prioridades. Había que coordinar la política industrial para conseguir toda la fuerza de que eran capaces los países libres. Las tesorerías dé los gobiernos, las empresas multinacionales y los gigantescos conglomerados debían depender de una serie de comités interrelacionados, acceder a ser dirigidos por ellos, aceptar sus decisiones -que serían en realidad la de sus respectivos gobiernos-, manteniendo cada uno informados a los demás de sus actividades. ¿En qué consistía ese último estrato de

Librodot

negociadores? ¿Quiénes serían los miembros de esos comités destinados a ser los portavoces de las naciones libres y a fijar su política?

A través de la historia, sólo una clase de personas ha permanecido constante en su excelencia, una clase que cuando hubo que acudir a ella en tiempos de crisis cumplió muy por encima de cuanto se esperaba... incluso en la derrota. La razón de la incomparable contribución de ese sector social en la guerra e incluso, aunque en menor grado, en la paz era históricamente muy clara: esos hombres eran desinteresados. Pertenecían a una clase entrenada para servir sin pensar en más premio que el reconocimiento de la excelencia. Para ellos la riqueza carecía de importancia, puesto que la satisfacción de sus necesidades y la obtención de recompensas dependían exclusivamente en su caso de destacar en el cumplimiento del deber.

En el nuevo orden esa clase no estaría sujeto a las corrupciones del mercado. En realidad, estaba excepcionalmente bien equipada para acabar con tales corrupciones, pues no podría verse afectada por ellas. La mera presencia de cualquier riqueza ilegalmente adquirida dentro de sus filas sería detectada y condenada al instante, con el resultado de un consejo de guerra. Esa clase social, esa nueva rama de la raza humana, no sólo era incorruptible, sino que sería la salvadora de la humanidad tal como hoy la conocemos.

Estaban hablando de los militares, los de todo el mundo, inclui-dos nuestros enemigos. Juntos, y aún como enemigos, eran quienes mejor comprendían los catastróficos resultados de la debilidad.

Naturalmente, sería imprescindible retirar ciertas libertades menores a la sociedad, pero se trataba de pequeños sacrificios en aras de la supervivencia. ¿Quién iba a oponerse?

Ninguno de los cuatro portavoces de Aquitania alzó la voz. Eran los tranquilos profetas de la razón, cada uno con su propia historia, con su propia identidad, aliados y enemigos juntos en un mundo sumido en la locura.

Converse respondió afirmativamente a cuanto le dijeron, cosa no difícil, y planteó abstractas cuestiones filosóficas como se esperaba. Incluso el bufón de la corte, Chaim Abrahms, se puso muy serio y respondió con calma a sus preguntas.

En cierto momento dijo:

-¿Cree usted que la Diáspora afecta sólo a los judíos? Se equivoca. La raza humana entera se encuentra dispersa en todas partes, sin saber qué hacer ni a dónde ir. Algunos rabinos pretenden que nosotros los judíos no veremos la salvación hasta la era mesiánica, el tiempo de la redención divina, cuando aparecerá un dios para mostrarnos el camino de nuestra tierra prometida. Tardaba ya demasiado en llegar; no podíamos seguir esperándolo. Eramos Israel. ¿Comprende la lección? Nosotros, los que estamos aquí, somos ahora la intervención divina en la tierra. Y yo, incluso yo, un hombre con talento y amor propio, daría mi vida en silencio para con-seguirlo.

Jacques-Louis Bertholdier:

-Debe comprender, señor Converse que Voltaire lo dijo muy bien en su Discours sur l'homme. Afirmaba, en esencia, que el hombre sólo alcanza su máxima libertad cuando comprende los parámetros de su conducta. Nosotros estableceremos esos parámetros. ¿Hay algo más lógico?

Erich Leifhelm:

-Quizá Goethe lo dijo aún mejor cuando insistía en que el encanto de la política sirve sobre todo para adormecer y calmar los temores de los ignorantes. En su definitiva Aus meinem Leben dice claramente que las clases gobernantes deben estar imbuidas ante todo de disciplina. ¿Y dónde prevalece ésta más?

Jan van Headmer:

Librodot

-Mi país, señor, es la viva imagen de esa lección. Le sacamos al salvaje la bestia del cuerpo y formamos una nación vasta y productiva. Hoy la bestia vuelve, y en mi país cunde la agitación.

Y así continuó la cosa durante horas. Tranquilas disertaciones dichas de un modo reflexivo, sin más pasión aparente que la nacida de la profunda sinceridad de sus convicciones. Dos veces presionaron a Joel para que revelase el nombre de su cliente y por dos veces él puso objeciones, alegando el carácter confidencial de su misión... que podría cambiar en cosa de días, quizá menos.

-Tendría que ofrecer a mi cliente algo concreto, un método, una estrategia que justificase su implicación inmediata, su compromiso, si ustedes quieren.

-¿Qué falta hace en este momento? -preguntó Bertholdier-. Ya ha oído nuestras razones. Sin duda permiten imaginar el camino a seguir.

-Sí, debe haber un camino, una estrategia. No el porqué sino el cómo.

-¿Pregunta por un plan? -dijo Abrahms-. ¿En qué se basa?

-En que de él puede depender una inversión que sobrepasa cuanto imaginan.

-Eso es mucho decir -intervino Van Headmer.

-Mi cliente tiene recursos extraordinarios.

-Muy bien -dijo Leifhelm, mirando uno por uno a sus asociados antes de continuar. Joel comprendió: pedía un permiso basado en lo dicho hasta entonces, permiso que le fue concedido. ¿Qué le parece comprometer a ciertos individuos poderosos de gobiernos concretos?

-¿Chantaje? ¿Extorsión? No serviría. Hay demasiados equilibrios y controles. Se amenaza a un hombre, la amenaza es descubierta y se prescinde de él. Después se ponen en marcha los ritos de purificación, y donde hubo debilidad hay de pronto mucha fuerza.

-Esa es una interpretación demasiado estrecha -dijo Bertholdier.

-¡No toma usted en consideración el elemento tiempo! -gritó desafiante Abrahms, alzando por primera vez la voz-. ¡Acumulación, Converse! ¡Aceleración rápida!

De repente Joel se dio cuenta de que los otros tres hombres miraban al israelí, no simplemente observándolo. En cada par de ojos había una advertencia. Abrahms se encogió de hombros.

-Era sólo una observación.

-Muy oportuna -dijo Converse, sin énfasis.

-Ni siquiera estoy seguro de que sea aplicable -añadió el israelí, tratando de remediar su error.

-Bueno, estoy seguro de que es hora de cenar -dijo Leifhelm, quitando la mano del costado de su sillón-. He alabado tanto mi mesa a nuestro huésped que admito que estoy preocupado. Confío en que el chef haya dejado en alto el pabellón. -Como respondiendo a una señal, que Joel sabía había existido, apareció el sirviente británico bajo el arco de una puerta al otro extremo de la habitación-. ¡Soy clarividente! -Leifhelm se levantó-. Vamos, amigos. Lomo de cordero a citron, un plato creado por los dioses para sí mismos y robado por el ladrón incontenible que gobierna mi cocina.

La cena fue realmente soberbia, y cada plato el resultado de un esfuerzo por conseguir la perfección, tanto en gusto como en presentación. Converse no era un gourmet, pues su educación en la materia había tenido lugar en restaurantes caros en los que su mente apenas reparaba en la comida, pero conocía por instinto cuándo un plato era lo mejor en su clase. En la mesa de Leifhelm no había nada de segunda, incluida la propia mesa, una enorme y sólida plataforma de caoba sostenida por dos grandes trípodes delicadamente tallados que descansaban en el intricado parqué. Las paredes de terciopelo rojo oscuro de la habitación de

alto techo estaban decoradas con óleos de escenas de caza. Los candelabros bajos, frente a los manteles individuales de reflejos plateados, no obstruían al anfitrión la vista de la persona que tenía enfrente, un rasgo que a Joel le gustaría ver copiado por la mayoría de los anfitriones de Nueva York, Londres y Ginebra.

La charla se alejó de los sesudos temas abordados en el salón.

Era como si se hubiera concedido un descanso, una diversión para aliviar la carga de unos hombres de Estado. Si era eso lo pretendido, se consiguió a fondo, y fue el afrikaner Van Headmer quien llevó la voz cantante. Con su tono suave y sus maneras encantadoras (el dossier no mentía; el «asesino insensible» era encantador), contó un safari al que había invitado a Chaim Abrahms en el veld.

-¿Se dan cuenta, caballeros? Fui yo quien compré a este pobre hebreo su primera sahariana, en Safarics de Johannesburgo, y no lo he lamentado un solo día. ¡Se ha convertido en la marca registrada de nuestro gran general! Por supuesto, saben por qué la lleva. Absorbe el sudor, y apenas hace falta lavarla; basta con grandes dosis de bay rum. Esta es otra chaqueta diferente, ¿no, gran general?

-¡Frota, frota, le digo a mi mujer! -replicó el sabra, haciendo muecas-. ¡Eso quita el olor de los impíos mercaderes de esclavos!

-Hablando de esclavos, déjenme contarles algo -dijo el afrikaner, preparándose para el relato con un vaso de vino, que cambiada a cada nuevo plato.

La historia del primero y único safari de Chaim Abrahms era digna de un vodevil. Al parecer el israelí había estado persiguiendo a un león macho durante horas en compañía de su porteador, un bantú al que constantemente insultaba, sin darse cuenta de que el negro hablaba inglés tan bien como él. Abrahms había comprobado uno por uno sus cuatro rifles antes de la cacería, pero siempre que tenía al león en la mira fallaba. Aquel soberbio tirador, aquel celebrado general de ojos de lince, no podía acertar a un montón de carne a menos de cien metros. Al final de la jornada un Chaim Abrahms hecho polvo, utilizando un inglés chapurreado y todo tipo de gestos, sobornó al porteador para que no contase lo ocurrido al resto del safari. El cazador y el bantú volvieron al campamento, nuestro hombre lamentándose de la falta de piezas y la estupidez de los porteadores. El nativo fue a la tienda de Van Headmer y, según contó el afrikaner en un bantú anglicanizado perfectamente imitado, dijo lo siguiente: «Me gustaba más el león que el judío, señor, y le cambié las miras, pero al parecer va a perdonármelo, pues entre otras cosas me ha ofrecido hacer que me reciban como feligrés en la sinagoga.»

Los comensales estallaron en risas, la de Abrahms, para hacer honor a su fama, la más alta de todas. Era evidente que ya conocía la historia y saboreaba el arte del narrador. Joel pensó que sólo los muy seguros de sí mismo podían escuchar tales chismes sobre su persona y responder con una risa auténtica. El israelí era una roca en el firmamento de sus convicciones y podía tolerar que se rieran de él. También aquello era asustador.

Irrumpió el criado británico, andando silenciosamente sobre el duro suelo de madera, y habló al oído a Erich Leifhelm.

-Perdónenme, por favor -dijo el alemán, levantándose para atender a la llamada-. Es un nervioso agente de Bolsa de Munich que recoge continuamente rumores de Riyadh. Va un jeque al retrete y él oye truenos procedentes de éste.

La animada conversación continuó sin la menor pausa, los tres hombres de Aquitania comportándose como viejos camaradas que trataban sinceramente de hacer que un extraño se sintiera a gusto. También eso era asustador. ¿Dónde estaban los fanáticos que querían destruir gobiernos, hacerse sin miramientos con el poder y aherrojar a sociedades enteras, canalizándolas hacia su sueño de un Estado militar? Estos eran hombres de pensamiento, humanistas que hablaban de Voltaire y de Goethe y se compadecían del sufrimiento, el dolor

y las pérdidas de vidas innecesarias. Tenían sentido del humor y podían incluso reírse de sí mismos mientras hablaban tranquilamente de sus ideas para mejorar un mundo que se había vuelto loco. Pero Joel adivinaba lo que había bajo su falsa capa de estadistas. ¿Qué era lo que había dicho Leifhelm, citando a Goethe?

«El encanto de la política sirve sobre todo para adormecer y calmar los temores de los ignorantes.»

Estremecedor.

Volvió Leifhelm, seguido por el sirviente británico que Llevaba dos botellas de vino abiertas. Si la llamada de Munich había traído malas noticias, el alemán no daba la menor muestra de ello. Su ingenio seguía invariable, su sonrisa de cera dispuesta y su entusiasmo por el siguiente plato mayor que nunca.

-Y ahora, amigos míos, el cordero a citron: medallones de ambrosía. Hipérboles aparte, es realmente bueno. Además, en honor de nuestro huésped esta noche tenemos un extra. Mi astuto amigo y compañero inglés estuvo el otro día en Siegburg y se topó con varias botellas de Beerenauslese del 71. ¿Qué mejor homenaje?

Los hombres de Aquitania se miraron, y después habló Bertholdier.

-Sin duda es un hallazgo, Erich. Es una de las variedades alemanas más aceptables.

-Pues en Johannesburgo el Riesling Klausberg del 82 promete ser de lo mejor en muchos años -dijo Van Headrner.

-Dudo que pueda rivalizar con el Carmel Richon-le-Zion -añadió el israelí.

-¡Sois todos imposibles!

Un chef tocado con un gorro introdujo un carrito de plata, descubrió el lomo de cordero y, seguido por miradas apreciativas, procedió a trinchar y servir. El inglés presentó la variada guarnición a cada comensal y después sirvió el vino.

Erich Leifhelm levantó su copa, y la luz vacilante de las vetas se reflejó en el cristal tallado y en los bordes de los mantelillos plateados.

-Por nuestro huésped y su desconocido cliente, que confiamos estén ambos muy pronto en nuestra grey.

Converse hizo una inclinación de cabeza y bebió.

Apartó la copa de los labios y de pronto se dio cuenta de que los cuatro hombres de Aquitania lo miraban y no habían movido las suyas de la mesa. Ninguno había probado el vino.

Leifhelm volvió a hablar, con voz nasal, fría, llena de furia contenida por un intelecto perfectamente dueño de sí.

-« ¡El general Delawane era el enemigo, nuestro enemigo! ¡No podemos permitirnos nunca más hombres como ése, ¿no lo comprenden?!» Fue eso lo que dijo, ¿no, señor Converse?

-¿Qué?

Joel oyó su voz, pero no estaba seguro de que fuese la suya. De pronto las llamas de las velas parecieron entrar en erupción; el fuego llenó sus ojos y el ardor de su garganta se convirtió en un dolor insoportable. Se llevó las manos al cuello mientras luchaba por levantarse de la silla, que se volcó. Oyó el golpe, pero sólo como una sucesión de ecos. Estaba cayendo. Sintió un dolor agudo en el vientre. Era intolerable y se oprimió las ingles, tratando frenéticamente de calmarlo. Después sintió el frío de una superficie dura y supo de algún modo que estaba retorciéndose salvajemente en el suelo mientras lo sujetaban brazos poderosos.

-La pistola. Apártate. Sujetadlo. -La voz fue también una serie de ecos, aunque emitidos ásperamente con un fuerte acento británico-. Ahora. ¡Dispara!

16

Sonó el teléfono, arrancando con sobresalto a Connan Fitzpatrick de un sueño profundo. Había caído redondo en el sofá, con el dossier de Van Headmer en la mano y los pies todavía en el suelo. Sacudiendo la cabeza, pestañeando rápidamente y abriendo mucho los ojos, trató de orientarse. ¿Dónde estaba? ¿Qué hora era? Volvió a sonar el teléfono, ahora con un ruido prolongado que destrozaba los nervios. Se levantó tambaleándose, con la respiración errática y un agotamiento demasiado total para sacudírselo en pocos segundos. En realidad no había dormido desde California, y su cuerpo y su mente apenas podían funcionar. Agarró el teléfono, que estuvo a punto de caérsele al perder momentáneamente el equilibrio.

-Sí... Diga.

-Capitán de corbeta Fitzpatrick, por favor -dijo una voz masculina con marcado acento británico.

-Soy yo.

-Aquí Philip Dunstone, capitán. Le llamo de parte del señor Converse. Quiere que le diga que la conferencia va muy bien, mucho mejor de lo que esperaba.

-¿Quién me ha dicho que es usted?

-Dunstone. Mayor Philip Dunstone. Soy ayudante del general Berkeley-Greene.

-¿Berkeley-Greene?

-Sí, capitán. El señor Converse me encargó que le dijese que han decidido todos aceptar la hospitalidad del general Leifhelm por esta noche. Se pondrá en contacto con usted a primera hora de la mañana.

-Permítame hablar con él.

-Me temo que no va a ser posible. Han salido en la motora a dar un paseo por el río. Francamente, son una gente muy misteriosa, ¿no cree? A mí tampoco me permiten asistir a sus conversaciones.

-¡No voy a contentarme con eso, mayor!

-En realidad, capitán, sólo estoy dándole un recado. Ah, sí; el señor Converse dijo también que si estaba usted preocupado le dijese que si llamaba al almirante le diese las gracias y recuerdos.

Fitzpatrick miró fijamente a la pared. Converse no sacaría a relucir el asunto de Hickman a menos que estuviese enviándole un mensaje. Esa petición sólo tenía sentido para ellos dos. Todo iba bien. Además, podía haber diversas razones para que Joel no quisiera hablar directamente por teléfono. Entre ellas, pensó Connal molesto, estaba probablemente el hecho de que temía que su «ayudante» dijese alguna inconveniencia y la conversación estuviera siendo escuchada.

-Muy bien, mayor. ¿Cómo me dijo que se llamaba? ¿Dunstone?

-Eso es, Philip Dunstone, ayudante del general Berkeley-Greene.

-Deje recado al señor Converse de que espero su llamada a las ocho.

-¿No es un poco pronto? Son casi las dos de la mañana. El desayuno suele empezar aquí hacia las nueve y media.

-Entonces a las nueve-dijo con firmeza Fitzpatrick.

-Se lo diré yo mismo, capitán. Ah, una última cosa. El señor Converse me pidió que le disculpase por no haberle llamado a media noche. La verdad es que han estado ahí metidos sin dejarlo ni un momento.

Librodot

Eso era, pensó Connal. Todo iba bien. De lo contrario Joel no hubiese dicho tal cosa.

-Gracias, mayor; y, a propósito, lamento mi brusquedad de antes. Estaba dormido y quise despabilarme demasiado de prisa.

-Qué suerte. Puede volverse a la cama mientras yo sigo de guardia. La próxima vez le cedo mi sitio.

-Si la comida es buena, aceptado.

-Realmente, no. Un montón de mariconadas, a decir verdad. Buenas noches, capitán.

-Buenas noches, mayor.

Fitzpatrick colgó el teléfono, aliviado. Echó una mirada al sofá, pensando por un momento volver a los dossiers, pero decidió que no. Se sentía vacío; vacías las piernas, vacío el pecho y como un dolor vacío en la cabeza. Necesitaba urgentemente dormir.

Reunió los documentos y los llevó al cuarto de Converse. Los puso en el maletín, lo cerró e hizo girar la combinación. Con él en la mano volvió al salón, comprobó la puerta, apagó las luces y se encaminó a su dormitorio. Tiró el maletín sobre la cama y se quitó los zapatos, y después los pantalones, pero no pasó de ahí. Cayó sobre la almohada y aún consiguió echarse por encima parte de la ropa antes de sumirse en la oscuridad.

-Eso no hacía falta -dijo Erich Leifhelm al inglés mientras éste volvía a colgar el teléfono-. Yo no describiría mi mesa como «un montón de mariconadas».

-Pero estoy seguro de que él sí -dijo el hombre que se había llamado a sí mismo Philip Dunstone-. Vamos a ver al paciente.

Salieron de la biblioteca y fueron por el pasillo hasta el dormitorio. Dentro estaban los otros dos hombres de Aquitania junto a un cuarto, que a juzgar por el maletín negro y las agujas hipodérmicas a la vista era médico. Sobre la cama se veía a Joel Converse, que, con los ojos vidriosos y saliva en las comisuras de la boca, movía la cabeza atrás y adelante como en trance mientras emitía sonidos ininteligibles.

El médico levantó la vista y habló.

-No puede decirnos nada más porque no hay nada más. La química no miente. Sencillamente, es un ciego enviado por hombres de Washington, pero no tiene ni idea de quiénes son. Ni siquiera sabía que existían hasta que ese marino le convenció de lo contrario. Sus únicas referencias eran Anstett y Beale.

-Ambos muertos -interrumpió Van Headner-. Lo de Anstett es público, y yo respondo por Beale. Mi hombre de Santorini fue a Mikonos y confirmó su muerte. De pasada os diré que no va a haber huellas. El griego está otra vez en los acantilados vendiendo whisky falsificado en su taberna.

-Prepáralo para su odisea -dijo Chaim Abrahms mirando a Converse-. Como dijo bien claro nuestro especialista del Mossad, lo que hace falta ahora es poner la mayor distancia posible entre este norteamericano y quienes lo enviaron.

Fitzpatrick se movió mientras el brillante sol mañanero perforaba la oscuridad y las crecientes manchas blancas obligaban a sus párpados a abrirse. Se estiró y fue a dar con el hombro contra una esquina del maletín, mientras el resto de su persona seguía presa de la ropa de la cama, enredada a sus piernas. La alejó de una patada y dejó colgar los brazos a ambos lados, respirando profundamente, mientras sentía hincharse relajadamente su pecho. Levantó la mano izquierda por encima de la cabeza, volvió la muñeca y miró el reloj. Eran las nueve y veinte; había dormido sólo siete horas y media, pero el sueño ininterrumpido parecía mucho más largo. Se levantó y dio unos pasos; su equilibrio era firme, su mente clara. Consultó otra vez el reloj, recordando. El tal mayor Dunstone había dicho que en la mansión de Leifhelm se

servía el desayuno a las nueve y media, y si la reunión se había trasladado a un barco fluvial a las dos de la mañana, Converse probablemente no llamaría antes de las diez.

Connal fue al cuarto de baño. Tenía un teléfono en la pared, junto al retrete, por si se equivocaba en cuanto a la hora de la llamada. Un afeitado, seguido de una ducha caliente y fría, y volvería a ser plenamente él mismo.

Dieciocho minutos más tarde Fitzpatrick volvió a entrar en el dormitorio, con una toalla a la cintura y la piel todavía escociéndole de las violentas rociadas. Fue hasta su maleta, abierta sobre un soporte para equipajes, sacó una radio diminuta, la puso sobre el buró y, renunciando a oír la banda de las Fuerzas Armadas, puso lo que quedaba de un boletín de noticias alemán. Había las usuales amenazas de huelga en el sur industrial y acusaciones y contraacusaciones en el Bundestag, pero nada alarmante. Eligió ropa cómoda, calzado ligero, una camisa azul Oxford y la chaqueta de pana. Terminó de vestirse y pasó al salón, camino del teléfono. Llamaría al servicio de habitaciones para que le subiesen un pequeño desayuno y mucho café.

Se detuvo. Algo no estaba en orden. ¿Qué sería? Las almohadas del sofá seguían arrugadas, y en la mesita se veía un vaso medio lleno de whisky junto a varios bolígrafos y un bloc del teléfono en blanco. Las puertas de la terraza estaban cerradas, las cortinas corridas, y al otro lado de la habitación el cubo de hielo de plata seguía en el centro de la bandeja sobre la antigua consola. Todo estaba como lo había visto la última vez, y sin embargo había algo... ¡La puerta! La puerta del dormitorio de Converse estaba cerrada. ¿La había cerrado él? ¡No, él no había sido!

Se acercó rápidamente y la abrió. Estudió la habitación, dándose cuenta de que había dejado de respirar. Seguía inmaculada, sin una arruga. La maleta había desaparecido, y las cosas que había dejado Converse sobre la mesa ya no estaban allí. Connal se precipitó hacia el armario y lo abrió de par en par. Estaba vacío. Entró en el cuarto de baño, impecable, con jabón nuevo en las jaboneras y los vasos envueltos en papel listos para los nuevos huéspedes. Salió de allí estupefacto. No había el menor indicio de que nadie, salvo la camarera, hubiese entrado en aquel dormitorio en muchos días.

Volvió al salón y al teléfono. Segundos más tarde estaba hablando con el encargado. Era el mismo con el que había hablado el día anterior.

-Si; realmente su hombre de negocios resultó incluso más ex-céntrico de lo que usted decía, capitán. Se despidió esta madrugada, a las tres y media, le diré de paso que después de abonar todas las cuentas.

-¿Estuvo aquí?

-Naturalmente.

-¿Lo vio usted?

-Personalmente no. Yo no entro de servicio hasta las ocho. Habló con el encargado de noche y pagó la factura antes de subir a hacer el equipaje.

-¿Cómo pudo saber ese encargado que era él? ¡Nunca lo había visto!

-En realidad, capitán, se identificó él mismo y pagó la cuenta. Además tenía la llave; la dejó en el mostrador.

Fitzpatrick hizo una pausa, asombrado, y después dijo con as-pereza:

-La habitación estaba limpia. ¿También la hicieron a las tres y media de la mañana?

-No, mein Herr, a las siete. El primer turno de limpieza.

-¿Y dejaron sin limpiar el salón?

-Podía haberle molestado el ruido. Francamente, capitán, esa suite debe estar preparada para unos clientes que llegan a primera hora de la tarde. Estoy seguro de que el personal pensó que no le molestaría que hiciesen parte de la tarea. Y es evidente que no.

-¿A primera hora de la tarde? ¡Estoy yo aquí!

-Y nos alegramos de que siga, hasta mediodía; está pagado. Su amigo se ha marchado y la suite ha sido reservada.

-Y supongo que no tendrá otra habitación.

-Me temo que no hay nada disponible, capitán.

Connal colgó de golpe. En realidad, capitán... Las mismas palabras que había dicho otro hombre por el mismo teléfono a las dos de la mañana. Había tres guías en un soporte de mimbre junto a la mesa; cogió la de Bonn y buscó el número.

-Gwen Morgen. Hier bei General Leifhelm.

-Herr Major Dunstone, bitte.

-Wer?

-Dunstone -dijo, y continuó en alemán-: Es un invitado, Philip Dunstone. El ayudante del... de un tal general Berkeley-Greene. Son ingleses.

-¿Ingleses? Aquí no hay ningun inglés, señor. Aquí no hay nadie... es decir, no hay invitados.

-¡Estaba ahí anoche! Estaban los dos. Hablé con el mayor Dunstone.

-El general dio una pequeña cena para unos amigos, pero no ingleses, señor.

-Mire, quiero hablar con un hombre llamado Converse.

-Ah, sí, el señor Converse. El sí estuvo aquí, señor.

-¿Estuvo?

-Creo que se marchó.

-¿Dónde está Leifhelm? -gritó Connal.

Hubo una pausa antes de que el alemán replicase fríamente:

-¿Quién debo decir que llama al general Leifhelm?

-Fitzpatrick. ¡Capitán de corbeta Fitzpatrick!

-Creo que está en el comedor. Si no le importa esperar un momento...

Siguió un silencio enervante. Finalmente se oyó un ruido y retumbó en el teléfono la voz de Leifhelm.

-Buenos días, capitán. ¿Qué buen tiempo, verdad? Las Siete Montañas están tan claras como en una postal. Seguramente podrá verlas desde ahí.

-¿Dónde está Converse? -interrumpió el jurídico naval.

-Supongo que en Das Rektorat.

-Creí que había dormido en su casa.

-Nada de eso. Ni él lo pidió ni yo se lo ofrecí. Se fue algo tarde, pero se marchó, capitán. Lo llevó mi coche.

-¡Eso no es lo que me dijeron! Un tal mayor Dunstone me llamó hacia las dos de la mañana...

-Creo que el señor Converse se fue un poco antes. ¿Quién dice usted que llamó?

-Dunstone. Un tal mayor Philip Dunstone. Es inglés. Dijo que era el ayudante del general Berkeley-Greene.

-No conozco a ese mayor Dunstone; no hubo aquí nadie de ese nombre. Sin embargo, me son familiares casi todos los oficiales generales del Ejército británico y nunca he sabido de nadie llamado Berkeley-Greene.

-¡Déjese de historias, Leifhelm!

-¿Perdón?

-¡Hablé con Dunstone! ¡Dijo que Converse se quedaba a dormir en su casa... con los otros!

-Pienso que debe de haber hablado directamente con herr Converse, porque no hubo un mayor Dunstone ni un general Berkeley-Greene en mi casa anoche. Quizá debería comprobarlo en la Embajada británica; sin duda ellos sabrán si esos señores estaban en Bonn. Tal vez oyó usted mal; quizá se encontraron más tarde en un café.

-¡No pude hablar con él! Dunstone dijo que habían ido ustedes a dar un paseo en barco por el río.

La respiración de Fitzpatrick era cada vez más agitada.

-Vamos, capitán, eso es ridículo. Es cierto que tengo una pequeña lancha para los huéspedes, pero todo el mundo sabe que no soy muy partidario del agua. -El general hizo una pausa, a la que añadió una corta risa-. El gran mariscal de campo se marea en una chalana a dos metros de la orilla.

-¡Está usted mintiendo!

-Me ofende usted, señor. Especialmente en lo del agua. Nunca temí al frente ruso, sólo al mar Negro, y si hubiésemos invadido Inglaterra le aseguro que hubiera cruzado el canal en avión.

El alemán estaba jugando con él, pasándolo en grande.

-¡Sabe exactamente lo que quiero decir! -volvió a gritar Connal-. ¡Me dicen que Converse se despidió de aquí a las tres y media de esta madrugada! ¡Yo digo que no volvió!

-Y yo que esta conversación es inútil. Si está tan preocupado, vuelva a llamarme cuando se encuentre en condiciones de ser más cortés. Tengo amigos en la Staatspolizei.

Un nuevo clic. El alemán había colgado.

Cuando Fitzpatrick dejó el teléfono le asaltó de pronto otra idea. Asustado, corrió al dormitorio, y al instante sus ojos se encontraron con el maletín. Estaba medio oculto bajo la almohada. ¡Había dormido tan profundamente! Lo sacó y lo examinó. Volvió a respirar al ver que era el mismo y la combinación estaba intacta. Lo levantó y lo sacudió; el peso y el sonido eran prueba de que los papeles seguían dentro, y también de que Converse no había vuelto por el hostal. Dejando aparte cualquier consideración y con independencia de cualquier emergencia que pudiera haber surgido, nunca se hubiese ido sin los dossiers y la lista de nombres.

Connal volvió con el maletín al salón tratando de organizar sus ideas, para lo que recurrió al orden alfabético. A: Debía suponer que el flag de la hoja de servicios de Joel había sido levantada, o la información perjudicial descubierta de algún otro modo, y que Converse estaba siendo retenido por Leifhelm y el contingente de Aquitania llegado de París, Tel-Aviv y Johannesburgo. B: No lo matarían hasta que hubiesen echado mano de todos los medios posibles para descubrir lo que sabía... que era mucho menos de lo que se imaginaban, y esa tarea podía llevarles varios días. C: La residencia de Leifhelm era, según su dossier, una verdadera fortaleza, por lo que las posibilidades de sacar de allí a Converse parecían nulas. D: Fitzpatrick sabía que no podía recurrir a la Embajada norteamericana. Para empezar, Walter Peregrine lo pondría bajo arresto territorial, y los encargados de arrestarlo podían meterle una bala en la cabeza. Uno de ellos ya lo había intentado. E: No podía arriesgarse a pedir ayuda a Hickman en San Diego, lo que en otras circunstancias podría ser la conducta más lógica. Todo en el carácter del almirante descartaba cualquier relación con Aquitania; era un hombre tremendamente independiente cuyas conversaciones estaban siempre entreveradas de mordaces observaciones sobre la política y la mentalidad del Pentágono. Pero si aquel flag había sido levantado oficialmente -ya fuera con su consentimiento o saltando por encima de sus objeciones-, Hickman no tendría más remedio de hacerle volver a la base para una investigación a fondo. Cualquier contacto podría provocarla inmediata cancelación de su

permiso; pero si no lo había, ni modo alguno de hablar con él, era evidente que no podrían darle la orden.

Connal se sentó en el sofá, con el maletín a los pies, cogió un lápiz y escribió dos palabras en el bloc que había junto al teléfono:

Llamar Meagen. Diría a su hermana que dijese que después del funeral de Press se había marchado con rumbo desconocido sin dar explicaciones. Eso casaba con lo que le había dicho al almirante de que iba a llevar su información a «las autoridades» que investigaban la muerte de Preston Halliday.

F: Podía ir a la policía de Bonn y decirle la verdad. Tenía todas las razones para creer que un colega norteamericano estaba siendo retenido contra su voluntad en la residencia del general Erich Leif-helm. Entonces, naturalmente, surgiría la pregunta inevitable: ¿Por qué no acudía el capitán de corbeta a la Embajada norteamericana? Lo que quería decir: el general Leifhelm es una figura destacada, y una acusación tan seria debe tener respaldo diplomático. Otra vez la Embajada. Además, se Leifhelm decía que tenía «amigos» en la Staatspolizei probablemente disponía de hombres clave en la policía de Bonn. Cualquier alarma podía hacer que trasladasen a Converse. 0 que lo matasen. G: ...era una locura, pensó el jurídico naval mientras una idea iba abriéndose lentamente paso en su conciencia, asumiendo repentinamente una vaga viabilidad. Un trato. Era algo que ocurría a diario en las reuniones previas, tanto civiles como militares. Prescindiremos de esto si ustedes aceptan aquello. No tocaremos este tema si ustedes no tocan este otro. Era una práctica corriente. Un trato. ¿Sería posible? ¿Cabía ni siquiera considerarlo? Era insensato y desesperado, pero en ese momento no había nada cuerdo que permitiese abrigar grandes esperanzas. Dado que había que descartar la fuerza, ¿podría haber un intercambio? Leifhelm por Converse. Un general por un teniente.

Connal no se atrevía a analizar; había demasiados aspectos negativos. Tenía que actuar por instinto dado que no le quedaba más, que no podía recurrir a nada que no condujese a una pared en blanco o a una bala. Se levantó del sofá, fue hasta el teléfono y cogió la guía que estaba en el suelo. Lo que tenía en la cabeza era una locura, pero más valía no pensar en ello. Encontró el nombre. Fishbein, Ilse. La hija ilegítima de Herman Goering.

Quedó concertada la cita: una mesa discreta en el café Hansa-Keller, en la Kaiserplatz, reservada a nombre de Parnell. Fitzpatrick había tenido en California la presencia de ánimo suficiente para poner en su equipaje un traje de paisano de lo más conservador, y ahora lo llevaba en su papel del abogado norteamericano mister Parnell, que hablaba muy bien el alemán y había sido enviado por su firma de Milwaukee (Wisconsin) para ponerse en contacto con una tal Ilse Fishbein en Bonn (Alemania Occidental). También tuvo la suficiente presencia de ánimo en Bonn para conseguir una habitación en el Schlosspark, en Venusbergweg, y poner el maletín de Converse donde estaría a salvo durante bastante tiempo, dejándole a Converse una pista por si las cosas iban mal. Una pista que Joel reconocería... si estaba vivo y en condiciones de rastrear.

Connal llegó con diez minutos de adelanto, no sólo para asegurarse la mesa sino para familiarizarse con el entorno y ensayar en silencio la conducta a seguir. Había hecho aquello mismo muchas veces, entrando en las salas de audiencia militares antes de una vista para probar los asientos, la altura de las mesas, el campo visual del tribunal sobre el estrado... Todo ayudaba.

Supo que era ella cuando la vio llegar y hablar con el maitre. Era alta y fuerte, no gorda sino llena de un modo escultural, sabedora de su madura sensualidad pero lo bastante inteligente para no hacer ostentación de ella. Llevaba un traje de verano gris claro, con la chaqueta abotonada por encima de los generosos pechos y un amplio cuello blanco que formaba un escote de lo más recatado. También su cara era llena pero no blanda, y los

Librodot

pómulos prominentes le daban una apariencia de carácter que de otro modo le hubiese faltado. Llevaba el pelo oscuro por los hombros, con leves mechas de un gris prematuro. La acompañó hasta la mesa el jefe de camareros. Fitzpatrick se levantó cuando la vio acercarse.

-Guten Tag, Frau Fishbein- dijo, alargando la mano-. Bitte, setzen Sie Sich.

-No hace falta que hable alemán, herr Parnell -dijo la mujer, soltándole la mano y deslizándose en la silla guiada por el jefe de camareros, que hizo una reverencia y se alejó-. Me gano la vida como traductora.

-Como a usted le sea más cómodo- dijo Connal.

-Pienso que dadas las circunstancias preferiría el inglés, y en voz baja, por favor. Dígame, ¿qué es esa cosa increíble de la que me habló por teléfono, señor Parnell?

-Sencillamente una herencia, señora Fishbein -dijo Fitzpatrick, con expresión sincera y mirada firme-. Si podemos arreglar algunas cuestiones técnicas, y estoy seguro de que podremos, recibirá, como heredera legítima, una importante suma de dinero.

-¿,De alguien de Norteamérica a quien no conozco?

-El... conocía a su padre.

-Yo no- se apresuró a decir Ilse Fishbein, lanzando miradas a las mesas cercanas-. ¿Quién es ese hombre?

-Formó parte del Estado Mayor de su padre durante la guerra -dijo Connal, bajando aún más la voz-. Con su ayuda, ciertos contactos en Holanda, salió de Alemania antes de lo de Nuremberg con gran cantidad de dinero. Vino a Estados Unidos pasando por Londres, con los fondos intactos, y puso en el Medio Oeste un negocio que le fue muy bien. Murió hace poco, dejando instrucciones selladas en mi firma, sus abogados.

-¿Pero por qué yo?

-Una deuda. Sin la influencia y la ayuda de su padre probable-mente nuestro cliente se hubiera podrido durante años en la cárcel en vez de triunfar como lo hizo en Norteamérica. Para los demás era un emigrante holandés cuyo negocio familiar fue destruido en la guerra y que buscó un futuro en Norteamérica. Ese futuro incluía considerables propiedades y una fábrica de carne en conserva muy floreciente, todo ello en trámite de venta. La herencia de usted pasa de los dos millones de dólares. ¿Tomará un aperitivo, mistress Fishbein?

Al principio la mujer no pudo responder. Con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída, miraba como en trance.

-Creo que si, herr Parnell -dijo en tono monótono cuando recuperó la voz-. Un whisky doble, por favor.

Fitzpatrick hizo seña al camarero, pidió las bebidas e intentó varias veces entablar una conversación superficial, haciendo comentarios sobre el buen tiempo y preguntando qué sitios debería visitar durante su estancia en Bonn. Fue inútil. Ilse Fishbein estaba a dos dedos del estado catatónico. Había cogido la muñeca a Fitzpatrick y se la apretaba en silencio con dedos fortísimos, mientras tenía los labios entreabiertos y los ojos como dos globos de cristal inexpresivos. Llegaron las bebidas, el camarero se marchó y ella seguía sin soltarlo. Bebió torpemente, tomando el vaso con la mano izquierda.

-¿Qué cuestiones son esas que hay que arreglar? Pregunte lo que sea, pídame lo que sea. ¿Tiene un sitio donde vivir? Aquí en Bonn está todo tan lleno...

-Es usted muy amable. Sí, ya tengo alojamiento. Trate de comprender, señora Fishbein; éste es un asunto extremadamente delicado. Como bien puede imaginar, no es el tipo de trabajo que hace feliz a un abogado norteamericano y, francamente, de no haber puesto nuestro cliente ciertas condiciones que relacionan la feliz conclusión de este aspecto de su testamento con la plena legalización, podíamos haber...

-¡Las cuestiones! ¿Cuáles son las cuestiones?

Librodot

Fitzpatrick hizo una pausa antes de responder, como el abogado solícito que permite una interrupción pero sigue atento a lo que le interesa.

-Todo será tratado confidencialmente, y el tribunal encargado de la legalización se reunirá a puerta cerrada.

-¿Con fotógrafos?

-En privado, señora Fishbein. Por el bien de la comunidad, y a cambio de determinados impuestos estatales y locales que podrían no ser pagados en caso de confiscación. Los tribunales superiores pueden decidir que todos esos bienes están abiertos a la discusión.

-Ya. ¡Las cuestiones! ¿Qué cuestiones son ésas?

-Realmente muy sencillas. He preparado ciertas declaraciones, que usted firmará con una garantía de que se trata de su firma. Se refieren a su condición familiar. Después hace falta una breve declaración que justifique sus derechos. Sólo necesitamos una, pero debe ser hecha por un antiguo miembro de alto rango del Ejército alemán, preferiblemente muy conocido, y al que los libros recientes de historia o los relatos de la guerra presenten como colaborador de su padre natural. Por supuesto, convendría contar con alguien conocido de los militares norteamericanos para el caso de que el juez decida llamar al Pentágono y preguntar de quién se trata.

-¡Tengo a ese hombre! -susurró Ilse Fishbein-. ¡Fue mariscal de campo, un brillante general!

-¿Quién es? -preguntó el jurídico naval, pero al momento se encogió de hombros, prescindiendo de la cuestión de la identidad como irrelevante-. Da igual. Sólo dígame por qué cree que ese mariscal de campo es la persona adecuada.

-Es muy respetado, aunque no todos estén de acuerdo con él. Fue uno de los jóvenes mandos grossmiichtigen, y en cierta ocasión lo condecoró personalmente mi padre.

-¿Pero le conocerá alguien entre el establishment militar norteamericano?

-Mein Gott! ¡Trabajó para los aliados en Berlín y en Viena después de la guerra!

-¿Si?

-¡Y en el SHAPE en Bruselas!

Si, pensó Connal, hablamos del mismo hombre.

-Estupendo. No se moleste en darme su nombre. No tiene importancia, y probablemente no me sonaría. ¿Puede ponerse en comunicación con él en seguida?

-¡En cosa de minutos! Está aquí en Bonn.

-Espléndido. Tengo que coger el avión de vuelta a Milwaukee mañana a mediodía.

-Vendrá usted a su casa y él dictará lo necesario a su secretaria.

-Me temo no poder hacerlo. La declaración debe ser autentificada por un notario. Tengo entendido que aquí siguen las mismas normas (y cómo no, si las inventaron ustedes), y el hotel Schlosspark tiene servicios tanto de mecanografía como de notaría. ¿Qué le parece esta noche, o tal vez mañana temprano? Enviaré un taxi a recoger a su amigo. No quiero que esto le cueste ni un pfening. Mi firma tendrá mucho gusto en abonar cualquier gasto que pueda ocasionarle.

ILse Fishbein soltó una risita levemente histérica.

-No conoce a mi amigo, mein Herr.

-Estoy seguro de que nos entenderemos. Y ahora, ¿qué le parece si almorzamos?

-Tengo que ir al tocador -dijo la alemana, con los ojos otra vez como globos de vidrio. Cuando se levantaba, y Connal con ella, susurró:

-Mein Gott! Zwei Millionen Dollar!

-¡Ni siquiera ha querido saber tu nombre! -exclamó Ilse Fishbein al teléfono-. ¡Es de un sitio llamado Milwaukee, en Wisconsin, y me ofrece dos millones de dólares norteamericanos!

-¿No preguntó quién era yo?

-¡Dijo que no importaba! En cualquier caso, probablemente no te conocería. ¿Te imaginas? ¡Se ofreció a enviar un taxi a buscarte! ¡Dijo que no quería que gastases ni un centavo!

-Es cierto que Goering fue excesivamente generoso durante las últimas semanas -refunfuñó Leifhelm-. Claro que estaba casi siempre drogado, y a los que le suministraban las drogas, que eran difíciles de conseguir, los recompensaba indicándoles el paradero de tesoros artísticos inapreciables. El último que le proporcionó los supositorios envenenados todavía vive como un emperador romano en Luxemburgo.

-¡Entonces es verdad! ¡Goering hacía esas cosas!

-Pero casi siempre sin saber lo que hacía -asintió de mala gana el general-. Esto es algo de lo más insólito y muy inoportuno, Ilse. ¿Te enseñó ese hombre algún documento, alguna prueba?

-Naturalmente -mintió Fishbein, cercana al pánico, pescando al vuelo las palabras que recordaba-. ¡Había un pliego en debida forma con la exposición jurídica y una... declaración, y todo ello va a ser tratado por los tribunales confidencialmente. ¡En privado! Es por los impuestos, que no serían pagados si confiscan las propiedades.

-No es la primera vez que lo oigo, Ilse -interrumpió cansinamente Leifhelm-. No hay códigos para los llamados criminales de guerra y sus «fondos expatriados», de modo que los muy hipócritas

les retuercen el cuello a sus no menos hipócritas normas en cuanto ven que van a costarles dinero.

-Eres siempre tan comprensivo, mi general, y yo te he sido siempre tan leal... Nunca te he negado nada, ni en lo profesional ni en cosas mucho más íntimas. ¡Por favor! ¡Dos millones de dólares! ¡Sólo te llevará unos minutos!

-Has sido como una buena sobrina, no puedo negarlo, Ilse, y de lo demás nadie puede saber una palabra. Muy bien; entonces esta noche. Ceno en el Steigenberger a las nueve. Me detendré en el Schlosspark hacia las ocho y cuarto. Puedes comprarme un regalo con tu, digamos, nueva riqueza mal adquirida.

-Te veré en el vestíbulo.

-Me acompañará mi chófer.

-Ach! ¡Tráete veinte hombres!

-El solo vale por veinticinco.

Fitzpatrick estaba sentado en una butaca en la pequeña sala de reuniones del segundo piso del hotel y examinaba la pistola, con el manual de instrucciones en las rodillas. Trataba de hacer casar lo que le había dicho el dependiente con los diagramas e instrucciones, y le alegró ver que sabía lo suficiente. Aquel arma tenía muchas semejanzas con el Colt del 45 reglamentario de la Armada, la única que le era familiar, y la información técnica era superflua para sus necesidades. Había comprado una automática Heckler & Koch PGS, de unas seis pulgadas de largo, calibre nueve milímetros y cargador de cápsulas. Las instrucciones hacían hincapié en puntos tales como el «rayado poligonal» y las «funciones del cerrojo giratorio deslizante». Dejó caer el manual al suelo y se entrenó en sacar el cargador y volver a ponerlo en su sitio. Sabía cargar el arma, apuntar y disparar. Era cuanto necesitaba, y confiaba en que lo último no fuese necesario.

Librodot

Miró su reloj. Casi las ocho. Se metió la automática en el cinturón, recogió las instrucciones, se incorporó y echó una ojeada a la habitación, comprobando mentalmente los movimientos y posiciones que había previsto para sí mismo. Como esperaba, la Fishbein le había dicho que Leifhelm vendría acompañado por alguien, un «chófer» en este caso, y debía suponer que ese hombre tenía otros cometidos. En tal caso no tendría ocasión de desempeñarlos.

La sala -una de las veintitantas para reuniones de que disponía el hotel, reservada a nombre de una compañía ficticia- no era grande, pero tenía una estructura aprovechable. La acostumbrada mesa rectangular estaba en el centro, con tres butacas a cada lado y dos en los extremos, una de ellas con un teléfono al lado. Contra las paredes había otros asientos para taquígrafos y observadores, todo muy normal. Sin embargo en el centro de la pared izquierda se veía una puerta que daba a un cuarto muy pequeño, al parecer utilizado para conversaciones privadas. Dentro había otro teléfono, que cuando se levantaba hacía que se encendiese una lucecita en el de la mesa de reuniones. La confidencialidad tenía sus límites en Bonn. La puerta de entrada daba a un pequeño vestíbulo, impidiendo así que quienes llegaban viesen la sala desde el pasillo.

Connal dobló las instrucciones de la Heckler & Kock, se las echó al bolsillo y se acercó a la mesa para inspeccionarla. Había ido a una tienda de objetos de escritorio y comprado los más apropiados. Al otro extremo de la mesa, junto al teléfono -colocado perpendicular al borde, con los botones claramente visibles, había varias carpetas cerca de una cartera abierta (con la distancia, el plástico oscuro parecía cuero del más caro), y esparcidos alrededor había papeles, bolígrafos y un bloc de papel amarillo del tamaño que empleaba la gente de toga, con las primeras páginas vueltas por las esquinas. El escenario era familiar para cualquiera que hubiese tenido alguna vez una cita con un abogado, que habría tenido buen cuidado de anotar sus astutas observaciones antes de la reunión.

Fitzpatrick volvió hasta el asiento, lo adelantó un poco y fue hacia la puerta del pequeño cuarto lateral. Había dado las luces -dos lámparas de mesa a los lados de un corto sofá-, y ahora fue a la que estaba sobre el teléfono y la apagó. Después volvió a la puerta abierta y estuvo entre ella y la pared, atisbando por la estrecha rendija vertical que sólo interrumpían las bisagras superior e inferior. Se veía claramente la entrada del vestíbulo. Entrarían tres personas en la sala de reuniones y entonces saldría él.

Llamaron en la puerta del pasillo, con el golpear rápido e impaciente de una heredera incapaz de dominarse. Fitzpatrick había dicho a la Fishbein dónde estaba la sala, pero nada más. Ni nombre ni número, y en su ansiedad ella no había preguntado ninguno de los dos. Fitzpatrick fue a la mesa del pequeño cuarto, levantó el teléfono y lo puso a un lado. Después volvió a su puesto detrás de la puerta, y se situó de modo que pudiese mirar por la rendija, con su cuerpo en la sombra. Sacó la pistola del cinturón, la sostuvo frente a sí y gritó en tono jovial, lo bastante alto para ser oído en el pasillo del hotel:

-Bitte, kommen Sie Herein! Die Türe ist o f fen. Ich tele foniere gerade!

El ruido de la puerta al abrirse precedió a Ilse Fishbein, que entró rápidamente en la habitación, con los ojos clavados en la mesa de juntas. La seguía Erich Leifhelm, que echó una ojeada a su alrededor y se volvió ligeramente haciendo signos de aquiescencia. En seguida apareció un tercer hombre, con uniforme de chófer y la mano en el bolsillo de su chaqueta negra. Después Connal oyó el segundo sonido que necesitaba oír. La puerta del pasillo se cerró con fuerza.

Echó hacia atrás la pequeña puerta y se adelantó rápidamente, con el brazo extendido y la pistola apuntando al chófer.

-¡Usted!-gritó en alemán-. ¡Saque la mano del bolsillo! ¡Despacio! -Por un instante pareció que la mujer iba a ahogarse, y al fin abrió la boca para gritar, pero Fitzpatrick se adelantó con aspereza-. ¡Estése callada! Su amigo sabe que no tengo nada que perder. Puedo

Librodot

matarlos a los tres y estar fuera del país antes de una hora, dejando que la policía busque a un tal mister Parnell que nunca existió.

El chófer, sin dejar de ondular los músculos de la mandíbula, sacó la mano del bolsillo con los dedos rígidos. Leifhelm miraba con una mezcla de rabia y temor la pistola de Connal, con la cara ya no pálida sino encendida.

-¿Cómo se atreve...?

-Me atrevo, mariscal de campo -dijo Fitzpatrick-, lo mismo que usted se atrevió hace cuarenta años a violar a una chiquilla y asegurarse de que ni ella ni su familia volvían a salir de los campos de concentración. Puede apostar la cabeza a que me atrevo, y yo en su lugar no daría el más ligero motivo para que me enfade más de lo que estoy. -Después se dirigió a la mujer-. Usted. Dentro de esa cartera que está sobre la mesa hay ocho trozos de cuerda. Empiece por el chófer. Atele las manos y los pies, yo le diré cómo. ¡Venga! ¡Rápido!

Cuatro minutos más tarde el chófer y Leifhelm estaban sentados en sendas butacas, con los tobillos y las muñecas atados y el arma del chófer fuera de su bolsillo. Connal comprobó las cuerdas, cuyos nudos habían sido hechos siguiendo sus instrucciones. Estaban bien seguros; cuanto más se moviesen más se apretarían. Ordenó a la aterrada Fishbein sentarse en una tercera butaca y la ató las manos a sus brazos y los pies a sus patas.

Se incorporó, cogió la automática de la mesa y se acercó a Leifhelm, sentado en la silla cercana al teléfono iluminado.

-Bien -dijo, apuntando con la pistola a la cabeza del alemán-. Tan pronto como cuelgue el teléfono de la otra habitación vamos a hacer una llamada desde aquí.

Fue rápidamente al pequeño cuarto lateral, colgó el teléfono y volvió. Se sentó junto al atado Leifhelm y sacó de la cartera abierta un trozo de papel. En él estaba escrito el número de teléfono de la mansión del general en el Rhin, más allá de Bad Godesberg.

-¿Qué cree que va a conseguir? -preguntó Leifhelm.

-Un trato -replicó Fitzpatrick, con el cañón de la pistola apretado contra la sien del alemán-. Usted por Converse.

-Mein Gott! -susurró Ilse Fishbein mientras el chófer se removía haciendo fuerza contra las cuerdas, que se le clavaban en las muñecas.

-¿Cree que alguien va a hacerle caso, y mucho menos a cumplir sus órdenes?

-Lo harán si quieren volver a verlo vivo. Sabe que tengo razón, general. Esta pistola no hace mucho ruido; me aseguré de ello. Puedo poner la radio, matarlo y salir en avión de Alemania antes de que lo encuentren. Esta sala está reservada toda la noche con instrucciones de que no nos molesten por ningún motivo.

Connal cambió el arma a su mano izquierda, cogió el teléfono y marcó el número escrito en el trozo de papel.

-Guíen Tag. Hier bei General Leifhelm.

-Haga que alguien con autoridad se ponga al teléfono -dijo el jurídico naval en perfecto alemán-. Tengo una pistola a menos de treinta centímetros de la cabeza del general Leifhelm y voy a matarlo ahora mismo a no ser que haga lo que le digo.

Hubo gritos ahogados al otro lado de la línea mientras una mano mantenía tapado el micrófono. A los pocos segundos una voz con acento británico dijo pausadamente en inglés:

-¿Quién es y qué quiere?

-¡Vaya! ¡Pero si es el mayor Philip Dunstone! ¿No era ése el nombre? No parece usted tan amable como anoche.

-No se precipite, capitán. Lo lamentaría.

-Y usted no haga ninguna estupidez o Leifhelm lo va a lamentar antes. Es decir, hasta que ya no esté en condiciones de lamentar nada. Tiene una hora para llevar a Converse al

aeropuerto y hacerle cruzar la entrada de seguridad de la Lufthansa. Tiene una reserva para el vuelo de las diez a Washington, vía Frankfurt. Me he encargado de todo. Estaré llamando al número de la habitación donde van a llevarlo y espero hablar con él. Cuando lo haga, me iré de aquí y le llamaré desde otro teléfono para decirle dónde está su jefe. Sólo tiene que llevar a Converse a esa entrada de seguridad. ¡Una hora, mayor!

Fitzpatrick puso el teléfono junto a la cara de Leifhelm y oprimió el cañón de la pistola contra la sien del alemán.

-Haz lo que te dicen -dijo el general, atragantándose.

Transcurrieron los minutos lentamente, pasó un cuarto de hora, después media hora, y al final fue Leifhelm quien rompió el silencio.

-De modo que la encontró -dijo, haciendo un gesto con la cabeza hacia Ilse Fishbein, que temblaba mientras le corrían las lágrimas por las llenas mejillas.

-Lo mismo que descubrimos lo de Munich hace cuarenta años y un montón de cosas más. No se preocupe porque pueda no cumplir lo que he prometido a su mayordomo inglés. Por nada del mundo me perdería el día en que todos vean lo que realmente son. Tipos como usted dan a los militares del mundo entero una pésima reputación.

Hubo una leve conmoción en el pasillo, frente a la puerta. Connal levantó la vista, alzó la pistola y la sostuvo pegada a la cabeza de Leifhelm.

-Was ist? -dijo el alemán, encogiéndose de hombros.

-Keine Bewegung!

Del pasillo del hotel llegaron los sones de una melodía cantada por voces masculinas bastante desafinadas. La reunión en una de las otras salas había terminado, al parecer tanto por la excesiva ingestión de alcohol como por haber completado la agenda. Una risa ronca interrumpió el estribillo mientras intentaban sin éxito conjuntarse. Fitzpatrick se relajó y bajó la automática. Nadie de fuera sabía el nombre ni el número de la sala.

-Dice usted que hombres como yo dan a su profesión, que es también la mía, muy mala fama -dijo Leifhelm-. ¿No se le ha ocurrido, capitán, que nosotros podemos elevar esa profesión, darle grandeza y hacerla indispensable en un mundo que tanto nos necesita?

-¿Que nos necesita? Más necesitamos nosotros al mundo, y no a su clase de mundo. Ya lo intentaron una vez, ¿no se acuerda?

-Entonces fue una nación conducida por un loco y que trataba de imponer su imprimátur al mundo. Ahora son muchas naciones con una misma clase de profesionales abnegados las que se reúnen para el bien de todos.

-¿Definido por quién? ¿Por ustedes? Es usted un tipo curioso, general. No puedo por menos de dudar de sus afanes benéficos.

-Los errores de un joven a quien le fueron negados el nombre y las oportunidades a que tenía derecho no deberían ser esgrimidos contra él medio siglo después.

-Creo que recuperó el tiempo perdido lo más de prisa y lo más brutalmente que pudo. No me gustan sus remedios.

-Carece de visión.

-Gracias a Dios la mía no es la suya. -El coro del pasillo disminuyó brevemente y después volvió a aumentar, más discordante y más fuerte que antes-. Quizá sean algunos de sus antiguos playboys de Dachau que celebran una juerga.

Leifhelm se encogió de hombros.

De repente se abrió la puerta, que fue a estrellarse contra la pared, y entraron corriendo tres hombres. El aire se llenó de bufidos mientras disparaban sus pistolas con silenciador sacudiendo las manos atrás y adelante. Las balas mordieron la superficie de la mesa haciendo saltar astillas por todas partes. Fitzpatrick sintió repetidas puñaladas de un dolor intenso en el

brazo mientras volaba de su mano la automática. Vio cómo la sangre iba empapando el tejido de su manga derecha. Aunque conmocionado, miró a su alrededor. Ilse Fishbein estaba muerta, con la sangrante calavera destrozada por una granizada de balas. El chófer sonreía groseramente. La puerta estaba ya cerrada como si nada hubiera ocurrido.

-Stümper -dijo Leifhelm mientras uno de los invasores cortaba las cuerdas de sus muñecas-. Usé esa palabra ayer mismo, capitán, pero no sabía hasta qué punto acertaba. ¿Creía que no era posible localizar una única llamada de teléfono hasta una única sala? Era todo demasiado simétrico y coincidente. Tenemos a Converse y de repente a esa pobre fulana le cae una fortuna inmensa, dinero norteamericano. Le concedo que era muy posible, pues esos legados son frecuentes por parte de pobres idiotas hartos de salchichas que no se dan cuenta del mal que hacen, pero la coincidencia era demasiado perfecta, demasiado... de aficionados.

-Es usted un hijo de perra.

Connal cerró los ojos tratando de expulsar el dolor de su mente. Era ya incapaz de mover los dedos.

-¿Por qué, capitán-dijo el general, levantándose-, me parece estar oyendo la clásica bravata del miedo? ¿Es que cree que voy a mandar que lo maten?

-Tendrá que conformarse con que se lo parezca. No pienso con-cederle nada más.

-Está muy equivocado. Dado el carácter de su permiso militar, puede sernos de una utilidad menor pero única. Una estadística más para romper una pauta. Va a ser nuestro huésped, capitán, pero no en Alemania propiamente dicha. Va a hacer un viaje.

17

Converse abrió lentamente los ojos, con un peso muerto como de hierro en los párpados y náuseas en la garganta, turbia oscuridad por todas partes y una terrible punzada en el costado, en el brazo, carne separada de la carne, estirada e inflamada. Trató a ciegas de tocar el sitio afectado, pero el dolor le hizo retirar en seguida la mano. La luz se colaba por alguna parte hasta el espacio oscuro que había por encima de él, abriéndose paso por entre obstáculos móviles, invadiendo la sombra. Poco a poco iban haciéndose visibles los objetos, el borde metálico del catre pegado a su cara, dos sillas de madera una frente a otra junto a una pequeña mesa a lo lejos, una puerta también lejana, pero más allá y cerrada... Después otra puerta, esta abierta, y un lavabo blanco con un par de grifos de metal sin brillo a la izquierda, en un cubículo muy lejano. ¿La luz? Seguía moviéndose, y ahora bailaba, oscilaba. ¿Dónde estaría?

Lo descubrió: en lo alto de la pared, a ambos lados de la puerta cerrada, había dos ventanas rectangulares cuyas breves cortinas se movían con la brisa. Las ventanas estaban abiertas, pero curiosamente no del todo, no claras. El espacio de ambas parecía como interrumpido. Joel levantó la cabeza apoyándose en el antebrazo y miró de reojo, tratando de ver más claramente. Fijó la vista en las interrupciones que había detrás de las cortinas oscilantes, finos trazos de metal negro que conectaban verticalmente el marco de la ventana. Eran barrotes. Estaba en una celda.

Se dejó caer en el catre, tragando repetidamente para aliviar la quemazón de la garganta, y movió el brazo en círculo tratando de aminorar el dolor de la... ¿herida? !Si, una herida, un tiro! La comprobacion sacudió su memoria. Una cena se había convertido en un campo de batalla dominado por la histeria. Luces cegadoras y repentinas sacudidas de dolor acompañados por voces estridentes que lo bombardeaban, por ecos incesantes que le golpeaban los oídos mientras trataba desesperadamente de repeler los punzantes ataques. Después había habido momentos de calma, el murmullo de una sola voz entre la niebla.

Converse cerró los ojos y apretó los párpados con toda su fuerza mientras otro recuerdo lo asaltaba sacudiéndolo hasta lo más hondo. Aquella voz que oía entre neblinas era su voz. Lo habían drogado, y sabía que había confesado muchas cosas.

Ya le habían drogado otras veces, varias, en los campos norvietnamitas, y, como siempre, ahora tenía la deprimente sensación del inerme agraviado. Su mente había sido despojada y violada, habían hecho a su voz traicionarse a sí misma contra los últimos vestigios de su voluntad.

Y, también como siempre, allí estaba el vacío en su estómago, un vacío profundo que sólo producía debilidad. Se sentía hambriento v probablemente lo estaba. Las drogas solían provocar vómito, al rechazar los intestinos aquella substancia antinatural. Era extraño, pensó abriendo los ojos para seguir los movimientos de la luz, pero aquellos recuerdos de hacía años hacían surgir los mismos instintos de autoprotección que le habían ayudado entonces. No podía malgastar energías; tenía que conservar cuantas fuerzas le quedaban y acumular nuevas. De otro modo no habría más que aquel sórdido ultraje, y ni su mente ni su cuerpo podrían hacer nada contra ello.

Hubo un ruido al otro lado del recinto, y después otro y otro. El ruido metálico le dijo que estaban descorriendo un cerrojo, y el sonido de una llave seguido por el girar de un pomo significaba que la puerta de la pared mas lejana estaba a punto de abrirse. Así fue, y un chorro de sol cegador inundó la celda. Converse se tapó los ojos y miró por entre los dedos. En el umbral estaba la silueta borrosa y raída de un hombre que llevaba un objeto plano. La silueta entró y Joel, parpadeando, vio que era el chófer que le había cacheado electrónicamente frente a la casa.

El conductor uniformado fue hasta la mesa y posó con destreza el objeto plano; era una bandeja, con su contenido cubierto por un paño. Sólo entonces la atención de Converse volvió a la puerta iluminada. Fuera, arremolinándose ansiosa, estaba la manada de Dobermans, con los relucientes ojos negros clavados continuamente en la puerta y enseñando los dientes en un interminable y silencioso gruñido.

-Guíen Morgen, mein Herr -dijo el chófer de Leifhelm; y en seguida, cambiando al inglés-: Tenemos otro día precioso.

-Ahí fuera hace sol, si es a eso a lo que se refiere -replicó Joel sin dejar de protegerse los ojos con la mano-. Supongo que debería estar agradecido por poder verlo después de lo de anoche.

-¿Lo de anoche? -El alemán hizo una pausa y después añadió con calma-: Fue hace dos noches, Amerikaner. Lleva usted aquí treinta y tres horas.

-¿Treinta? -Converse se esforzó por levantarse y echó las piernas al suelo por el borde del catre. Al instante sintió un mareo; había perdido demasiada fuerza. ¡Oh Christ! No malgastes movimientos. Volverán. ¡Esos bastardos!-. Bastardos -dijo en voz alta pero sin la menor emoción. Después se dio cuenta por primera vez de que estaba sin camisa y vio el vendaje de su brazo izquierdo, desde el codo hasta el hombro, donde tenía la herida de bala-. ¿Es que alguien falló el tiro a mi cabeza? -preguntó.

-Me dijeron que se lo había hecho usted mismo. Trató de matar al general Leifhelm pero se hirió usted mismo al querer los demás arrebatarle el arma.

-¿Que yo traté de matar...? ¿Con mi pistola inexistente, la que usted se aseguró bien de que no tenía?

-Fue usted demasiado listo para mí, mein Herr.

-¿Y ahora qué pasa?

-¿Ahora? Ahora va a comer. Tengo instrucciones del médico. Empezará con el Hafergrütze... ¿Cómo dicen ustedes?, el porridge.

-Gachas calientes o cereales con leche desnatada o en polvo. Después huevos pasados por agua con píldoras. Y si todo eso pasa, un poco de carne picada, y si no la echa, unas cucharadas de puré de nabos, de patata o de calabaza, lo que haya a mano.

-¿Cómo sabe eso? -preguntó el hombre uniformado, realmente sorprendido.

-Es la dieta básica -dijo cínicamente Converse-. Varía con el territorio y los suministros. Una vez tomé algunas comidas que no estaban mal. Parece que ustedes proyectan volver a ponerme a ese régimen.

El alemán se encogió de hombros.

-Yo hago lo que me dicen. Le traigo la comida. Aquí; permítame ayudarle.

Joel miró al chófer mientras éste se aproximaba al catre.

-En otras circunstancias le escupiría en su maldita cara, pero silo hiciese no tendría esa ligerísima posibilidad de volver a escupir en ella en otra ocasión. Puede ayudarme. Tenga cuidado con el brazo.

-Es usted un hombre muy extraño, mein Herr.

-Y ustedes ciudadanos perfectamente normales que toman el primer tren para Larchmont a fin de poder tragar diez martinis antes de ir a la reunión de la Asociación Padres-Profesores.-Was ist? No he oído nada de esa reunión.

-Lo mantienen en secreto; no quieren que usted lo sepa. Yo en su lugar saldría de la ciudad antes de que le hagan presidente.

-Mich? Prasident?

-Ayúdeme a sentarme, como un buen chico ario, ¿quiere?

-Ah, está de broma, ja?

-Probablemente no -dijo Converse, acomodándose en la silla de madera-. Es una costumbre terrible que me gustaría perder-. Miró al desconcertado alemán-. Sabe, no dejo de intentarlo -dijo con toda seriedad.

Pasaron otros tres días, sin más visitas que la del chófer acompañado por la hosca y nerviosa manada de Dobermans. Le dieron su muy registrada maleta. Faltaban del neceser las tijeras y la lima de uñas, pero la afeitadora eléctrica estaba intacta. Era su manera de decirle que su presencia había sido borrada de Bonn, dejándole especular penosamente sobre la suerte corrida por Connal Fitzpatrick. Pero había una incoherencia, y, en cuanto tal, una base para la esperanza. No hubo la menor alusión a su maletín ni mediante pruebas visuales -la página de un dossier, tal vez- ni a través de sus breves diálogos con el mecánico de Leifhelm. Los generales de Aquitania eran hombres con un ego inmenso y si tuviesen aquellos materiales en su poder se lo habrían hecho saber.

En cuanto a sus conversaciones con el chófer, se limitaban a preguntas por su parte y disciplinadas bromas por la del alemán, sin sombra de respuesta, o al menos sin ninguna que tuviese sentido.

-¿Cuánto va a durar esto? ¿Cuándo voy a ver a alguien que no sea usted?

-Aquí no hay nadie, señor, excepto el personal. El general Leifhelm está fuera... En Essen, creo. Nuestras instrucciones son alimentarlo bien y restaurar su salud.

Incomunicado. Lo tenían en una celda de aislamiento.

Pero la comida no era como la que se da a los presos en otros sitios. Se componía de asados de vaca y cordero, chuletas, aves, pescado fresco y vegetales que sin duda venían directamente de un huerto cercano. Y vino, que al principio Joel se resistía a beber, pero cuando lo hizo incluso él pudo darse cuenta de que era superior.

Librodot

Al segundo día, para evitar tanto el pensar como todo lo demás, había empezado a hacer ejercicios suaves, lo mismo que en aquella otra ocasión, hacía tantos años. El tercer día consiguió sudar durante una sesión de carrera estacionaria, un sudor saludable, que le anunciaba que las drogas habían abandonado su cuerpo. Aún quedaba la herida del brazo, pero cada vez pensaba menos en ella. Curiosamente, no era grave.

Al cuarto día ya no se conformó con preguntas y reflexiones. El confinamiento y la enloquecedora frustración de la falta de respuestas le obligaron a volverse a otra parte, a lo práctico, a la consideración más necesaria a la que se enfrentaba: la huida. Cualquiera que fuese el resultado había que intentarlo. Cualesquiera que fuesen los planes que Delavane y sus discípulos de Aquitania tuvieran para él, obviamente incluían su aparición, probablemente muerto, sin rastro de drogas en su cuerpo. De lo contrario lo habrían matado en el acto y se habrían deshecho del cadáver de cualquiera de los muchos modos posibles que no dejan huella. Ya lo había hecho una vez. ¿Podría repetirlo?

No estaba pudriéndose en una celda infestada de ratas ni había un terrible cañoneo a lo lejos, en la oscuridad, pero era mucho más importante conseguirlo ahora que lo había sido hacía dieciocho años. Y qué extraordinaria ironía: hacía dieciocho años había deseado escaparse y hablar a quien quisiera oírlo de un loco de Saigón que enviaba a incontables chiquillos a la muerte o, peor aún, dejaba que esos chiquillos tuviesen que pasar vacíos de mente y sentimientos el resto de su vida. Ahora debía hablar al mundo de aquel mismo loco.

Tenía que salir. Tenía que contar al mundo lo que sabía.

Converse estaba de pie en la silla de madera, con la pequeña cortina descorrida, mirando hacia fuera por entre los negros barrotes. Su cabaña, casa o cárcel, lo que quiera que fuese, parecía haber caído del cielo sobre un claro del bosque. Hasta donde podía ver en todas direcciones había una muralla de altos árboles y espeso follaje, y un camino de tierra que torcía a la izquierda bajo la ventana. El claro en sí terminaba a no más de seis o siete metros de la casa, comienzo del denso verdor, y suponía que sería igual por todos lados, como lo era desde la otra ventana que había a la izquierda de la puerta, sólo que aquí no había camino debajo, sólo una especie de rastrojo de yerbajos parduzcos. Las dos ventanas eran las únicas vistas que tenía. El resto de aquella cárcel aislada se componía de paredes sin solución de continuidad y un pequeño ventilador en el techo del cuarto de baño, pero sin otras aberturas.

De lo único que podía estar seguro, dado que el chófer, los perros y las comidas calientes le probaban que seguía dentro de los terrenos de la mansión de Leifhelm, era de que el río no debía estar lejos. No podía verlo, pero estaba allí y le daba esperanzas, o, mejor aún, una sensación de morboso júbilo que arraigaba en su memoria. En una ocasión, las aguas de un río habían sido sus amigas, sus guías, una especie de cordón umbilical que lo había llevado a través de lo peor de su viaje. Un afluente del Huong Khe, al sur de Duc Tho, lo había transportado silenciosamente de noche bajo puentes y patrullas de paso y junto a los campamentos de tres batallones. Las aguas del Rhin, como la corriente del Huong Khe hacía años, serían su camino hacia la libertad.

Los múltiples ruidos de patas golpeando la tierra precedieron al pelo oscuro y veteado de los Dobermans, que pasaron corriendo bajo la ventana, frenaron de pronto y rodearon en tumulto la puerta. El chófer venía de camino con un desayuno más bien insólito para un preso incomunicado. Joel se bajó de la silla y rápidamente la llevó junto a la mesa, la puso en su sitio y se fue al catre. Se sentó, se deshizo de los zapatos de sendas patadas y se tumbó en la almohada, con las piernas estiradas sobre la arrugada manta.

Descorrieron el cerrojo, metieron la llave, giró el grueso pomo y se abrió la puerta. Como hacía cada vez que entraba, el alemán empujó el centro de la puerta con la mano derecha mientras sostenía la bandeja con la izquierda. Sin embargo esa mañana traía en la

derecha un objeto voluminoso que la cegadora luz solar oscurecía para Converse. El hombre entró y, más torpemente que de costumbre, dejó la bandeja sobre la mesa.

-Tengo una agradable sorpresa, mein Herr. Anoche hablé por teléfono con el general Leifhelm y me preguntó por usted. Le dije que se estaba recuperando espléndidamente y que le había cambiado el vendaje de su desdichada herida. Después se le ocurrió que no tenía usted nada que leer, y eso le disgustó. De modo que hace una hora me llegué a Bonn y compré tres números del International Herald Tribune.

El conductor dejó los periódicos enrollados junto a la bandeja.

Pero no eran los números del Herald Tribune lo que miraba Joel, sino el cuello del alemán y el bolsillo superior de su chaqueta de uniforme. Porque rodeando aquel cuello y formando ángulo hacia aquel bolsillo había una fina cadena, con el extremo saliente de un silbato de plata tubular claramente visible contra la tela oscura. Converse miró hacia la puerta. Los Dobermans estaban sentados, respirando ruidosamente y salivando, pero, a todos los efectos, inmóviles. Recordó su llegada a la monumental guarida del general, y al extraño inglés que dominaba a los perros con un silbato de plata.

-Dígale a Leifhelm que aprecio lo de la lectura, pero le quedaría mucho más agradecido si pudiese salir de aquí unos minutos.

-Ja, con un billete de avión para las playas del sur de Francia, nein?

-¡Por el amor de Dios! ¡Sólo para dar un paseo y estirar las piernas! ¿Qué ocurre? ¿Es que no pueden usted y esa jauría de perros babeantes vigilar a un hombre desarmado mientras toma un poco el aire? No; probablemente está demasiado asustado para intentarlo. -Joel hizo una pausa y después añadió, burlándose del acento del alemán-: Io hako lo que me dizen.

Se borró la sonrisa en la cara del mecánico.

-La otra noche me dijo que no iba a pedirme disculpas sino a romperme el cuello. Era una broma, claro, una broma tan divertida que me dan ganas de reír.

-Eh, vamos -dijo Converse, cambiando de tono mientras bajaba las piernas del catre y se sentaba-. Es usted diez años más joven que yo y veinte veces más fuerte. Me sentía insultado y reaccioné estúpidamente, pero está loco si piensa que voy a levantarle la mano. Lo siento. Ha sido bueno conmigo y aquello fue una estupidez.

-Ja, fue usted estúpido -dijo el alemán sin rencor-. Pero también tenía razón. Yo hago lo que me dicen. ¿Y por qué no? Es un privilegio recibir órdenes del general Leifhelm. Ha sido gut conmigo.

-¿Lleva mucho tiempo con él?

-Desde Bruselas. Yo era sargento en las patrullas fronterizas de la República Federal. Escuchó mi problema y se interesó por mi caso. Hizo que me trasladasen a la guarnición de Brabante y me convertí en su chófer.

¿Cuál era su problema? Ya sabrá que soy abogado.

-Me acusaban de haber estrangulado a un hombre. Con mis manos.

-¿Y lo hizo?

-Ja. Quería clavarme un cuchillo en el estómago... y más abajo. Decía que me había aprovechado de su hija. No me aproveché; no hacía falta. Era una puta... No había más que ver la ropa que llevaba, cómo andaba... Es ist klar! ¡Y el padre era un cerdo!

Joel miró al hombre, a la turbia malevolencia que había en sus ojos.

-Comprendo las simpatías del general Leifhelm.

-Ahora ya sabe por qué hago lo que me dicen.

-Claramente.

-Llamará a mediodía para saber si hay algún recado para él.

Librodot

Le preguntaré lo de su paseo. Ya sabe que basta una palabra mía y los Dobermans no le dejarán un hueso sano.

-Simpáticos cachorrillos -dijo Converse, dirigiéndose a la manada que esperaba fuera.

Llegó el mediodía y le fue concedido el privilegio. El paseo iba a tener lugar a continuación del almuerzo, cuando volviese el mecánico para llevarse la bandeja. Volvió, y después de varias severas advertencias Joel se aventuró fuera, con los Dobermans a su alrededor olisqueándolo con sus negros hocicos, exhibiendo sus dientes relucientes y relamiéndose ya con sus lenguas de un rojo azulenco. Converse miró a su alrededor; por primera vez veía que la pequeña casa estaba hecha de piedra gruesa y sólida. El extraño pelotón inició su paseo higiénico camino arriba, con Joel cada vez más atrevido a medida que los perros perdían interés por él bajo las ásperas reprimendas que les prodigaba el alemán. Empezaron a correr delante y a reagruparse en círculos, jugueteando pero sin dejar de mirar a su amo y al preso. Converse apretó el paso.

-Solía hacer mucho jogging allá en mi país -mintió.

-Was ist «jogging».

-Correr. Es bueno para la circulación.

-Si corre ahora, mein Herr, se va a quedar sin circulación. Los Dobermans se encargarán de ello.

-He oído de gente a la que le dio un infarto por correr demasiado -dijo Joel, acortando el paso, pero sin reducir la velocidad con que sus ojos miraban en todas direcciones. El sol estaba en lo alto; no servía para orientarse.

El camino de tierra era como una línea marcada en una intrincada red de sendas ocultas. Estaba bordeado de espeso follaje, y en su mayor parte entoldado por ramas que colgaban bajas, para después abrirse en cortos tramos de yerbazal que podían o no conducir a otras sendas. Llegaron a una bifurcación, cuya rama derecha se apartaba en curva para entrar en un túnel de verdor. Los perros se precipitaron instintivamente por él, pero fueron detenidos por las órdenes en alemán que les gritó el chófer. Giraron en redondo, tropezando unos con otros, y volvieron a la bifurcación, para después entrar a la carrera en el camino más ancho de la izquierda. Era una cuesta y se detuvieron en lo alto, donde los árboles eran más pequeños y ralos y la espesura de zarzales más salvaje y pegada al suelo. El viento, pensó Converse. El viento de un valle; un viento que soplaba hacia arriba desde una depresión, desde una larga y estrecha cortadura, la clase de viento que el piloto de un pequeño avión evita a la primera señal de tormenta. Un río.

Allí estaba, a su izquierda; iban hacia el este. El Rhin estaba abajo, quizá una milla más allá de la línea inferior de altos árboles. Ya había visto lo suficiente. Empezó a respirar con fuerza. La alegría que sentía era intensa; podría haber caminado millas. Estaba otra vez a orillas del Huong Khe, del oscuro cordón umbilical que lo llevaría lejos de las jaulas del Mekong, de las celdas y las drogas. Ya lo había hecho antes. ¡Iba a hacerlo otra vez!

-Muy bien, mariscal de campo -dijo al mecánico de Leifhelm, mirando el silbato de plata que asomaba por su bolsillo-. No estoy en tan buena forma como creía. ¿Esto es una montaña! ¿No tienen praderas o pastizales?

-Yo hago lo que me dicen, mein Herr -replicó el hombre, son-riendo-. Esos están más cerca de la casa principal. Tiene que pasear por aquí.

-Pues aquí es donde le doy y no le doy las gracias. Lléveme otra vez a mi cabaña y verá qué tonada tan bonita toco para usted.

-No comprendo.

-Estoy hecho polvo y no he terminado los periódicos. Hablando en serio, quiero agradecérselo. Realmente necesitaba tomar el aire. -Sehr gut. Es usted un tipo encantador.

-No se hace usted idea, mi buen muchacho ario.

Ach, y tan divertido. Die Juden sind in Israel, nein? Mejor que en Alemania.

-A Nate Simon le encantaría usted. Se haría cargo de su caso gratis sólo para perderlo... No, es incapaz. Probablemente le haría la mejor defensa que ha tenido nunca.

Converse estaba de pie en la silla de madera bajo la ventana situada a la izquierda de la puerta. Sólo tenía que oír y ver a los perros; después dispondría de veinte o treinta segundos. Los grifos del cuarto de baño estaban abiertos, igual que la puerta. Había tiempo suficiente para atravesar corriendo la habitación, tirar de la cadena, cerrar la puerta y volver hasta la silla. Pero no para subirse en ella. La tendría bien agarrada, a un lado. El sol iba descendiendo rápidamente; antes de una hora sería de noche. La oscuridad ya había sido antes su amiga, igual que las aguas de un río, y tenían que volver a serlo. ¡Tenían que serlo!

Primero fueron los ruidos -batir de patas y explosiones nasales- y después la imagen de oscuras y relucientes pieles de animal describiendo círculos frente a su encierro. Joel corrió al cuarto de baño, concentrándose en los segundos mientras esperaba a oír descorrer el cerrojo. Cuando lo oyó, tiró de la cadena, cerró la puerta y volvió corriendo hasta la silla. La levantó y se quedó quieto, con los pies clavados al suelo. Se abrió la puerta unos centímetros... sólo unos segundos... y después la mano derecha del alemán la empujó hacia atrás.

-¿Herr Converse? Wo sind...? Ach, die Toilette.

Entró el chófer con la bandeja y Joel le lanzó con todas sus fuerzas la silla a la cabeza. El mecánico se tambaleó mientras bandeja y plato iban a estrellarse en el suelo. Estaba asombrado, nada más. Converse cerró la puerta de un puntapié y golpeó repetidamente con la pesada silla el cráneo del chófer, hasta que el hombre se desplomó, con la sangre y la saliva corriéndole por ojos y cara.

Los perros habían girado al unísono hacia la puerta súbitamente cerrada y empezaron a ladrar arañando la madera.

Joel agarró la cadena de plata, la sacó por la cabeza del alemán y extrajo el silbato del bolsillo. Había cuatro pequeños agujeros en el tubo y cada uno de ellos significaba algo. Arrastró la otra silla hasta la ventana de la derecha de la puerta, se subió en ella y se llevó el silbato a los labios. Tapó el primer agujero y sopló. No se oyó nada, pero aquello tuvo su efecto.

¡Los Dobermans se pusieron como locos! Empezaron a atacar la puerta en asaltos suicidas. Joel levantó el dedo, lo pasó al segundo agujero y sopló.

Los animales parecían confusos; daban vueltas unos alrededor de otros gruñendo, tirando mordiscos y lanzando gañidos, pero sin apartarse de la puerta. Joel probó con el tercer agujero y sopló con todo su aliento.

De pronto los perros cesaron en sus movimientos y quedaron alerta, con sus orejas rapadas tiesas y expectantes. Esperaban una segunda señal. Joel volvió a soplar, de nuevo con toda su fuerza. Era el sonido que aguardaban, y de nuevo como un solo cuerpo la jauría echó a correr hacia la derecha y pasó bajo la ventana galopando hacia algún otro lugar a donde los empujaba la orden recibida.

Converse saltó de la silla y se arrodilló junto al alemán. Le registró rápidamente los bolsillos y cogió la billetera con el dinero, así como el reloj de pulsera... y la pistola. Por un instante Joel contempló el arma, odiando los recuerdos que evocaba. Se la puso bajo el cinturón y fue hacia la puerta.

Ya fuera, tiró de la pesada puerta para cerrarla. Oyó el clic del pestillo y volvió a echar el cerrojo. Corrió por el camino de tierra, calculando la distancia hasta aquella bifurcación cuya rama derecha estaba verboten y la izquierda conducía a la empinada cuesta y la vista del Rhin allá abajo. En realidad no estaba más que a doscientos metros, pero las curvas y el espeso follaje que la bordeaba la hacían parecer más larga. Si no recordaba mal -y en el paseo

Librodot

de vuelta había actuado como un piloto sin instrumentos guiándose por la vista- había un trecho llano de unos veinticinco metros debajo de la bifurcación.

Llegó a él. La misma zona plana, las mismas sendas divergentes enfrente. Corrió más de prisa.

¡Voces! ¿Enfadadas o simplemente curiosas? ¡No estaban lejos y se acercaban! Se metió en la espesura de la derecha y rodó sobre matorrales como agujas hasta que apenas podía ver por entre el follaje. Dos hombres caminaban rápidamente dentro de su limitado campo de visión, hablando fuerte, como discutiendo, pero al parecer no entre sí.

-Was haben die Hunde?

-Die sollten bei Heinrich Sein!

Joel no sabía de qué estaban hablando, pero sí que se dirigían a la casa solitaria. También sabía que no iban a perder mucho tiempo tratando de levantar a quien hubiese dentro antes de recurrir a métodos más directos. Y cuando lo hiciesen, todas las alarmas de la fortaleza de Leifhelm empezarían a funcionar. Sólo disponía de minutos y aún le quedaba por recorrer mucho terreno. Salió de la espesura arrastrándose cautelosamente sobre manos y pies. Los alemanes se habían perdido ya de vista en una curva. Se incorporó y corrió hacia la bifurcación y la empinada altura de la izquierda.

Los tres guardianes de la inmensa puerta de hierro que servía de entrada a la mansión de Leifhelm estaban desconcertados. La manada de Dobermans daba vueltas impacientes por el césped, obviamente confusa.

-¿Qué hacen ahí? -preguntó uno de los hombres.

-¡Es absurdo! -replicó un segundo.

-Heinrich los ha dejado sueltos, pero ¿por qué? -dijo el tercero.

-Nadie nos dice nada -masculló el primer guardián, encogiéndose de hombros-. Si no oímos algo dentro de unos minutos, deberíamos llamar.

-¡No me gusta esto! -gritó el segundo guardián-. ¡Voy a llamar ahora mismo!

El primer guardián entró en la caseta y cogió el teléfono.

Converse subió corriendo la cuesta, jadeante, con los labios secos y el corazón golpeándole el pecho. ¡Allí estaba! ¡El río! Echó a correr cuesta abajo, cada vez más de prisa, con el viento azotándole la cara, escociéndole. Era algo estimulante. ¡Había vuelto! Estaba corriendo a través de los repentinos claros de la jungla, sin compañeros de cautiverio de los que preocuparse; sólo el ultraje allá dentro para aguijonearlo, para hacerle romper las barreras y de algún modo, en alguna parte, devolver los golpes a quienes lo habían dejado desnudo, violado su inocencia y ¡maldita sea! convertido en un animal. Un ser humano razonablemente agradable había sido transformado en un semihombre con más odio del que una persona podía soportar. ¡Se vengaría de todos ellos, de todos los enemigos, de todos los animales!

Llegó al fondo de la abierta ladera de hierba y matorrales, donde los árboles y la enmarañada maleza volvían a formar una muralla en la que había que penetrar. Pero tenía sus referencias. Por espesos que fuesen los bosques, sólo necesitaba mantener los últimos rayos del sol a su izquierda, seguir hacia el norte, y llegaría al río.

Unas explosiones que se sucedieron rápidamente le hicieron girar en redondo. Habían sonado a lo lejos cinco disparos seguidos. No era difícil imaginar el blanco: un círculo de madera en torno a la cerradura de la puerta de una casa solitaria en el bosque. Estaban asaltando su cárcel, entrando. Cada vez le quedaba menos tiempo.

Y después dos sonidos claramente diferenciados atravesaron el crepúsculo, entremezclados en disonancia. El primero era el grito entrecortado de una sirena. El segundo,

audible entre y por debajo de los repetidos aullidos, un gañir histérico de perros. Habían dado la alarma y estarían ya poniendo los restos de su ropa y las sábanas en que había dormido contra los inflamados hocicos de los Dobermans, que vendrían tras él dispuestos a no darle cuartel. Nada de una presa acosada; sólo colmillos desgarrando carne humana como satisfactoria recompensa.

Converse se lanzó a la muralla de verdor y corrió lo más de prisa que pudo, esquivando, agachándose, dando bandazos de un lado para otro, con los brazos extendidos y las manos trabajando furiosamente contra el fuerte y flexible obstáculo del bosque. Su cara y su cuerpo eran azotados a cada paso por ramas de todos los tamaños, mientras sus pies tropezaban con restos vegetales y raíces al descubierto. Cayó incontables veces, y cada una provocaba un instante de silencio subrayado por el rumor de los perros en algún lugar entre la bifurcación, la colina y el bosque inferior. No estaban más lejos. Tal vez más cerca. Si, estaban más cerca, habían penetrado en el bosque. Le rodeaban ya los ecos de su histeria, interrumpidos por furiosos gruñidos de impotencia cuando uno o varios se veían presos en la maraña vegetal y luchaban y rugían por liberarse y unirse a la persecución.

¡El agua! Podía verla ya por entre los árboles. El sudor le caía por la cara y la sal lo cegaba y le escocía en los arañazos del cuello y la barbilla. Le sangraban las manos a causa de las ortigas y se oía por todas partes el ronco ladrido.

Cayó al meter el pie en un hoyo excavado por algún animal de la ribera, y el tobillo torcido empezó a dolerle.

Se levantó, tiró de la pierna hasta sacar el pie y, cojeando, trató de reanudar la carrera. Los Dobermans estaban ganando terreno, y su ronco ladrar y gañir se oía más fuerte y más furioso. Les llegaba ya su olor directo, y el rastro del sudor los enloquecía, preparándolos para la matanza.

¡La orilla! Estaba llena de barro blando y restos flotantes, formando una tela de araña de basura natural apresada en un remolino, que giraba lentamente a la espera de que una corriente más fuerte se la llevase. Joel empuñó la culata de la pistola del chófer, no para sacarla sino para asegurarla mientras saltaba abajo para buscar el camino más rápido hacia el agua.

No oyó nada hasta el instante en que surgió un rugido de las sombras y el enorme cuerpo de un animal voló por el aire directa-mente hacia él. La cara monstruosa del perro estaba contorsionada por la furia, los ojos de fuego, la enorme mandíbula abierta de par en par, toda dientes sobre el abismo negro de las fauces. Converse cayó de rodillas mientras el Doberman pasaba rozándole el hombro derecho, desgarrándole la camisa con los colmillos superiores, e iba a dar de lomos en el barro. La momentánea derrota era más de lo que el animal podía soportar. Se agitó furioso, revolcándose entre gruñidos, se levantó sobre sus patas traseras y arremetió contra la ingle de Joel.

Converse tenía la pistola en la mano. Disparó, volándole la tapa de los sesos al perro, y mientras sangre y tejidos se esparcían por las sombras, las relucientes mandíbulas, ya flojas, fueron a dar en su entrepierna.

El resto de la manada corría ahora hacia el río, acompañada por un crescendo ensordecedor de gritos animales. Joel se arrojó al agua y nadó tan rápidamente como pudo para apartarse de la orilla. El arma era un impedimento, pero sabía que no podía abandonarla.

Hacía años -siglos- había necesitado desesperadamente un arma, sabiendo que en ella podía estar la diferencia entre la supervivencia y la muerte, y durante cinco días no pudo encontrarla. Pero aquel quinto día encontró una en las orillas del Huong Khe. Había flotado medio sumergido pasando junto a una patrulla, y encontró su presa diez minutos más tarde río abajo, demasiado lejos de la unidad de exploración para resultar lógico. Un hombre al que quizá sus pensamientos hacían andar más de prisa, o que harto de su trabajo deseaba tener unos momentos para estar solo y aparte de todo aquello. Fuera lo que fuese, poco importó

para aquel soldado. Converse lo mató con una piedra del río y le quitó su arma. La disparó en dos ocasiones, salvando por dos veces su vida antes de llegar hasta una unidad avanzada al sur de Phu Loc.

Mientras luchaba con las corrientes de la orilla del Rhin, Joel recordó de repente. Aquél era el quinto día de su encierro en la finca de Leifhelm, que no era ni mucho menos una celda en la jungla, pero no por ello dejaba de ser un campo de prisioneros. ¡Lo había conseguido! ¡Y al quinto día disponía de un arma! Había presagios siempre que uno quería encontrarlos. El no creía en los presagios, pero por el momento aceptó la posibilidad.

Ahora estaba entre las sombras del río, pues las alturas de los alrededores cerraban el paso al sol poniente. Dejó de avanzar y se volvió. Allá en la orilla, en la cavidad de la ribera que le había servido de trampolín hacia el agua, los perros describían círculos presas de un furor confuso, y gruñían y gañían, mientras algunos se aventuraban a bajar a oler a su jefe muerto, y orinaban uno por uno mientras lo hacían, atentos a establecer su territorio y dejar sentada su categoría. De pronto surgieron de entre los árboles poderosos haces de luz. Converse nadó para alejarse aún más. Había sobrevivido a los reflectores en el Mekong. Ahora no los temía. Había estado allí -aquí- y sabía cuándo había vencido.

Dejó que la corriente central lo llevase hacia el este. En algún sitio habría otras luces, que lo guiarían hasta un refugio y un teléfono. Tenía que poner las cosas en su sitio y terminar su informe cuanto antes, pero podía hacerlo. No obstante, el abogado que llevaba dentro le dijo que un hombre con una herida de bala vendada, la ropa empapada y hablando un idioma extranjero no era enemigo para los discípulos de George Marcus Delavane; lo encontrarían. De modo que habría que hacer aquello de otro modo, con cuantos artificios pudiera procurarse. Tenía que llegar hasta un teléfono. Debía hacer una llamada a ultramar. ¡Podía hacerlo; lo haría! Se borró el Huong Khe; ahora era el Rhin su cordón umbilical.

Nadando sin soltar la pistola, con el brazo dándole punzadas en el agua, vio a lo lejos las luces de un pueblo.

18

Valerie frunció el ceño mientras escuchaba por el teléfono del estudio, con el cordón extendido al máximo para ir a dejar un pincel en el soporte del caballete. Sus ojos recorrían las dunas iluminadas por el sol que veía tras las puertas de cristal, pero su mente estaba en las palabras que oía, y que implicaban cosas sin decirlas.

-¿Qué te pasa, Larry? -interrumpió, incapaz de contenerse por más tiempo-. Joel no es sólo un empleado o un socio junior; ¡es tu amigo! Da la impresión de que estás tratando de preparar una acusación contra él. ¿Cuál es esa palabra que tanto usáis? Sí, «circunstancial». Estuvo aquí, estuvo allá, alguien dijo esto y alguien más dijo aquello.

-Estoy tratando de comprender, Val -protestó Talbot, que el era quien llamaba desde su oficina de Nueva York-, y que hacer lo mismo. Hay muchas cosas que no puedo decirte porque he recibido de personas cuyo cargo tengo que respetar instrucciones de decir muy poco o mejor nada. Estoy faltando a esas instrucciones porque Joel es amigo mío y quiero ayudarle.

-Muy bien; volvamos atrás. ¿Exactamente adónde querías llegar?

-Sé que no es asunto mío y no lo preguntaría si no lo creyese necesario.

-Lo acepto. ¿De qué se trata?

-Bien. Sé que tú y Joel teníais problemas -continuó el socio senior de Talbot, Brooks y Simon, como si estuviese refiriéndose a una riña insignificante entre chiquillos-. Pero hay problemas y problemas.

Librodot

-Larry - le interrumpió nuevamente Val-: había problemas. Estamos divorciados, lo que quiere decir que los problemas eran serios.

-¿Eran malos tratos de obra uno de ellos? - preguntó Talbot rápidamente y en voz baja, pues era evidente que el decirlo le repugnaba.

Valerie se quedó de una pieza.

-¿Qué?

-Sabes a lo que me refiero. ¿Te pegaba cuando estaba furioso? ¿Te causo algún daño físico?

-No estás en una sala de audiencia, y la respuesta es no, por supuesto que no. No me hubiese parecido mal... al menos lo de la furia.

-¿Perdón?

-Nada-dijo Valerie, recobrándose de su asombro-. No sé qué te ha hecho preguntarlo, pero no puede estar más lejos de la verdad. Joel tenia modos mucho más eficaces de desinflar mi ego que pegarme. Entre ellos, querido Larry, estaba su dedicación a la carrera de un tal Joel Converse en Talbot, Brooks y Simon.

-Lo sé, querida, y lo lamento. Ese tipo de quejas son perennes en los tribunales de divorcio y no estoy seguro de que podamos poner remedio, al menos por ahora, y quizás nunca. Pero esto es diferente. Te estoy hablando de sus ratos de malhumor. Sabíamos que los tenía. ñ~de g11e Pero poesto os poner remedio, al menos por ahora, y quizá diferente. Te estoy hablando de sus ratos de mal humor. Sabíamos que los tenía.

-¿Sabes de alguna persona racional que no los tenga? -preguntó la ex señora Converse-. Este no es el mejor de los mundos posibles, ¿no te parece?

-No, no lo es. Pero ocurre que Joel vivió algún tiempo en un mundo mucho peor del que la mayoría de nosotros conoceremos nunca ni somos capaces de imaginar. No puedo creer que saliese de él sin cicatrices.

Valerie hizo una pausa, afectada por la franqueza sin adornos del viejo. Aquello sólo podía deberse a una honda preocupación.

-Eres muy amable, Larry, y sospecho que tienes razón; en realidad, estoy segura. De modo que creo que deberías decirem algo más. La expresión «malos tratos de obra» es lo que vosotros llamáis un leading no sé qué, una pregunta que sugiere por anticipado la respuesta. A veces no es más que una trampa. Vamos, Larry, juega limpio. Ya no es mi marido, pero no rompimos porque se dedicase a perseguir chicas o a romperme la cabeza. No puedo desear estar casada con él, pero lo respeto. Tiene sus problemas y yo los míos, y ahora estás insinuando que los suyos son mucho mayores. ¿Qué ha ocurrido?

Talbot guardó silencio un momento, y después soltó una vez más las palabras rápidamente y en voz baja. Era evidente que también ahora le repugnaban.

-Dicen que atacó a un hombre en París sin provocación previa. Y ese hombre murió.

-¡No, eso es imposible! ¡Él no lo hizo, no pudo hacerlo!

-Eso es lo que él me dijo, pero mintió. Me dijo que estaba en Amsterdam, pero no era verdad. Dijo que iba a volver a París para aclarar las cosas, pero no volvió. Estaba en Alemania, y aún sigue allí, en algún lugar. No ha salido del país y la Interpol tiene una orden de búsqueda; lo están buscando por todas partes. Se le dijo que acudiese a la Embajada norteamericana pero se negó. Ha desaparecido.

-¡Dios mío, estáis todos equivocados! -explotó Valerie-. ¡No lo conocéis! ¡Si hubiese ocurrido lo que dices, tendría que ser que le atacaron primero, físicamente, y no tuvo más remedio que responder!

-No según un testigo imparcial que no conocía a ninguno de los dos.

-¡Entonces no es imparcial; miente! Escúchame. He vivido con ese hombre cuatro años y, excepto algunos viajes, siempre en Nueva York. Lo he visto abordado por borrachos y por toda clase de basura de la calle -punks a los que podría haber tirado al suelo de una bofetada, y quizá con algunos de ellos debería haberlo hecho-, pero nunca le vi ni siquiera dar un paso adelante. Se limitaba a levantar las palmas de las manos y seguir su camino. A veces algunos insensatos lo insultaban y él se limitaba a mirarlos. Y permíteme decirte, Larry, que bastaba con esa mirada para que a uno le diese frío. Pero eso era lo único que hacía, nunca nada más.

-Val, quiero creerte, quiero creer que fue en legítima defensa; pero huyó, ha desaparecido. La Embajada puede ayudarlo, protegerlo, pero no quiere ir.

-Entonces es que está asustado. Eso puede ocurrirle, pero siempre era sólo unos minutos, generalmente de noche, cuando se despertaba. Se sentaba rígido, con los ojos tan apretados que toda su cara era una masa de arrugas. Nunca duraba mucho, y él decía que era perfectamente natural y no había que preocuparse, que él no se preocupaba. Y creo que así era. Quería que todo eso fuese sólo cosa del pasado y nunca hablaba de ello.

-Tal vez debería haberlo hecho -dijo suavemente Talbot.

-Touché, Larry -dijo Valerie con la misma suavidad-. No creas que no he pensado en ello estos últimos dos años. Pero, sea lo que quiera lo que ha ocurrido, está obrando de ese modo sólo porque está asustado... y sabes que es muy posible que incluso herido. Oh, Dios mío...

-Se ha comprobado con todos los hospitales y médicos registrados -le interrumpió Talbot.

-¡Bueno, maldita sea, tiene que haber una razón! ¡Él no es así y tú lo sabes!

-Precisamente de eso se trata, Val. Nada de lo que ha hecho parece propio del hombre que yo conozco.

La ex señora Converse se puso rígida.

-Para utilizar una de las expresiones favoritas de Joel -dijo, llena de aprensión-, aclaración, por favor.

-¿Por qué no? Quizá tú puedas hacer alguna luz; nadie más puede.

-¿Qué hay de ese hombre de París, el que murió?

-No gran cosa. Al parecer era chófer de uno de esos servicios de limusinas. Según el testigo, un guarda del sótano del hotel, Joel se acercó a él, le gritó algo y lo empujó fuera de la puerta. Hubo ruido de lucha y minutos después el hombre fue encontrado gravemente herido en un callejón.

-¡Eso es ridículo! ¿Qué dijo Joel?

-Que salió a la puerta, vio a dos hombres peleando y se lo dijo al portero antes de subir a su taxi.

-Es lo que él hubiese hecho.

-El portero del George Cinq dice que no fue así. Según la policía, folículos de pelos encontrados sobre el herido coincidían con los que había en la ducha de Joel.

-¡Totalmente increíble!

-Digamos que hubo una provocación que ignoramos -continuó rápidamente Talbot-. Eso no explica lo que sucedió después; pero antes de contártelo quiero preguntarte otra cosa. Lo comprenderás.

-¡No comprendo nada! ¿De qué se trata?

-Durante esos períodos de depresión, de mal humor, ¿fantaseaba Joel a veces? Me refiero a si caía en lo que los psiquiatras llaman representar papeles.

-¿Quieres decir si asumía otras personalidades, otros tipos de comportamiento?

-Exacto.

-En absoluto.

-¡0h!

-¿Oh qué? Dime ya lo que sea, Larry.

-Hablando de lo que es creíble y lo que no, agárrate, querida. Según esas personas que no quieren que yo diga gran cosa, y tendrás que aceptar mi palabra de que están muy bien enteradas, Joel voló a Alemania alegando tener que ver con una investigación secreta en nuestra Embajada en Bonn.

-¡Y sería verdad! ¿Acaso no tenía un permiso de T., B. y S.?

-Para un asunto privado que no tiene nada que ver con eso. No hay tal investigación, secreta o no, de la embajada en Bonn. Francamente, los que hablaron conmigo eran del Departamento de Estado.

-¡Dios mío! -Valerie guardó silencio, pero antes de que el abogado pudiese hablar susurró-: Ginebra... ¡Ese horrible asunto de Ginebra!

-Si hay alguna relación, y es lo primero en que pensamos Nathan y yo, está tan enterrada que no hay modo de encontrarla.

-Es allí; allí fue donde empezó todo.

-Suponiendo que tu marido esté actuando de un modo lógico.

-¡No es mi marido y actúa con toda la lógica del mundo!

-Las cicatrices, Val. Tiene que haberlas. Estuviste de acuerdo conmigo.

-No del tipo a que tú te refieres. ¡No para andar por ahí matando, mintiendo y huyendo! ¡Ese no es Joel! ¡Ese no es, no era, mi marido!

-La mente es un instrumento altamente complejo y delicado.

Las tensiones del pasado pueden aflorar muchos años después.

-¡Déjalo ya, Larry! -gritó Valerie-. ¡Eso guárdatelo para un jurado, pero no le encasquetes semejante tontería a Converse!

-¡Te noto alterada!

-¡Claro que lo estoy! ¡Porque estás buscando explicaciones que no cuadran al hombre! Responden a lo que te ha contado esa gente a la que dices que tienes que respetar.

-Sólo en el sentido de que saben lo que dicen, de que tienen acceso a información de la que nosotros carecemos. Está además el hecho esencial de que no tenían la menor idea de quién era Joel Converse hasta que el Colegio de Abogados les dio la dirección y el teléfono de Talbot, Brooks y Simon.

-¿Y tú los creíste? ¿Con todo lo que sabes de Washington aceptaste sin más su palabra? Cuántas veces Joel al volver de un viaje a Washington me dijo lo mismo: «Larry dice que mienten. Como no saben qué hacer, dicen mentiras.»

-Valerie -dijo muy serio el abogado-, no estamos hablando de triquiñuelas burocráticas, y después de tantos años creo que conozco la diferencia entre alguien que está jugando un juego y una persona auténticamente enfadada; enfadada y asustada, añadiría yo. El hombre que habló conmigo era un subsecretario de Estado, Brewster Tolland; lo confirmé, y no estaba haciendo teatro, sino asombrado, furioso y, como digo, muy preocupado.

-¿Qué fue lo que te dijo?

-La verdad, naturalmente. No sólo porque era lo que había que hacer sino porque cualquier otra cosa no ayudaría a Joel. Si está enfermo necesita ayuda, no complicidad.

-¿Y tú eres alguien que trata con Washington todas las semanas?

-Varias veces por semana, y por supuesto lo de Tolland fue un favor personal.

-Perdóname, Larry, pero eso que has dicho...

-Soy realista, y hablaba en serio. Mentir por Joel no le ayudaría. Creo que le ha ocurrido algo. No es él mismo.

-Un momento -exclamó Valerie al ocurrírsele algo obvio-. ¡Quizá no es Joel!

-Es él -dijo simplemente Talbot.

-¿Por qué? ¿Sólo porque personas de Washington a las que no conoce lo dicen?

-No, Val. Porque hablé con René en París antes de que interviniese Washington.

-¿Con Mattilon?

-Joel fue a París a pedir ayuda a René. Le mintió, como me mintió a mí, pero había algo más que mentiras; en eso Mattilon está de acuerdo conmigo. Era algo que vio en los ojos de Joel, que notó en su voz. Estaba como desquiciado, como desesperado; René lo vió y lo oyó. Joel trató de ocultárnoslo a ambos, pero no pudo. La última vez que hablé con él colgó antes de que acabásemos de hablar, en medio de una frase, y su voz sonaba como la de un zombie.

Valerie contempló los violentos reflejos del sol en las aguas de Cape Ann.

-¿René estaba de acuerdo contigo? -preguntó, con apenas un susurro.

-Nos dijimos lo mismo que acabo de decirte.

-Larry, estoy asustada.

Chaim Abrahms entró en la habitación haciendo retumbar el suelo con sus botas.

-¡De modo que lo consiguió! -gritó el israelí-. El Mossad tenía razón. ¡Es un monstruo!

Erich Leifhelm, detrás de su mesa, era el único ocupante del despacho forrado de libros.

-¡Patrullas, alarmas, perros! -exclamó el alemán, golpeando con su frágil mano sobre el rojo secante-. ¿Cómo pudo hacerlo?

-Lo repito, un monstruo; así lo llamó nuestro especialista. Cuanto más se le encierra, más furioso se pone. Es algo que data de hace mucho tiempo. De modo que nuestro provocador empieza su odisea antes de lo planeado... ¿Te has puesto en contacto con los otros?

-He llamado a Londres -dijo Leifhelm resoplando-. El se pondrá en contacto con París, y Bertholdier hará que vengan las unidades de Marsella, una a Bruselas, la otra aquí a Bonn. No podemos perder ni una hora.

-Por supuesto, estaréis buscándolo.

-Natürlich! En cada centímetro de orilla a lo largo de kilómetros en ambas direcciones; por cada camino apartado y cada senda que lleva del río a la ciudad. -Puede daros esquinazo; lo ha demostrado. -¿Adónde va a ir, sabra? ¿A su Embajada? Allí es hombre muerto. ¿A la policía de Bonn o a la Staatspolizei? Lo meterán en una furgoneta blindada y lo traerán aquí. No puede ir a ninguna parte,

-Ya oí eso cuando salió de París, y volví a oírlo cuando fue a Bonn. En ambos sitios se cometieron errores que costaron muchas horas. Te aseguro que estoy más preocupado en este momento que en tres guerras y toda una vida de escaramuzas.

-Sé razonable, Chaim, y trata de conservar la calma. No tiene más ropa que la que ahora lleva en el río y el barro; no tiene documentación, ni pasaporte, ni dinero. No habla alemán...

-¡Tiene dinero! -aulló Abrahms, recordando de pronto-.

Cuando estaba bajo los efectos de la aguja habló de una gran suma de dinero prometida en Ginebra y entregada en Mikonos.

-¿Y dónde está? En esta mesa. Cerca de setenta mil dólares.

No tiene ni un marco en su bolsillo, ni reloj, ni una joya...

¿Un hombre con la ropa sucia y mojada, sin papeles ni dinero, que apenas sabe una palabra de alemán y cuenta la increíble historia de un encierro en el que está implicado der General Leifhelm? Lo meterán en la cárcel por vagabundeo, o por psicópata, o por ambas cosas, en cuyo caso seremos informados al instante y nuestra gente nos lo traerá. Y no olvides, sabra, que mañana a las diez de la mañana todo eso ya no tendrá importancia. Esa fue tu contribución, el ingenio del Mossad. Simplemente, teníamos los recursos para «hacer que ocurra», como se dice en el Antiguo Testamento.

Abrahms estaba frente a la enorme mesa con los brazos en jarras sobre los bolsillos de la sahariana.

-De modo que un judío y un mariscal de campo ponen la cosa en movimiento. Irónico, ¿no, nazi?

-No tanto como crees. La impureza, como la belleza, está en los ojos del asustado observador. Tú no eres mi enemigo; nunca lo fuiste. Si en los viejos tiempos más de nosotros hubiésemos tenido tu entrega, tu audacia, no hubiéramos perdido la guerra.

-Lo sé -dijo el sabra-. Miré y escuché cuando llegasteis al Canal. Entonces la perdisteis. Fuisteis débiles.

-¡Nosotros no! ¡Los asustados Debutanten de Berlín!

-Entonces manténlos bien lejos cuando creemos un auténtico nuevo orden, alemán. No podemos permitirnos debilidades.

-Ponme a prueba, Chaim.

-Pienso hacerlo.

El chófer no podía tocarse los vendajes de la cara ni la hinchazón en torno a los ojos y los labios sin que le doliesen. Estaba en su cuarto, donde el médico había puesto la televisión, probablemente a modo de insulto, ya que él apenas podía verla.

Había caído en desgracia. El prisionero había huido a pesar de su formidable talento y la supuestamente insalvable jauría de Dobermans. Según le habían dicho los otros guardas, el norteamericano había utilizado el silbato de plata, y el hecho de que se lo hubiese quitado a él del cuello era otro motivo más para sentirse violento.

No sería él quien contribuyese a aumentar el aprieto en que estaba. Con lo poco que alcanzaba a ver se había registrado los bolsillos -lo que a nadie más se le había ocurrido hacer en medio del pánico de que estuvo rodeada la persecución -para descubrir que le habían quitado la cartera, el caro reloj suizo y todo el dinero. No diría una palabra. Ya tenía bastante encima, y semejante revelación podía bastar para que lo despidiesen... o incluso para algo peor.

Joel se encaminó a la orilla lo más de prisa que pudo, metiendo la cabeza bajo el agua cada vez que el haz del reflector se dirigía hacia él. La embarcación, una gran motora, apenas hacía ruido, lo que indicaba gran potencia, y demostraba con repentinos virajes y círculos su maniobrabilidad. Se ceñía a las frondosas márgenes, dispuesta a salir disparada al menor indicio de un objeto en el río.

Converse notó debajo la blandura del barro y, medio nadando medio andando, fue hacia el lugar más oscuro de la orilla con la pistola del chófer bien sujeta en su cinturón. La embarcación se acercaba, escrutando con su penetrante foco cada rama que se movía, cada mata de plantas acuáticas. Joel hizo una profunda inspiración y se sumergió suavemente, con la cara vuelta hacia la superficie y los ojos abiertos, que apenas le permitían distinguir más que una niebla fangosa. El reflector se hizo más brillante y pareció cernirse sobre él durante una eternidad. Joel se volvió centímetro a centímetro hacia la izquierda y el haz de luz fue alejándose. Salió a la superficie con los pulmones estallándole, y de pronto se dió cuenta de

que no podía hacer el menor ruido, llenarse el pecho con bocanadas de aire, porque casi encima de él, a menos de dos metros, se erguía la ancha popa de la motora, cabeceando en el agua. La oscura silueta de un hombre escrutaba la orilla con unos grandes prismáticos.

Converse no comprendía; estaba ya demasiado oscuro para ver ni siquiera con aumento. Después recordó, y el recuerdo le explicó el tamaño de los prismáticos. Aquel hombre estaba utilizando lentes infrarrojos. Los habían utilizado las patrullas en el Sudeste asiático, y según le habían dicho a menudo suponían la diferencia entre buscar y destruir y buscar y ser destruido. Permitían ver los objetos, los hombres, en la oscuridad.

La embarcación seguía adelante, pero su marcha aumentó sólo ligeramente, poniendo la más baja de las velocidades. ¿Qué había llevado a los hombres de Leifhelm a aquel lugar concreto del río? Había otras embarcaciones detrás y a lo lejos, barriendo el agua con sus reflectores, pero se movían sin parar describiendo círculos. ¿Por qué se concentraba la enorme motora en aquel tramo de la orilla? ¿Le habían descubierto con los prismáticos de infrarrojos? En tal caso, estaban actuando de un modo muy extraño. Los norvietnamitas habían sido mucho más rápidos, más agresivos y eficaces.

Converse volvió a sumergirse en silencio y dio unas brazadas para alejarse de la embarcación. Segundos más tarde sacó la cabeza, ya con visión, y empezó a comprender las extrañas maniobras de la patrulla de Leifhelm. Más allá de la parte oscura de la orilla en la que había buscado refugio estaban las luces que había visto hacía unos minutos, antes de que la lancha y su reflector monopolizasen su atención. Había pensado que se trataba de las luces de un pequeño pueblo, pero eso no era propio de esta parte del mundo. Eran, por el contrario, las luces interiores de cuatro o cinco chalés; una colonia fluvial con un embarcadero común, acaso residencias de verano de los bastante afortunados para tener una casa a la orilla del agua.

Si había casas y un embarcadero, tenía que haber un camino, un paso abierto que condujese a la carretera o carreteras que llevaban a Bonn y a las ciudades circundantes. Los hombres de Leifhelm estaban peinando cada centímetro de orilla cautelosamente, sigilosamente, con los proyectores bajos para no alarmar a los habitantes ni prevenir al fugitivo si había alcanzado el racimo de chalés y estaba subiendo hacia una carretera o carreteras invisibles. La radio del barco estaría sintonizada con la de los coches que vigilaban arriba, dispuesta para hacer saltar la trampa. En más de un aspecto, para Joel aquello era otra vez el Huong Khe, con obstáculos mucho menos primitivos pero no menos letales. Y entonces como ahora era el momento de esperar, de aguardar envuelto por el negro silencio y dejar que fuesen los cazadores quienes se moviesen.

Lo hicieron rápidamente. La lancha se acercó al muelle, con las poderosas hélices gemelas en silenciosa marcha atrás, mientras un hombre saltaba de la proa con un grueso cabo que enrolló a uno de los pilares. Siguieron otros tres, que al momento corrieron desde el corto embarcadero hacia la ladera cubierta de césped, uno de ellos dirigiéndose en diagonal hacia la derecha, los otros dos hacia la primera casa. Estaba claro lo que hacían: uno de los hombres se situaría entre los árboles que bordeaban el camino mientras sus colegas registraban los chalés, en busca de indicios de que hubiese entrado alguien.

A Converse empezaban a pesarle los brazos y las piernas. Cada uno de ellos era como un yunque que apenas podía soportar, y mucho menos mantener en movimiento, pero no había opción. El haz del reflector seguía moviéndose arriba y abajo por la orilla, iluminando cuanto había en los contornos. Una cabeza que aflorase en mal momento y... Huong Khe. Manténte entre los juncos. ¡Animo! ¡No te dejes morir!

Sabía que la espera no había durado más de treinta minutos, pero parecían treinta horas o treinta días suspendido en un potro de tortura flotante. Los brazos y las piernas le hacían sufrir atrozmente; agudos dolores le punzaban por todas partes, y sentía calambres, que combatía conteniendo el aliento y flotando en posición fetal, con los pulgares clavados sin miramiento en el centro de los músculos. agarrotados. Por dos veces al intentar respirar tragó

Librodot

agua, que expulsó tosiendo bajo la superficie, con la nariz inundada, y por dos veces volvió a encontrar el aire. Había momentos en que pasaba por su cabeza lo sencillo que sería dejarse llevar por la corriente. Huong Khe. ¡No lo hagas! ¡No te dejes morir!

Al fin, a través de sus ojos anegados, vio volver a los hombres. Uno, dos... ¿tres? Bajaron corriendo hasta el embarcadero, donde estaba el que había saltado con el cabo. ¡No! ¡El tercero era el hombre del cabo, que había ido a reunirse con ellos! ¡Sus ojos estaban jugándole malas pasadas! Sólo dos hombres habían vuelto al embarcadero, y el tercero era el que los esperaba y ahora los acosaba a preguntas. El hombre del cabo fue hasta el pilote y lo soltó, mientras los otros dos saltaban a bordo. Después se reunió con sus compañeros, ahora en la proa de la lancha... dejando a otro en tierra, como observador solitario, invisible en alguna parte entre la orilla y la carretera de arriba. Huong Khe. Un explorador de infantería separado de su patrulla. La motora se alejó del muelle y pasó, ganando velocidad, a pocos metros de Joel, al que sumergió en su estela. Una vez más, la embarcación viró hacia la orilla y disminuyó la marcha, mientras su proyector escrutaba el denso follaje de la ribera, dirigiéndose ya hacia el oeste, de vuelta a la mansión de Leifhelm. Converse mantuvo la cabeza sobre la superficie, con la boca abierta de par en par aspirando cuanto aire podía mientras caminaba lentamente, muy lentamente, por el barro. Ascendió por entre los juncos y ramas y al fin notó el suelo seco. Huong Khe. Tiró de la maleza sobre sí lo mejor que pudo, hasta llegar a tapar su cara vuelta hacia el cielo. Descansaría hasta sentir otra vez correr la sangre por sus miembros, hasta que se le relajasen los músculos del cuello -siempre era el cuello el que le avisaba-, y después pensaría en el hombre que estaba allá arriba, en la colina envuelta en la oscuridad.

Dormitó, hasta que lo despertó el golpe de una ola. Se quitó ramas y hojas de la cara y consultó el reloj del chófer, que llevaba en la muñeca, entornando los ojos para ver la débil luz de la esfera. Había dormido casi una hora, a rachas, por supuesto, abriendo los ojos al menor ruido, pero había descansado. Volvió el cuello atrás y adelante y después movió brazos y piernas. Aún le molestaba todo, pero aquel dolor terrible había desaparecido. Podía ya pensar en el hombre de allá arriba. Trató de examinar su estado de ánimo. Estaba asustado, por supuesto, pero su rabia podía más que el miedo. Ya lo había hecho antes; volvería a hacerlo. Lo único que importaba era el objetivo, un refugio, un sitio donde poder pensar y atar cabos y hacer la llamada telefónica más importante de su vida. A Larry Talbot y Nathan Simon, en Nueva York. A menos que pudiese hacer esas cosas era hombre muerto, como lo era sin duda Connal Fitzpatrick. ¡Dios mío! ¿Qué le habrían hecho? ¡Un hombre que buscaba con pureza la pura venganza cogido en una nauseabunda tela de araña llamada Aquitania! Qué mundo tan injusto. Pero no podía pensar en ello; tenía que concentrarse en el hombre de la colina.

Se arrastró sobre las rodillas y las manos. Trecho a trecho, ascendió por entre los árboles, bordeando el camino de tierra que subía en zigzag desde el césped de la orilla. Cada vez que crujía una rama o se movía una piedra se detenía, esperando a que el ruido se disolviese en los rumores del bosque. Se decía sin cesar que tenía ventaja; él era lo inesperado. Eso ayudaba a contrarrestar el miedo de la oscuridad y el saber que le esperaba un enfrentamiento físico. Como el explorador de la patrulla hacía años en el Huong Khe, el hombre que ahora estaba allá arriba tenía cosas que él necesitaba. No había modo de evitar la lucha, por lo que era mejor no pensar en ello; simplemente esforzarse por alcanzar una disposición de ánimo exenta de emociones y hacerlo. Pero hacerlo bien; también eso tenía que comprenderlo su mente. No podía haber vacilación, ni intromisión de la conciencia... ni ruido de armas. Sólo podía usar el acero.

Lo vio, silueteado en el lejano resplandor de un único farol callejero, muy por encima en la carretera. El hombre estaba apoyado contra el tronco de un árbol y miraba hacia abajo, de modo que su campo visual abarcaba todo lo inferior a su nivel. A medida que Joel trepaba por la ladera, el espacio entre sus manos y sus rodillas iba haciéndose de sólo centímetros, las

paradas más frecuentes, el silencio más vital. Describió un arco por encima del árbol y el hombre y empezó a descender, como un gran felino puesto a caer sobre su presa. Era el depredador que había sido hacía mucho tiempo, ajeno a cuanto no fuesen las exigencias de su cordón umbilical.

Estaba apenas a dos metros; podía oír la respiración del alemán. Hubo un crujido. ¡Una rama! El explorador se volvió, los ojos alerta al resplandor de la luz. Converse saltó, empuñando la pistola por el cañón. Estrelló el mango de acero contra la sien del alemán y después contra su garganta. El hombre cayó hacia atrás, atontado pero no inconsciente, y empezó a gritar. Joel le saltó al cuello y medio lo ahogó antes de hacer caer con todas sus fuerzas la culata de acero sobre su frente. Hubo una repentina erupción de sangre y tejidos machacados.

Silencio. Ni el menor movimiento. Otro explorador separado de su patrulla había quedado fuera de combate. Y, al igual que hacía años, Converse no se permitió la menor emoción. Estaba hecho, y ahora debía continuar.

Las ropas secas de aquel hombre, incluida la oscura chaqueta de cuero, le sentaban bastante bien. Como la mayoría de los jefes de estatura pequeña o mediana, Leifhelm se rodeaba de hombres altos, tanto para protegerse como para proclamar su superioridad sobre sus compatriotas de más talla.

Había también otra arma. Joel forcejeó con el cargador, lo sacó y lo arrojó al bosque junto con la pistola. El premio llegó con la cartera del alemán. Contenía una suma de dinero apreciable, así como un pasaporte gastado y lleno de sellos. Al parecer, aquel fiel empleado de Leifhelm viajaba mucho por Aquitania, probablemente sin saber nada y sin que su vida importase, pero siempre disponible en el momento decisivo. Los zapatos no le valían, eran demasiado pequeños; de modo que Converse usó sus ropas empapadas para limpiar los suyos, y los calcetines secos del alemán ayudaron a absorber parte de la humedad que el cuero tenía por dentro.

Tapó al hombre con ramas y ascendió por la colina hasta la carretera.

Se ocultó entre los árboles mientras pasaban cinco coches, todos tipo sedán, todos posiblemente pertenecientes a Erich Leifhelm. Después vio aparecer un Volkswagen de un amarillo llamativo, que avanzaba con un leve zigzag. Se adelantó y levantó las manos, con el gesto de alguien en apuros.

El pequeño coche se detuvo. En el asiento del pasajero iba una chica rubia, el conductor no tendría más de dieciocho o veinte años y atrás iba otro joven, también rubio, con pinta de ser el hermano de la chica.

-Was ist los, Opa? -preguntó el que conducía.

-Lo siento, no hablo alemán. ¿Hablan ustedes inglés?

-Yo hablo algo de inglés -dijo chapurreándolo el que iba detrás-. ¡Mejor que estos dos, que lo único que quieren es llegar a casa para hacer el amor! ¿Qué, hablo inglés?

-Sí, y muy bien por cierto. ¿Quiere explicárselo, por favor? La verdad es que he tenido una pelea con mi mujer en una fiesta allá abajo, en aquellos chalés, y quiero volver a Bonn. Naturalmente, les pagaré.

-Ein Streit mit seiner Frau! Er will nach Bonn. Er wird uns bezahlen.

-Warum nicht? Sie hat mich heute sowieso schon zu viel gekostet -dijo el que conducía.

-Nicht fuer was du kriegst, du Drecksack! -exclamó la chica, riéndose.

-¡Suba, mein Herr! Estamos a su servicio. ¡Sólo rece para que no se salga de la carretera, ja! ¿En qué hotel está?

-En realidad, prefiero no volver allí. Estoy enfadado de veras. Me gustaría darle una lección pasando la noche fuera. ¿Creen que podrían encontrarme una habitación? Por supuesto, les pagaré aún más. Francamente, he bebido un poco.

-Ein Betrunkener Tourist! Er will ein Hotel. Fahren wir ihn ins Rosencafé?

-Dort sind mehr Nutten als der alte knacker schafft.

-Ya tiene guías, Amerikaner -dijo el joven que iba junto a Converse-. Somos estudiantes de la Universidad y no sólo le encontraremos una habitación, sino con excelentes perspectivas de divertirse un poco antes de volver con su mujer. Hay también un café.

-¿Nos invitará a unas cervezas, ja?

-Todas las que quieran. Pero también me gustaría llamar por teléfono. A Estados Unidos... por cuestión de negocios. ¿Podré?

Sabía a cómo estaba el cambio, y una vez dentro del ruidoso café -en realidad un viejo bar frecuentado por los universitarios-contó el dinero que había cogido a los dos alemanes. Eran unos quinientos dólares, más de trescientos del hombre de la colina. El desastrado empleado de recepción explicó en un inglés retorcido que, desde luego, la centralita podía hacer una llamada a Estados Unidos, pero tardaría unos minutos. Joel dejó cincuenta dólares en marcos para sus jóvenes samaritanos, se excusó y se fue a su cuarto. Una hora más tarde llegó la llamada.

-¿Larry?

-¿Joel?

-¡Gracias a Dios que estás ahí! No te imaginas cómo he esperado que no estuvieseis fuera de la ciudad. ¡Conseguir llamar desde aquí es toda una hazaña!

-Sí, estoy aquí -dijo Talbot, cambiando de pronto a un tono tranquilo y dominado-. ¿Dónde estás tú, Joel?

-En Bonn, en algo que se parece a un hotel. Acabo de llegar. No me he fijado en el nombre.

-¿Que estás en un hotel de Bonn pero no sabes en cuál?

-¡Qué importa eso, Larry! Que se ponga Simon. Quiero hablar con los dos. Date prisa.

-Nathan está en la audiencia. Volverá hacia las cuatro, dentro de cosa de una hora.

-¡Maldita sea!

-Tómatelo con calma, Joel. No te alborotes.

-¿Qué no me alborote? ¡Por todos los diablos! ¡He estado cinco días encerrado en una cabaña de piedra con barrotes en las ventanas! Me escapé hace un par de horas y corrí por los bosques perseguido por una manada de perros y unos lunáticos armados. Estuve una hora en el agua a punto de ahogarme, hasta que conseguí salir a tierra sin que me volasen la cabeza, y después tuve que... tuve que...

-¿Tuviste qué, Joel? -preguntó Talbot, con una extraña pasividad en la voz-. ¿Qué tuviste que hacer?

-¡Maldita sea, Larry! ¡Puedo haber matado a un hombre para salir de allí!

-¿Tuviste que matar a alguien, Joel? ¿Por qué crees que tuviste que hacerlo?

-¡Estaba esperándome! ¡Andaban buscándome! En tierra, en los bosques que hay a lo largo de la orilla... Era un explorador separado de su patrulla. ¡Exploradores, patrullas...! ¡Tenía que escapar, que huir de allí! ¡Y me dices que no me alborote!

-Cálmate, Joel, trata de dominarte. ¿Ya huiste una vez, no? Hace mucho tiempo...

-¿Qué tiene que ver eso ahora? -interrumpió Converse.

-Tuviste que matar a alguien entonces, ¿no fue así? Esos re-cuerdos no te abandonan.

-¡Larry, eso son bobadas! Escúchame y apunta cuanto te diga. Los nombres que te dé, los datos. Anótalo todo.

-Tal vez sea mejor que se ponga Janet. Su taquigrafía...

-¡No! ¡Sólo tú; nadie más! Pueden dar con quien sea, con cual-quiera que sepa algo. No es tan complicado. ¿Estás listo?

-Sí.

Joel se sentó en la estrecha cama y respiró hondo.

-El mejor modo de decirlo, como me lo dijeron a mí, pero esto no tienes que escribirlo, sólo que comprenderlo, es que han vuelto.

-¿Quiénes?

-Los generales... Mariscales de campo, almirantes, coroneles, aliados y enemigos, todos altos jefes del Ejército y de la Marina, y de ahí para arriba. Se han juntado procedentes de todas partes para cambiar las cosas, los gobiernos, las leyes y la política exterior, para que no haya otras prioridades y decisiones que las militares. Es absurdo, pero pueden hacerlo. Tendríamos que vivir sus fantasías porque serían los amos, seguros de que tienen razón y son desinteresados y sutiles, como lo han creído siempre.

-¿Quiénes son esas personas, Joel?

-Si; apunta, anota esto. La organización se llama Aquitania. Se basa en la teoría histórica de que la región de Francia que un día se llamó Aquitania podía haber comprendido toda Europa y, por extensión, como colonia, el continente norteamericano también.

-¿Una teoría de quién?

-Eso no importa; es sólo una teoría. La organización fue concebida por el general George Delavane. En Vietnam lo llamaban Mad Marcus, y tuve ocasión de ver parte del daño que hizo ese hijo de perra. Ha reunido a militares de todas partes, todos de alta graduación, y están abriéndose en abanico para reclutar a otros parecidos, fanáticos que creen como ellos que el suyo es el único camino. Llevan cerca de un año enviando cargamentos ilegales de armas y pertrechos a grupos terroristas, fomentando la desestabilización siempre que pueden, con el fin último de que los llamen para restaurar el orden y, cuando eso ocurra, tomar el poder. Hace cinco días tuve una reunión con los hombres clave de Delavane en Francia y Alemania, Israel y Sudáfrica... y creo que posiblemente Inglaterra.

-¿Te encontraste con esa gente, Joel? ¿Te invitaron a una reunión?

-Pensaban que era de los suyos, que creía en todo lo que ellos defienden. No sabían cuánto los odio. Ellos no han estado donde yo, no han visto lo que yo vi... hace años, como tú dices.

-Cuando tuviste que escapar -añadió Talbot, todo mieles-, cuando tuviste que matar... Unos tiempos que nunca olvidarás. Debieron de ser terribles para ti.

-Si, lo fueron. ¡Maldita sea, sí! Perdona; vamos a seguir. Estoy tan cansado... y todavía asustado.

-Relájate, Joel.

-No te preocupes. ¿Por dónde iba? -Converse se frotó los ojos-. Ah, sí, ya recuerdo. Consiguieron información sobre mí, información de mi hoja de servicios; mi condición de ex prisionero de guerra, que en realidad no formaba parte de esa hoja, pero la consiguieron y descubrieron quién era yo. Supieron cuánto los odiaba, cuánto odiaba lo que había hecho Delavane, lo que habían hecho todos ellos. Me drogaron, me sacaron cuanto pudieron y me encerraron en una casa de piedra en medio de los bosques, por encima del Rhin. Mientras estuve bajo el efecto de los chemicals debo de haberles dicho todo lo que sabía...

-¿Chemicals? -preguntó Talbot, que evidentemente no había oído nunca esa palabra.

-Amitoles, pentotales, escopolamina... Me lo sé bien, Larry. He estado allí y he vuelto.

-¿Si? ¿Dónde?

-En los campos. No tiene importancia.

-No estoy tan seguro.

-¡Yo sí! Lo importante es que descubrieron lo que sé. Eso significa que van a cambiar su programa.

-¿Programa?

-Estamos ya en la cuenta atrás. ¡Dos, tres, cuatro semanas como máximo! Nadie sabe cómo ni cuándo, o cuáles son los objetivos, pero habrá estallidos de violencia y terrorismo en todas partes, que les servirán de excusa para intervenir y tomar el poder. «Acumulación», «aceleración rápida», ésas fueron las palabras que emplearon. Ahora mismo Irlanda del Norte está ya en pleno caos; divisiones acorazadas enteras están siendo trasladadas allí. ¡Es cosa de ellos, Larry! ¡Están poniendo a prueba sus sistemas! Voy a darte los nombres. -Así lo hizo, a la vez sorprendido y molesto al ver que Talbot no reaccionaba ante ninguno de los hombres de Aquitania-. ¿Los tienes?

-Sí, los tengo.

-Esos son los hechos más sobresalientes y los nombres que puedo garantizar. Hay muchos más, gente del Departamento de Estado y del Pentágono, pero las listas están en mi maletín y me lo han robado, o está escondido en alguna parte. Voy a descansar un poco y a empezar a escribir todo lo que sé. Te llamaré por la mañana. Tengo que salir de aquí. Voy a necesitar ayuda.

-Eso creo yo, de modo que ¿puedo hablar yo ahora? -dijo el abogado de Nueva York con aquella voz extrañamente meliflua-. En primer lugar, ¿dónde estás? Míralo en el teléfono, léelo en un cenicero... o mira en la mesa; habrá papel con membrete.

-No hay mesa y los ceniceros son de cristal desportillado... Espera un momento; cogí cerillas en el bar cuando compré cigarrillos. -Converse rebuscó en el bolsillo de su chaqueta de cuero y sacó los fósforos-. Aquí está: « Riesendrinks.»

-Mira debajo. Mi alemán es limitado, pero creo que eso significa algo de bebidas.

-Debe de ser esto: «Rosencafé.»

-Eso parece más probable. Deletréamelo, Joel.

Converse lo hizo, preocupado por una sensación indefinida.

-¿Lo has anotado? -preguntó-. Aquí hay un número de teléfono.

Joel leyó los números impresos en la tapa.

-Bien, eso es espléndido -dijo Talbot-. Pero antes de que cuelgues, y sé cuánto necesitas descansar, quiero hacerte un par de preguntas.

-Ya era hora.

-Cuando hablamos después de que aquel hombre fuese herido en París, después de la pelea que viste en el callejón, me dijiste que estabas en Amsterdam. Dijiste que ibas a volver a París y ver a René, para poner las cosas en claro. ¿Por qué no lo hiciste?

-¡Por amor de Dios, Larry! ¡Acabo de decirte todo lo que he pasado! No he tenido un minuto. Iba detrás de esa gente, de esa maldita Aquitania, y sólo había un modo de hacerlo. ¡Tenía que emplearme a fondo, no podía perder tiempo!

-Aquel hombre murió. ¿Tuviste algo que ver con esa muerte?

-¡Pues sí! ¡Lo maté yo! ¡Trató de detenerme! ¡Iban detrás de mí!

Me descubrieron en Copenhague y me siguieron. Estaban esperándome aquí en el aeropuerto. ¡Era una trampa!

-¿Para que no pudieses llegar hasta esos hombres, esos generales y mariscales de campo?

-¡Sí!

-Pero acabas de decirme que esos mismos hombres te invitaron a reunirte con ellos.

-Ya te lo explicaré todo por la mañana -dijo cansinamente Converse. La tensión de las últimas horas, de los últimos días, se había convertido en agotamiento y un dolor de cabeza insoportable-. Para entonces ya lo tendré todo escrito, pero quizá tengas que venir a recogerlo... y a mí. Lo principal es que estemos en contacto. Ya tienes los nombres, la idea general, y sabes dónde estoy. Habla con Nathan, pensad en todo lo que te he dicho, y entre los tres ya discurriremos qué hacer. Tenemos contactos en Washington, pero habrá que andarse con cuidado. No sabemos quién está con quién, aunque en esto hay algo positivo. Parte del material que tengo, que tenía, sólo puede proceder de gente de allí. Es posible que yo haya sido puesto en marcha por ellos, que personas desconocidas para mí estén observando todos mis movimientos porque estoy haciendo lo que ellos no pueden hacer.

-Por tu cuenta. Sin ayuda de Washington. Sin duda de ellos.

-Eso es. Ellos no pueden dejarse ver; tienen que permanecer en la sombra hasta que yo descubra algo concreto. Ese fue el plan.

Cuando hables con Nathan, si tenéis alguna pregunta que hacer, llamadme. Voy a acostarme un rato.

-Tengo algo más que preguntarte ahora, si no te importa. Sabes que la Interpol ha dado orden de busca internacional contra ti.

-Lo sé.

-Y que está buscándote la Embajada norteamericana.

-También eso lo sé.

-Me dijeron que te llegó el recado de que fueses a la Embajada.

-¿Te lo dijeron?

-¿Por qué no fuiste, Joel?

-¡Porque no puedo! ¿Crees que no hubiera ido si pudiese? Ese sitio está lleno de gente de Delavane. Bueno, tal vez eso sea exagerado, pero sé de tres. Los vi.

-Tengo entendido que el propio embajador Peregrine te lo dijo,garantizándote protección y una entrevista confidencial. ¿No era suficiente?

-Qué entendederas... ¡La respuesta es no! Peregrine no se hace la menor idea de lo que tiene en casa. 0 quizá sí. Vi al coche de Leifhelm entrar por aquellas puertas como si tuviese un pase vitalicio. Y a las tres de la madrugada. ¡Leifhelm es un nazi, Larry, nunca ha sido otra cosa! De modo que ¿en qué convierte eso a Peregrine?

-Vamos, Joel. Estás calumniando a un hombre que no lo merece. Walter Peregrine fue uno de los héroes de Bastogne. Su mando en aquella batalla es una leyenda de la guerra. Y eso que era oficial de la reserva. Dudo que los nazis sean sus huéspedes favoritos.

-¿Su mando? ¿Otro comandante en jefe? ¡Entonces quizá sepa muy bien lo que tiene en la Embajada!

-Eso no es justo. Son bien conocidas sus críticas al Pentágono en la posguerra. Los ha llamado megalomaníacos que alimentan sus egos a expensas del contribuyente. No; no estás siendo justo, Joel. Creo que deberías escucharle. Llámalo, habla con él.

-¿Que no estoy siendo justo? -dijo suavemente Converse, mientras aquella sensación indefinida volvía a primer plano, ahora como una advertencia- ¡Espera un momento! Eres tú el que no está siéndolo. «Me dijeron», «tengo entendido»... ¿Con qué clase de oráculo has estado en contacto? ¿Quién anda impartiendo esas perlas de sabiduría acerca de mí? ¿Sobre qué base y desde dónde?

-Está bien, Joel, está bien; cálmate. Si, he hablado con personas... personas que quieren ayudarte. Ha muerto un hombre en París, y ahora me dices que otro en Bonn. Hablas de exploradores y patrullas y de esos horribles chemicals, y de cómo tuviste que huir a través del

bosque y esconderte en el río. ¿Es que no lo entiendes, hijo? Nadie te echa la culpa, ni siquiera te hace responsable. Ocurrió algo y estás volviendo a vivirlo.

-¡Dios mío! -le interrumpió Converse, estupefacto-. ¡No has creído una palabra de lo que te he dicho!

-Tú sí lo crees, y eso es lo único que importa. Yo vi lo mío en el norte de Africa y en Italia, pero no puede compararse con lo que tú pasaste. Tienes un odio profundo y muy comprensible por la guerra y por todo lo militar. De lo contrario no serías humano, con los sufrimientos y las cosas tan terribles que tuviste que soportar.

-¡Larry, todo lo que te he contado es verdad!

-Estupendo, espléndido. Entonces ponte en contacto con Peregrine; vete a la embajada y cuéntaselo. Ellos te escucharán. El te escuchará.

-¡Eres más torpe de lo que creía! -gritó Joel-. ¡Acabo de decirte que no puedo! ¡Nunca conseguiría ver a Peregrine! ¡Antes me volarían la cabeza!

-Hablé con tu mujer... perdón, tu ex mujer. Me dijo que tenías esos momentos por la noche...

-¿Qué hablaste con Val? ¿La has metido en esto? ¿Estás loco? ¿No sabes que son capaces de encontrar a cualquiera? ¡Pasó delante de tus narices, abogado! ¡Lucas Anstett! ¡Apártate de ella! ¡Apártate o voy a...!.

-¿Vas a qué, hijo? -preguntó tranquilamente Talbot-. ¿A matarme también a mí?

-¡Dios santo!

-Haz lo que te digo, Joel. Llama a Peregrine. Todo irá bien.

De repente Converse oyó un ruido extraño en la línea, raro en aquel contexto pero de sobra conocido para él. Fue un corto zumbido, sin importancia pero cargado de significación. Era la señal de Laurence Talbot a su secretaria para que viniese a su despacho a recoger una carta revisada, un informe corregido o una cinta con un dictado para pasar a máquina. Joel sabía lo que era en esta ocasión. La dirección de un sórdido hotel de Bonn.

-Muy bien, Larry -dijo, fingiendo un agotamiento por otra parte muy real-. Estoy tan cansado... Déjame echarme un rato y quizá llame a la Embajada. Tal vez deba ponerme en contacto con Peregrine. Es todo tan confuso...

-Eso es lo mejor, hijo. Todo irá bien ahora, ya verás. -Adiós, Larry.

-Adiós por el momento, Joel. Te veré dentro de un par de días.

Converse colgó de golpe el teléfono y examinó el cuarto sombríamente iluminado. ¿Qué buscaba? Había venido sin nada y se marcharía sin nada, salvo lo que llevaba encima, lo que había robado. Y tenía que irse en seguida, tenía que escapar. Dentro de unos minutos unos hombres saldrían disparados en sus coches de la Embajada, y al menos uno de ellos llevaría una pistola y una bata ¡destinada a él!

¿Qué diablos le estaba ocurriendo? La verdad era una fantasía apoyada en mentiras, y las mentiras su único medio de sobrevivir. ¡Qué locura!

19

Pasó corriendo junto al ascensor y llegó a la escalera, que bajó saltando dos y tres escalones a un tiempo, con la mano en la barandilla de hierro para tomar la curva de los descansillos, hasta alcanzar la puerta del vestíbulo, cuatro pisos más abajo. La empujó, agarrando bruscamente el borde y acortando el paso para no llamar la atención. No tenía por qué preocuparse. Aparte la gente mayor de la vecindad, apiñada en torno a los bancos puestos

contra la pared o dando vueltas por el caliente piso de baldosas en busca de un poco de cháchara nocturna, sólo algún borracho entraba o salía por la puerta alumbrada con neón del ruidoso café. La mente de Converse estaba en pleno frenesí. Podía salir a vagar en la noche, ocultándose en los callejones, pero un hombre solo en calles no familiares para él sería una presa demasiado fácil para cazadores no oficiales o para la policía. Tenía que meterse en algún sitio, de algún modo; quitarse de la vista.

¡El café! ¡Sus samaritanos! Se levantó el cuello de la chaqueta de cuero y se bajó cuanto pudo la cintura del pantalón, ganando unos centímetros del sospechoso hueco en torno a sus tobillos. Después se acercó a la puerta como quien no quiere la cosa, fingiendo una ligera vacilación al empujarla. Le recibió una humareda -no toda de tabaco, ni mucho menos- y ajustó los ojos, que le picaban, al errático parpadeo de las luces mientras trataba de no dar entrada al molesto ruido, una combinación de rugidos guturales y música disco disparada desde altavoces high-tech. Sus buenos samaritanos se habían marchado. Buscó a la muchacha rubia como punto de referencia, pero no estaba. La mesa que antes ocupaban lo estaba ahora por otro cuarteto... No, sólo había tres diferentes, en compañía del estudiante que hablaba inglés y que había venido a su lado en el coche. Los tres eran jóvenes y parecían también estudiantes. Joel se acercó, y al pasar junto a una silla vacía la agarró por el respaldo y la arrastró discretamente tras de sí hasta la mesa, se sentó y sonrió al rubio estudiante.

-No sabía si había dejado dinero suficiente para las doce cervezas prometidas -dijo bromeando.

-Ach! Precisamente estaba hablando de usted, Herr Amerikaner. Estos son amigos míos, ¡todos tan malos estudiantes como yo!

Presentó rápidamente a los nuevos, cuyos nombres se perdieron entre la música y el humo. Todos inclinaron la cabeza, dando la bienvenida al norteamericano.

-¿Tus otros amigos se marcharon?

-Ya se lo dije -gritó el joven rubio para hacerse oír entre el ruido-. Querían ir a nuestra casa y hacer el amor. ¡No hacen otra cosa! Como nuestros padres fueron a Bayreuth para el festival, ellos harán su propia música en la cama y yo llegaré tarde a casa.

-Estupendo arreglo -dijo Converse, tratando de pensar cómo sacar a relucir el tema que había que abordar rápidamente. Tenía muy poco tiempo.

-¡Muy bueno! -dijo un joven moreno que estaba a su derecha-. Hans no lo habrá entendido. Su inglés no da para tanto. Yo hice un intercambio de dos años en Massachusetts. «Arreglo» es también un término musical, y usted combinó los dos. ¡Muy bueno!

-Lo intento -dijo Joel por decir algo, mirando al estudiante-. ¿De modo que habla usted inglés?

-Muy bien. Depende de ello mi beca. Estos amigos míos son buena gente, no vaya usted a creer, pero son ricos y sólo vienen aquí a divertirse. Yo en cambio de pequeño vivía a dos calles de aquí. Pero si de paso echan una mano a los chicos del barrio, que se diviertan. No hacen daño a nadie y corre el dinero.

-Tú estás sereno -dijo Converse, con una afirmación que bordeaba la pregunta.

El muchacho rió, asintiendo.

-Esta noche, sí. Mañana por la tarde tengo un examen y necesito la cabeza clara. Los del curso de verano son los peores, pues los profesores están que muerden por no haberse ido de vacaciones.

-Iba a hablar con él -dijo Joel, señalando con la cabeza al estudiante rubio que discutía a voces con sus dos compañeros, agitando las manos entre el humo-. Pero no tiene sentido. Mejor contigo.

-¿En qué sentido, y perdone la redundancia?

-¿«Redundancia»? ¿Qué estudias?

-Preparatorio de Derecho.

-No es eso lo que necesito.

-¿Supone una dificultad?

-No para mí. Escucha, no dispongo de mucho tiempo y tengo un problema. Debo salir de aquí. Necesito encontrar otro sitio donde estar, sólo hasta mañana por la mañana. Te aseguro que no he hecho nada malo, nada ilegal. Lo digo por si mi ropa y mi aspecto dan otra impresión. Se trata de un asunto estrictamente personal. ¿Puedes ayudarme?

El moreno joven alemán vaciló, como resistiéndose a responder, pero al fin se inclinó para hacerse oír.

-Ya que ha sacado usted el tema, estoy seguro de que comprenderá que no sería propio de un estudiante de Derecho ayudar a una persona en circunstancias... dudosas.

-Precisamente por eso lo saqué a colación -se apresuró a decir Converse, hablando al oído del estudiante-. Soy abogado, y, aunque me ves con esta pinta, bastante respetable. Simplemente, me equivoqué al aceptar a un cliente norteamericano residente aquí y estoy deseando tomar un avión mañana por la mañana.

El joven escuchó, estudió la cara de Joel e hizo gestos de asentimiento.

-Entonces, ¿no suele usted frecuentar alojamientos como éste?

-Los evito siempre que puedo, pero pensé que sería una buena idea no llamar la atención por esta noche.

-Hay muy pocos sitios como éste en Bonn.

-Dicho sea en honor de Bonn, abogado. -Observando el café y la clientela que en él predominaba, Converse tuvo otra idea-. Estamos en verano. ¿Hay por aquí cerca albergues juveniles?

-Los cercanos a Bonn y Colonia están llenos, sobre todo de norteamericanos y holandeses. Los otros en que puede haber sitio son ya muy al norte, hacia Hannover. Sin embargo, creo que hay otra solución.

-¿Cuál?

-El verano. En las pensiones de estudiantes sobra sitio durante estos meses. En la casa donde yo vivo hay dos cuartos vacíos en el tercer piso.

-Creí que vivías por aquí cerca.

-Eso fue hace mucho tiempo. Mis padres están jubilados y viven con mi hermana en Mannheim.

-Tengo mucha prisa. ¿Podemos ir allí? Te pagaré lo que pueda esta noche y más mañana por la mañana.

-Creí que había dicho que por la mañana iba a tomar el avión. -Antes tengo que hacer dos paradas. Puedes venir conmigo, enseñarme dónde es.

El muchacho y Joel se excusaron, sabiendo que no iban a echarlos de menos. El estudiante echó a andar hacia la puerta del vestíbulo, pero Converse le cogió por el codo, indicándole con un gesto la entrada de la calle.

-¡Su equipaje! -gritó el alemán entre el estrépito y el relampaguear de las luces.

-¡Puedes prestarme una maquinilla de afeitar por la mañana! -respondió a gritos Converse, llevando al muchacho hacia la puerta por entre aquella barahúnda. Varias mesas antes de la entrada había una silla vacía, y sobre su asiento una gorra de paño blanda y arrugada. Joel se agachó, la cogió y la mantuvo frente a sí mientras llegaba hasta la puerta y salía a la acera, seguido por el estudiante-. ¿Hacia dónde? -preguntó, poniéndose la gorra.

-Por aquí -dijo el alemán señalando debajo del raído toldo de la entrada del hotel.

-Vamos -dijo Joel echando a andar.

Librodot

Se detuvieron... es decir, Converse se paró primero, agarrando al estudiante por el hombro y haciéndolo girar hacia el edificio. Un sedán negro había llegado a toda velocidad calle abajo y acababa de pararse frente al toldo. Se apearon dos hombres por las puertas traseras y se precipitaron hacia la entrada, el segundo corriendo alrededor del coche para alcanzar al primero. Joel volvió la cabeza mientras el joven alemán le miraba extrañado. Reconoció a ambos hombres; eran los dos norteamericanos que estaban en el aeropuerto de Colonia-Bonn noches antes, esperando atraparlo como esperaban hacerlo ahora. El sedán negro siguió adelante hasta salir de la zona iluminada, se pegó al bordillo y esperó, como un coche fúnebre preparado para recibir su carga.

-Was ist los? -preguntó el alemán, sin poder ocultar su temor.

-Realmente nada. -Converse retiró la mano y dio al estudiante unas palmadas amistosas en la espalda-. Sólo que esto te sirva de lección, abogado. Entérate bien de quién es tu cliente antes de que la codicia te haga aceptar un anticipo demasiado grande.

-Ja -dijo el joven alemán, intentando sonreír sin conseguirlo mientras seguía con los ojos clavados en el sedán negro.

Pasaron rápidamente junto al automóvil aparcado con el conductor dentro del que apenas se veía el resplandor del cigarrillo en el asiento delantero. Joel se caló más la gorra y volvió otra vez la cabeza al lado contrario, ahora para evitar a un compatriota.

La verdad era una fantasía apoyada en mentiras. La supervivencia estaba en huir y ocultarse. ¡Qué locura!

Gracias a Dios, el amanecer fue tranquilo, si exceptuamos lo encrespado de sus pensamientos. El estudiante, que se llamaba Johann, le había conseguido una habitación en la pensión, cuya propietaria parecía encantada con los cien marcos que recibió por adelantado. Era más que de sobra para la gasa, el esparadrapo y la pomada antiséptica que le proporcionó para cambiarse el vendaje de la herida. Converse había dormido profundamente, aunque a retazos, despertado por temores convertidos en sueños macabros. A las siete le fue ya imposible seguir durmiendo.

Había algo urgente de lo que tenía que ocuparse. Comprendía lo arriesgado que era, pero necesitaba el dinero, ahora más que nunca. En Mikonos, el bien informado aunque sinuoso Laskaris había enviado 100 000 dólares a bancos de París, Londres, Bonn y Nueva York, utilizando la práctica aceptada de los números escritos a mano como firma para retirar los fondos. Después sugirió que Joel no debía intentar llevar consigo ni memorizar cuatro series de dígitos largos y totalmente diferentes. En vez de ello, el banquero telegrafiaría a las oficinas de viajes de la American Express en las cuatro ciudades para que conservasen por un período de tres meses un mensaje dirigido a... ¿quién, señor Converse? Debería ser un nombre que sólo signifique algo para usted. Será su clave; no necesita otra identificación, como ocurre en su país con ciertos servicios bancarios por teléfono...

Joel comprendía que tal vez hubiese revelado el artificio mientras estaba bajo la acción de las drogas. Pero tal vez no; su mente no pensaba demasiado en el dinero. Tenía mucho en su poder, y lo propio de las drogas era hacer sólo una serie de prioridades febriles. Mucho más sorprendente había sido que en los campos, hacía... toda una vida, no hubiese revelado las tácticas empleadas a lo largo de sus primeras fugas. Tenía además un resguardo, con perdón de la ética. El joven alemán, Johann, sería su intermediario. No cabía evitar los riesgos, sólo reducirlos al mínimo; eso también lo había aprendido hacía una vida. Si cogían al muchacho, le remordería la conciencia, pero ¿qué podría ser lo peor que le ocurriese? No valía la pena pensar en ello.

-Entra y pregunta si hay un mensaje para J. Charpentier -dijo al estudiante. Estaban en el asiento posterior de un taxi frente a la oficina de American Express-. Si te dicen que sí, di

estas palabras: «Debe de ser un telegrama de Mikonos. -añadió, recordando las precisas instrucciones de Laskaris.

-¿Es eso necesario? -preguntó el moreno Johann, poniendo mala cara.

-Si. Sin mencionar Mikonos y decir que el mensaje es un tele-grama no te lo darán. Además eso te identifica; no tendrás que firmar nada.

-Todo esto es muy extraño.

-Si vas a ser abogado, debes acostumbrarte a formas extrañas de comunicación. No hay nada ilegal; sólo es un medio de proteger la confidencialidad de tu cliente y de tu firma.

-Al parecer tengo mucho que aprender.

-No estás haciendo nada malo -continuó Joel, mirándole a los ojos-. Todo lo contrario, y te pagaré muy bien por ello.

-Sehr gut.

Converse esperó en el taxi oteando sin cesar la calle, concentrándose en los automóviles estacionados y en los peatones que iban muy despacio o estaban parados, o en cualquiera cuyas miradas parecían dirigirse a la oficina de American Express. Johann penetró en ella y Joel tragó saliva repetidamente, con un nudo en la garganta. La espera era horrible, y aún la hacía peor el saber que estaba utilizando al estudiante en una situación tan peligrosa. Después pensó brevemente en Avery Fowler-Halliday y Connal Fitzpatrick. Ellos habían perdido. El joven alemán tenía muchas posibilidades de vivir largos años.

Pasaban los minutos mientras a Converse le corría el sudor por la frente y el cuello. El tiempo había quedado suspendido en el miedo. Al fin salió Johann, parpadeando con el sol. Era la inocencia personificada. Cruzó la calle y subió al taxi.

-¿Qué te dijeron? -preguntó Joel, disimulando su ansiedad y sin dejar de vigilar la calle.

-Sólo si llevaba mucho tiempo esperando el mensaje. Contesté que esperaba que fuese un telegrama de Mikonos. No sabía qué otra cosa decir.

-Lo hiciste muy bien.

Joel rompió el sobre y desdobló el telegrama. Había una serie ininterrumpida de números, bastantes más de veinte le pareció a primera vista. Una vez más recordó las instrucciones de Laskaris: Tome cada tercer número empezando por el tercero y terminando por el tercero a partir del último. Limítese a pensar siempre en función del tres. Es muy sencillo, como suelen serlo estas cosas, y en cualquier caso nadie puede firmar por usted. Es sólo una precaución.

-¿Va todo bien? -preguntó Johann.

-Si en la medida en que hemos dado un paso adelante y tú estás un paso más cerca de la gratificación, abogado.

-También estoy más cerca de mi examen.

-¿A qué hora es?

-Esta tarde a las tres y treinta.

-Buen augurio. Piensa en función del tres.

-¿Perdón?

-Nada. Vamos a un teléfono público. Sólo tienes una cosa más que hacer, y esta noche podrás invitar a tus amigos a la mayor cena de Bonn.

El taxi esperó en la esquina mientras Converse y el joven alemán estaban junto a la cabina, Johann tras haber anotado el número del banco tomándolo de la guía. El estudiante se resistía a seguir con aquello; las extrañas tareas que se le pedían ahora eran más de lo que él quería aceptar.

-¡Sólo tienes que decir la verdad! -insistía Joel-. Únicamente la verdad. Te has encontrado con un abogado norteamericano que no habla alemán y has tenido que hacer una llamada por él. Ese abogado tiene que retirar fondos para un cliente de una cuenta confidencial y quiere saber a quién debería ver. Eso es todo. Nadie va a preguntar tu nombre, ni el mío.

-Y cuando haga eso habrá más cosas, ¿verdad, mein Herr? Nein; creo que no. Llame usted mismo.

-¡No puedo cometer un error! No puedo permitirme entender mal una palabra. Y no habrá nada más. Sólo tienes que esperar donde quieras, frente al banco o por allí cerca. Cuando salgas te daré dos mil marcos, y por mi parte puedes estar seguro de que no volveremos a vernos.

-Es mucho por tan poco. Comprenderá mis temores.

-No son nada comparados con los míos. -El tono de Converse era tranquilo pero apremiante-. Por favor, hazlo. Necesito tu ayuda.

Lo mismo que había hecho la noche anterior entre el ruido, el humo y los destellos luminosos del bar, el joven alemán miró fijamente a Joel, como tratando de ver algo que no estaba seguro de si existía. Al fin aprobó con la cabeza, sin entusiasmo.

-Sehrgut-dijo, entrando en la cabina con unas monedas en la mano.

Converse observó a través del cristal cómo el estudiante marcaba y mantenía breves conversaciones con dos o tres personas diferentes antes de dar con la adecuada. El diálogo unilateral que observaba Joel parecía interminable, demasiado largo y complicado para la simple búsqueda de un nombre en el departamento de cuentas transferidas. Hubo un momento en que Johann, mientras escribía algo en el trazo de papel donde tenía el número del banco, pareció hacer alguna objeción, y Converse tuvo que dominarse para no abrir la puerta y cortar la llamada. El alemán colgó y salió, con expresión confusa y enfadada.

-¿Qué ha pasado? ¿Hubo algún problema?

-Sólo con la hora y las reglas de la institución.

-¿Qué quieres decir?

-Esas cuentas sólo se atienden después de las doce. Dejé bien claro que usted tenía que estar a esa hora en el aeropuerto, pero Herr Direktor dijo que las normas del banco eran inamovibles. -Johann entregó a Converse el trozo de papel-. Tiene que ver a un hombre llamado Lachmann en la segunda planta.

-Cogeré un avión que salga más tarde.

Joel consultó el reloj del chófer que llevaba en la muñeca. Eran las diez y treinta y cinco; faltaba aún hora y media.

-Esperaba estar en la biblioteca de la Universidad mucho antes de mediodía -dijo el estudiante.

-Todavía puedes estar. Podemos parar, compramos un sobre franqueado y escribes en él tu nombre y dirección. Te enviaré el dinero por correo.

Johann miró al suelo, evidentemente sin saber qué hacer.

-Creo que, quizá... el examen no es tan difícil. Es uno de los temas que mejor domino.

-Claro -asintió Joel-. No hay ninguna razón para que confíes en mí.

-No me interprete mal. Estoy seguro de que me enviaría el dinero. Es sólo que no sé si es buena idea que yo reciba ese sobre. Converse sonrió. Comprendía.

-¿Huellas digitales? ¿Los sistemas de prueba aceptados?

-Es también uno de los temas que mejor domino.

Librodot

-Muy bien; tendrás que estar pegado a mí otro par de horas. Me quedan sólo unos setecientos marcos hasta que vaya al banco. ¿Sabes alguna tienda de ropa lejos del centro donde pueda comprarme un pantalón y una chaqueta?

-Si, señor. Y, si me permite una sugerencia, si va a retirar fondos suficientes para darme dos mil marcos quizá le convengan también una camisa limpia y una corbata.

-«Observa siempre el aspecto de tu cliente.» Puedes llegar lejos, abogado.

El ritual del Bank aus der Bonner Sparkasse fue toda una exhibición de eficacia torpe e inflexible. Joel fue conducido al despacho de herr Lachmann, en la segunda planta, donde no hubo ni apretón de manos ni cruce de palabras preliminar. Sólo se habló de lo que le había llevado allí.

-¿Origen de la transferencia, por favor? -preguntó el brusco y corpulento ejecutivo.

-Banco de Rodas, sucursal de Mikonos, oficina del muelle. El apellido del... «expedidor», como supongo que lo llamaría usted, es Laskaris. No recuerdo su nombre.

-Tampoco hace falta el apellido -dijo el alemán, como si no quisiera oírlo. La propia transacción parecía en cierto modo ofenderlo.

-Perdón, sólo quería ser útil. Como usted sabe, tengo mucha prisa; debo coger un avión.

-Se hará todo de acuerdo con las normas, señor.

-Naturalmente.

El bancario empujó una hoja de papel a través de la mesa.

-Escriba su firma numérica cinco veces, una debajo de otra, mientras le leo las normas que constituyen la política del Bank aus der Bonner Sparkasse en consonancia con las leyes de la República Federal de Alemania. Después tendrá que firmar, también con su firma numérica, una declaración jurada de que comprende plenamente y acepta esas prohibiciones.

-Creí que había dicho «normas».

-Es uno y lo mismo, señor.

Converse sacó el telegrama del bolsillo interior de su recién comprada chaqueta de sport y lo puso junto a la página en blanco. Había subrayado los números que eran y empezó a escribir.

-«Usted, el numéricamente abajo firmante, identificable a partir del origen de la transferencia» -dijo con voz monótona el obeso Lachmann, echándose atrás en su silla y leyendo la hoja que tenía en la mano-, «jura que cualesquiera fondos retirados de su cuenta confidencial en el Bank aus der Bonner Sparkasse han sido grava-dos con todos los impuestos, individuales y sociales, de las diferentes fuentes de renta. Que no han sido convertidos en otras monedas para evitar dichos impuestos, o con el fin de hacer pagos ilegales a individuos, compañías o corporaciones dedicados a actividades...»

-Olvídelo -le interrumpió Joel-; lo conozco. Firmaré.

-«...actividades notariamente ilegales y contrarias a las leyes de la República Federal de Alemania o las de la nación de la que el firmante es residente legal con ciudadanía plena.»

-¿Y si tuviera ciudadanía semiplena o status de extranjero residente? -dijo Converse, iniciando la última línea de números-. Conozco a un estudiante de Derecho que podría hacer trizas esa declaración jurada.

-Hay más, pero dijo usted que firmaría.

-Estoy seguro de que hay más y, por supuesto, firmaré. -Joel empujó la hoja con los números escritos hacia el empleado-. Ahí lo tiene. Ahora deme el dinero. Cien mil dólares

menos gastos. Divídalo en dos tercios y un tercio. Dólares y marcos, y ningún billete mayor de seiscientos marcos o quinientos dólares.

-Eso es mucho papel.

-Me las arreglaré. Por favor, lo más de prisa posible. -¿Esa cantidad es el saldo total de la cuenta? No puedo saberlo hasta que los escáneres comprueben su «firma».

-Es el saldo total.

-Eso podría llevar varias horas, natürlich.

-¿Qué?

-Las normas, la política del banco.

El gordo extendió las manos disculpándose.

-¡No dispongo de varias horas!

-¿Qué puedo hacer yo?

-¿Qué puede hacer? Mil dólares... para usted.

-Una hora, señor.

-¿Cinco mil?

-Cinco minutos, mi buen amigo.

Converse salió del ascensor. Su nuevo cinturón para dinero era mucho menos cómodo que el que había comprado en Ginebra, pero hubiera sido inútil rechazarlo. Era una cortesía del banco, había dicho Lachmann mientras se embolsaba casi doce mil marcos. Los «cinco minutos» habían sido una exageración persuasiva, pensó Joel mientras miraba el reloj de la pared; eran casi las doce cuarenta y cinco. El ritual había llevado más de media hora, desde su «adoctrinamiento» hasta la comprobación de su «firma» mediante escáneres electrónicos capaces de detectar la más leve variación «fundamental» en las características de la escritura. Al parecer, cuando se trata de prácticas cuestionables nadie se atrevía a cometer el menor error en los bancos alemanes. Se seguían las normas hasta el borde mismo de la ilegalidad, y todo el mundo se cubría las espaldas al cumplir órdenes que cargaban con la prueba de la inocencia exclusivamente al receptor.

Converse iba ya andando hacia las puertas ribeteadas de bronce de la entrada cuando vio al estudiante, Johann, en un asiento de mármol, un tanto fuera de ambiente pero cómodo. El muchacho leía un folleto de los que editaba el banco, o, más exactamente, hacía como que lo leía; pues, por encima de la página, sus ojos vigilaban a la gente que se movía sobre el suelo marmóreo. Converse le hizo una seña, y el estudiante se levantó y esperó a que llegase a la puerta para ir tras él.

Algo había ocurrido. Fuera, en la acera, la gente se precipitaba en ambas direcciones, pero sobre todo hacia la derecha. Se oían voces, se gritaban preguntas y había respuestas mezcla de cólera e ignorancia curiosa.

-¿Qué diablos pasa? -preguntó Converse.

-No lo sé -dijo Johann, ya junto a él-. Algo malo, parece. La gente corre al quiosco de la esquina. Los periódicos...

-Vamos a comprar uno -dijo Joel, tocando el brazo del joven mientras echaban a andar hacia la creciente multitud.

-Attentat! Mord! Arnerikanische Botschafter ermordet!

En el quiosco los vendedores gritaban, repartiendo periódicos mientras recogían monedas y billetes sin apenas intentar dar la vuelta. Había esa sensación de pánico creciente que producen los sucesos repentinos e inexplicados que presagian mayores desastres. A su alrededor la gente arrebataba los periódicos, con los ojos clavados en los titulares y en la información que les seguía.

-Mein Gott! -exclamó Johann, mirando un periódico desplegado a su izquierda-. Han asesinado al embajador norteamericano.

-¡Dios santo! ¡Coge uno de ésos! -Converse arrojó unas monedas dentro del quiosco mientras el joven alemán arrebatada un periódico de la mano extendida de uno de los vendedores-. ¡Salgamos de aquí! -gritó Joel, cogiendo por el brazo al estudiante.

Pero Johann no se movió. Siguió allí plantado en medio de la multitud vociferante, mirando al periódico con ojos muy abiertos y labios temblorosos. Converse desplazó a dos personas con el hombro mientras arrastraba al muchacho, rodeados ambos de alemanes ansiosos y protestones obsesionados por llegar hasta el quiosco.

-¡Usted!

La exclamación de Johann fue ahogada por un miedo insoportable.

Joel arrancó el periódico de las manos del estudiante. En el centro del tercio superior de la primera página se veían las fotos de dos

hombres. El de la izquierda era el asesinado Walter Peregrine, em-bajador norteamericano en la República Federal. A su derecha estaba el rostro de un Rechtsannalt norteamericano, una de las pocas palabras de alemán que sabia Converse. Significaba abogado. La foto era la suya.

-¡No! -rugió Joel, arrugando el periódico en la mano izquierda mientras con la derecha agarraba a Johann por el hombro-. ¡Diga lo que diga, es mentira! ¡Yo no tengo nada que ver con eso! ¿No comprendes lo que están tratando de hacer? Ven conmigo.

-Nein! -exclamó el alemán, mirando frenéticamente a su al-rededor y dándose cuenta de que su voz se perdía en la barahúnda que los rodeaba.

-¡He dicho que vengas! -Converse se metió el periódico dentro de la chaqueta y, echando el brazo derecho alrededor del cuello de Johann, se lo llevó consigo-. ¡Puedes pensar y hacerlo que quieras, pero primero ven conmigo! ¡Vas a leerme hasta la última palabra!

-Du ist er! Der Attentater!! -gritó el muchacho extendiendo la mano y agarrándose al pantalón del hombre más cercano, que soltó un taco y lo rechazó indignado.

Joel oprimió el cuello del estudiante y le grito al oido, tan asombrado como el muchacho ante sus palabras:

-¡Si lo quieres así, así será! ¡Tengo una pistola en el bolsillo y si necesito usarla lo haré! Ya han muerto dos personas decentes, ahora tres. ¿Por qué habías de ser tú la excepción? ¿Porque eres joven? ¡Eso no es razón suficiente! Al fin y al cabo, ¿por quién diablos estamos muriendo?

Converse zarandeó al estudiante, arrastrándole fuera del gentío. Una vez en la parte despejada de la acera, cedió en su presa, reemplazándola por un fuerte agarrón en la nuca de Johann. Lo empujó hacia adelante, mientras recorría con la mirada la calle tratando de encontrar una zona apartada donde poder hablar, donde Johann pudiese hablar, tras leer una sarta de mentiras inventadas por los hombres de Aquitania. Se le resbaló el periódico bajo la chaqueta. Lo alcanzó a tiempo y lo sujetó por el borde. No podia seguir andando así, empujando a su cautivo por la acera. Varias personas se habían quedado ya mirándolos. ¡Dios mío! ¡La foto... su cara! Cualquiera podía reconocerlo, y estaba llamando la atención al llevar a rastras a aquel chico.

Allá enfrente, a la derecha, había una confitería o café o mezcla de ambos, con mesas bajo quitasoles en la acera. Al final había varias mesas. Hubiese preferido un callejón desierto o una callejuela empedrada, demasiado estrecha para pasar los coches; pero no podía seguir así, andando a toda prisa con aquella especie de rehén.

-¡Allí! En aquella mesa apartada. Siéntate de cara a la calle. Y recuerda: lo de la pistola no era una broma; tendré la mano en el bolsillo.

Librodot

-¡Por favor, déjeme marchar! ¡Ya me ha hecho bastante! Mis amigos saben que salimos juntos anoche y mi patrona que le busqué una habitación. ¡La policía me preguntará!

-Entra ahí -dijo Converse, conduciendo a Johann por entre las sillas hasta una mesa que estaba al final de la acera. Se sentaron. El joven alemán ya no temblaba, pero miraba sin cesar en todas direcciones-. Ni lo pienses siquiera -continuó Joel-. Y cuando venga el camarero habla en inglés. ¡Sólo en inglés!

-No hay camareros. Los clientes entran a buscar los bollos y el café.

-Pues nos pasaremos sin ellos. Puedes tomar algo más tarde. Te debo dinero y siempre pago mis deudas.

...Yo siempre pago mis deudas. Al menos lo he hecho durante los últimos cuatro años. Palabras de una nota dejada por un amante del riesgo, un actor llamado Caleb Dowling.

-No quiero dinero de usted -dijo Johann, en un inglés que el miedo hacía gutural.

-Crees que está manchado, que te convierte en un auténtico cómplice, ¿no es eso?

-El abogado es usted; yo sólo soy un estudiante.

-Permíteme que te diga una cosa: no está manchado porque no he hecho lo que dicen que hice, sea lo que sea, y los inocentes no tienen cómplices.

-El abogado es usted, señor.

Converse puso el periódico frente al muchacho y metió la mano derecha en el bolsillo, donde había puesto diez mil marcos en billetes, por orden de valor ascendente, para su uso inmediato. Contó siete mil y los puso frente a Johann.

-Guárdatelo antes de que te lo haga tragar.

-¡No cogeré su dinero!

-Vas a cogerlo y a decirles que fui yo quien te lo dio, si quieres. Tendrán que devolvértelo.

-¿Qué quiere decir?

-La verdad, colega. Algún día descubrirás que es tu mejor defensa. ¡Y ahora léeme lo que dice el periódico!

-«El embajador fue muerto durante la pasada noche» -empezó el estudiante con voz entrecortada mientras se guardaba torpemente los marcos-... «La hora aproximada de la muerte es difícil de establecer hasta que se haya procedido a nuevos exámenes» -continuó, a trancas y barrancas, tratando de encontrar las palabras apropiadas-... «La herida fatal fue... Schádel», craneal, una herida en la cabeza, «y el cuerpo estuvo en el agua muchas horas, hasta ser arrojado a la orilla en Plittersdorl y encontrado a primeras horas de esta mañana. El agregado militar declaró que la última persona que se sabe estuvo con el embajador fue un norteamericano llamado Joel Converse. Al surgir ese nombre, hubo comunicaciones...» -El muchacho miró de reojo, sacudiendo nerviosamente la cabeza-. ¿Cómo diría usted?

-No sé -dijo fríamente Joel, con voz sorda-. ¿Qué quiere decir?

-«...muy excitadas», frenéticas, «entre los gobiernos de Suiza, Francia y la República Federal, todo ello en coordinación con la Policia Criminal Internacional, más conocida por la Interpol, y las... piezas del trágico... Ratsel... rompecabezas encajaron»... Quiere decir que se aclararon. «El norteamericano Converse, a quien el embajador Peregrine no conocía, ha sido objeto de una... Suche... búsqueda por parte de la Interpol a consecuencia de sendos asesinatos en Ginebra y París, así como de varios intentos aún no aclarados.»

Johann miró a Converse, mientras sentía cada vez más fuertes los latidos a un lado del cuello.

-Adelante -ordenó Joel-. No sabes cuánto aclara eso las cosas. ¡Sigue!

-«Según la oficina del embajador, éste había concertado una entrevista confidencial a petición de ese tal Converse, que aseguraba tener información perjudicial para los intereses norteamericanos, lo que después ha resultado ser falso. Ambos hombres debían encontrarse a la entrada del puente Adenauer entre las siete y media y las ocho de anoche. El agregado que acompañó al embajador Peregrine confirmó que ambos hombres se encontraron a las siete y cincuenta y uno y echaron a andar por el puente. Fue la última vez que alguien de la Embajada vio vivo al embajador.» -Johann tragó saliva, temblándole las manos. Respiró hondo varias veces y continuó, recorriendo con los ojos lo escrito mientras la frente se le perlaba de sudor-. «Debajo pueden verse... eingehendere... detalles más completos de lo que se sabe del caso, pero un comunicado de la Interpol describía al sospechoso, Joel Converse, como un hombre aparentemente normal y que es en realidad un... wandernde...» -El joven alemán bajó la voz hasta convertirla en un susurro- «...un explosivo andante con todo tipo de perturbaciones mentales. Varios expertos en comportamiento de Estados Unidos lo consideran un enfermo psicópata como resultado de los casi cuatro años que estuvo prisionero durante el conflicto de Vietnam...»

Mientras Johann tartamudeaba, asustado de su propia voz, palabras contundentes y frases irrecusables se sucedían con regularidad entrecortada, respaldadas por «fuentes» ministeriales y «autoridades» innominadas y sin rostro contactadas a toda prisa. El retrato resultante era el de un hombre mentalmente trastornado que había dado un salto atrás en el tiempo a consecuencia de algún suceso violento que lo había dejado con la inteligencia intacta, pero sin control moral ni físico. Se hablaba además de la búsqueda de la Interpol en términos vagos, que daban a entender que una caza del hombre secreta llevaba en marcha días, tal vez semanas.

-« ...Sus tendencias homicidas están canalizadas» -continuó el estudiante, ahora cercano al pánico, mientras la información citaba otra fuente «autorizada»-. «...Siente un odio patológico por los militares y ex militares de alta graduación, especialmente aquellos que se han convertido en figuras destacadas. El embajador Peregrine fue un célebre jefe de batallón en la campaña de Bastogne de la segunda guerra mundial, en la que se perdieron muchas vidas norteamericanas. Las autoridades de Washington piensan que ese perturbado, que tras varios angustiosos intentos escapó finalmente de un campo de máxima seguridad en Vietnam del Norte hace años, y viajó más de ciento cincuenta kilómetros a través de la... Dschungel... jungla enemiga para alcanzar sus líneas, está reviviendo aquella experiencia... Según un psiquiatra militar, su justificación por seguir vivo es matar a oficiales superiores, antiguos o actuales, que dieron órdenes en combate o, en último extremo, incluso a civiles que en su imaginación tienen alguna responsabilidad en los sufrimientos que él y otros padecieron. Sin embargo, exteriormente es un hombre normal, como tantos en su caso. Se han montado vigilancias especiales en Washington, Londres, Bruselas y aquí en Bonn. Como abogado internacional, que se supone tiene acceso a numerosos elementos criminales que trafican con pasaportes ilegales...»

Era una trampa brillantemente planeada, con mentiras decisivas apoyadas en verdades, medias verdades, distorsiones y falsedades puras y simples. Habían tenido en cuenta incluso la cronología precisa de esa noche. El agregado de la Embajada afirmaba inequívocamente haber visto a Joel en el puente Adenauer «a las 7.51., aproximadamente veinticinco minutos después de su huida de la cárcel de piedra de la mansión de Leifhelm y menos de diez minutos después de que se hubiese lanzado al Rhin. Cada momento de esa hora quedaba así explicado. El que le hubieran situado «oficialmente» en el puente a las 7.51 quitaba toda credibilidad a su historia del encierro y la fuga.

Lo ocurrido en Ginebra -la muerte de A. Preston Halliday- era introducido como posible explicación del acto violento que lo había lanzado al pasado, desencadenando su conducta maníaca. «...Se ha sabido que el abogado que murió de un tiro en la cabeza había sido un conocido dirigente del movimiento de protesta norteamericano de los años sesenta.» La

Librodot

conclusión velada era que Converse podía haber contratado a los asesinos. Incluso a la muerte de París se le daba una dimensión muy diferente y mucho más importante, curiosamente basada en la realidad. « ... Inicialmente se ocultó la verdadera identidad de la víctima con la esperanza de ayudar a la caza del hombre, pues se habían despertado sospechas como resultado de una entrevista que la Sureté había tenido con un abogado francés que conoce al sospechoso desde hace años. El abogado, que había almorzado con el sospechoso aquel día, indicó que su amigo norteamericano estaba "gravemente trastornado" y necesitaba "atención médica"...» Por supuesto, el hombre muerto en París era un destacado coronel del Ejército francés, que había sido sucesivamente ayudante de varios «destacados generales».

Por último, como para convencer a cualquier posible escéptico ante aquel juicio público a cargo del periodismo «autorizado», se hacía referencia no sólo a su conducta, sino a lo que había dicho al licenciarse del Ejército, hacía más de quince años. La noticia procedía del Departamento de Marina norteamericano, Quinto Distrito Naval, e incluía la recomendación que habían hecho en la época de que el teniente Converse fuese sometido a reconocimiento psiquiátrico voluntario, recomendación que no surtió efecto. La conducta de dicho oficial había sido insultante en extremo para los entrevistadores, que sólo querían ayudarle, y llegó incluso a proferir violentas amenazas contra numerosos militares de alto rango, de los que, como simple piloto en un portaaviones, no podía saber nada.

Todo ello completaba el retrato que habían hecho los artistas de Aquitania. Johann terminó la lectura, con el periódico arrugado en sus manos y los ojos abiertos y asustados.

-No hay más...

-No me gustaría pensar que lo hay. ¿Tú crees todo eso?

-No sé lo que creo. Estoy demasiado asustado para pensar.

-He ahí una respuesta honrada. Lo que más pesa en tu ánimo es el hecho de que puedo matarte, y por eso no te atreves a enfrentarte con lo que piensas. Lo que realmente quieres decir es que temes que una mirada o una palabra equivocada hagan que yo me ofenda y apriete el gatillo.

-Por favor, señor, ¡yo no tengo nada que ver con esto!

-Tampoco lo tenía yo.

-Déjeme marchar.

-Johann: mis manos están sobre la mesa. Han estado ahí desde que nos sentamos.

-¿Cómo?-El joven alemán pestañeó y contempló los antebrazos de Converse, plantados frente a él con las manos extendidas sobre la blanca superficie metálica-. ¿No tiene pistola?

-Si, la tengo. Se la cogí a un hombre que me hubiese matado de haber tenido la oportunidad. -Joel se llevó la mano al bolsillo mientras Johann se ponía rígido-. Cigarrillos -dijo Converse sacando el paquete y las cerillas-. Es una costumbre terrible. Si no fumas, no se te ocurra empezar.

-Sale muy caro.

-Entre otras cosas. -Joel frotó una cerilla y encendió un cigarrillo, sin quitar los ojos del estudiante-. Llevamos hablando desde anoche. Excepto aquel momento antes, entre la gente, cuando podías haber hecho que me linchasen, ¿crees que parezco el hombre del que habla esa noticia?

-Tengo tan poco de médico como de abogado.

-Dos puntos para la oposición. Es a mí a quien me toca demostrar que estoy cuerdo. Además, ahí dice que parezco perfectamente normal.

-Dice que sufrió mucho.

-Hace siglos, y no más que otros muchos y muchísimo menos que los cincuenta y ocho mil que no volvieron. No creo que un loco sea capaz de hacer una observación tan racional en estas circunstancias, ¿no te parece?

-No sé de qué me habla.

-Estoy tratando de decirte que cuanto acabas de leer acerca de mí es un ejemplo del proceso al que puede someter a un hombre un periodismo negativo. Una mezcla de verdades y medias verdades, distorsiones y juicios inverosímiles enfocados de modo parcial para apoyar las mentiras destinadas a condenarme. Ningún tribunal de un país civilizado admitiría un testimonio así ni permitiría que un jurado lo oyese.

-Han muerto varios hombres -dijo Johann, de nuevo susurrando-. Han matado al embajador.

-No fui yo. Yo no estaba cerca del puente Adenauer anoche a las ocho. Ni siquiera sé dónde está ese puente.

-¿Dónde estaba entonces?

-Donde nadie podía verme, si es a eso a lo que te refieres. Y los que saben que no podía estar en el puente serían las últimas personas del mundo en decirlo.

-Tiene que haber alguna prueba de dónde estuvo. -El joven alemán señaló con un gesto de cabeza al cigarrillo que tenía Converse en la mano-. Quizá uno de esos. Tal vez tiró una colilla.

-0 huellas digitales o de pisadas, restos de ropa... Hay todo eso, pero no puedo decirlo ahora.

-Existen métodos. Los avances en la técnica de... Forschung... en las técnicas de investigación han sido muy rápidos.

-No soy criminalista, pero sé a qué te refieres. Por ejemplo, teóricamente, la impresión dejada en el suelo por una pisada comparada con las marcas de mis zapatos podría situarme donde estuve durante esa hora.

Ja!

-No. Estaría muerto antes de que la menor prueba llegase a un laboratorio.

-¿Por qué?

-No puedo decírtelo. Ojalá pudiese, pero no puedo.

-Y yo le vuelvo a preguntar por qué.

En los ojos del muchacho el miedo se mezclaba con la desilusión, mientras tal vez el último vislumbre de credibilidad desaparecía con la negativa de Joel a explicarse.

-Porque no puedo. Hace un momento dijiste que ya te había hecho bastante, y, sin quererlo, así ha sido. Pero esto no te lo haré. No estás en condiciones de hacer nada más que conseguir que te maten. Es lo más claro que puedo decírtelo, Johann.

-Comprendo.

-No, no comprendes; pero ojalá hubiese un modo de convencerte de que tengo que llegar hasta otros, personas que pueden hacer algo. No están aquí, no están en Bonn, pero llegaré hasta ellas si consigo escapar.

-¿Algo más? ¿Quiere que haga algo más?

El joven alemán se puso otra vez rígido y volvieron a temblarle las manos.

-No. No necesito que hagas nada. Lo que estoy pidiéndote es que no hagas nada... al menos por ahora. Dame una oportunidad de salir de aquí y ponerme en contacto con personas que puedan ayudarme, ayudarnos a todos.

-¿A todos?

-Eso he dicho, y es cuanto puedo decirte.

Librodot

-¿No puede encontrar a esas personas en su Embajada, Amerikaner?

Converse miró a Johann con toda la firmeza de que era capaz en esos momentos.

-Al embajador Walter Peregrine lo mataron uno o más hombres de esa Embajada, y anoche vinieron a matarme al hotel.

Johann respiró hondo y apartó los ojos de Joel para fijarlos en la mesa.

-Antes, en el quiosco, entre la gente, cuando me amenazó, me dijo que ya habían muerto tres hombres, tres hombres decentes.

-Lo siento. Estaba desesperado.

-No fue solo eso, sino lo que dijo después. Dijo usted que por qué iba a ser yo la excepción. ¿Sólo porque era joven? Eso no era razón suficiente. Y después gritó unas palabras muy extrañas, las recuerdo muy bien. Dijo: «Al fin y al cabo, ¿por quién diablos estamos muriendo?» Creo que era algo más que una pregunta.

-No discutiré las implicaciones de esa frase, abogado, ni puedo decirte qué hacer. Sólo lo que he dicho a docenas de clientes durante años. Cuando has de decidir entre varios argumentos claramente opuestos, incluidos los tuyos, y ya los has escuchado todos, échatelos a la espalda y confía en tus instintos. Al depender de quién eres y lo que eres, serán lo más acertado para ti. -Converse hizo una pausa y echó hacia atrás su silla-. Ahora voy a levantarme y a salir de aquí. Si empiezas a gritar, echaré a correr y trataré de esconderme en alguna parte antes de que alguien me reconozca. Después haré cuanto pueda. Si no das la alarma, tendré más posibilidades, y en mi opinión eso seria lo mejor... para todos nosotros. Podrías ir a la biblioteca de la Universidad, salir dentro de una hora, comprar un periódico y acudir a la policia. Espero que lo hagas, si crees que es tu deber. Esa es mi opinión. No sé cuál es la tuya. Adiós, Johann.

Joel se levantó de la mesa llevándose la mano a la cara, con los dedos separados, como para rascarse una ceja. Se volvió y anduvo por entre las mesas hasta la acera, torció a la derecha y se encaminó al primer cruce. Apenas respiraba. Sus pulmones estaban ansiosos de aire, pero no se atrevía ni siquiera a dejar que la respiración le impidiese oir bien. Esperaba mientras andaba, con el pulso acelerado y los oídos tan alerta que la más leve disonancia hubiera sido para él una explosión.

Sólo le llegaba el rumor de las excitadas conversaciones de la calle, en contrapunto con las bocinas de los taxis. Apretó el paso y entró en la corriente de peatones que cruzaba la plaza -más de prisa, más de prisa-, adelantando a tranquilos paseantes que no veían la necesidad de precipitarse. Alcanzó el bordillo de la acera opuesta y acortó la zancada, pues alguien que anda tan de prisa puede llamar la atención. Sin embargo, el impulso de echar a correr iba creciendo hasta hacerse difícil de dominar a medida que aumentaba la distancia entre él y las mesas de aquel café. Su oído no había captado ninguna alarma, y cada segundo de esa ausencia le decía que corriese hacia la primera calleja apartada que pudiese encontrar.

Nada. Nada rompía los ruidos discordantes de la plaza, pero hubo un cambio, un cambio perceptible y que no tenía nada que ver con la alarma estridente provocada por los gritos de una única voz. El tono de las conversaciones habla ido bajando, reemplazado por encogimientos de hombros y gestos relajados que indicaban la incapacidad de comprender. Por todas partes se repetía la palabra Amerikaraer. El pánico provocado inicialmente por la noticia había pasado. Un norteamericano había matado a otro; no se trataba de un asesino alemán, ni de un comunista, ni siquiera de un terrorista que había escapado a las medidas de seguridad de la República Federal. La vida podía continuar; Deutschland no podía ser acusada de esa muerte, y los ciudadanos de Bonn suspiraban de alivio.

Converse dobló la esquina de un edificio de ladrillo y miró al otro lado de la plaza, a las mesas del calé-confitería. El estudiante, Johann seguía en su silla, con la cabeza caída entre las manos, leyendo el periódico. Después se levantó y entró. ¿Habría dentro un teléfono? ¿Iría a hablar con alguien?

¿Cuánto tiempo puedo esperar?, pensó Converse, preparado para echar a correr mientras el instinto lo retenía.

Salió Johann llevando una bandeja con cafe y bollos. Se sentó, colocó meticulosamente lo que traía en ella y volvió a clavar los ojos en el periódico. Después los levantó, hacia nada en particular, como si se supiese observado por ojos invisibles, e hizo un gesto de asentimiento.

Otro amante del riesgo, pensó Joel, mientras se volvía a mirar y escuchar las imágenes y sonidos no familiares de la calle en la que había entrado. Le habían concedido unas cuantas horas. Ojalá supiese aprovecharlas; ojalá supiese qué hacer.

Valerie corrió al teléfono. Si era otro periodista, le diría lo mismo que a los cinco últimos; ¡No creo una palabra de todo ello y no tengo nada que decir-! Y si era alguien más de Washington - del FBI, de la CIA, del VA o de cualquier otra combinación del alfabeto-, gritaría. Había soportado tres horas de entrevista esa mañana, hasta que había echado literalmente de casa a sus torturadores. Eran sólo mentirosos que trataban de obligarla a respaldar sus mentiras. Hubiera sido mucho más fácil descolgar el teléfono, pero no podía hacerlo. Había llamado ya dos veces a Lawrence Talbot a Nueva York, y dicho en su oficina que dieran con él donde estuviese y le dijeran que la llamase. Todo aquello era una locura. ¡Qué locura!, solía decir Joel con una pasión tan tranquila que a ella su voz le parecía un salvaje rugido de protesta.

-¿Diga?

-¿Valley? Soy Roger.

-¡Papá! -Sólo una persona la llamaba por ese nombre, y era su ex suegro. El hecho de que va no estuviese casada con su hijo no había supuesto el menor cambio en sus relaciones. Adoraba al viejo piloto y sabia que el sentía lo mismo por ella-. ¿Dónde estás? Ginny no lo sabía y está frenética. Te olvidaste de oír el contestador.

-No lo olvidé, Valley. ¡Había tanta gente a quien llamar! Acabo de llegar de Hong Kong y nada más salir del avión me rodearon cincuenta o sesenta periodistas gritando y tantos focos y cámaras que no voy a poder ver ni oír durante una semana.

-Algún emprendedor empleado de la línea aérea hizo correr la voz de que estabas a bordo. El que haya sido comerá una semana a costa de una generosa cuenta de gastos. ¿Dónde estás?

-Todavía en el aeropuerto, en el despacho del jefe de tráfico. Tengo que decir en su favor que me sacaron de allí. Valley, acabo de leer los periódicos. Me consiguieron las últimas ediciones. ¿Qué diablos es todo esto?

-No lo se, papa, pero sí que es mentira.

-¡Ese chico es lo más sano que he conocido en mi vida! Están dándole la vuelta a todo, convirtiendo lo bueno que hizo en algo... no sé, en algo siniestro. ¡Es demasiado sincero para estar loco!

-No lo está, Roger. Alguien está acosándolo, presionándolo.

-¿Para qué?

-No lo sé. Pero creo que Larry Talbot sí... al menos más de lo que me ha dicho.

-¿Y qué te ha dicho?

-Ahora no, papá. Más tarde.

-¿Por qué?

-No estoy segura. Quizá es sólo una corazonada.

-No te entiendo, Valley.

-Lo siento.

-¿Qué dijo Ginny? Por supuesto, voy a llamarla.

-Está histérica.

-Siempre lo estuvo... un poquito.

-No, me refiero a eso. Se echa la culpa. Cree que esa gente la ha tomado con su hermano por las cosas que ella hizo en los sesenta. Traté de decirle que es una tontería, pero me temo que lo puse peor. Me preguntó muy tranquila si creía lo que decían de Joel. Le dije que, por supuesto, no.

-La vieja paranoia. Tres hijos y un contable por marido y todavía le vuelve. Nunca pude hacer vida de esa chica. Y eso que como piloto era un genio. Se soltó antes que Joel, y eso que era dos años más joven. La llamaré.

-No sé si podrás comunicar con ella.

-¿Por qué?

-Ha pedido que le cambien el número, y creo que tú deberías hacer lo mismo. Yo lo haré en cuanto sepa de Larry.

-Valley... -Roger Converse hizo una pausa-. No lo hagas.

-¿Por qué no? ¿Tienes idea de lo que estoy pasando?

-Sabes que nunca te he preguntado qué pasó entre Joel y tú, pero suelo cenar con ese abogadillo una vez por semana cuando estoy en la ciudad. El cree que lo hago por una especie de obligación filial, pero no volvería a verme el pelo si no me cayese bien. Quiero decir que es un tipo agradable, aunque algo raro a veces.

-Todo eso lo sé, Roger. ¿Qué tratas de insinuar?

-Dicen que ha desaparecido, que nadie puede dar con él.

-¿Y?

-Quizá te llame. Creo que serás la primera persona en quien piense.

Valerie cerró los ojos; el sol de la tarde que entraba por la cla- raboya era cegador.

-¿Eso lo has sacado de vuestras conversaciones en la cena semanal?

-No es intuición; nunca la tuve excepto en el aire. Si, tienes razón. No se dijo nunca claramente, pero estaba siempre por debajo de la capa de nubes.

-Eres imposible, papá.

-Los errores de pilotaje son como cualquier otro. Hay veces en que no puedes permitírtelos. No cambies tu numero, Valley.

-No lo haré.

-Y ahora, ¿qué me dices de mí?

-El marido de Ginny tuvo una buena idea. Están trasladando todas las preguntas a su abogado. Tal vez tú deberías hacer lo mismo. ¿Tienes abogado?

-Claro, tengo tres: Talbot, Brooks y Simon. Si quieres que tediga la verdad, el mejor es Nate. ¿Sabias que ese hijo de perra empezó a volar a los sesenta y siete años? Ahora tiene permiso para multimotores. ¿Te imaginas?

-Papá -le interrumpió bruscamente Valerie-. ¿Estás en el aeropuerto?

-Ya te lo he dicho. En Kennedy.

-No vayas a casa. No vuelvas a tu apartamento. Coge el primer avión que puedas para Boston. Usa otro nombre. Vuelve a llamarme y dime en qué vuelo vienes. Te recogeré.

-¿Por qué?

-Haz lo que te digo, Roger. ¡Par favor!

-¿Para qué?

-Te quedarás aquí. Yo me marcho.

21

Converse salió a toda prisa de la tienda de ropa de la atestada Bornheimer Strasse y se miró en el escaparate. Contempló el efecto general de sus compras, no como lo haría dentro un cliente frente al gran espejo, buscando que le sentasen bien y lo hiciesen elegante, sino como una de las personas que pasaban por la acera. Quedó satisfecho; no había nada en su indumentaria que llamase la atención. La fotografía de su documentación -la única de los últimos quince años que podía estar en una agencia de prensa o en el archivo de un periódico- había sido tomada hacía cerca de un año, cuando, como uno de los varios abogados que intervenían en la fusión, fue entrevistado por Reuter. Era de busto, y con su indumentaria de abogado -traje y chaleco oscuros, camisa blanca y corbata a rayas- daba la perfecta imagen de un especialista internacional en auge. Esa era también la imagen que cualquier lector de periódicos tenía de él, y, puesto que no iban a cambiarla sino tan sólo a divulgarla en posteriores ediciones, era él quien debía cambiar.

Tampoco podía continuar con la ropa que había llevado al banco. Un Lachmann asustado daría sin duda una completa descripción a la policía; pero incluso si el pánico le hacía guardar silencio, lo había visto con chaqueta oscura, camisa blanca y corbata a rayas. Inconscientemente o no, pensó Joel, había buscado una pátina de respetabilidad. Tal vez todos los hombres que huían para salvar su vida lo hacían así, porque su dignidad esencial les había sido arrebatada. Esto aparte, vestido con aquella ropa era el hombre de la fotografía del periódico.

El aspecto en que pensaba era el de un profesor de historia que había conocido en la Universidad, un hombre con todas las prendas de su atuendo muy dentro de un estilo. Sus chaquetas eran siempre de un tweed discreto y con coderas, los pantalones grises -de franela gruesa o fina, nunca otra cosa- y las camisas azul Oxford y abotonadas hasta el cuello, también sin excepción. Sobre sus gafas de gruesa montura de concha estaba encaramado un blando sombrero de paseo irlandés, con el ala bajada por detrás y por delante. Adondequiera que iba aquel hombre, ya se tratase de una calle de Boston, de la Quinta Avenida de Nueva York o del Rodeo Drive de Beverly Hills -este último un sitio que Joel estaba seguro no llegó a ver-, uno sabía que pertenecía a la Nueva Inglaterra académica.

Converse había conseguido reproducir en su memoria el aspecto de aquel hombre, excepto las gafas oscuras, que pensaba reemplazar por unas más normales. Había pasado frente a un gran bazar, el equivalente en Bonn a un drive-and-carry norteamericano, y sabía que allí habría un mostrador con gafas de diferentes tipos y tamaños, algunas con un leve aumento para leer, otras claras.

Por razones que estaban sólo empezando a hacérsele evidentes, aquellas gafas le parecían ahora algo vital. Después comprendió. Trataba de concentrarse en lo que sabía podía hacer, cambiar de aspecto, mientras aplazaba todo lo demás, inseguro sobre qué hacer después, sobre si sería capaz de hacer algo.

Se contempló en el espejo ovalado del bazar, de nuevo satisfecho con lo que veía. La montura de carey de imitación era gruesa y el cristal claro, y el efecto de lo más serio e intelectual. Ya no era el hombre de la foto de los periódicos y, cosa no menos importante, la concentración que había dedicado a su aspecto había empezado a despejarle la cabeza. Otra vez podía pensar, sentarse en alguna parte y ordenar sus ideas. También necesitaba comer y beber algo.

Librodot

El café estaba abarrotado, y las ventanas con vidrieras reducían el sol del verano a unos cuantos rayos azul y rojo que cortaban el humo. Lo condujeron a una mesa frente al diván de cuero negro, mientras el maitre, o quien fuese, le aseguraba que sólo tenía que pedir una carta en ingles; los platos estaban numerados. Como en el Continente todo el mundo entendía por whisky el escocés, pidió un doble, y sacó el bloc y el bolígrafo que había comprado en el bazar. Llegó la bebida y procedió a escribir.

¿Connal Fitzpatrick?
¿Maletín?
93 000 dólares más.
Embajada descartada
Larry Talbot y Cia. no.
Beale no
Attstett no
Hombres de San Francisco no
Hombres de Washington. ¿Quienes?
¿Caleb Dowling? No
¿Hickman, la Marina, San Diego? Posible
¿Mattilon?

René! ¿Por qué no había pensado antes en Mattilon? Comprendía por qué había dicho el francés lo que se le atribuía anónimamente en el periódico. Estaba tratando de protegerlo. Si no había defensa, o era tan frágil que resultaba inviable, lo mas lógico era refugiarse en la locura temporal. Joel trazó un circulo en torno al nombre de Mattilon e hizo otro tanto con el 1 que puso a su izquierda. Buscaría una central. telefónica de las que suelen haber por las calles, de esas en que las telefonistas asignan cabinas a turistas despistados, y llamaría a René a París. Tomó dos sorbos de whisky, relajándose mientras sentía por dentro el calorcillo, y volvió a su lista, empezando por el principio.

¿Connal?... La suposición de que lo habían matado era inevitable, pero no concluyente. Si estaba vivo, lo retenían para ver que podían sacarle. Como jefe jurídico de la mayor y más poderosa base naval de la Costa Oeste, y como participe en las reuniones de la Oficina de Control de Municiones del Departamento de Estado, al igual que sus homólogos del Pentágono, Fitzpatrick podía ser una buena baza para los hombres de Aquitania. Sin embargo, llamar la atención sobre él suponía garantizar su ejecución, si es que no lo habían matado ya. Si aún estaba vivo, el único modo de salvarlo era dar con él, pero no de un modo ortodoxo u oficial; había que hacerlo en secreto. Connal tenía que ser rescatado a escondidas.

De repente Joel vio a un hombre con uniforme del Ejército norteamericano que al otro lado de la sala hablaba con dos paisanos en el bar. No lo conocía. Fue el uniforme lo que le llamó la atención. Le recordó al agregado militar de la Embajada, aquel oficial tan extraordinariamente observador y preciso que era capaz de ver a un hombre que no estaba en un puente en el momento exacto en que no estaba. Un mentiroso por cuenta de Aquitania. Alguien cuyas mentiras lo identificaban. Si aquel embustero no sabía dónde estaba Fitzpatrick, podía obligársele a descubrirlo. Quizá fuese una manera, después de todo. Converse trazó a la derecha de su lista una línea que unía a Connal Fitzpatrick con el almirante Hickman, el de San Diego. No le puso número; había demasiadas cosas que considerar.

¿El maletín? Aún seguía convencido de que los hombres de Leifhelnn no lo habían encontrado. Si los generales de Aquitania tuviesen aquel maletín, se lo habrían hecho saber.

Librodot

No era propio de aquellos hombres ocultar una presa así, no al prisionero que se había creído capaz de enfrentarse a ellos. No; se lo habrían dicho de un modo u otro, aunque solo fuera para hacerle ver hasta que punto había fracasado. Si estaba en lo cierto, Connal lo había escondido. ¿En aquel hostal, Das Rektorat? Valía la pena probar. Joel trazó un círculo en torno a el maletín y le puso el número 2.

-Speisek,irte, ttteirt Neri?-dijo un camarero antes de que Con-verse lo hubiese visto llegar.

-En inglés, por favor.

-Desde luego, Senor. -El camarero barajo sus menús como si fuesen cartas gigantescas, eligió uno y se lo dio a Joel, sin dejar de hablar -. La Spezialttat para hoy es Wienerschinitzel. Es lo mismo en inglés.

-Muy bien. Llévese la carta. Lo tomaré.

-Danke.

El hombre se marchó a toda prisa, sin darle tiempo a pedir otro whisky. Daba igual.

93 000 dolares más. No había nada que añadir; ya decía bastante el molesto bulto en torno a su cintura. Tenía el dinero; ahora había que usarlo.

Embajada descartada... Larry Talbot Cia.no Beale no....Anslett no... Hombres de San Francisco no. Mientras comía pensó en cada apartado, preguntándose como podía haber ocurrido todo aquello. Había considerado cuidadosamente cada paso, tenido en cuenta los hechos, memorizado los dossiers, siempre con la máxima cautela. Pero se había ido todo al cuerno por complicaciones que rebasaban con mucho los sencillos hechos que le habla proporcionado Preston Halliday en Ginebra.

Solo tienes que anotar dos o tres acusaciones relacionadas con Delavane, aunque que sean circunstancialmente y bastará.

A la luz de las revelaciones de Mikonos, y de lo ocurrido después en París, Copenhague y Bonn, la simplicidad de esas palabras resultaba casi criminal. Halliday se hubiera quedado estupefacto ante la profundidad y amplitud de la influencia que habían alcanzado las legiones de Delavane, ante la penetración que habían logrado en los niveles más altos del Ejército, la policía, la Interpol y, evidentemente, de los que ahora controlaban la oleada de noticias procedentes de supuestas fuentes autorizadas de los gobiernos occidentales.

Converse puso bruscamente coto a sus pensamientos desbocados. De pronto se dio cuenta de que estaba pensando en Halliday como en un hombre que sólo vio un par de ojos de noche en la selva y no tenía la menor idea del tamaño y la ferocidad del animal invisible en la oscuridad. No era así. Halliday conocía los materiales que le iba a dar Beale en una isla del Egeo, las relaciones entre Paris, Bonn, Tel-Aviv y Johannesburgo, lo de quienes «tomaban las decisiones» en el Departamento de Estado y el Pentágono... ¡Lo sabía todo! Lo había preparado todo con personas desconocidas de Washington. Halliday había mentido en Ginebra. Un luchador californiano de quien había sido amigo hacía años en la Facultad, llamado Avery Fowler, era el manipulador, y, bajo el nombre de A. Preston Halliday, le había mentido.

Dónde estaban aquellos tipos clandestinos de Washington que habían tenido la audacia de conseguir medio millón de dólares para un juego increíble pero estaban demasiado asustados para salir a campo abierto? ¿Qué clase de hombres eran? Habían matado a su explorador, y su marioneta estaba acusada de ser un asesino psicópata. ¿Cuánto tiempo podían esperar? ¿Qué había detrás de aquello?

Las preguntas trastornaban tanto a Converse que trató de no seguir con ellas. Sólo podían enfurecerlo, lo que cegaría su razón. Necesitaba razonar y, sobre todo, la fuerza que da el saber a qué atenerse.

Era ya hora de buscar una central telefónica y hablar con Mattilon. René le creería, le ayudaría. Cualquier otra cosa era impensable en un viejo amigo como el.

El hombre vestido de paisano fue en silencio hasta la ventana del hotel, sabiendo que se esperaba que dijese algo que iba a ser la base de un milagro, no de una solución sino de un milagro, y eso era algo inexistente en el oficio que tan bien conocía. Peter Stone era, según todas las normas, una reliquia, un náufrago que lo había visto todo y a fuerza de ver había acabado derrumbándose. El alcohol sustituyó a la verdadera audacia, y acabó por convertirlo en un mutante profesional, en el que una parte seguía estando orgullosa de los logros pasados y otra se sentía asqueada ante el despilfarro, ante el espectáculo de las vidas derrochadas, las estrategias desperdiciadas, la moralidad arrojada a la gigantesca papelera de la inconsciencia colectiva.

Aun así, había sido uno de los mejores, no podía olvidarlo, y, cuando supo que todo había terminado, fue capaz de enfrentarse al hecho de que estaba matándose a fuerza de bourbon y autocompasión. Se echó fuera, pero no antes de haberse ganado la enemistad de sus antiguos jefes de la Agencia Central de Inteligencia, no por irse de la lengua en público sino por haberles dicho en privado lo que pensaba de ellos. Afortunadamente, cuando volvió a encauzar su vida supo que sus antiguos jefes tenían otros enemigos en Washington, enemigos que no tenían nada que ver con los enredos o la competencia extranjeros. Simplemente, hombres y mujeres al servicio de la república que querían saber qué diablos estaba pasando cuando Langley se negaba a decírselo. El había sobrevivido... estaba sobreviviendo. Pensaba en esas cosas sabiendo que los otros dos hombres que había en la habitación creían que estaba concentrándose en el problema que tenía entre manos.

No había tal problema. El expediente estaba cerrado, y con una orla negra. Los dos que estaban con él eran tan jóvenes-¡Dios mío, tan condenadamente jóvenes!- que iba a resultarles demasiado terrible aceptarlo. Recordaba vagamente los tiempos en que una conclusión así lo hubiese dejado hecho poleo. Pero eso era hacía casi cuarenta años; ahora tenía cerca de sesenta, y había oído tales conclusiones demasiado a menudo para llorar por ello. La pena, la tristeza, estaba allí, pero el tiempo y la repetición habían embotado sus sentidos; lo único que importaba era hacer una valoración clara de los datos.

Se volvió y dijo con tranquila autoridad:

-No podemos hacer nada. -El capitán del Ejército y el alférez de navío se alteraron visiblemente. Peter Stone continuo-: He pasado veintitrés años en el oficio, incluida una década con Angleton, y les digo que no hay absolutamente nada que hacer. Tenemos que dejarlo a su aire; no podemos tocarlo.

-¿Por que no? preguntó mordazmente el marino-. También dijo eso cuando mataron a Halliday en Ginebra: «No podemos permitir eso»

-No podemos. Nos superaron en estrategia.

-Hay un hombre ahí fuera -insistió el alférez-. Nosotros lo enviamos.,.

-Y ellos dieron con el -interrumpió el paisano, con voz tranquila y mirada de aceptación entristecida-. Es como si estuviese muerto. Tendremos que empezar a buscar en otra parte.

-¿Por que? -preguntó el capitán del Ejército-. ¿Por que es como si estuviese muerto?

-Ellos controlan demasiadas cosas, ahora nos damos cuenta. Si no lo tienen ya encerrado en un sótano, saben bien dónde está. Quienquiera que lo encuentre lo matará. Alguien entregará cuerpo de un loco asesino acribillado a balazos y hay un suspiro de alivio colectivo. Ese es el plan.

¡Y el análisis más frío de un asesinato que he oído nunca! ¡Asesinato, una ejecución injustificada!

-Mire, teniente -djo Stone, apartandose de la ventana-, me pidió que viniera con usted, me convenció para que viniese, porque necesitaba que hubiera en este cuarto alguien con experiencia. Con esa experiencia les digo que ha llegado el momento de reconocer y aceptar el hecho de que han sido derrotados. Eso no significa que esten acabados, pero han perdido este asalto. Nos han derrotado y tengo la impresión de que aún no han acabado los golpes.

-Tal vez... -empezo vacilante el capitán-, tal vez deberíamos acudir a la Agencia, contarles todo lo que sabemos, lo que creemos saber, y lo que hemos hecho. Eso podría salvar a Converse.

-Lo siento -replicó el antiguo hombre de la CIA-. Quieren su cabeza y la tendrán. No se hubieran tomado tanta molestia si no llevase ya encima el cartel de «muerto». Descubrió algo, o ellos acerca de él. Así funciona esto.

-¿En qué clase de mundo vive usted? -preguntó el marino, sacudiendo la cabeza.

-Ya no vivo en él, alférez, usted lo sabe. Creo que ésa es una de las razones por la que acudieron a mí. Hice lo que ustedes dos, y quienquiera más que esté con ustedes, están haciendo ahora. Denuncié algo que ocurría, sólo que yo lo hice con dos meses de bourbon en las venas y diez años de asco en la cabeza. ¿Dice que podrían acudir a la Compañía? Bien, adelante, pero lo harán solos. Nadie que valga un cuarto en Langley querrá saber nada de mí.

-No podemos ir al G-Dos o a la inteligencia naval -dijo el del Ejército-. Lo sabemos; todos quedamos de acuerdo en eso. La gente de Delavane está allí; acabarían con nosotros.

-Muy bien dicho, capitán. ¿Cree que sería con balas de verdad?

-Ahora lo creo -intervino el marino-. El informe de San Diego es que ese jurídico, Remington, murió en un accidente de automóvil en La Jolla. Fue el último que habló con Fitzpatrick, y antes de abandonar la base preguntó a un colega la dirección de un restaurante en las colinas. Nunca había ido allí... y no creo que fuese un accidente.

-Tampoco yo -dijo el paisano-, pero eso nos lleva a esa otra parte a donde acudir que buscábamos.

-¿Qué quiere decir? -preguntó el capitán.

-Fitzpatrick. SAND PAC no puede encontrarlo, ¿no es así?

-Está con permiso -intervino el marino-. Le han dado otros veinte días. No tenía orden de comunicar su itinerario.

-Aun así, han tratado de dar con él sin conseguirlo.

-Sigo sin comprender -se impacientó el capitán.

-Vamos tras de Fitzpatrick -dijo Stone-. A partir de San Diego, no de Washington. Tenemos una razón para querer realmente que vuelva. Una emergencia de SAND PAC, de carácter estrictamente reservado, un problema de la base, no de nadie más.

-No me gusta repetirme -dijo el hombre del Ejército-, pero me he perdido. ¿Por dónde empezamos? ¿Y con quién?

-Con uno de los suyos, capitán. En este momento es una persona muy importante. El agregado en Mehlemer House.

-¿Dónde?

-En la Embajada norteamericana en Bonn. Es uno de ellos. Mintió cuando más lo necesitaban. Se llama Washburn. Comandante Norman Anthony Washburn IV.

La central telófónica estaba frente al vestíbulo de un edificio de oficinas. Era una gran sala cuadrada, con cinco cabinas empotradas en tres paredes distintas y un mostrador alto en el centro, donde había cuatro telefonistas frente a sus consolas, todas ellas cuando menos bilingües. A derecha e izquierda de la entrada, en unas estanterías, estaban las guías de las más importantes ciudades europeas y sus alrededores. En las repisas de encima había

pequeños blocs con bolígrafos para comodidad de quienes buscaban números. La mecánica era siempre la misma: el que iba a llamar entregaba a la telefonista el número escrito, indicaba la forma de pago -metálico, tarjeta de crédito o cobro revertido- y se le asignaba una cabina. No había cola; media docena de cabinas estaban vacías.

Joel buscó el número del bufete de Mattilon en la guía de París, lo anotó, se lo Llevó a una de las telefonistas y dijo que pagaría en metálico. La telefonista le indicó que fuese a la cabina número siete y esperase a que sonara el timbre. Entró rápidamente, con la blanda ala de tela del sombrero cayéndole sobre la frente encima de las gafas de concha. Cualquier encierro, desde un retrete a una cabina de cristal, era preferible a estar a la vista. Sintió cómo se le aceleraba el pulso, que pareció explotar cuando sonó el timbre.

-Saint-Pierre, Nelli et Mattilon -dijo una voz femenina en París.

-Monsieur Mattilon, por favor... s'il vous plait.

-Votre...? -La mujer se detuvo, sin duda reconociendo los esfuerzos de un norteamericano por hablar en francés-. ¿Quién digo que llama, por favor?

-Su amigo de Nueva York. El sabrá. Soy cliente.

René supo. Después de varios clics, se oyó su voz tensa.

-¿Joel? -susurró-. ¡No creo lo que han dicho!

-No -dijo Converse-, no es verdad... Ni lo que dijeron acerca de Ginebra y de Bonn, ni siquiera lo que tú dijiste. No tengo nada que ver con esas muertes, y lo de París fue un accidente. Tenía todas las razones para pensar que aquel hombre iba a sacar una pistola.

-Entonces, amigo mío, ¿por qué no te quedaste allí?

-Porque querían impedirme seguir adelante. Eso fue lo que honradamente creí, y no podía permitírselo. Déjame hablar. En el George Cinq me hiciste preguntas y yo te di respuestas evasivas, y creo que adivinaste, pero fuiste lo bastante amable para dejarlo correr. No tienes de qué arrepentirte, te doy mi palabra... Mi palabra de cuerdo. Bertholdier vino a verme esa noche a mi habitación; hablamos y le entró el pánico. Hace seis días volví a verlo aquí, en Bonn, sólo que esta vez fue diferente. Le habían ordenado venir, junto con otros tres hombres muy poderosos, dos generales y un ex mariscal de campo. Es una conjura, René, una conjura internacional, y pueden salirse con la suya. Todo es muy secreto y va muy de prisa. Han reclutado a militares clave en toda Europa, el Mediterráneo, Canadá y Estados Unidos. No hay modo de saber quién está con ellos y quién no, y no queda tiempo para errores. Tienen millones a su disposición, y depósitos de armas y municiones por todas partes, listas para ser enviadas a sus gentes cuando llegue el momento.

-¿El momento?-interrumpió Mattilon-. ¿Qué momento?

-Por favor -insistió Joel, siguiendo precipitadamente adelante-. Han estado mandando armas y explosivos a maníacos de todas partes, terroristas, provocadores, locos probados, con un único propósito: la desestabilización mediante la violencia. Es su excusa para intervenir. Ahora mismo están prendiendo fuego a Irlanda del Norte.

-¿Esa locura del Ulster? -le interrumpió de nuevo el francés-. Los horrores que están ocurriendo...

-Son cosa de ellos. Son una prueba. Lo han hecho con un envío masivo desde Estados Unidos... ¡para probar que son capaces! Pero lo de Irlanda es sólo un test, un ejercicio sin importancia. La gran explosión va a tener lugar en cuestión de días, de semanas cuando más. Tengo que llegar hasta la gente que puede pararlos, ¡y no puedo hacerlo si estoy muerto! -Converse se detuvo, sólo para tomar aliento, sin dar a Mattilon ocasión de hablar-. Esos son los hombres tras de los que voy, René, legalmente, para montar unas cuantas acusaciones contra ellos y denunciarlos ante los tribunales antes de que consigan lo que se proponen. Fue después cuando descubrí que ya están allí. Llegué demasiado tarde.

-¿Pero por qué tú?

-Todo empezó en Ginebra, con Halliday, el hombre al que mataron. Cuando lo cazaron sus pistoleros ya me había reclutado. Me preguntaste por lo de Ginebra y te mentí, pero ésta es la verdad. Ahora, tú verás si me ayudas, si tratas de ayudarme. No por mí. Yo soy insignificante, pero esto en lo que estoy metido no. Y me metieron en ello, ahora lo sé. Pero los he visto, he hablado con ellos, y son tan endiabladamente lógicos, tan persuasivos, que harán fascista a toda Europa; organizarán una federación militar con mi país como progenitor. Porque la cosa empezó en mi país; se inició en San Fran-cisco con un hombre llamado Delavane.

-¿El de Saigón? ¿El Mad Marcus de Saigón?

-Vivito y coleando y viviendo en Palo Alto, desde donde mueve sus peones. Sigue teniendo gancho, y acuden a él como las moscas ala miel.

-Joel, ¿estás... estás bien?

-Digamos que sí, René. Le quité el reloj a un hombre que me custodiaba, un paraonico que no obstante fue amable conmigo, y va muy rápido. Tienes treinta segundos para pensar en lo que acabo de decirte; después colgaré. Ya son veintinueve.

Pasaron diez, y Mattilon habló.

-Un loco no da unas explicaciones tan claras con tal precisión. Muy bien; quizá yo esté también loco, pero lo que dijiste de... Bien sabe Dios que el momento no puede ser más adecuado. ¿Qué más puedo decir? ¡El mundo está loco!

-Tengo que volver vivo a Estados Unidos, a Washington. Conozco gente allí. Si puedo llegar hasta ellos y hacer que me vean como soy, me escucharán. ¿Puedes ayudarme?

-Tengo contactos en el Quai d'Orsay. Déjame acudir a ellos.

-No. Saben que somos amigos. Una palabra a quien no debes y te matarían. Y, perdóname, lo peor no es eso, sino que lo que dijeses los pondría sobre aviso. No podemos permitírnoslo.

-Está bien. Hay un hombre en Amsterdam, no me preguntes de qué lo conozco, que puede arreglar cosas como ésta. Supongo que no tendrás pasaporte.

-Tengo uno pero no es mío. Es alemán. Se lo quité a un guardián que estuvo a punto de meterme una bala en la cabeza.

-Entonces estoy seguro de que no se encuentra en condiciones de quejarse a las autoridades.

-Así es.

-¿De verdad dio tu mente ese salto atrás?

-Vamos a no hablar de eso, ¿quieres?

-Bien. Allá tú. Conserva ese pasaporte; te será útil.

-Amsterdam. ¿Cómo llego allí?

-¿Estás en Bonn, no?

-Sí.

-Hay un tren para Emmerich, en la frontera holandesa. En Emmerich toma un transporte local, un tranvía, un autobús, lo que sea. Hay mucha manga ancha en las aduanas, especialmente durante las horas punta, cuando entran y salen trabajadores. Nadie mira, de modo que limítate a enseñar el pasaporte que tienes lo más de prisa posible, tapando lo que puedas la fotografía. Está bien que sea alemán. No tendrás problemas.

-¿Y si los tengo?

-En ese caso, amigo mío, no puedo ayudarte. Te soy sincero. Tendría que acudir al Quai d'Orsay.

-Está bien. Cruzo, ¿y después qué?

Librodot

-Llegarás a Arnhem. Desde allí toma el tren para Amsterdam.

-¿Y después?

-Ese hombre. Por aquí debe de estar su tarjeta, en el último cajón. ¿Tienes algo para escribir?

-Adelante -dijo Converse, alcanzando el bloc y el bolígrafo que había en la repisa debajo del teléfono.

-Aquí está. Thorbecke. Cort Thorbecke. Vive en una casa de apartamentos en la esquina suroeste de Utrechtsestraat y Kerkstraat. El teléfono es cero-dos-cero cuatro-uno-uno-tres-cero. Cuando lo llames para concertar la entrevista, dile que eres de la familia de Tatiana. ¿Lo has cogido? Tatiana.

-¿René? -dio Joel, sin dejar de escribir-. Nunca lo hubiera sospechado. ¿Cómo has llegado a conocer a alguien así?

-Ya te dije que no me preguntases; pero por otro lado él puede sondearte y deberías poder darle al menos respuestas vagas. Todo fue siempre muy vago. Tatiana es el nombre de una de las hijas del zar que se supone fueron ejecutadas en Ekaterinemburgo en 1918. Digo «se supone» porque muchos creen que se salvó junto con su hermana Anastasia y salieron de Rusia clandestinamente en compañía de una niñera que llevaba consigo una fortuna en joyas. La niñera tenía debilidad por Tatiana, y una vez libres le dio todo a ella y nada a su hermana. Se dice que vivió desconocida y en la opulencia e incluso puede que aún viva, pero nadie sabe dónde.

-¿Es eso lo que tengo que saber?

-No, eso es tan sólo el origen de su significado actual. Hoy es un símbolo de confianza dado a muy pocas personas en años recientes por los hombres más suspicaces de la tierra, hombres que no pueden permitirse cometer errores.

-¡Dios Santo! ¿Quiénes?

-Rusos, poderosos comisarios soviéticos que sienten debilidad por la banca occidental, a la que envían dinero desde Moscú para invertirlo. Ya comprenderás por qué se trata de un círculo muy reducido. Son pocos los llamados y aún menos los elegidos. Thorbecke es uno de ellos, y tiene un gran negocio de pasaportes. Le telefonearé y le diré que espere tu llamada. Recuerda: nada de nombres, sólo Tatiana. Te meterá en seguida en un vuelo de la KLM para Washington. Pero necesitarás dinero, de modo que debemos pensar cómo...

-Dinero es lo único que no necesito -le interrumpió Converse-. Sólo un pasaporte y un billete de avión para el aeropuerto Dulles sin que me cojan.

-Vete a Amsterdam. Thorbecke te ayudará.

-Gracias, René. No me has fallado, y eso significa mucho para mí. Nada menos que mi vida.

-Amigo mío, todavía no estás en Washington. Pero llámame en cuanto llegues, sea la hora que sea.

-Lo haré. Gracias otra vez.

Joel colgó, se echó el bloc y el bolígrafo al bolsillo y salió de la cabina camino del mostrador. Preguntó cuánto debía y, mientras la telefonista que hablaba inglés lo calculaba, recordó el asunto señalado con el número 2 en su lista. Su maletín con los dossiers y los nombres de quienes «tomaban las decisiones» en el Pentágono y el Departamento de Estado. Das Rektorat. Aprovechando algún impensable descuido por parte de Leifhelm, ¿habría conseguido Connal esconderlo en alguna parte? ¿Lo habría encontrado tal vez algún empleado del hostal? Converse habló con la telefonista que le entregaba la factura.

-Hay un sitio llamado Das Rektorat. Es un hotel en el campo, no sé bien dónde, pero me gustaría llamar allí y hablar con el encargado. Me han dicho que habla inglés.

-Sí, señor. Das Rektorat tiene unas habitaciones espléndidas, si hay alguna disponible.

-No es para reservar habitación. Un amigo mío estuvo allí la semana pasada y cree que puede haberse dejado un objeto valioso en su habitación. Me llamó y me pidió que lo comprobase por él, que hablase con el encargado. Si encuentro el número, ¿querría hacer la llamada por mí y pedirle que se ponga? Lamento decir que no hablo alemán y probablemente acabarían poniéndome con el cocinero.

-Desde luego, señor-dijo la mujer, sonriente-. Será más fácil que busque yo el número. Vuelva a la cabina siete y yo le llamaré. Puede pagar ambas llamadas cuando termine.

Ya dentro del recinto acristalado, Joel encendió un cigarrillo mientras pensaba en lo que iba a decir. Apenas había tenido tiempo de formular las palabras cuando sonó el timbre.

-Es el Vorsteher... el encargado de Das Rektorat, señor-dijo la telefonista-. Y habla inglés.

-Gracias. -La telefonista cortó su conexión-. ¿Oiga?

-Sí. ¿Puedo servirle en algo, señor?

-Eso espero. Soy un amigo norteamericano del capitán Connal Fitzpatrick, jefe jurídico de la base naval de San Diego, en California. Tengo entendido que estuvo ahí la semana pasada.

-Efectivamente, señor. Sentimos mucho no poder prorrogarle la estancia, pero había una reserva anterior.

-¿Cómo? ¿Se marchó de repente?

-No fue exactamente así. Hablamos por la mañana y creo que comprendió nuestra situación. Yo mismo le busqué un taxi.

-¿Estaba solo cuando se fue?

-Sí, señor.

-Ah. Entonces, si puede decirme a qué hotel fue, podré preguntar allí también.

-¿Preguntar, señor?

-El capitán extravió uno de sus maletines, uno plano de cuero con cerraduras de combinación. El contenido sólo tiene valor para él, pero necesita urgentemente encontrarlo. Creo que era un regalo de su mujer. ¿Lo han visto ustedes?

-No, señor.

-¿Está seguro? El capitán tiene la costumbre de esconder sus papeles profesionales, a veces debajo de una cama o en el fondo de un armario.

-No dejó nada aquí, señor. La habitación fue revisada a fondo y limpiada por nuestro personal.

-Tal vez vino alguien a visitarlo y se equivocó de maletín. -Converse se daba cuenta de su insistencia, pero tenía que hacerlo.

-No tuvo visitas. -El alemán hizo una pausa-. Un momento, ahora recuerdo.

-¿Si?

-¿Dice usted un maletín plano, de esos que suelen llamar attachés?

-¡Si!

-Lo llevó consigo. Lo tenía en la mano cuando se fue.

-Ah... -Joel trató de recobrarse rápidamente-. Entonces, si quiere decirme qué dirección dejó, a qué hotel fue...

-Lo siento, señor. No nos dejó instrucciones.

-¡Alguien tuvo que hacerle la reserva! ¡Es difícil encontrar habitación en Bonn!

-Por favor, señor. Yo mismo me ofrecí a intentarlo, pero rechazó mi ayuda... no muy cortésmente por cierto.

-Lo lamento. -A Joel le fastidiaba haber perdido el dominio de sí mismo-. Esos documentos eran importantes... Entonces ¿no tiene idea de a dónde se fue?

-Claro que la tengo, señor. Tuve buen cuidado de preguntar. Dijo que iba a la Bahnhof, estación de ferrocarril. Si alguien preguntaba por él, debíamos decirle que estaba durmiendo en una taquilla de consigna. Me temo que también esto fue con intención descortés.

¿La estación? ¡Una taquilla! ¡Era un mensaje! ¡Fitzpatrick estaba diciéndole dónde debía mirar! Sin decir una palabra más, Converse colgó el teléfono, salió de la cabina y fue al mostrador. Pagó ambas llamadas y dio las gracias a la telefonista. Le hubiera gustado darle una propina, pero sabía que sólo serviría para llamar la atención.

-Ha sido usted muy amable y me gustaría pedirle un último favor.

-Dígame.

-¿Dónde está la estación?

-No tiene pérdida. Al salir de aquí, tome a la izquierda y ande cuatro calles; después otra vez a la izquierda durante dos más. Es uno de los orgullos de Bonn.

-Ha sido usted muy amable.

Joel caminó rápidamente por la acera, sin dejar de recordarse a sí mismo que debía mantener un paso normal. Ahora todo dependía del autodominio, todo. Cuantos movimientos hiciese debían ser normales; nada que llevase a alguien a fijarse en él. Mattilon le había dicho que tomase un tren, Fitzpatrick que fuese a la estación... ¡Una taquilla! ¡Aquello era otro presagio! Estaba empezando a pensar que esas cosas existían.

Atravesó las grandes puertas abiertas de la entrada y torció a la derecha, hacia la fila de taquillas donde había dejado el maletín antes de dirigirse a la Alter Zoll para encontrarse con «Avery Fowler». Llegó a su taquilla; había una Llave puesta y nada dentro. Empezó a examinar las de alrededor, a ambos lados, no muy seguro de lo que estaba buscando pero sabiendo que tenía que haber algo. ¡Y lo encontró! Dos filas más arriba a la izquierda. Las iniciales eran pequeñas pero claras, arañadas en el metal por una mano fuerte y precisa. C.F. ¡Connal Fitzpatrick!

¡Su colega de uniforme lo había conseguido! Había vuelto a poner los explosivos documentos donde sólo ellos dos sabían que estarían. De repente a Converse le dio un vuelco el corazón. ¿Cómo sacarlos? ¿Cómo abrir? Miró a su alrededor, a la muchedumbre veraniega que llenaba la estación. El enorme reloj marcaba las dos y media; dentro de dos horas y media cerrarían las oficinas, terminaría la jornada y el gentío se haría aún mayor. Mattilon le había dicho que fuese a Emmerich durante la hora de mayor ajetreo, cuando los trabajadores pasaban la frontera en ambos sentidos al terminar el día, y el viaje a Emmerich llevaba casi dos horas, eso contando con que hubiese un tren. Le quedaba menos de media hora para abrir la taquilla.

Había una caseta de información al otro extremo de la cavernosa estación. Se dirigió a ella, otra vez con el pensamiento al galope eligiendo las palabras que podían proporcionarle una llave. El peso del dinero en torno a su cintura le daba un atisbo de esperanza.

-Pues verá -dijo al empleado, con las gafas de concha a caballo en la nariz y el sombrero sobre la frente. Le había tocado un tipo que hablaba inglés, de mediana edad, cara cansada y expresión aburrida e irritada-. Es sólo que he perdido la llave de la taquilla en la que guardaba mi equipaje y tengo que coger un tren para Emmerich. A propósito, ¿cuándo sale el próximo?

-Ach, siempre igual -replicó el empleado, señalando con el dedo un horario-. Esta gente del verano no da más que trabajo. He perdido esto, he perdido aquello, ¡y esperan que todo el mundo los ayude! El tren para Emmerich salió hace veintisiete minutos. Hay otro dentro de diecinueve minuten, pero el siguiente es ya dentro de una hora.

-Gracias. Tengo que ir en él. ¿Y lo de la taquilla? -Joel sacó un billete de cien marcos por debajo del mostrador y lo elevó lentamente hasta él-. Es muy importante que consiga mi equipaje y tome ese tren. ¿Puedo darle la mano para agradecerle su ayuda?

-¡Se hará! -exclamó en voz baja el empleado, mirando a derecha e izquierda mientras agarraba la mano de Converse y el dinero. Descolgó el teléfono que tenía al lado y marcó a lo bruto-. Schnell! Wir müssen ein Schliessfach ó f fnen. Standort zehn Auskun ft! -Colgó de golpe y miró a Joel, con una sonrisa esculpida en sus labios rígidos-. En seguida vendrá alguien. Estamos aquí para servirle. Los Amerikanen, siempre tan atentos.

Vino, estallando en su uniforme del ferrocarril, un tipo de ojos apagados y autoridad más que dudosa.

-Was ist? El empleado se lo explicó en alemán y miró otra vez a Converse.

-Habla algo de inglés, no bien pero lo suficiente, y le ayudará.

-Tenemos nuestras normas -dijo el custodio oficial de las llaves de las taquillas con un tremendo acento alemán-. Venga, dígame dónde es.

-Feliz cumpleaños -dijo Joel al empleado de la caseta de in-formación.

-No es mi cumpleaños, señor.

-¿Cómo lo sabe? -le preguntó sonriente Converse, cogiendo por el brazo al gordo.

-Hay procedimientos -dijo el burócrata del ferrocarril mientras abría la taquilla con una llave maestra-. Tendrá que firmar la entrega del contenido en la oficina.

¡Allí estaba! El maletín, de costado, parecía intacto. Joel se llevó la mano al bolsillo y sacó dinero.

-Tengo mucha prisa -dijo mientras deslizaba primero un billete de cien marcos y después, tras una vacilación, otro-. Mi tren sale dentro de pocos minutos. -Estrechó la mano del alemán, pasándole el dinero, y preguntó con calma pero con una mirada significativa-: ¿No podría decir que fue un error?

-¡Fue un error! -certificó, todo entusiasmo, el hombre del uniforme-. ¡Tiene que coger un tren!

-Gracias. Es usted una persona encantadora. Feliz cumpleaños.

-Was?

-No se preocupe, yo sé lo que digo. Gracias de nuevo.

Tras una rápida ojeada, esperando contra toda esperanza que nadie estuviese observándolo, Joel fue a un banco de madera vacío que había contra la pared, se sentó y abrió el maletín: allí estaba todo. Pero no podía quedarse con ello. Volvió a mirar por la estación, sabiendo lo que tenía que encontrar. Y lo vio. Un drugstore o su equivalente; allí tendrían sobres. Cerró el maletín y se levantó, confiando en que alguien de la tienda hablaría inglés.

-Casi todos lo hablamos -dijo la mujer de aspecto matronil que atendía la sección de papelería-. Es prácticamente una necesidad, sobre todo durante los meses de verano. ¿Qué necesita?

-Tengo que enviar un informe de negocios a Estados Unidos -dijo Converse, con un sobre grande y grueso y un rollo de cinta adhesiva en la mano derecha y el maletín en la izquierda-, pero mi tren sale dentro de pocos minutos y no tengo tiempo de ir a una oficina de correos.

-Hay varios buzones en la Bahnho f.

-Necesito sellos, franqueo. No sé cuánto.

-Si pone lo que sea en el sobre, lo cierra y le pone la dirección, lo pesaré y le diré qué sellos necesita. Tenemos aquí hojas por comodidad, pero son más caras que en correos.

Librodot

-No importa. Me gustaría que fuese por correo aéreo, y prefiero que sobren sellos a que falten.

Cinco minutos después Converse entregaba a la amable empleada el paquete cerrado para que lo pesase. Había escrito una nota en cabeza del primer dossier y puesto claramente la dirección en letras de imprenta en el sobre. La mujer volvió con el franqueo necesario. Converse pagó y puso el sobre en el mostrador frente a sí.

-Gracias -dijo, consultando su reloj, mientras empezaba a mojar y pegar frenéticamente los sellos-. ¿Sabe por casualidad dónde puedo comprar un billete para...Emmerich, o Arnhem, me parece que es?

-Emmerich es en Alemania, Arnhem en Holanda. En cualquier taquilla.

-No sé si me dará tiempo -dijo Joel, mientras pegaba los últimos tres sellos-. Supongo que podría sacarlo en el tren.

-Teniendo dinero no hay problema.

-Ya está. -Había terminado-. ¿Dónde está el buzón más cercano?

-Al otro extremo de la Bahnho f.

Joel volvió a mirar su reloj y el corazón empezó otra vez a golpearle en el pecho mientras salía a la estación. Después, dominándose al instante, examinó a la multitud en busca de alguien que pudiese estar vigilándolo. Tenía menos de ocho minutos para echar el sobre al correo, sacar el billete y encontrar el tren. Quizá pudiese prescindir del segundo paso. Pero pagar el billete en el tren supondría entablar conversación, y probablemente tener que buscar a alguien que tradujese... Las posibles consecuencias eran temibles.

Mientras buscaba febrilmente el buzón, se repetía las palabras que había garabateado en lo alto de la cubierta del primer dossier: No dejes que nadie -repito, nadie- sepa que tienes esto. Si no has sabido de mí dentro de cinco días, envíaselo a Nathan S. Le llamaré si puedo. Tu ex y obediente marido. Besos, J. Después contempló el nombre y la dirección que había escrito en el sobre y se preguntó, acometido por un dolor sordo, cómo podía hacerle eso a ella.

Ms. Valerie Charpentier R.F.D. 16

Dunes Ridge

Cape Ann, Massachusetts U.S.A.

Tres minutos después encontró un buzón y depositó el sobre, abriendo y cerrando varias veces la ranura para asegurarse de que había caído al fondo. Miró los carteles que le rodeaban por todas partes, confuso ante la escritura alemana y desanimado por las colas que veía frente a las ventanillas. Se sentía impotente, queriendo hacer preguntas pero sin atreverse a parar a nadie, por miedo a que alguien se fijase en su cara.

Allá lejos, al otro lado de la estación, había una ventanilla. Dos parejas acababan de abandonar la cola, quizá por un repentino cambio de planes. Sólo quedaba otra. Converse se apresuró por entre la gente, siempre tratando de dominarse y de reducir sus movimientos al mínimo.

-Emmerich, por favor -dijo al empleado, cuando al fin el solitario cliente dejó la ventanilla-. Holanda -añadió, pronunciando con claridad.

El empleado se volvió un momento y miró el reloj que tenía detrás. Después habló en alemán, con frases rápidas y guturales.

-Verstehen? -preguntó.

-Nein... ¡Mire! -Converse puso tres billetes de cien marcos sobre el mostrador, negando con la cabeza y encogiéndose de hombros-. ¡Por favor, un billete! Lo sé, me quedan pocos minutos.

Librodot

El hombre cogió dos de los billetes y empujó el tercero hacia Converse. Se dio la vuelta y apretó varios botones. La máquina escupió un billete, que entregó a Joel.

-Danke. Zwei Minuten!

-La vía. ¿Qué vía es? ¿Me comprende? ¿Dónde?

-Wo?

-¡Sí, sí, eso es! ¿Dónde?

-Acht.

-¿Qué?

Converse alzó la mano derecha, levantando y bajando dedos para indicar números.

El empleado respondió levantando ambas manos, una con todos los dedos extendidos y la otra con los tres de en medio.

-Acht -repitió, señalando al otro lado de la estación, a la izquierda de Joel.

-¡Ocho! Gracias.

Converse echó a andar lo más deprisa que podía sin correr. Veía la puerta por entre el gentío. Un revisor voceaba algo mientras miraba su reloj y retrocedía hasta los andenes.

Una mujer cargada de paquetes chocó con él, golpeándole el hombro izquierdo, y los bultos se le escaparon de los brazos y se esparcieron por el suelo. Joel trató de disculparse, entre los gritos de la mujer, que hicieron a los viajeros más cercanos detenerse y quedarse mirándolos. Recogió varias bolsas mientras las voces de su propietaria iban en aumento.

-Peor para usted -farfulló Converse, y dejando caer los paquetes echó a correr hacia la puerta a punto de cerrarse. El revisor le vio y la abrió de un empujón.

Converse llegó a su asiento jadeante, con el sombrero echado sobre la frente. Le dolía la herida del brazo izquierdo y pensó que tal vez se le hubiese abierto con el encontronazo. Se palpó bajo la chaqueta, junto a la culata de la pistola que le había quitado al chófer de Leifhelm. No había sangre y cerró un momento los ojos, aliviado.

No se fijó en el hombre que le miraba desde el otro lado del pasillo.

En París, la secretaria estaba sentada a su mesa hablando por teléfono en voz baja, que aún ahogaba más la mano con que rodeaba el micrófono. Su francés parisino era culto, si no aristocrático.

-Eso es todo -dijo-. ¿Lo tienes?

-Sí -respondió el hombre que estaba al otro extremo de la línea-. Es extraordinario.

-¿Por qué? Para eso estoy aquí.

-Claro. Yo diría que la extraordinaria eres tú.

-Por supuesto. ¿Qué quieres que haga?

-Me temo que lo peor.

-Eso pensaba. No tienes elección.

-¿Puedes?

-Dalo por hecho. Te veré en Taillevent. ¿A las ocho?

-Lleva lo que tú sabes, el negro. Lo adoro.

-La Gran Estaca se impacienta.

-Me pasa siempre, cariño. A las ocho.

La secretaria colgó el teléfono, se levantó y se arregló el vestido. Abrió un cajón y sacó un bolso con largas correas, se lo colgó al hombro y fue hasta la puerta cerrada de su jefe. Llamó.

-¿Si? -preguntó dentro Mattilon.

-Soy Suzanne, monsieur.

-Pase, pase -dijo René, echándose hacia atrás en su asiento mientras entraba la mujer-. La última carta está llena de un lenguaje incomprensible, ¿no le parece?

-En absoluto, monsieur. Es sólo que yo... Bueno, no sé si está bien que lo diga.

-No se preocupe. Si es algo atrevido, a mi edad me halagaría tanto que probablemente se lo contaría a mi mujer.

-Oh, monsieur...

-No; realmente, Suzanne, sólo lleva usted aquí... ¿cuánto? ¿una semana, diez días?, y se diría que ha estado meses. Su trabajo es excelente y le agradezco que haya querido hacer esta sustitución.

-Su secretaria es una querida amiga mía, monsieur. No podía hacer menos.

-Bueno, se lo agradezco mucho, y a ella. Espero que Dios la saque de ésta. Los jóvenes de hoy conducen tan de prisa y con tan poco cuidado... Perdón. ¿Qué hay, Suzanne?

-No he almorzado, señor. Me preguntaba si...

-¡Dios mío, que desconsiderado soy! Me temo que la culpa la tienen dos socios que se toman en serio agosto y se van de vacaciones. Por favor, tarde el tiempo que quiera , y no deje de traerme la nota para reembolsársela.

-No es necesario, pero gracias por la oferta.

-No es una oferta, Suzanne; es una orden. Tómese un buen vino y olvidémonos de los clientes de mis socios. Ahora váyase.

-Gracias, monsieur.

Suzanne fue hasta la puerta, la entreabrió y se detuvo. Volvió la cabeza y vio que Mattilon estaba absorto en la lectura. Cerró la puerta silenciosamente, buscó en su bolso y sacó una gran pistola con el cilindro perforado de un silenciador sujeto al cañón. Se dio la vuelta muy despacio y fue hacia la mesa.

El abogado levantó la vista cuando se acercaba.

-¿Qué?

Suzanne disparó cuatro veces en rápida sucesión. René Mattilon cayó hacia atrás en su asiento, con el cráneo perforado desde el ojo derecho a la sien izquierda. La sangre empezó a correr por su cara y sobre su camisa blanca.

22

-¿Dónde diablos has estado? -gritó Valerie al teléfono-. ¡Llevo tratando de hablar con tigo desde primera hora de esta mañana!

-A primera hora de esta mañana -dijo Lawrence Talbot -, cuando llegó la noticia, supe que tenía que coger el primer avión para Washington.

-¿No creerás lo que andan diciendo? ¡No puedes creerlo!

-Lo creo y, lo que es peor, me siento responsable. Siento como si hubiese apretado el gatillo sin querer, que en cierto modo es exactamente lo que ocurrió.

-¡Maldita sea, Larry! Explícate.

-Joel me llamó desde un hotel de Bonn... sólo que no sabía cuál. No estaba en sus cabales, tan pronto tranquilo como gritando, y acabó por admitir que se encontraba confuso y asustado. Siguió divagando, casi siempre de un modo incoherente, contándome una increíble

historia de cómo había sido capturado y encerrado en una casa de piedra, en el bosque, y cómo se había escapado y escondido en el río, eludiendo a guardas y patrullas y matando a un hombre al que llamaba un «explorador». No hacía más que gritar que tenía que escapar, que había hombres buscándolo en los bosques y a lo largo del río. Le ha ocurrido algo; ha vuelto a aquellos días terribles en que estuvo prisionero. Cuanto dice y describe son variaciones sobre aquellas experiencias: el dolor, la fatiga nerviosa, las tensiones de la huida para salvar su vida atravesando selvas y ríos... Está enfermo, querida, y lo de esta mañana fue una prueba horrible.

Valerie notaba como un hueco en la garganta, y más abajo un súbito y horrible vacío. No podía pensar, sólo reaccionar a las palabras.

-¿Por qué dices que eres responsable, que en cierto modo fuiste tú quien apretó el gatillo?

-Le dije que acudiese a Peregrine. Traté de convencerlo de que el embajador le escucharía, de que no era la clase de hombre que él creía.

-¿Que él creía? ¿Qué te dijo Joel?

-Apenas nada que tuviese sentido. Estuvo desvariando acerca de generales y mariscales de campo y de cierta oscura teoría histórica que había unido a todos los jefes de diversas guerras y ejércitos en un esfuerzo combinado para apoderarse de los gobiernos. No estaba lúcido. Lo fingía, pero apenas ponía yo en duda una de sus afirmaciones o algún detalle de su historia, estallaba y me decía que no importaba, o que no le estaba escuchando, o que era demasiado torpe para entenderlo. Pero acabó por admitir que estaba terriblemente cansado y confuso y necesitaba dormir. Fue entonces cuando hice el último intento para que acudiese a Peregrine, pero no confiaba en él. Dijo que había visto al coche de un ex general alemán cruzar las puertas de la Embajada, y, como no sé si sabrás, Peregrine destacó como oficial en la segunda guerra mundial. Le expliqué con toda paciencia y la firmeza que pude que el embajador no era uno de «ellos», que no era amigo de los militares, pero, por supuesto, no dio resultado. Joel le llamó, concertó una cita y lo mató. Quién iba a pensar que estaba tan enfermo...

-Larry -empezó Valerie lentamente y con un hilo de voz-, oigo todo lo que me dices pero no me suena a verdadero. No es que no te crea; Joel me dijo una vez que eras un hombre de una honestidad embarazosa; pero echo de menos algo. El Converse que yo conozco y con el que he vivido durante cuatro años jamás deformaba los hechos para defender abstracciones en las que se empeñase en creer. Ni si-quiera cuando estaba furioso. Le dije que sería un mal pintor porque era incapaz de forzar una forma para que encajase en un concepto.

Era algo ajeno a él, y creo que lo explicó bien. A ochocientos kilómetros por hora, me dijo, puedes confundir una sombra en el mar con un portaaviones si no te funcionan los instrumentos.

-Quieres decir que nunca miente.

-Estoy segura de que lo hace, pero nunca en cosas importantes. Simplemente es algo más fuerte que él.

-Eso fue antes de que se pusiese enfermo, seriamente enfermo. Me admitió que había matado a aquel hombre en París.

-¡No!

-Si, me temo que sí. Lo mismo que mató a Walter Peregrine.

-¿A causa de una oscura teoría histórica? ¡Es todo un error, Larry!

-Dos psiquiatras del Departamento de Estado lo explicaron, pero estoy seguro de que trastocaría sus palabras si tratase de repetirlas. Creo que hablaron de «retrogresión latente progresiva».

-¡Tonterías!

Librodot

-Pero puedes tener razón en una cosa: lo de Ginebra. ¿Recuerdas que dijiste que todo estaba relacionado con lo de Ginebra?

-Lo recuerdo. ¿Qué pasa con lo de Ginebra?

-Que fue allí donde empezó; en Washington están todos de acuerdo en eso. No sé si has leído los periódicos...

-Sólo el Globe; me lo traen a casa. No me he separado del teléfono.

-Era el hijo de Jack Halliday... bueno, en realidad su hijastro. Este era el abogado que mataron en Ginebra. Parece que fue un destacado líder del movimiento contra la guerra en los años sesenta, y ahora el contrincante de Converse en esa fusión. Habían quedado en verse para desayunar antes de la reunión. La teoría era que fue él quien azuzó a Joel, y quizá no exageren, pues tenía fama de ir directo a la yugular.

-¿Por qué había de hacer tal cosa? -preguntó Val, de pronto alerta a pesar de su estado de nervios.

-Para desconcertar a Joel, para confundirlo. Recuerda que había mucho dinero en juego, y al abogado que saliese mejor parado podía venirle muy bien para su carrera, hacer que la gente de Wall Street hiciese cola para contratarlo. Hay incluso pruebas de que Halliday lo consiguió.

-¿Qué pruebas?

-La primera parte es muy técnica, de modo que no trataré de explicártela. Sólo te diré que había una sutil transferencia de acciones con derecho a voto que en ciertas condiciones de aislamiento del mercado podían dar a los clientes de Halliday más peso del pretendido en la fusión. Joel lo aceptó, y no creo que estando normal lo hubiese hecho.

-¿Estando normal? ¿Cuál es la segunda parte?

-El comportamiento de Joel en la reunión propiamente dicha. Según los informes, basados en entrevistas con cuantos estaban en esa sala, no era él mismo; estaba distraído, algunos dicen que agitado. Varios abogados de ambas partes comentaron que se mantuvo apartado, que estuvo junto a una ventana la mayor parte del tiempo, mirando afuera como si esperase algo. Su concentración era tan escasa que tuvieron que repetirle muchas de las preguntas, y tampoco entonces pareció entenderlas. Su mente estaba en otra parte, en algo que le consumía.

-¡Larry! gritó Valerie-. ¿Qué estás diciendo? ¿Que Joel tuvo algo que ver con la muerte de ese Halliday?

-No puede descartarse -dijo con tristeza Talbot-. Ni psicológicamente ni a la luz de lo que varias personas vieron en la antesala cuando murió Halliday.

-¿Qué vieron? -susurró Valerie-. El periódico decía que había muerto en brazos de Joel.

-Me temo que hay algo más, querida. He leído los informes. Según un recepcionista y dos de los abogados, hubo un violento intercambio de palabras entre ellos momentos antes de morir Halliday. Nadie sabe lo que se dijeron, pero todos están de acuerdo en que fueron expresiones violentas, y en que Halliday agarró a Joel de las solapas, como acusándolo. Más tarde, cuando le interrogó la policía de Ginebra, Joel dijo que no había habido una conversación coherente, sólo las palabras histéricas de un moribundo. El informe de la policía añadía que no había sido un testigo muy servicial.

-¡Dios mío, si probablemente estaba trastornado! ¡La muerte de aquel hombre literalmente en sus brazos tiene que haber sido algo traumático para él!

-Admito que pudo ser así, Valerie, pero hay que examinarlo todo, y muy principalmente su conducta.

Librodot

-¿Qué creen que hizo? ¿Cuál es ahora la teoría? ¿Que Joel salió a la calle, vio a alguien que le pareció adecuado y lo contrató para matar a un hombre? Realmente, Larry, eso es grotesco.

-Hay más preguntas que respuestas, ciertamente, pero lo que ha ocurrido, lo que sabemos que ha ocurrido, no tiene nada de grotesco. Es más bien trágico.

-De acuerdo. Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a querer que matasen a Hallliday? ¿Por qué?

-Creo que es obvio. ¡Cómo debe de haber despreciado a alguien como Halliday! Un tipo que estuvo tranquilamente en su casa y condenaba y ridiculizaba cuanto pasaron hombres como Joel, llamándolos terroristas a sueldo, asesinos y lacayos, y calificando sus sacrificios de «innecesarios». Lo mismo que sus aborrecidos «man-dos», también los Hallidays de este mundo defendían cuanto él odiaba. Los unos enviando hombres al combate para ser mutilados, muertos, capturados... torturados; los otros haciendo burla de cuanto esos hombres soportaron. Sea lo que sea lo que Halliday dijo durante ese desayuno, hizo que algo estallase en la cabeza de Joel.

-¿Y tú piensas -dijo en voz baja Valerie, sintiendo resonar las palabras en su garganta- que por eso deseaba ver a Halliday muerto?

-Venganza latente. Ésa es la teoría que prevalece; el consenso si tú quieres.

-Yo no «quiero», porque no es verdad, no puede ser verdad.

-Se trata de expertos altamente cualificados, Val, doctores en ciencias del comportamiento. Han analizado todos los antecedentes y creen que el modelo está ahí. Esquizofrenia patológica instantánea, provocada por un shock.

-Qué impresionante... Deberían bordarlo en sus gorros de béisbol a lo Snoopy, porque es donde merece estar.

-No creo que te encuentres en situación de discutir...

-Me encuentro en una situación endemoniada -interrumpió la ex señora Converse-. Pero nadie se ha molestado en preguntarnos a mí, o al padre de Joel, o a su hermana... que da la casualidad de que fue uno de esos contestatarios de ojos de loco de los que hablas. Es imposible que Halliday haya podido provocar a Joel de la manera que ellos dicen, ni en el desayuno, ni en el almuerzo, ni en la cena.

-No puedes afirmarlo, querida. Simplemente lo ignoras.

-Lo sé, Larry, porque Joel creía que los Halliday de este mundo, como tú dices, tenían razón. No le gustaba siempre el modo que tenían de hacer las cosas, ¡pero pensaba que tenían razón!

-No lo creo. No después de lo que él pasó.

-Entonces acude a otra fuente, si es así como lo llamas; a algunos de esos antecedentes que tus sumos sacerdotes de las ciencias del comportamiento tuvieron buen cuidado de ignorar. Cuando volvió Joel, celebraron un desfile en su honor en la base Aérea de Travis, en California, donde sólo les faltó darle las llaves de todos los apartamentos de las starlets de Los Angeles. ¿No fue así?

-Recuerdo que hubo un acto militar en homenaje a un hombre que había huido en circunstancias extraordinarias. El propio secretario de Estado acudió a recibirlo al pie del avión.

-Así es, Larry. ¿Y después qué? ¿Dónde más le rindieron homenajes?

-No sé a qué te refieres.

-Consulta los archivos. En ninguna parte. No quiso aceptarlo. ¿Cuántas invitaciones tuvo? ¿De cuántos pueblos, ciudades, compañías y organizaciones... todos empujados por la

Casa Blanca? ¿Cien, quinientas, cinco mil? Por lo menos ésas, Larry. ¿Y sabes cuántas aceptó? Dime, Larry, ¿lo sabes? ¿Hablaron de ello tus sumos sacerdotes?

-No se trataba de eso.

-Por supuesto que no. Eso estropearía el modelo, un modelo que fuerza la realidad como nunca lo hubiera hecho Joel Converse. La respuesta es ninguna, Larry. ¡Se negó en redondo! Pensaba que cada día más de aquella guerra era un día más en el infierno. Se negó a prestar su nombre.

-¿Qué pretendes insinuar? -dijo muy serio Talbot.

-Halliday no era su enemigo, al menos del modo en que estás tratando de pintarlo. Esas pinceladas no están ahí, no están en el lienzo.

-Tus metáforas son excesivas para mí, Val. ¿Qué intentas decirme?

-Que hay algo que huele mal, Larry, algo tan podrido que apenas puedo respirar; pero el hedor no procede de mi ex marido, sino de todos vosotros.

-Debo objetar a eso. Sólo quiero ayudar; creí que lo sabías.

-Lo sé, claro que lo sé. La culpa no es tuya. Adiós, Larry.

-Te llamaré en cuanto sepa algo.

-Sí, llámame. Adiós.

Valerie colgó el teléfono y miró su reloj. Era ya hora de ir al aeropuerto Logan de Boston a recoger a Roger Converse.

-Kóhn in zehn Minuten! -gritaron por el altavoz.

Converse estaba sentado junto a la ventanilla, con la cara pegada al cristal, mientras desfilaban los pueblos en el camino hacia Colonia: Bornheim, Wesel, Brühl... El tren iba lleno en sus tres cuartas partes, lo que equivale a decir que cada asiento doble tenía al menos un ocupante. Al salir de la estación había una mujer sentada donde iba él ahora. Al poco rato, la viajera, vestida a la moda, vio a otra -sin duda una amiga- y dijo algo a Joel. El no poder contestarla, llamando así brevemente la atención hacia ellos, le puso nervioso. Se encogió de hombros y negó con la cabeza. La mujer dio un bufido, impaciente, se levantó irritada y fue a reunirse con su amiga.

Había dejado un periódico, el mismo que aún seguía abierto sobre el asiento con la foto de Converse en primera página. Joel lo contempló, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y al instante cambió de sitio, lo cogió y lo dobló. Miró cautelosamente a su alrededor, manteniendo la mano casualmente sobre los labios, frunciendo el ceño, tratando de parecer un hombre embebido en sus pensamientos. Pero había visto otro par de ojos que lo estaban observando, mirándolo, mientras su propietario parecía enfrascado en una animada conversación con una mujer de edad sentada a su lado. El hombre miró a otra parte, y Converse tuvo apenas medio segundo para observar su cara. Conocía aquel rostro, había hablado con aquel hombre, pero no conseguía recordar dónde o cuándo, sólo que habían hablado. El darse cuenta de ello le resultó tan exasperante como aterrador. ¿Dónde había sido? ¿Cuándo? ¿Le conocía aquel hombre? ¿Sabía su nombre?

Si era así, nada en su conducta lo denotaba. Había vuelto a con-centrarse en la mujer y la conversación continuaba. Joel trató de representarse al hombre entero; quizá eso ayudase. Era corpulento, no tanto de estatura como de contorno, y superficialmente jovial, pero Converse advertía en él rasgos de vileza. Pero ¿ahora o antes? ¿Cuándo era antes? ¿Y dónde? Habían pasado unos diez minutos desde el intercambio de miradas y Joel no había avanzado lo mas mínimo en su intento de ir levantando sucesivas capas del recuerdo. Se sentía incómodo y asustado.

-Wir kommen hit zwei Minuten in Kóln an. Bitte achten Sie auf Ihr Gepack!

Algunos pasajeros se levantaron de sus asientos, alisándose chaquetas y faldas, y empezaron a alcanzar sus equipajes. Cuando el tren comenzó a disminuir la marcha, Converse apretó la frente contra el frío cristal de la ventanilla y dejó que su mente vagase sin meta, esperando que los minutos siguientes le dijesen qué hacer.

Pero los minutos pasaban y su mente seguía en blanco mientras iban saliendo y entrando pasajeros, muchos con maletines, algunos parecidos al que había dejado en un cubo de basura en Bonn. Le hubiera gustado conservarlo, pero no podía. Era un regalo de Valerie, lo mismo que su pluma de oro, ambos con las iniciales de tiempos mejores. No, no mejores, se dijo; simplemente diferentes. Nada es mejor o peor; no caben comparaciones cuando se trata de compromisos. Se es fiel a ellos o no. El suyo se había venido abajo.

Entonces ¿por qué, se preguntó mientras el tren se detenía en Colonia, había enviado el contenido de su maletín a Val? La respuesta era pura lógica, pensó. Porque ella sabría qué hacer y los demás no. Talbot, Brooks y Simon estaban descartados, y aún más lo estaba su hermana Virginia. Y en cuanto a su padre, aquel flv-boy cuyo sentido de la responsabilidad no llegaba más allá de la punta de las alas de su avión... Quería al viejo Roger, más de lo que sospechaba le quería Roger a él, pero el piloto nunca había sabido enfrentarse a las cosas de tejas abajo. En tierra todo dependía de las relaciones, algo que el viejo Roger nunca había sabido cómo manejar, ni siquiera las que mantuvo con una mujer a la que aseguraba querer entrañablemente. Los médicos dijeron que había muerto de una oclusión de coronarias, pero su hijo pensaba que había sido de abandono. Roger no estaba allí cuando ocurrió; llevaba fuera varias semanas. De modo que no quedaba mas que Valerie...

-Entschuldigen Sielst dieserBlatz frei?

La voz intrusa procedía de un hombre de aproximadamente su misma edad, que llevaba un maletín plano.

Joel asintió con la cabeza, suponiendo que las palabras se referían al sitio vacío que tenía al lado.

-Danke -dijo el hombre sentándose, con el maletín a sus pies. Cogió un periódico que llevaba bajo el brazo izquierdo y lo abrió. Converse se puso en tensión al ver su foto, su propio rostro, tan serio, devolviéndole la mirada. Se volvió otra vez hacia la ventanilla, tiró aún más del ala del sombrero y bajó la cara, esperando parecer un agotado viajero que sólo busca aprovechar unos minutos de sueño. Momentos más tarde, mientras volvía a arrancar el tren, tuvo un indicio de que lo había conseguido.

-Verrückt, nicht wahr? -dijo el hombre del maletín sin dejar de leer el periódico.

Joel se removió y parpadeó bajo el ala del sambrero.

-¿Humm?

-Schade -añadió el hombre, separando la mano derecha del periódico en un gesto de disculpa.

Converse volvió a apoyarse contra la ventanilla, con el frío del cristal como ancla, los ojos cerrados y una oscuridad que en su vida había agradecido tanto. No, no era cierto, recordó. En los campos hubo momentos en que no estaba seguro de poder mantener la fachada de fuerza y rebeldía, en que todo en él deseaba capitular, escuchar aunque sólo fuesen unas cuantas palabras amables, ver una sonrisa. Cuando llegaba la oscuridad, lloraba, hasta sentir la cara empapada. Y al terminar de llorar su rabia había inexplicablemente renacido. Por algún extraño milagro las lágrimas le habían reconfortado, purgado de dudas y temores y devuelto su entereza. Y su rabia.

-Wir kommen in flint Minuten in Dusseldorf an!

Joel dio un respingo, con el cuello dolorosamente entumecido y la cabeza fría. Había dormitado durante un tiempo considerable, a juzgar por la rigidez que sentía en los omóplatos.

El tipo que tenía al lado estaba leyendo y anotando un informe con el maletín sobre las rodillas y el periódico cuidadosamente doblado entre él y Converse, doblado exasperantemente con su foto bien visible. El hombre abrió el maletín, guardó en él lo que estaba leyendo y lo cerró de golpe. Se volvió a Converse.

-DerZug ist pünklich -dijo, haciendo gestos afirmativos con la cabeza.

Joel le imitó, dándose cuenta de repente de que el viajero del otro lado del pasillo se había levantado junto con la mujer de edad y estaba estrechándole la mano y respondiendo a algo que ella había dicho. Pero no la miraba; sus ojos estaban otra vez fijos en Converse. Joel se dejó caer pesadamente sobre el asiento y la ventanilla, volviendo a asumir su aspecto de viajero cansado, con el ala del sombrero calada hasta las gafas. ¿Quién era aquel hombre? Si se conocían, ¿cómo podía guardar silencio en aquellas circunstancias, limitarse a echarle ojeadas y volver tranquilamente a su conversación con la mujer? Como mínimo debería mostrar algún indicio de alarma o temor, o cuando menos la emoción de haberlo reconocido.

El tren empezó a disminuir la marcha, mientras crecía el roce metálico de las placas de acero contra las enormes ruedas. Pronto comenzarían los pitidos de la llegada a Düsseldorf. Converse se preguntaba si el alemán sentado junto a él se apearía. Había cerrado, su maletín, pero aún no había hecho el menor ademán de levantarse para unirse a la cola que iba formándose en la puerta delantera. Por el contrario, cogió el periódico y lo abrió, felizmente, por una de las páginas interiores.

Se detuvo el tren, y hubo pasajeros que se apearon y otros que subieron, en su mayoría mujeres con cajas y bolsas de plástico adornadas con emblemas de boutiques caras y nombres famosos en la industria de la moda. El tren de Emmerich era un genuino representante de la «ruta del visón», como solía llamar Val a los trenes de tarde que salían de Nueva York para Westchester y Connecticut. Joel vio cómo el hombre del otro lado del pasillo acompañaba a la mujer de edad hasta el final de la cola y volvía a estrecharle solícitamente la mano antes de abrirse de nuevo camino hacia su asiento. Converse volvió la cara hacia el cristal, con la cabeza baja, y cerró los ojos.

-Bitte, kónnen wir die Plütze tauschen? Dieser Herr ist ein Bekannter. Ich sitze in der nüchsten Reihe.

-,Sicker, aber er schla f t ja doch nur.

-Ich wecke ihn.

El compañero de asiento de Converse se levantó riéndose. El hombre del otro lado del pasillo acababa de cambiar de asiento con él, y vino a sentarse junto a Joel.

Converse se estiró y disimuló un bostezo con la mano izquierda mientras deslizaba la derecha bajo la chaqueta hasta la culata de la pistola que había cogido al chófer de Leifhelm. Si hacía falta, enseñaría el arma a su nuevo y no obstante familiar compañero. El tren arrancó, mientras crecía el volumen del ruido bajo sus pies. Era el momento. Joel se volvió al hombre, con ojos cómplices pero inexpresivos.

-Pensé que era usted -dijo el hombre, evidentemente norteamericano, con una sonrisa tan amplia como poco atractiva.

No se había equivocado. Aquel tipo destilaba bajeza. Lo oía en su voz como lo había oído antes... no recordaba dónde.

-¿Está seguro?

-Seguro de que estoy seguro. Pero apostaría que usted no, ¿ver-dad?

-Francamente, no.

-Le daré una pista. ¡Siempre distingo a un buen yanqui! Sólo he cometido un par de errores en tantos años de danzar por ahí vendiendo mis imitaciones casi originales.

-Copenhague -dijo Converse, recordando con disgusto su espera por el equipaje junto a aquel hombre-. Y uno de sus errores fue en Roma, cuando creyó que un italiano era un hispano de Florida.

-¡Efectivamente! Aquel guinea me engañó, el muy bastardo; lo tomé por un cubano, con un montón de pasta... probablemente de traficar con droga. Ya sabe cómo son, cómo han acaparado el mercado desde los Cayos para arriba. Oiga, ¿cómo me dijo que se llamaba?

-Rogers -dijo Joel, sin más razón que la de haber estado pensando en su padre hacía un momento-. Por lo que veo habla alemán.

-Más me vale. Alemania Occidental es casi nuestro mayor mercado. Mi viejo era un Kraut; no hablaba otra cosa.

-¿Qué vende usted?

-Las mejores imitaciones de la Séptima Avenida; pero no me confunda, no soy uno de esos judíos. Usted coge un Balenciaga, ¿me comprende?, le cambia unos cuantos botones y unos cuantos pliegues, pone por ejemplo un volante donde el Latino no lo tiene. Después manda hacer los modelos en el Bronx y Jersey, Miami y Pensilvania, donde les cosen una etiqueta que diga, por ejemplo, «Valenciana»; liquida el lote a una tercera parte del precio y todo el mundo feliz... excepto el Latino. Pero él no puede hacer maldita la cosa que valga el tiempo que va a perder en los tribunales, porque la mayor parte del asunto es legal.

-Yo no estaría tan seguro.

-Bueno, el que lo intentase tendría que abrirse camino a través de una auténtica selva para probar que no lo es.

-Por desgracia es cierto.

-¡Eh, no me confunda! Nosotros hacemos un favor a miles de simpáticas amas de casa que no pueden permitirse comprar moda en París, y yo me gano el pan. Por ejemplo, esa gachí con la que estaba. Tiene media docena de tiendas de lujo en Colonia y Düsseldorf, y está pensando en instalarse en Bonn. Permítame decirle que la tengo en el bote...

Desfilaban pueblos y pequeñas ciudades: Leverkusen, Lagenfeld, Hilden, y el vendedor continuaba, con cada insípida anécdota dando paso a la siguiente, mientras repetía sus comentarios con aquella voz irritante.

-Wir Kommen in fünt Minuten in Essen an!

Ocurrió en Essen.

Primero sobrevino la conmoción, pero no fue súbita. Por el contrario, aumentó de volumen como una gran ola ya cobrando fuerza a medida que se acerca a una costa escarpada, en un crescendo sostenido que culmina al estrellarse contra las rocas. Los pasajeros que subían parecían hablar excitadamente entre sí, con la cabeza vuelta y el cuello retorcido para escuchar la voz de varios transistores. Algunos los tenían pegados a la oreja, otros con el volumen alto a petición de quienes les rodeaban. Cuando más se llenaba el tren, más alto hablaban todos, aunque sus conversaciones eran casi ahogadas por las voces chillonas y metálicas de los locutores. Una chica delgada con el uniforme de un colegio privado, los libros en una bolsa playera y una radio en la mano izquierda se sentó frente a Joel y el vendedor. Los viajeros se reunieron a su alrededor, gritando y al parecer pidiéndole que la pusiese más alta.

-¿Qué ocurre? -preguntó Converse al gordo.

-¡Un momento! -dijo el vendedor, echándose hacia delante con dificultad y haciendo un esfuerzo todavía mayor para medio levantarse del asiento-. Déjeme escuchar.

Hubo como una tregua, pero sólo entre quienes rodeaban a la chica, que ahora sostenía en alto la radio. De repente se oyó una fuerte interferencia y Converse pudo escuchar dos voces además de la del locutor, un informe remoto de algún lugar lejano a la emisora. Se oían

palabras en inglés; era casi imposible cogerlas, mientras un intérprete intervenía a cada paso para dar la traducción alemana.

-Una investigación a fondo... Eine vollstdndiges Verh6r... en la que intervienen todas las fuerzas de seguridad... sie erfordert alle Sicherheitskrafte... ha sido ordenada... wurde veranlasst.

Converse agarró la chaqueta del vendedor.

-¿Qué es? Dígame qué ha pasado.

-¡Ese chalado ha vuelto a actuar!... Espere, ya vuelven. Déjeme oír esto.

Hubo otra vez una especie de brusca interferencia y volvió a oírse al locutor. Una terrible sensación de miedo invadió a Joel mientras crepitaba en la pequeña radio el furibundo comentario en alemán, con cada frase más sin aliento que la anterior. Al fin terminó la andanada gutural. Los pasajeros se irguieron, y algunos se quedaron de pie y se volvieron unos a otros alzando sus voces en contrapunto y reanudando excitadas conversaciones. El vendedor se sentó, respirando fuerte, no al parecer a causa de las alarmantes noticias que había oído sino por pura incomodidad física.

-¿Quiere decirme por favor qué es todo esto? -preguntó Con-verse, dominando su ansiedad.

-Sí, claro -dijo el tipo rechoncho, sacando un pañuelo del bolsillo del pecho y secándose la frente-. Este maldito mundo está lleno de locos, ¿me comprende? ¡No hay modo de saber con quién está uno hablando! Si de mí dependiese, a todo el que naciese bizco o no pudiera encontrar la teta lo mandaba a la fosa sin más. Estoy harto de excéntricos, ¿comprende?

-Muy instructivo... Y ahora dígame, ¿qué ha pasado?

-Si, okay. -El vendedor volvió a guardarse el pañuelo, se aflojó el cinturón y se desabrochó los botones por encima de la bragueta de cremallera-. Al militar ese, el que manda en el cuartel general de Bruselas...

-El comandante supremo de la OTAN -dijo Joel, con su miedo ya total.

-Sí, ése. Lo han matado; se lo cargaron en la calle cuando salía de un pequeño restaurante del barrio viejo. También él iba de paisano.

-¿Cuándo?

-Hace un par de horas.

-¿Quién dicen que lo ha hecho?

-El mismo desgraciado que se cargó al embajador en Bonn. ¡El loco!

-¿Cómo lo saben?

-Encontraron el arma.

-¿El qué?

-La pistola. Por eso no dieron la noticia en seguida; querían comprobar las huellas con Washington. Son las suyas, y suponen que balística demostrará que es la misma pistola que usaron para matar a ese como se llame.

-Peregrine -dijo pausadamente Converse, comprendiendo que el susto no era todavía completo. Lo peor sólo había empezado a asomar-. ¿Cómo consiguieron la pistola?

-Bueno, fue cuando señalaron al tipo. Ese militar llevaba con él a una escolta que disparó sobre el loco y le dio. Creen que en el brazo derecho. Cuando se agarró el brazo se le cayó la pistola. Han alertado a los hospitales y los médicos y están controlando todas las fronteras de por aquí. A todo el que lleva pasaporte norteamericano lo hacen remangarse y a cuantos se parecen aunque sea remotamente a él los meten a la aduana.

-Qué concienzudos -dijo Joel, no sabiendo qué otra cosa decir y sintiendo sólo el dolor de su herida.

-Una cosa hay que decir en favor de ese desgraciado -continuó el vendedor, con los ojos muy abiertos, inclinando la cabeza en un grotesco gesto de respeto-. Los ha traído locos desde el mar del Norte hasta el Mediterráneo. Recibieron informes de que había sido visto en aviones en Amberes, Rotterdam y Düsseldorf. Sólo se tarda cuarenta y cinco minutos en ir de «Düssel» a Bruselas. Tengo un amigo en Munich que va dos veces por semana a almorzar en Venecia. Aquí todo está muy cerca. A veces lo olvidamos, ¿comprende lo que quiero decir?

-Sí, lo comprendo. Vuelos cortos... ¿Oyó algo más?

-Dicen que podría estar camino de París, de Londres o incluso de Moscú; podría ser un commie, ya sabe. Están vigilando también los aeródromos privados, pensando que tiene amigos que le ayudan... ¿Se figura qué amigos serán? Una panda de psicópatas babeantes. Incluso lo comparan con ese Carlos, ese al que llaman «el Chacal», ¿qué le parece? Dicen que si va a París podrían enlazar los dos y haber nuevas ejecuciones. Aunque ese Converse tiene su propia marca registrada. Les mete una bala en la cabeza. ¡Menudo angelito!

Joel se puso rígido, sintiendo la tensión en todo su cuerpo des-plomado y un dolor agudo y vacío en el centro del pecho. Era la primera vez que oía su nombre dicho casualmente por un extraño, identificándolo como el asesino psicópata, un asesino buscado por gobiernos cuya policía de fronteras estaba reconociendo de cerca a cuantos las cruzaban, y vigilando los aeródromos privados... Era como el avance de una gigantesca red barredera. Los generales de Aquitania habían hecho su trabajo con precisión, llegando hasta el detalle de las huellas en la pistola y la herida en el brazo. Pero el momento... ¿Cómo se atrevían? ¿Cómo sabían que no estaba en alguna Embajada pidiendo asilo temporal hasta que pudiese defenderse? ¿Cómo corrían ese riesgo?

Después se dio cuenta, y tuvo que clavarse los dedos en la muñeca para controlarse, para contener su pánico. ¡La llamada a Mattilón! ¡Qué fácil les habría sido a la Súreté o a la Interpol intervenir el teléfono de René, y qué rápidamente habrían hecho correr la voz los informadores de Aquitania! ¡Dios santo! ¡Ninguno de los dos había pensado en ello! ¡Sabían dónde estaba, y fuese donde fuese se encontraba atrapado! Como había dicho tan acertadamente el molesto vendedor, allí todo estaba muy cerca. Una persona podía volar de Munich a Venecia para almorzar y estar de vuelta en su despacho para atender una cita a las tres y media. Otra podría matar en Bruselas y estar en un tren en Düsseldorf cuarenta y cinco minutos más tarde. Las diferencias se medían por medias horas. Partiendo de Bruselas, «hace un par de horas» cubría un amplio círculo de ciudades y muchas fronteras. ¿Estaban sus perseguidores en el tren? Tal vez, pero no había modo de que pudiese saber cuál había tomado. Sería más fácil y les llevaría mucho menos tiempo esperarlo en Emmerich. Tenía, que pensar. Tenía que actuar.

-Perdóneme -dijo Converse, levantándose-. Tengo que ir al servicio.

-Tiene usted suerte. -El vendedor movió sus pesadas piernas, sosteniéndose los pantalones mientras dejaba pasar a Joel-. Yo apenas puedo meterme en esas cajas. Siempre procuro hacerlo antes.

Joel salió al pasillo. Se detuvo bruscamente, tragando saliva, mientras trataba de decidir si continuar o volverse. Había dejado el periódico en el asiento, y para ver su foto bastaba con desdoblar la primera página. Tenía que seguir; cualquier cambio de movimiento, por pequeño que fuese, podía llamar la atención. Su objetivo no era el servicio de caballeros sino el pasadizo entre los vagones; necesitaba verlo. Un cierto número de personas había abierto la puerta y pasado por él, algunas al parecer buscando a alguien a quien esperaban encontrar en el tren. El comprobaría si estaba ocupado el servicio y seguiría.

Estuvo en el zarandeado y tremante pasadizo estudiando la puerta metálica. Era una salida de emergencia normal de dos cuerpos. Había que abrir primero la parte de arriba para poder desbloquear la inferior y tirar de ella, dejando al descubierto los escalones. Era cuanto necesitaba saber.

Librodot

Volvió a su sitio, y para su alivio se encontró al viajante tendido de espaldas, con los gruesos labios separados, los ojos cerrados y exhalando un agudo resuello. Converse levantó con precaución un pie tras otro sobre las piernas del gordo y maniobró hasta verse en su asiento. El periódico estaba intacto. Un nuevo motivo de alivio.

Encima y frente a él, en diagonal, vio un pequeño receptáculo en la pared con lo que parecía ser un fajo de horarios de ferrocarril ajados por la falta de uso; fláccidos trozos de papel medio doblado e ignorados porque los viajeros cotidianos sabían bien a dónde iban. Joel se levantó del asiento, alargó la mano y cogió uno, disculpándose mediante varias inclinaciones de cabeza con la muchacha sentada debajo. Ella le correspondió con una risita.

Oberhausen... Dinslaken... Voerde... Wesel... Emmerich.

Wesel. La última parada antes de Emmerich. No tenía idea de a cuántos kilómetros estaba Wesel de Emmerich, pero no había elección. Se apearía en Wesel, no con los pasajeros que salían, sino solo. Desaparecería en Wesel.

Sintió bajo sus pies una leve desaceleración, que su instinto de piloto le dijo correspondía al perímetro exterior de una aproximación, cuando ya se avista la ruta a seguir para el aterrizaje. Se levantó y maniobró cuidadosamente entre las piernas del gordo para alcanzar el pasillo. En el último segundo el viajante dio un resoplido y cambió de postura. Mirando de soslayo, protegido por el ala del sombrero, Joel echó una ojeada a su alrededor, como momentaneamente inseguro de qué camino seguir. Movió la cabeza lentamente. Hasta donde pudo ver, nadie le prestaba la menor atención.

Anduvo con pasos cuidadosamente medidos pasillo adelante, como viajero cansado en busca de alivio. Llegó a la puerta del servicio y fue recibido por una irónica señal de auténtico alivio. La ranura blanca que había debajo del picaporte decía Besetzt. Su primera maniobra tenía un fundamento de credibilidad: el retrete estaba ocupado. Se volvió hacia la pesada puerta del pasadizo, tiró de ella y cruzó la vibrante y estrecha zona de acoplamiento hasta la puerta de enfrente. La empujó, pero en vez de entrar dio una sola zancada adelante, se agachó, volviéndose mientras lo hacía, y regresó al pasadizo, a las sombras. Se incorporó con la espalda contra el tabique exterior y avanzó pulgada a pulgada hasta el borde de la gruesa ventanilla de cristal. Enfrente tenía el interior del último vagón, y volviéndose pudo ver claramente el que acababa de abandonar. Aguardó, observando, volviéndose, esperando a cada momento ver a alguien bajar un periódico o interrumpir una conversación y mirar a su asiento vacío.

Nadie lo hizo. La excitación por las noticias del asesinato de Bruselas se había disipado, como ocurrió en Bonn cuando la calle supo que habían matado al embajador. Evidentemente, todavía había quienes hablaban de ambos incidentes, sacudiendo la cabeza y especulando con las posibles implicaciones, pero sus voces habían bajado de tono; la crisis de las primeras noticias había pasado. Después de todo, no era algo que importase demasiado a aquella gente. Se trataba de norteamericanos contra norteamericanos. Había incluso un cierto refocilo en el ambiente; el duelo en «O.K. Corral» cobraba un nuevo sentido. No cabía duda de que aquellos colonizadores eran gente violenta.

-Wir Kommerz in...

El rápido golpeteo de las ruedas debajo, resonando en la cámara metálica, oscureció el lejano anuncio de los altavoces. Sólo quedan unos minutos, pensó Converse mientras se volvía a contemplar la puerta de salida. Cuando el tren disminuyese la velocidad lo suficiente y empezasen a formarse las colas en ambas puertas interiores, sería el momento.

-Wir Kornrnen in drei Minuten in Wesel an!

Varios viajeros de ambos vagones se levantaron, cogieron sus maletines y bolsas de la compra y echaron a andar por el pasillo. El chirrido de las gigantescas ruedas allá abajo significaba que se acercaba el aterrizaje. Ahora.

Librodot

Joel se volvió hacia la puerta de emergencia, buscó el pestillo, lo abrió de golpe y tiró hacia atrás de la parte superior. La ráfaga de aire se hizo ensordecedora. Localizó el tirador que disparaba el mecanismo inferior y lo agarró, preparado para dar un tirón hacia arriba tan pronto como el suelo que había más allá empezase a pasar más despacio. Sólo faltaban unos segundos. Los ruidos de abajo aumentaron, y fuera el sol ofreció la silueta del tren en marcha. Después las rechinantes palabras se abrieron paso por entre las disonancias, dejándolo helado.

-¡Muy bien pensado, herr Converse! Unos ganan y otros pierden, y usted ha perdido.

Joel giró en redondo. El hombre que gritaba dentro de la cámara metálica era el que había subido al tren en Düsseldorf, el educado viajero de cercanías que había estado sentado junto a él hasta que el obeso viajante le pidió que intercambiasen los asientos. En la mano izquierda tenía una pistola, que sostenía muy, por debajo de su cintura, y en la derecha el siempre respetable attaché.

-Es usted una sorpresa -dijo Converse.

-Eso espero. Estuve a punto de perder el tren en Düsseldorf. Ach, tres vagones recorrí como un loco... Pero no un loco como usted, ja?

-¿Y ahora qué? ¿Dispara esa pistola y salva al mundo de un desequilibrado?

-No es tan simple, piloto.

-¿Piloto?

-Los nombres carecen de importancia, pero soy coronel de la Luftwaffe de la Alemania Occidental. Los pilotos sólo se matan entre sí en el aire. En tierra resulta embarazoso.

-Es usted consolador.

-También exagero. Un movimiento a destiempo por su parte y seré un héroe de das Vaterland, que acorralé a un asesino enloquecido y lo maté antes de que me matase él a mí.

-Vaterland. ¿Todavía lo llaman así?

-Natürlich. La mayoría de nosotros. Del padre procede la fuerza; la madre es sólo el recipiente.

-Tendría usted mucho éxito en una clase de biología en Vassar.

-¿Eso pretende ser gracioso?

-No, sólo desconcertante... de un modo muy menor, nada serio. -Joel se había movido imperceptiblemente hasta tener la espalda contra el tabique, con toda su mente, todos sus procesos mentales, dispuestos. No tenía otra opción que morir, ahora o dentro de unas horas-. Supongo que tiene un itinerario para mí -dijo, mientras adelantaba el brazo izquierdo al compás de la pregunta.

-Muy claro, piloto. Nos apearemos en Wesel y compartiremos un teléfono, con mi pistola firmemente apoyada en su pecho. Al cabo de un momento nos recogerá un coche y será llevado...

Converse golpeó el tabique de madera con su codo derecho oculto, mientras mantenía el brazo izquierdo bien visible. El alemán miró hacia la puerta del vagón delantero. ¡Ahora!

Joel se lanzó a por la pistola, aferrando el negro cañón con ambas manos mientras hundía su rodilla derecha con toda la fuerza que pudo reunir en los testículos de aquel hombre. Cuando el alemán caía hacia atrás, lo agarró por el pelo y golpeó su cabeza contra un gozne saliente en la puerta de enfrente.

Asunto concluido. Los ojos del alemán estaban abiertos de par en par y con la alarma como vitrificada en ellos. Había muerto otro explorador, pero esta vez no se trataba de un ignorante quinto de un gobierno impersonal, sino de un soldado de Aquitania.

Una mujerota gritó en la ventanilla, abriendo de par en par la boca con gesto histérico:

Librodot

-Wesel...!

El tren había disminuido la marcha y otros rostros excitados aparecieron en la ventanilla, una muchedumbre frenética que ahora bloqueaba a los que trataban de abrir la puerta.

Converse cruzó el vibrante recinto metálico hasta el entrepaño de la salida de emergencia. Tiró del mecanismo con tal fuerza que estrelló la portezuela inferior contra el tabique. Debajo estaban los escalones, y mas allá gravilla y alquitrán. Respiró hondo y saltó, haciéndose un ovillo para aminorar el golpe contra el duro suelo, y cuando hizo contacto rodó, rodó y rodó.

23

Chocó contra una piedra y fue a dar entre unos matorrales. Lo en-volvieron pinchos y ramas ásperas y retorcidas, arañándole la cara y las manos. Su cuerpo era una pura magulladura, y la herida de su brazo izquierdo estaba húmeda y le daba punzadas, pero no había tiempo ni siquiera para reparar en el dolor. Tenía que alejarse; dentro de pocos minutos la zona entera hormiguearía de hombres buscándolo, dando caza al asesino de un oficial del arma aérea de la Republica Federal. No hacía falta mucha imaginación para prever lo que ocurriría después. Interrogarían a los viajeros, incluido el vendedor, y de pronto aparecería un periódico en manos de alguien, verían su foto y establecerían la relación. Un asesino loco al que se había visto por última vez en una calleja de Bruselas estaba ahora camino de París, Londres o Moscú. Se hallaba en un tren que salía de Bonn, pasando por Colonia, Essen y Dusseldorf, y había vuelto a matar en un lugar llamado Wesel.

De repente oyó el agudo gemido de un claxon. Miró cuesta arriba, hacia las vías. Un tren que se dirigía hacia el sur iba ganando velocidad al salir de la estación, a unos trescientos metros de allí. Después vio su sombrero; estaba a la mitad de la cuesta. Joel salió de entre la maleza, se puso en pie tambaleándose y corrió hacia él, negándose a escuchar a aquella parte de su mente que le decía que apenas podía andar. Agarró el sombrero y echó a correr hacia su derecha. Pasó el tren que iba al sur, y Joel subió corriendo la cuesta y atravesó las vías, encaminándose a un viejo edificio, aparentemente abandonado. Tenía la mayoría de las ventanas rotas. Allí podría descansar, pero por poco tiempo; era un escondite demasiado obvio. Dentro de poco estaría rodeado por hombres armados apuntando por cada entrada, por cada ventana.

Trataba desesperadamente de recordar. ¿Cómo lo hizo entonces? ¿Cómo había eludido a las patrullas en las selvas al norte de Phu Loc? ¡Sitios elevados! ¡Vete a donde puedas verlos sin que ellos te vean! Pero allí había árboles altos, y él era más joven y más fuerte y podía trepar a ellos y ocultarse tras la verde pantalla de sus ramas frondosas. Aquí, en los alrededores de una estación del ferrocarril, no había nada parecido... ¡O quizá sí! A la derecha del edificio había un vertedero, toneladas de tierra y escombros amontonadas formando pirámides. Era su única posibilidad.

Jadeante, doliéndole los brazos y las piernas y con la herida inflamada, corrió hacia el último de los montículos. Llegó hasta él, lo rodeó y empezó a trepar por la parte de atrás, resbalando en la tierra blanda y en la madera, los cartones y las manchas de basura que afloraban. El repugnante hedor apartó el dolor de su mente. Siguió trepando, luchando por afirmar los pies. Llegado el caso podría enterrarse en la nauseabunda masa. No había normas para la supervivencia, y si el hundirse en el pútrido montón evitaba que un ráfaga de balas segase su vida, amén.

Llegó a la cima y se tumbó por debajo de la cumbre, rodeado de tierra y de los restos de basura que sobresalían. Le corría el sudor por la cara, escociéndole en los arañazos. Piernas y

brazos le pesaban y dolían, y su respiración era errática a causa del temblor que le provocaban no sólo sus músculos desentrenados sino el miedo. Miró abajo, a la red de vías y apartaderos, y después más allá, a la estación. El tren se había detenido y el andén estaba lleno de gente dando vueltas, desconcertada. Hombres uniformados daban órdenes a gritos, tratando de separar a ciertos viajeros, al parecer los que iban en los dos vagones que flanqueaban la escena del crimen o cualquier otro que supiese algo. En el aparcamiento que rodeaba el edificio de la estación había un coche de policía con rayas blancas y azules y en el techo un luz roja dando vueltas. Se oyó a lo lejos un campanilleo y segundos más tarde entró en el aparcamiento una larga ambulancia blanca, que hizo un giro y fue a plantarse junto al andén. Se abrieron sus puertas traseras y se apearon dos hombres con una camilla. Un agente de policía que estaba por encima de ellos, en los escalones, les gritó, señalando con el brazo. Subieron corriendo la escalera metálica y le siguieron.

Un segundo coche patrulla entró en el aparcamiento y sus cubiertas chirriaron cuando se detuvo junto a la ambulancia. Se apearon dos agentes y subieron los escalones. El que había dirigido a los de la ambulancia se unió a ellos, con dos paisanos, hombre y mujer, a su lado. Hablaron los cinco, y momentos después los dos policías volvieron a su vehículo. El conductor dio marcha atrás, giró hacia su izquierda y aceleró dirigiéndose al extremo sur del aparcamiento, directamente hacia Converse. Allí se detuvieron y se apearon, sin sacar sus armas, cruzaron a la carrera las vías y bajaron por la cuesta de grava y alquitrán hacia la maleza. No tardarían en volver, pensó Joel, arañando distraídamente la superficie rugosa que tenía junto a los hombros. Se detendrían a inspeccionar el edificio abandonado, tal vez pedirían ayuda, pero antes o después examinarían los enormes montones de escombros.

Converse miró hacia atrás. Había un camino de tierra con huellas de camiones pesados que iba hasta una alta cerca de malla de alambre cuya puerta sujetaba una gruesa cadena. Era imposible correr por aquel camino y trepar por aquella cerca sin ser visto. Tenía que seguir donde estaba, oculto en la pútrida escombrera.

Otro ruido vino a interrumpir sus cálculos frenéticos, un sonido

igual al que había oído momentos antes. Era a su derecha, en el aparcamiento. Un tercer coche patrulla llegaba a toda velocidad, tocando el claxon; pero en vez de dirigirse hacia la ambulancia y el primer coche de policía que estaban junto al andén torció a la izquierda, corriendo a reunirse con el coche de las rayas parado en el extremo sur del aparcamiento. Los dos policías que inspeccionaban el campo habían pedido ayuda por radio, y Joel tuvo una paralizante sensación de desesperanza. Tenía delante a sus ejecutores. 0 ejecutor, porque en el coche patrulla recién llegado sólo iba el conductor... ¿0 acaso no? ¿Volvió el policía la cabeza y habló? No; estaba soltando algo, probablemente su cinturón de seguridad.

Se apeó un hombre de uniforme con el pelo gris, miró a su alrededor y echó a andar rápidamente hacia las vías. Las cruzó y se detuvo al borde de la ladera, gritando a los agentes que estaban abajo, en el yerbazal bañado por el sol. Converse no tenía la menor idea de lo que decía, pero la escena parecía extrañamente fuera de lugar.

Los dos policías aparecieron a la carrera, con las pistolas ya enfundadas. Hubo una breve y acalorada conversación. El agente más viejo señalaba a una zona lejana, al sur del vertedero, y sus palabras, a juzgar por el tono, eran órdenes. Joel volvió a fijarse en su coche. En la puerta delantera había un emblema que no tenía el otro. Aquél tenía un rango superior al de sus jóvenes colegas.

Volvieron los dos policías más jóvenes atravesando a la carrera las vías hasta su vehículo, seguidos, aunque sin correr, por su superior. Abrieron las puertas de golpe, subieron literalmente de un salto, se oyó el rugido del motor, girando a la izquierda y salieron a toda velocidad del aparcamiento. El más viejo llegó hasta su coche, pero no hizo ademán de subirse. En cambio habló -al menos se movieron sus labios- y segundos después se abrieron las puertas traseras y aparecieron dos hombres. A uno de ellos lo conocía muy bien Converse. Llevaba su pistola en el bolsillo. Era el chófer de Leifhelm, con un esparadrapo en la frente y

otro en el caballete de la nariz. Sacó una pistola y ladró una orden al otro hombre. En su voz había la furia vengadora del soldado deshonrado en combate.

Peter Stone salió del hotel de Washington. Había dicho al joven alférez de navío y al un poco más viejo capitán del Ejército que se pondría en contacto con ellos por la mañana. Niños, pensaba. No había nada peor que los aficionados idealistas, porque todo lo que tenía de valiosa su rectitud lo tenían de poco prácticas sus acciones. Su desdén infantil por la duplicidad y el engaño no tenía en cuenta el hecho de que destripar el tinglado de unos fanáticos bastardos exigía con frecuencia mayor dosis de fraude y mala intención de lo que podían imaginarse.

Stone subió a un taxi, dejando su coche en el aparcamiento del sótano, y dio al conductor la dirección de un edificio en la avenida de Nebraska. El apartamento que allí tenía era encantador, pero no suyo. Lo tenía alquilado un diplomático albanés ante las Naciones Unidas que rara vez aparecía por allí... lo que no era de extrañar, ya que estaba destinado en Nueva York. Pero el ex oficial de inteligencia había trabajado duro para hacer cambiar de bando al albanés hacía años, no sólo con apelaciones ideológicas a la conciencia de un fino intelectual, sino también con fotos de ese mismo intelectual entregado a todo tipo de excesos sexuales con mujeres extrañas, mujeres de sesenta y setenta años, el desecho de las calles, que tras el desahogo carnal eran sometidas a toda clase de malos tratos. Era todo un tipo, el diplomático-intelectual. Un psiquiatra de Langley había dicho algo acerca de la satisfacción de deseos de matricidio sexualmente reprimidos. Stone no necesitaba tales bobadas; le bastaba con las fotos de un sádico hijo de perra. Pero los que ahora ocupaban su mente eran los niños, no los excesos de un perturbado que le permitían disponer de un apartamento de lujo inalcanzable con sus honorarios de asesor.

Los niños. ¡Dios mío! Eran tan rectos, tenían su sensibilidad tan perfectamente enfocada al fin perseguido que no comprendían que emprenderla con los George Marcus Delavane del mundo actual suponía una guerra en sus formas peores y más brutales, ya que era así como esos hombres luchaban. La rectitud tenía que ir unida al compromiso de mancharse las manos si era necesario, de no dar cuartel, puesto que nadie iba a dárselo a ellos. Estábamos en el último cuarto del siglo xx y los generales iban a por todas. La paranoia causada por su asco y sus frustraciones había llegado al límite de lo soportable.

Stone llevaba años viéndolo venir, y en ocasiones había estado a punto de aplaudir, de levantar los brazos y rendirse, dispuesto a vender lo que le quedaba de alma. Se habían abortado estrategias y perdido hombres a causa de las exasperantes trabas burocráticas, amparadas en unas leyes y una constitución que nunca se escribieron pensando en algo como Moscú. Los Mad Marcus de este mundo -de esta parte del mundo- tenían cosas muy plausibles. Como los que en la Compañía, años atrás, se mostraban tan inexorables. Decían, «¡Bombardead las plantas nucleares de Tashkient y Tselinogrado! ¡Barredlos de Chengdu y Shenvang! ¡No los dejéis empezar! ¡Nosotros somos responsables y ellos no!»

¿Quién sabe? ¿Hubiera estado mejor el mundo?

Después Peter se despertaba por la mañana y aquella parte de su alma que no había vendido le decía no, no podemos hacer eso. Tenía que haber otra manera, un camino sin enfrentamiento ni muerte a destajo. Aún se aferraba a esa alternativa, pero no podía descartar a los Delavane como simples locos. ¿Hacia dónde íbamos ahora?

Sabía a dónde iba él, a dónde había estado vendo durante años. Por eso se había unido a los niños. Su rectitud estaba justificada. Su indignación era válida. Había visto todo aquello antes en demasiados sitios, siempre en los extremos del espectro político. Los Delavane de este mundo nos convertirían a todos en robots. En muchos sentidos era preferible la muerte.

Stone abrió la puerta del apartamento, entró, la cerró, se quitó la chaqueta y se preparó la única bebida que iba a permitirse durante la velada. Fue hasta el sillón de cuero que estaba

junto al teléfono, se sentó y tomó varios sorbos antes de dejar el vaso en la mesa que había junto a la lámpara de pie. Cogió el teléfono y marcó siete cifras, después tres más y por último otra. Cuando un tono muy suave reemplazó al primero, volvió a marcar. Todo en orden. La llamada seguía la ruta de un cable diplomático provisto descrambler instalado por la KGB en una isla del estrecho de Cabot, al suroeste de Terranova. Sólo supondría un pequeño desconcierto en la plaza Dzerzhinsky. Peter había pagado seis negativos por el servicio. Cinco timbrazos precedieron al sonido de una voz masculina en Berna (Suiza).

-Alío?

-Aquí tu viejo amigo de Bahrain, y también el vendedor de Lisboa y el comprador de los Dardanelos. ¿Tengo que cantar Dixie?

-No hace falta -dijo el hombre de Berna alargando la frase en el más puro dialecto del «hondo Sur» norteamericano, olvidado ya de su disfraz de francés-. ¿Cuánto tiempo, verdad?

-En efecto, muchacho.

-Me han dicho que ahora eres uno de los malos chicos.

-Sería más exacto decir que no me quieren ni confían en mí, pero todavía me aprecian. La Compañía no quiere ni verme, pero tiene algunos impíos que me pasan consultas bastante a menudo. Yo no fui tan listo como tú; no tengo depósitos del Tío Sin Nombre en cuentas suizas.

-Me dijeron que tenías un pequeño problema con el prive.

-Más bien grande, pero ya pasó.

-Nunca negocies con gente peor que tú si no puedes pasar la prueba del alcoholímetro. Tienes que asustarlos, no hacerlos reír.

-Ya me di cuenta. He oído que también tú haces algo de consulting.

-Muy limitado y sólo con clientes que podrían pasar la revista del Tío. Ese es el acuerdo y a él me atengo. O lo hago o me parachutan a algún artista del bum-bum que me deposite en la fría tierra.

-Donde las amenazas ya no te sirven de nada.

-Ese es el trato, nacarada Flor de Espino. Es nuestra pequeña détente.

-¿Pasaría yo la revista? Te doy mi palabra de que estoy trabajando con buena gente. Son jóvenes, andan detrás de algo y no tienen ni un mal pensamiento en sus cabezas, lo que en estas circunstancias no es una recomendación. Pero no puedo decirte, nada concreto, tanto por tu bien como por el mío y el de ellos. ¿Te basta con eso?

-Si la consulta no va a celebrarse en el espacio exterior, es más que suficiente, y tú lo sabes. Salvaste al pobre Johnny Reb tres veces. En los Dardanelos y en Lisboa me sacaste de allí antes de que empezasen a hablar las pistolas, y en Bahrain reescribiste un informe acerca de un pequeño asunto de fondos de emergencia perdidos que probablemente me evitó cinco años en Leavenworth.

-Eras demasiado valioso para perderte por una indiscreción sin importancia. Además, no eras tú el único, sólo que a ti te cogieron...o casi.

-Eso aparte, Johnny Reb está en deuda. ¿De qué se trata? Stone alcanzó su vaso y tomó un sorbo. Después habló, eligiendo cuidadosamente las palabras.

-Uno de nuestros oficiales ha desaparecido. Es un asunto de la Marina, tiene que ver con SAND PAC, y la gente con la que estoy quiere que no se desmadre, que no meta Washington las narices en este momento.

-Que es parte de lo que no puedes contarme -dijo el sureño-. Está bien. SAND PAC... Eso es San Diego y señala tormenta, ¿no?

-Si, pero no tiene importancia. Es el jefe jurídico de la base... o tal vez lo era, por ahora. Si no hay que hablar en pasado, si está vivo, está más cerca de ti que yo. Además, si cojo un

Librodot

avión mi pasaporte hará que echen humo las computadoras, y las cosas no pueden ir por ese camino.

-Lo que forma también parte de lo que no puedes contarme.

-Jaque.

-¿Qué puedes decirme? -¿Conoces la Embajada en Bonn?

-Sé que hay jaleo allí, lo mismo que en las unidades de seguridad de Bruselas. Ese psicópata está dejando un buen rastro. ¿Qué hay de lo de Bonn?

-Está todo relacionado. Fue allí donde vieron por última vez a nuestro oficial.

-¿Tiene algo que ver con Converse?

Steve hizo una pausa.

-Probablemente puedes llenar más espacios de los que conviene a ninguno de nosotros, pero el esqueleto del guión es como sigue: Nuestro oficial estaba que echaba bombas, porque a su cuñado, que de paso te diré era su más íntimo amigo, lo mataron en Ginebra...

-Camino de aquí -interrumpió el expatriado en Berna-. El abogado norteamericano cuya defunción fue tramada por Converse. Al menos eso es lo que he leído.

-Eso es lo que creía nuestro oficial. Cómo o de quién consiguió la información nadie lo sabe, pero al parecer descubrió que Converse iba camino de Bonn y pidió un permiso para ir tras él.

-Digno de elogio pero estúpido. ¿Un linchamiento unipersonal?

-En realidad, no. Por simples ecuaciones podemos suponer que acudió a la Embajada, o al menos se encontró con alguien de ella para explicar por qué estaba allí, tal vez para prevenirlos. ¿Quién sabe? Pero el resto habla por sí solo. Ese Converse asestó su golpe y nuestro oficial desapareció. Nos gustaría saber si está vivo o muerto.

Ahora le tocó al sureño hacer la pausa, mientras su respiración era claramente audible al teléfono. Al fin dijo:

-Hermano Conejo, tienes que poner algo de carne en esos huesos.

-Voy a hacerlo, general Lee.

-Muy agradecido, yanqui.

-Está también relacionado. Si fueses un capitán de corbeta de la Marina norteamericana y quisieras acudir a alguien de la Embajada en Bonn, alguien que te prestase la atención que tu rango merece, ¿a quién llamarías?

-Al agregado militar. ¿A quién si no?

-Ese es el hombre, tío Remus. Entre otras cosas, es un mentiroso, pero no puedo entrar ahora en eso. Pensamos que el capitán habló con él, pero no consiguió que le hiciese el menor caso. Probablemente ni siquiera le concertó una entrevista con el embajador Peregrine. Y cuando ocurrió aquello, para salvar la cara y la carrera... Bueno, la gente hace cosas muy raras.

-Lo que estás sugiriendo es más que raro.

-Pues no lo retiro.

-Está bien. ¿Cómo se llama ese agregado?

-Washburn. Es un...

-¿Norman Washburn? ¿El comandante Norman Anthony Washburn Tercero, Quinto o Sexto?

-El mismo.

-No te rompas la cabeza. Dejaste esto demasiado pronto. Wash-burn estuvo en Beirut y en Atenas y después en Madrid, y volvió locos a todos los «agentes de prensa» de la

compañía en esos territorios. Sería capaz de clavar a su mamá de Park Avenue a una pared forrada de terciopelo con tal de apuntarse un tanto. Piensa que a los cuarenta y cinco va a estar a la cabeza de la Junta de Jefes... y lo intenta.

-¿A los cuarenta y cinco?

-Hace un par de años que no sé nada de él, pero no puede tener más de treinta y seis o treinta y siete. Lo último que oí es que iban a hacerlo coronel saltándose un grado y general de brigada poco después. ¡Lo aman, yanqui!

-Pues es un mentiroso -dijo el civil en la penumbra del apartamento de la avenida de Nebraska.

-Por supuesto -asintió el hombre de Berna-, pero nunca imaginé algo tan radical. Quiero decir que tiene que tener en perspectiva algo muy gordo para llegar tan lejos.

-No retiro nada de lo dicho -repitió el civil, bebiendo de su bourbon.

-Lo que quiere decir que sabes lo que hay.

-Jaque.

-Y tampoco puedes hablar de ello.

-Otra vez jaque.

-¿Estás seguro?

-No hay posibilidad de error. El sabe dónde está el capitán... si es que está vivo.

-¡Santo Dios! ¿En qué andáis metidos los del Norte?

-¿Lo buscarás, empezando ayer?

-Con mil amores, yanqui. ¿Cómo lo quieres?

-En la zona crepuscular. Sólo lo que dé de sí la aguja. Esto es importante. Tiene que despertarse pensando que le hizo daño la cena.

-¿Mujeres?

-No lo sé. Probablemente estés mejor situado para averiguarlo que yo. ¿Crees que arriesgaría su imagen?

-Tengo en Bonn dos o tres fráuleins por las que los jesuitas se jugarían el papado. ¿Cómo se llama ese capitán?

-Fitzpatrick, capitán de corbeta Connal Fitzpatrick. Y, tío Remus, cualquier cosa que oigas cuando esté bajo la acción de la aguja, dímela sólo a mí; a nadie más. A nadie.

-Que es la última parte de lo que no puedes decirme.

-Jaque.

-Ya tengo puestas las anteojeras. Un único objetivo con un único blanco. Nada de miradas de soslayo ni de curiosidad; sólo una grabadora en mi cabeza o en mi mano.

Stone volvió a hacer una pausa, llenando el silencio con un pensamiento susurrado.

-¿Grabarlo?

Después continuó, ya en voz alta:

-No es mala idea. Minimicro, naturalmente.

-Desde luego. Esos malditos son tan pequeños que puedes esconderlos en los sitios más embarazosos. ¿Dónde puedo llamarte?

-La clave de zona es ocho-cero-cuatro. -El ex hombre de la CIA daba al expatriado en Berna un número de teléfono de Charlotte, en Carolina del Norte-. Se pondrá una mujer. Dile que eres de la familia de Tatiana y deja un número.

Concluida la breve despedida, Peter colgó el teléfono, se levantó y fue, vaso en mano, a la ventana.

Librodot

La noche de Washington era caliente y serena. Afuera apenas se movía el aire, lo que parecía presagiar una tormenta de verano. Si llovía, eso lavaría las calles y limpiaría al menos parte de la contaminación.

El antiguo agente ultrasecreto deseaba que hubiese en la tierra o en los cielos algún bálsamo capaz de lavar sus manos y limpiar la parte de su alma que no había subastado... o confiado durante un período desastroso a una botella de bourbon. Lo que acababa de hacer era probablemente clavar un nuevo clavo en el ataúd de Converse, ayudar a colgarle al abogado una falsa etiqueta. Stone se daba cuenta de que en vez de plantear dudas razonables, basadas en lo que muy bien sabía, había contribuido a la ficción de que Converse era el asesino psicópata que describían los medios de comunicación internacionales. Peor aún, había atribuido esa creencia a un responsable desaparecido, un oficial de Marina probablemente muerto. Había dos justificaciones para esa mentira, y sólo una de ellas remotamente verosímil. Sin embargo la otra era probablemente el camino más fructífero que podían tomar. La primera suponía que Fitzpatrick podia estar vivo, premisa más bien débil. Pero si estaba muerto, el capitán desaparecido proporcionaba el motivo para exigir el pago de una antigua deuda, para ir a por un agregado llamado Washburn y hacerlo sin ninguna relación con George Marcus Delavane. Incluso si «Johnny Reb» era atrapado -y todo hombre que participaba en una operación de este tipo tenía que dar por supuesta tal posibilidad-, nadie podría sacar a colación una conspiración internacional de generales. El comandante Norman Washburn IV podía conocer o no la suerte de Connal Fitzpatrick, pero cualquier otra cosa que pudiera decir bajo los efectos de la aguja, especialmente acerca del capitán, sería valiosa.

Lo que sorprendía a Stone era la actitud del propio Converse en el asunto del agregado militar mentiroso. Si Converse estaba huido y no encerrado, sin duda tenía que saber la mentira que lo había condenado. En tal caso, ¿por qué un abogado como él no había hecho nada? La mentira del comandante era el eslabón más débil de la cadena; podía ser roto con un mínimo esfuerzo. «Ese hombre es un mentiroso. Estuve aquí o allá, en cualquier sitio menos donde él dijo que estaba.» Stone tomó otro pequeño trago. Sabía lo inútil que era especular, porque conocía la respuesta. Por eso sentía que le habían amputado una nueva parte de su alma. Converse no estaba en situación de hacer nada. Se encontraba atrapado o detenido, presto a ser ofrecido como chivo expiatorio por los generales. Nadie podía hacer nada por él. Era hombre muerto; un sacrificio en el sentido más auténtico de la palabra, ofrecido incluso por él mismo.

Peter volvió al sillón, se sentó, se aflojó la corbata y sacudió los pies para librarse de los zapatos. Hacía años que había aprendido a reducir las pérdidas en campaña siempre que era posible. Cuando ello suponía perder peones, planes o escondrijos, uno adoptaba el punto de vista estadístico y dejaba que siguieran las ejecuciones. Era mejor que perderlo todo. Pero lo que era incluso mejor era hacer progresos importantes sin reparar en pérdidas. Eso estaba haciendo él ahora con la muerte de Converse, la llamada a «Johnny Reb» en Berna... y la pista de un mentiroso llamado Washburn.

¡Vaya! ¡Otra vez jugando a Dios, haciendo planes y diagramas sobre lo positivo y lo negativo de los valores humanos! Aunque lo cierto era que nunca se había enfrentado a un objetivo tan importante. Había allí demasiados ojos alerta, demasiados oídos, demasiados hombres en rincones ignorados que creían en el mito porque no les quedaba nada más. En eso tenían razón los niños. Y ahora no habría botellas de bourbon vacías en el suelo, ni recuerdos borrosos de otras noches. A pesar de que los años se le echaban encima, estaba dispuesto, estaba a punto.

Qué extraño, pensó Stone. Hacía años que no utilizaba a la familia de Tatiana.

Joel observó desde lo alto del vertedero cómo el chófer de Leifhelm y su acompañante se acercaban al edificio abandonado. Ambos eran hombres de experiencia. Corrían uno tras de otro, deteniéndose al amparo de las grandes piedras caídas del relleno y los barriles utilizados para hacer fuego en las frías madrugadas. Llegaron casi simultáneamente a puertas diferentes, ambas desencajadas, medio caídas. El chófer hizo un gesto con su arma y los dos hombres desaparecieron en el interior.

Converse volvió a mirar atrás. La cerca estaba a menos de doscientos metros. ¿Sería capaz de deslizarse por el maloliente montón, correr hasta la alambrera y salvarla antes de que sus verdugos salieran del decrépito edificio? ¿Por qué no? ¡Podía intentarlo! Se incorporó a medias, con las manos hundiéndosele en los escombros, dio media vuelta a la derecha y se lanzó cuesta abajo.

Se oyó un crujido lejano y después un grito. Joel se volvió y subió a gatas los pocos metros que había descendido. El chófer salió corriendo y fue hasta la puerta por la que había entrado su compañero, con la pistola dispuesta para disparar. Se acercó con cautela, y después, al ver algo, estalló en improperios y se perdió en las sombras. Segundos más tarde apareció sosteniendo al otro hombre. Era evidente que la escalera o las tablas del piso se habían derrumbado. El segundo hombre se agarraba la pierna y cojeaba.

Llegaron dos fuertes pitidos desde la estación. El andén estaba vacío y los viajeros de nuevo en el tren. El pánico se había calmado y el convoy haría un esfuerzo teutónico para llegar a la hora. El último coche de policía y la ambulancia se habían marchado.

Abajo, el chófer, furioso, golpeó repetidamente a su compañero, tumbándolo de espaldas. El hombre se levantó, haciendo gestos, rogándole que no siguiera golpeándolo, y el chófer se contuvo y ordenó a su subordinado que se situase entre el almacén, el vertedero y la cerca. Cuando lo vio allí, volvió a entrar en el edificio abandonado.

Pasaban los minutos, y el sol en retirada, interceptado por las nubes que desfilaban a baja altura por el oeste, creaba largas sombras sobre los aledaños de la estación. Al fin apareció el chófer, surgiendo de una salida invisible situada al otro lado del edificio. Se detuvo un momento y miró al oeste por encima de las vías, hacia la extensión de maleza y terreno pantanoso que había más allá. Después se volvió, contempló los montículos de escombro y se decidió.

-Rechts über Ihnen! -gritó a su compañero, señalando hacia el segundo montón-. Hinter Ihnen! Er schiesst.

Joel se arrastró escombrera abajo como un cangrejo asustado. A medio camino del fondo se le enganchó la mano izquierda. Dio un tirón para desprenderse del extraño lazo, y estaba a punto de tirarlo lejos cuando vio que era un trozo de cable eléctrico. Lo enrolló en la mano y siguió bajando frenéticamente. Cuando estaba a menos de dos metros del suelo empezó a excavar en la tierra y la basura. Hundió las piernas repetidamente entre el escombro y la tierra suelta hasta conseguir enterrar su cuerpo en la masa y cubrirse la cabeza. El olor era insoportable, y podía sentir cómo los insectos se le metían por entre la ropa y le corrían por la piel. Pero nadie le veía; de eso estaba seguro. Empezó a comprender lo que su mente fragmentada trataba de decirle. Estaba otra vez en la selva, a punto de saltar sobre un explorador desde un escondite invisible.

Volvieron a pasar los minutos, y las sombras se hicieron más largas y después permanentes, mientras la trayectoria del sol caía por debajo de la cumbre del vertedero. Converse permanecía inmóvil, con los músculos en tensión rechinando los dientes para no mover los brazos y rascarse la ropa y la piel a fin de librarse de los enloquecedores insectos... Sabía que no podía moverse. Aquello iba a ocurrir en cualquier momento, de un segundo a otro.

Llegó el preludio. Tenía ya a la vista al hombre claudicante que examinaba el montón de tierra y desperdicios entornando los ojos para protegerse del resto del sol de la cima, con la

pistola apuntando hacia arriba, lista para disparar. Anduvo lentamente hacia un lado, extremando la cautela, temeroso de lo que no podía ver. Pasó frente a Joel, con el arma apenas a un metro de su cara. Un paso más y la línea de contacto podría ser clara.

¡Ahora! Joel se lanzó, agarrando el cañón de la pistola y retorciéndolo con fuerza a la vez que tiraba hacia abajo. Mientras el alemán caía hacia adelante, Converse le estrelló la rodilla contra el puente de la nariz, dejándolo atontado antes de que pudiese gritar. El arma fue a caer dando vueltas entre los escombros. El hombre se tambaleó, y estaba a punto de recobrar la voz cuando Joel cayó de nuevo sobre él, con el cable estirado entre ambas manos. Lo pasó por encima de la cabeza del explorador y lo apretó en torno a su garganta.

Cuando se derrumbó, Converse se inclinó sobre el cuerpo, dispuesto a ocultarlo enterrándolo en la base del vertedero, pero se detuvo. Tenía que haber otro modo porque había otra opción, la que había tomado hacía un siglo con otro explorador, en la selva. Miró a su alrededor. Había un montón de traviesas arrojadas descuidadamente unos treinta metros a su derecha; viejas traviesas, algunas rotas, que formaban una pequeña pared. Un muro.

Era un riesgo. Si el chófer de Leifhelm terminaba su reconocimiento del primer montón de escombros y se dirigía hacia el segundo por tres de los cuatro ángulos, podía verlo. Aquel hombre había sido enviado al tren de Emmerich por dos razones: la primera, que conocía de vista a la presa, y la segunda que esa presa lo había hecho caer en desgracia. El cadáver de Joel sería su redención. Semejante hombre era un experto con las armas, lo que no ocurría con su presa. ¡De qué servía pensar! A partir de Ginebra, todo era un riesgo, una partida contra la muerte.

Joel cogió el cuerpo del alemán por los sobacos y, respirando fuerte -contando por alguna absurda razón «uno, dos, tres»-, retrocedió tambaleándose, arrastrando al muerto.

Llegó hasta las traviesas y las contorneó con el cadáver, mientras los tacones de sus zapatos marcaban profundos arcos en la tierra al arrastrar al alemán muerto hasta la base de la pared. Después, sin pensarlo, obrando sólo por instinto, Converse hizo lo que llevaba una hora deseando hacer. Al amparo de las traviesas se despojó de la chaqueta y la camisa y se revolcó por el suelo para quitarse los insectos como un perro las pulgas, mientras se rascaba sin cesar el pelo y la cara. Era cuanto podía hacer por el momento. Se arrastró hasta el montón de traviesas y encontró un espacio entre dos troncos.

-Werner! Wo sind sie?

Los gritos precedieron a la aparición del chófer de Leifhelm. Surgió por la parte de allá del segundo montón, y avanzó lentamente con la pistola levantada, dando cada paso con precaución mientras volvía la cabeza en todas direcciones, como un soldado experto en una descubierta. Converse pensó cuánto mejor iría el mundo si él fuese un tirador experto. Pero no lo era. En los cursos de piloto le habían dado la instrucción de armas cortas obligatoria, y a ocho metros rara vez acertaba el blanco. A aquel segundo soldado de Aquitania había que cazarlo mucho más cerca.

-Werner! Antworten Sie dock!

Silencio.

El chófer estaba alarmado. Retrocedió, ahora agachado, y escrutó el montón de desperdicios dando una patada a cada objeto que encontraba en su camino, sin dejar de volver la cabeza. Joel sabía lo que tenía que hacer; ya lo había hecho otras veces: distraer la atención del enemigo, atraerlo hacia el lugar del encuentro y después alejarse.

-Augh...! -Converse lanzó un gemido y añadió en claro inglés-: ¡Oh, Dios mío! -antes de arrastrarse hasta el otro extremo de la pared de traviesas. Desde allí atisbó, con la cabeza en la sombra.

El alemán se irguió, con los ojos clavados en el lugar de donde había salido el quejido. De pronto echó a correr, pistola en mano, como quien cae sobre un objeto odiado, llevado por las palabras en inglés hasta el aborrecido enemigo.

El chófer se volcó sobre las traviesas con gesto alerta y la pistola al frente, y disparó sobre el cadáver que tenía debajo, entre las sombras, acompañando los estampidos con rugidos de venganza.

Joel se arrodilló, apuntó con su automática y apretó dos veces el gatillo. El alemán rodó y cayó de lo alto de las traviesas mientras le brotaba sangre del pecho.

-Unos ganan... -susurró Converse incorporándose y recordando al hombre del tren de Emmerich.

Estaba abajo, en plena ciénaga, con la ropa en los brazos. Había cruzado a gatas las vías del ferrocarril y descendido por entre el yerbazal hasta la cenagosa humedad del pantano. Era agua, y con eso le bastaba. El agua era buena, ya fuese como camino de huida o como agente purificador para un cuerpo destrozado. Eran también lecciones que había aprendido hacía años. Se sentó desnudo sobre una orilla en cuesta, quitándose el inhibidor cinturón del dinero y preguntándose si se habrían mojado los billetes, pero sin que le importase lo bastante para pararse a comprobarlo.

En cambio, sí examinó cada bolsillo de la ropa que había quitado a sus verdugos en potencia. No estaba seguro de lo que tenía valor y lo que no. El dinero carecía de importancia, excepto los billetes pequeños, y los permisos de conducir tenían las fotos recubiertas de plástico; no valía la pena correr riesgos. Había un cuchillo de aspecto amenazador, cuya larga hoja salía del mango al apretar un botón. Lo conservó. También un encendedor de butano barato y un peine; y, para el bebedor, dos pulverizadores para refrescar el aliento. El resto eran efectos personales -llaves, un amuleto con un trébol de cuatro hojas, fotos en las carteras- que no se molestó en examinar. La muerte era la muerte, y en lo fundamental igualaba al enemigo y al amigo. Lo único que le interesaba era la ropa. Era una opción que ya había utilizado en la selva hacía mil años. Se había enfundado en el maltrecho uniforme de un explorador y, por dos veces a lo largo de una estrecha orilla, el enemigo, en vez de disparar contra él, le había saludado levantando el brazo.

Seleccionó lo que mejor podía sentarle y se lo puso. El resto lo tiró al pantano. Cualquiera que fuese su aspecto, tenía muy poco que ver con el intelectual que había tratado de ser en Bonn. En todo caso lo confundirían con alguien que trabajaba en el Rhin, el piloto o el capataz de una gabarra. Había elegido la chaqueta del chófer, de una tela basta y que le llegaba hasta las caderas, y la camisa de mahón azul del otro hombre, después de lavar cuidadosamente la sangre de los dos agujeros de bala. Los pantalones eran también los del secuaz, de pana oscura, sin raya y algo acampanados en los tobillos, a los que, por suerte, le llegaban. Ninguno de los dos hombres usaba sombrero y el suyo había quedado en el vertedero. Ya encontraría, compraría o robaría uno. Tenía que hacerlo. Sin un sombrero o una gorra que le cubriese parte de la cara se sentía tan desnudo, tan al descubierto y asustado como sin ropa.

Estuvo tumbado en la yerba seca mirando al cielo mientras el sol desaparecía sobre un horizonte invisible.

24

-¡Pero bueno...! -exclamó el hombre de aspecto distinguido y flotante melena blanca arqueando con asombro las espesas cejas, también casi blancas-. ¿No es usted el hijo de Molly Washburn?

Librodot

-¿Perdón? -dijo el oficial del Ejército sentado a la mesa de al lado, a lo largo del diván del restaurante Am Tulpenfeld de Bonn-. ¿Nos conocemos?

-No de un modo que usted pueda recordar, comandante. Le ruego perdone mi intromisión. -La disculpa del hombre del Sur iba dirigida al acompañante del oficial, sentado frente a él, un tipo medio calvo y de mediana edad que había estado hablando inglés con marcado acento alemán-. Pero Molly nunca perdonaría a este pobre georgiano que no saludase a su hijo y le invitase a beber algo.

-Me temo que estoy perdido -dijo Washburn, con simpatía pero sin entusiasmo.

-También yo lo estaría en tu caso, muchacho. Creo que ese día llevabas tus primeros pantalones largos. La última vez que te vi, ibas con una chaqueta de sport azul y estabas como loco porque habíais perdido un partido de fútbol. Creo que echabas la culpa a vuestro extremo izquierda, que en mi opinión, entonces y ahora, es donde están los que tienen la culpa de todo.

El mayor y su acompañante rieron, apreciando la gracia.

-Eso se remonta a hace mucho tiempo, a cuando yo estaba en Dalton.

-Y eras capitán del equipo, creo recordar.

-¿Cómo me ha reconocido?

-Caí por casa de tu madre la semana pasada, en Southampton. Con lo orgullosa que está, tenía unas cuantas fotos tuyas en la sala de estar.

-Sí, encima del piano.

-Efectivamente; con marcos de plata y todo.

-Temo que he olvidado su nombre.

-Thayer, Thomas Thayer, o simplemente el viejo T. T., como me llama tu madre.

Hubo un apretón de manos.

-Me alegro de volver a verlo -dijo Washburn, y señaló a su compañero-. Le presento a herr Stammler. Se ocupa de gran parte de nuestras relaciones con los medios de información alemanes. -Encantado, señor Stammler.

-Es un placer, herr Thayer.

-Hablando de la Embajada, y supongo que usted se refería a ella, le prometí a Molly que le telefonearía allí cuando llegase. Iba a hacerlo mañana; todavía estoy luchando contra el cambio de hora. ¡Qué coincidencia, ¿verdad?, haber venido a sentarnos uno al lado del otro!

-Mayor -interrumpió cortésmente el alemán-. Dos personas que se conocen de hace tantos años deben de tener mucho que recordar. Y, dado que nuestro asunto está prácticamente concluido, creo que debo retirarme.

-Espere, señor Stammler -objetó Thayer-. ¡No puedo permitirlo!

-No se preocupe. -El alemán sonrió-. La verdad es que el mayor Washburn pensó que debía insistir en invitarme a cenar esta noche después de lo que hemos pasado estos últimos días, él mucho más que yo; pero, si he de ser franco, estoy agotado. Soy mucho más viejo que mi amigo y no resisto tanto. La cama me reclama, herr Thayer, créame.

-Verá, señor Stammler, tengo una idea. Usted está cansado y yo saliente de un viaje en avión, de modo que ¿por qué no dejamos aquí a este granujilla y nos vamos los dos a dormir?

-No puedo permitirlo. -El alemán se levantó y tendió la mano a Thayer. Se la estrecharon, y Stammler se volvió hacia Washburn y repitió la operación-. Le llamaré por la mañana, Norman.

-Muy bien, Gerhard... ¿Por qué no me dijo simplemente que estaba cansado?

-¿A riesgo de ofender a uno de mis mejores clientes? Sea razonable, Norman. Buenas noches, señores.

El alemán sonrió de nuevo y se fue.

Librodot

-Al fin solos, muchacho-dijo el sureño-. ¿Por qué no te vienes aquí y me permites que ahorre a la Embajada un par de dólares?

-Está bien. -Washburn se levantó con su bebida en la mano y fue por entre las mesas hasta la silla que había enfrente de Thayer-. ¿Cómo está mi madre? Hace quince días que no la llamo.

-Molly es siempre Molly. Nació ella y rompieron el molde. Pero qué te voy a contar a ti... Está lo mismo que hace veinte años. ¡Te juro que no sé cómo lo consigue!

-Tampoco ella va a decírselo.

Ambos rieron mientras el del Sur levantaba su vaso y lo adelantaba para brindar. El choque del cristal produjo un suave tintineo. Era el comienzo.

Converse esperaba, vigilando desde un oscuro escaparate de una miserable calle de Emmerich. Enfrente estaban las pobres luces de un hotel barato, de entrada sórdida, nada invitadora. Sin embargo, con un poco de suerte, tendría allí una cama dentro de unos minutos; una cama con un lavabo en un rincón de la habitación y, con un poco más de suerte, incluso agua caliente con la que poder lavarse la herida y cambiar el vendaje. Durante las últimas dos noches había aprendido que tales lugares eran su única posibilidad de refugio. Nadie hacía preguntas y se esperaba que pusiera en la ficha un nombre falso. Pero incluso la más hosca bienvenida era una amenaza para él. Le bastaba con abrir la boca para que cualquiera lo identificase como un norteamericano que no hablaba alemán.

Se sentía como un sordomudo corriendo baquetas, entre dos murallas de gente implacable. ¡Estaba inerme, tan condenadamente inerme! Las muertes de Bonn, Bruselas y Wesel habían convertido en sospechoso a todo norteamericano varón de entre treinta y cincuenta años. Las melodramáticas sospechas habían aumentado con las cábalas sobre si aquel obseso estaría siendo ayudado, y quizá manejado, por organizaciones terroristas, la banda Baader-Meinhof, la OLP, grupos disidentes libios e incluso equipos de desestabilización de la KGB enviados por el temible Voennaya. Le estaban dando caza por todas partes, y todavía el día anterior el International Herald Tribune había publicado nuevas informaciones de que el asesino se dirigía a París... lo que equivalía a decir que los generales de Aquitania querían que la atención se concentrase allí y no donde ellos sabían que estaba, donde sus soldados podrían acorralarlo, apresarlo, matarlo.

Para quitarse de la calle tenía que mezclarse con sus desechos, y necesitaba un hotel ruinoso como el que tenía enfrente. Sabía que debía desaparecer de las calles; allí fuera había demasiadas trampas. Así, en su primera noche en Wesel se acordó del estudiante Johann y buscó el modo de recrear unas circunstancias parecidas. La gente joven era menos suspicaz y más receptiva a la promesa de una recompensa económica a cambio de un favor.

Fue extraño, pero esa primera noche en Wesel resultó a la vez la más difícil y la más fácil. Difícil porque no tenía la menor idea de adónde acudir, fácil porque todo ocurrió de un modo tan rápido y lógico...

Primero se detuvo en un drugstore, donde compró gasa, esparadrapo, pomada antiséptica y una gorra de visera barata. Después fue a un café, a los servicios, donde se lavó la cara y la herida, que vendó apretadamente, piel contra piel, con el vendaje firmemente sujeto. De pronto, mientras terminaba de curarse, oyó la letra familiar y la enfática melodía, voces jóvenes que cantaban «On, Wisconsin... On, Wisconsin... on to victoree...»

Los que cantaban eran, según supo más tarde, un grupo de estudiantes de la Sociedad Alemana de la Universidad de Wisconsin, que recorrían en bicicleta el norte de Renania. Se acercó casualmente a uno de los jóvenes, pidió más cervezas en el bar y, presentándose como compatriota, contó cómo había sido engañado por una fulana y agredido por su chulo, que le robó el pasaporte pero no pensó que llevase un cinturón con dinero. Era un hombre de negocios respetable que ahora tenía que dormirla, serenarse y llamar a su firma de Nueva

Librodot

York. Lo malo era que no hablaba alemán. ¿Consentiría el estudiante en ayudarlo a cambio de cien dólares?

Consentía y le ayudó. Manzana abajo había un hotelucho en el que no hacían preguntas. El muchacho pagó la habitación y llevó a Converse, que esperaba fuera, el recibo y la llave. Todo el día anterior había caminado, siguiendo las carreteras a la vista de las vías del ferrocarril, hasta llegar a un pueblo llamado Halden. Era más pequeño que Wesel, pero había un viejo barrio industrial al este de la estación. Sin embargo, el único «hotel» que pudo encontrar fue una casa grande y vieja, última de una hilera de otras como ella, que tenía letreros que decían ZIMMER, 20 MARK en dos ventanas del primer piso y otro mayor encima de la puerta de entrada. Era una pensión, y varias puertas más allá, bajo la luz de las farolas, tenía lugar una acalorada discusión entre una mujer mayor y un joven. Encima había algunos vecinos sentados en sus ventanas con los brazos sobre el alféizar, evidentemente escuchando. Joel escuchó también palabras esporádicas gritadas en un inglés con mucho acento.

-...«¡Odio esto!» Das Habe ich ihni gesagt. «¡No quiero quedarme, Onkel! ¡Quiero volver a Alemania! ¡Tal vez ingrese en los Baader-Meinhof!» Das habe ich ihw gesagt.

-Narr!-gritó la mujer, volviéndose y subiendo los escalones-. Schweinehund!-rugió, mientras abría la puerta, entraba y cerraba dando un portazo.

El joven miró a su auditorio de las ventanas y se encogió de hombros. Algunos aplaudieron, y él correspondió con una reverencia burlona. Converse se acercó; no había nada malo en probar.

-Hablas muy bien inglés -dijo.

-Ya puedo. Han estado cinco años gastando sacos de comestibles para darme clases. Tengo que ir con su hermano el de América. Yo digo Nein!, ellos dicen Ja! y voy. ¡Lo odio!

-Siento que digas eso. Soy norteamericano y me gustan los alemanes. ¿Dónde estuviste?

-En Yorktown.

-¿En Virginia?

-Nein! En Nueva York.

-Ah, en esa Yorktown.

-Ja. Mi tío tiene dos carnicerías en Nueva York, en lo que allí llaman Yorktown. ¡Shit, mierda, como dicen ustedes!

-Lo siento. ¿Por qué?

-¡Los Schwarzen y los Juden! Cuando alguien habla como yo, los negros le roban con navajas y los judíos con sus cajas registradoras. Heinie, me llamaban, y Nazi. Le dije a un judío que estaba estafándome, con muy buenas maneras, no vaya a creer, y me dijo que saliera de su tienda o llamaba a los «polis», ¡Dijo que yo era shit! Si llevas un buen traje alemán y gastas buen dinero alemán, no dicen esas cosas; pero si eres un chico de los recados que trata de aprender, te las dan todas. ¡Y qué sé yo! Mi padre fue soldado a los catorce años. Shit!

-Te repito que lo siento. En serio. No es propio de nosotros echar la culpa a los hijos.

-Shit!

-Quizá yo pueda compensar algo de lo que pasaste allí. Estoy en apuros... por haber sido estúpido; pero te pagaré cien dolares si...

El joven alemán se prestó encantado a conseguirle una habitación en la pensión. No era mejor que la de Wesel, pero el agua estaba más caliente y el retrete más cerca de su puerta.

Esta noche era diferente de las otras que había pasado en Ale-mania, pensaba Joel mientras contemplaba desde el otro lado de la calle el decrépito hotel de Emmerich. Podía ser la que lo llevase a Holanda, a Cort Thorbecke y el avión para Washington. El hombre que en

esta ocasión había reclutado Joel era algo mayor que los otros que le habían ayudado, un marino mercante de Bremerhaven de paso en Emmerich para hacer una visita de cumplido a su familia, con la que no se sentía a gusto. Había hecho la visita y, tras escuchar los reproches de rigor a su padre y su madre, había vuelto al sitio y a la gente que más quería, un bar en la curva del río.

De nuevo, como en Wesel, fue una canción en inglés lo que llamó la atención de Joel. Contempló al joven marino que estaba de pie junto al mostrador tocando la guitarra. Esta vez no era un himno futbolístico de la Universidad, sino una extraña y obsesiva mezcla de rock lento y triste madrigal: «.,,Cuando al fin llegaste, cuando tus pies tocaron el suelo, ¿sabías dónde estabas? Cuando al fin fuiste real, pudiste tocar lo que sentías, ¿comprendiste?»

Los hombres que rodeaban la barra interrumpieron su charla para seguir el preciso compás de aquella música en tono menor.

Cuando el marino terminó, hubo un aplauso respetuoso, seguido por una rápida reanudación de las conversaciones y un aún más rápido rellenar de jarras de cerveza. Minutos más tarde, Converse estaba al lado del marino trovador, que ahora tenía la guitarra colgada al hombro mediante una correa como si se tratase de un fusil. Joel se preguntaba si aquel hombre sabría realmente inglés o sólo canciones. No tardaría en descubrirlo. El marino rió una frase de un compañero, y Converse aprovechó para decirle:

-Me gustaría invitarle a un trago por recordarme mi país. Era una canción muy bonita.

El hombre le miró de un modo extraño y Joel tartamudeó, pensando que el marino no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. Después, con gran alivio de Converse, el hombre respondió:

-Danke. Es una buena canción. Triste pero buena, como algunos de nosotros. ¿Es usted Amerikaner?

-Sí. Y usted habla inglés.

-Okay. No sé leer bien, aber hablo okay. Estoy en un barco mercante. Vamos a Boston, Nueva York y Baltimore, y a veces a Florida.

-¿Qué va a tomar?

-Ein Bier -dijo el marino encogiéndose de hombros.

-¿Por qué no whisky?

-Ja?

-Pues claro.

-Ja.

Minutos más tarde estaban sentados a una mesa. Joel contó su historia de la fulana inexistente y el chulo inventado. La contó despacio, no porque pensase que debía hacerlo así para que su oyente comprendiese, sino porque estaba presentándosele muy claramente otra opción. El marino de la guitarra era joven, pero había en él como una pátina que parecía señalarlo como conocedor de los muelles y de los oficios que florecían en aquel mundo tan especial.

-Debería ir a la Polizei -dijo el hombre cuando terminó Converse-. Conocen a las fulanas y no publicarán su nombre.

-El alemán sonrió-. Queremos que vuelva y siga gastando dinero.

-No puedo correr ese riesgo. A pesar de mi aspecto, trato con mucha gente importante, aquí y en América.

-Lo que le hace también importante, ja?

-Y estúpido. Si al menos consiguiese llegar a Holanda, podría arreglarlo.

-Die Niederlande? ¿Cuál es el problema?

-Ya le dije que me han quitado el pasaporte, y tengo tan mala pata que a todo norteamericano que cruza una frontera lo miran con Lupa. Ya sabe, por lo de ese loco que mató al embajador en Bonn y al comandante de la OTAN.

-Ja, y a otros dos en Wesel, hace tres días. Dicen que va a París.

-Me temo que eso no me sirva de ayuda. Usted conoce a la gente del río, a los hombres que tienen barcos que salen a diario. Le dije que le pagaría cien dólares por el hotel...

-Y me pareció muy bien. Es usted generoso.

-Le pagaré mucho más si puede pasarme a Holanda como sea. Mi compañía tiene oficina en Amsterdam. Allí pueden ayudarme. ¿Me ayudará usted?

El alemán torció el gesto y miró su reloj.

-Es demasiado tarde para arreglarlo esta noche y salgo para Bremerhaven en el tren de la mañana. Mi barco zarpa a las quince cero cero.

-Esa es la cantidad en que estaba pensando. Mil quinientos. -Deutsche marks?

-Dólares.

-Está usted más loco que ese Landsmann suyo que mata militares. Si supiese alemán, no le costaría más de cincuenta.

-No sé alemán. Mil quinientos dólares para usted si puede arreglarlo.

El joven miró fijamente a Converse y después echó hacia atrás la silla.

-Espere aquí. Voy a llamar por teléfono.

-De paso traiga más whisky.

-Danke.

La espera transcurrió en una especie de vacío colmado de ansiedad. Joel contempló la vieja guitarra echada sobre una silla. ¿Cómo decía la canción?... Cuando al fin llegaste, cuando tus pies tocaron el suelo... ¿sabías dónde estabas? Cuando al fin fuiste real, pudiste tocar... lo que sentías, ¿comprendiste...?

-Pasaré a recogerlo a las cinco de la mañana -anunció el marino mercante, que se sentó trayendo dos vasos de whisky-. El capitán aceptará doscientos dólares, sólo si no hay drogas. Si las hay, no podrá subir a bordo.

-No tengo drogas -dijo Converse, sonriente, tratando de dominar su júbilo-. Eso está hecho y se ha ganado su dinero. Le pagaré en el muelle, en el embarcadero o lo que sea.

-Natürlich.

Todo eso había ocurrido hacía menos de una hora, pensaba Joel, mientras observaba la entrada del hotel en la acera de enfrente. A las cinco de la mañana estaría camino de Holanda, de Amsterdam, de un hombre llamado Cort Thorbecke, el suministrador de pasaportes ilegales de Mattilon. Todas las listas de pasajeros de todos los aviones que se dirigían a Estados Unidos estarían vigiladas por Aquitania, pero había aprendido hacía un siglo que había maneras de eludir a los vigilantes. Lo había hecho antes partiendo de un hondo y frío agujero en el suelo y a pesar de una cerca de alambre de espino en la oscuridad. Podía volver a hacerlo.

Apareció una silueta bajo la luz tristona de la marquesina del hotel. Era el joven marino mercante. Sonriendo, hizo seña a Converse de que se reuniese con él.

-¡Por todos los diablos! ¿Qué te pasa, Norman? -exclamó el sureño cuando Washburn empezó de pronto a agitarse en una serie errática de convulsiones, mientras sus labios temblorosos se abrían buscando ansiosamente aire.

-No... no lo sé.

Los ojos del comandante se abrieron de par en par y sus pupilas iniciaron una danza sin control.

-¡Te habrá hecho daño algo! -dijo Thomas Thayer, levantándose del diván y yendo rápidamente hacia Washburn-. ¡Cielos!

!No, no puede ser! ¡Si aún no han traído la comida! ¡No has tomado nada!

Las parejas cercanas, alarmadas, hablaban atropelladamente a voces y en alemán. Ante una observación hecha por uno de los comensales, el sureño se volvió y habló con él.

-Das glaube ich nicht -dijo Johnny Reb en fluido alemán-. Mein Wagen steht draussen. Ich weiss einen Arzt.

Llegó a la carrera el maitre y, viendo que el jaleo era cosa de los norteamericanos, les expresó su preocupación en inglés.

-¿Está enfermo el comandante, señor? Puedo preguntar si hay...

-Nada de médicos a los que yo no conozca bien; gracias -le interrumpió Thayer, inclinado sobre el agregado a la Embajada, que ahora inhalaba profundamente con los ojos medio cerrados mientras balanceaba la cabeza-. Es el hijo de Molly Washburn y yo me ocuparé de que tenga lo mejor. Fuera está mi coche. Tal vez si una pareja de sus camareros me echase una mano podríamos ponerlo en él y se lo llevaré a mi hombre. Es un especialista. A mi edad hay que tenerlos por todas partes.

-Bestimmt. ¡Desde luego!

El maitre chasqueó los dedos y respondieron al instante tres camareros.

-¡La Embajada, la Embajada! -dijo con voz ahogada Washburn mientras los tres hombres medio arrastraban al oficial hacia la puerta del restaurante.

-¡No te preocupes, Norman, hijo! -dijo el sureño, que iba detrás con el maitre-. Les telefonearé desde el coche y les diré que se reúnan con nosotros en casa de Rubi. -Thayer se volvió al alemán que llevaba al lado-. ¿Sabe lo que creo? Creo que este buen soldado está totalmente agotado. Ha estado trabajando de sol a sol sin apenas una pausa. ¿Se imagina con lo que ha tenido que enfrentarse estos últimos días? Ese perro loco que anda por ahí arreglando a tiros sus asuntos, el que mató al embajador, y después a ese honcho en Bruselas. ¿Sabe? Aquí el chico de Molly es el agregado militar.

-Si, el comandante viene por aquí con frecuencia; es uno de nuestros clientes más distinguidos.

-Bueno, pues incluso el más distinguido de nosotros tiene derecho y un momento para decir «al diablo con todo; me quedo hasta que cierren».

-No comprendo bien.

-Me da la impresión de que este muchacho, a quien conocí siendo un mocoso, ignora los efectos cuantitativos del whisky.

-Ahh...

-El maitre miró a Johnny Reb, impecable en su papel de cotilla elegante que larga un nuevo rumor.

-Tenía varias copas de más, eso es todo. Y que quede entre nosotros.

-No se le notaba...

-Empezaba a descorchar antes de que el sol se posase en la blanca flor del algodón. -Llegaron a la salida, donde el comando de camareros maniobraba para hacer pasar a Washburn por la puerta-. ¿Quién con más derecho? Eso es lo que yo digo.

Thayer sacó su cartera.

-Ja, lo comprendo.

Librodot

-Tenga -dijo el sureño, sacando unos billetes-. No me ha dado tiempo a cambiar, de modo que ahí van cien dólares; eso cubrirá la factura de esos muchachos... Y aquí tiene cien para usted, por no hablar demasiado, verstehen?

-¡Perfectamente, mein Herr! -El alemán se embolsó ambos billetes sonriendo y haciendo obsequiosas reverencias-. ¡No diré una palabra!

-Bueno, yo no iría tan lejos. Quizá convenga que el chico de Molly aprenda que no es el fin del mundo si unas cuantas personas saben que se tomó unas copas. Eso puede relajarlo un poco y, a fe de georgiano, creo que lo necesita. Tal vez usted pueda hacerle un guiño la próxima vez.

-¿Un guiño?

-Dedicarle una sonrisa amistosa, que le diga que está en el secreto y no le importa. Verstehen?

-Ja! ¡De acuerdo! ¡Tenía derecho!

Fuera, en la acera, Johnny Reb dio instrucciones a los camareros sobre cómo colocar al comandante Norman Anthony Washburn IV en el asiento trasero; estirado y boca arriba. El sureño dio a cada uno un billete de veinte dólares y los despidió. Después habló con los dos hombres que iban en el asiento delantero, apretando un botón para que pudiesen oír su voz al otro lado del cristal.

-Ya he bajado los trasportines -dijo, sacando los respaldos de la pared de terciopelo-. Está groggy. Ven aquí conmigo, Brujo. Y tú, Klaus, entreténnos con un largo paseo por vuestros hermosos campos.

Minutos después, mientras la limusina, con la luz del techo dada, entraba en un camino apartado, el médico soltó el cinturón de Washburn, le bajó los pantalones e hizo rociar al agregado encima del asiento. Encontró la zona que quería en la base de la espina dorsal, mientras sostenía la aguja con mano firme.

-¿Preparado, amigo? -preguntó el palestino de oscura piel, bajando el borde elástico de los calzoncillos del hombre inconsciente.

-Ya lo tienes, Pookie -dijo Johnny Reb, sosteniendo una pequeña grabadora sobre el borde del trasportín-. Justo donde no lo encontrará en una semana, si es que lo encuentra. A ello, árabe. Quiero verlo volar.

El médico insertó la larga aguja hipodérmica, presionando lentamente con el pulgar sobre el émbolo.

-Será rápido -dijo el palestino-. Es una dosis muy fuerte y he visto casos en que el paciente empezó a largar antes de que el interrogador estuviese preparado.

-Yo lo estoy.

-Echalo a andar en el acto. Haz preguntas directas, oblígalo a concentrarse desde el primer momento.

-Si, así lo haré. Es un mal hombre, Pookie, un chico malo que va por ahí contando cuentos que no tienen nada que ver con un gran tiburón que rompió el anzuelo. -El sureño agarró al inconsciente Washburn por el hombro izquierdo y lo puso boca arriba sobre el asiento-. Muy bien, hijo de Molly, ahora vamos a hablar tú y yo. ¿Cómo te atreviste a meterte con un oficial de la Marina de Estados Unidos llamado Fitzpatrick? ¡Connal Fitzpatrick, muchacho! ¡Fitzpatrick, Fitzpatrick, Fitzpatrick! Vamos, muchacho, habla con papaíto, porque ya no tienes a nadie más. Todos esos con los que creías que contabas se han largado. ¡Te han dejado tirado, hijo de Molly! ¡Te hicieron mentir en letras de molde, de modo que ahora todo el mundo sabe que mentiste! Pero papaíto puede arreglarlo, papaíto puede solucionarlo todo y ponerte en lo alto... ¡en lo más alto! La Junta de Jefes... ¡el gran jefe! ¡Papaíto es tu teta, muchacho! ¡O te agarras a ella o vas a chupar aire! ¿Dónde habéis puesto a Fitzpatrick? ¡Fitzpatrick, Fitzpatrick!

El susurro se oyó mientras el cuerpo de Washburn se arrugaba en el asiento y su cabeza iba de un lado para otro con la saliva escapándosele por las comisuras de la boca.

-Scharhórn, la isla de Scharhórn... El golfo de Helgoland.

Caleb Dowling estaba no sólo furioso sino desconcertado. A pesar de mil dudas, no podía dejarlo pasar. Había demasiadas cosas sin sentido, y no era la menor el hecho de que durante tres días hubiera sido incapaz de conseguir una cita con el embajador en funciones. El agregado encargado de ese cometido alegaba que había demasiada confusión, a causa del asesinato de Walter Peregrine, para concederle una audiencia en ese momento. Quizá dentro de una semana... En otras palabras: actor, piérdase; tenemos cosas importantes que hacer y usted no es una de ellas. Lo recibían, lo llevaban a un rincón y le dedicaban las buenas palabras con que se atiende a alguien conocido pero insignificante. Era evidente que tanto sus razones como su inteligencia estaban siendo puestas en duda por unos diplomáticos arrogantes y apresurados. 0 por algún otro.

Por eso estaba sentado ahora a una mesa retirada en la penumbra del bar del hotel Kónigshof. Había averiguado el nombre de la secretaria de Peregrine, una tal Enid Heathley, y mandado a Moose Rosenberg, el especialista, a la Embajada con una carta lacrada supuestamente de un íntimo amigo de miss Heathley en Estados Unidos. Había dado a Moose instrucciones de entregar el sobre personalmente, y, teniendo en cuenta el tamaño de Rosenberg, en la sala de recepción nadie se había atrevido a discutirlo. La propia miss Heathley bajó a recogerlo. El mensaje era breve y directo.

Querida miss Heathley:

Creo que es de la mayor importancia que hablemos lo antes posible. Estaré en el bar del Kónigshof esta tarde a las 7.30. Si no hay inconveniente, hágame el favor de tomar una copa conmigo, pero le encarezco que no hable a nadie de nuestro encuentro. Por favor, a nadie,

Atentamente,

C. DOWLING

Eran ya las siete y treinta y ocho y la ansiedad de Caleb aumentaba por momentos. Desde hacía unos años se había acostumbrado a que la gente estuviese a la hora en sus citas y entrevistas; era uno de los gajes menores de ser Pa Ratchet. Pero podía haber varias razones por las que la secretaria no quisiera reunirse con él. Sabía que Peregrine y él se habían hecho bastante amigos, y también que había actores que buscaban publicidad a costa de acontecimientos que nada tenían que ver con ellos, fotografiándose con gobernantes y políticos cuando no serían capaces ni de dar su opinión sobre la esclavitud. Esperaba que...

Allí estaba. Acababa de entrar una mujer de mediana edad, en-tornando los ojos para buscar en la penumbra. Se le acercó el maitre, y momentos más tarde la acompañaba hasta la mesa de Dowling.

-Gracias por venir -dijo Caleb, levantándose mientras Enid Heathley tomaba asiento-. No se lo hubiera pedido si no creyese que es importante -añadió, volviendo a sentarse.

-Lo supuse por su nota -dijo la mujer, de rostro agradable, indicios ya de gris en el pelo y ojos muy inteligentes. Pidió lo que iba a tomar e iniciaron una charla de circunstancias en espera del camarero.

-Me imagino que esto ha sido muy difícil para usted -dijo Dowling.

-No ha sido fácil -asintió miss Heathley-. Estuve de secretaria con él durante casi veinte años. Solía decir que formábamos un equipo, y Jane y yo, me refiero a la señora Peregrine, somos muy amigas. Debería estar con ella ahora, pero le dije que tenía que hacer unas cosas de última hora en la oficina.

-¿Cómo está ella?

Librodot

-Todavía conmocionada, naturalmente, pero lo superará. Es fuerte. Walter quería que las mujeres que tenía a su alrededor lo fuesen. Pensaba que eran valiosas y no debían disimularlo.

-Me gusta ese modo de pensar, miss Heathley.

Llegó la bebida, el camarero se marchó y la secretaria miró inquisitivamente a Caleb.

-Perdóneme, señor Dowling. No puedo decir que sea una devota de su programa de televisión, pero, naturalmente, lo he visto varias veces. Parece que siempre que me invitan a cenar y llega la hora mágica, se acabó el comer.

-Yo sugeriría a esas personas que mejorasen la calidad de su cocina.

La mujer sonrió.

-Es usted demasiado modesto, pero no me refiero a eso. No se parece usted nada al hombre que sale por televisión.

-Porque no soy él, señorita Heathley -dijo el ex profesor universitario mirándola muy serio a los ojos-. Supongo que compartimos ciertos rasgos, porque yo tengo el instrumento físico a través del que se filtran sus ficciones, pero la semejanza no pasa de ahí.

-Comprendo. Lo ha dicho usted muy bien.

-Tengo práctica. Pero no la he pedido que venga aquí para ex-ponerle mis teorías sobre la interpretación. Es un tema de un interés muy limitado.

-¿Por qué me lo pidió?

-Porque no sé a quién acudir. Bueno, lo hago, pero no puedo llegar hasta él.

-¿A quién se refiere?

-Al embajador en funciones. El que vino de Washington.

-Está hasta las orejas.

-Deberían decírselo -interrumpió Caleb-, prevenirlo.

-¿Prevenirlo?-La mujer abrió mucho los ojos-. ¿Un atentado contra su vida? ¿Otro asesinato de ese loco, de ese Converse?

-Señorita Heathley-empezó el actor, con postura rígida y voz tranquila-, lo que voy a decir podrá chocarla, incluso ofenderla, pero, como ya le expliqué, no conozco a nadie más a quien pueda acudir en la Embajada. Sin embargo sí sé que hay allí personas a las que no puedo acudir.

-¿Qué quiere decir?

-No estoy convencido de que Converse esté loco ni de que haya matado a Walter Peregrine.

-¿Cómo? ¡No estará hablando en serio! Ya ha oído lo que dicen de él; está totalmente desequilibrado. Fue el último que estuvo con el señor Peregrine. ¡El comandante Washburn lo estableció!

-El comandante Washburn es una de esas personas a las que preferiría no ver.

-Se le considera uno de los mejores oficiales de nuestro Ejército -objetó la secretaria.

-Pues para ser un oficial tiene una idea extraña de cómo se cumplen las órdenes de un superior. La semana pasada llevé a Peregrine a encontrarse con alguien. El hombre echó a correr y Walter dijo al comandante que lo detuviese. En vez de hacerlo así, Washburn trató de matarlo.

-Ah, ahora comprendo -dijo Enid Heathley en tono desagradable-. Fue la noche en que usted preparó una reunión con Converse... ¡Era usted, ahora lo recuerdo! El señor Peregrine me lo dijo. ¿Qué es esto, señor Dowling? ¿Un actor de Hollywood tratando de proteger su imagen, asustado de que lo consideren responsable y sus niveles de audiencia, o como se diga, caigan en picado? Esta conversación es despreciable.

La mujer echó su silla para atrás, disponiéndose a marcharse.

-Walter Peregrine era un hombre de palabra, señorita Heathley -dijo Caleb, todavía inmóvil, mirando fijamente a la secretaria-. Creo que estará de acuerdo en ello.

-¿Y...?

-Me hizo una promesa. Me dijo que si Converse le llamaba y le pedía que se viesen, yo le acompañaría. Yo, señorita Heathley. Concretamente, no el comandante Washburn, cuya actitud esa noche en la Universidad resultó tan desconcertante para él como para mí.

La mujer seguía en su sitio con los ojos entornados, preocupada.

-A la mañana siguiente estaba preocupado -dijo en voz baja.

-Creo que furioso sería más exacto. El hombre que echó a correr no era Converse... y tampoco él estaba loco. Hablaba muy en serio, con el tono de quien tiene costumbre de mandar. Había, o hay, algún tipo de investigación confidencial en curso que tiene que ver con la Embajada. Peregrine no sabía de qué se trataba, pero quería averiguarlo. Dijo que iba a llamar a Washington utilizando un scrambler. No estoy muy al tanto de la tecnología, pero no creo que una persona haga una llamada de ese tipo a menos que tema que alguien pueda tratar de intervenir la línea.

-Hizo una llamada por scrambler. ¿Se lo dijo?

-Si, lo hizo. Y hay algo más. Como muy bien dijo usted, soy el único responsable de que Walter Peregrine oyese hablar de Converse, y no me siento muy bien por ello. Pero ¿no es extraño que a pesar de que no era un secreto, pues lo sabía usted, y también Washburn, nadie haya venido a hacerme preguntas desde que mataron a Walter?

-¿Nadie? -preguntó incrédula la mujer-. Pero yo incluí su nombre en mi informe.

-¿A quién se lo dio?

-Bueno, era Norman el que se ocupaba de todo...

Enid Heathley se quedó cortada.

-¿Washburn?

-Sí.

-¿No habló con nadie más? ¿No le hicieron preguntas?

-Si, por supuesto. Un inspector de la policía de Bonn. Estoy segura de que mencioné su nombre. Claro que sí.

-¿Había alguien más en la habitación?

-Si -dijo con un susurro la secretaria del embajador asesinado-. Norman.

-¿No le parece una conducta muy extraña para un departamento de policía? -Caleb se echó ligeramente hacia adelante-. Permítame subrayar algo que acaba de decir, señorita Heathley. Me preguntó si era un actor de Hollywood tratando de proteger su imagen. La pregunta es lógica, y si vio alguna vez las colas de parados de Los Angeles comprenderá lo lógica que es. ¿No cree que hay otros que piensan eso mismo? No me han interrogado porque determinadas personas aquí en Bonn creen que estoy temblando en las botas de Pa Ratchet, guardando silencio para proteger esa imagen y los niveles de audiencia que la hacen posible. Lo curioso es que ese razonamiento es mi mejor protección. Nadie mata a un Pa Ratchet a menos que quiera vérselas con la cólera de millones de televidentes, que, en mi opinión, se agarrarían a la menor relación para plantear todo tipo de preguntas histéricas.

-Pero usted no guarda silencio.

-Tampoco hablo en alta voz. Pero no por las razones que he dicho. Estoy en deuda con Walter Peregrine, lo sé mejor que nadie, y no puedo pagar esa deuda si cuelgan por su asesinato a un hombre a quien creo inocente. Pero aquí empieza otra vez la confusión. No puedo estar seguro. Podría equivocarme.

Librodot

La mujer devolvió la mirada a Dowling y después, lentamente, frunció el ceño, sin quitarle los ojos de encima.

-Voy a marcharme, pero me gustaría que usted se quedase aquí un rato, si no le importa. Voy, a llamar a alguien a quien creo que debería ver. Ya lo entenderá. El le llamará aquí... no voceándolo un botones, naturalmente. Haga lo que él le diga. Vaya a donde él quiera que vaya.

-¿Puedo confiar en él?

-El señor Peregrine confiaba, y eso que no le caía nada bien.

-A eso llamo yo confianza -dijo el actor.

Llegó la llamada y Caleb anotó la dirección. El portero del Kónigshof le buscó un taxi y ocho minutos más tarde se apeaba frente a una adornada casa victoriana en las afueras de Bonn. Fue hasta la puerta y tocó el timbre.

Dos minutos más tarde era conducido a una gran sala, tal vez en otro tiempo biblioteca, pero ahora con persianas cubriendo las obvias estanterías, persianas que eran mapas detallados de las Alemanias Oriental y Occidental. Un hombre con gafas se levantó detrás de una mesa e hizo una inclinación mecánica antes de hablar.

-¿El señor Dowling?

-Sí.

-Le agradezco que haya venido hasta aquí. Mi nombre carece de importancia. ¿Le parece bien llamarme George?

-De acuerdo, George.

-Pero para su información confidencial, y debo subrayar lo de confidencial, soy el jefe de destacamento de la Agencia Central de Inteligencia aquí en Bonn.

-Muy bien, George.

-¿Qué hace usted, señor Dowling? ¿A qué se dedica?

-Ciao, baby -dijo el actor sacudiendo la cabeza.

La primera y todavía indefinida luz del amanecer asomaba ya por el este, y a lo largo del embarcadero fluvial los barcos cabeceaban amarrados, tirando de sus cabos y creando una sinfonía fantasmal de golpes y crujidos. Joel caminaba junto al joven marino mercante llevándose inconscientemente la mano a la cara, al nuevo pelo suave que ahora la cubría. Hacía cuatro días que no se afeitaba, desde Bonn, y lucía ya los inicios de una barba corta y pulcra, todavía no espesa pero presentable. Un día más y tendría que empezar a recortársela, a darle forma, lo que sería otro modo de distanciarse de la fotografía de los periódicos.

Y en un día más tendría también que decidir si telefoneaba o no a Val en Cape Ann. En realidad ya había tomado su decisión... negativa. Sus instrucciones habían sido suficientemente claras, y la posibilidad de que el teléfono estuviese intervenido era algo a lo que no podía arriesgarse. Sin embargo deseaba tanto oír su voz, sentir el apoyo que sabía encontraría en ella... No. Oírla suponía implicarla. ¡No!

-Es la última embarcación de la derecha-dijo el marino, acortando el paso-. Tengo que pedírselo otra vez, porque he dado mi palabra. No lleve droga.

-No la llevo.

-A lo mejor le registra.

-No puedo permitirlo -barbotó Converse, pensando en su cinturón con dinero. Lo que podía ser confundido con un escondite de drogas revelaría mucho más dinero de aquel por el que la hez de la orilla del río era capaz de matar.

-Tal vez quiera saber por qué. Las drogas están muy castigadas; mucho tiempo en la cárcel.

-Se lo explicaré en privado -dijo Joel. Lo haría con una pistola en una mano y un billete de quinientos dólares en la otra-. Pero le doy mi palabra: nada de drogas.

-El barco no es mío.

-Pero fue usted quien lo arregló, y sabe lo suficiente acerca de mí para poder reclamarme si ellos le reclaman.

-Ja, ya recuerdo. Connecticut... Estuve visitando a unos amigos en Bridgeport. Agentes de Bolsa, uno de los vicepresidentes... Lo encontraré si es necesario.

-No me gustaría. Es usted un tipo simpático que me está ayudando y se lo agradezco. No quiero meterle en líos.

-Ja -dijo el joven alemán, asintiendo con la cabeza-. Le creo. Le creí anoche. Habla usted muy bien, muy de clase alta, pero fue estúpido. Hizo algo estúpido y está avergonzado, y con tal de no pasar esa vergüenza está dispuesto a pagar lo que sea.

-Sus homilías me llegan al alma.

-Was ist?

-Nada. Tiene usted razón. Es la historia de los ejecutivos de alto nivel. Tenga. -Joel tenía los billetes en el bolsillo izquierdo. Los sacó-. Le prometí mil quinientos dólares. Puede contarlos.

-¿Para qué? Si no están ahí, doy una voz y se queda en tierra. Está demasiado asustado para correr ese riesgo.

-Es usted un abogado nato.

-Venga, voy a presentarle al capitán. Para usted es sólo «el capitán». Le dejará donde dice... y tenga cuidado. Vigile a los hombres del barco. Pensarán que lleva dinero.

-Por eso no quiero que me registren.

-Lo sé. Hago cuanto puedo por usted.

Cuanto podía el marinero no fue suficiente. El capitán de la mugrienta gabarra, bajo, fornido y con la dentadura hecha polvo, llevó a Joel a la caseta del timón, donde le dijo en un inglés chapurreado pero perfectamente claro que se quitase la chaqueta.

-Ya le expliqué a mi amigo en el muelle que no puedo hacerlo.

-Doscientos dólares -dijo el capitán.

Converse tenía el dinero en el bolsillo derecho. Metió la mano en él, mientras miraba brevemente a la ventana de babor porque allá abajo, a la escasa luz, subían a bordo otros dos hombres. No miraron para arriba; no le habían visto entre las sombras de la caseta.

El golpe vino de pronto, sin que nada lo hiciera presagiar, y su impacto fue tal que Joel se dobló, sin aliento, y se agarró el estómago. Frente a él, aquella especie de toro malencarado que era el capitán sacudía su mano derecha con una mueca que indicaba un dolor agudo. El puño del alemán había ido a estrellarse contra la pistola que Converse llevaba a la cintura. Joel retrocedió tambaleándose hasta el mamparo, se apoyó en él y se agachó mientras buscaba bajo su chaqueta y sacaba el arma. En cuclillas y apuntalado con las piernas contra la pared, apuntó con la automática al enorme pecho del capitán.

-Eso no estuvo bien -dijo, respirando fuerte y todavía con una mano en el estómago-. ¡Ahora, bastardo, su cazadora!

-Was...?

-¡Ya me ha oído! ¡Quítesela, póngala boca abajo y sacúdala!

El alemán se quitó lentamente y de mala gana la cazadora, mirando por dos veces a la izquierda de Joel, hacia la puerta de la caseta.

Librodot

-Sólo busco drogas -dijo.

-No las tengo, y si las tuviera sospecho que quien me las hubiese vendido tendría un medio mejor de cruzar el río que con usted. ¡Póngala boca abajo! ¡Sacúdala!

El capitán sostuvo la cazadora por el borde inferior y la dejó colgar. Cayó al suelo un corto y feo revólver, que resonó en la madera, seguido por el ruido más suave de un largo cuchillo encajado en un mango de hueso plano, ensanchado por un extremo. Al chocar contra la cubierta se disparó la hoja.

-Esto es el río-dijo el alemán a modo de explicación.

-Yo sólo quiero cruzarlo sin problemas. Y problema, para alguien tan nervioso como yo, es que entre alguien por esa puerta. -Converse hizo un gesto con la cabeza hacia la entrada de la caseta, que quedaba a su izquierda-. En mi estado de ánimo, dispararía esta pistola, y probablemente los mataría, a usted y al que entre. No soy tan fuerte como usted, capitán, pero estoy asustado, y eso me hace mucho más peligroso. ¿Lo comprende?

-Ja. No iba a hacerle nada. Sólo buscaba drogas.

-Ya me hizo bastante -corrigió Joel-, y eso me asusta.

-Nein. Bitte... por favor.

-¿Cuándo sale el barco?

-Cuando yo diga.

-¿Qué tripulación lleva?

-Sólo un hombre.

-¡Mentiroso!-susurró Converse, adelantando la pistola.

-Zwei. Dos hombres... hoy. Vamos a recoger unas cajas muy pesadas en Elten. Le doy mi palabra de que lo normal es que vaya sólo un hombre. No puedo pagar más.

-Ponga en marcha el motor -ordenó Joel-. 0 los motores. Sólo entiendo de Chris-Crafts y Bertrams, aunque puede sonar estúpido.

-¿Qué?

-¡Hágalo!

-Die Mannschaft. La... tripulación. Tengo que dar las órdenes.

-¡Espere!

Converse se arrastró de lado hasta más allá de la puerta de la caseta, mirando a su izquierda, al grueso tablero de madera de la ventana del piloto, mientras mantenía la pistola en línea con el pecho del alemán. Volvió a utilizar el mamparo y el apoyo de las piernas para incorporarse pegado a la pared. Quedaba en la sombra, y veía claramente la proa y, a través de las dos ventanas que tenía a la espalda, la popa del barco. Tenía a la vista los amarres de ambos lados, con los cables sujetos a los gruesos salientes de troncos deteriorados por la intemperie. Los dos tripulantes estaban sentados sobre una escotilla de carga, fumando, y uno de ellos bebiendo una lata de cerveza.

-Está bien -dijo Joel, amartillando la pistola, un arma que no estaba seguro de poder usar con precisión a menos de tres metros-. Abra la puerta y dé las órdenes. Y si alguno de ésos hace algo que no sea soltar los cabos, lo mato. ¿Se entera?

-Comprendo todo lo que dice, pero usted no me comprende a mí. Le registraba para saber si llevaba drogas. No un grosse Mann; la Polizei no persigue a esa gente, los dejan en paz. Van detrás de la pequeña gente que usa los barcos del río... Con eso salvan la cara. No

iba a hacerle daño. Sólo trato de protegerme. Quiero creer lo que mi Neffe... mi sobrino, me dijo, pero tengo que asegurarme.

-¿Su sobrino?

-El marino de Bremerhaven. ¿Cómo cree que consiguió su trabajo? ¡Aciz, nieto Bender vende flores! ¡La tienda es de su Frant! Antes navegaba como yo ¡y ahora es un Blzmzenhóindler!

-Le juro que no entiendo nada -dijo Joel, medio bajando la pistola.

-Quizá lo entienda si le digo que ofreció pagarme la mitad de los mil quinientos dólares que usted le da a él.

-Un consorcio de ladrones.

-Nein, no acepté. Le dije que se comprara otra Gitarre. Converse suspiró.

-No tengo drogas. ¿Me cree?

-Ja. Ya me dijo él que era sólo un estúpido. Los estúpidos ricos pagan más. No pueden decir a la gente lo estúpidos que son. A los pobres no les preocupa.

-¿Circulan mucho esos proverbios entre la familia?

-¿Qué?

-Olvídelo. Dé las órdenes. Salgamos de aquí.

-Ja. Mire por las ventanas, por favor. No quiero que siga estando asustado. Tiene usted razón; un hombre asustado es mucho más peligroso.

Joel se apoyó de espalda en el mamparo mientras el capitán gritaba sus órdenes. Se pusieron en marcha los motores y abajo soltaron los cabos de los pilotes. Era todo tan contradictorio, pensó. Unos hombres hostiles y pendencieros, capaces de cualquier cosa cuando se enfurecían, no eran necesariamente enemigos, mientras que personas agradables y de aspecto amistoso querían matarlo. Aquél era un mundo del que no sabía nada, muy lejano de las salas de audiencia o de juntas, donde la cortesía y el killing podían significar cosas tan diversas. Hacía un siglo, allá en los campos y las selvas, no existían esas zonas grises. Uno sabía quién era el enemigo; la definición era clara para ambos bandos. Pero durante los últimos cuatro días había aprendido que ahora no había para él líneas definidas. Contempló por la ventana las bolsas de neblina que se alzaban del agua, de las que algunas subían en espiral a envolver la luz mañanera en su sudario de vapor. Tenía la mente en blanco. Prefería no pensar por un rato...

-Cinco o seis minutos -dijo el capitán, haciendo girar el timón a su izquierda.

Joel pestañeó. Había estado en un vacío apacible y lleno de des-canso, no sabía bien por cuánto tiempo.

-¿Y ahora qué pasa?-preguntó, consciente del sol anaranjado que acababa de venir a incendiar lo que quedaba de las nieblas del río-. Quiero decir que qué debo hacer.

-Lo menos que pueda. Camine por el embarcadero como todas las mañanas y cruce el taller de reparaciones hasta la calle. Estará en la parte sur de Lobith, en die Nierderlande, y nunca nos hemos visto.

-Lo entiendo; pero ¿cómo?

-¿Ve usted ese Bootshafen? -dijo el capitán, señalando hacia un complejo de muelles con pesados cabrestantes y toda clase de aparatos para izar.

-Es el puerto deportivo.

-Ja. Mi segundo depósito de gasolina está vacío. Paro las máquinas a trescientos metros de la orilla y entro. Protesto contra el precio holandés, pero pago, porque lo prefiero a comprarle a ese ladrón deutsche. Usted sale con uno de mis tripulantes, fuma un cigarrillo mientras se ríe un poco de su estúpido capitán... y después se larga.

Librodot

-¿Así, sin más?

-Ja.

-Qué fácil.

-Ja. Nadie dijo que fuese difícil. Sólo tiene que andar con ojo.

-¿Por la policía?

-Nein. Si hay Polizei vienen al barco, y usted se queda a bordo.

-¿Entonces con quién tengo que tener cuidado?

-Con hombres que pueden estar observándolo, que pueden ver cómo se larga.

-¿Qué clase de hombres?

-Gesindel, Gauner... lo que ustedes llaman escoria. Vienen todas las mañanas a los embarcaderos a buscar trabajo, la mayoría todavía borrachos. Tenga cuidado con ellos. Pensarán que tiene drogas o dinero. Le romperán la cabeza para robarle.

-Su sobrino me dijo que tuviese cuidado con los hombres de este barco.

-Sólo el nuevo; es un Gauner. Bebe cerveza esperando que eso le despeje la cabeza. Cree que me engaña, pero no. Lo mantengo a bordo, le digo que limpie la barandilla, cualquier cosa. El otro no es problema para usted. Me es leal; es un pobre hombre con más espaldas que cabeza. Los barcos del río no lo contratan. Yo sí. Verstehen?

-Creo que sí. A propósito, tengo que ir a Amsterdam. ¿Hay un tren desde aquí?

-En Lobith no. Coja el autobús hasta Arnhem. Allí hay tren para Amsterdam. Lo he utilizado muchas veces cuando mis barcos atracaban en die Niederlande. El autobús para en la estación. No hay que andar mucho.

-¿Barcos? ¿Barcos grandes? -preguntó Joel, extrañado de las palabras del capitán.

-Antes yo navegaba por los mares, no por un río maloliente. A los quince años salí al mar con mein Bruder. A los veintitrés ya era Obermaat.., contramaestre... Buen dinero, buena vida... Muy feliz. -El alemán bajó la voz mientras reducía gases y giraba el timón a estribor. El barco se deslizó por el agua-. ¿Para qué hablar? Eso ya pasó -añadió malhumorado.

-¿Qué ocurrió?

-No es cosa suya, Amerikaner.

El capitán empujó hacia adelante el regulador y los motores carraspearon.

-Me interesa.

-Warum? ¿Por qué?

-No lo sé. Quizá porque me hace olvidar mis propios problemas -dijo sinceramente Converse.

El alemán le miró de reojo.

-¿Quiere saberlo? Está bien. Como no volveremos a vernos... Robé dinero, mucho dinero. Nueve meses le costó al contador de la empresa encontrarme. ¡Aber, ach, me encontró! Eso fue hace muchos años. No más mar. Sólo el río.

-Pero usted dijo que estaba ganando mucho dinero. ¿Por qué robó?

-¿Por qué roban la mayoría de los hombres?

-Necesitan el dinero, o quieren cosas que no pueden tener normalmente, o simplemente son de mala condición, lo que no creo sea su caso.

-Más atrás. Adán robó la manzana, Amerikaner.

-No exactamente. ¿Quiere decir que hubo una mujer?

-Hace muchos años. Estaba embarazada y no quería que su hombre anduviese por los mares, en los barcos. Quería algo más. -El capitán se permitió un levísimo destello en la mirada y un asomo de sonrisa-. Quería una floristería.

Joel se echó a reír sin poder contenerse, olvidado momentáneamente del dolor que todavía sentía en el estómago.

-Es usted todo un tipo, capitán.

-Como no voy a volver a verlo...

-Entonces su sobrino...

-¡Tampoco volverá a verlo! -le interrumpió el alemán, ahora riendo también él de buena gana, con los ojos fijos en el agua mientras se encaminaba hacia el puerto deportivo holandés.

Converse estaba apoyado en un pilote fumando un cigarrillo, con la visera caída sobre la frente, mientras recorría con la vista el embarcadero y más allá, hasta la zona de reparaciones del puerto deportivo. Los hombres que manejaban la enorme maquinaria cumplían mecánicamente sus tareas, en tanto que los que estaban alrededor de los barcos parecían más dedicados a inspeccionar que a hacer, y movían solemnemente la cabeza. El capitán discutía con el que despachaba el combustible, acogiendo con gestos obscenos el rápido ascenso de las cifras en el marcador de la bomba, mientras el marinero tonto sonreía un poco más allá. A bordo, el Gauner, recostado en la barandilla con un gran cepillo de alambre en la mano, volvía bruscamente a frotar cada vez que lo miraba su patrón.

El momento era bueno, pensó Joel mientras se apartaba del pilote. Nadie mostraba el menor interés por él. Las pesadas tareas y el fastidio de las primeras horas de la mañana eran antes que lo insignificante y ajeno.

Echó a andar por el embarcadero, con paso quizá exageradamente displicente pero los ojos alerta. Llegó hasta el borde de la zona de reparaciones, cerca ya de una fila de cascos en dique seco. Más allá del barco menos elevado, a no más de cien metros, había una altísima cerca de alambre y una puerta abierta. Un guarda de uniforme estaba sentado a la izquierda tomando café y leyendo un periódico, con el respaldo de la silla apoyado en la tela metálica. Al verlo, Joel se detuvo, conteniendo el aliento y presa de una gran alarma, sin motivo concreto. Entraban y salían hombres por la puerta, pero el guarda no se dignaba ni mirarlos, concentrado en el periódico sensacionalista que tenía sobre las rodillas.

Converse se volvió y echó una última ojeada al río. De pronto se fijó en el capitán. El alemán había corrido a la base del embarcadero y estaba haciendo gestos apresurados, lanzando las manos hacia adelante con movimientos cortos y rápidos. Trataba de prevenir a Converse. Después gritó a voz en cuello. Los hombres le miraron y se volvieron a otra parte, no queriendo verse implicados. Habían visto demasiadas cosas a esas horas en el muelle, pues el lenguaje de los garfios era allí cosa corriente.

-!Lauf! ¡Corra! ¡Váyase!

Joel no comprendía. Miró a su alrededor, y entonces los vio. Dos... no, tres hombres fornidos venían dando tumbos desde el embarcadero, con sus ojos vidriosos concentrados en él. El primero avanzó tambaleándose por la izquierda del capitán. El alemán lo cogió por el hombro y le hizo dar la vuelta, deteniéndolo, pero sólo por unos segundos, pues los otros dos estrellaron sus puños en su cuello y su espina dorsal. Eran animales -Gauner- con las ventanillas de la nariz inflamadas por el olor de una presa bien cebada que podía proporcionarles alimento y bebida para varios días.

Converse se introdujo bajo la fila de barcos en seco, golpeándose la cabeza contra varios cascos mientras trataba de llegar al otro lado, a los haces de luz que veía al final. Podía oír a unos pies frenéticos golpeando la tierra detrás de él. Iban ganándole terreno; ellos corrían mientras que él se arrastraba. Llegó al final de la fila de cascos suspendidos, se puso en pie de un salto y echó a andar hacia la puerta. Se sacó la camisa, desgarró el faldón y lo sostuvo contra los cortes que se había hecho en la cabeza, mientras pasaba rápidamente frente al guarda y cruzaba la puerta. Miró a su alrededor. Los tres hombres discutían furiosos, con voz

y ademanes de borracho, dos de ellos agachados y mirando bajo los barcos. Después, el que estaba de pie lo vio. Gritó a los otros, se incorporaron y se dirigieron hacia él. Joel corrió más de prisa, hasta que los perdió de vista. Las fieras habían renunciado.

Estaba en Holanda. El recibimiento no había sido muy amable, pero allí estaba, un paso más cerca de Amsterdam. Por otro lado no tenía la menor idea de dónde se encontraba ahora, salvo que el sitio se Llamaba Lobith. Tenía que recuperar el aliento y pensar. Entró en unos escaparates desiertos, cuyo cristal convertía en oscuro espejo una cortina. Era suficiente. Tenía un aspecto lastimoso. Y ahora, a pensar. ¡Por el amor de Dios, piensa! Mattilon le había dicho que tomase el tren desde Arnhem hasta Amsterdam, eso lo recordaba bien, y el capitán de la gabarra que tenía que tomar un autobús desde Lobith hasta Arnhem; no había tren en Lobith.

Lo primero que tenía que hacer era llegar a la estación de Arnhem, adecentarse, y después estudiar a la gente y ver si podía arriesgarse a mezclarse con ella. Con respecto a esto último, su mente se disparó a un tiempo en varias direcciones. Las gafas de cristales planos y claros habían desaparecido hacía tiempo, sin duda durante los locos acontecimientos de Wesel. Las reemplazaría por otras oscuras. Los arañazos de la cara tenían mal remedio, pero su aspecto sería menos amenazador después de un poco de jabón y agua, y desde luego en una estación de ferrocarril o en sus alrededores podría hacer algo con su ropa rota. Y un plano. ¡Maldita sea, era piloto! Podía llegar al Punto A desde el Punto B, y tenía que hacerlo rápidamente. Debía llegar a Amsterdam y encontrar el modo de entrar en contacto con un hombre llamado Cort Thorbecke... y llamar a Nathan Simon a Nueva York. ¡Había tanto que hacer!

Al salir del escaparate se dio cuenta de pronto de lo que le ocurría. Ya le había pasado antes -hacía una vida, en la selva...-cuando, una vez pasado el miedo de los ruidos nocturnos, pudo ver el amanecer y calcular con precisión su dirección, sus líneas de marcha, los pasos a dar para sobrevivir. Estaba pensando, su cabeza volvía a funcionar. Considerándolo todo, estaba lejos de ser el hombre que había sido, pero podía estar mejor de lo que estaba, tenía que estarlo. Cada día que pasaba acercaba más a los generales de Aquitania a la locura que estaban planeando. Era preciso invertir los papeles. El cazado tenía que convertirse en cazador. Los discípulos de Delavane habían convencido al mundo de que él era un asesino piscópata, y por tanto tenían que encontrarlo, apresarlo, matarlo y exhibirlo como un ejemplo más de la locura que iba ex-tendiéndose por el mundo y que sólo sus soluciones podrían contener. Aquitania tenía que ser denunciada y destruida antes de que fuese demasiado tarde. Estaba en marcha la cuenta atrás, y los jefes se movían segura, inexorablemente hacia sus posiciones, consolidando sus poderes.

-¡Actúa! -se gritó silenciosamente Converse mientras apresuraba el paso por la acera.

Estaba sentado en el último vagón del tren, todavía cansado pero satisfecho de los progresos conseguidos. Lo había hecho todo con cautela pero sin malgastar movimientos, con una concentración absoluta, consciente de una docena de posibles peligros, de aquellos ojos que lo observaban, de un hombre o una mujer vistos dos veces en un tiempo demasiado corto, del dependiente que le hacía demorarse siendo más atento de lo que la hora y el mucho público parecían permitir. Esas posibilidades calculadas eran sus indicadores, sus manómetros. Una situación poco clara y hubiese abortado el siguiente movimiento, cancelado el despegue, hecho funcionar la escotilla de salvamento, buscando seguridad en las calles, ahora su equipo no era un avión, esa especie de extensión de sí mismo; era él mismo, y en su vida había volado con más precisión.

ENGLISH SPOKE, decía el letrero sujeto al techo de aquel concurrido puesto de periódicos. Había preguntado cómo ir al «ómnibus» de Arnhem, mientras compraba un plano y un periódico, que mantuvo cerca de su cara. El quiosquero estaba demasiado preocupado con los clientes para reparar en su aspecto y gritó unas instrucciones rápidas, más útiles por el dedo con que señalaba que por las palabras. Joel encontró la parada del autobús a unas cuatro

Librodot

manzanas de allí. Se sentó en el vehículo atestado, con la cara enterrada en un periódico que no podía leer, y cuarenta y tantos minutos más tarde se apeaba en la estación de Arnhem.

Lo primero de su lista era un viaje al lavabo más lejano de los servicios de caballeros, donde se adecentó. Se había cepillado la ropa lo mejor que pudo y se miró en el espejo. Seguía siendo un desastre, pero ahora parecía más alguien que se había hecho daño que alguien a quien habían zurrado; la diferencia era importante.

Después, fuera de la estación, convirtió sus marcos y quinientos dólares en florines y compró unas gafas de sol de montura ancha en una farmacia que había unas puertas más allá del cambio de moneda. Al ponerse a la cola de la caja, disimulando con la mano las magulladuras de la cara, reparó en un mostrador de productos de belleza que había al otro lado del pasillo. Aquello le trajo algo a la memoria.

Poco después de su boda, en uno de esos accidentes estúpidos que sólo ocurren en los momentos más inoportunos, Valerie resbaló en una alfombra del vestíbulo y se dio de cabeza contra la esquina de una antigua consola. A las siete de esa noche tenía el ojo a la funerala, y el morado formaba un óvalo casi perfecto que describía un arco desde el caballete de la nariz hasta el borde de la sien izquierda. A las diez de la mañana siguiente tenía que dirigir una presentación bilingüe para unos clientes de Stuttgart, y le había enviado al drugstore a por un pequeño frasco de maquillaje líquido, que, para quien no mirase muy de cerca, había disimulado notablemente bien los desperfectos.

-No quiero que piensen que mi flamante marido me ha dado una paliza por no prestarme a sus más locas fantasías sexuales.

-¿Cuál echaste de menos? -había preguntado él.

Se salió de la cola y fue por ente las vitrinas hasta la exposición de cremas y colonias, champús y laca de uñas. Reconoció el frasco, eligió un tono más oscuro y volvió a la cola.

El segundo viaje a un lavabo le había llevado diez minutos, pero los resultados justificaron la tardanza. Se aplicó cuidadosamente el maquillaje y los rasguños y contusiones casi desaparecieron. Menos para quien estuviese muy cerca de él, ya no era un pendenciero que había cobrado sino alguien que había sufrido una caída sin importancia. Converse se felicitó a sí mismo en aquel servicio de caballeros de la estación. En otras circunstancias, quizá no hubiera sido capaz de preparar tan bien a un cliente antes de un juicio por lesiones.

La lista continuaba, y era ella la que le había llevado a donde ahora estaba, en el último vagón del tren de Arnhem a Amsterdam. Tras comprar un billete para lo que supuso era un tren de excursiones barato que hacía numerosas paradas, había salido al andén preparado para retirarse a toda prisa a la menor lectura negativa, a la primera mirada insistente que lo tomase por blanco. Pero lo que encontró fue un grupo de hombres y mujeres, parejas de aproximadamente su misma edad, que charlaban y reían juntos; seguramente amigos que celebraban una corta vacación de verano, quizá dejando el río por el mar. Los hombres portaban viejas maletas, la mayoría atadas con cuerdas, mientras que algunas de las mujeres llevaban al brazo cestas de mimbre. Equipaje y atuendo denotaban su pertenencia a la clase trabajadora -fábricas los hombres; la casa y los hijos o trabajos de oficina poco exigentes las mujeres-, dentro de esa parte del espectro social que convenía a la apariencia de Joel. Había caminado tras ellos, riendo en voz baja cuando ellos reían, hasta subir al tren como si formase parte del grupo y ocupar un asiento de pasillo frente a un hombre fornido acompañado de una mujer esbelta que, a pesar de sus finas hechuras, exhibía orgullosa unos enormes pechos. A Converse le era difícil apartar los ojos de ellos, y el hombre le sonrió sin malicia mientras se llevaba una botella de cerveza a los labios.

Converse había leído u oído en algún sitio que en los países del Norte la gente que iba de vacaciones en verano tendía a instalarse en los últimos vagones del Trans-Europe-Express. Era una costumbre que en cierto modo suponía proclamar su condición social y que acababa produciendo una camaradería general que animaba el viaje. Joel observó la rápida

transformación. Hombres y mujeres se levantaban de sus asientos y recorrían el pasillo arriba y abajo con latas y botellas en la mano, hablando con unos y con otros sin hacer diferencia entre amigos y extraños. En la parte delantera del vagón algunos rompieron a cantar, sin duda una canción popular conocida por todos, pues otros la siguieron para ser en seguida ahogados por el grupo en que iba Converse, que alzó sus voces en un coro totalmente diferente hasta que el cantar de ambos bandos se mezcló y terminó en risas. No cabía duda de que en el último vagón del tren de Amsterdam reinaba la confraternidad. Desfilaban las estaciones, en las que se apeaban algunos pasajeros y subían muchos más, con maletas, cestos y amplias sonrisas, para ser recibidos a bordo con ruidosos saludos. Algunos hombres llevaban camisetas con los nombres de equipos de la localidad o la región, de fútbol, supuso Converse. A esos sus rivales inveterados les dedicaban silbidos y bromas amables. El vagón estaba convirtiéndose en la extraña versión holandesa de un tren de adultos súbitamente liberados camino de un campamento de verano. La algarabía iba en aumento.

Los pueblos eran anunciados y las breves paradas se sucedían mientras Joel permanecía en su asiento, inmóvil y discreto, mirando de vez en cuando a su grupo de adopción y medio sonriendo o riendo suavemente cuando lo creía apropiado. Por lo demás, parecía alguien de inteligencia más bien corta examinando un plano como lo haría un niño, lleno a partes iguales de asombro y confusión. Estaba estudiando las calles y los canales de Amsterdam. Había un hombre que vivía en la esquina suroeste de Utrechtsestraat y Kerkstraat, un hombre al que tenía que identificar y aislar para entrar en contacto con él. Su trampolín para Washington sería en calidad de «miembro de la familia de Tatiana». Tenía que sacar a Cort Thorbecke de su base de operaciones sin alertar a los cazadores de Aquitania. Pagaría a un intermediario que hablase inglés para poder ir a un teléfono y utilizar palabras lo bastante plausibles para atraer al traficante a otro lugar, sin mencionar la conexión con Tatiana ni su fuente en París. Había que encontrar esas palabras. Las encontraría de algún modo; tenía que hacerlo. Psicológicamente estaba ya camino de casa -en tiempo real, a menos de siete horas de Washington- y de personas que le escucharían con la ayuda de Nathan Simon y de un expediente increíble que los convencería para ocultarlo y protegerlo hasta que fuesen denunciados los hombres de Aquitania. No era eso lo que pensaba un hombre al que había conocido un día en Connecticut como Avery Fowler, y apenas se parecía a las tácticas legales con raíces en el ridículo que había prescrito A. Preston Halliday en Ginebra, pero ya no había tiempo para eso. Se estaban acabando los plazos que hubiesen permitido manipular las redes de la legalidad.

El tren disminuyó la marcha entre sacudidas, como si allá delante el maquinista estuviese tratando de enviar un mensaje al ruidoso vagón de cola, que era el que más sentía los choques. Pero si era ésa su intención el tiro le salió por la culata, pues el traqueteo sólo sirvió para acelerar las risas y provocar un chaparrón de insultos dirigidos al invisible y torpe ferroviario.

-Amstel! -gritó el revisor, abriendo la puerta de separación entre los coches-. ¡Amsterdam! ¡Amst...! -El pobre hombre no pudo acabar el pregón. Tuvo que cerrar la puerta para evitar la andanada de periódicos enrollados que le lanzaron. Campamento de verano a la holandesa.

El tren se detuvo en la estación y un contingente de pechos de ambos sexos enfundados en camisetas anuncio su Llegada con gritos de alegría. En la delantera del grupo de Joel, cinco o seis personas se pusieron en pie a un tiempo para dar la bienvenida a sus amigos. De nuevo se alzaron latas y botellas y la risa rebotó en las estrechas paredes, haciendo casi inaudibles los pitidos de la salida. Cayeron cuerpos sobre cuerpos, se intercambiaron abrazos y hubo amagos juguetones de estrujar los senos más descarados. Más allá de los recién llegados, caminando con paso inseguro, apareció el remate ilógicamente lógico de las travesuras juveniles que tenían lugar frente a Converse. Una vieja, evidentemente borracha, venía por el pasillo con su ropa en desorden haciendo juego con la bolsa de lona grande y maltrecha que

traía en la mano izquierda, mientras con la derecha se agarraba a los asientos tratando de hacer frente a los acelerones del tren. Sonriente, acepto una botella de cerveza mientras le echaban otra al saco, seguida de varios bocadillos envueltos en papel parafinado. De nuevo hubo gritos de bienvenida, mientras en el pasillo dos hombres se doblaban por la cintura como lo harían ante una reina. Un tercero le dio un azote y silbó. El ritual continuó unos minutos, como si se tratase de un nuevo juguete mecánico ofrecido a los niños que iban al campamento de verano. La vieja bebió y bailó e hizo en broma gestos afectuosos a hombres y mujeres, sacando la lengua y dándole vueltas, haciendo girar sus ojos saltones y describiendo círculos con el raído chal, como en el baile de una macabra Scherezada. Divertía a todos con sus payasadas de borracha mientras aceptaba cuanto le echaban, incluidas monedas. Los holandeses en vacaciones eran amables, pensó Joel; se ocupaban de alguien menos afortunado que ellos, alguien a quien expulsarían de otro tipo de vagón o de tren. La mujer se acercó a él, llevando ahora ante sí la bolsa de lona como para aceptar limosnas de ambos lados. Converse buscó en su bolsillo unos cuantos florines y los dejó deslizar de su mano a la bolsa.

-Goedemorgen -dijo la vieja, tambaleándose-. Dank u rvel, peste man, erg vriendelijk van u!

Joel dijo que sí con la cabeza y volvió a enfrascarse en su plano, pero la mujer de la bolsa insistía.

-Uw hoofd!! Ach, heb je een ongeluk gehad, jongen?

Converse volvió a asentir con la cabeza, metió otra vez la mano en el bolsillo y dio más dinero a la bruja ebria. Señaló el plano e hizo un gesto para que le dejase en paz, mientras volvía a alzarse un nuevo coro de voces roncas.

-Sprekt u Engels?-gritó la mujer de la bolsa, inclinándose vacilante.

Joel se encogió de hombros, volvió a hundirse en el asiento y clavó los ojos en el plano.

-Creo que sí.-La vieja había hablado con voz ronca, pero clara y serena, con la mano ya no en el borde del asiento sino dentro de la bolsa de lona-. Llevamos días buscándolo por los trenes. ¡No se mueva! La pistola lleva silenciador. Con este ruido, si aprieto el gatillo nadie va a notar nada, ni siquiera el que está sentado a su lado, al que sólo le preocupa irse de fiesta con esas tetudas. Creo que vamos a permitírselo. ¡Lo tenemos a usted, Meueer Converse!

No, no había tal campamento de verano. Sólo unos minutos mortales hasta Amsterdam.

26

-Mag ik u even lastig pallen? -gritó la vieja, tambaleándose una vez más mientras hablaba con el pasajero sentado junto a Converse. El hombre aparto los ojos de los ruidosos festejos del pasillo y miró a la arpía, que volvió a gritar, sin sacar la mano de la bolsa y con su mata de pelo gris revuelto saltando atrás y adelante mientras señalaba con la cabeza hacia su derecha, hacia la delantera del vagón-. Zou ik op unr plants mogen ziltcn?

-Mij best! -El hombre se levantó sonriendo, mientras Joel apartaba instintivamente las piernas para dejarlo pasar-. Dank u rvel -añadió, dirigiéndose hacia un sitio vacío que había más allá de una pareja que bailaba en medio del pasillo.

-!Muevase! -ordenó ásperamente la vieja, balanceándose al ritmo del tren.

Si iba a ocurrir aquello, pensó Converse, sería ahora. Empezó a levantarse mirando fijamente al frente, con el codo derecho sobre el brazo del asiento, a pocas pulgadas de la hinchada bolsa. De repente introdujo la mano en la bolsa de lona abierta y agarró la gruesa muñeca de la mano que sostenía la pistola invisible. Forcejeando, aumentando la presión hacia abajo, aferrando carne y metal, giro violentamente a la izquierda y arrastró a la vieja por el reducido espacio hasta hacerla caer en el asiento contiguo a la ventanilla. Hubo una especie

Librodot

de bufido sordo cuando se disparó la pistola y abrió en la gruesa tela un agujero del que salía humo, mientras la bala iba a incrustarse en el suelo, Dios sabe dónde. La fuerza de aquella bruja era la de los locos, diferente a cuanto Joel podía imaginar. Luchaba con rabia, tratando de arañarle la cara, hasta que Converse consiguió pasarle el brazo por encima de la cabeza, retorcérselo y pegárselo a la espalda, mientras las manos de ambos seguían luchando allá abajo, en el interior de la bolsa. Ni ella iba a dejar el arma ni él podía encontrar apoyo para hacérsela soltar; sólo sostenerla apuntando hacia abajo, inmovilizar los dedos de la mujer con su presa, fuerza contra fuerza, mientras los músculos contorsionados de la cara de su contrincante le decían que no iba a ceder.

La juerga mañanera del vagón llegaba a su ápice, en el que la cacofonía de las voces que embarullaban las canciones se mezclaba con risas estentóreas. Nadie prestaba la menor atención a la lucha salvaje que tenía lugar en el estrecho asiento. De pronto, dentro del pánico de esa lucha, de aquella especie de violento atolladero, Joel se dio cuenta de que el tren iba aminorando la marcha, aunque fuese de modo casi imperceptible. Una vez más, sus instintos de piloto le dijeron que se acercaba una parada. Hundió el codo en el pecho derecho de la vieja para hacerle soltar la pistola con la sacudida, pero ella siguió resistiendo, apuntalada con el brazo, mientras sus gruesas piernas extendidas eran como pilotes anclados bajo el asiento de enfrente y su obeso cuerpo retorcido mantenía el otro brazo inmóvil en su escondrijo, como formando una sola pieza con el arma.

-¡Suéltela! -susurró roncamente Joel-. No voy a hacerle daño.

No voy a matarla. ¡Le paguen lo que le paguen, le daré yo más! -Nee! ¡Me encontrarían en el fondo de un canal! ¡No puede escapar, Menheer! ¡Lo esperan en Amsterdam, esperan al tren!

La vieja hizo una mueca violenta y empezó a dar patadas, hasta conseguir soltar su brazo izquierdo. Tiró un viaje a la cara de Joel, y sus uñas se deslizaron por su barba hasta que él consiguió agarrarle la muñeca, tirarle del brazo e inmovilizárselo contra su propia rodilla retorciéndole la mano. No sirvió de nada. La mano derecha de la vieja tenía la fuerza de una vieja leona protegiendo su orgullo. No iba a soltar la pistola.

-¡Está mintiendo! -gritó Converse-. ¡Nadie sabe que estoy en este tren! ¡Usted subió sólo hace veinte minutos!

-¡Se equivoca, Amerikaner! Llevo en él desde Arnhem. Empecé por la cabeza. Lo descubrí en Utrecht y se hizo una llamada.

-¡Mentirosa!

-Ya lo verá.

-¿Quién la contrató?

-Unos hombres.

-¿Quiénes?

-Ya lo verá.

-¡Maldita sea, usted no forma parte de esa gente! ¡No puede ser!

-Ellos pagan. Pagan arriba y abajo del ferrocarril, y en los muelles, y en los aeropuertos. Dicen que usted no habla más que inglés.

-¿Qué más dicen?

-¿Por qué voy a contárselo? Está atrapado. Es usted quien debería soltarme. Podría irle mejor.

-¿Cómo? ¿Con una rápida bala en la cabeza en vez de un tormento como el de Hanoi?

-Sea lo que sea, la bala podría ser mejor. Es usted demasiado joven para saber, Meneer. No vivió la ocupación.

-Y usted demasiado vieja para ser tan condenadamente fuerte, lo confieso.

-Ja, también eso lo sé.

-¡Suelte!

El tren iba ya frenando y la multitud borracha del vagón rugía su aprobación mientras los hombres cogían las maletas de las redecillas. El viajero que había estado sentado junto a Joel alcanzó a toda prisa la suya de encima del asiento, presionando con la barriga contra el hombro de Converse. Este trató de aparentar que iba enfrascado en una animada conversación con su gesticulante semiprisionera, y el hombre se apartó maleta en mano, riendo.

La vieja se lanzó hacia adelante y hundió la boca en el brazo de Converse, a milímetros de la herida. Le mordió rabiosa, hincando en la carne sus dientes amarillos, y la sangre brotó hasta gotear por la barbilla grisácea de la mujer.

El dolor hizo a Joel echarse para atrás, y la mujer lo aprovechó para escapar de su presa dentro de la bolsa de lona. ¡Ya era suya el arma! Disparó, y el ruido ahogado coincidió con la apertura de un orificio en el suelo del pasillo. Había fallado los pies de Joel por centímetros. Converse agarró el cañón invisible, lo retorció y tiró de él, tratando con todas sus fuerzas de arrancárselo. La mujer volvió a disparar.

Se agrandaron sus ojos mientras se arqueaba hacia atrás en el asiento y siguieron abiertos mientras caía contra la ventanilla y la sangre iba extendiéndose rápidamente a través de la fina tela del vestido, en la parte superior de su vientre. Estaba muerta, y Joel lo notó, asqueado. Tuvo que tragar aire para no vomitar. Se preguntó, trémulo, quién sería aquella vieja, por qué estaba... qué había pasado en su vida para haberla convertido en lo que era. Es usted demasiado joven para saber. No vivió la ocupación.

No había tiempo para pensar en todo aquello. Ella había querido matarlo, era cuanto necesitaba saber, y había hombres esperándolo a sólo unos minutos de allí. ¡Tenía que pensar, que actuar!

Arrancó la pistola de los dedos de la mujer, todavía rígidos dentro de la bolsa de lona, la sacó rápidamente y la ocultó bajo la chaqueta, metiéndola en el cinturón, mientras sentía el peso de la otra arma en su bolsillo. Ordenó como mejor pudo el vestido de la mujer, le colocó el chal sobre las manchas de sangre y empujó la mata de pelo revuelto sobre su mejilla derecha, para ocultar los grandes ojos muertos. La experiencia de los campos le decía que no debía tratar de cerrarlos. Con demasiada frecuencia se resistían, y aquello sólo podía servir para llamar la atención hacia él, hacia ella. Lo último que hizo fue sacar una lata de cerveza de la bolsa, abrirla y ponérsela en el regazo. El líquido se derramó, empapándola.

-Amsterdam! De volgende halte is Amsterdam-Centraal!

Brotó un rugido de la masa en vacaciones mientras empezaba a formarse la cola camino de la puerta. ¡Dios santo!, pensó Converse. ¿Cómo? La vieja había dicho que «se hizo» una llamada, lo que implicaba que no la había hecho ella misma. Era lógico; había muy poco tiempo. Sin duda pagaría a una de sus hermanas de la cofradía de la bolsa que «hacían» los trenes en la estación de Utrecht para que llamase. En ese caso la información sería mínima, simplemente por falta de tiempo. Ella era una «empleada especial», buscaba como sólo Aquitania podría buscar; una vieja fuerte, capaz de usar un arma sin que le importase quitar la vida a alguien y que no se iría de la lengua. Se habría limitado a dar a la otra un número de teléfono e instruirla para que se llamara y dijese a qué hora llegaba el tren. Una vez más, a causa de ello, Joel tendría una oportunidad. Examinarían a todos los viajeros varones y compararían sus caras con la que venía en los periódicos. ¡Pero él tenía y no tenía aquella cara! Y no hablaba más que inglés... Esa era la información divulgada con más énfasis.

¡Piensa!

-Ze is dronken!

Quien había gritado esas palabras era el tipo fornido, con la esposa tan bien dotada siempre a su lado, mientras señalaba a la mujer muerta. Ambos reían, y Joel no necesitó un

Librodot

interprete para comprender. Hizo gestos de asentimiento, sonriendo ampliamente mientras se encogía de hombros. Había encontrado el modo de salir de la estación en Amsterdam.

Porque Converse se dio cuenta de que había un lenguaje universal que se utilizaba cuando el ruido alcanzaba tales decibelios que uno no podía oír ni ser oído. Se usaba también cuando uno estaba aburrido en una fiesta, o cuando veía un partido de Fútbol por televisión en compañía de tipos convencidos de que sabían más que los entrenadores y los jugadores juntos, o cuando se encontraba reclutado y atrapado para pasar una noche en Nueva York con la «hermosa gente», la mayoría de los cuales no eran ninguna de las rosas, ni aún en el sentido más rudimentario, sino unos egos monstruosos que habían perdido de vista el talento y la humanidad. En tales situaciones uno decía que sí con la cabeza, sonreía de vez en cuando echaba una mano amistosa sobre un hombro... pero no hablaba ni palabra.

Joel hizo todas esas cosas mientras se apeaba del tren con el tipo fornido y su mujer. Se volvió casi maníaco, interpretando su papel como alguien consciente de que entre la vida y la muerte sólo había una cierta locura controlada. El abogado ponía el control, y el piloto desde niño probaba los vientos, sabiendo que su avión respondería a las presiones elementales porque era bueno y el era hábil y disfrutaba con la locura de una pérdida de velocidad causada por una corriente descendente de la que podría salirse cuando quisiera.

Se había quitado las gafas oscuras y calado bien la gorra sobre la frente y llevaba la mano echada sobre los hombros de aquel tipo mientras caminaban por el andén, el holandés riendo y hablando a la vez y Joel haciendo signos afirmativos, dándole palmadas en la espalda y correspondiendo con risas siempre que el monólogo del hombre se interrumpía. Como la pareja había estado bebiendo, ninguno de los dos se fijaban en lo incomprensible de sus respuestas. Parecía un tipo simpático, y en su estado era lo único que importaba.

Mientras salían del andén hacia el terminal, los ojos en constante movimiento de Converse fueron atraídos por un hombre que estaba en medio de la gente que esperaba más allá de la puerta, al final de la rampa. Al principio se fijó en él porque, a diferencia de quienes le rodeaban, alegres y expectantes, su expresión era tan seria que casi resultaba solemne. No estaba allí para dar la bienvenida a nadie. Y de pronto Converse vio que había otro motivo para que aquel hombre le hubiese llamado la atención. En el momento en que reconoció su cara supo exactamente dónde la había visto: bajando rápidamente por una senda rodeada de espeso follaje en compañía de otro hombre, de otro guardián. El hombre que tenía enfrente era uno de los que patrullaban la propiedad de Erich Leifhelm a orillas del Rhin.

Al acercarse a la puerta, Joel rió un poco más alto y tuvo buen cuidado de agarrarse con más fuerza al hombro del holandés, con la gorra bien echada sobre la frente. A varios gestos de asentimiento siguieron un par de encogimientos de hombros y una alegre sacudida de cabeza. Con las cejas fruncidas y los labios en constante movimiento, se veía que sostenía una animada conversación. A través de sus ojos entornados, Converse vio cómo el guardián de Leifhelm le miraba y después apartaba la vista. Cruzaron la puerta, y por el rabillo del ojo Joel notó de pronto que una cabeza giraba y después una silueta apartaba a empujones a otra de su camino. Se volvió a mirar por encima del hombro del holandés, y entonces ocurrió. Sus ojos se encontraron con los del hombre de Leifhelm. El reconocimiento fue instantáneo, y ese instante bastó para que el alemán, presa de una especie de pánico, volviese la cabeza hacia la rampa y empezase a gritar. En seguida guardó silencio, metió la mano bajo la chaqueta y avanzo.

Joel se separó de la pareja y echó a correr, abriéndose camino por entre sucesivas murallas de cuerpos, camino de una serie de salidas ascendentes en arco a través de las cuales penetraba el sol en el recargado terminal. Dos veces miró atrás mientras corría. La primera no pudo ver al hombre, la segunda sí. El bombe de Leifhelm daba órdenes a gritos a alguien que estaba al otro lado, poniéndose de puntillas para ver y ser visto y haciendo gestos hacia las lejanas puertas de salida. Converse corrió aún más de prisa, abriéndose paso entre la multitud,

y subió rápidamente la escalera, pero siguiendo el ritmo de los viajeros más apresurados, manteniéndose entre ellos y tratando de llamar la atención lo menos posible.

Atravesó una puerta y salió al sol, en medio de una total confusión. Abajo había agua, embarcaderos y barcos con cabinas de cristal balanceándose, mientras unos pasaban presurosos frente a ellos y otros subían a bordo bajo la atenta mirada de unos hombres con uniformes mezcla de azul y blanco. Se había apeado de un tren sólo para ir a dar a una especie de extraño muelle. Después recordó: la estación de Amsterdam se alzaba en una isla situada frente al centro de la ciudad; por eso era conocida por la Centraal. Pero había... dos... tres calles que salvaban el agua hacia otras calles y árboles y edificios. Estaba en campo abierto, y aquellas calles lejanas eran las cuevas donde se podía sobrevivir, los barrancos y las espesas e impenetrables extensiones de selva y pantano que lo ocultarían del enemigo. Corrió tan de prisa como pudo a lo largo del amplio bulevar bordeado por el agua y llegó a una calle aún más ancha y atestada de tráfico, autobuses, tranvías, automóviles, todos en sus puestos de salida, esperando ansiosos a que les diesen suelta. Vio una cola menguante a la puerta de un tranvía eléctrico, de la que ya las dos últimas personas subían a bordo. Echó a correr y, justo antes de que se cerrase la puerta, subió de un salto.

Vio un asiento vacío en la última fila y se dirigió rápidamente a la trasera del enorme vehículo. Se sentó jadeante, respirando casi desesperadamente, mientras le brotaba el sudor en la frente y las sienes y le caía por la cara, y notaba la camisa empapada. Sólo entonces se dio cuenta de lo agotado que estaba, de lo fuerte y lo rápido que era el tamborileo que sentía en el pecho, de lo confuso de su visión y sus pensamientos. El miedo y el dolor se habían combinado dando por resultas una especie de histeria. El deseo de seguir vivo y el odio a Aquitania lo habían mantenido en acción. ¿Dolor? Se dio cuenta de pronto del que sentía en el brazo encima de la herida, consecuencia del último acto de venganza de una vieja... ¿contra qué? ¿Para qué? ¿Un enemigo? ¿Dinero? ¡No había tiempo para eso ahora!

El tranvía echó a andar y Converse se volvió en el asiento para mirar por la ventanilla trasera. Vio lo que quería ver. El guarda de Leifhelm atravesaba corriendo el cruce y otro corría a reunirse con él desde el muelle. Se encontraron, y el intercambio de palabras denotaba pánico. Llegó junto a ellos un tercero, sin que Joel pudiese ver de dónde; sólo que de pronto estaba allí. Hablaron apresuradamente, y todo parecía indicar que el guarda de Leifhelm era el jefe. Señaló en varias direcciones, dando órdenes. Uno de los hombres bajó corriendo por la calzada y empezó a comprobar quién iba en la media docena de taxis que contribuían al atasco del tráfico. Un segundo permaneció en la acera, y después avanzó despacio por entre las mesas de un café y entró en él. Por último, el guarda de Leifhelm volvió a atravesar corriendo el cruce, esquivando los coches, y al llegar a la acera hizo una seña. Una mujer salió de una tienda y se reunió con él en la esquina.

Ninguno había pensado en el tranvía. Aquélla era su primera cueva donde sobrevivir. Se recostó en el respaldo y trató de poner en orden sus ideas, sabiendo que le iba a ser difícil enfrentarse a ellas. Aquitania iba a invadir Amsterdam, a peinar la ciudad, a ponerla boca abajo si era preciso para encontrarlo. ¿Era posible llegar hasta Thorbecke o había estado engañándose a sí mismo, recurriendo a un pasado en el que con demasiada frecuencia accidentes y una arrogancia fuera de lugar lo llevaron al éxito? No, no podía pensar por el momento. Tenía que permanecer en la cueva y descansar, y si le entraba el sueño, esperaba que no viniesen con él las pesadillas. Miró por la ventanilla y vio un letrero: DAMRAK.

Permaneció en el transporte eléctrico bastante más de una hora. La animación de las calles, la atractiva arquitectura de los viejos edificios y los canales interminables le tranquilizaron. Seguía doliéndole el brazo a causa de la mordedura de la vieja, pero no mucho, y la obsesión por limpiar la herida se disipó. No podía llorar por la vieja, pero, como le ocurría con ciertos testigos extraños en una vista, le hubiese gustado conocer su historia.

Los hoteles quedaban excluidos. Los infantes de Aquitania los recorrerían ofreciendo grandes sumas por información sobre cualquier norteamericano que respondiese a sus señas,

que ahora tenían muy concretas. Thorbecke estaría vigilado, su teléfono intervenido, no se perderían uno solo de sus movimientos y conversaciones. Incluso la Embajada, o el consulado, lo que quiera que hubiese en Amsterdam, tendría otro agregado militar o su equivalente atento al menor indicio de que un falso asesino quería ir allí para iniciar el proceso de rectificación. Si lo que suponía era cierto, eso no le dejaba más que una escotilla de salvamento: Nathan Simon.

Nathan el Prudente, lo había llamado en una ocasión Joel, sólo par oír que a un gentil con su inteligencia debería habérsele ocurrido algo más original. Después, tras una sesión particularmente larga en la oficina, en la que, mientras Laurence Talbot daba cabezadas, Nate explicó con un detallismo abrumador por qué no debían aceptar a un cliente llamado Liebowitz, que en su opinión ponía demasiado énfasis en la obligación de respetar la confidencialidad, Converse le sugirió combatir aquel apodo por el de Nathanel del rollo talmúdico. Nate dio un rugido que despertó a Talbot y exclamó: «¡Me encanta! ¡Y a Silvia le encantará aún más!»

Joel había aprendido más Derecho con Simon que con ningún otro, pero siempre hubo una distancia entre ellos. Era como si Nate no quisiera realmente que fuesen demasiado íntimos a pesar del evidente afecto que le profesaba. Converse creía comprender; era una cuestión de lealtad. Simon tenía dos hijos que, en frase debidamente cautelosa, «trabajaban por su cuenta» en California y Florida. Uno de ellos vendía seguros en Santa Bárbara y el otro tenía un bar en Cayo Hueso. Joel tuvo un atisbo de lo duro que era aquello para su padre cuando una tarde Simon le invitó a tomar una copa en el «21» después de una reunión agotadora en la Quinta Avenida.

-Me gusta tu padre, Converse. Me gusta Roger. No le hacen mucha falta nuestros servicios, pero es un buen hombre.

-No nos necesita para nada y he tratado de convencerlo para que deje de acudir a nosotros.

-No puedes. Era un gesto que tenía que hacer, proporcionar algo de trabajo a su hijo. Conmovedor.

-¿Con un testamento innecesario por el que generosamente le cobraste sólo doscientos dólares y una insensata donación de sus condecoraciones de guerra a tres instituciones diferentes... por la que te negaste a pasarle factura por motivos patrióticos?

-Estuvimos en el mismo teatro de operaciones.

-¿Dónde?

-En Europa.

-Vamos, Nate; es mi padre y le quiero, pero también sé que está como una cabra. Sácalo de un cacharro con hélice y ya no sabe donde está. A la Pan Am le vino muy bien, pero sólo porque era un rayo en los congresos.

Nathan Simon cogió su vaso esa noche en el «21 » y cuando habló se escuchó el manso trueno de un hombre profundamente turbado.

-Tú respetas a tu padre, ¿me oyes, Joel? Mi amigo Roger ofreció un gesto a su hijo porque era cuanto tenía, lo único que se le ocurrió. Yo tenía mucho más y no supe cómo hacer esa clase de gestos. Sólo daba órdenes. El dice que todavía podría hacerlo. Voy a empezar a volar.

Simon sólo le ayudaría si estaba convencido de que había algo sustancial en su pretensión, pero se negaría en redondo si pensaba que se estaba utilizando la relación que los unía o sus sentimientos personales para manipularlo. Por supuesto, si como consecuencia había una inculpación se apresuraría a acudir en su defensa. Esto era su deber profesional, aquella su ética. Y a estas horas Valerie le habría enviado ya el sobre con los dossiers y sus tremendas implicaciones. Allí estaba la sustancia que exigía Simon. Conociendo a Val, se lo

habría enviado por un recadero, pues el «gran» servicio postal norteamericano había dado origen a un montón de competidores que se disputaban los dólares del contribuyente. La decisión de Joel estaba tomada. Dado que había una diferencia de cinco horas, esperaría al oscurecer para llamar a Nathan Simon. Estaba en plena forma otra vez.

El tranvía llegó a la última parada. Era allí donde daba la vuelta. Ya no quedaban más viajeros, y Joel recorrió el pasillo, se apeó y, al ver otro, se subió a él. Eran su refugio.

Un centenar de calles y una docena de canales entrecruzados más tarde iba mirando por la ventanilla, animado por la sordidez del barrio, que tenía la cara lavada pero prometía bacterias mucho más interesantes debajo. Había una hilera de tiendas de pornografía, con su mercancía desplegada a todo trapo en los escaparates. Encima, en las ventanas abiertas, chicas llamativamente pintadas se exhibían provocadoras, quitándose y poniéndose el sostén como aletargadas, con cara aburrida pero sin dejar de contonearse. La calle estaba muy animada, con una mezcla de curiosos, escandalizados más o menos fingidos e interesados en comprar. Había un ambiente de carnaval con el que podría mezclarse, pensó Converse, mientras se levantaba e iba hacia la puerta.

Vagó por las calles, asombrado e incluso violento, como lo estaba siempre ante el exhibicionismo sexual. Disfrutaba del sexo como el que más, pero no podía comprenderlo sin intimidad. Le era tan imposible entrar por una de aquellas puertas iluminadas con neón como hacer sus necesidades en el bordillo de la acera.

Había un café al otro lado de la calle. Estaba junto a un canal, con mesas fuera y oscuridad dentro. Lo que le llamó la atención fue la mucha gente que se movía en torno a la puerta. Muchos se limitaban a echar una mirada dentro y seguir, atraídos sin duda por alguna curiosidad. Pero sobre todo fue el barullo lo que le atrajo; el número suponía anonimato. Cruzó la calle, se abrió paso entre la gente y entró. Dormir podía estar descartado, pero necesitaba comer. No había tomado una verdadera comida desde hacía casi tres días. Encontró una pequeña mesa vacía al fondo de la sala y le extrañó que un televisor, sujeto en alto contra la pared, estuviese soltando necedades a esas horas. No lo entendía. ¡En Holanda no había televisión por las tardes! Estaba harto de oír a colegas y amigos comentar que uno de los aspectos más civilizados de los viajes por Holanda era la ausencia de la caja idiota hasta las siete de la tarde. Claro que también estaban los entusiastas del deporte que se quejaban de que no transmitiesen ciertos acontecimientos, pero en conjunto el veredicto era favorable a la civilidad y la discreción de los holandeses. Y sin embargo allí estaba un televisor en plena faena. Era indudablemente lo que explicaba las miradas al interior de los transeúntes, que movían la cabeza extrañados mientras proseguían su camino.

Después Joel vio el tarjetón doblado sobre la mesa, con el aviso en cuatro idiomas, el inglés en cabeza.

De acuerdo con los avances de la técnica, nos complacemos en ofrecer a nuestros clientes y visitantes de fuera de los Países Bajos grabaciones de nuestros programas nacionales.

¡Vídeos! Era un aliciente, un truco innovador para atraer clientes. Ningún barrio tan apropiado para ello. Y comprendía por qué el inglés estaba en cabeza: e pluribus unum. No perdamos el contacto con el tubo. Al menos los videos estaban en holandés. Eso ayudaba, pero no mucho.

El whisky puro también ayudaba, aunque tampoco demasiado. Sentía otra vez la ansiedad del acosado, y empezó a volver continuamente la cabeza hacia la entrada, esperando ver aparecer en cualquier momento a uno de los infantes de Aquitania, entrando en la cueva en su busca. Fue al servicio, que estaba en la trasera del café, se quitó la chaqueta, puso la pistola con el silenciador en el bolsillo interior y se rasgó la manga izquierda. Llenó de agua fría uno de los dos lavabos y metió en él la cara y se echó agua por la nuca. Sintió una

vibración, un ruido. Levantó la cabeza, asustado, y llevó instintivamente la mano a la chaqueta colgada. Un hombre gordo de mediana edad hizo un gesto de saludo con la cabeza y se dirigió a uno de los urinarios. Joel echó una rápida mirada a las marcas de dientes que tenía en el brazo; eran como la mordedura de un perro. Vació el lavabo, abrió el grifo del agua caliente y con una toalla de papel apretó y secó la zona dolorida hasta que brotó sangre de la piel roja. Era lo mejor; había hecho algo muy parecido hacía una vida, cuando las ratas de agua se introducían por entre los barrotes de su jaula de bambú. Entonces con otra clase de pánico, había aprendido que a las ratas se las podía asustar. Y matar. El hombre del urinario se volvió y salió, mirando incómodo a Converse.

Joel colocó una toallita de papel sobre las marcas de los dientes, se puso la chaqueta y se peinó. Abrió la puerta y volvió a su mesa, otra vez fastidiado por la vocinglera televisión de la pared.

La carta, igual que el aviso sobre la televisión, estaba en cuatro idiomas, el último oriental, sin duda japonés. Sintió tentaciones de pedir el trozo más grande y más raro de carne que pudiese encontrar, pero aquí su dominio de piloto le dictó otra cosa. Hacía días que no dormía en serio, curiosamente desde su encierro en la finca de Leifhelm, donde el sueño era en gran medida provocado por las enormes cantidades de excelente comida, y todo ello parte de su proceso de curación. Una comilona le daría sueño, y uno no pilota un avión a seiscientas millas por hora en tales condiciones. En ese momento su velocidad estaba acercándose a Mach 1. Pidió filete de lenguado y arroz; siempre podría repetir. Y otro whisky.

¡La voz! ¡Dios santo, la voz! ¡Tenía alucinaciones! ¡Estaba volviéndose loco! ¡Oía una voz -el eco de una voz- que era imposible que oyese!

-...En realidad, creo que es una desgracia nacional, pero, como tantos otros, sólo hablo inglés.

-Frau Converse...

-Señorita.,, fráulein, creo que se dice... Charpentier, si no le importa.

-Dames en heren... -intervino una tercera voz tranquila, autoritaria, hablando en holandés.

Converse dio boqueadas en busca del aire que no podía encontrar, se oprimió la muñeca y cerró los ojos con tal intensidad que le dolieron todos los músculos de la cara, mientras retorcía el cuello para huir de la fuente de la terrible, de la espantosa alucinación.

-Estoy en Berlín por negocios; soy asesora de una firma de Nueva York...

-Mevrouw Converse, of juffrouw Charpentier, zoals we...

Joel no dudaba ya de su locura. Estaba oyendo lo imposible. ¡Oyendo! Se dio la vuelta y miró arriba. ¡La televisión! ¡Era Valerie! ¡Estaba allí!

-Todo lo que usted diga, fráulein Charpentier, será traducido fielmente, puedo asegurárselo.

-Zoals juf frouw Charpentier zojuist zei...

La tercera voz. La voz en holandés.

-Hace años que no veo a mi ex marido. Tres o cuatro, creo. En realidad somos dos extraños. Sólo puedo expresar la conmoción que siente mi país...

Ju f frouw Charpentier, de vroegere mevrouw Converse...

-...era un hombre profundamente perturbado, sufría fuertes de-presiones, pero nunca imaginé algo como esto.

-Hij moet mentaal gestoord nijn...

-No hay ninguna relación entre nosotros, y me sorprende que supiesen que yo venía a Berlín. Pero agradezco la oportunidad de «aclarar la atmósfera», como decimos nosotros.

-Mevrouw Converse gelooft...

-A pesar de las terribles circunstancias, sobre las que, natural-mente, yo no tenía ningún control, me encanta estar en su hermosa ciudad. Bueno, debería decir media ciudad, pero la de ustedes es la bonita. Y he oído que el Bristol-Kempinski... Oh, cuánto lo siento; eso es lo que nosotros llamamos un plug y no debería...

-No se preocupe, frñulein Charpentier. Aquí no está verboten. ¿Se siente amenazada?

-Mevrouw Converse, voelt u zich bedreigd?

-No, realmente no. Hace tanto tiempo que no hemos tenido nada que ver uno con otro...

¡Dios Santo! Val había venido a buscarlo ¡y estaba enviándole señales! Hablaba alemán tan bien como el entrevistador. ¡No pasaba un mes sin que se viesen y habían comido juntos hacía seis semanas en Boston! Todo lo que estaba diciendo era mentira y en esas mentiras estaba la clave, su clave. ¡Reúnete conmigo!

Librodot

TERCERA PARTE

27

Joel estaba estupefacto, pero tenía que dominar su pánico y tratar de aislar las palabras, las frases. ¡Allí estaba el mensaje! El Bristol-Kempinski era un hotel de Berlín Occidental, eso lo sabía. Pero Val había dicho algo más, algo que debería desencadenar un recuerdo... uno de los recuerdos que compartían. ¿Qué sería?

Hace años que no veo a mi ex marido... No, ésa era sólo una de las mentiras. Era un hombre profundamente perturbado... No tan mentira, pero no era eso lo que estaba tratando de decirle. En realidad somos dos extraños... No hay ninguna relación entre nosotros... Otra mentira, pero con algo de verdad... ¡Déjalo! ¿Qué sería?... Quizá antes, al principio... Soy asesora... ¡Eso era!

-¿Puedo hablar con la señorita Charpentier, por favor? De parte de Whistletoe, Bruce Whistletoe. Soy el asesor confidencial del desodorante Springtime, para el que está haciendo unas cosas el departamento de arte de su agencia, y es urgente, ¡muy urgente!

Con molta forza.

A la secretaria de Val la volvían loca los cotilleos y los secretos, y siempre que Joel y Valerie necesitaban una hora extra para almorzar, o incluso un día, hacía ese tipo de llamadas. Nunca fallaba. Si un vicepresidente meticuloso (uno entre docenas) quería saber dónde estaba, la secretaria le hablaba de una llamada urgente de uno de los perros guardianes de una cuenta muy importante. Eso bastaba para cualquier ejecutivo abocado a la úlcera, y el discreto profesionalismo de Valerie se ocupaba del resto. Decía que las «cosas» estaban bajo control, y rara vez aliviado de cuentas un ejecutivo llevaba más adelante alga que podía provocarle un ataque de acidez.

Lo que estaba diciéndole era que utilizase esa táctica por si la policía tenía intervenidas sus llamadas. Joel lo habría hecho en todo caso; simplemente estaba recordándoselo, previniéndolo.

La entrevista había terminado, y los últimos minutos eran obviamente un resumen en holandés, sobre una foto fija de la cara de Valerie. ¿Cuándo habrían hecho aquella grabación? ¿Cuánto tiempo llevaba ella en Berlín? ¡Maldita sea! ¿Por qué no podría entender nada si no lo decían en inglés? Cuando Val mintió acerca de su incapacidad para hablar alemán, había dicho que aquello era una desgracia nacional. Tenía razón, pero podía haber ido aún más lejos: era un mal nacional hijo de la arrogancia. Miró por el café buscando un teléfono. Había uno en la pared del fondo, a pocos metros de la puerta del servicio de caballeros, ¡pero no tenía la menor idea de cómo usarlo! Sus frustraciones aumentaban, e iban formando remolinos de pánico. De pronto oyó su nombre.

-De Amerikaanse moordenarr Converse is advocaat. Hij is een expiloot uit de Vietnamese oorlog. Een anden advocaat, een Fransman, en een vriend van Converse...

Joel miró a la pantalla lleno de desconcierto, al principio con sobresalto, después paralizado. Era un reportaje, y una cámara de mano entraba por la puerta de un despacho y enfocaba un cuerpo derrumbado sobre una mesa, con regueros de sangre que le salían de la cabeza como una horrible peluca de Medusa. ¡Santo Dios! ¡Era René!

Al tiempo que lo reconocía, apareció un inserto en la parte superior izquierda de la pantalla. Era una foto de Mattilon, y después, de pronto, apareció otra a la derecha. Era él, el moordenaar Amerikaans, Joel Converse. El noticiario holandés había relacionado dos acontecimientos, la entrevista con Val y una muerte en Francia. No hacía falta conocer el

idioma ni ver diagramas. Habían matado a René y lo acusaban a él. Aquello respondía a la pregunta, explicaba por qué Aquitania había hecho correr la voz de que un asesino se dirigía a París.

Era un dispensador de muerte; ése era su regalo a sus amigos nuevos y viejos: René Mattilon, Edward Beale... Avery Fowler. Y a enemigos a quienes no conocía y no podía valorar, ni como enemigos ni como personas: un hombre con abrigo marrón en un sótano de París, un guarda a orillas del Rhin, un piloto en un tren, un rostro memorablemente digno de olvido en la base de una pirámide de escombros, y momentos después un chófer que en realidad le había tratado bien en cierta casa de piedra con barrotes en las ventanas... y una vieja que había desempeñado brillantemente su papel en un ruidoso vagón de ferrocarril. Muerte. Tan pronto era su observador distante como su ejecutor, todo en el nombre impío de Aquitania. Estaba otra vez en los campos y las selvas a los que había jurado no volver. Sólo podía sobrevivir y esperar a que alguien mejor que él diese las soluciones. Pero por el momento la muerte era tanto su más íntimo aliado como su peor adversario. Ansiaba diluirse en la nada, dejar que algún otro abrazase la causa que nadie sabía le había sido confiada en Ginebra.

¡La grabación! Si la habían hecho aunque no fuese más que hacía doce o tal vez veinticuatro horas, probablemente Val no había recibido el sobre que le había enviado desde Bonn. No podía haberlo recibido. ¡De lo contrario no hubiese volado a Europa!

¡Dios mío!, pensó Joel, terminando el whisky mientras se frotaba la frente, presa de una total confusión. ¡Si Nathan Simon no había recibido el sobre, nada de lo que le pidiese tendría sentido! Su llamada no encontraría más respuesta que la petición de que se entregase, y a cambio dejaría una pista. Nate no faltaría a la ley; lucharía con todas sus fuerzas por un cliente después pero no antes de que ese cliente hubiese obedecido a la ley. Era su religión, mucho más importante para él que su templo, porque la ley admitía errores, era algo esencialmente humano, no esotéricamente metafísico. A Converse empezaron a temblarle las manos. ¡Tenía que saberlo!

-Su filete de lenguado, Meneer.

-¿Qué?

-Su lenguado, señor -repitió el camarero.

-¿Habla usted inglés?

-Naturalmente -dijo el hombre demacrado y calvo con desenvuelta cortesía-. Ya hablamos antes, pero estaba usted muy excitado. Comprendo que este barrio no es para menos.

-Escúcheme. -Joel se llevó la mano a los labios, recalcando cada palabra-. Le pagaré mucho dinero si hace una llamada telefónica para mí. No hablo holandés, ni francés, ni alemán, ni nada más que inglés, ¿comprende?

-Comprendo.

-A Berlín Occidental.

-No es difícil, señor.

-¿Lo hará por mí?

-Naturalmente, Meneer. ¿Tiene tarjeta de crédito telefónica?

-Sí... no. No la necesito.

-Por supuesto.

-Quiero decir que no... no me gusta que me lleven las cuentas. Tengo dinero.

-Comprendo. Acabo mi turno dentro de unos minutos. Vendré a buscarlo. Haremos su llamada, preguntaré el importe a la telefonista y usted pagará.

-Estupendo.

-Y... un montón de dinero, ja? Cincuenta florines, ja?

-De acuerdo.

Veinte minutos más tarde Converse estaba sentado detrás de una pequeña mesa en una pequeñísima oficina. El camarero le dio el teléfono.

-Hable en inglés, Meneer.

-La señorita Charpentier, por favor -dijo Joel con voz entrecortada, invadido por una especie de parálisis. Si oía la voz de Val no estaba seguro de poder dominar su emoción. Por un instante pensó en colgar. ¡No podía meterla en aquello!

-¿Diga?

Era ella, y mientras una parte de Joel moría otra revivió. Cruzaron por su mente mil imágenes, recuerdos de felicidad y de enfado, de amor y de odio. No podía hablar.

-¿Diga? ¿Quién es?

-Ah... eres tú. Perdona, es que se oye muy mal. Soy Jack Talbot, de... Boston Graphics. ¿Cómo estás, Val?

-Muy bien... Jack. ¿Cómo te va? Hace meses que no te veo. Desde el almuerzo en el Four Seasons, si no recuerdo mal.

-Exactamente. ¿Cuándo has Llegado?

-Anoche.

-¿Vas a estar mucho tiempo?

-Sólo hoy. Llevo una mañana entera de reuniones, y tengo otra esta tarde. Si no estoy demasiado hecha polvo cogeré el avión de vuelta esta noche. ¿Cuándo llegaste a Berlín?

-En realidad no estoy en Berlín. Te vi en la televisión belga. Estoy en... Amberes, pero voy esta tarde a Amsterdam. No sabes cuánto siento todos esos disparates que has tenido que soportar. ¿Quién iba a sospecharlo? Me refiero a lo de Joel.

-Yo debería haberlo sospechado, Jack. Es todo tan horrible... Está tan enfermo... Espero que lo cojan cuanto antes por el bien de todos. Necesita ayuda.

-Lo que necesita es un pelotón de fusilamiento, y perdona.

-Preferiría no hablar de ello.

-¿Recibiste los bocetos que te mandé cuando perdimos la cuenta de Gillette? Pensé que era un buen modo de despedirte.

-¿Bocetos?... No, Jack, nunca recibí nada de eso. Pero gracias por la intención, a pesar del despido.

-Pensaba que quizá hubieses mirado en tu correo.

-Lo hice... hasta anteayer. No importa. ¿Estarás en Amsterdam?

-Una semana. Me preguntaba si tú irías a inspeccionar algunas de las cuentas de la agencia allí antes de volver a Nueva York.

-Debería, pero creo que no. No tengo tiempo. Si lo hago, estaré en el hotel Amstel. Si no, te veré en Nueva York. Puedes invitarme a comer en Lutéce, para intercambiar secretos del oficio.

-Soy yo el que tiene más, de modo que tú invitas. Cuídate, jovencita.

-Cuídate... Jack.

Había estado magnífica. Y no había recibido el sobre de Bonn.

Vagó por las calles, temeroso de andar demasiado de prisa, de permanecer en un sitio demasiado tiempo, sabiendo sólo que tenía que mantenerse en movimiento, observando, buscando las sombras y dejándose envolver por ellas. Val estaría por la noche en Amsterdam;

lo sabía, lo notó en su voz, y le había dicho que se reuniese con ella en el hotel Amstel. ¿Por qué? ¿Para qué había venido? ¿Qué creía estar haciendo? De repente se le apareció el rostro de René Mattilon. Estaba en primer plano, llenando su visión interior, rodeado de sol y por cara una máscara... una máscara de muerte. René había muerto a manos de Aquitania por haberlo enviado a Amsterdam. Valerie correría la misma suerte si los discípulos de George Marcus Delavane pensaban que había venido a buscarlo, a ayudarlo.

No entraría en contacto con ella. No podía ¡Era firmar otra sentencia de muerte! Había tomado tanto de ella y le había dado tan poco... Su último regalo no podía ser quitarle la vida. Sin embargo... Sin embargo estaba Aquitania, y lo que había dicho a Larry Talbot por teléfono era en serio. El, un tal Joel Converse, carecía de importancia cuando de lo que se trataba era de la unión de los generales, como tampoco la tenían A. Preston Halliday, Edward Beale y Connal Fitzpatrick. Si Val podía ayudar, no tenía derecho a dejar que sus sentimientos se lo impidiesen. El abogado que había en él se lo decía, el hombre ultrajado lo confirmaba. Y era posible que ella pudiese ayudar, hacer cosas que éi no podía hacer. Podía regresar, coger el sobre e ir a ver a Nathan Simon, para decirle que le había visto, había hablado con él y le había creído.

Eran las tres y media; hacia las ocho ya habría oscurecido. Tenía unas cinco horas para permanecer invisible y seguir vivo y ver el modo de encontrar un coche.

Se detuvo en la acera y miró arriba, a una ramera supermaquillada muerta de fastidio en una ventana del tercer piso de una pintoresca casa de ladrillo. Sus ojos se encontraron y ella le dedicó una sonrisa aburrida, mientras unía el pulgar y el índice de su mano derecha y el movimiento de muñeca dejaba poco a la imaginación.

¿Por qué no?, pensó Converse. Lo único seguro en un mundo tan incierto era que detrás de aquella ventana había una cama.

El «portero», un hombre de cincuenta y tantos años con la cara sonrosada de un viejo querube, le explicó en buen inglés que el pago se basaba en sesiones de veinte minutos, de las que había que pagar dos por adelantado, con derecho a devolución de una si el huésped bajaba durante los últimos cinco minutos del primer período. Aquello era el sueño de un usurero, pensó Converse contemplando los relojes colocados sobre el mostrador en casillas numeradas. Mientras un hombre maduro bajaba la escalera, el empleado se apresuró a coger uno de los relojes y adelantar el minutero.

Joel calculó rápidamente, convirtiendo florines en dólares a razón de unos treinta por sesión. Dio al asombrado «portero» el equivalente de 275 dólares, cogió su número y se encaminó ala escalera.

-¿Es una amiga, señor? -preguntó el estupefacto guardián de los deleites cuando Converse llegaba al primer escalón-. ¿Una antigua amante, quizá?

-Es una prima holandesa a la que hace años que no veo -dijo tristemente Joel-. Tenemos que hablar largo y tendido. -Y siguió escalera arriba con aire abrumado.

-Slapen? -exclamó la mujer del pelo oscuro y el exceso de colorete en las mejillas. Estaba tan asombrada como su guadián de abajo-. ¿Quieres slapen?

-No es la traducción exacta, pero sí -dijo Converse, quitándose las gafas y la gorra y sentándose en la cama-. Estoy muy cansado y dormir sería estupendo, pero creo que sólo voy a descansar. Lee una de esas revistas; no pienso molestarte.

¿Qué pasa? ¿No te parezco guapa? ¿Crees que no estoy limpia? ¡Tampoco tú estás para hacerte una foto, Meneer! Cortes en la cara, cardenales por todas partes y los ojos rojos. ¡A lo mejor eres tú el que no está limpio!

-Me caí. ¡Vamos! Creo que eres adorable y me encanta tu sombra de ojos rojo oscuro, pero de verdad que necesito descansar.

-¿Por qué aquí?

Librodot

-No quiero volver al hotel. Está allí el amante de mi mujer. Es mi jefe.

-Amerikaans!

-Hablas muy bien nuestro idioma.

Joel se quitó los zapatos y se tumbó en la cama.

-Ach; empecé con universitarios Amerikaan. Todo se les vuelve hablar; la mayoría están demasiado asustados para hacer otra cosa. Y los que se acuestan, ¡puf!, y se acabó; otra vez a hablar. Después, vuestros soldados, vuestros marinos y vuestros hombres de negocios. La mayoría borrachos; todo se les vuelve reírse como tontos. Y venga de hablar... En doce años, he aprendido.

-No se te ocurra escribir un libro. Probablemente hoy son todos senadores y congresistas o llevan alzacuello.

Converse apoyó la cabeza en las manos y miró al techo. Había como un reflejo de paz. Empezó a silbar por lo bajo la canción y en seguida le vino a la memoria la letra.

-«Yankee Doodle vino a Holanda sin nada en su pistola...»

-Tienes gracia, Meneer -dijo la mujer, riendo roncamente y cogiendo una fina manta de una silla. La llevó a la cama y se la echó por encima-. No dices la verdad, pero tienes gracia.

-¿Cómo sabes que no estoy diciendo la verdad?

-Si tu mujer tuviese un amante, lo matarías.

-Ni hablar.

-Entonces ella no sería tu mujer. Veo a muchos hombres, Meneer. Lo llevas escrito en la cara. Puede que seas una buena persona, pero matarías.

-Tendré que pensar en eso -dijo Joel, incómodo.

-Duerme si quieres. Has pagado. Yo estaré aquí.

La mujer fue hasta la silla que había contra la pared y se sentó con una revista.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Converse.

-Emma.

-Eres una persona encantadora, Emma.

-No, Meneer, no lo soy.

Se despertó, sobresaltado por el contacto, y dio un salto en la cama, llevándose instintivamente la mano a la cintura para asegurarse de que seguía allí el cinturón con el dinero. Había dormido tan profundamente que por un momento no tuvo idea de dónde estaba. Después vio a su lado a la mujer del maquillaje chillón, que le tenía puesta la mano en el hombro mientras hablaba.

-Meneer, ¿te escondes de la gente? -preguntó en voz baja.

-¿Cómo?

-Corre la voz por Leidseplein. Hombres que preguntan.

-¿Qué? -Converse apartó la manta y bajó las piernas al suelo-. ¿Qué hombres? ¿Corre la voz por dónde?

-Het Leidseplein... este barrio. Hacen preguntas; buscan a un norteamericano.

-¿Por qué aquí?

Joel pasó la mano derecha del cinturón del dinero al arma que asomaba por encima.

-Personas que no desean ser vistas vienen a menudo al Leidseplein.

¿Por qué no?, pensó Converse. Si él había pensado en ello, ¿por qué no el enemigo?

-¿Tienen una descripción?

-Eres tú -respondió francamente la mujer.

-¿Y...?

Joel la miró a los ojos.

-Nadie dijo nada.

-No puedo creer que nuestro amigo de abajo haya sido tan caritativo conmigo. Estoy seguro de que ofrecieron dinero.

-Lo dieron -corrigió la mujer-, y prometieron más por cualquier información. Se ha quedado un hombre en esta calle. En un café, junto al teléfono. Sólo hay que llamarle a él y avisará a los otros. Nuestro amigo de abajo pensaba que a lo mejor querías igualar la oferta.

-Comprendo. Una cabeza a subasta.

-No entiendo.

-¿De qué estamos hablando? ¿Cuánto?

-Mil florines. Y mucho más si te cogen.

-Nuestro amigo sigue pareciéndome demasiado caritativo. Pensé que cogería el dinero y cerraría la tienda.

-Es el dueño de la casa. Además, ese hombre era alemán y hablaba como un soldado dando órdenes. Eso es lo que dijo nuestro amigo de abajo.

-Tenía razón. Ese hombre es un soldado, pero no de ningún ejército del que haya oído hablar Bonn.

-¿Zo?

-Nada. Averigua si nuestro amigo acepta dinero norteamericano.

-Claro que lo acepta.

-Entonces igualo la puesta y la doblo.

La mujer vacilaba.

-Ahora me toca a mí.

-¿Cómo?

-En? 0, como decís vosotros, and?

-Ah. ¿Tú?

-Ja.

-Para ti tengo algo especial. ¿Sabes conducir, o conoces a alguien que sepa?

-Yo misma, natuurlijk. Cuando hace mal tiempo llevo a mis hijos en coche al colegio.

-Dios mío.., quiero decir, eso está muy bien.

-Sin la cara así, naturalmente.

¡Qué historias, Dios mío, qué historias!

-Quiero que alquiles un coche y lo traigas aquí, a la puerta. Después te apeas y dejas las llaves puestas. ¿Puedes hacerlo? Ja, pero nada es gratis.

-Trescientos dólares... ochocientos florines, más o menos.

-Quinientos... unos mil cuatrocientos -replicó la mujer-. Y el dinero para alquilar el automóvil.

Joel asintió con la cabeza mientras se desabrochaba la chaqueta y se sacaba la camisa. La culata de la pistola, con el corto cañón y el añadido del silenciador, era claramente visible bajo el ancho cinturón de lona. La mujer la vio y se quedó con la boca abierta.

-No es mía -se apresuró a decir Converse-. Puedes creerlo o no, pero se la quité a alguien que trató de matarme.

La mujer se le quedó mirando, y su mirada denotaba un cierto temor pero no era hostil. Sólo curiosa.

-Ese hombre, ese soldado que no es de ningún ejército alemán, y los otros que hacen preguntas en la calle, ¿quieren matarte?

-Sí.

Joel abrió la cremallera del cinturón y contó el dinero con el pulgar. Sacó los billetes y cerró la bolsa.

-¿Les has hecho algo malo?

-Todavía no, pero espero hacérselo. -Converse le tendió el dinero-. Hay suficiente para nuestro amigo de abajo, y el resto es para ti. Sólo tienes que traerme el coche, junto con uno de esos planos turísticos de Amsterdam donde vienen las tiendas, los hoteles y los restaurantes más importantes.

-Quizá yo pueda decirte dónde está ese sitio al que quieres ir.

-No, gracias.

Ja. -La mujer hizo un gesto de comprensión y cogió el dinero-. Esos tipos, ¿son mala gente? -preguntó, contando los billetes.

-La peor.

-¿Hacen cosas como eso de tu cara?

-Sí. Casi siempre.

-Vete a la politie.

-¿La policía? Para qué. No lo comprenderían.

-También ellos te buscan.

-No por nada que haya hecho.

La mujer se encogió de hombros.

-Para mí no es problema -dijo, yendo hacia la puerta-. Diré que me lo robaron. Hay un garaje Tromp a doce manzanas de aquí; me conocen. He alquilado allí cuando mi Peugeot está averiado y tengo que llegar a casa. Ach, kinderen! Recitales, clases de baile... Estaré abajo dentro de veinte minutos.

-¿Recitales?

-No me mires así, Meneer. Hago mi trabajo y lo llamo lo que es. La mayoría hacen lo mismo y lo llaman de otra manera. Veinte minutos.

La mujer salió y cerró la puerta tras ella.

Joel se acercó al lavabo de la pared sin entusiasmo, pero vio que estaba inmaculado, y había un bote de un producto para limpiarlo y una botella de lejía debajo, en el suelo, junto a un rollo de toallas de papel. Naturalmente. Las lecciones de baile y los recitales formaban parte de su vida, lo mismo que un coche que a menudo le daba disgustos, como a cualquier hijo de vecino. Converse se miró al espejo. La mujer tenía razón, no estaba «como para una foto», pero había que acercarse mucho a él para notar la importancia de las contusiones. Se echó agua en la cara, se secó, se puso las gafas oscuras y se acicaló lo más posible.

Había ocurrido. Val había venido a buscarlo, y a pesar de los horrores que rodeaban a aquel volver a verse una parte de él sentía ganas de cantar en silencio o de gritar, también silenciosamente, en medio de las nieblas de su imaginación. Deseaba tanto verla, tocarla, oír su voz junto a él... Y sabía que era por razones inconfesables. El era ahora el acosado, el dolorido y el vulnerable, todo lo que nunca había sido cuando estaban juntos, y porque era en aquello en lo que se había convertido la permitía dar con él. No tenía mucho de admirable. No le importaba ser un perro hambriento bajo una fría lluvia. Aquello no encajaba con su papel en la pasada imagen de ambos, la de suite, como la había llamado René Mattilon. René... Una

llamada telefónica había sido como firmar la orden para su ejecución. Aquitania. ¿Cómo podía permitir a Val acercarse a él siquiera? La respuesta era la misma: Aquitania, y el hecho de que creía saber lo que estaba haciendo. Cada movimiento suyo en las calles, en los trenes, en los cafés, estaba tan cuidadosamente pensado como los pasos que había dado en la jungla, en las rutas que había elegido, en los ríos y arroyos que había vadeado y usado a manera de túneles para evitar una y otra vez al enemigo. En Amsterdam utilizaría un automóvil y un plano de la ciudad.

Consultó su reloj. Eran casi las cinco y media. Tenía aproximadamente dos horas y media para encontrar el hotel Amstel y dar vueltas por allí hasta que conociese cada palmo de la zona, cada semáforo, cada calleja y canal. Y después el camino para llegar a otro sitio, a la Embajada o el consulado norteamericanos. Eso era parte de su plan, la única protección que podía proporcionar a Val... si ella seguía sus instrucciones. Y, en alguna parte, un horario de líneas aéreas. Eso también formaba parte del plan.

Habían pasado doce minutos y quería estar en la puerta cuando Emma, la honesta madre de familia, parase frente a la casa, en medio de la calle llena de gente. Si no había sitio para aparcar en el bordillo, saldría de la acera, la haría señas de que dejase el coche y la reemplazaría rápidamente al volante para no interrumpir el tráfico. Abandonó el pequeño cuarto, fue hasta la escalera y empezó a descender, mientras oía los fingidos gruñidos de éxtasis detrás de las puertas cerradas. Por un momento se preguntó si las chicas no habrían pensado en utilizar cassettes: así podían darle al botón mientras leían revistas. Llegó al segundo descansillo. Abajo, claramente visible, estaba el propietario del establecimiento, con su cara de querube, detrás del mostrador. Hablaba por teléfono. Joel siguió bajando, llevando en la mano un billete de cien dólares que había decidido darle, como gratificación complementaria a cambio de su vida. Pero al poner el pie en el suelo del vestíbulo de pronto pensó si lo que debía dar al «portero» no era una jaula en el río Mekong. El tipo miró a Converse con los ojos muy abiertos, contemplándolo fijamente mientras la sangre huía de sus mejillas. Se echó a temblar, colgó el teléfono, intentó sonreír y al fin dijo con voz chillona:

-¡Problemas, siempre hay problemas, señor! Es tan difícil controlar el tiempo que debería comprar una computadora.

¡El muy bellaco lo había hecho! ¡Había llamado al hombre que esperaba abajo, en un café!

-¡Ponga las manos sobre el mostrador! -gritó Joel.

La orden no llegó a tiempo; el holandés sacó una pistola de debajo de ese mismo mostrador. Converse se lanzó hacia él mientras su mano arrancaba los botones de la chaqueta y encontraba la culata del revólver. El «portero» disparó a lo loco cuando ya Joel estrellaba su hombro izquierdo contra el frágil mueble, que se derrumbó. Converse vio el brazo extendido, la mano que sostenía la pistola. Hincó el cañón de su arma en la muñeca del holandés y la pistola de éste voló y fue a caer con ruido metálico en el suelo.

-¡Hijo de zorra! -gritó Joel, cogiendo al hombre por la pechera de la camisa y levantándolo-. ¡Maldito cabrón! ¡Te pagué!

-¡No me mate! ¡Por favor! ¡Soy un hombre lleno de deudas! ¡Dijeron que sólo querían hablar con usted! ¿Qué mal hay en ello? ¡Por favor! ¡No haga eso!

-No vales lo que ibas a costarme, desgraciado.

Converse estrelló el cañón de su pistola contra la cabeza del holandés y corrió a la puerta. La calle estaba en pleno embotella-miento. De pronto hubo un claro y coches, autobuses y microbuses abiertos llenos de turistas reemprendieron la marcha a tirones. ¿Dónde estaba? ¿Por dónde andaría Emma la Práctica?

-Theodoor! Deze kerel is onmogelijk! Hij Wil...!

Librodot

Las palabras histéricas procedían de una mujer que corría escaleras abajo con los pechos desnudos y una fina braguita cubriendo lo esencial de su oficio. Se detuvo en el antepenúltimo escalón, vio la carnicería y a Theodoor inconsciente y gritó. Joel corrió hacia ella y le plantó la mano izquierda en la boca, mientras oprimía la derecha, con la pistola, contra su espalda, empujándola hacia la barandilla.

-¡No te muevas! -Converse no pudo evitar gritar-. ¡Cállate! Hincó el codo en el cuello de la prostituta, con el arma ahora frente a su cara. Ella volvió a gritar y le pateó con todas sus fuerzas en la ingle, a la que vez que le metía dos dedos en las fosas nasales y arañaba y empujaba para separarlo. Joel no pudo hacer otra cosa que darle con la culata de la pistola en la mandíbula. Sus rojos labios se separaron y quedaron abiertos, mientras se desplomaba.

Hubo ruido de puertas arriba, en lo alto de la escalera, y golpear de metal y madera contra las paredes. Se oían gritos furiosos, asustados, interrogantes. De pronto sonó un claxon afuera, frente a la puerta. Joel echó a correr y se apoyó en el umbral ocultando la pistola.

Era Emma la puta, que estaba con el coche en medio de la calle, incapaz de acercarse al bordillo. Joel escondió el arma debajo de la chaqueta, bajo el cinturón, y salió corriendo. La mujer entendió sus gestos y se apeó del coche.

-¡Gracias! -dijo Converse.

-¡Me lo roban! -gritó Emma, encogiéndose de hombros-. Buena suerte, Meneer. Me parece que vas a necesitarla.

Joel se puso al volante de un salto y estudió el salpicadero como si estuviese acercándose a Mach 1 y tuviese que entender las lecturas de cada indicador. Era algo simple, primitivo. Metió la marcha D y empezó a rodar entre el tráfico.

Sin previo aviso, un hombretón vino a chocar contra la ventanilla de su derecha. Joel echó el seguro de un golpe y, aprovechando otro claro en el tráfico, aceleró. El asesino siguió agarrado mientras sacaba una pistola. Converse se pegó al costado de un automóvil aparcado junto a la acera, pero no consiguió nada. Buscó bajo su chaqueta mientras el otro, sujeto a Dios sabía qué, levantó su arma y le apuntó. Joel se agachó, dándose de cabeza contra el marco de la ventanilla, mientras la explosión hacía estallar el cristal, algunos de cuyos fragmentos fueron a clavársele en la piel, encima de los ojos. Pero su arma estaba libre. Apuntó al bulto que tapaba la ventanilla y apretó el gatillo, dos veces.

Resonaron dos zumbidos ahogados en la oscuridad del coche mientras aparecían dos agujeros en la zona del cristal que aún seguía indemne. Gritando y tapándose la garganta con ambas manos, el hombre cayó y fue rodando hasta el bordillo, entre dos camiones. Converse giró a la derecha y entró en un amplio paseo vacío. Ha quedado un hombre en la calle. El avisará a los otros. Estaba otra vez libre, por un rato, pensó Joel. Un muerto no puede identificar un automóvil.

Aparcó en la sombra y sacó un cigarrillo, tratando de serenar su mano mientras lo encendía. Aspiró hondo, se tentó la frente y fue poco a poco quitándose las partículas de cristal.

Ahora recorría las calles como un animal mecanizado, pero a cada duda, a cada parada, utilizaba los ojos y la nariz como lo haría un ser primitivo sólo consciente de su necesidad de sobrevivir en un entorno violentamente hostil. Había hecho cuatro veces el recorrido por calles y canales desde el hotel Amstel, en la Tulpplein, hasta el consulado norteamericano, en otra de las plazas de la ciudad, la Museumplein. Había aprendido los itinerarios alternativos; conocía las calles secundarias que lo llevarían de nuevo sin interrupción a la ruta principal. Por último, fue hacia el este, cruzó el Schelling-wouder Brug, el puente sobre el río Ij, y tomó la carretera de la costa hasta encontrar un tramo de campos abandonados cercanos al agua. Servirían; estaban aislados. Dio la vuelta y se encaminó otra vez a Amsterdam.

Librodot

Eran las ochos y media y había oscurecido. Estaba dispuesto. Había estudiado el plano turístico, que incluía un párrafo sobre el uso de los teléfonos públicos. Para quien como él había sido piloto las instrucciones constituían una segunda naturaleza. Eran la diferencia. entre estrellarse y aterrizar en un portaaviones. Aparcó el coche frente al hotel Amstel y entró en una cabina.

-La señorita Charpentier, por favor.

-Dank u -dijo la telefonista, que cambió inmediatamente al inglés-. Un momento, por favor...Sí, Missen Charpentier llegó hace una hora. Tengo ya el número de su habitación.

-Gracias.

-¿Diga?

¡Dios Santo! ¿Debía hablar? ¿Podía hablar? Aquitania.

-Val, soy Jack Talbot. Probé por si habías venido. Me alegro de que estés aquí. ¿Qué tal, muchachita?

-Agotada, hombre terrible. Hablé con Nueva York esta tarde y mencioné nuestras cuentas en Amsterdam... cortesía de un tal Jack Talbot. Las órdenes fueron trasladarme a la Ciudad de los Canales y pasarme la mañana de mañana estrechando manos.

-¿Por qué no estrechas las mías?

-Están demasiado frías. Pero sí puedes invitarme a cenar.

-Con mil amores, pero primero necesito un favor. ¿Puedes tomar un taxi y recogerme en el consulado, en la Museumplein?

-¿Cómo...? -La pausa estaba llena de temor-. ¿Por qué, Jack?

-La pregunta fue casi un susurro.

Converse bajó la voz.

-Llevo aquí un par de horas aguantando a esta gente y me temo que se me va a acabar la paciencia.

-¿Qué... qué ha pasado?

-Una estupidez. Mi pasaporte expiraba hoy y necesitaba una prórroga temporal. En vez de dármela me largaron media docena de sermones y me dijeron que volviese mañana. Grité un poco y no estuve muy amable.

-Y ahora te es violento pedirles que te llamen un taxi. ¿Es eso?

-Eso es. Si conociese esta parte de la ciudad echaría a andar y trataría de encontrar uno, pero es la primera vez que vengo.

-Voy a arreglarme un poco y te recojo. Digamos... ¿dentro de unos veinte minutos?

-Gracias; estaré fuera. Si no, espera en el taxi. Será sólo cosa de unos minutos. Te has ganado una buena cena, jovenzuela.

Joel colgó el teléfono, salió de la cabina y volvió al coche. Había empezado la espera. No tardaría en seguirle la vigilancia.

La vio diez minutos más tarde y los latidos de su pecho se aceleraron y se le nublaron los ojos. Val salió de las puertas de cristal del Amstel con una gran bolsa de tela oscura, el porte erguido, la zancada larga y graciosa, denotando la bailarina que pudo haber sido, anunciando su presencia sin petulancia, diciendo a cuantos la miraban que era ella; no necesitaba artificios. Así la había amado en otro tiempo, tanto por la persona que parecía ser como por la mujer que era. Pero no la había querido lo suficiente; se le había escapado por falta de atenciones. No había en él todo el cuidado y el amor necesarios.

-¡Estás seco! -había exclamado ella-. ¡No te queda el menor sentimiento!

Ya no había nada que decir; no podía discutir con ella. Llevaba demasiado tiempo dejándose arrastrar por aquella prisa, aquel furor, queriendo conseguirlo todo sin querer

recordar los motivos, atento sólo a desquitarse. Había ocultado lo intenso de sus sentimientos con una ligereza y una despreocupación que bordeaban el desdén, pero no era despreocupado en absoluto, y apenas le quedaba tiempo para ser desdeñoso. También era muy poco el que tenía para las personas, para Val. El estar juntos exigía la responsabilidad implícita en toda relación, y a medida que los meses se convertían en un año, y luego en dos y en tres, supo que no podía hacer frente a esa responsabilidad. A pesar de lo mucho que se odiaba por ello, no podía engañarse, ni a sí mismo ni a Valerie. Era incapaz de dar nada; sólo sabía tomar. Era mejor romper del todo.

La espera había terminado; empezaba la vigilancia. El portero del Amstel llamó a un taxi, Val subió a él e inmediatamente se echó hacia adelante en el asiento para dar instrucciones. Veinte tensos segundos más tarde, durante los cuales sus ojos recorrieron la calle y las aceras en todas direcciones, Joel arrancó el coche y encendió los faros. Ningún automóvil se había separado del bordillo siguiendo al taxi; sin embargo, tenía que asegurarse. Giró el volante y salió a la calle, encaminándose por la ruta más directa al consulado. Un minuto después vio al taxi de Val girar a la derecha en un canal. Había dos coches detrás de ella. Se concentró en sus formas y tamaños, pero, en vez de seguirlos, continuó derecho, acelerando, y usando una ruta alternativa ante la remota posibilidad de que también a él lo hubiese ojeado un cazador de Aquitania. Tres minutos más tarde, después de dos giros a la derecha y uno a la izquierda, entraba en la Museumplein. El taxi estaba enfrente y ya no se veía a los otros dos automóviles. Su estrategia iba dando resultado. La posibilidad de que el teléfono de Val estuviese intervenido era real -el de René lo estaba, y su muerte había sido el resultado-, de modo que prefería ponerse en lo peor. Si corría la voz de que la Charpentier iba al consulado norteamericano a recoger a un conocido de negocios, Joel Converse quedaría descartado. El consulado no era sitio para el fugitivo; no se acercaría por allí. Era un asesino de norteamericanos.

El taxi se detuvo en el bordillo frente al número 19 de la Museumplein, el edificio de piedra que ocupaba el consulado. Converse permaneció media manzana más atrás, otra vez esperando, vigilando. Pasaron varios coches, pero ninguno se detuvo ni siquiera aminoró la marcha. Apareció un ciclista solitario calle abajo, un viejo que frenó, dio la vuelta y desapareció en dirección opuesta. La táctica había dado resultado. Val estaba sola en el taxi a treinta metros de allí y no la había seguido nadie desde el Amstel. Podía hacer el movimiento final hacia ella, con la mano bajo la chaqueta, empuñando la pistola provista de silenciador.

Se apeó del coche y caminó por la acera, con paso lento, indiferente, como alguien que disfruta de la noche estival dando un paseo por la plaza. Había una docena de personas, parejas la mayor parte, paseando también en ambas direcciones. Las estudió con el tranquilo frenesí del gato que estudia las nuevas toperas que han aparecido en un campo. Ninguno de los que estaban en la calle sentía el menor interés por el taxi parado. Se acercó a la puerta trasera y dio un golpecito en la ventanilla. Val bajó el cristal.

Se miraron fijamente un momento, y después ella se llevó la mano a los labios ahogando un sollozo.

-¡Dios mío! -susurró.

-Págale y vuelve andando hasta un coche gris que está unos sesenta metros pies detrás de nosotros. Los tres últimos números de la matrícula son 1, 3, 6. Estaré allí dentro de unos minutos.

Se llevó la mano al sombrero como si acabase de responder a la pregunta de una turista despistada y siguió andando por la acera. Unos metros más allá del taxi, al final de la manzana, se volvió y cruzó la plaza. Llegó al otro lado con la cabeza vuelta hacia la izquierda, como un peatón atento al tráfico. En realidad estaba observando con aprensión a una mujer sola que iba por la acera hacia un automóvil. Se introdujo rápidamente en las sombras de un portal y estuvo allí atento, respirando irregularmente, escrutando los reductos de oscuridad de la acera opuesta. Nada. Nadie. Salió del portal, dominando un loco deseo de echar a correr, y

caminó displicentemente a lo largo de la manzana hasta que estuvo enfrente del coche alquilado. Se detuvo una vez más, ahora a encender un cigarrillo, protegiendo la llama con la mano, otra vez esperando, observando... Nadie. Arrojó el cigarrillo junto al bordillo e, incapaz de seguir conteniéndose, cruzó la calle a la carrera, abrió la puerta y se puso al volante.

Val estaba a pocos centímetros de él, con su pelo largo y oscuro encuadrando su rostro en la penumbra, aquella cara hermosamente tensa, llena ahora de ansiedad, con los grandes ojos clavados ardientemente en los suyos.

-¿Por qué, Val? ¿Por qué lo has hecho? -preguntó Joel, con palabras que eran gritos ahogados.

-No tenía elección -respondió Val tranquila, enigmática-. Por favor, vámonos de aquí.

28

Siguieron rodando en silencio unos minutos. Joel se concentraba en las calles, en la ruta que tan bien conocía. Era lo único que podía hacer para dominarse, para no parar el coche y abrazarla, exigiendo saber por qué había hecho aquello, replicando furioso a cuanto ella dijese que era una condenada loca. ¿Por qué había vuelto a su vida? ¡El era la muerte! Sobre todo deseaba estrecharla en sus brazos, juntar su cara con la de ella y darle las gracias y decirle cuánto lo sentía... por tantas cosas, por esto de ahora.

-¿Sabes adónde vas? -preguntó Val rompiendo el silencio.

-Tengo este coche desde las seis. Me lo dieron junto con un plano de la ciudad y me he pasado el tiempo dando vueltas, aprendiendo lo que pensaba que debía aprender.

-Si, es muy tuyo. Siempre has sido metódico.

-Pensé que debía hacerlo -dijo Joel, a la defensiva-. Te seguí desde el hotel por si alguien más lo hacía. Además estoy mejor en un coche que por la calle.

-No lo he dicho como insulto.

Converse la miró. Estaba estudiándolo, dejando a sus ojos vagar por su cara siguiendo los erráticos cambios de luz y sombra.

-Perdona. Llevo unos días un poco susceptible, no comprendo por qué.

-Tampoco yo. Sólo te buscan en dos continentes y en unos ocho países. Dicen que eres el asesino con más talento desde ese maníaco al que llaman Carlos.

-¿Necesito decirte que es todo mentira? Una enorme mentira con un motivo muy claro... un propósito, diría mejor.

-No -dijo simplemente Valerie-. No tienes que decírmelo porque lo sé. Pero sí tienes que contarme todo lo demás. Todo.

Joel volvió a mirarla, buscando sorprender sus ojos en los relámpagos de luz, tratando de penetrar en ella, de despojarla de las capas de cristal nublado que envolvían sus pensamientos, sus razones. Hubo un tiempo en que había sido capaz de hacerlo, tanto en el amor como en el enfado. Ahora no; lo que Val sentía estaba demasiado profundo; pero no era amor, estaba seguro. Era otra cosa, y el abogado que había en él daba rodeos, cauteloso.

-¿Qué te hizo pensar que te vería por televisión? Fue casi un milagro.

-No pensaba en la televisión; contaba con la prensa. Sabía que mi cara estaría en primera página en toda Europa. Supuse que tu memoria no estaba tan nublada que no me reconocieses, y a los reporteros les gusta citar hoteles y direcciones. Eso da autenticidad.

-Sólo leo inglés.

Librodot

-Pues sí que flaquea tu memoria. Hice tres viajes a Europa contigo, dos a Ginebra y otro a París. Por las mañanas no querías desayunar sin tener en la mesa el Herald Tribune. Incluso cuando fuimos a esquiar a Chamonix, desde Ginebra, armaste una buena hasta que el camarero te trajo el Tribune.

-¿Saliste en el Tribune?

-Aparte las fiestas de promoción, son sus temas preferidos. No olvidaron detalle. Supuse que lo leerías y te darías cuenta de lo que estaba haciendo.

-Porque éramos dos extraños y hacía años que no nos veíamos y, por supuesto, no hablabas alemán, ni francés, ni ningún otro idioma.

-Si. Y había una explicación aceptable para quienes sabían que los había. Es una práctica común; evita muchas conversaciones, o al menos las reduce a unas cuantas frases básicas, y uno sabe siempre si tergiversan sus palabras.

-Olvidé que en cierto modo es tu oficio.

-No es de ahí de donde me vino la idea. Fue de Roger.

-¿De mi padre?

-Si... Volvió de Hong Kong hace unos días y algún empleado codicioso avisó a los periódicos de que venía en ese avión. Cuando llegó al aeropuerto Kennedy aquello era un hervidero de periodistas. El hacía dos días que no leía un periódico, ni escuchaba la radio, ni veía la televisión. Le entró el pánico y me llamó. De manera que me bastó con asegurarme de que las agencias de noticias de Berlín Occidental conocían mi viaje.

-¿Cómo está mi padre? El no aguanta esas cosas.

-Va soportándolo. Y también tu hermana; peor que tu padre, pero su marido se ha hecho cargo de todo. Ese hombre es mejor de lo que crees.

-¿Qué les está pasando? ¿Cómo se lo toman?

-Están hechos un lío, furiosos y desconcertados. Han cambiado sus números de teléfono y hablan por intermedio de sus abogados, te diré de pasada que siempre a favor tuyo. Eres incapaz de darte cuenta, pero te quieren mucho; aunque no estoy segura de que les hayas dado demasiados motivos para ello.

-Creo que estamos más cerca del hogar -dijo Joel cuando se aproximaban al Schellingwouder Brug-, de nuestro ex hogar.

Entraron en el tramo oscuro del puente, con luces diáfanas en lo alto que salpicaban de notas luminosas el agua. Valerie no respondió a su observación. No era propio de ella evitar una provocación, y Joel no pudo soportarlo.

-¿Por qué, Val? -exclamo-. ¡Ya te lo pregunté antes y tengo que saberlo! ¿Por qué viniste?

-Perdona, estaba pensando -dijo Val, apartando los ojos de él para clavarlos en el parabrisas-. Creo que será mejor que te lo diga ahora, mientras conduces y no tengo que mirarte. Tienes un aspecto horrible; das pena, tu cara me dice lo que has pasado y prefiero no verte.

-Me ofendes -dijo Converse, tratando de suavizar el impacto que sin duda tenía que producir su aspecto-. Me ha llamado Helen Gurley Brown y quiere sacarme en las páginas centrales del Cosmopolitan.

-¡Cállate! No tiene la menor gracia y tú lo sabes. Peor aún, ¡lo dices sin ganas!

-Lo retiro. Hubo una época en que nunca me entendías a derechas.

-¡Siempre te entendí, Joel! -Valerie seguía con la cabeza inmóvil y la vista fija en el camino y en la luz de los faros-. No sigas haciéndote el gracioso. No tenemos tiempo para eso. Siempre fue un poco triste verte desanimar a todo el que quería hablar en serio contigo, pero eso se acabó.

Librodot

-Me alegro de oírlo. ¡Entonces habla! ¿Por qué diablos te has metido en esto?

Sus ojos se encontraron, llenos de rabia y quizá de la brusca admisión de un amor recordado. Val apartó los suyos mientras salían del puente y tomaban la carretera que va a lo largo de la costa.

-Está bien -dijo Valerie, vacilante pero perfectamente dueña de si-. Lo explicaré lo mejor que pueda. Digo «lo mejor que pueda» porque no estoy del todo segura... Hay demasiadas complicaciones para estarlo. Tú puedes ser un desastre de marido y alguien a quien no le importan nada los sentimientos de los demás, pero no eres lo que dicen. Tú no mataste a esos hombres.

-Lo sé. Y tú dijiste que también lo sabías. ¿Por qué has venido? -Porque tenía que venir -dijo Val con voz firme, todavía mirando al frente-. La otra noche, después de la noticia, cuando dieron tu foto por todos los canales, tan diferente de lo que era hace años, estuve paseando por la playa y pensando en ti. Eran pensamientos agradables pero honestos... También tú me hiciste pasar por un infierno, Joel. Estabas arrastrado por cosas terribles de tu pasado y yo trataba de comprender, porque sabía lo que te había ocurrido. Pero tú nunca trataste de comprenderme a mí. También yo quería hacer cosas, pero se desechaban, no eran importantes. Está bien, pensaba; algún día esto pasará, desaparecerán sus pesadillas, se detendrá, me mirará y dirá: «Ah, eres tú.» Las pesadillas pasaron, pero eso nunca ocurrió.

-Concedido -dijo apenado Converse-, pero sigo sin comprender.

-Te necesitaba, Joel, pero tú eras incapaz de responder. Eras muy divertido, incluso cuando yo sabía que no lo sentías, y terrible en la cama, pero no tenías más preocupación real que tú, siempre tú.

-Concedido de nuevo, abogado. ¿Y?

-Recuerdo algo que me dije a mí misma aquella tarde cuando dejaste el apartamento. Lo dije en silencio mientras te veía marcharte. Me prometí a mí misma que si alguna vez una persona a la que quería me necesitaba tanto como yo a ti entonces, no la dejaría. Considéralo el único compromiso moral que he contraído en mi vida. Lo irónico es que esa persona resultaste ser tú. No estás loco ni eres un asesino, pero alguien quiere que el mundo lo piense, y quienquiera que sea lo ha hecho muy bien. Incluso tus amigos creen lo que se dice de ti. Yo no lo creo y no puedo dejarte.

-Dios mío, Val...

-Nada de violines, Converse; nada de tocar una vieja y dulce canción y a la cama de un salto. Eso está descartado. He venido aquí para ayudarte, no para consolarte. Y aquí puedo hacerlo. Mis raíces se remontan a varias generaciones. Pueden estar marchitas, pero no olvidan lo que fueron y están dispuestas a ayudar. Por una vez me necesitas, y eso es todo un cambio, ¿no es cierto, amigo?

-Un verdadero cambio -dijo Joel, comprendiendo esto último pero poco más, y acelerando por la carretera de la costa hacia los campos desiertos-. Sólo unos minutos -añadió-. No puedo ser visto en la ciudad ni tampoco tú... y mucho menos conmigo.

-Yo no me preocuparía tanto. Hay amigos que nos vigilan.

-¿Cómo? ¿Qué... «amigos»?

-Sigue atento a la carretera. Había algunos frente al Amstel, ¿no los viste?

-Supongo que no. Nadie se subió a un coche para seguirte.

-¿Por qué iban a hacerlo? También estaban por las calles y los canales, hasta el consulado.

-¿De qué diablos estás hablando?

-Y un viejo en bicicleta en la Museumplein.

-Lo vi. ¿Era...?

-Más tarde -dijo Valerie, cambiando de sitio la gran bolsa de tela para estirar las piernas-. Quizá nos sigan hasta aquí, pero no se dejarán ver.

-¿Puedo saber con quién estoy hablando?

-Con la sobrina de Hermione Geyner, una hermana de mi madre. Si hubieses llegado a conocer a mi padre, te habría obsequiado con las historias de mamá durante la guerra, pero se le hubieran atragantado al llegar a hablar de mi tía. Incluso los franceses piensan que fue demasiado lejos. La Resistencia holandesa y la alemana trabajaban juntas. Ya te hablaré de todo ello más tarde.

-¿Que me lo contarás más tarde? ¿Mientras nos están siguiendo?

-Eres nuevo en esto. Tú no vas a verlos.

-¡Mierda!

-Muy expresivo.

-¡Está bien, está bien! ¿Qué hay de mi padre?

-Va soportándolo. Se ha quedado en mi lugar.

-¿En Cape Ann?

-Si..

-¡Mandé el sobre allí, los «bocetos» de que te hablé por teléfono! Allí está todo lo que ha ocurrido, y se dan los nombres y los motivos. ¡Todo!

-¿Qué?

-¡He estado intentando llamarle! ¡Hace dos días, y después ayer, y hoy otra vez!

-¡Maldita sea! -Se veían a lo lejos las luces de un café de la bahía. Joel habló rápidamente, dando una orden que no podía ser desobedecida-. ¡No importa cómo lo hagas, pero llama a Cape Ann! Vuelve aquí y dime que mi padre está bien, ¿entiendes?

-Si. Porque también yo estoy deseando oír su voz.

Converse paró frente al café sabiendo que no debería haberlo hecho, pero ya le daba igual. Valerie se precipitó fuera del coche, con el bolso abierto y la tarjeta de crédito telefónico en la mano. Si había un teléfono en el local, lo utilizaría; nadie podría detenerla. Joel encendió un cigarrillo. El humo era acre y le picó en la garganta; no le servía de alivio. Miró al agua oscura, a las luces que escondían el puente a lo lejos, tratando de no pensar. Era inútil. ¿Qué había hecho? Su padre conocía su letra, y apenas la viese abriría el sobre. Buscaría disculpas para su hijo y las encontraría, y sin duda llamaría inmediatamente a Nathan Simon... Ahí estaba la horrible posibilidad. Val hubiese comprendido lo suficiente con sólo examinar el material para no decir apenas nada por teléfono, pero no su padre, no Roger. Lo soltaría todo, frenético con la indignación y las ganas de defender a su hijo, y si había alguien más escuchando... ¿Dónde estaba Val? ¡Tardaba demasiado!

Converse no pudo dominarse. Se apeó del coche y corrió hacia la entrada, pero se detuvo bruscamente sobre la gravilla. Valerie salía haciéndole gestos de que retrocediese. Pudo ver las lágrimas corriendo por sus mejillas.

-¡Sube al coche! -dijo acercándosele.

-No. Dime lo que ha pasado. Ahora.

-Por favor, Joel, vuelve al coche. Había dos hombres observándome ahí dentro mientras estaba en el teléfono. Hablé alemán, pero sabían que llamaba a Estados Unidos y vieron lo alterada que estaba. Creo que me reconocieron. Tengo que salir de aquí.

-¡Dime lo que ha pasado!

-En el coche.

Valerie echó la cabeza a un lado y su oscuro pelo voló sobre su hombro mientras se limpiaba las lágrimas. Pasó junto a Converse, abrió la puerta, entró v se sentó inmóvil.

-¡Maldita seas!

Converse corrió temblando hacia el coche, saltó al volante y arrancó. Dio marcha atrás y salió a la carretera patinando sobre el arcén de gravilla. Mantuvo el pie en el acelerador hasta que el oscuro paisaje exterior fue una mancha.

-Ve más despacio -dijo sencillamente Val-. Solo consigues llamar la atención.

Joel apenas pudo oírla por entre su pánico, pero escuchó la orden. Disminuyó la presión sobre el pedal.

-¿Está muerto, no?

-Si.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te dijeron? ¿Con quién hablaste?

-Con una vecina. Tiene mi llave y yo la suya. Se ha encargado de recoger los periódicos y cuidar de aquello hasta que la policía se ponga en contacto conmigo. Dio la casualidad de que estaba allí cuando llamé. Le pregunté si entre el correo no habría un gran sobre procedente de Alemania. Me dijo que no.

-¿La policía? ¿Qué ha pasado?

-Ya sabes que mi casa está en la playa. Hay un acantilado unos cien metros más arriba. No es muy alto ni muy largo, sólo una especie de cortadura...

-¡Sigue! -gritó Joel, aferrando con más fuerza el volante. -Dicen que anoche debió de ir a dar un paseo, se asomo allí y resbaló en las rocas húmedas. Tenía un gran golpe en la cabeza. Su cuerpo fue arrojado a la orilla y lo encontraron esta mañana.

-¡Mentira! ¡Mentiras! ¡Le oyeron! ¡Fueron a por él!

-¿Mi teléfono? Pensé en ello mientras volaba hacia aquí.

-¡Tú sí pero él no! Lo maté yo. ¡Maldita sea, fui yo quien lo maté!

-No más que yo, Joel -insistió la ex señora Converse, tocándole el brazo y estremeciéndose al ver lágrimas en sus ojos-. Y yo le quería mucho. Tú y yo nos separamos, pero él seguía siendo un amigo muy íntimo, quizá el que más.

-Te llamaba «Valley» -dijo Joel con voz quebrada, tratando de rechazar el dolor-. ¡Esos bastardos! ¡Bastardos!

-¿Quieres que conduzca yo?

-¡No!

-El teléfono. Tengo que preguntarte... Pensaba que la policía o el FBI o gente así podrían conseguir una orden judicial.

-¡Por supuesto que sí! Por eso yo sabía que no podía llamarte. Iba a llamar a Nathan Simon.

-Pero no estás hablando de la policía ni del FBI, sino de alguien más, de algo más.

-Sí. Nadie sabe quiénes son, dónde están, pero están ahí. Y pueden hacer cuanto quieren. ¡Dios mío! ¡Incluso mi padre! Eso es lo que resulta tan aterrador.

-Y de eso es de lo que vas a hablarme, ¿no? -dijo Valerie, agarrándose a su brazo.

-Hace unos minutos pensaba reservarme muchas cosas, tratar sólo de hacer que consiguieras que Nathe viniese aquí para encontrarme con él y convencerlo de que no estoy loco. Pero ya no. Ya no queda tiempo; están cerrando todas las salidas. Tienen el sobre... ¡que era lo único que yo tenía! Lo siento, Val, pero voy a contártelo todo. Bien sabe Dios que preferiría no tener que hacerlo, por tu bien; pero, lo mismo que tú, ya no tengo alternativa.

-No he venido aquí para que la tuvieses.

Joel se internó en los campos cercanos al agua y detuvo el coche. La hierba era alta, brillaba el creciente lunar sobre la bahía y se veían a lo lejos las luces de Amsterdam. Se apearon y condujo a Val al sitio más oscuro que pudo encontrar, de la mano. De pronto se dio cuenta de que hacía años que no cogía su mano, que no sentía aquel contacto tan consolador, tan parte de ellos dos. Rechazó la idea; él era sólo un sembrador de muerte.

-Creo que aquí -dijo, soltándole la mano.

-Está bien. -Val se inclinó graciosamente, como una bailarina, y se sentó en el suave césped, apartando los juncos-. ¿Cómo te sientes?

-Horriblemente -dijo Joel, mirando al cielo oscuro-. Hablaba en serio. Yo lo maté. Tantos años de intentar llevarnos bien y acabo matándolo. Si al menos le hubiese dejando en paz, le hubiese permitido ser quien era y no quien yo quería que fuese, ahora estaría tomándose unos tragos en algún lugar a miles de millas, contando sus locas historias y haciendo reír a todo el mundo; pero no en tu casa de Cape Ann ayer.

-Tú no le obligaste a volver de Hong Kong, Joel.

-No, no le rogué ni le di una orden, si esa eso a lo que te refieres, pero la orden estaba ahí. Desde que murió mi madre esas palabras estaban siempre presentes entre nosotros. «¡Crece, papá! Haz tus viajecitos, pero no te quedes por ahí tanto tiempo; la gente se preocupa. Sé responsable, padre mío.» ¡Claro, como yo era tan santo! Y acabo matándolo.

-¡Tú no lo has matado! ¡Fueron otros! ¡Háblame de ellos! Converse tragó saliva mientras se limpiaba las lágrimas.

-Sí, tienes razón... No hay tiempo, ni siquiera para el bueno de Roger.

-Ya lo habrá después.

-Si hay un después -dijo Joel respirando hondo, tratando de dominarse-. ¿Sabes lo de René?

-Sí, lo leí ayer. Me puso enferma. Talbot me dijo que le había visto en París, y que también él pensaba que tu cabeza no regía. Y a René lo mataron por haberte visto. Larry debe de estar volviéndose loco.

-A René no lo mataron por eso. Hablemos de Larry. La primera vez que le llamé necesitaba información sin pedírsela a él directamente. Estaba siendo utilizado por causa mía, seguido, y no lo sabía. Si se lo hubiera dicho, el deportista de la universidad que aún lleva dentro hubiese reaccionado, y lo hubieran matado en plena calle. Pero la última vez que hablé con él entré en materia. Acababa de escaparme, estaba agotado, seguía asustado y fui franco con él. Se lo conté todo.

-Me lo dijo; me dijo que estabas reviviendo tus experiencias en Vietnam del Norte. Hay un término psiquiátrico para eso. Joel sacudió la cabeza y dejó escapar una corta risa burlona.

-¿Es que no lo hay siempre? Supongo que había ciertas semejanzas. Larry no escuchó lo que le decía. Estaba sólo atento a oír algo que le confirmase lo que otros le habían dicho de mí, lo que él creía cierto. Fingía ser el amigo que yo conocía pero no lo era. Sólo era un abogado tratando de convencer a su cliente de que estaba enfermo y, por la seguridad de todos, debía entregarse. Cuando me di cuenta de su actitud y de que le había dicho dónde me encontraba, supe que iba a decirlo, pensando hacer lo que debía. Ya no me importaba mas que salir de allí, de modo que le dije a casi todo que sí, colgué y eché a correr. Tuve suerte. Veinte minutos más tarde vi cómo se paraba un coche frente al hotel con dos aspirantes a ser mis verdugos.

-¿Estás seguro de eso?

Joel asintió con la cabeza.

-Al día siguiente uno de ellos declaró haberme visto en el puente Adenauer con Walter Peregrine. No me acerqué para nada a ese puente, o al menos eso creo, porque ni siquiera sé dónde está.

-Lo leí en el Times. Ese hombre era un oficial del Ejército, un comandante de la Embajada llamado Washburn.

-Eso es. -Converse arrancó una larga hierba y empezó a triturarla entre sus dedos-. Son verdaderos fenómenos manipulando los medios de información, tanto la prensa como la radio y la televisión. Cada palabra que lanzan va por canales que la limpian y le dan el marchamo de auténtica, de oficial. Siegan vidas, incluidas las de su propia gente, como si se tratase de piezas de ajedrez. No les importa; sólo quieren vencer. Y se trata del mayor juego de la historia moderna. Lo terrible es que pueden ganarlo.

-Joel, ¿sabes lo que estás diciendo? Un embajador norteamericano, el comandante supremo de la OTAN, René, tu padre... tú. Además, asesinos en la Embajada, una prensa manipulada, mentiras procedentes de Washington, París, Bonn... todas con marchamo oficial. ¡Estás describiendo una especie de Anschluss, un golpe de Estado diabólico!

Converse la contemplaba a la luz de la luna, mientras la brisa marina hacía oscilar las altas hierbas.

-Eso es exactamente, concebido por un solo hombre y llevado a cabo por un puñado de ellos, totalmente sinceros en sus convicciones y tan persuasivos como pueda serlo el mejor grupo de profesionales. Pero lo peor es que son fanáticos, asesinos por una causa que consideran nada menos que sagrada. Han reclutado y están reclutando hombres afines en todas partes, profesionales frustrados convencidos de que ya no queda otro recurso. Se agarran a teorías y promesas y aceptan, ¡qué aceptan, ensalzan!, los mitos de la eficacia, la disciplina y la abnegación porque saben que eso conduce al poder, poder para reemplazar a los ineficaces, los indisciplinados, los corruptores y los corruptos. Están ciegos; no ven mas allá de la imagen distorsionada que tienen de sí mismos. Si esto suena a resumen es porque probablemente lo es. No he dormido gran cosa, pero pienso mucho.

-El jurado sigue en su puesto, Joel -dijo Valerie, mirándolo con ojos vivaces-. No quiero un resumen, lo quiero todo. Creo que deberías empezar por el principio, por donde empezó para ti.

-De acuerdo. Fue en Ginebra...-Lo sabía -interrumpió Val, susurrante.

-¿Qué?

-Nada. Sigue.

-Todo empezó con un hombre al que no había visto desde hacía 23 años. Lo curioso es que ahora, en Ginebra, se llamaba de otra manera. Me lo explicó, y la cosa no tenía mayor importancia, aunque era todo un tanto misterioso. No sabía yo lo misterioso que era, ni cuántas cosas no me explicó, ni cuántas mentiras me dijo para manipularme. Lo tremendo es que lo hizo por muy buenas razones. Yo era el hombre que ellos necesitaban. No sé quiénes son ellos, sino que están ahí, en alguna parte. Mientras viva, por mucho tiempo que me permitan vivir, nunca olvidaré sus palabras cuando llegó al corazón de lo que le había traído a Ginebra. «Han vuelto», dijo. «Han vuelto los generales.»

Se lo contó todo, dejando que su mente y sus ideas vagasen de acá para allá hasta incluir cuantos detallles podía recordar. Estaba en marcha la cuenta atrás. En cuestión de días, o en el mejor de los casos de un par de semanas, habría estallidos de violencia en todas partes, como el que estaba teniendo lugar ya en Irlanda del Norte. «Acumulación», como ellos decían. «¡Aceleración rápida!» Sólo que nadie sabía quién o qué eran los objetivos, ni dónde estaban. George Marcus Delavane era el loco que lo había ideado todo y otros locos poderosos le escuchaban, seguían sus órdenes, e iban ocupando posiciones desde las que podrían lanzarse al asalto final. En todas partes.

Al fin terminó, sintiendo la angustia de saber que si ella caía en manos de los soldados de Aquitania las drogas le harían revelar la información, y el resultado sería su muerte. Sentía unas ganas desesperadas de salvar el espacio que había entre ambos y abrazarla, de decirle cuánto se odiaba a sí mismo por hacer lo que sabía que tenía que hacer. Pero no intentó el

menor movimiento. Sus ojos le decían que no lo hiciese, que ella estaba evaluando, pensando las cosas por sí misma.

-A veces -dijo Val-, cuando soñabas, o cuando habías bebido con exceso, hablabas de ese Delavane. Te entraba tal pánico que temblabas, cerrabas los ojos y a veces gritabas. Tanto odiabas a ese hombre. Además le teníais todos un miedo cerval.

-Causó un montón de muertes innecesarias. Muchachos... chiquillos a los que el uniforme les venía grande y que no sabían que gung ho significaba «buscar y destruir» y acabar hecho pedazos.

-¿No es posible que pudieras estar... cómo lo llaman... transfiriendo tus emociones?

-Si crees eso, te llevaré otra vez al Amstel y puedes irte a casa por la mañana y volver a tus caballetes. No estoy loco, Val. Estoy aquí y lo que te he dicho está pasando.

-De acuerdo; tenía que preguntártelo. No sabes lo que fueron para mí esas noches, unas veces dándote cabezazos contra la cama y otras tan atontado por el alcohol que no sabías dónde estabas.

-No ocurría a menudo.

-Lo admito; pero cuando ocurría tú estabas allí, y sufriendo.

-Que es precisamente por lo que se pusieron en contacto conmigo en Ginebra, por lo que me reclutaron.

-Y ese Fowler, o Halliday, sabía exactamente qué palabras debía emplear: las tuyas.

-Fue Fitzpatrick quien le consiguió todo. También él creía estar haciendo lo que debía.

-Sí, lo sé; me lo dijiste. ¿Qué crees que le ha ocurrido? Me refiero a Fitzpatrick.

-Llevó días tratando de dar con una razón para que respetasen su vida y no lo consigo. Es más peligroso para ellos que yo. Conoce tan bien los mecanismos del Pentágono y las licencias de exportación que le bastarán la mitad de las pruebas que yo necesito para crucificarlos. Lo han matado.

-¿A ti te caía bien, verdad?

-Si; y, lo que no es menos importante, casi me asustaba esa inteligencia suya. Era rápido y perspicaz, y tenía una imaginación de todos los diablos que no le daba miedo usar.

-Se parece a alguien con el que estuve casada.

Converse se quedó mirándola un momento y después desvió los ojos hacia el agua.

-Si salgo vivo de esto, lo que no creo, voy a ir de caza. Voy a descubrir quién lo hizo, quién apretó el gatillo. No habrá juicio, ni testigos de la acusación ni de la defensa, ni circunstancias que valgan, atenuantes o de cualquier otro tipo. Sólo yo... y un arma.

-Lamento oírte eso, Joel. Siempre admiré tus principios. Eran una constante, lo mismo que tu atracción, tu veneración más bien, por la ley. Yo sabía que no todo era vanidad y ambición, y eso te daba las únicas raíces auténticas que nunca has tenido. Podías enfrentarte a la ley y discutir, como hace un hijo con su padre, sabiendo que es una especie de absoluto. Es algo que tu padre nunca te dio, según decía él mismo.

-No me parece el mejor momento para recordarlo.

-Lo siento. Fue él quien lo sacó a relucir. Perdóname.

-No importa. Estamos hablando, y eso es algo que no hicimos mucho el último año que pasamos juntos.

-Me pareció que no lo deseabas.

-Olvídalo. Volvamos al presente.

-¡Es tanto lo que puedes negar! ¡Lo único que tienen contra ti son palabras! Eso mismo le dije a Larry: dicen que estuviste aquí y allá, que hiciste esto o aquello, pero no estuviste

donde dijeron que estabas ni hiciste lo que ellos dicen. El abogado eres tú, Converse. ¡Por el amor de Dios, da la cara y defiéndete!

-No pienso acercarme a un tribunal, ¿es que no lo entiendes? Donde y cuando quiera que aparezca, habrá alguien allí con orden de matarme aun a costa de su propia vida, lo que, teniendo en cuenta las consecuencias, supondría un sacrificio insignificante. Mi idea era utilizar el sobre, los dossiers y toda la información que contenían, información que sólo puede proceder de fuentes gubernamentales y que significa que tengo aliados en algún lugar de Washington. Con todo eso podría ver a gente a la que conozco, a la que conoce nuestra firma, y con ayuda de Nathan hacer que me escuchen, que vean que no estoy loco, que oigan de mis propios labios lo que he visto, oído y sabido. Pero sin ese sobre ni siquiera Nate podría ayudarme. Además, se empeñará en que siga las reglas y me entregue, asegurándome que mi protección está garantizada. Pero no hay protección posible contra ellos. Están en las embajadas, en las bases navales y en las del Ejército, en el Pentágono, en la policía, en la Interpol y en el Departamento de Estado; son viejas con una bolsa en un tren y viajeros con portafolios. Uno no sabe quiénes son, pero están allí. Y no pueden permitirse dejarme vivir. He escuchado su credo todopoderoso de primera mano.

-Jaque mate -dijo suavemente Val.

-Así es.

-Entonces tenemos que encontrar a algún otro.

-¿Qué?

-Alguien a quien esas personas con las que quieres hablar escuchen; alguien cuya presencia pueda obligar a esos hombres de Washington que te enviaron desde Ginebra a decir quiénes son, a dar la cara.

-¿En quién estas pensando? ¿En san Juan Bautista?

-No en Juan, sino en Sam. Sam Abbott.

-¿Sam? ¡Pensé en él esa noche en París! ¿Cómo pudiste...? -Lo mismo que tú, he tenido mucho tiempo para pensar. En Nueva York, en el avión, y anoche después de ver a mi tía en Berlín.

-¿A tu tía?

-Ya llegaremos a eso. Yo sabía que si estabas vivo tenía que haber una razón para que siguieses oculto, para que no aparecieses gritando, negando todas esas locuras que andan diciendo de ti. Eso no tenía sentido, no te iba. Y si te habían matado o capturado vendría en todas las primeras páginas, lo dirían en todos los noticiarios de radio y televisión. Como no salió la noticia, supuse que tenías que estar vivo. Pero ¿por qué seguías huyendo, escondiéndote? Después pensé ¡Dios mío! Si Larry Talbot no le cree, ¿quién va a creerle? Y si Larry no te había creído, eso quería decir que la gente que le rodeaba, personas como él, todos tus amigos y esos «contactos» que tenías, habían sido convencidos de que tú eras el loco, el maníaco del que todo el mundo hablaba en Europa. Nadie querría saber nada de ti y necesitabas a alguien. No a mí, bien lo sabe Dios; yo soy tu ex mujer y no tengo ningún peso, y tú necesitabas a alguien que lo tuviese. De modo que pensé en toda la gente de la que habías hablado alguna vez, en todos nuestros conocidos. Había un hombre que me venía a la cabeza una y otra vez: Sam Abbott. El general de brigada Abbott ahora, según los periódicos de hace unos seis meses.

-«Sam the Man» -dijo Joel, moviendo la cabeza con gesto de aprobación-. Lo hirieron tres días después que a mí y a los dos nos tuvieron de un campo en otro. Una vez estuvo en una celda junto a la mía y hablábamos por morse golpeando la pared, hasta que me trasladaron. El siguió en las Fuerzas Aéreas por muy buenas razones. Sabía que era donde podía dar todo lo que llevaba dentro.

Librodot

-Te apreciaba mucho- dijo Val, con una mezcla de convicción y tranquilo entusiasmo-. Decía que nadie había hecho tanto como tú por la moral de los campos, que tu fuga definitiva dio esperanzas a todos.

-Eso es un cuento. Yo era un agitador, así me llamaban, que podía permitirse correr riesgos. Sam tenía el trabajo más duro. Podía haber hecho lo mismo que yo, pero era el oficial de mayor graduación, y sabía que si lo intentaba habría represalias. Era él quien los mantenía unidos, no yo.

-Pues él no decía eso. Creo que es la razón de que nunca tuvieses mucho aprecio por el marido de tu hermana. ¿Recuerdas cuando Sam fue a Nueva York y quisiste emparejarlo con Ginny? Cenamos todos en aquel restaurante tan caro.

-Ginny le asustó. Recuerdo que me dijo que si la hubiesen reclutado y le hubiesen confiado el alto mando no hubiera caído Saigón

No estaba dispuesto a pelear esa guerra durante el resto de su vida.

-Con lo cual perdiste un cuñado que valía la pena. -Valerie sonrió. Después su sonrisa se borró y se inclinó hacia adelante-. Puedo hablar con él, Joel. Le buscaré y le hablaré; le diré lo que me has contado. Y, sobre todo, que no estás más loco que él o que yo, que fuiste manipulado por gentes a las que no conoces, por personas que te mintieron para que hicieses el trabajo que ellos no podían o no se atrevían a hacer.

-Eso no es justo. Si empezaran a escarbar en el Departamento de Estado y el Pentágono podía haber una racha de accidentes mortales. No; hicieron lo que debían. La cosa tenía que empezar por aquí. Era el único modo.

-Si puedes decir eso después de todo lo que has pasado es que estás mas cuerdo que ninguno de nosotros, y Sam ayudará.

-Podría hacerlo -dijo Joel, pensativo, rompiendo otra brizna de hierba-. Tendría que tener mucho cuidado, no utilizar ninguno de los canales usuales, pero podría hacerlo. Hace tres o cuatro años, después de nuestra ruptura, supo que yo estaba en Washington unos días y me llamó. Cenamos juntos y después bebimos tanto que acabó pasando la noche en el sofá de mi cuarto del hotel. Y hablamos, también demasiado. Yo sobre mí... y sobre ti, y Sam sobre su última y monumental frustración.

-Entonces seguís siendo íntimos. No ha pasado tanto tiempo.

-No es a eso a lo que yo iba, sino a lo que estaba haciendo. Había hecho lo imposible por entrar en el programa de la NASA, pero no se lo permitieron. Dijeron que era demasiado valioso donde estaba. Nadie le igualaba tratándose de maniobras a cualquier altitud a velocidades subsónicas. Hacía mas dibujos en el cielo que el mejor diseñador de la Séptima Avenida en tierra. Le bastaba mirar un avión para decir lo que era capaz de hacer.

-No comprendo.

-Ah, perdona. Lo habían llevado a Washington como asesor de la Agencia de Seguridad Nacional, en combinación con la CIA. Su trabajo consistía en evaluar las posibilidades del nuevo equipo soviético y chino.

-¿Qué?

-Aviones, Val. Trabajaba en Langley y en una docena de pisos francos de Virginia y Maryland estudiando las fotografías proporcionadas por los agentes e interrogando a los desertores, especial-mente pilotos, mecánicos y técnicos. Conoce a la gente con la que tengo que hablar; ha trabajado con ellos.

-Supongo que estás hablando del servicio, o los servicios, de Inteligencia.

-No sólo los servicios -corrigió Joel-. Me refiero a hombres que se arrastran entre las sombras de esas pinturas tuyas, gente entrenada para acabar con bastardos como Delavane y su tribu, para suprimirlos en silencio utilizando métodos y técnicas de las que tú y yo nada sabemos, drogas y mujeres y muchachitos... ¡Deberían haber intervenido desde el principio!

Nada de Ginebra ni de mí. Ellos matan cuando es eso lo que conviene, y lo justifican porque lo hacen en interés último del país. Dios mío, las pestes que he dicho de ellos, la de veces que el recto abogado que hay en mí ha pedido que se les exijan responsabilidades. Pues bien, don Ingenuo ha cambiado, le han hecho cambiar, porque ha visto al enemigo y no tiene nada que ver con nosotros, con el nosotros que creo que somos. Si hace falta el garrote para acabar con un cáncer cuando la medicina legal no puede extirparlo, pásame el alambre, compañero, y leeré el manual.

-Creía que odiabas a los fanáticos.

-Los odio. Sí... los odio.

-Sam -insistió Valerie-. Volveré mañana y le buscaré.

-No. Quiero que vuelvas esta noche. ¿Sigues llevando el pasaporte en el bolso?

-Claro. Pero tengo que...

-No quiero que vuelvas al Amstel. Tienes que salir de Amsterdam. Hay un vuelo nocturno de la KLM a Nueva York a las once y cuarenta y cinco.

-Pero mis cosas...

-No vale la pena. Llama al hotel cuando llegues. Envíales dinero y diles que fue una emergencia. Te lo mandarán.

-¿Estás hablando en serio?

-Como nunca en mi vida. Creo que debes saber la verdad acerca de René. No lo mataron porque se viese conmigo en París; entonces no ocurrió nada. Le llamé desde Bonn hace cuatro días y hablamos. Me creyó. Lo mataron porque me envió a Amsterdam, a ver a un hombre que podía haber conseguido meterme en un avión camino de Washington. Eso ya pasó y no importa. Lo importante eres tú. Has venido aquí y me has encontrado, y los que me buscan por toda la ciudad no tardarán en saberlo, si es que no lo saben ya.

-Nunca dije que fuese a ir a Amsterdam. Tuve buen cuidado de hacer saber en el Kempinski que iba directamente a casa, y que si tenía alguna llamada dijesen que estaba en Nueva York.

-¿Reservaste plaza en el avión?

-Naturalmente. Sólo que no aparecí.

-Está bien, pero no es suficiente. La gente de Delavane es muy eficaz. Leifhelm tiene contactos en todos los aeropuertos y controles de inmigración de Alemania. Lo descubrirán. Podemos haberlos engañado esta noche, pero no dos veces. Sospecho que en este momento hay un alemán esperándote en el Amstel, probablemente en tu habitación. Quiero que crea que vas a volver, que sigues aquí.

-Si alguien así va a mi habitación se va a llevar una sorpresa.

-¿Qué quieres decir?

-Que hay allí otra persona. Un viejo con una larga memoria, que ha recibido instrucciones que preferiría no repetir.

-¿Es cosa de tu tía?

-Ella lo ve todo en blanco y negro, nada de grises. Hay el enemigo y los demás, y quien quiera hacer daño a la hija de su hermana es sin duda alguna el enemigo. Tú no conoces a esa gente, Joel. Viven en el pasado; nunca olvidan. Ahora están viejos y ya no son lo que fueron, pero lo recuerdan, y también por qué hicieron lo que hicieron. Era tan simple para ellos... El bien y el mal. Viven de esos recuerdos. Francamente, si te digo la verdad, asusta un poco, dan algo de miedo. Desde entonces no ha habido en sus vidas nada tan real, tan importante para ellos. La verdad es que pienso que preferirían volver a aquellos tiempos, con su horror y todo.

Librodot

-Pero ¿qué hay de tu tía? Después de todo lo que han dicho de mí los periódicos y la televisión, ¿le pareció bien? ¿No hizo preguntas? ¿Le bastó con que fueses la hija de su hermana?.

-No; hizo una pregunta muy concreta y se la contesté. Con eso bastó. No obstante, debo decirte que es rara, muy rara, pero puede hacer lo que hay que hacer y eso es lo que importa.

-Está bien. ¿Volverás esta noche?

-Si. Es razonable y puedo hacer más desde Nueva York que desde aquí. Por lo que me has dicho, cada hora es importante.

-Vital. Gracias. También puedes encontrar problemas con lo de Sam. No tengo la menor idea de dónde está y los servicios no cooperan cuando se trata de una mujer que pretende localizar a un oficial, especialmente si es de alta graduación. Puede traer complicaciones: un asunto amoroso en ultramar, un hijo del que ese hombre no sabía nada y que probablemente no es suyo... Son muy circunspectos.

-Entonces no les pediré que me digan dónde está. Diré que soy un familiar al que ha estado tratando de encontrar, que viajo mucho y que si quiere llamarme estaré en tal hotel durante las veinticuatro horas siguientes. A un general no tendrán más remedio que darle un recado así.

-Sin duda. Pero si dejas tu nombre corres un gran riesgo, por ti y por él.

-Utilizaré una variante que pueda reconocer. -Valerie parpadeó, mirando al suelo-. Algo como... Parquet, sólo que lo feminizaré: Parquette. Suelo, madera, algo que tiene que ver con un Charpentier, un carpintero. Y le añadiré Virginia; se acordará de Ginny a causa de ti. Virginia Parquette. Se dará cuenta.

-Probablemente. Y quizá otros también. Al no aparecer tú anoche, Leifhelm tendrá los aeropuertos vigilados. Pueden verte en el Kennedy.

-Entonces los despistaré en La Guardia. Iré a un motel donde me alojo cuando tomo el avión de Boston. Me registraré y saldré sin que se enteren.

-Eres muy rápida.

-Ya te dije que mis raíces se remontan muy atrás. He oído historias de éstas a montones. Y ahora, ¿qué hay de ti?

-Seguiré invisible. Está saliéndome muy bien y puedo pagar cuanto necesite.

-Repito tus palabras: «Bien, pero no lo suficiente.» Cuanto más dinero gastes, mayor rastro dejas. Te encontrarán. También tú tienes que salir de Amsterdam.

-Bueno, puedo colarme por unas cuantas fronteras y llegar a París, a mi vieja suite del George Cinq. Quizá resulte un tanto llamativo, pero si doy buenas propinas... Son franceses.

-Déjate de bromas.

-No bromeo. Me gustaría tener un cuarto de baño para mi solo y una ducha, o incluso una bañera de segunda mano. Las habitaciones que encuentro no vienen ni en las guías de viaje más esotéricas.

-No te has dado una ducha en Dios sabe cuánto tiempo; eso se nota aunque estemos al aire libre.

-Desconfía de la esposa a quien ofende la higiene de su marido. Es señal de algo.

-Basta ya, Joel. No soy tu mujer. Tengo que poder comunicarme contigo.

-Déjame pensar. También yo me estoy volviendo muy ingenioso. Ya se me ocurrirá algo. Podría...

-A mí ya se me ha ocurrido -le interrumpió con firmeza Val-. Antes de venir hablé con mi tía.

-¿Desde tu casa?

Librodot

-Desde el hotel del centro de Nueva York donde me registré con otro nombre.

-Pensaste en tu teléfono.

-No como tú. Le dije lo que creía que había ocurrido y lo que iba a intentar hacer. Vino a verme en Berlín anoche. Estaba entusiasmada y se hartó de decir que podía hacer esto y aquello, pero en resumidas cuentas se trata de que nos ayudará. Va a esconderte, y lo mismo harán otros.

-¿En Alemania?

-Sí. Vive en el campo, en las afueras de Osnabrück. Es el sitio más seguro al que puedes ir, el último en que a esa gente se le ocurriría buscarte.

-¿Y cómo vuelvo a Alemania? ¡Ya me costó bastante salir! Dejando aparte a la gente de Delavane, están alertadas todas las fronteras y mi foto en todas las paredes.

-Hablé con Hermione esta tarde, después de tu llamada... desde un teléfono público. Estaba en casa de una amiga. Empezó en seguida a disponerlo todo, y cuando llegué aquí hace unas horas me esperaba un viejo en el aeropuerto, el mismo con el que vas a pasar la noche. No lo conoces pero lo has visto; era el que andaba en bicicleta por la Museumplein. Me llevó a una casa del Lindengracht desde donde podía llamar a mi tía. El teléfono estaba lo que ellos llaman unberührt, limpio, intacto.

-¡Dios mío! Han vuelto a los cuarenta.

-No es tanto lo que ha cambiado.

-No, creo que no. ¿Qué dijo tu tía?

-Sólo me dio instrucciones para ti. Mañana por la tarde, a última hora, cuando el terminal esté lleno, vas a ir a la Estación Central, aquí en Amsterdam, y a situarte junto a la caseta de información. Se te acercará una mujer y te saludará, diciendo que te conoce de Los Angeles. Respóndele, y durante la conversación te entregará un sobre. Dentro habrá un pasaporte, una carta y un billete de tren.

-¿Un pasaporte? ¿Cómo?

-Sólo necesitaban una fotografía. Ya lo sabía cuando dejé a tu padre en Cape Ann.

-¿Que tú lo sabías?

-Ya te he dicho que me he pasado la vida oyendo esas historias, cómo sacaban a judíos y gitanos y a personas que tiraban en paracaídas fuera de Alemania, en países neutrales u ocupados. Los documentos falsos y las fotos llegaron a ser todo un arte.

-¿Y trajiste una foto?

-Parecía lógico. Roger pensaba lo mismo. Recuerda que estuvo en esa guerra.

-Una foto... Lógico.

-Sí. Encontré una en un álbum. ¿Recuerdas cuando fuimos a las islas Vírgenes y te quemaste al sol el primer día?

-Vaya si me acuerdo. Me hiciste ponerme corbata para cenar y el cuello me mataba.

-Sólo quería darte una lección. Esa foto es un primer plano.

Quería tener tu soleadura con todo detalle.

-Pero sigue siendo mi cara, Val.

-Fue tomada hace ocho años y el quemado desdibujaba tus rasgos. Servirá.

-¿No necesito saber nada?

-Si te paran para hacerte ese tipo de preguntas, probablemente te detendrán. Pero mi tía no cree que lo hagan.

-¿Por qué está tan confiada?

-La carta explica lo que te ha traído aquí.

-¿Y qué es?

-Una peregrinación a Bergen-Belsen, y más tarde a Auschwitz, en Polonia. Está escrita en alemán y tienes que dársela a cualquiera que te pare, porque sólo hablas inglés.

-¿Pero por qué iba eso a...?

-Eres un sacerdote -le interrumpió Valerie,-. La peregrinación está financiada por una organización de Los Angeles llamada Coalición de Cristianos y Judíos por la Paz Mundial y el Arrepentimiento. Muy seguro de sí mismo tendría que estar el alemán que se interpusiese en tu camino. En la maleta tengo un traje oscuro de tu talla, un sombrero, unos zapatos negros y un alzacuello. Te darán las instrucciones junto con el billete. Tomarás el expreso del norte hacia Hannover, donde se supone que cogerás el tren de Celle para ir a Bergen-Belsen por la mañana; pero naturalmente no lo harás. Al llegar a Osnabrück te apeas. Mi tía estará esperando a su clérigo, y para entonces yo estaré ya de vuelta en Nueva York poniéndome en contacto con Sam.

Converse sacudió la cabeza.

-Val, todo eso es muy impresionante, pero no estabas escuchándome. Los hombres de Leifhelm me han visto en esa estación y saben qué aspecto tengo.

-Vieron a un hombre pálido con barba y la cara hecha un mapa.

Aféitate esta noche.

-¿Y pido que me hagan la cirugía estética?

-No; aplícate una buena cantidad de Instant Sun, una loción que encontrarás con la ropa que te he traído. Te pondrá la cara más oscura que en la foto del pasaporte y disimulará los golpes; apenas se notarán. El sombrero negro y el alzacuello harán el resto.

-Presagios -dijo Joel, tocándose las magulladuras de la cara y notando que ya le dolían menos-. ¿Recuerdas cuando te caíste y te diste contra la mesa del vestíbulo, cómo se te puso el ojo?

-Menudo pánico; tenía una presentación al día siguiente. Saliste a comprarme maquillaje.

-Compré lo mismo esta mañana. Me ayudó mucho.

-Me alegro.

Se miraron a través de la corta distancia que los separaba, en el campo iluminado por la luna.

-Cuánto lamento todo, Val. Me gustaría que no estuvieses metida en esto. Si hubiera algún otro camino no lo permitiría, bien lo sabes.

-Lo sé, pero no me importa. Vine aquí a causa de una promesa que me hice a mí misma, una promesa que tenía intención de cumplir. Esto es algo que está más allá de ti, Joel, créeme.

-La promesa que te hiciste a ti misma fue provocada por mí, y, dado que yo era la parte ofensora de la segunda parte, eso debería haberla cancelado.

-Esa es sólo una repugnante opinión de leguleyo -dijo Val, cambiando las piernas de postura y mirando a otro lado-. Pero está también lo obvio. Todo lo que me has contado me aterroriza. No el hecho A y el hecho B, o quién conspira contra quién; soy una pintora de paisajes y esas cosas se me escapan. Pero estoy tan terriblemente asustada porque puedo personalizar. Me doy cuenta de que esa gente, esa Aquitania puede vencer, puede hacerse con el control de nuestras vidas, convertirnos a todos en pacientes ovejas del rebaño. ¡Dios mío, Joel, si los recibiríamos a todos con los brazos abiertos!

-Me parece que no comprendo.

-Entonces estás ciego. No creo que sean sólo las mujeres, o al menos las que viven solas como yo; creo que es la mayoría de la gente que anda por la calle, tratando de ganarse el pan, de sacar para la renta, la hipoteca o el plazo del coche, de tener éxito en la vida. ¡Estamos

Librodot

asqueados de todo lo que nos rodea! A cada paso nos dicen que podemos desaparecer en una guerra nuclear si no dejamos que nos echen de casa a fuerza de impuestos para pagar mayores bombas, o que el agua está contaminada, o que no debemos comprar esto o aquello porque puede estar envenenado. Desaparecen niños, te pueden matar por ir a la tienda a buscar un litro de leche, y drogadictos y atracadores con pistolas y cuchillos se cargan gente por la calle. Vivo en un pequeño pueblo, y por nada del mundo iría allí después de oscurecer; y si estoy en la ciudad, en cualquier ciudad, hasta en pleno día voy mirando quién viene detrás y nunca se me ocurre entrar en un ascensor que no esté lleno. No podía permitírmelo, pero he puesto un sistema de alarma en una casa que no es mía porque hubo un barco que se pasó una noche entera allí enfrente. En mi imaginación veía hombres arrastrándose por la playa hasta mis ventanas. Todos vemos cosas así, en el mar, por las calles de la ciudad o en un campo como éste. Estamos asustados, hartos de problemas, de violencia. Necesitamos a alguien fuerte que acabe con ello... y no estoy segura de que siquiera importe quién sea. Y si los hombres de que hablas siguen adelante, créeme, saben bien lo que hacen. Pueden presentarse y ser coronados sin necesidad de votos... Lo que, a pesar de todo lo que he dicho, es aún más terrible. De modo que llévame al aeropuerto.

-¿Cómo pude dejarte marchar? -susurró Joel, más para sí que para ella.

-Déjalo, Converse. Eso es agua pasada. Nosotros somos ya agua pasada.

Observó desde la zona más oscura del aparcamiento del aeropuerto Schilphol de Amsterdam cómo el avión ganaba velocidad por la pista y se elevaba hacia el cielo nocturno. Había conducido hasta un andén lleno de gente, donde Val se apeó después de darle un trozo de papel con la dirección que iba a ser su refugio por esa noche. Para que supiese que había conseguido llegar a bordo, iba a salir de las puertas de cristal, mirar su reloj y volver a entrar. Si el avión estaba completo, continuaría por el paso de peatones hasta el aparcamiento temporal que había cien metros más allá de la entrada, donde él estaría esperándola. Val había salido, mirado su reloj y vuelto al terminal, y lo que ahora sentía Joel era en parte alivio y en parte una especie de íntimo vacío. Vio cómo la trayectoria de las luces del avión iba perdiéndose en la noche.

Estaba desnudo frente al espejo en el pequeño cuarto de baño de la casa de Lindengracht. El coche se encontraba a unas veinte calles de allí. Había tenido la precaución de volver a pie. El viejo propietario del piso era agradable y hablaba en un inglés vacilante y claro, pero sus ojos vagaban lejos y nunca establecían un contacto real. Su mente estaba en otro lugar, en otro tiempo.

Joel se había afeitado minuciosamente, duchado más tiempo del que conviene a un huésped y aplicado en cara, cuello y manos la loción rojo oscuro. En pocos momentos tuvo la piel bronceada. El resultado era mucho más auténtico que con otros productos que recordaba, y que se notaban a la legua, pues dejaban una máscara de un moreno forzado, demasiado suave y cosmético para resultar natural. La nueva coloración ocultaba aún más las señales de su cara, dándole un aspecto casi normal. Prescindiría de las gafas oscuras; sólo servían para llamar la atención, especialmente de quienes le hubiesen visto antes o tuvieran su descripción. Se lavó las manos repetidamente, frotándolas una contra otra para quitar las manchas de las yemas de los dedos.

Un sobresalto. De algún lugar detrás de la puerta llegaba el sonido de un timbre. Se apresuró a cerrar el grifo y escuchó, sin respirar, con los ojos clavados en la pistola que había dejado sobre el estrecho alféizar. Volvió a oír el ruido. Después oyó una voz sola; un hombre al teléfono. Se secó las manos y se puso el albornoz corto que habían dejado sobre la cama de su pequeña e inmaculada habitación. Se echó la pistola al bolsillo, salió y anduvo por el estrecho y oscuro pasillo que llevaba al «despacho» del viejo. Era una antigua alcoba llena de

viejas revistas, algunos libros y periódicos sensacionalistas, abiertos sobre mesas y sillas por las secciones más sangrientas, con señales de lápiz rojo circundando artículos y fotos. En las paredes había grabados y fotografías de lejanos sucesos bélicos, incluidos cadáveres en las posturas más diversas. De un modo extraño, aquello le recordó a Converse L'Etalon Blanc de París, sólo que aquí no había hazañas gloriosas, únicamente la fealdad de la muerte. Al menos, pensó, era más honesto.

-Ah, Meneer-dijo el viejo, sentándose en un enorme sillón de cuero que se tragó su endeble cuerpo, con el teléfono al lado-. ¡Está a salvo, totalmente a salvo! Era Kabel... un nombre en clave, natuurlijk. Ha salido del hotel e informa de la marcha de su trabajo.-El holandés, frágil y con setenta y tantos años, se levantó trabajosamente del sillón y quedó erguido, con los delgados hombros hacia atrás y el cuerpo rígido. Un viejo loco jugando a los soldados-. ¡La operación Osnabrück está en marcha! -dijo, como si informase a un superior-. Como suponían los informes de nuestra inteligencia, el enemigo se infiltró en la zona y ha sido comprometido.

-¿Qué ha sido qué?

-Ejecutado, Meneer. Un alambre alrededor de la garganta. La sangre queda en la ropa al echar el cuello hacia atrás; de ese modo no hay señales de lucha y basta con hacer desaparecer al enemigo del lugar del compromiso.

-¿Cómo dice?

-Kabel es fuerte para su edad -explicó el viejo, sonriente, en postura ya relajada y con la cara hecha un bosque de arrugas-. Sacó el cuerpo de la habitación, lo arrastró hasta la escalera de incendios y lo bajó al callejón. Desde allí entró al sótano y puso el cadáver junto a las calderas. Es verano y puede que no lo encuentren en muchos días... a menos que huela demasiado mal.

Converse escuchó las palabras, pero se concentró sólo en una: Compromiso. En aquel extraño lenguaje de otros tiempos, eso significaba... ejecución. ¡Ejecución... crimen... asesinato!

¿Qué le parece comprometer a ciertos individuos poderosos en gobiernos concretos...? Palabras de Leifhelm.

No resultaría. Sin respuesta.

¡No toma usted en consideración el elemento tiempo! ¡Acumulación! ¡Aceleración rápida! Chaim Abrahms.

¡Dios Santo!, pensó Joel. ¿Era a eso a lo que se referían los generales de Aquitania? ¿Asesinatos? Esa era la causa de las miradas de desaprobación dirigidas al israelí y de la repentina retirada de Abrahms a los distingos, hasta descartarlo: Es tan sólo una idea... Ni siquiera estoy seguro de que sea aplicable.

Acumulación, aceleración rápida, uno tras otro... Eliminación de los líderes en todas partes. Presidentes y primeros ministros, ministros de Asuntos Exteriores y vicepresidentes, hombres y mujeres investidos de poder de todos los matices del espectro político aceptable violentamente eliminados, hasta sembrar el caos en los gobiernos. Todo ello en cuestión de horas, mientras el salvajismo invadía las calles alimentado por la histeria, víctimas y violadores mezclados, hasta que se llamase a los hombres de uniforme para restaurar el orden, para hacerse con todos los controles. El ambiente estaba conseguido; se acercaba el día. ¡Asesinatos! Tenía que volver a Alemania. Debía llegar a Osnabrück y estar allí cuando llamase Val. Había que decírselo a Sam Abbott.

29

Librodot

Con las manos sujetas por esposas y encadenadas y el antebrazo derecho herido rodeado de un sucio vendaje, Connal Fitzpatrick se agarró al antepecho de la pequeña ventana y miró por entre los barrotes a la extraña y violenta actividad que se desarrollaba sobre la enorme plaza de armas de cemento. Que se trataba de una plaza de armas había quedado claro la segunda mañana de su captura, cuando, junto a los demás prisioneros, se le permitió hacer ejercicio durante una hora fuera de los barracones de cemento que, según le pareció entrever, formaba parte de una antigua base de aprovisionamiento de submarinos. Las gradas que había a lo largo del agua, así como los dispositivos de elevación, eran demasiado pequeños y obsoletos para los actuales merodeadores nucleares -un Trident no podría caber en ninguno de los espacios que había a lo largo de los muelles de cemento y acero-, pero sin duda la base habría prestado un buen servicio años atrás a la flota sub-marina alemana.

Sin embargo, ahora estaba siendo utilizada en perjuicio de la República Federal de Alemania y de todos los gobiernos libres. Era el campo de entrenamiento de Aquitania, el lugar donde estaban siendo probadas las estrategias, perfeccionadas las maniobras y hechos los preparativos finales para los ataques en masa que catapultarían a los hombres de Delavane al poder pasando por encima de unas paralizadas autoridades civiles. Todo se reducía a matar, a una matanza rápida y brutal capaz de provocar por sí sola la conmoción buscada.

Al otro lado de la ventana, unidades de cuatro o cinco hombres corrían por separado y sucesivamente alrededor y en medio de una multitud formada por otro centenar, llevando a cabo por turnos el repugnante ejercicio que estaban perfeccionando. Porque al final de la plaza de armas había una plataforma de cemento, de unos dos metros de altura y unos diez de largo, donde se veían maniquíes en fila, unos de pie, otros sentados en sillas, con el cuerpo rígido y los vidriosos ojos sin vida mirando al frente. Eran los blancos. En el centro de sus pechos vestidos, de «hombre» y de «mujer», había un círculo protegido por tela metálica a prueba de balas, y dentro una intensa luz anaranjada, claramente visible al sol de la tarde.

La luz se encendía a discreción del entrenador, y era la señal de que ese maniquí constituía el blanco específico de esa unidad o, si se encendía más de una, los blancos. Los aciertos eran registrados electrónicamente por otras luces en la alta pared de piedra que había detrás de los maniquíes. El rojo era muerte, el azul tan sólo una herida. El rojo era aceptable; el azul no.

Las órdenes eran dadas por los altavoces en nueve idiomas, de los que Connal entendía cuatro. Las palabras eran siempre las mismas:

-¡Trece días para la hora cero! ¡Lo que importa es la precisión! ¡Sólo si hacéis blanco podréis escapar! ¡De lo contrario os espera la muerte!

-¡Once días para la hora cero! ¡Lo que importa es la precisión...! -¡Ocho días para la hora cero! ¡Lo que importa es...!

Los miembros de los equipos de asesinos disparaban sobre sus blancos haciendo explotar cráneos rellenos y pulverizando pechos y vientres, a veces solos, otras al unísono con sus camaradas. Cada «muerte» era recibida con gritos de júbilo, mientras los hombres corrían entre la multitud, mezclándose con ella para acabar convirtiéndose en parte de ella una vez completada la maniobra. Otro equipo se formaba al instante de entre las filas de los espectadores y un nuevo ejercicio de asesinato era montado y ejecutado rápidamente. Y así continuaban hora tras hora, reaccionando a las «muertes» con rugidos de aprobación mientras eran vueltas a cargar las armas para nuevos ataques contra los maniquíes. Cada veinte minutos aproximadamente, a medida que ciertas partes de las figuras sin vida de la plataforma iban quedando deshechas, eran reemplazadas por cabezas y torsos nuevos. Sólo faltaban los ríos de sangre y la histeria colectiva.

Connal, lleno de rabia y frustración, separó sus muñecas esposadas y empezó a dar tirones de la cadena irrompible con todas sus fuerzas mientras el hierro enmohecido se le clavaba en la carne y le magullaba los huesos de la muñeca. ¡No podía hacer nada, no había

modo de escapar! Conocía el secreto de Aquitania, tenía la prueba de su estrategia última allí, ante sus ojos. El asesinato en masa de políticos de nueve naciones diferentes... ¡dentro de ocho días!

Se apartó de la ventana con el dolor en los brazos y punzadas en las muñecas y miró a su alrededor, al barracón lleno de prisioneros, cuarenta y tres hombres que trataban de no flaquear pero desfallecían a ojos vistas. Muchos estaban tumbados apáticamente en sus catres, otros miraban por las ventanas con aire ausente, y los había que hablaban en voz baja en pequeños grupos apoyados en las vacías paredes. Todos estaban esposados como él. Las escasísimas raciones y los largos y brutales períodos de «ejercicio» los habían debilitado en cuerpo y espíritu. Cuchicheando entre ellos, habían llegado a una serie de conclusiones erróneas en cuanto al objetivo de sus carceleros, pues ni siquiera conseguían entender la razón de su cautiverio. Formaban parte de una estrategia que no podían comprender. Connal trataba de explicárselo en los rincones no vigilados, sin encontrar más que miradas vacías y desconcierto.

Varias cosas habían quedado claras, fuera cual fuese su significado. Para empezar, todos ellos eran oficiales con graduaciones que iban desde las medias a las más altas. En segundo lugar, eran todos solteros o divorciados; ninguno tenía hijos ni mantenía en esa época relaciones serias que exigiesen una comunicación constante. Y finalmente todos estaban con permisos de entre 30 y 45 días, sólo en dos casos -uno de ellos el de Connal- debido a emergencias, pues los demás habían empezado a disfrutar sus vacaciones de verano normales. Había una pauta, pero ¿qué significaba?

Lo único que podía haberles dado una clave excedía también a su comprensión. En días alternos traían a los presos postales de los más diversos lugares -zonas de veraneo de Europa y América del Norte- y les mandaban escribir mensajes concretos a personas que todos ellos reconocían como colegas suyos en los puestos o bases de los que habían salido con permiso. Los mensajes eran siempre del tipo Tenemos un tiempo estupendo; ojalá pudieseis estar aquí. Salimos para... Negarse a escribir esos peripatéticos saludos equivalía a verse privado de la escasa comida que les daban y ser llevado a la plaza de armas, donde, con los fusiles apuntándolos, les obligaban a dar vueltas corriendo lo más de prisa que podían hasta que se desplomaban.

Todos estaban de acuerdo en que detrás de esas raciones diarias a un nivel cercano a la muerte por inanición había un propósito. Eran oficiales competentes y bien entrenados, y en buenas condiciones físicas y mentales hombres así eran capaces de intentar huir o, cuando menos, de causar problemas serios. Era lo único que podían entender. Todos menos Connal llevaban allí un mínimo de veintidós días y un máximo de treinta y cuatro. Estaban en un campo de concentración situado en algún lugar de una costa indeterminada, e ignoraban cuáles eran sus crímenes, reales o imaginados por sus captores.

-¿Qué pasa? -preguntó un prisionero llamado Enrique de Madrid.

-Lo de siempre- respondió Fitzpatrick señalando con la cabeza hacia la ventana, y continuó en español -: Están matando muñecos rellenos, figurándose que cada blanco los convierte en héroes, en mártires o en las dos cosas a la vez.

-¡Qué insensatez! No tiene sentido y es hasta morboso. ¿Qué consiguen con eso? ¿Por qué esta locura?

-Van a cargarse a un montón de gente importante dentro de ocho días. Van a matarlos durante una fiesta, una ceremonia internacional o algo parecido. ¿Qué diablos va a haber dentro de ocho días? ¿Tienes alguna idea?

-Sólo soy un comandante de la guarnición de Zaragoza. Hago mis informes sobre los terroristas vascos y leo mis libros. ¿Qué sé yo de tales cosas? Sea lo que sea, no llegará a Zaragoza... Bárbaro país, pero no me importaría llevar galones de cabo con tal de verme otra vez allí.

-Vite! Contre la muraille!

-Schnell! Gegen die Mauer!

-¡De prisa! ¡Contra la pared!

-Fa presto! Contra il muro!

Irrumpieron cuatro guardianes en el barracón, seguidos por otros, que fueron repitiendo la misma orden en diferentes idiomas. Era la inspección de esposas y cadenas que tenía lugar a capricho día y noche, nunca menos de una vez por hora durante el día y hasta cuatro a lo largo de la noche. El menor indicio de que alguno de los presos había intentado romper o desgastar la cadena o partir las esposas limándolas contra el cemento o golpeándolas contra la piedra recibía un castigo inmediato, lo que suponía correr desnudo, preferiblemente bajo la lluvia, hasta caer sin sentido, y permanecer encadenado sin comer ni beber en el mismo lugar donde había caído durante treinta y seis horas. De los cuarenta y tres hombres, veintinueve de los más fuertes habían recibido ya ese castigo, y algunos más de dos y tres veces, hasta que apenas les quedaban fuerzas. Connal sólo había pasado la prueba una vez, gracias seguramente a su guardián bilingüe, un italiano, que parecía agradecer que su americano se hubiese tomado la molestia de aprender su idioma. El tal genovés era un ex paracaidista amargo y cínico, y probablemente licenciado de presidio, que se consideraba un paria aunque predecía que sus méritos serían reconocidos cuando le llegase la hora de ver recompensado su trabajo. Pero, como la mayoría de los hombres de esa parte del mundo, respondía instintivamente a las alabanzas que un extranjero hiciese de la bella Italia y la bellissima Roma.

Gracias a sus cortas conversaciones en voz baja con él había aprendido Fitzpatrick lo poco que sabía, para lo cual había utilizado su mente de abogado como si tratase con un cliente militar descontento. Sólo era cosa de pulsar los mismos botones que tantas veces antes.

-¿Qué vas a sacar de esto? ¡Ellos saben que eres una basura!

-Me lo han prometido. Me pagan bien por enseñar lo que sé.

Sin tipos como yo, y somos muchos aquí, no lo conseguirían.

-¿No conseguirían qué?

-Eso lo tienen que decir ellos. Yo soy, como suele decirse, un mandado.

-¿Para enseñarles a matar?

-Y a escapar sin ser vistos. Esa es nuestra vida, la de muchos de los que estamos aquí.

-Podrías perderlo todo.

-La mayoría no tenemos nada. Nos usaron y nos tiraron.

-Esos hombres os harán lo mismo.

-Entonces volveremos a matar. Tenemos experiencia.

-Supón que sus enemigos descubren este sitio.

-No lo descubrirán. No pueden.

-¿Por qué no?

-Es una isla de la que nadie se acuerda.

-Ellos lo saben.

-ilmposible! Aquí no vienen barcos ni vuelan aviones. Los veríamos.

-¿Por qué no piensas en lo que hubo aquí antes?

-¿Qué quieres decir?

-Submarinos, rodeando la isla.

-Si eso fuese verdad, americano, el... ¿cómo decís vosotros?... el custode...

-El alcaide.

-Lo haría estallar todo. Toda esta parte de la isla se convertiría en fumo... humo, nada. Es parte de nuestro contratto.

-El alcaide, el custode, ¿es ese alemán grandote del pelo gris a cepillo?

-Se acabó la charla. Echa tu trago de agua.

-Tengo noticias para ti -susurró Connal, mientras el guardián comprobaba sus esposas y su cadena-. Una información que te garantizará una gran recompensa y quizá me salve la vida.

-¿Qué clase de información?

-Ahora no; no hay tiempo. Vuelve esta noche. Están todos tan agotados que se duermen antes de llegar al catre. Yo estaré despierto. Ven a verme, pero solo. No necesitas meter a nadie en esto.

-¿Crees que tengo zucchini en la cabeza? ¿Voy a venir solo a un barracón lleno de condenados?

-¿Qué podemos hacer ninguno de nosotros? ¿Qué puedo hacer yo? Estaré junto a la puerta. La abres y saldré, por supuesto con tu pistola apuntándome a la cabeza. No quiero morir; por eso estoy hablando contigo.

-Morirás. Ojalá vayas con Dios.

-¡Eres un loco, un buf forre! Puedes tener una fortuna en vez de una bala en el pecho.

El italiano miró con cautela a Fitzpatrick, y después a los otros que tenía alrededor. La inspección había casi terminado.

-Para hacer una cosa así necesito algo más de lo que me has dicho.

-Dos de vuestros guardianes son traidores -susurró Connal.

-Che cosa?

-Es todo lo que vas a saber hasta esta noche.

Fitzpatrick estaba tumbado en el catre en la oscuridad, aguardando, atento al menor ruido de pasos, con la cara empapada por el sudor de la ansiedad. A su alrededor se oían los gemidos provocados por el sueño en unos hombres hambrientos y físicamente agotados. Desechó sus propios dolores; tenía otras cosas en qué pensar. Si podía llegar hasta el agua, las esposas le harían ir más despacio pero no le detendrían. Podía nadar de lado casi indefinidamente, y en algún lugar de la costa, lejos de «esta parte de la isla», habría una playa o un muelle, un sitio por donde poder salir del mar. No le quedaba ninguna otra posibilidad; tenía que intentarlo. También debía asegurarse de que su italiano no podía dar la alarma.

¡El cerrojo de la puerta estaba retrocediendo silenciosamente! No había oído los pasos; sus pensamientos le habían distraído. Se levantó y echó a andar de puntillas, por el pasillo, doblando las manos pero manteniendo la cadera tensa. No podía hacer el menor ruido, porque algunos de los presos habrían empezado a tener violentas pesadillas a la más leve perturbación. Llegó a la puerta y comprendió que debía empujarla sin esperar a que se abriese. El guardián estaría detrás, apuntándolo con su arma.

Así fue. El italiano le hizo una seña con la pistola para que saliese mientras él daba un paso dé costado hacia la puerta y echaba el cerrojo. Después señaló con el cañón del arma, ordenando a Fitzpatrick ir delante. Momentos después estaban ambos en las sombras que había frente a los barracones, desde donde era visible en la oscuridad la antigua estación de aprovisionamiento, cuyos pilares salpicaban las olas.

-Ahora vamos a hablar -dijo el guardián-. ¿Quiénes son esos traidores y por qué habría yo de creerte?

-Quiero tu palabra de que dirás a tus superiores que fui yo quien los denunció. ¡No diré nada hasta que me des tu palabra!

-¿Mi palabra, americano? -dijo el italiano, sofocando la risa-. Muy bien, amito; tienes mi palabra.

La sigilosa y cínica risa del guardián duró unos segundos. De pronto Connal golpeó con la cadena el arma que esgrimía y, agarrando el cañón con la mano derecha, se la arrancó y la arrojó a la hierba. Después, mientras daba una patada en la ingle al guardián levantó la cadena y estrelló los pesados eslabones contra su cara, siguió golpeándole con las esposas en el cráneo hasta que el italiano abrió mucho los ojos antes de cerrarlos del todo, ya inconsciente. Fitzpatrick se agachó, tratando de orientarse.

Estaba frente a una antigua grada para submarinos, cuyo largo espigón se internaba en el agua. Se levantó y echó a correr. El aire era vigorizante, y la brisa marina parecía decirle que corriese más y más de prisa. Sólo unos segundos le separaban de la fuga.

Se lanzó del muelle al agua, sabiendo que encontraría fuerzas para hacer cualquier cosa, para nadar hasta cualquier parte. ¡Estaba libre!

De repente se vio cegado por haces de luz procedentes de todas partes. Le rodeó una lluvia de balas que rizaban el agua a su alrededor y hacían restallar el aire sobre su cabeza, pero sin que ninguna penetrase en su cuerpo o le volase la cabeza. Llenaron la noche las palabras dichas por un altavoz:

-Tienes mucha suerte, Prisionero Número Cuarenta y Tres, de que todavía podamos necesitarte. De lo contrario tu cadáver serviría de pasto a los peces del mar del Norte.

Joel pasó del brillante sol de la tarde a la cavernosa estación Central de Amsterdam. Se sentía cómodo con su traje y su sombrero oscuros. El alzacuello y los zapatos negros le molestaban pero eran soportables, y la pequeña maleta constituía un impedimento del que podía deshacerse cuando quisiera, aunque era un accesorio muy apropiado y contenía prendas de ropa descabaladas de las que probablemente ninguna le servía. Dado que un deja vu no sería ilusorio para aquellos con los que ya había tenido algún encuentro, caminaba cautelosamente, atento a cualquier movimiento súbito, por inofensivo que pareciese. Esperaba ver de un momento a otro a unos hombres correr hacia él con la muerte reflejada en los ojos.

No aparecieron, pero incluso si lo hubiesen hecho le hubiera consolado un tanto saber que había hecho cuanto podía. Había escrito el informe más completo de su carrera, con una letra trabajosamente clara, a fin de organizar el material y poner en orden los hechos en que se basaban sus juicios y conjeturas. Había recordado los puntos más destacados de cada dossier para dar credibilidad a sus conclusiones. En cuanto a sus propias y penosas experiencias y observaciones de primera mano, había sopesado cada afirmación, destacando las que podían parecer demasiado cargadas de emoción, y reformando el resto para que fuesen reflejo de la fría objetividad de una mente jurídica entrenada y cuerda. Había pasado despierto gran parte de la noche, hasta encajar los distintos bloques de que constaba el informe, y empezó a escribir al amanecer, terminando con una carta personal que disipaba cualquier malentendido en cuanto a su estado mental. El era un simple peón que había sido manipulado por hombres asustados e invisibles que le habían proporcionado las herramientas y sabían exactamente lo que hacían. A pesar de todo lo ocurrido, lo comprendía, y pensaba que quizá no hubiese otro modo de hacerlo. Había terminado hacía una hora y metido las hojas en un gran sobre proporcionado por el viejo, que le dijo que lo echaría al correo en el Damrak después de llevar a Converse en su vehículo. Se lo enviaba a Nathan Simon.

-¡El pastoor Wilcrist! ¿Es usted, no?

Converse giró en redondo al sentir que le tocaban en el brazo, y vio que aquel saludo escandaloso procedía de una mujer de aspecto lúgubre y ligeramente encorvada que no andaría lejos de los ochenta años. Su cara arrugada estaba presidida por unos ojos de mirar

Librodot

intenso, su cabeza encuadrada en tocas monjiles y su cuerpo flaco embutido en un hábito negro.

-Sí -dijo Joel, sobresaltado-. ¿Qué tal, hermana?

-Ya veo que no me recuerda, pastoor -exclamó la mujer, en un inglés al que sus voces cargaban aún más de acento-. ¡No, no mienta, ya veo que no tiene ni idea de quién soy!

-Podría tenerla si hablase usted más bajo, hermana. -Joel cu-chicheaba, inclinándose hacia ella y tratando de sonreír-. Está llamando la atención, señora.

-Los curas y las monjas siempre se saludan así -dijo confidencialmente la vieja, abriendo mucho los ojos para clavarlos en los suyos-. Quieren parecer gente normal.

-¿Vamos más allá para poder hablar tranquilamente? -Converse cogió a la mujer por el brazo y la llevó a una zona llena de gente, junto a una de las puertas-. ¿Tiene algo para mí?

-¿De dónde viene?

-¿Que de dónde vengo? ¿Qué quiere decir? -Ya conoce las normas. Tengo que asegurarme.

-¿De qué?

-De que es usted el contacto adecuado. No puede haber sustitutos ni desviaciones. No somos tontos, Meneer. Y ahora, ¿de dónde viene? ¡Rápido! La vacilación es ya una mentira.

-¡Espere un momento! Le dijeron que se encontrase conmigo aquí, le dieron mi descripción, ¿qué más quiere?

-Saber de dónde viene.

-¡Diablo! ¿Cuántos clérigos tostados por el sol espera ver junto a la caseta de información?

-No son tan raros. Me han dicho que los hay que nadan, y otros juegan al tenis. ¡El mismo Papa antes esquiaba! Soy una buena católica y sé esas cosas.

-Le dieron una descripción! ¿Soy yo esa persona?

-Lo parece. El padre que me confesó la semana pasada no era un buen hombre. Me dijo que tenía demasiados pecados para mi edad y que había otras esperando. Para ser cura no tenía mucha paciencia.

-Tampoco yo.

-Todos iguales.

-Por favor -dijo Joel, mirando el sobre grueso y estrecho que tenía la mujer en las manos y sabiendo que si se lo quitaba por la fuerza gritaría-. ¡Sabe que tengo que ir a Osnabrück!

-¿Es usted de Osnabrück?

La «monja» mantenía el sobre contra su pecho y se encorvaba aún más, como protegiendo algo sagrado.

-¡No, de Osnabrück no! -Converse trataba de recordar las pa-labras de Val. Era un sacerdote que iba en peregrinación... a Auschwitz y Bergen-Belsen... procedente de, de...- ... ¡Los Angeles! -susurró apresuradamente.

-Ja, goed. ¿En qué país?

-¡Dios mío!

-Wat?

-¡Los Estados Unidos de América!

-Goed! Ya era hora, Meneer. -Le entregó el sobre, ahora ya con una dulce sonrisa-. Todos tenemos que hacer nuestro trabajo, ¿no le parece? Vaya con Dios, mi colega siervo del Señor... Me gusta este traje. Trabajé en el teatro, ¿sabe?... Creo que no voy a devolverlo.

Todo el mundo me sonríe, y un caballero que salía de una de esas casas malas se paró y me dio cincuenta florines.

La vieja se alejó, y al volverse para dedicarle una última sonrisa le enseñó discretamente una pinta del whisky que sacó de debajo del hábito.

Quizá fuese el mismo andén, no sabría decirlo, pero sus temores eran los mismos que a su llegada a Amsterdam hacía veinticuatro horas. Había entrado en la ciudad como un trabajador de aspecto inocuo con barba y la cara pálida y magullada. La abandonaba como un sacerdote de buen porte, recién afeitado y bronceado por el sol, un miembro del clero vestido como correspondía a su condición y que iba como peregrino en busca del arrepentimiento y la reafirmación. Atrás quedaban el abogado ofendido de Ginebra, el falso solicitante de París, el ingenuo capturado en Bonn. Lo que restaba era el hombre acosado, y para sobrevivir tenía que ser capaz de acechar a los cazadores antes de ser acechado por ellos, lo que significaba descubrirlos antes de que le descubriesen. Era una lección que había aprendido hacía dieciocho años, cuando su vista era más aguda y su cuerpo más resistente que ahora. Para compensarlo, tenía que echar mano de las otras dotes que desde entonces había desarrollado, y que podían reducirse a su capacidad para concentrarse... sin que lo pareciese. Que fue cómo y por lo que Joel vio a aquel hombre.

Estaba frente a él, junto a una columna de cemento, en el andén, leyendo a la escasa luz un horario de trenes desplegado. Converse le miró, como en realidad miraba brevemente a casi todos las personas que tenía a la vista, y repitió la ojeada segundos más tarde. Había algo extraño, incongruente. Podía haber diversas razones para que una persona prefiriese leer fuera del vagón bien iluminado -un último cigarrillo al aire libre, esperando por alguien-, pero era muy difícil que esa persona pudiese leer una letra tan diminuta mientras sostenía el horario a medio camino entre su cabeza y su cintura sin la menor muestra de esfuerzo visual. Era como tratar de leer la guía telefónica durante un embotellamiento de tráfico en el túnel Lincoln; requería un esfuerzo perceptible.

Converse continuó a lo largo del andén, acercándose a las dos puertas abiertas que señalaban el final de un vagón y el comienzo del siguiente.

Dejó adrede que su maleta tropezase con el saliente de una ventanilla, y giró sobre sí mismo para disculparse con la pareja que venía detrás. Los dejó pasar cortésmente, y cortésmente, a la vista del alzacuello, le sonrieron haciendo una inclinación de cabeza. Pero mientras permanecía dándoles frente sus ojos fueron al hombre situado en diagonal a su izquierda, junto a la columna. Seguía todavía sosteniendo el horario, pero ahora su atención estaba concentrada en Joel. Era suficiente.

Converse entró en la segunda puerta, con aire indiferente de nuevo, pero en el momento en que ya no podía ver al hombre situado junto a la columna se precipitó dentro del vagón. Tropezó, cayendo al suelo junto al primer asiento, y de nuevo se disculpó con los que tenía a su espalda, como un eclesiástico a quien descompone un equipaje poco en consonancia con su majestad. Miró por la ventanilla, más allá de los dos viajeros que ocupaban el asiento, y que se fijaron en su alzacuello antes de mirarle a la cara.

El hombre de junto a la columna había dejado caer el horario y estaba haciendo señas frenéticas a alguien. A los pocos segundos se le acercó otro hombre. Sostuvieron una rápida conversación y en seguida se separaron, yendo uno a la puerta delantera del vagón y otro hacia la entrada que acababa de utilizar Joel.

Lo habían descubierto. Estaba atrapado.

Valerie pagó al taxista y se apeó, dando las gracias al portero, que la saludó. Era la segunda reserva de hotel que hacía en dos horas, tras haber llevado su rastro hasta un callejón sin salida para el caso de que alguien estuviese siguiéndola. Había tomado un taxi del

aeropuerto Kennedy al de La Guardia, y allí compró un billete para Boston en el puente aéreo y se registró en el motel del aeropuerto, ambas cosas a nombre de Charpentier. Media hora después dejaba el motel, tras haber pagado al taxista para que volviese a buscarla a una salida lateral y llamado a un hotel de Manhattan para ver si era posible hacer una reserva a esa hora. Lo era. El Saint Regis acogería a la señora De Pinna, llegada desde Tulsa (Oklahoma) por un asunto urgente.

En la Travelers Shop, abierta toda la noche, del aeropuerto de Schilphol había comprado una pequeña maleta y la había llenado de artículos de tocador y los de vestir menos llamativos que pudo encontrar entre la ropa demasiado pintoresca que había en las perchas. Era todavía pleno verano y, dependiendo de las circunstancias, esa clase de ropa podía venirle bien. Además necesitaba tener algo que enseñar en la aduana.

Se registró poniendo como dirección una «Cherry Wood Lane» -pero no el número- que recordaba de su niñez en San Luis. En realidad el apellido De Pinna procedía también de aquellos tiempos. Era una vecina de la calle, de rostro ahora borroso, de la que sólo recordaba una mujer triste y aficionada al vituperio que odiaba todo lo extranjero, incluidos los padres de Val. «Sra. R. De Pinna», había escrito, sin tener la menor idea de dónde venía esa «R». Posiblemente Roger, para compensar.

Ya en la habitación, puso en la radio la estación dedicada sólo a noticias, una costumbre heredada de su matrimonio, y empezó a deshacer el equipaje. Se desnudó, se dio una ducha, lavó su ropa interior y se enfundó en una camiseta holgada. Esto último era otra costumbre; las T-sacks, como ella las llamaba, habían sustituido a los albornoces y las batas en su patio de Cape Ann, aunque ninguna tenía en el pecho un sol rodeado de rayos a cuyo alrededor podía leerse TOT ZIENS - AMSTERDAM.

Se resistió para no llamar al servicio de habitaciones y pedir una tetera bien llena. Eso la calmaría, pero era un acto innecesario que a las tres de la mañana no dejaría de llamar la atención, por poco que fuese, hacia la mujer del 714. Se sentó, mirando ausente a la ventana y lamentando haber dejado de fumar; eso le hubiese dado algo que hacer mientras pensaba, y necesitaba pensar. También tenía que descansar, pero primero necesitaba pensar, organizarse. Echó una ojeada a la habitación, y después a su bolso, que había dejado sobre una de las mesillas de noche. Por lo menos era rica. Joel se había empeñado en que se arriesgase a pasar la aduana con más de los 5 000 dólares permitidos, de modo que había enrollado otros veinte billetes de 500 dólares y se los había metido en el sujetador.

Joel tenía razón; no podía utilizar tarjetas de crédito ni nada que llevase su nombre.

Vio dos guías telefónicas en el anaquel de la mesa, y, sentándose en el borde de la cama, cogió ambos volúmenes. La cubierta de uno de ellos decía Condado de Nueva York. Empresarial; la del otro Manhattan, y en la esquina superior izquierda, impreso sobre una franja azul en diagonal, Para teléfonos oficiales véanse páginas azules. Era un sitio por donde comenzar. Devolvió la guía de negocios al estante y llevó la de Manhattan a la mesa. Tomó asiento, la abrió por las páginas azules y encontró Departamento de las Fuerzas Aéreas... Puesto de mando ARPC. Era un número 800, y la dirección la calle York, en Denver (Colorado). Si no era el número que necesitaba, la persona con quien hablase podría decírselo. Lo anotó en una hoja de papel de cartas del Saint Regis.

De pronto lo oyó. Volvió la cabeza hacia el receptor, con los ojos clavados en el dial vertical de la radio.

-...Y ahora las últimas noticias de la búsqueda del abogado norteamericano Joel Converse, una de las historias más trágicas de esta década. El antiguo piloto de la Marina, un día honrado por su bravo comportamiento en la guerra del Vietnam, cuya dramática fuga electrizó a la nación y cuyos subsiguientes informes tácticos conmocionaron a los militares, y condujeron, en opinión de muchos, a cambios básicos en la política de Washington en el Sudeste asiático, sigue en libertad, perseguido no por el hombre que fue, sino por el homicida

en que se ha convertido. Los informes dicen que puede estar todavía en París. Aunque no es oficial, noticias de fuentes anónimas, pero auto-rizadas, dentro de la Súreté afirman que las huellas encontradas en el piso donde fue asesinado el abogado francés René Mattilon son sin duda alguna las de Converse, confirmando así lo que creían las autoridades: que Converse mató a su amigo francés por haber cooperado con la Interpol y la Súreté. La caza del hombre está extendiéndose fuera de París y esta emisora les dará...

Valerie saltó de la silla, corrió al receptor y oprimió furiosamente varios botones hasta reducir a la radio al silencio. Siguió unos momentos de pie, temblando de rabia... y de miedo. Y también de algo más que no podía ni quería definir. Era algo que la desgarraba, y necesitaba seguir entera.

Se tumbó en la cama mirando al techo, a los reflejos de lo que se movía abajo, en la calle, y escuchando los ruidos de la ciudad. Nada de eso era reconfortante; sólo intrusiones que mantenían su mente alerta, rechazando el sueño. No había dormido en el avión, limitándose a dar alguna cabezada de vez en cuando, para ser repetidamente despertada con una sacudida por pesadillas informes probablemente provocadas por las excesivas turbulencias que habían encontrado sobre el Atlántico norte. Ahora necesitaba dormir. Necesitaba a Joel. Lo primero, gracias a Dios, vino; lo segundo estaba fuera de su alcance.

Hubo un ruido estridente acompañado por un estallido de sol que la cegó mientras echaba la ropa para atrás con los pies y saltaba de la cama. Era el teléfono. ¿El teléfono? Miró el reloj. Las siete y veinticinco. Volvió a sonar el timbre, perforando las nieblas del sueño pero sin despejarlas. ¿El teléfono? ¿Cómo...? ¿Por qué? Lo cogió, empuñándolo con todas sus fuerzas, tratando de encontrarse a sí misma antes de hablar.

-¿Diga?

-¿La señora De Pinna? -preguntó una voz masculina.

-Sí.

-Confiamos en que todo sea de su gusto.

-¿Tienen la costumbre de despertar a los huéspedes a las siete de la mañana para preguntarles si están a gusto?

-No sabe cuánto lo siento, pero estábamos preocupados por usted. Es usted la señora De Pinna, de Tulsa, Oklahoma, ¿verdad?

-Si.

-Llevamos buscándola toda la noche... dado que el vuelo de Amsterdam Llegó a la una y media de esta mañana.

-¿Quién es usted? -preguntó Val, helada, apretándose la muñeca de la mano con la que sostenía el teléfono.

-Alguien que quiere ayudarla, señora Converse -dijo la voz, ahora relajada y amistosa-. Nos ha tenido locos. Hemos despertado lo menos a ciento cincuenta mujeres que se registraron en los hoteles a partir de las dos de la mañana. El «vuelo de Amsterdam» me dio la pista; no me preguntó de qué estaba hablando. Créame, queremos ayudarla, señora Converse. Ambos perseguimos la misma cosa.

-¿Quién es usted?

-Esto es cosa del gobierno de Estados Unidos. Quédese donde está. Iré dentro de quince minutos.

¡Al diablo con que es cosa del gobierno de Estados Unidos!, pensó Val, temblando, mientras colgaba el teléfono. El gobierno de Estados Unidos tenía maneras más sencillas de identificarse... ¡Tenía que salir de allí! ¿Qué significaban esos «quince minutos»? ¿Sería una trampa? ¿Habría ya hombres abajo esperándola, esperando a ver si huía? ¡No tenía elección!

Librodot

Corrió al cuarto de baño, cogiendo al pasar la maleta de encima de una silla y empezando a echar cosas en ella. Se vistió en segundos y guardó el resto de la ropa. Cogió la llave de la habitación y corrió a la puerta, pero se detuvo. ¡Dios mío, el papel con el número de las Fuerzas Aéreas! Corrió otra vez a la mesa, cogió la hoja, que estaba junto a la guía abierta, y la metió en el bolso. Miró a su alrededor... ¿Quedaba algo más? No. Salió de la habitación y se dirigió rápida-mente por el pasillo hacia Los ascensores.

Era desesperante. El ascensor se detenía casi en cada planta y subían hombres y mujeres, ellos casi todos con ojeras hinchadas, y algunas de las mujeres con aire cansado y como avergonzado. Muchos al parecer se conocían. Otros saludaban con la cabeza con aire ausente, tras dirigir una mirada a las etiquetas de plástico con sus nombres que llevaban la mayoría. Val comprendió que se celebraba algún tipo de congreso o convención.

Se abrieron las puertas en una atestada zona de ascensores. El vestíbulo de decoración recargada que había a la derecha hormigueaba de gente y se alzaban voces saludando, preguntando y dando instrucciones. Val se aproximó cautelosamente al arco dorado que daba al vestíbulo propiamente dicho, sin dejar de mirar a su alrededor con un pánico controlado para ver si alguien la miraba. En la pared había un gran letrero con marco dorado y letras de imprenta sobre fieltro negro protegido por un cristal: BIENVENIDOS DISTRIBUIDORES MICMAC. Seguía una lista de reuniones y actividades.

-Eh, cara bonita -dijo un tipo corpulento y de ojos rojizos que estaba cerca de Val-. No se puede andar así.

-¿Perdón?

-¡Que estamos marcados, princesa!

Valerie se quedó sin aliento. Miró al hombre, mientras agarraba con fuerza las asas de su maleta, preparada para estrellársela en la cara y echar a correr hacia las puertas de cristal que había a unos diez metros de allí.

-No tengo ni idea de lo que quiere decir.

-¡El nombre, princesa! ¿Dónde está su espíritu Micmac? ¿Cómo puedo pedirle que desayune conmigo si no sé su nombre?

-Ah... la etiqueta. Lo siento.

-¿Cuál es su región, hermosa criatura?

-¿Mi región? -Valerie estaba hecha un lío, pero sólo le duró un momento. De pronto sonrió-. En realidad soy nueva. Me contrataron ayer. Dijeron que me dejarían las instrucciones en recepción, pero está esto tan lleno que no voy a llegar allí nunca. Claro que con sus hombros podría conseguirlo antes de que me despidan.

-¡Agárrate, princesa! Estos hombros han jugado al fútbol semiprofesional. -El fornido vendedor se conservaba en forma. Llegaron al mostrador y el hombre lanzó un rugido, como león presumiendo ante su conquista-. ¡Eh, amigo! Esta señora lleva un rato tratando de conseguir que la haga caso. ¿Necesito decir más, amigo?

El vendedor sonrió a Val, metiendo el estómago.

-No, señor... ¿Señora? -dijo el perplejo empleado, en realidad no demasiado ocupado. La actividad tenía lugar frente al mostrador, no en él.

Valerie se inclinó, en apariencia para hacerse oír en medio de aquel ruido. Puso la llave sobre el mostrador, abrió el bolso y sacó tres billetes de cincuenta dólares.

-Esto bastará para la habitación. He estado sólo una noche y no tengo extras. Lo que sobre para usted.

-Gracias, señora.

-Necesito que me haga un favor.

-¡Lo que usted quiera!

-Soy la señora De Pinna... Pero bueno, eso ya lo ve usted por la llave.

-¿Qué es lo que quiere que haga, señora?

-Voy a visitar a un amigo al que acaban de operar. ¿Podría decirme dónde está el... Hospital Lebanon?

-¿El Lebanon? Creo que está en el Bronx. Por el Gran Concourse. Cualquier taxista lo sabrá.

-Mi nombre es señora De Pinna.

-Sí, señora De Pinna. Gracias.

Valerie se volvió hacia el fornido vendedor de los ojos rojos, otra vez sonriente.

-Lo siento. Al parecer ni es éste el hotel ni ésta es la compañía. ¿Se imagina? Menudo número. Gracias por su ayuda.

Le dio la espalda y se apresuró a abrirse camino por entre la gente hacia las puertas giratorias.

La calle estaba sólo empezando a animarse. Valerie anduvo rápidamente por la acera y en seguida se detuvo frente a una pequeña y elegante librería y decidió esperar en su entrada. Las historias que había oído durante toda su vida incluían no sólo cómo dejar información falsa, sino lo importante que era saber qué aspecto tenía el enemigo. Con frecuencia todo dependía de eso.

Paró un taxi enfrente del Saint Regis, y antes de que se hubiese detenido del todo se abrió la puerta de atrás. Pudo ver claramente al viajero, que pagó a toda prisa la carrera sin ocuparse de la vuelta. Se apeó rápidamente y echó a correr hacia las puertas de cristal. Iba sin sombrero, con el pelo rubio descuidado, y vestía una chaqueta de madrás y unos vaqueros de verano azul claro. Era el enemigo. Valerie lo supo y lo aceptó. Lo difícil de aceptar era su juventud. Tendría poco más de veinte años, casi un chiquillo; pero sus rasgos eran duros y como coléricos, y sus ojos fríos, lejanos relámpagos de acero al sol. Wie ein Hitlerjunge, pensó Val, saliendo de la puerta de la librería.

Pasó a su lado un coche a toda velocidad, camino del hotel. A los pocos segundos oyó chirriar de cubiertas y esperó el golpe que sin duda seguiría. Como los demás transeúntes, se volvió para mirar. A pocos metros de allí acababa de pararse un sedán marrón, en cuyas puertas y maletero se veían claramente unas letras negras: U.S. ARMY. Se apeó apresuradamente un oficial de uniforme y se la quedó mirando.

Val echó a correr.

Converse estaba sentado en un asiento de pasillo, aproximada-mente a la mitad del vagón. Le sudaban las palmas de las manos mientras pasaba las hojas de un pequeño breviario negro que había encontrado en el sobre junto con su pasaporte, la carta de la peregrinación y una hoja de instrucciones mecanografiada, que incluía algunos datos básicos acerca del padre William Wilcrist, por si eran necesarios. Al final de la página había una última orden: Apréndalo de memoria, rómpalo y tírelo al retrete antes de pasar el control de inmigración de Oldenzaal.

Las instrucciones eran innecesarias, e incluso perturbadoras. Simplemente, debía dar un paseo por los vagones a los veinte minutos de haber pasado una estación llamada Rheine, dejando la maleta como si pensase volver a su asiento, y apearse en Osnabrúck. Los detalles del supuesto cambio de trenes en Hannover para Celle y el posterior viaje en coche hacia el

norte por la mañana, camino de Bergen-Belsen, cabían en una frase y no hacía falta enterrarlos en complicados párrafos que hablaban de las razones y los éxitos pasados de la Resistencia. En cambio, lo que se refería al padre William Wilcrist era sucinto, y se lo sabía de memoria tras una segunda lectura. Wilcrist tenía treinta y ocho años y se había graduado en Fordham y licenciado en Teología por la Universidad Católica de Washington. Ordenado en Saint Ignatius de Nueva York, era un «sacerdote activista» asignado en la actualidad a la iglesia del Santo Sacramento de Los Angeles. Para usar las palabras de Valerie, si le pedían que dijese algo más «estaba probablemente atrapado».

A efectos prácticos lo estaba ya, pensó Joel contemplando la nuca de un hombre que iba en la parte delantera del vagón, y que era el mismo que se había reunido con otro junto a una columna en el andén de Amsterdam. Sin duda este último estaría ahora mirando su nuca desde un asiento de la parte trasera,, reflexionó Converse, volviendo otra hoja del breviario. A primera vista, las probabilidades en contra suya eran abrumadoras, pero por debajo de eso había un hecho y un factor. El hecho era que sabía quiénes eran sus ejecutores, mientras que ellos no le conocían a él. El factor, el estado de ánimo, del que ya había sabido hacer uso en el pasado.

El tren viajó hacia el norte y después hacia el este. Había dos paradas antes de Oldenzaal, tras de lo cual, suponía Joel, cruzarían el Rhin para entrar en Alemania Occidental. Habían pasado ya la estación de Deventer. Quedaba sólo una más, un sitio llamado Hengelo. La anunciaron, y Joel se levantó de su asiento antes de que lo hiciesen ninguno de los viajeros que se apeaban allí. Salió al pasillo y anduvo hasta la trasera del vagón. Al pasar junto al hombre que había estado al lado de la columna, vio que el cazador de Aquitania miraba fijamente al frente, con el cuerpo tan rígido que apenas se movía con el movimiento del tren. Converse había visto muchas veces tales posturas, en los juicios y en las salas de consejo; correspondían siempre a testigos inestables y negociadores inseguros. Aquel hombre estaba en tensión, temeroso quizá de fallar en su misión o de la gente que lo había enviado a Amsterdam. Fuera lo que fuese, su ansiedad era evidente y Joel iba a aprovecharla.

Estaba trepando desde el fondo de un profundo hoyo, agarrándose sigilosamente a la tierra, aprovechando las marcas hechas en muchas noches de preparación. Veía a lo lejos la cerca de alambre, caía la lluvia y habría centinelas preocupados, llenos de ansiedad, asustados por cada ruido que no conseguían identificar inmediatamente. Sólo necesitaba que uno de ellos se alejase. ¡Entonces podría llegar a la cerca!

Llegar a Osnabruck... solo.

El retrete estaba libre. Abrió la puerta, entró y sacó la hoja de instrucciones. La dobló, la hizo pedazos y los dejó caer en la taza, apretando al mismo tiempo el botón de pie. Desaparecieron con el agua, y él volvió a la puerta y esperó.

Fuera se oyó un segundo anuncio por los altavoces mientras el tren disminuía la marcha. Había ruido de pies a pocos centímetros de la puerta. El tren se paró, y Joel pudo oír la vibración de los cuerpos en movimiento, de los que volvían del trabajo nerviosos pensando ya en su casa, en el descanso y sin duda en el equivalente holandés de un martini. Cesaron las vibraciones y se perdieron los rumores. Converse abrió la puerta apenas media pulgada. El rígido cazador no estaba en su asiento. Ahora. Joel se deslizó fuera, se dirigió rápidamente al pasadizo abierto entre los dos vagones, disculpándose al meterse entre los rezagados que se apeaban del coche que tenía a su espalda, y anduvo rápidamente por el pasillo. Al acercarse a las últimas filas vio un asiento vacío, dos, frente al andén, y fue hacia ellos. Se sentó junto a la ventanilla con la mano en la cara, atisbando el exterior por entre los dedos.

El cazador de Aquitania corría de acá para allá por el andén, lo bastante agresivo para parar a tres hombres que se alejaban de espaldas a él, a los que ofreció rápidas disculpas. Se volvió hacia el tren, una vez agotadas las posibilidades de los que se marchaban, y subió, con la cara como un mapa arrugado cayéndose a pedazos.

Librodot

Más, pensó Converse. Necesito más. Necesito que estés como estaban aquellos centinelas, en una tensión tal que no puedas resistirlo.

Llegaron a Oldenzaal y lo dejaron atrás. El tren cruzó el Rhin, armando sobre el puente un estrépito como de tambores. El cazador había abierto de golpe la puerta delantera, demasiado presa del pánico para hacer otra cosa que mirar rápidamente a su alrededor y volver con su compañero, o tal vez en busca de una maleta abandonada. La cabeza de Joel estaba por debajo del respaldo del asiento que tenía enfrente. Minutos después llegó la Sonderpolizei a hacer el control fronterizo, docenas de hombres uniformados recorriendo los vagones, y examinando a todo varón de aspecto dudoso. Eran corteses, desde luego, pero no obstante despertaban feos recuerdos del pasado. Converse enseñó su pasaporte y la carta escrita en alemán y dirigida a la conciencia de los alemanes. Uno de los policías hizo una mueca triste, asintió con la cabeza y pasó al asiento siguiente. Se fueron los uniformes, y empezaron a hacerse más largos los minutos. Podía ver el vagón de enfrente a través de las ventanillas. Los dos cazadores se encontraron varias filas detrás de donde él había estado sentado y volvieron a separarse, uno adelante, otro atrás. Ahora. Joel se levantó y salió al pasillo, haciendo como que consultaba su horario de trenes e inclinándose para mirar por la oscurecida ventanilla. Estaría allí cuanto tiempo fuera necesario, hasta que se fijase en él uno de los cazadores. Apenas hicieron falta diez segundos. Cuando Converse volvió la cabeza, supuestamente para leer un letrero al pasar, vio moverse a una silueta en el cristal superior de la puerta delantera. Joel se irguió y el hombre de detrás del cristal se dio la vuelta y se perdió de vista. Era la señal que Joel había estado esperando, el momento para actuar rápidamente.

Se volvió y se dirigió a la trasera del vagón, abrió la puerta y cruzó el oscuro y ruidoso pasadizo. Penetró en el otro vagón y avanzó rápidamente por el pasillo, hasta llegar al final y pasar al coche siguiente, volviéndose en la oscuridad intermedia para ver lo que esperaba ver, lo que necesitaba ver: el hombre le seguía. Uno de los centinelas estaba apartándose de su puesto bajo la lluvia. Sólo unos segundos y podría llegar a la alambrada.

Mientras atravesaba el tercer vagón, a más de un viajero le llamó la atención la estampa de un cura corriendo. La mayoría se volvían en sus asientos para saber qué ocurría, y al no ver nada movían la cabeza, desconcertados. Joel llegó a la puerta, la abrió de un tirón y se introdujo en las sombras, sobresaltado de pronto por lo que veía. Frente a él, en vez de la puerta de otro vagón, de la parte superior de una ventanilla, había un sólido panel de madera con la palabra FRACHT impresa en el centro, encima de un gran tirador de acero. Después oyó el anuncio por los altavoces:

-Benthelm! Náchste Station, Benthelm!

El tren iba disminuyendo la marcha, al acercarse a la primera de las dos paradas que había antes de 0snabrück. Joel retrocedió por la zona oscura y atisbó por la ventanilla que había dejado atrás, confiando en que no podía ser visto por alguien que tenía enfrente el reflejo de la luz en el cristal. Lo que vio volvió a sobresaltarlo, no por la actividad sino por todo lo contrario. El cazador no hacía el menor movimiento hacia la puerta; se había sentado mirando hacia adelante, como un viajero que tras haber encontrado un asiento más cómodo no pensase en nada más. Se detuvo el tren y los pasajeros que se disponían a apearse fueron formando cola al otro extremo del vagón... Al otro extremo.

Encima de aquella última puerta había un letrero, pero, dado que no podía leerlo, se había limitado a pasar bajo él. Ahora miró las puertas de salida. No tenían tirador. Evidentemente, aquel letrero incomprensible tenía por misión informar a quienes se acercasen a la puerta que por allí no se salía. Si antes se enfrentaba a una trampa, ahora estaba enjaulado, en una jaula de acero que empezaba otra vez a moverse. Era una cárcel rodante de la que no había modo de escapar. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa y sacó un cigarrillo. Habra estado tan cerca del alambre de espino... ¡Tenía que pensar!

Librodot

¿Un ruido metálico? Una llave... un cerrojo. La gruesa puerta de madera que tenía estarcida la palabra FRACHT se abrió y apareció la silueta de un hombre fornido, precedido por su tripa.

-Ein Zigarette Jár Sei, während ich zum Pinkeln gehe -dijo el ferroviario, mientras cruzaba el corto y oscuro pasillo hacia la puerta-. Dann ein Whisky, ja?

El alemán iba a echar un trago, y aunque había entornado al salir la puerta de sus dominios no había llegado a cerrarla. Era un hombre tranquilo, un guarda que no pensaba que hubiese nada que guardar. Joel empujó el grueso tablero y entró, sabiendo lo que iba a ocurrir. Tenía que ocurrir en el momento en que el guarda pasase junto al cazador en su camino hacia ein Whisky.

Había media docena de cajones precintados y unas diez jaulas con animales, la mayoría perros y algunos gatos, agazapados en los rincones, con las garras extendidas al oír gruñir y ladrar. La única luz procedía de una bombilla desnuda que se balanceaba colgada de un grueso cable más allá de otra jaula, ésta de tela metálica y para un hombre, al final del furgón. Converse se ocultó detrás de un cajón cerca de la puerta, metió la mano debajo de su chaqueta de clérigo y sacó la pistola con el cilindro perforado, el silenciador.

Se abrió la puerta, cautelosamente, milímetro a milímetro, y lo primero que apareció fue el arma, antes que la mano o el brazo. Allí estaba por fin el hombre, el infante de Aquitania.

Joel disparó dos veces, no atreviéndose a confiar en un solo tiro. El brazo retrocedió y fue a estrellarse contra el borde de la puerta entreabierta, cayó la pistola de la mano del asesino y junto a la muñeca del ejecutor brotó una única mancha de sangre. Converse salió de su escondrijo. El centinela era ya suyo, y también lo era el tramo que le separaba de la cerca de alambre de espino. ¡Ahora podía trepar por ella! ¡La piedra había dado contra la ventana del barracón y las ráfagas de ametralladora estaban barriendo aquella zona! ¡Segundos, sólo segundos, y estaría fuera!

Joel sujetó al hombre en el suelo, agarrándolo por la garganta y poniéndole la rodilla en el pecho. Una presión prolongada y el soldado de Aquitania habría muerto. Le puso el cañón de la pistola en la sien.

-¿Hablas algo de inglés?

-Ja!-tosió el alemán-. Hablo... inglés.

-¿Qué órdenes tenías?

-Seguirle. Sólo seguirle. ¡No dispare! ¡Soy un Angestellte! ¡No sé nada!

-¿Un qué?

-¡Un contratado! -¡Aquitania!

-¿Qué?

El hombre no mentía; había en sus ojos demasiado pánico. Con-verse levantó su arma y la plantó bruscamente en el ojo izquierdo del alemán, con el cilindro perforado oprimiendo la órbita.

-¡Dime exactamente lo que te dijeron que hicieses! La verdad. Sabré si me mientes, y silo haces tus sesos van a quedar pegados a esa pared. ¡Habla!

-¡Que le siguiese!

-¿Y?

-Si se apeaba del tren teníamos que telefonear a la Polizei. En cualquier sitio. Después... Las órdenes eran matarlo antes de que ellos llegasen. ¡Pero yo no iba a hacerlo! ¡Le juro por Cristo que no iba a hacerlo! Soy un buen cristiano. ¡Incluso amo a los judíos! ¡Estoy sin trabajo!

Joel estrelló su arma contra la cabeza del hombre. ¡El centinela estaba fuera de combate! ¡Ahora podía trepar por la cerca! Arrastró al alemán hasta detrás de uno de los

cajones y esperó junto a él. Cuánto tiempo era imposible saberlo. El tiempo había perdido su sentido. Volvió el guarda del ferrocarril, más bien trompa, y se refugió detrás de su alambrada oficina de la bombilla solitaria.

Las otras jaulas no estaban tan tranquilas. El olor de la sangre y el sudor humanos era más de lo que los perros podían aguantar, y empezaron a reaccionar. En pocos minutos el vagón marcado FRACHT se convirtió en un manicomio. Los animales estaban ahora histéricos. Los perros gruñían, ladraban y se lanzaban contra sus jaulas, y los gatos, incitados por ellos, maullaban y bufaban, con el lomo arqueado y el pelo de punta. El guarda estaba perplejo y asustado. Sujetándose a la silla en su santuario de alambre, se echó al coleto otro trago de whisky. Contemplaba las jaulas con los ojos muy abiertos entre pliegues de carne hinchada. Por dos veces miró una palanca encerrada en una caja de cristal que había en la pared pocos centímetros por encima de la mesa, de su mano. Sólo tenía que quitar el cristal y tirar de ella.

-Rheine! Nachste Station, Rheine!

La última parada antes de Osnabrück. El alemán no tardaría mucho en revivir, y, a menos que en ese momento tuviese sobre él los ojos de Converse, gritaría, y funcionaría el timbre de alarma. Además había otro hombre sólo unos coches más allá, contratado también para seguirlo, para matarlo. Permanecer más tiempo donde estaba significaba permitir que la trampa se cerrase. Tenía que salir de allí.

Se detuvo el tren y Converse se precipitó a la puerta, haciendo con su movimiento que una docena de animales enjaulados dieran suelta a su rabia y confusión. Tiró del cerrojo, abrió la gruesa hoja y se precipitó en el coche de enfrente. Corrió por el pasillo -quizá un sacerdote que iba a hacer una obra de caridad-, disculpándose repetidamente mientras cruzaba por entre los viajeros que iban a apearse, sólo preocupado por hacerlo él antes de que encontrasen un cuerpo inconsciente, tirasen de una palanca y sonase la alarma. Llegó a la salida y saltó desde el segundo escalón al andén. Miró a su alrededor y se internó corriendo en las sombras de la estación.

Estaba libre y vivo, pero a muchas millas de una vieja que esperaba a un sacerdote.

Valerie seguía corriendo sin atreverse a mirar atrás, pero cuando se forzó a volver la cabeza vio al oficial del Ejército discutiendo con el conductor del coche militar. Segundos más tarde miró otra vez, mientras llegaba a la esquina de la avenida Madison. El oficial corría ahora tras ella, acortando a cada zancada la distancia que los separaba. Valerie se lanzó a cruzar la calle en el preciso momento en que cambiaba el semáforo, acosada por los trompetazos furiosos de los claxon.

A diez metros de allí, un taxi que se dirigía hacia el norte se había acercado al bordillo y un hombre de pelo gris estaba apeándose como aletargado, cansado, incapaz de aceptar la mañana. Val retrocedió hacia la calzada en medio del tráfico y se precipitó hacia la puerta del taxi, la abrió y entró, mientras el sobresaltado viajero anterior recogía la vuelta.

-¡Eh, señora! ¿Está usted loca? -gritó el taxista, un negro-. ¡Hay que subirse por el otro lado! ¡Va a aplastarla un autobús!

-¡Lo siento! -exclamó Val, hundiéndose en el asiento. ¡Qué diablos...!-. ¡Mi marido viene corriendo detrás de mí por la calle y no quiero que vuelva a pegarme! Es... oficial del Ejército.

El hombre del pelo gris salió del taxi como si acabara de completar una prueba de decathlon y cerró la puerta de golpe. El taxista se volvió y miró a Valerie, con su gran cara negra llena de suspicacia.

-¿Me dice la verdad?

-Me he pasado la mañana vomitando de los golpes de anoche.

-¿Un oficial? ¿Del Ejército?

-¡Sí! ¿Quiere irse de aquí, por favor? -Val se hundió aún más en el asiento-. ¡Ya está en la esquina! ¡Va a cruzar la calle y me va a ver!

-No se preocupe, señora -dijo el taxista, alargando con calma el brazo para echar los seguros de las puertas traseras-. ¡Ya no hay peligro! Ahí viene, corriendo como un loco. ¡Y mire qué costillas! Es posible que esa mierda... Perdóneme, señora. Es un poco flaco, ¿no? Casi toda la gente de mal carácter es flaca. Así lo compensan... Es un término psiquiátrico, ¿sabe?

-¡Vámonos de aquí!

-La ley es muy clara, señora. Todo conductor de un vehículo de servicio público tiene obligación de proteger el bienestar de sus viajeros. Yo serví en infantería, señora, y he esperado mucho tiempo esta oportunidad, a tener una buena razón y todo eso. Quiero decir que usted no podrá negar las palabras que me dijo. -El taxista se apeó. Su cuerpo hacía honor a su cara; era realmente un tipo fornido. Val contempló con aterrado asombro cómo el negro contorneaba el capó hasta el bordillo y gritaba-: ¡Eh, capitán! ¡Aquí, en la acera! ¿Busca a una señora muy bonita? ¿Quizá parecida a su mujer?

-¿Qué?

El oficial se acercó corriendo por la acera.

-Bueno, capitán, siento no poder saludarle porque tengo el uniforme en el ático, si yo viviese en un ático, pero quiero que sepa que este buscar y destruir ha terminado con éxito. ¿Quiere subir a mi jeep, señor?

El oficial se precipitó hacia el taxi, pero el taxista lo agarró, le hizo dar media vuelta y empezó por atizarle un puñetazo en el estómago para después meterle la rodilla por la ingle y coronar la «misión» plantándole un puño enorme en la cara. Val abrió la boca. La sangre cubrió la cara del capitán caído en la acera. El taxista volvió corriendo al taxi, subió, cerró la puerta, embragó y se perdió entre el tráfico.

-¡Lawdy, Lawdy! -exclamó en una caricatura de dialecto sureño-. ¡Qué bien me siento! ¿Alguna dirección, señora? El taxímetro está corriendo.

-No... no estoy segura.

-Empecemos por lo básico. ¿Adónde quiere ir?

-A un teléfono. ¿Por qué ha hecho eso?

-Es asunto mío.

-¡Está loco! ¡Podían haberlo detenido!

-¿Por qué? ¿Por proteger a un viajero de una agresión? Esa mala persona venía corriendo hacia mi taxi y sus vibraciones no eran buenas, ni mucho menos. Además, no había ningún guardia cerca.

-Supongo que estuvo usted en Vietnam -dijo Val al cabo de un silencio, contemplando la gran cabeza cubierta de pelo endrino que tenía enfrente.

-Si, me otorgaron ese privilegio. Muy pintoresco.

-¿Qué pensaba usted del general Delavane, George Marcus Delavane?

El taxi hizo un gesto repentino mientras el conductor aferraba el volante y plantaba el pie sobre el freno, parando en seco y arrojando a Val contra el asiento delantero. La gran cabeza negra giró en redondo, los ojos como ascuas, llenos de furia y odio, y de aquel profundo e inequívoco fondo de temor que Valerie había visto tantas veces en los de Joel. El taxista tragó saliva mientras su penetrante mirada parecía perder fuerza, volverse hacia dentro, bajo el imperio del miedo. Se volvió otra vez hacia el volante y respondió simplemente:

-No pensaba mucho en el general. ¿Qué dirección es? Corre el contador.

-No sé. Un teléfono, necesito un teléfono. ¿Puede esperarme?

-¿Tiene dinero, o se lo llevó todo el capitán? ¡Mi preocupación por los viajeros tiene un límite, señora! No me dan nada por mis buenas obras.

-Tengo dinero. Le pagaré bien.

-Enséñeme un billete.

Valerie buscó en su bolso y sacó cien dólares.

-¿Servirá esto?

-Está bien, pero no haga lo mismo con cada taxi que necesite en un apuro. Podría acabar siendo un precioso cadáver en Bed-Stuy.

-No puedo creerlo.

-¡Vaya, conque una liberal! Siga así, señora, hasta que ellos la desengañen. ¡Lo que yo quiero es que los frían a todos! Los de su clase no se dan verdadera cuenta de lo que pasa, pero nosotros sí. Ustedes sólo ven lo de alrededor. Un par de violaciones en urbanizaciones caras, de las que algunas pueden ser discutibles, y unos cuantos robos de plata y joyas... ¿Qué importa, silo paga el seguro? Donde yo vivo sólo nos protege una pistola debajo de la almohada, y Dios ayude al hijo de perra que intente quitármela.

-Un teléfono, por favor.

-Usted paga, señora.

Se detuvieron ante una cabina, en la esquina de Madison y la calle Setenta y Ocho. Valerie se apeó y sacó del bolso la hoja de papel de cartas del Saint Regis con el número de teléfono de las Fuerzas Aéreas. Metió una moneda y marcó.

-Fuerzas Aéreas, Jefatura de Reclutamiento, Denver -anunció la telefonista.

-No sé si podrá ayudarme, señorita -dijo Val, sin dejar de observar el tráfico, en busca de un sedán marrón con el letrero U.S. ARMY pintado en las puertas-. Estoy tratando de dar con un oficial, un pariente mío...

-Un momento, por favor. La pondré.

-Personal, Unidades de Denver -dijo una segunda voz, ahora masculina-. Sargento Porter.

-Sargento, estoy tratando de localizar a un oficial -repitió Valerie- Se trata de un pariente que dejó recado a mi tía de que quería hablar conmigo.

-¿En qué sitio de Colorado está?

-No estoy segura.

-¿Springs, la Academia, Lowry Field, los montes Cheyennes...?

-No sé si está en Colorado, sargento.

-¿Entonces por qué llama a Denver?

-Venía en la guía.

-Ya... -El militar hizo una pausa-. Y ese oficial le dejó aviso de que quería hablar con usted.

-Sí.

-Pero no dejó dirección ni teléfono.

-Si lo hizo, mi tía lo perdió. Es muy mayor.

-Voy a decirle lo que tiene que hacer, señorita. Si quiere escribir al MPC, el Centro de Personal Militar de la base Randolph, en San Antonio de Texas, explicando lo que desea y dando el nombre y grado de ese oficial, se dará el debido curso a la carta.

Librodot

-¡No tengo tiempo, sargento! Viajo mucho... Bueno, en realidad estoy llamando desde un aeropuerto.

-Lo siento, señorita, pero ésas son las normas.

-¡No soy una «señorita» y mi primo es general y es verdad que quiere hablar conmigo! Sólo quiero saber dónde está, y, si no puede decírmelo, sí podrá llamarlo y darle mi nombe. Volveré a telefonearle para darle un número donde pueda encontrarme. Me parece que esto es razonable, sargento. Francamente, se trata de un caso urgente.

-¿Un general, señora?

-Sí, sargento Potter. Un general llamado Abbott.

-¿Sam Abbott? Quiero decir ¿el general de brigada Samuel Abbott?

-El mismo, sargento Potter.

-Porter, señora.

-No lo olvidaré.

-Bueno, no creo que esto atente contra la seguridad, señorita... señora. Todo el mundo sabe dónde está destinado el general Abbott. Es un oficial muy conocido y sale mucho en los periódicos.

-¿Dónde es eso, sargento? Le diré personalmente que usted nos ha ayudado mucho... a los dos.

-La base aérea de Nellis, en Nevada, muy cerca de Las Vegas. Manda los escuadrones de maniobra táctica avanzada. Todos los jefes de escuadrón completan su entrenamiento en Nellis. ¿Me dice su nombre, por favor?

-¡Oh, Dios mío! ¡Es la última llamada para mi avión! Gracias, sargento.

Valerie colgó el teléfono sin dejar de observar la calle y tratando de decidir qué hacer, si llamar inmediatamente a Sam o esperar. De pronto se dio cuenta de que no podía llamar; eso supondría utilizar una tarjeta de crédito y que tomasen nota del origen y el destino de la llamada. Volvió al taxi.

-Señora, me gustaría largarme cuanto antes de aquí si no le importa -dijo el taxista, en un tono de tranquila urgencia.

-¿Qué pasa?

-Suelo sintonizar la onda de la policía por si pasa algo en mi barrio y acabo de oírlo. A un capitán del Ejército le ha dado una paliza en la esquina de la Cincuenta y Cinco y Madison el conductor negro de un taxi que iba al norte. Por suerte no tienen la matrícula ni la compañía, pero la descripción es bastante precisa. «Un gran hijo de perra negro con un puño de talla doce», dijeron los muy cabritos.

-Vámonos -urgió Val-. Siento decirlo, pero no puedo verme envuelta en eso. -El taxi arrancó y giró hacia el este por la calle Dieciocho-. ¿Ha presentado denuncia mi marido?

-No, en eso he tenido suerte. Debe de haberla zurrado a usted de lo lindo, porque escapó sin decir palabra. Bendito sea su blanco corazón. ¿Adónde vamos?

-Déjeme pensar.

-Usted paga.

Tenía que ir a Las Vegas, pero la idea de volver a Kennedy o La Guardia la asustaba. Esos hombres parecían demasiado lógicos, demasiado rápidos en la previsión de sus movimientos. Después recordó. Hacía unos cinco o seis años, Joel y ella estaban pasando el fin de semana con unos amigos en Short Hills, un sitio de New Jersey, cuando Joel recibió una llamada de Nathan Simon diciéndole que tenía que ir el domingo a Los Angeles para una reunión el lunes por la mañana. Los documentos los enviarían al hotel Beverly Hills por Air Express. Joel había tomado el avión en el aeropuerto de Newark.

-¿Puede llevarme a Newark?

-Puedo llevarla a Alaska, señora, pero ¿a Newark?

-Al aeropuerto.

-Eso es otra cosa. Es uno de los mejores. Creo que tampoco Newark está mal. Tengo a un hermano allí y, bueno, sigue vivo. Atravesaré el parque en la Sesenta y Seis y bajaré por el túnel Lincoln. ¿No le importa que vuelva a poner la radio?

-No; adelante.

Las voces iban y venían hasta que el taxista apretó un botón y se estabilizaron: «El incidente de la Cincuenta y Cinco y Madison es negativo. El distrito Diez lo ha cancelado dado que la víctima se negó a ser asistida y no se identificó. De modo que, patrulleros, a otra cosa. Sólo ayudamos a los que se ayudan a sí mismos. Adelante, hermanos.»

-¡Vaya, es un hermano! -exclamó el taxista, aliviado, mientras apagaba la radio-. ¿Oyó eso de «incidente negativo»? Lo usaban en Vietnam, en aquellas grandes conferencias de prensa donde sólo hablaban de los muertos enemigos... Ahora que lo pienso, probable-mente ése estuvo allí... no con la prensa, sino entre los aspirantes a cadáver. Nunca llegaron a entenderlo del todo.

Valerie se echó hacia adelante en el asiento.

-Antes le pregunté por Vietnam, por el general Delavane. ¿Le importaría hablarme de él?

Pasó casi un minuto antes de que el negro contestase, y cuando lo hizo su voz era suave, incluso meliflua, y surgía de un fondo de abyecta derrota.

-Tiene usted mi número de licencia a la vista, señora. Estoy llevándola al aeropuerto de Newark. Me paga por eso y eso tendrá. El resto del viaje transcurrió en silencio, con el taxi invadido por una opresiva sensación de miedo. Al cabo de tantos años, pensaba Val. ¡Dios mío!

Encontraron mucho tráfico en el túnel y después en la autopista; empezaba el fin de semana y quienes podían disfrutarlo corrían hacia la costa de Jersey. El aeropuerto estaba aún peor, atiborrado, con los coches formando una cola de cuatrocientos metros en los carriles que llevaban a «Salidas». Al fin pudieron meterse en un espacio para aparcar y Valerie se apeó. Pagó al taxista cien dólares más de lo que marcaba el contador y le dio las gracias.

-Me ha ayudado usted muchísimo. Nunca sabré realmente por que, pero pensaré en ello.

-Ya le dije que es mi trabajo. Tengo mis razones.

-Ojalá yo pudiese decir algo, algo que pudiese ayudarle.

-No lo intente, señora. Basta con este verde.

-No, no basta.

-Sí, hasta que venga algo mejor, y eso no va a ocurrir mientras yo viva. Tenga cuidado, señora. Me parece que tiene usted mayores problemas que la mayoría de nosotros. Se fue de la lengua, aunque ya lo he olvidado, por supuesto.

Valerie dio media vuelta y entró en el terminal. Había unas colas tremendas frente a los mostradores, y antes de ponerse en una tenía que saber en cuál. Veinte minutos más tarde había dado con ella y casi una hora después tenía un billete para Las Vegas en el vuelo de las 12.30 de la American, y aún faltaba una hora para la salida. Era el momento de ver si todo aquello tenía sentido. Si tenía sentido Sam Abbott, o se estaba aferrando desesperadamente a un hombre que recordaba y que quizá no fuese ya el mismo. Había cambiado veinte dólares en billetes por dos paquetes de diez dólares en monedas de veinticinco centavos. Esperaba que fuese suficiente. Subió en la escalera mecánica a la segunda planta y fue hasta un teléfono que había al final de un amplio pasillo, más allá de las tiendas. Información de Nevada le dio el

número de la centralita principal de la base de Nellis. Lo marcó y pidió que la pusiesen con el general de brigada Samuel Abbott.

-No sé si estará ya en la base -dijo la telefonista.

-¿Cómo?

Lo había olvidado. Había una diferencia de tres horas.

-Un momento; ya ha llegado. Tiene un vuelo temprano.

-Despacho del general Abbott.

-¿Puedo hablar con el general, por favor? Me llamo Parquette, Virginia Parquette.

-¿Puede decirme de qué se trata? -preguntó la secretaria-. El general está muy ocupado y a punto de salir a las pistas.

-Soy una prima suya a la que hace mucho tiempo que no ve. Ha habido una desgracia en la familia.

-Oh, cuánto lo siento.

-Por favor, dígale que estoy al teléfono. Tal vez no recuerde mi nombre; hace tantos años... Pero puede decirle que en otros tiempos compartimos algunas cenas maravillosas en Nueva York. Es realmente muy urgente. Preferiría que fuese otro quien hiciera esta llamada, pero me temo que me ha tocado a mí.

-Sí, sí, claro.

La espera trasladó a Valerie al último círculo del infierno. Al fin se oyó un clic, seguido por la voz que recordaba.

-¿Virginia... Parquette?

-Sí.

-¿Ginny... de Nueva York? ¿Cenas en Nueva York?

-¡Sí!

-Eres la esposa, no la hermana.

-¡Si!

-Dame un número. Te llamaré dentro de diez minutos.

-Estoy en un teléfono público.

-Quédate ahí. Dime el número.

Valerie se lo dijo y colgó, asustada, preguntándose qué había hecho, pero sabiendo que no podía haber hecho ninguna otra cosa.

Se sentó en la silla de plástico que había junto al teléfono, vigilando las escaleras mecánicas, observando a la gente que entraba y salía de las tiendas, del bar, del restaurante de comidas rápidas. Trataba de no mirar su reloj. Transcurrieron doce minutos. Sonó el teléfono.

-¿Si?

-¿Valerie?

-¡Sí!

-Quería salir del despacho; hay demasiadas interrupciones. ¿Dónde estás? Por el prefijo, en New Jersey.

-En el aeropuerto de Newark. Salgo en el vuelo de las doce treinta para Las Vegas. ¡Tengo que verte!

-Traté de llamarte. La secretaria de Talbot me dio tu número...

-¿Cuándo?

-Hace dos días. Yo estaba de maniobras en el desierto de Mojave, demasiado ocupado para poner la radio, y no teníamos periódicos. Se puso un hombre, y cuando dijo que no estabas allí colgué.

-Era Roger, el padre de Joel. Ha muerto.

-Lo sé. Dicen que probablemente fue un suicidio.

-¡No! Lo he visto, Sam. ¡He visto a Joel! ¡Son todo mentiras!

-De eso es de lo que tenemos que hablar. Llámame cuando llegues. El mismo nombre. No quiero recogerte en el aeropuerto; allí me conoce demasiada gente. Ya pensaré un sitio donde podamos encontrarnos.

-¡Gracias, Sam! Eres lo único que nos queda.

-¿Nos?

-De momento, sí. Yo soy lo único que le queda a él.

Converse vio desde el lejano y oscuro rincón de la estación cómo salía el tren de Osnabrück, con sus enormes ruedas haciendo presión sobre los raíles, gimiendo con el esfuerzo. Esperaba que de un momento a otro los silbatos perforasen la calma nocturna, el tren se detuviese y saliera del furgón dando voces un guarda medio beodo, pero no ocurrió nada. ¿Por qué? ¿Estaba aquel hombre más borracho de lo que parecía? ¿Le había empujado el alboroto de los animales rabiosos a beber aún más, reforzando así su resolución de permanecer en la seguridad de su jaula? ¿Habría visto sólo una forma borrosa corriendo en la penumbra, o quizá nada, al no haber descubierto todavía el cuerpo inconsciente? Pero Joel vio pronto que había otra posibilidad, ésta más brutal. Pudo ver una silueta que atravesó a la carrera el penúltimo vagón, metiéndose por dos veces entre los asientos para pegar la cara al cristal. Momentos después el hombre estaba asomándose por encima de la parte inferior de la primera salida de emergencia, que tenía los escalones de debajo bloqueados por la gruesa y sólida puerta. Llevaba en la mano la pistola, que mantenía a la altura de la frente mientras escudriñaba las sombras, entornando los ojos para evitar ser deslumbrado por las luces de la estación.

De pronto el asesino se decidió. Agarró el borde metálico, saltó la barandilla y, tras caer al suelo, rodó por la grava apartándose de la creciente velocidad del tren. Al cazador de Aquitania le había entrado el pánico. No se atrevía a perderla presa, a dejar de cumplir su misión.

Converse dobló la esquina y corrió a lo largo de la cara oscura del edificio hacia un aparcamiento. Viajeros recién apeados del tren estaban poniendo en marcha sus automóviles o subiéndose a ellos. Dos parejas charlaban en el andén próximo, sin duda esperando a que los recogiesen. Llegó un coche procedente de la carretera que había más allá. Los hombres agitaron la mano, y a los pocos momentos los cuatro estaban dentro, riéndose mientras se alejaban. El aparcamiento estaba desierto; la estación cerraba durante la noche. Un único foco, instalado en el tejado, iluminaba el vacío, y más allá de la gran extensión de grava una fila de altos árboles simulaba una muralla inmensa e impenetrable.

Manteniéndose todo lo posible en las sombras, Joel saltó de un espacio en tinieblas a otro hasta llegar a una puerta en arco dentado ciega que había al final del edificio. Se puso de espaldas contra los ladrillos y esperó, sosteniendo la pistola al costado y preguntándose si tendría que usarla, si le darían siquiera la oportunidad de hacerlo. Había tenido suerte en el tren y lo sabía; no era enemigo para unos asesinos profesionales. Y, por mucho que intentase convencerse a sí mismo, ni estaba en la jungla de hacía una vida ni era el joven de entonces. Pero cuando lo pensaba, como ahora, eran esos recuerdos lo único que tenía para guiarse. Salió medio agachado del arco en sombras y corrió hasta la esquina.

Hubo una explosión que hizo volar la piedra a la izquierda de su cabeza. Se lanzó a su derecha, rodando por la grava, y se levantó rápidamente para salir de la zona iluminada por el foco. Tres nuevos estallidos despedazaron piedras y tierra en torno a sus pies. Alcanzó la oscura línea de follaje y se lanzó entre la maleza, sabiendo instintivamente lo que tenía que hacer.

-¡Ay! ¡Aaah...!

Su grito final terminó en una convincente nota de agonía.

Después se arrastró por entre la maleza lo más de prisa que se lo permitía la maraña de verdor espinoso. Estaba ya a varios metros de donde había gritado. Giró sobre las rodillas y se mantuvo inmóvil, cara a la extensión iluminada que había más allá de los matorrales.

Y ocurrió, como ya ocurriera cuando tres chiquillos en pijama de oficial cometieron la indelicadeza de matar a otro jovenzuelo en la jungla. Su ansiedad los llevó a dejarse atraer por los últimos sonidos que habían oído, como ahora este cazador de Aquitania. El hombre salió de la oscuridad del andén trasero de la estación con la pistola al frente, sostenida firmemente con ambas manos, y fue directa, cautelosamente hacia la zona de arbustos de donde habían partido los gritos.

Converse tanteó silenciosamente el suelo hasta encontrar una piedra mayor que su puño. La cogió y esperó, mirando, sintiendo el redoble en su pecho, El asesino estaba a menos de tres metros del borde del follaje. Joel levantó la piedra y la hizo describir un arco en el aire, hacia su derecha.

Se oyó claramente el crujido. El soldado de Aquitania se agachó instantáneamente y disparó una vez tras otra... ¡dos, tres, cuatro! Converse levantó su arma y apretó dos veces el gatillo. El hombre giró hacia su izquierda, dando boqueadas, se sujetó el vientre y cayó al suelo.

No había tiempo para pensar, sentir o considerar lo ocurrido.Joel salió a gatas a la grava, se acercó corriendo a su frustrado ejecutor, lo cogió por los brazos y lo arrastró hasta la espesura. Aún tenía que saberlo. Se arrodilló y le aplicó los dedos a la base del cuello. Estaba muerto. Otro explorador fuera de combate en la guerra de la moderna Aquitania, la confederación militar de George Marcus Delavane.

No había nadie por allí cerca. De lo contrario los disparos hubiesen provocado gritos y carreras, alguien hubiera avisado a la policía y ya se habría presentado. ¿A qué distancia estaría Osnabrück? Había leído el horario y tratado de calcular el tiempo, pero había sido siempre de un modo tan rápido, tan brutal, que no había podido enterarse bien. Si recordaba que el tren tardaba menos de una hora. Tenía que informarse de algún modo sobre la estación de 0snabrück. ¿Pero cómo?

Volvió al andén y leyó el letrero: RHEINE. Era un comienzo. Había contado sólo las paradas, sin fijarse en los nombres. Después vio algo a lo lejos, muy por encima del suelo, con luces dentro. ¡Una torre! Había visto esas torres docenas de veces en Suiza y en Francia; eran los modernos cambios de agujas. Salpicaban el paisaje del Eurail, controlando los trenes que cruzaban por su sector. Echó a correr a lo largo de las vías, preguntándose de pronto qué aspecto tendría. Había perdido el sombrero y el traje estaba sucio, pero el alzacuello seguía en su sitio. Todavía era un sacerdote.

Al llegar junto a la torre, se sacudió la ropa y trató de atusarse el pelo. Después empezó a subir los escalones metálicos. Ya arriba, vio que la puerta de acero de la torre estaba cerrada y tenía un cristal de una pulgada de grueso a prueba de balas, signo de los tiempos de terrorismo que corrían, en los que los trenes constituían un blanco muy vulnerable. Se acercó a la puerta y golpeó en el marco de metal. Dentro había tres hombres, atentos a unas consolas electrónicas. El de más edad se apartó de las numerosas pantallas verdes y vino hacia la puerta. Miró por el cristal y se santiguó, pero no abrió. De pronto salió al aire un sonido resonante y se escuchó al hombre por un altavoz.

-Was ist, Hochwürden?

-No hablo alemán. ¿Habla usted inglés?

-Englander?

-Sí... ja.

El viejo se volvió a sus compañeros y gritó algo. Ambos negaron con la cabeza, pero uno de ellos levantó la mano y vino hacia la puerta.

-Ich spreche... un poco, señor. Englander. Nicht puede entrar aquí, verstehen?

-¡Tengo que llamar a Osnabrück! Me espera una mujer... ¡una Frau!

-¿Cómo? Hochwürden! Eine Frau?

-¡No, no! ¡No me entiende! ¿Ninguno de ustedes habla inglés?

-Sie sprechen Deutsch?

-¡No!

-Warten Sie -dijo el tercer hombre desde la consola. Hubo un rápido diálogo entre ambos. El que hablaba «un poco» se volvió otra vez hacia la puerta.

-Eine Kirche -dijo, buscando las palabras-. ¡Iglesia! ¡Ein Pfarrer... sacerdote! Er spricht Englisch. Drei... tres Strassen... ¡allí!

El alemán señaló hacia su izquierda y Joel miró abajo por encima del hombro. Había una calle a lo lejos. Comprendió. Tres manzanas más allá había una iglesia y un cura que hablaba inglés, y que seguramente tendría teléfono.

-El tren para 0snabruck. ¿Cuándo? ¿Cuándo llega aquí?

-Converse señaló su reloj-. ¿Cuándo? ¿Osnabruck?

El hombre miró hacia la consola y después se volvió otra vez a Joel y sonrió.

-Zwolf Minuten, Hochwürden!

-¿Cómo? ¿Qué?

-Zwól f... tole.

-¿Doce?

-Jai

Converse dio media vuelta y bajó lo más de prisa que pudo. Una vez en el suelo, corrió hacia el alumbrado público que veía a lo lejos, y ya allí siguió por el centro de la calle, agarrándose el pecho y prometiendo por enésima vez dejar de fumar. Había convencido a Val para que lo dejase; ¿por qué no había seguido su propio consejo? Porque era invulnerable. ¿0 sería que se cuidaba más de ella que de sí mismo? ¡Basta! ¿Dónde estaría la maldita iglesia?

Estaba allí, a la derecha. Era un edificio pequeño con falsos capiteles, un tanto ridículo y con una especie de refugio prefabricado al lado a modo de casa rectoral. Joel atravesó corriendo la corta senda que llevaba a la puerta, una puerta con un crucifijo espantosamente alhajado, un Jesús de falsos diamantes, un Cristo con tumbagas... y llamó. Momentos después abrió la puerta un hombre gordo y angelical con pelo blanco muy escaso, aunque perfectamente peinado.

-Ah, Guten Tag, Herr Kollege.

-Perdóneme -dijo Converse, sin aliento-. No hablo alemán. Me dijeron que hablaba usted inglés.

-Ah, sí; lo hablo, o al menos eso espero. Pasé mi noviciado en la madre patria, que no es lo mismo que el Vaterland. Usted comprende la diferencia de género, por supuesto. ¡Pase, pase! La visita de un colega pide un Schnaps. A touch of wine suena mejor, ¿no es verdad? Otra vez la madre patria, tan dulce, tan comprensiva. ¡Caramba, es usted un joven muy apuesto!

-No tan joven, padre -dijo Joel, entrando.

-Todo es relativo, ¿no? -El cura alemán entró con paso no muy firme en lo que era sin duda su cuarto de estar. También allí había en las paredes imágenes enjoyadas, montadas sobre terciopelo negro, con piedras tan baratas como relucientes y los rostros de los santos inconfundiblemente femeninos-. ¿Qué quiere tomar? Tengo jerez y moscatel, y también un oporto que he estado ahorrando para ocasiones muy especiales. ¿Quién le envía? ¿Aquel pícaro novicio de Lengerich?

-Necesito ayuda, padre.

-Dios mío, ¿y quién no? ¿Va a ser esto una confesión? En ese caso, por el amor de Dios, déme hasta mañana. Amo al Señor mi Dios con toda mi alma y todas mis fuerzas, y si hay pecados de la carne, son de Satán. ¡No míos, sino del Arcángel de las Tinieblas!

El hombre estaba borracho. Cayó sobre un cojín y se desplomó al suelo. Converse corrió a levantarlo y lo puso en una silla... junto al único teléfono que había en la habitación.

-Le ruego que me comprenda, padre, que no me interprete mal.

Tengo que hablar con una mujer que está esperándome en Osnabrück. Es importante.

-¿Una mujer? ¡Satán! ¡Es Lucifer el de los ojos de fuego! ¿Cree que está mejor que yo?

-En absoluto. Por favor, ¡necesito ayuda!

Le costó diez minutos de ruegos, pero al final el cura se calmó y fue al teléfono. Se identificó como sacerdote, y momentos después Joel oía el nombre que le permitió volver a respirar con firmeza.

-Frau Geyner? Es tut mir leid... -El cura habló con la mujer durante unos minutos. Después colgó y se volvió a Converse-. Estaba esperándolo. -Frunció el entrecejo, desconcertado-. Pensaba que podía haberse apeado en la estación de mercancías. ¿Qué estación de mercancías?

-Comprendo.

-Yo no; pero sabe venir hasta aquí y le recogerá dentro de una media hora... Usted me ha serenado, padre. ¿Hice o dije algo inconveniente?

-De ninguna manera. Acogió a un hombre en apuros; no hay nada malo en eso.

-Vamos a echar un trago. Olvídese del Schnaps y del touch of wine. Eso es muy aburrido, ¿no le parece? Tengo un poco de bourbon norteamericano en el frigorífico. Porque usted es norteamericano,¿verdad?

-Sí, y un vaso de bourbon me vendría muy bien.

-¡Estupendo! Sígame a mi humilde cocina. Es por aquí. Cuidado con la cortina de lentejuelas, querido muchacho. ¿Demasiado, no?... Bueno, a pesar de todo, sea lo que sea, soy un buen hombre. Yo lo creo. Doy consuelo.

-Estoy seguro de ello.

-¿Dónde estudió usted, padre?

-En la Universidad Católica de Washington -dijo Converse, contento consigo mismo por haber recordado y respondido tan rápidamente.

-¡Dios mío, yo estuve allí también! -exclamó el alemán-. Me mandaban de un lado para otro, ¿comprende? ¿Recuerda a... cómo se llama...?

¡Dios mío!», pensó también Joel.

Pero llegó frau Hermione Geyner y se lo llevó a remolque, lo requisó, diríamos. Era una mujer menuda, mucho más vieja de lo que Joel había imaginado. Tenía una cara marchita, que le recordó a la mujer de la estación de Amsterdam, dominada por unos ojos grandes e intensos que parecían despedir descargas eléctricas. Joel subió al coche y la vieja echó el seguro de la

Librodot

puerta, se puso al volante y salió a toda velocidad calle arriba, alcanzando lo que debían de ser cien kilómetros por hora en pocos segundos.

-Le agradezco todo lo que está haciendo por mí -dijo Converse, apuntalándose con los pies en el suelo.

-¡No es nada! -exclamó la vieja-. ¡He sacado a hombres de aviones que se estrellaron en Bremerhaven, Stuttgart y Mannheim!

¡Y escupido a soldados a la cara y atravesado barricadas! ¡Nunca fallaba! ¡Aquellos cerdos no conseguían tocarme!

-Sólo pretendía decir que me está salvando la vida y quiero que sepa que se lo agradezco. Estoy seguro de que Valerie, su sobrina y mi... mi ex mujer, le habrá dicho que no he hecho las cosas que dicen que hice, y así es. No las hice.

-¡Ach, Valerie! Una buena chica, pero no muy de fiar, ja? Se libró de ella, ja?

-No fue exactamente eso lo que ocurrió.

-Era de esperar -continuó Hermione Geyner, como si Joel no hubiese dicho una palabra-. Es una artista y ya sabemos lo inestables que son. Además su padre era francés. Y le pregunto, ¿podía ocurrirle algo peor? Franzose! ¡Los gusanos de Europa! Tan poco de fiar como su vino, que va a parar casi todo a sus estómagos. Son unos borrachos. Lo llevan en la sangre.

-Pero usted creyó lo que le dijo de mí. Está ayudándome, salvándome la vida.

-¡Porque podíamos! ¡Sabíamos que podíamos!

Joel contempló la carretera, las curvas que se acercaban raudas y ella tomaba a cien por hora mientras chirriaban las cubiertas. Hermione Geyner no era en modo alguno lo que él esperaba, pero eso le ocurría ya con todo. Era tan vieja, y a aquellas horas y con lo que habría pasado los dos últimos días... Eso tenía que haberle hecho mella. Cuando la gente mayor está cansada afloran los viejos prejuicios. Tal vez por la mañana pudiesen sostener una conversación lúcida. La mañana... Era el comienzo del segundo día y Valerie había prometido llamarle a Osnabruck con noticias de Sam Abbott, de sus progresos para llegar hasta el piloto. ¡Tenía que hacer esa llamada! Había que informar a Sam del extraño lenguaje que Joel había oído a un viejo en Amsterdam, en el que una palabra que significaba una cosa significaba también otra totalmente diferente. ¡Asesinato! Llámame, Val. ¡Por el amor de Dios, llámame!

Converse miró por la ventanilla. Pasaban los minutos. El paisaje estaba en calma pero el silencio era violento.

-¡Hemos llegado! -exclamó Hermione Geyner, entrando de un volantazo en el camino que llevaba a una gran casa de tres plantas algo apartada de la carretera. Por lo que pudo ver Converse, era un edificio que había tenido cierta majestad, aunque sólo fuese por su tamaño y la profusión de ventanas techadas y aguilones. Ahora, bajo la luna, parecía tan vieja y ruinosa como su propietaria.

Subieron los gastados escalones de madera del enorme porche y se acercaron a la puerta. Frau Geyner llamó rápida e insistentemente, y a los pocos segundos abrió una mujer vieja, que les hizo una solemne reverencia mientras entraban.

-Qué bonito es esto -empezó Joel-. Quiero que sepa...

-¡Chist! -Hermione Geyner dejó caer las llaves del coche en un cuenco lacado en rojo que había sobre una mesa del vestíbulo y levantó la mano-. ¡Por aquí!

Converse la siguió hasta un par de dobles puertas, por las que entró siguiéndola. Se detuvo, confuso y asombrado. Frente a él, en el gran salón victoriano suavemente iluminado, había una fila de sillas de alto respaldo y sentada en cada una de ellas estaba una vieja... ¡Nueve viejas! Fascinado, las observó con atención. Algunas sonreían débilmente, otras temblaban con la edad y los achaques; las había de expresión seria e intensa, y una de ellas parecía refunfuñar para sí misma.

Hubo una salva de débiles aplausos, en los que manos hinchadas o delgadas y surcadas de venas chocaban carne contra carne con evidente esfuerzo. Habían colocado dos sillas enfrente de las mujeres y la tía de Valerie le indicó que eran para ellos dos. Tomaron asiento mientras iban apagándose los aplausos.

-Meine Schwestern Soldaten! -gritó Hermione Geyner, levantándose-. Heute Nacht....

La vieja habló durante casi diez minutos, interrumpida de vez en cuando por aplausos aislados y expresiones de asombro y respeto. Al fin se sentó.

-Nun. Fragen!

Las mujeres empezaron a hablar una tras otra, la mayor parte con voz débil y vacilante, pero algunas en tono enfático, casi hostil. Después Converse se dio cuenta de que la mayoría le miraban. Estaban haciéndole preguntas, algunas santiguándose mientras hablaban, como si el fugitivo al que habían salvado fuese realmente un sacerdote.

-¡Vamos, amigo! -gritó Hermione Geyner-. Responde a estas señoras. Merecen esa cortesía.

-No puedo contestar a algo que no entiendo -protestó Joel. De repente, sin que nada lo hiciese presagiar, la tía de Valerie se levantó rápidamente de su silla y le cruzó la cara.

-¡Esas tácticas evasivas no van a servirte de nada aquí! -gritó volviendo a golpearle y rasgándole la piel con el anillo que llevaba en el dedo-. ¡Sabemos que entiendes todo lo que se ha dicho! ¡Por qué los checos y los polacos creeréis siempre que podéis engañarnos! ¡Tú colaboraste! ¡Tenemos pruebas!

Las viejas empezaron a gritar, con sus rostros arrugados y contorsionados llenos de odio. Converse se puso en pie; había comprendido. Hermione Geyner y todas las demás que había en aquella sala estaban locas, o seniles, o ambas cosas. Vivían en una época violenta perdida en un pasado de hacía cuarenta años.

Entonces, como respondiendo a una señal convenida, se abrió una puerta al otro lado de la sala y entraron dos hombres. Uno de ellos vestía impermeable y tenía la mano derecha en el bolsillo y una especie de paquete en la izquierda. El segundo llevaba un abrigo terciado al brazo, sin duda para ocultar un arma. Después apareció un tercero y Joel cerró los ojos, apretándolos cuanto podía, mientras sentía en el pecho un dolor insoportable. El tercer hombre tenía un vendaje en la frente y un brazo en cabestrillo. Era Converse quien le había causado aquellas heridas. Lo había visto por última vez en un vagón de mercancías lleno de animales frenéticos.

El primer hombre se acercó a Joel y le puso delante el paquete, un grueso sobre de avión sin sellos. Era el informe que Joel había enviado a Nathan Simon a Nueva York.

-El general Leifhelm le envía sus saludos, e incluso sus respetos -dijo, pronunciando la palabra «general» con la g fuerte alemana.

32

Peter Stone observó cómo el médico aprobado por la CIA ponía la tercera y última grapa en la comisura de la boca del oficial del Ejército, mientras el capitán estaba sentado en tensión en su silla.

-Habrá que reparar el puente -dijo-. En el laboratorio tengo a un hombre que lo hará en pocas horas, y un dentista en la calle Setenta y Dos que se ocupará del resto. Le Llamaré más tarde, cuando esté arreglado.

Librodot

-¡Hijo de perra! -rugió el capitán, lo más alto que podía con su media boca novocainada-. ¡Era un tanque, un maldito tanque negro! ¡Es imposible que trabajase para ella; era sólo un puñetero taxista! ¿Por qué diablos...?

-Quizá fue usted quien le hizo dispararse -dijo Stone, andando mientras consultaba varias páginas de notas-. Ocurre a veces.

-¿Qué es lo que ocurre? -aulló el oficial.

-Déjelo, capitán. Va a romper los puntos.

El doctor sostuvo en alto una aguja hipodérmica. Era una amenaza.

-Está bien, está bien. -El oficial bajó la voz-. ¿Qué significa «dispararse» en ese esotérico lenguaje suyo?

-Está bien claro. -Stone se volvió hacia el médico-. Ya sabes que ahora no tengo empleo, de manera que será mejor que me des una factura.

-Bastará con que me invites a cenar cuando estés en la ciudad. Pero lo del laboratorio y el dentista es diferente. Te sugiero pagar en metálico. Y que se quite el uniforme.

-Sí, será mejor.

-¿Qué...?

El capitán se detuvo, al ver la mano de Stone puesta discretamente frente a su pecho, indicándole que se callase.

El doctor guardó sus instrumentos en el maletín negro y fue hacia la puerta.

-A propósito, Stone -dijo al ex agente de la CIA-, gracias por el albanés. Su mujer está gastándose rublos moscovitas como loca por cada dolor al que consigo encontrarle un nombre.

-Lo que le duele es su marido. Tiene un apartamento en Washington que ella no conoce y ciertas costumbres sexuales más bien extrañas.

-No pienso decírselo.

Se fue el médico y Stone se volvió otra vez hacia el capitán.

-Cuando esté con tipos como ése, no diga más que lo imprescindible, y eso incluye las preguntas. No quieren oír ni saber nada.

-Lo siento. ¿Qué quería decir con eso de que yo hice dispararse a ese bestia?

-¡Vamos! Una mujer atractiva perseguida calle abajo por un peripuesto oficial del Ejército. ¿Cuántos recuerdos, negros recuerdos, no andan sueltos por ahí nada halagüeños para los de su clase?

-¿Clase? Nunca he pensado en mí como una clase, pero entiendo lo que quiere decir. Estaba al teléfono cuando llegué aquí, y después hubo otras dos llamadas. ¿De qué se trata? ¿Hay alguna pista de la mujer de Converse?

-No. -Stone volvió a consultar sus notas, pasando las páginas-. Podemos suponer que volvió en busca de alguien, de alguien en quien ella y su ex marido confían.

-El sabe manejarse en Washington. Tal vez alguien del Capitolio, o incluso de la Administración, o del Estado.

-No lo creo. Si conociese a alguien así y pensase que su historia podría hacerse pública antes de que le volasen la cabeza, ya hubiera aparecido hace días. Recuerde que ha sido juzgado y condenado. ¿Se le ocurre alguien en Washington dispuesto a no tratar su caso, a no tratarlo a él, estrictamente de acuerdo con las reglas? Está contaminado. Demasiadas «fuentes autorizadas» lo han confirmado, y han llegado incluso a diagnosticar de qué enfermedad.

-A estas alturas ya conoce lo que nosotros descubrimos hace meses. Uno no sabe nunca dónde están ni con quién están hablando.

Librodot

-0 a quién han contratado o chantajeado para obligarle a hacer lo que quieren sin revelarle los entresijos del asunto. -Se sentó frente al oficial del Ejército-. Pero ya han encajado otro par de cosas. Hemos dado con un modelo y unos cuantos nombres más. Si pudiésemos sacar a Converse y combinar lo que él sabe con lo que hemos conseguido nosotros, quizá fuese suficiente.

-¿Qué?

El capitán se echó hacia adelante en su silla.

-Tranquilo; sólo he dicho que es posible. He estado cobrando algunas viejas deudas, y, si pudiésemos reunirlo todo, quedan un par de personas en las que puedo confiar.

-Por eso le llamamos; porque sabe qué hacer y nosotros no. ¿Qué ha conseguido?

-Para empezar, ¿ha oído hablar de un actor llamado Caleb Dowling? En realidad se llama Calvin, pero eso carece de importancia, excepto para las computadoras.

-Sé quién es. Hace de padre en una serie de televisión que se llama Santa Fe. No lo divulgue, pero mi mujer y yo la vemos de vez en cuando. ¿Qué hay de él?

Stone consultó su reloj.

-Estará aquí dentro de unos minutos.

-¿Bromea? Estoy impresionado.

-Quizá lo esté más cuando hayamos hablado con él.

-¡No me diga! Póngame al corriente.

-Es uno de esos raros golpes de suerte que todos buscamos y que parecen tan absurdos, pero son perfectamente lógicos. Es el timing lo que no es lógico... Dowling estaba en Bonn rodando una película y trabó amistad con Peregrine, ya sabe, una celebridad norteamericana y todo eso. También conoció a Converse en un avión, y le consiguió habitación cuando era difícil encontrarla. Aún más significativo es que Dowling fue el contacto inicial entre Peregrine y Converse... que no funcionó por la intervención de Fitzpatrick.

-¿Y?

-Cuando mataron a Peregrine, Dowling llamó varias veces a la Embajada tratando de conseguir una cita con el embajador en funciones, sin resultado. Finalmente envió una nota a la secretaria de Peregrine diciéndole que tenía que verla, que era importante. La secretaria se reunió con él, y el tal Dowling dejó caer una bomba en su regazo. Al parecer, él y Peregrine habían acordado que si Converse llamaba a la Embajada e iba a haber un contacto, Dowling estaría presente. No cree que Peregrine faltase a su palabra. En segundo lugar, Peregrine dijo a Dowling que había irregularidades en el personal de la Embajada, gente que se portaba de un modo raro. Uno de esos incidentes lo presenció el propio Dowling. Dijo que había demasiadas cosas que no casaban, desde las conversaciones cuerdas y lúcidas de Converse hasta el hecho de que él, Dowling, no hubiera sido interrogado oficialmente, como si esa gente estuviese evitando a una de las últimas personas que vieron a Converse. El remate fue decirle que no creía que Converse tuviera nada que ver con el asesinato de Peregrine. La secretaria estuvo a punto de desmayarse, pero le dijo que se pondrían en contacto con él. Conocía al jefe de destacamento de la Agencia en Bonn y le llamó. También yo le llamé, hace dos días, diciéndole que estaba al corriente por Estado.

-¿Confirmó todo eso?

-Sí. Llamó a Dowling, le escuchó y ha empezado a investigar por su cuenta. Ya tiene algunos nombres, uno de los cuales conocemos, pero habrá más. Era con él con quien hablaba antes por teléfono. Dowling llegó anoche; se aloja en el Pierre y estará aquí hacia las once y media.

-Eso es actividad -dijo el capitán, haciendo signos de aprobación-. ¿Algo más?

-Un par de cosas. Ya sabe cómo nos desconcertó lo del juez Anstett y el empeño que pusieron en convertirlo en un asesinato mafioso. ¡Si ni siquiera estábamos seguros de por qué Halliday había utilizado a Anstett! Pues bien, los chicos de las computadoras de los bancos de datos del Ejército tienen ya la respuesta. Se remonta a octubre de 1944. Anstett era oficial jurídico en el Primer Ejército de Bradley, donde Delavane estaba al mando de un batallón. Delavane llevó a consejo de guerra con cargos falsos a un sargento que había mostrado miedo. La acusación fue deserción frente al enemigo, y lo que pretendía el coronel Delavane era dejar sentado de una vez por todas, tanto frente a sus propias tropas como a los alemanes, quién era él. El veredicto fue culpable y la pena de muerte.

-¡Dios mío! Parece la historia de Slovik.

-Exactamente. Sólo que un modesto teniente llamado Anstett se enteró y apareció con todas sus baterías jurídicas echando humo. Utilizando informes de evaluación psiquiátrica, no sólo consiguió que el sargento fuese enviado a su casa para seguir un tratamiento, sino que dio literalmente la vuelta al caso y convirtió a Delavane en acusado. Mediante ese mismo tipo de evaluaciones psicológicas, stress sobre todo, puso en cuestión la capacidad de Delavane para el mando. Estuvo a punto de arruinar una ilustre carrera militar, y lo habría hecho de no ser por los amigos que el coronel tenía en el Departamento de Guerra. Enterraron tan bien el informe que figuraba con otro de los apellidos de Delavane, y nadie dio con él hasta que todos los historiales fueron computarizados en los años sesenta.

-Menuda explicación, Stone.

-Es sólo una parte. Eso no explica el asesinato de Anstett. Y, no nos equivoquemos, fue la Mafia la que envió al tipo de la pistola.-Stone hizo una pausa y pasó una hoja-. De modo que tenía que haber una conexión en alguna parte, un eslabón que probablemente se remontaba a años atrás. Los muchachos de los discos siguieron buscando, y creo que ya lo tenemos. Adivine quién era el ayudante del coronel Delavane en el Primer Ejército. No, no se moleste; no podría. Un tal capitán Parelli, Mario Alberto Parelli.

-¡Dios mío! ¿El senador?

-El senador que lleva cinco legislaturas, treinta años, en tan augusta asamblea. Un hombre que subió desde la nada, con un pequeño empujón del soldado Bill, algunos benefactores a tiempo y unos cuantos asuntos legales muy lucrativos.

-Uf... -dijo en voz baja el capitán, echándose atrás en su asiento- Eso es gordo, ¿no?

-Ahí está. Encaja. Y puedo decirle que en los años 62 y 63, en los tiempos del «Vamos a por Fidel», Parelli era un visitante asiduo de la Casa Blanca, por cortesía de ambos Kennedy.

-Están incluso en el Senado. Ese hombre es uno de los tipos más influyentes del Capitolio.

-Antes de que se le pase el asombro, permítame darle la última noticia. Hemos encontrado al capitán de corbeta Fitzpatrick.

-¿Qué?

-Al menos sabemos dónde está. Que podamos sacarlo de allí, o incluso que queramos, es ya otra cuestión.

Valerie tomó un taxi en el aeropuerto McCarran de Las Vegas y dio al conductor la dirección de un restaurante de la Carretera 93, que Sam Abbott le había repetido dos veces por teléfono. El taxista, arrugando la frente, la miró por el retrovisor. Val estaba acostumbrada a que los hombres se la quedasen mirando; era algo que ni la halagaba ni la molestaba ya. Francamente, sólo la aburría lo que eso tenía de infantil, de fantasía de niño crecido que se engaña a sí mismo.

-¿Está segura, señorita? -preguntó el taxista.

-¿Perdón?

-Eso no es un restaurarnte, lo que se dice un restaurante. Es un sitio barato, una parada de camioneros.

-Es donde quiero ir -dijo fríamente Val.

-Seguro, okay, estupendo.

El taxi se incorporó al tráfico de salida.

El taxista tenía razón. Medio acre de asfalto rodeaba el largo y bajo diner en forma de L, y una docena de enormes camiones convertían en enanos a los turismos, aparcados a distancia respetuosa de los intimidantes monstruos. Val pagó al taxista y entró. Miró a su alrededor y pasó junto a la cajera, hacia la parte en forma de L. Sam le había dicho que estaría en uno de los semirreservados de esa zona.

Y estaba, al final del segundo pasillo. Mientras se acercaba, Valerie contempló al hombre al que no había visto desde hacía casi siete años. No había cambiado mucho. Su pelo castaño tenía una franja gris en torno a las sienes, pero la cara fuerte y relajada no era muy diferente; quizá los ojos algo más hundidos, algunas arrugas más a los lados y los pómulos un poco más pronunciados. Pensó que ahora sería más fácil hacerle un retrato; estaba aflorando la persona oculta. Los ojos de ambos se encontraron, y el general de brigada salió del compartimiento con un atuendo que negaba su grado y profesión. Vestía una camisa de sport abierta, pantalones de verano color tabaco y mocasines oscuros. Era algo más bajo que Joel, pero no mucho. Sus ojos grises le decían que se alegraba de verla.

-Val.

Abbot la retuvo apenas, sin duda para no llamar la atención.

-Tienes muy buen aspecto, Sam -dijo Val, sentándose frente a él y poniendo a su lado la pequeña maleta.

-Tú estás simplemente sensacional, que es con lo que sustituimos los militares a todos esos otros adjetivos. -Abbott sonreía-. Es curioso, pero vengo aquí sobre todo porque nadie se fija en mí, de modo que pensé que era el sitio perfecto. Debería haberme dado cuenta. Has tenido que pasar por entre esa manada de gorilas devoradores de huevos duros.

-Gracias, pero no me preocupa.

-Yo tendré una buena coartada. Si alguien me reconoce, se correrá la voz de que el brigadier anda de juerga cuando no está de servicio.

-¿Estás casado, Sam?

-Hace cinco años. Tarde, pero con todas las de la ley. Una mujer estupenda y dos hijas encantadoras.

-No sabes cuánto me alegro. Espero tener ocasión de conocerlas, pero no esta vez, no en este viaje.

Abbott hizo una pausa mirándola a los ojos, con una pizca de tristeza en los suyos.

-Gracias por comprender -dijo.

-No hay nada que comprender, o, mejor dicho, hay que comprenderlo todo. El hecho de que estuvieses dispuesto a verme después de lo ocurrido es más de lo que teníamos derecho a esperar. Tanto Joel como yo sabemos los riesgos que estás corriendo, en todos los sentidos, y si hubiese otro modo de hacerlo no te mezclaríamos en esto. Pero cuando oigas lo que tengo que decirte comprenderás por qué no podíamos seguir esperando, por qué Joel me permitió buscarte. Fuiste idea mía, Sam, pero Joel no hubiera querido saber nada de no estar convencido de que era necesario... no por él, que no espera salir vivo de esto. Es lo que me dijo y lo que cree.

Una camarera trajo café y Abbott le dio las gracias.

-Ya pediremos más tarde -añadió, mirando a Valerie-. Tendrás que confiar en mi juicio. ¿Lo comprendes, no?

-Sí, porque confío en ti.

-Cuando no pude hablar contigo, hice algunas llamadas a personas con las que trabajé hace un par de años en Washington. Son hombres muy metidos en este tipo de cosas, que tienen las respuestas mucho antes de que la mayoría de nosotros sepamos ni siquiera las preguntas.

-¡Esas son las personas con las que Joel quiere que hables! -interrumpió Val-. Le viste entonces; pasaste una noche en su hotel, ¿recuerdas? Me dijo que habíais bebido los dos demasiado.

-Efectivamente. Y hablamos también más de la cuenta.

-Tú estabas evaluando aviones, «equipo», lo llamó Joel, con especialistas de varias unidades de inteligencia.

-Así es.

-¡Es con ellos con quienes tiene que entrar en contacto! ¡Necesita verlos, hablarles, decirles cuanto sabe! Estoy anticipándome, Sam, pero Joel piensa que esas personas deberían haber intervenido desde el principio, el principio para él. Comprende por qué fue elegido y, por increíble que parezca, ni siquiera ahora critica esa decisión. ¡Pero ellos deberían haber estado allí!

-Es cierto que estás anticipándote.

-Ya volveré.

-Primero déjame acabar. Hablé con ellos, diciéndoles que no creía lo que estaba leyendo y oyendo, que ése no era el Converse que yo conocía, y como un solo hombre me dijeron que no interviniese. Era un caso perdido y podían alcanzarme las salpicaduras. Efectivamente, ése no era el Converse que yo conocía porque estaba trastornado; era otra persona. Había demasiadas pruebas que lo confirmaban.

-Pero atendiste mi llamada. ¿Por qué?

-Por dos razones. La primera es obvia: conocía a Joel, pasamos mucho juntos y nada de esto tiene sentido para mí, ni quizá quiero que lo tenga. La segunda es mucho menos subjetiva. Conozco una mentira a cien leguas cuando sé que no puede ser verdad, y a mí me contaron una mentira otros a quienes a su vez se la habían contado. -Abbott bebió su café, como diciéndose a sí mismo que debía ir despacio y ser claro-. Hablé con tres conocidos míos, personas en quienes confío, y los tres lo comprobaron con sus propias fuentes. Después volvieron a mí diciéndome en esencia lo mismo, aunque en lenguaje diferente, desde distintos puntos de vista según sus prioridades. Es así como funciona esa gente. Pero había algo que no variaba ni en una sílaba, y ésa era la mentira. Se trata de las drogas.

-¿Joel?

-Sus palabras fueron prácticamente idénticas. «Se está recibiendo información de Nueva York, Ginebra y París que dice que Converse compraba en cantidad.» Esa era una de las frases. La otra decía: «Los médicos coinciden en que la jeringuilla acabó por hacerlo remontarse y volver atrás, al pasado.»

-¡Eso es una locura! -exclamó Valerie, mientras Abbott le cogía la mano para tranquilizarla-. Perdóname, pero es una mentira tan terrible... -susurró-. No sabes...

-Sí, Val, lo sé. A Joel le metieron cinco o seis veces sustancias enviadas de Hanoi, y nadie luchaba contra eso con más fuerza ni lo odiaba más que él. Las únicas porquerías que ha dejado entrar en su cuerpo desde entonces son el tabaco y el alcohol. Me ha ocurrido estar los dos con una resaca de tercer grado y, mientras yo rompía los botiquines buscando una aspirina efervescente, él ni los tocaba.

-Cada vez que tenía que inyectarse por causa del pasaporte, necesitaba tomarse cuatro martinis antes de ir al médico. Dios mío, ¿quién habrá hecho correr una cosa así?

-Cuando traté de averiguarlo, me dijeron que ni siquiera yo podía tener acceso a esa información.

La ex señora Converse se quedó ahora mirando al general de brigada.

-Tenéis que descubrirlo, Sam, ¿te das cuenta?

-Dime por qué, Val. Explícamelo.

-La cosa empezó en Ginebra, y para Joel el nombre clave fue George Marcus Delavane.

Abbott se estremeció y cerró los ojos. Su cara pareció hacerse de pronto más vieja.

El grito del gato sobre el lago helado se convirtió en un chillido cuando el hombre de la silla de ruedas cayó al suelo, con los dos muñones que un día fueron piernas agitándose tan loca como inútilmente. A fuerza de brazos incorporó su torso en la alfombra.

-¡Ayudante! ¡Ayudante! -rugió el general George Marcus Delavane mientras el teléfono rojo oscuro seguía sonando sobre la mesa situada debajo del mapa fragmentado.

Un hombre corpulento y musculado de mediana edad, uniformado de pies a cabeza, apareció corriendo por la puerta y se precipitó hacia su superior.

-Permítame ayudarle, señor -dijo enfáticamente, acercando la silla de ruedas.

-¡A mí no! -aulló Delavane-. ¡El teléfono! ¡Coja el teléfono! ¡Diga a quien sea que ahora me pongo!

El viejo soldado empezó a arrastrarse patéticamente hacia la mesa.

-Un momento, por favor -dijo el ayudante al teléfono-. En seguida se pone el general. -El teniente coronel dejó el teléfono sobre la mesa y corrió primero a la silla y después a Delavane-. Por favor, señor; permítame ayudarle.

Con una mirada de odio, el medio hombre permitió que lo manejasen para volver a ponerlo en la silla de ruedas. Se autopropulsó hacia adelante y cogió el teléfono.

-Palo Alto International. ¿Cuál es la clave del día?

-Charing Cross -fue la respuesta en un marcado acento británico.

-¿Qué ocurre, Inglaterra?

-Mensaje de 0snabrück. Lo tenemos.

-¡Matadlo!

Chaim Abrahms estaba sentado en su cocina, tamborileando con dos dedos en la mesa mientras trataba de apartar los ojos del teléfono y del reloj de la pared. Era el cuarto período y todavía ni una palabra de Nueva York. Las órdenes habían sido claras: las llamadas serían hechas dentro de un período de treinta minutos cada seis horas, comenzando hacía veinticuatro, momento calculado para la llegada del avión de Amsterdam. ¡Veinticuatro horas y aún nada! La primera omisión no le había preocupado; los vuelos transatlánticos rara vez llegaban a su hora. Después de la segunda había pensado: si la mujer estaba en tránsito, camino de algún otro sitio en coche o en avión, la vigilancia podía encontrar dificultades para hacer una llamada a Israel. ¡Pero la tercera omisión era ya inaceptable, aquel cuarto silencio intolerable! Faltaban sólo seis minutos para los treinta. ¿Cuándo diablos iba a sonar?

Y sonó. Abrahms saltó de la silla y lo cogió.

-¿SP?

-La hemos perdido -fue el rotundo informe.

-¿Que la habéis qué?

-Tomó un taxi para el aeropuerto de La Guardia y compró un billete para un vuelo por la mañana a Boston. Después fue a un motel y debe de haber salido minutos más tarde.

-¿Dónde estaba nuestra gente?

-Uno fuera, en un coche aparcado, y el otro en una habitación del mismo pasillo. No había ningún motivo para sospechar que fuese a marcharse. Tenía un billete para Boston.

-¡Idiotas! ¡Basura!

-Se les castigará. Nuestros hombres de Boston han estado atentos a cada vuelo y cada tren. No ha aparecido.

-¿Qué te hace pensar que iba a aparecer?

-El billete. No había otra razón.

-¡Imbéciles!

Valerie había terminado; no quedaba nada más que decir. Miró a Sam Abbott, que parecía mucho más viejo que una hora antes.

-Hay tantas preguntas -dijo el general de brigada-, tantas cosas que quiero preguntar a Joel... Lo malo es que no estoy capacitado, pero conozco a alguien que lo está. Hablaré con él esta noche y mañana iremos los tres a Washington. Tengo otra vez temprano instrucción de escuadrón, pero para las diez ya habré acabado. Pasaré fuera el resto del día. Una de las chicas está enferma, pero no es nada serio. Alan sabrá a quién debemos acudir, en quién debemos confiar.

-¿Puedes tú confiar en él?

-¿En Metcalf? Con mi vida.

-Joel dice que tienes que tener mucho cuidado. Te previene de que pueden estar en todas partes, donde menos lo esperes.

-Pero en alguna parte tiene que haber una lista, en algún sitio.

-¿Delavane? ¿San Francisco?

-Probablemente no. Es demasiado simple, demasiado peligroso. Es el primer sitio en que cualquiera buscaría; lo habrá pensado. Esa cuenta atrás... ¿Joel cree que se trata de disturbios masivos que tendrán lugar en diferentes sitios, en varias capitales?

-A gran escala, mayores y más violentos de cuanto podamos imaginar. Estallidos, desestabilización total, extendiéndose de un sitio a otro, alimentada por los mismos llamados a restaurar el orden.

Abbott sacudió la cabeza.

-No lo veo claro. Es demasiado complicado. Y hay demasiados controles. La policía, las tropas de la Guardia Nacional, tienen mandos separados. La cadena se rompería por algún sitio.

-El cree que podrían hacerlo. Está convencido de que tienen por todas partes depósitos atiborrados de armas y explosivos, incluso vehículos blindados y posiblemente aviones, en aeródromos apartados.

-Val, eso es una locura... Perdona, no quería decir eso, simple-mente que eso implica una logística increíble.

-También Newark, Watts o Miami fueron increíbles.

-Eso es diferente. Esos disturbios eran sobre todo raciales y económicos.

-Pero las ciudades ardieron, Sam. Hubo muertos y el orden se restableció por las armas. Supón que hubiese más armas de las que ninguno de nosotros es capaz de contar, por ambos bandos. Algo como lo que está ocurriendo ahora mismo en Irlanda del Norte.

-¿Irlanda? ¿La matanza en Belfast? Eso es una guerra que nadie puede parar.

-¡Es su guerra! ¡Ellos la provocaron! ¡Joel dijo que era un test, una prueba!

-Eso es insensato.

-«Acumulación, aceleración rápida.» Ésas fueron las palabras que utilizó Abrahms en Bonn. Joel trató de imaginar qué significaban. No podía aceptar lo que dijo Leifhelm de que se referían a chantaje o extorsión. Les dijo que eso no resultaría.

-¿Extorsión? -dijo Abbott frunciendo el ceño-. No recuerdo que hablases de ello.

-Probablemente no lo dije porque Joel lo descartó. Leifhelm le preguntó qué pensaba de comprometer a figuras destacadas de varios gobiernos, y Joel dijo que eso no resultaría. Había sistemas muy seguros y rápidos para terminar con tales situaciones.

-¿Comprometer? -Sam Abbott se echó hacia adelante-. ¿Comprometer, Val?

-Si.

-¡Dios mío!

-¿Qué quieres decir?

-«Comprometer» tiene más de un sentido, como «neutralizar», «sacar» y probablemente otras muchas expresiones que desconozco.

-No te sigo, Sam.

-En cierto contexto, la palabra «comprometer» significa matar. Puro y simple crimen. Asesinato.

Valerie se inscribió en el MGM-Grand Hotel, dando al asombrado recepcionista el importe de tres días por adelantado en vez de una tarjeta de crédito. Llave en mano, tomó el ascensor hasta la novena planta y entró en una habitación con el tipo de opulencia agradablemente llamativa que sólo se encuentra en Las Vegas. Estuvo un momento en el balcón, contemplando la puesta de sol anaranjada y pensando en la locura de todo aquello. Lo primero que haría por la mañana -aproximadamente mediodía en Osnabruck (Alemania Occidental)- sería llamar a Joel.

Pidió la cena al servicio de habitaciones, comió lo que pudo, estuvo casi una hora aburriéndose ante la televisión y al fin se acostó. Había acertado con Sam Abbott. Querido Sam, recto como la flecha del proverbio, directo y sin complicaciones. Si alguien sabía qué hacer, ése era él, y si no lo sabía lo averiguaría. Por vez primera en muchos días, Val se sentía un tanto aliviada. Se durmió, y esta vez no tuvo sueños horribles.

Se despertó ante el espectáculo del sol mañanero incendiando los montes a lo lejos, más allá de las puertas de la terraza. Por un momento, mientras emergía por entre las capas del sueño en retirada, pensó que estaba otra vez en Cape Ann, cuando el sol se colaba en su habitación por la terraza, y recordó vagamente una lejana pesadilla. Después se fijó en los atrevidos dibujos florales de las sábanas, en los montes lejanos y en el leve olor a cerrado de la gruesa moqueta del hotel, y comprendió que la pesadilla la llevaba a cuestas.

Se levantó de la enorme cama y navegó hasta el cuarto de baño, deteniéndose de camino a poner la radio. Llegó a la puerta y de pronto se detuvo, agarrándose al umbral para sostenerse, con la cabeza estallando en mil explosiones y los ojos y la garganta en fuego.

Sólo podía gritar, y lo hizo una y otra vez hasta que se desplomó.

Peter Stone puso la radio en el apartamento de Nueva York y después se dirigió rápidamente hacia la mesa, donde había una guía telefónica abierta por las páginas azules, guía sustraída de la habitación de «Mrs. De Pinna» en el Saint Regis. Escuchó las noticias mientras recorría las páginas azules de los teléfonos oficiales.

-... Se ha confirmado que las primeras noticias del accidente de un F-18 en la base aérea de Nellis, en Nevada, eran ciertas. El accidente tuvo lugar esta mañana a las siete cuarenta y dos, hora del Pacífico, durante unas maniobras al amanecer sobre el desierto, a sesenta kilómetros al noroeste del aeródromo de Nellis. El piloto, general de brigada Samuel Abbott, era jefe de Operaciones Tácticas y estaba considerado como uno de los mejores pilotos de las Fuerzas Aéreas, así como un gran táctico. El oficial de prensa de Nellis dijo que se iba a abrir una encuesta exhaustiva, pero afirmó que, según los otros pilotos, el avión que iba en cabeza del escuadrón, pilotado por el general Abbott, cayó al suelo tras ejecutar una maniobra a altitud relativamente baja. La explosión pudo oírse incluso en Las Vegas. Las palabras del oficial de prensa estuvieron cargadas de emoción cuando describía al piloto caído. «La muerte del general Abbott es una pérdida trágica para las Fuerzas Aéreas y para la nación», dijo a los periodistas. Hace unos minutos, el presidente...

-Eso es -dijo Stone, volviéndose al capitán del Ejército que estaba al otro lado de la habitación-. Ahí es a donde iba... Apague ese condenado chisme, ¿quiere? Yo conocía a Abbott; trabajé con él en Langley hace un par de años.

El oficial del Ejército miró al civil mientras apagaba la radio.

-¿Sabe lo que está diciendo?

-Aquí está -dijo Stone, señalando la esquina inferior izquierda de una página de la gruesa guía telefónica-. Azul 13, a tres páginas del final de la guía: «Oficinas del Gobierno de Estados Unidos. Fuerzas Aéreas, Departamento del...»

-Hay docenas de otros teléfonos, incluido su ex patrón: «Agencia Central de Inteligencia. New York Field Office.» ¿Por qué no ellos? Encaja mejor.

-No puede seguir ese camino y lo sabe.

-No lo siguió él -corrigió el capitán-; la envió a ella.

-Eso no encaja con todo lo que sabemos de Converse. No; ella volvió aquí para encontrar a una persona determinada, no a un departamento sin rostro o a una sección o a una agencia. A un hombre que ambos conocían y en el que confiaban: Abbott. Dio con él, le contó todo lo que le había dicho Converse y él se lo dijo a otros, a quienes no debía. ¡Maldita sea!

-¿Comó puede estar seguro?

-¡Por Dios, capitán! ¿Qué quiere, un diagrama? Sam Abbott fue derribado sobre la costa del golfo de Tonkin, y estuvo prisionero lo mismo que Converse. Creo que silo metemos en las computadoras descubriremos que se conocían. Estoy tan seguro que no pienso gastar otra deuda para eso, ¡joder!

-¿Sabe? Nunca le había visto perder los estribos. Parece que también los fríos pueden calentarse. Le creo.

El ex oficial de inteligencia miró duramente al capitán, y cuando habló su tono fue terminante... y frío.

-Abbott era un buen hombre, incluso excepcional para llevar uniforme, pero no me interprete mal, capitán, lo mataron, y es seguro que lo mataron porque lo que le dijo esa mujer era tan grave que tuvieron que comprometerlo horas más tarde.

-¿Que comprometerlo?

-Imagíneselo... Estoy furioso con la muerte de Sam, sí, tiene razón, pero lo estoy más por no tener a la mujer. Entre otras cosas, con nosotros tendría alguna oportunidad. Sin nosotros creo que muy pocas, y no quiero llevarla sobre mi conciencia, sobre la poca que me queda. Además, para dar con Converse tenemos que encontrarla; no hay otro remedio.

-Si todo eso es cierto estará en algún lugar cerca de Nellis, probablemente en Las Vegas.

-Sin duda en Las Vegas, y para cuando contactemos con alguien que pueda averiguarlo por nosotros ya estará camino de otros sitios... No me gustaría verme en su pellejo. La única salida que tenía fue neutralizada. ¿A quién puede acudir, adónde va a ir? Es lo que Dowling decía ayer de Converse, lo que no le dijo a la secretaria de Peregrine. Nuestro hombre estaba totalmente aislado y tenía más miedo al personal de la Embajada norteamericana que a nadie. Nunca hubiese aceptado una entrevista con Peregrine porque sabía que iba a caer en una trampa, y por tanto él no pudo haberlo matado. A donde quiera que acudía se encontraba con otra trampa que lo mantenía huyendo y escondido. -Stone hizo una pausa y añadió con firmeza-: Esa mujer está acabada, capitán. Se encuentra al final de un mal camino, de su camino, y eso puede ser lo mejor para nosotros. Si le entra el pánico, podríamos encontrarla. Pero vamos a tener que correr algunos riesgos. ¿Cómo va ese cuello? ¿Ha hecho ya testamento?

Valerie lloraba en silencio junto a las puertas de cristal que daban al chillón paseo central de Las Vegas. Las lágrimas no eran sólo por Sam Abbott, su mujer y sus hijos, sino por ella misma y por Joel. Estaba permitido, dadas las circunstancias, y era inútil mentirse a sí misma. Ya no tenía la menor idea de qué hacer. A cualquiera que acudiese, la respuesta iba a ser la misma: Dígale que salga de su escondite y le escucharemos. Y, apenas lo hiciese, sería hombre muerto, cumpliéndose así su profecía. Aunque por medio de un milagro burocrático lograse ella una entrevista con alguien dotado de poder e influencia, ¿qué fuerza iban a tener sus alegatos? ¿Qué palabras iba a utilizar?

Estuve casada cuatro años con ese hombre y me divorcié, de él, digamos que por incompatibilidad, pero le conozco. Sé que no puede haber hecho lo que dicen que ha hecho. El no mató a esos hombres. ¿Qué pruebas tiene? ¡Ya le digo que le conozco! ¿Qué significa incompatibilidad? No estoy segura. No nos llevábamos bien... El estaba lejano, distante. ¿Qué importancia tiene eso? ¿Qué está insinuando? ¡Por Dios! ¡Está usted muy equivocado! No tengo el menor interés en él en ese sentido. Si, es un triunfador y me ha pagado mi pensión alimenticia, pero no necesito su dinero. ¡No lo quiero! Sabe, me habló de ese... de ese increíble complot para hacer que los militares de Estados Unidos y de los países de la Europa occidental dominen virtualmente a sus gobiernos; de que podían hacerlo provocando disturbios masivos en ciudades clave, terrorismo, desestabilización en todas partes. Los ha visto y ha hablado con ellos. ¡Hay ya un plan en marcha! Se consideran una organización internacional altruista, una alternativa fuerte a los débiles gobiernos de Occidente, incapaces de hacer frente al bloque soviético. Pero no son una alternativa razonable. ¡Son fanáticos, son asesinos! ¡Quieren tener un control total sobre todos nosotros! Mi ex marido lo escribió todo, cuanto ha averiguado, y me lo envió; pero lo robaron, e incluso mataron a su padre por haberlo leído. ¡No, no fue un suicidio! El lo define como una conspiración de generales concebida por uno de ellos al que se ha etiquetado de loco. El general George Delavane, «Mad Marcus Delavane»... Sí, sé lo que dicen la policía de Paris, la de Bonn y la de Bruselas, lo que dice la Interpol, lo que ha comunicado nuestra propia Embajada -huellas digitales, informes de balística, que lo han visto aquí y allá, y drogas, y la entre-vista con Peregrine-; pero ¿no se da cuenta? ¡Son todo mentiras!... Si, sé lo que pasó cuando estuvo prisionero, lo que tuvo que soportar, lo que dijo al dejar el Ejército. ¡Nada de eso tiene importancia! ¡Sus sentimientos no tienen nada que ver con esto! ¡Me lo dijo! Me dijo... Tiene un aspecto horrible... Ha sufrido tanto...

¿Quién iba a creerla?

Dígale que venga. Le escucharemos.

¡No puede! ¡Lo matarían!... ¡Lo matarían ustedes!

Librodot

Sonó el teléfono, paralizándola por un momento. Lo contempló, aterrada pero haciendo esfuerzos por no perder el dominio de sí misma.

Sam Abbott estaba muerto, y le había dicho que sólo él llamaría, sólo él. Dios mío, pensó Val, la habían encontrado, lo mismo que en Nueva York. Pero no iban a repetir las equivocaciones que cometieron allí. Tenía que conservar la calma y pensar, pensar mejor que ellos. Calló el timbre. Se acercó al teléfono, lo cogió y oprimió el botón marcado O.

-Telefonista, aquí la habitación nueve-uno-cuatro. Por favor, envíe a alguien de seguridad aquí arriba en seguida. Es urgente.

Tenía que actuar rápidamente, que estar lista para marcharse en cuanto llegasen los de seguridad. Debía salir y encontrar un teléfono limpio. Había oído contar muchas veces cosas como aquélla y sabía lo que debía hacer. Tenía que lograr comunicar con Joel en Osnabrück.

El coronel Alan Metcalf, jefe de información de la base aérea de Nelli, salió de la cabina telefónica y echó una ojeada al centro comercial, con la mano en el bolsillo de su chaqueta de sport, empuñando un pequeño revólver. Miró su reloj. Su mujer y sus tres hijos estarían pronto en Los Ángeles, y llegarían a Cleveland a última hora de la tarde. Se quedarían con los padres de ella hasta nuevo aviso. Era mejor así, dado que no tenía ni idea de cómo iban a ir las cosas.

Sólo sabía que Sam Abbott había hecho aquella maniobra subsónica un millar de veces, conocía los puntos de esfuerzo y las presiones por pulgada cuadrada de todo el avión y nunca pilotaba un reactor que no hubiera sido examinado electrónicamente. Atribuir el accidente a un error del piloto era ridículo. Por el contrario, alguien había mentido a ese piloto, haciéndole volar con un circuito y el de reserva preparados para entrar en corto. Sam había muerto porque su amigo Metcalf había cometido un terrible error. Después de hablar con Abbott durante casi cinco horas, había llamado a una persona en Washington para decirle que preparase para la tarde siguiente una reunión con miembros de alta graduación del CNS, el G-Dos y la Inteligencia naval. Motivo confidencial: el general de brigada Samuel Abbott tenía información tan importante como sorprendente acerca del fugitivo Joel Converse, referente a los asesinatos del embajador norteamericano en Bonn y del jefe supremo de la OTAN.

Y si podían matar de un modo tan rápido y eficiente al hombre que tenía la información, también podrían ir tras el mensajero, el oficial de inteligencia que hacía de introductor. Era mejor que Doris y los chicos se quedasen en Cleveland. Tenía mucho que hacer y una terrible deuda que pagar.

¡La mujer de Converse! Dios Santo, ¿por qué lo había hecho? ¿Por qué había huido con tal rapidez? El ya lo esperaba, por supuesto, pero también había esperado contra toda esperanza poder hablar con ella a tiempo. Había sido imposible. Primero eran Doris y los chicos, y las reservas en el avión, y la llamada a sus padres. Había que mandarlos fuera. Después correr al aeródromo, con el revólver al lado en el coche, registrar el despacho de Sam -como oficial de inteligencia de Nellis; un deber especialmente odioso, pero en este caso vital- e interrogar a la acongojada secretaria de Abbott. Había surgido un nombre: Parquette.

-Pasaré a recogerla -había dicho Sam la noche anterior-. Está en el Grand y le prometí que únicamente yo la telefonearía. Es una mujer con mucha sangre fría, pero ya se salvó de milagro en Nueva York. Quiere oír una voz conocida y no se lo reprocho.

Mujer de sangre fría, pensó Alan Metcalf, mientras subía a su coche, cometiste la mayor equivocación de tu menguada vida. Conmigo tenías una posibilidad de vivir... bueno, tal vez; pero ahora, como dicen en esta parte de Nevada, los dados se te han puesto en contra.

No obstante, la tendría sobre su conciencia, razonaba el oficial de inteligencia, ahora a toda velocidad por el desvío hacia la Carretera 15 Sur.

Conciencia... Se preguntaba si aquellos silenciosos bastardos de Washington tendrían a Joel Converse sobre su conciencia colectiva. Habían lanzado a un hombre a la intemperie y lo habían abandonado, sin siquiera tener la cortesía de asegurarse de que lo mataban rápidamente y sin sufrir. Quienes programaban a los kamikazes eran santos comparados con ellos.

Converse... ¿Dónde estaría?

33

Joel guardó silencio mientras el hombre de Leifhelm le quitaba el arma y se volvía para hablar a la asamblea de viejas seniles sentadas en las sillas de alto respaldo. Habló durante menos de un minuto, y a continuación agarró por el brazo a Converse, trofeo suyo y de las viejas, obligándolo a volverse hacia Hermione Geyner, a quien en realidad pertenecía el prisionero. Era un ritual místico de victoria de un tiempo ya remoto.

-Acabo de decir a estas valientes mujeres de la Resistencia -dijo el alemán mirando a Converse- que han descubierto a un traidor a nuestra causa. Fray Geyner lo confirmará, ja, meine Dame?

-Ja! -exclamó la ardiente vieja, con el rostro animado por la orgullosa alegría del triunfo-. ¡Traición! -gritó.

-Ya hemos hecho las llamadas oportunas y recibido instrucciones -continuó el soldado de Leifhelm-. Ahora nos vamos, Amerikaner. No puede hacer nada, de modo que permítanos marcharnos tranquilamente.

-Si tenían todo esto tan organizado, ¿por qué esos dos hombres en el tren, incluido aquél? -preguntó Joel, señalando con la cabeza al hombre del brazo en cabestrillo y buscando ganar tiempo, como el abogado que permite a su adversario felicitarse a sí mismo.

-Observado, no organizado. Necesitábamos estar seguros de que hacía todo lo que esperábamos de usted. Aquí todos están de acuerdo. Stimmt das, Frau Geyner?

-Ja! -explotó la tía de Valerie.

-El otro está muerto -dijo Joel.

-Es una pérdida para la causa y lo lloraremos. ¡Venga!

El alemán hizo una reverencia a las damas, lo mismo que sus dos compañeros, y condujo a Converse a la salida atravesando las grandes puertas dobles. Fuera, en el decrépito porche, el cazador de Leifhelm entregó el grueso sobre al hombre del cabestrillo y dio unas órdenes. Ambos secuaces asintieron con la cabeza, bajaron rápidamente los escalones, el herido sujetándose a la desvencijada barandilla, y se fueron precipitadamente por la derecha del camino circular de acceso. En la lejana salida, cerca de la carretera rural, Joel pudo ver en la oscuridad la silueta de un largo sedán.

Los tres guardianes de la prisión lo condujeron fuera del recinto. Era medianoche e iban a trasladarlo a otro campo o al sitio donde debían ejecutarlo, un lugar dentro de la espesa jungla que ahogase sus gritos. El jefe ladró una orden a sus dos subordinados, que inclinaron la cabeza y echaron a correr por la carretera hacia el jeep norteamericano capturado situado a unos centenares de metros de allí, en la oscuridad. Estaba solo con aquel hombre, pensó Converse, sabiendo que un momento así no se repetiría hasta que fuese ya cadáver. Si iba a ocurrir, tenía que ser ahora. Movió lentamente la cabeza, dirigiendo la mirada hacia la oscura silueta de la pistola en la mano del guardián...

La mano del alemán estaba inmóvil, con el arma que sostenía apuntando rígidamente al pecho de Joel. Dentro de la casa, las viejas habían roto a cantar. Se alzaban sus voces frágiles y patéticas en una especie de antífona de triunfo, audible por los grandes ventanales abiertos a la brisa estival. Converse movió imperceptiblemente el pie derecho sobre las tablas del

porche, tanteando varias hasta encontrar una más débil. Aplicó todo su peso y el crujido resultante fue casi estentóreo. El alemán, sobresaltado, se volvió hacia el ruido.

Ahora. Joel agarró el cañón de la pistola, retorciendo mano y acero, y lanzó al hombre contra la pared del porche mientras tiraba del arma con toda su fuerza, volviéndola hasta hincársela en el estómago.

El disparo quedó casi ahogado por la ropa y la carne, el ruido de un motor al arrancar y el excitado coro de voces seniles que salía por las ventanas. El alemán se derrumbó con los ojos saltones. Hubo un olor a tejido e intestinos quemados. Estaba muerto. Converse se agachó y en seguida se volvió a mirar hacia el largo camino en forma de U, esperando ver a los otros dos hombres llegar corriendo pistola en mano. Por el contrario, vio las luces del coche a lo lejos; estaba ya fuera, en la carretera, y maniobraba para volver a entrar.

Tras tomar la pistola de la mano del alemán, Joel lo arrastró por el suelo de madera hasta las sombras que había a la derecha de la escalinata. Ya era sólo cuestión de segundos.

Coge el jeep, usa el jeep. El control de carretera más cercano estaba a cinco millas; lo habían visto cuando iban a trabajar. ¡Coge el jeep! ¡Vete hasta allí! ¡El jeep!

El largo sedán paró frente al porche y el hombre del brazo en cabestrillo se apeó por la puerta delantera derecha. Converse lo observaba desde detrás de la gruesa columna de la esquina, mientras el alemán estaba de pie en la acera, escrutando las sombras.

-Kóning? -preguntó en voz baja-. Kóning, was ist?

Empezó a subir los escalones, mientras metía desmañadamente la mano izquierda bajo la chaqueta.

Joel contorneó la columna y bajó precipitadamente la vieja escalera. Cogió al herido por el cabestrillo, le clavó la pistola en el cuello, le dio la vuelta y lo empujó contra el coche. Después le aplastó la cabeza contra el techo mientras se agachaba y metía el arma por la ventanilla abierta.

El asombrado conductor, más rápido que el soldado de a pie, estaba ya sacando su pistola de una funda invisible. Disparó a lo loco, destrozando el parabrisas. Converse respondió al fuego y dio de lleno en la cabeza del hombre, medio asomada por la ventanilla.

¡Lleva los cadáveres a la jungla! ¡No los dejes ahí, cerca del recinto! ¡Cada minuto, cada segundo cuenta!

Joel se levantó de un salto y arrastró al alemán herido lejos del coche, cuando ya se disponía a abrir la portezuela.

-¡Vas a ayudarme, buen cristiano! -susurró, recordando la súplica de cierto asesino en un vagón de mercancías-. Haz lo que te diga o irás a reunirte con tus amigos. Capisce? ¿0 es verstehen? Sea lo que sea, haz lo que te diga, ¿entiendes? Siento pánico, mister, tengo los nervios de punta, y lo sostendré frente al Tribunal Supremo si es necesario. ¿Qué diablos estoy diciendo? Tengo la pistola y he vuelto a matar... Es más fácil cuando se trata de que no lo maten a uno. ¡Muévete! ¡Ese hijo de la Gestapo que está en el porche! ¡Tráelo aquí! ¡Ponlo atrás!

Tal vez un minuto más tarde, Joel nunca sabría cuánto, el herido estaba al volante conduciendo con dificultad y los dos cadáveres en el asiento de atrás. Un cuadro espantoso; Converse pensó que iba a vomitar. Luchando contra las náuseas, observaba cada señal mientras decía al conductor por dónde debía ir, con el pilotaje indeleblemente impreso en la mente para el vuelo de regreso sin radio, ni plano, ni medio de conseguirlos. Llegaron a lo que parecía una serie de pastos pedregosos en la base de una montaña y Converse dijo al alemán que abandonase la carretera. Fueron dando tumbos unos cientos de metros hasta encontrar una fuerte pendiente que terminaba en una espesa arboleda. Ordenó al conductor que se apease.

Al último guardián le había dado una oportunidad. Era un chiquillo al que le venía grande el uniforme, de ojos intensos que suscitaban mil preguntas. ¿Qué había en él de

sentido, qué de puro adoctrinamiento? Había puesto al muchacho -al niño- un examen sencillo, y no lo había pasado.

-Escúchame -dijo Joel-. En el tren me dijiste que te habían contratado y que tú no querías matar a nadie. Sólo era que estabas parado y necesitabas un empleo, ¿no es eso?

-¡Sí! ¡Yo no maté a nadie! ¡Sólo vigilaba, seguía!

-Está bien. Voy a guardarme la pistola y a marcharme de aquí. Tú vete donde quieras. ¿De acuerdo?

-Ich verstehe! ¡Si, desde luego!

Converse se puso el arma en el cinturón y se dio la vuelta, con los dedos todavía en la culata mientras empezaba a subir por la ladera. ¡Un chirrido! ¡El ruido crujiente de las piedras desplazadas por unos pies en movimiento! Giró sobre sí mismo y se dejó caer de rodillas mientras el alemán se lanzaba sobre él.

Disparó una vez sola hacia el cuerpo que se le venía encima. El infante gritó mientras describía un arco en el aire y rodaba colina abajo. No había pasado el examen.

Joel subió la cuesta llevando el sobre dirigido a Nathan Simon y atravesó el pedregal hasta la carretera. Conocía las señales. El piloto que era no cometería errores. Sabía lo que tenía que hacer.

Estaba escondido en la espesura en el límite de la propiedad de Hermione Geyner, a treinta metros de la ruinosa casa y a veinte del camino en forma de U, lleno de rodadas y bordeado por una hierba pardusca y descuidada, muerta a fuerza de calor y de sed. Tenía que permanecer despierto, porque si iba a ocurrir sería pronto. Hay un límite para la ansiedad que puede aguantar la naturaleza humana. Como abogado se había valido muy a menudo de ese truismo. Los hombres presa de la ansiedad, del pánico, necesitan respuestas. Había salido el sol, empezaban los pájaros a buscar alimento con las primeras luces y miríadas de ruidos iban reemplazando a la calma nocturna. Pero la casa seguía en silencio, con las grandes ventanas, por las que sólo hacía unas horas un coro de viejas dementes había ayudado a ahogar el ruido de los disparos, cerradas y con muchos de los cristales rotos. Al cabo de tanta locura, de lo insensato de aquella serie de acontecimientos violentos, Joel seguía llevando el alzacuello y tenía todavía su pasaporte de clérigo y su carta de peregrino. Las próximas horas iban a decirle si eran de algún valor.

Se oyó el rugido de un motor y en seguida apareció un Mercedes negro, que se apartó de la carretera para entrar en el camino de acceso a la casa. Se detuvo frente al porche, se apearon dos hombres y el conductor corrió a reunirse con su compañero. Estuvieron un momento contemplando el porche y las ventanas de la casa y después se volvieron y reconocieron el lugar, acercándose al coche de Hermione Geyner para mirar dentro. El conductor hizo un gesto de asentimiento y sacó una pistola de debajo de la chaqueta. Volvieron a los escalones, los subieron rápidamente y se acercaron a la puerta. Al no encontrar timbre, el hombre que no llevaba pistola golpeó repetidamente, y acabó dando puñetazos en la puerta mientras hacía girar el tirador sin resultado.

Se oyeron dentro unos gritos guturales y se abrió de golpe la puerta, en la que apareció una furiosa frau Geyner vestida con un albornoz hecho jirones. Su voz era la de una maestra regañona poniendo como un trapo a dos estudiantes por algo que no habían hecho. Cada vez que uno de ellos trataba de hablar, su voz se hacía aún más chillona. Acobardado, el hombre de la pistola la guardó, pero su compañero agarró de repente a la tía de Valerie por los hombros y le habló ásperamente, obligándola a escuchar.

Hermione Geyner escuchó, pero cuando respondió lo hizo en tono no menos áspero y lleno de autoridad. Señaló hacia el camino invadido por las hierbas y describió lo que al parecer había presenciado en las oscuras horas del amanecer, lo que ella misma había hecho. Los dos hombres se miraron, intrigados y sobrecogidos, pero sin poner en duda lo que la vieja acababa de contarles. Sólo pensaban si les habría dicho todo. Cruzaron el porche y bajaron a

la carrera los escalones, camino del coche. El conductor lo puso en marcha con tan claros deseos de venganza que el mecanismo de encendido lanzó un grito agudo y chirriante. El Mercedes arrancó, pasando junto al coche de frau Geyner, y en un súbito intento de evitar un hoyo que había en el camino cubierto de hierbajos el conductor viró a la izquierda, después a la derecha, y las cubiertas resbalaron sobre las plantas trepadoras de la orilla hasta que el coche fue a dar de costado contra la maltrecha puerta de piedra. Los gritos de ambos hombres llenaron el aire en tanto que el Mercedes se enderezaba y tomaba la salida, acelerando. Giró a la izquierda y desapareció por la carretera, mientras Hermione Geyner cerraba de un portazo.

Ya no había nada que no entrañase riesgo, pensó Joel mientras salía arrastrándose del follaje, pero ahora el riesgo para él era de un tipo al que se enfrentaba con cierta confianza. Aquitania había utilizado a frau Geyner hasta quemarla; ya no podrían saber nada más por ella. Cualquier nuevo contacto con la loca suponía un gran riesgo para ellos. Sobre en mano, Joel cruzó el feo camino, subió los crujientes escalones y se acercó a la puerta. Llamó, y al cabo de diez segundos abrió Hermione Gevner chillando. Después, Joel hizo algo tan imprevisible, tan ajeno a su carácter, que ni él lo creía mientras se dejaba llevar por el súbito impulso.

Dio a la vieja un puñetazo en plena mandíbula. Era el comienzo de las ocho horas más largas de su vida.

Los desconcertados policías de seguridad del MGM-Grand Hotel rechazaron de mala gana la gratificación que les ofrecía Valerie, sobre todo porque la había aumentado de cincuenta dólares a ciento, pensando que la economía de Las Vegas era algo diferente a la de Nueva York, y desde luego a la de Cape Ann. Habían estado conduciendo por las calles de la ciudad nueva y de la vieja durante casi tres cuartos de hora, hasta que ambos hombres, buenos profesionales aseguraron que nadie les seguía, y que iban a montar un servicio especial en la novena planta para intentar capturar al hombre que la había molestado, que había intentado entrar en su habitación. Naturalmente, lamentaban que hubiese decidido tomar una habitación al otro lado del bulevar, en el Caesars Palace.

Val dio una propina al botones, tomó de sus manos el pequeño neceser, cerró la puerta y corrió al teléfono que había en la mesilla de noche.

-¡Tengo que ir al retrete! -gritó Hermione Geyner, sosteniendo una bolsa de hielo bajo su barbilla.

-¿Otra vez? -preguntó Converse, sentado enfrente de la vieja, con los ojos medio cerrados y el sobre y la pistola en las rodillas.

-Me pone nerviosa. Me ha pegado.

-Usted me hizo eso y mucho más anoche -dijo Toel, levantándose y metiendo la pistola bajo el cinturón, sin soltar el sobre.

-¡Lo veré colgado de una cuerda! ¡Traidor! ¿Cuántas horas van ya? ¿Cree que nuestros agentes no van a echarme de menos?

-Seguramente estarán dando de comer a las palomas en el par-que. Vaya; la sigo.

Sonó el teléfono. Converse agarró a la vieja por la nuca y la empujó hasta la antigua mesa donde estaba el aparato.

-Como lo hemos ensayado-susurró, sujetándola con fuerza-. ¡Venga!

-Ja? -dijo Hermione Geyner al teléfono, con la oreja de Joel pegada a la suya.

-Tante! Ich bin's, Valerie!

Librodot

-¡Val! -gritó Converse, echando a un lado a la vieja-. ¡Soy yo! ¡No estoy seguro de que no haya alguien escuchando! La vieja estaba con ellos. ¡Rápidamente! ¡Dile a Sam que yo estaba equivocado... creo que lo estaba! ¡La cuenta atrás podría ser para empezar los asesinatos... en todas partes!

-¡El lo sabía! -gritó Valerie-. ¡Ha muerto, Joel! ¡Está muerto! ¡Lo mataron ellos!

-¡Dios mío! ¡No hay tiempo, Val, no queda tiempo! ¡El teléfono! -¡Reúnete conmigo! -gritó la ex señora Converse.

-¿Dónde? Dime dónde.

La pausa duró unos segundos: una eternidad para ambos.

-¡Donde empezó esto, cariño! Donde empezó pero no donde empezó... ¡Las nubes, cariño! ¡El porche y las nubes!

Donde empezó. Ginebra. Pero no Ginebra. Nubes, un porche. ¡Un porche!

-¡Sí, ya sé!

-¡Mañana! ¡Pasado! ¡Estaré allí!

-Tengo que salir de aquí, Val... ¡Te quiero tanto, tanto!

-Las nubes, cariño... mi único amor. ¡Por Dios, sigue vivo!

Joel arrancó el teléfono de la pared mientras Hermione Geyner llegaba corriendo hacia él blandiendo un pesado atizador de la chimenea. El gancho de hierro pasó rozándole la mejilla, y Joel la agarró por el brazo y gritó:

-¡No tengo tiempo para usted, bruja loca! ¡Mi cliente no tiene tiempo! -La hizo dar media vuelta y la empujó, mientras recogía de la mesa el sobre-. Iba a ir al cuarto de baño, ¿recuerda?

En el vestíbulo, Converse vio lo que esperaba ver en el cuenco lacado de rojo que había sobre la consola: las llaves del coche que la vieja había dejado caer allí la noche anterior. Se abrió la puerta del cuarto de baño... Era la solución. Una vez dentro la mujer, Joel arrastró un pesado sillón que había contra la pared y encajó el grueso borde del respaldo bajo el picaporte, dando unos golpes a las patas para afirmarlas mejor en el suelo. La vieja oyó el ruido y trató de abrir, pero la puerta no cedió. Cuanto más empujase, más firmemente encajarían las patas.

-¡Nos reunimos otra vez esta noche! -rugió-. ¡Enviaremos a nuestra mejor gente! ¡La mejor!

-Dios ayude a Eisenhower cuando os reunáis -masculló Converse, interiormente aliviado. Si Aquitania no tenía intervenido el teléfono, tardarían unas horas en encontrar a la vieja. Con el sobre bajo el brazo, cogió las llaves y empuñó la pistola. Corrió a la puerta v la abrió con cautela. No había nadie, nada, sólo el coche de Hermione Geyner aparcado en el paseo cubierto de hierbajos. Salió, empujó la puerta dejándola entornada y bajó a toda prisa los escalones, camino del automóvil. Puso en marcha el motor. Había medio depósito de gasolina, lo suficiente para estar lejos de 0snabrück antes de tener que repostar. Hasta que pudiese conseguir un mapa iría hacia el sur guiándose por el sol.

Valerie lo arregló todo en la oficina de viajes del Caesars Palace, pagando en metálico y utilizando el nombre de soltera de su madre, tal vez con la esperanza de que algo de la experiencia de tiempos de guerra de aquella mujer llena de recursos pudiese pasar a su hija. A las 6 de la tarde había un vuelo de Air France a París desde los Angeles. Iría en él, y el viaje de una hora a LAX lo haría en un charter al que la llevarían en coche, evitando así el terminal del aeropuerto MacCarran. Siempre podía conseguirse este tipo de cortesías, generalmente reservadas a las celebridades y los ganadores en el casino. El nombre falso en la lista de pasajeros de Air France no era problema. En el peor de los casos, sólo una explicación

levemente embarazosa y en su caso muy fácil: su ex marido, ahora un extraño para ella, era un infame a quien buscaba la policía; prefería el anonimato. No la obligarían a enseñar su pasaporte hasta la llegada a inmigración en París, y una vez pasada ésta podría viajar a donde quisiera y bajo el nombre que quisiera ciar, pues no iba a salir de los límites de Francia. Por eso había pensado en Chamonix.

Se sentó en su sitio, mirando por la ventanilla y pensando en aquellos días en Chamonix. Había ido con Joel a Ginebra, donde él tenía tres días de reuniones, con la promesa de cinco días libres para ir a esquiar al Mont Blanc, obsequio de John Brooks, el brillante negociador internacional de Talbot, Brooks y Simon, que se negó en redondo a renunciar a no sé qué cena para ir a lo que llamaba «estúpidas reuniones entre idiotas». «Nuestro muchacho puede hacerlo -dijo-. Los tendrá embobados mientras les vacía los bolsillos.» Era la primera vez que Joel sabía realmente que iba viento en popa, y lo curioso fue que le emocionaba casi tanto la idea de ir a esquiar. Lo pasaron muy bien juntos, tal vez porque los dos fueron buenos.

Pero Joel no había disfrutado del esquí en Chamonix en aquel viaje. Al segundo día sufrió una caída terrible y se torció el tobillo. La hinchazón era enorme, y el dolor de cabeza tan fuerte como el del pie. Vale había armado caballero con el nombre de «Sir Gruñón». Joel pedía su Herald Tribune por la mañana, se negaba a desayunar hasta que llegase el periódico y se hacía aún más infantilmente el mártir cuando su mujer se iba a las pistas. Y la cosa fue aún peor al sugerir Valerie que en realidad no tenía ninguna gana de ir sin él. La acusó de tratar de hacerse la santa. El no necesitaba a nadie; tenía cosas que leer, algo que una pintora no podría comprender.

Se había portado como un chiquillo, pensó Val. Pero por las noches era todo tan diferente, él era tan diferente... Volvió a convertirse de nuevo en el hombre amante y tierno, a la vez generoso león y sensible cordero. Hacían el amor durante horas interminables, con la luna fuera, sobre la nieve, y después los primeros rayos del sol asomando por las montañas, hasta que caían, juntos, en un sueño exhausto.

En su último día antes de volver a Ginebra para tomar el vuelo nocturno a Nueva York, Val le había sorprendido. En vez de aprovechar unas últimas horas de esquí, había bajado a comprarle un jersey, al que había cosido un gran parche en la manga con la leyenda CORREDOR DE DESCENSO - CHAMONIX. Se lo había dado mientras uno de los porteros esperaba fuera con una silla de ruedas, conseguida por medio del influyente encargado del hotel. Los llevaron al centro de Chamonix, al funicular que escala casi cuatro mil metros hasta la cumbre del Mont Blanc. Parecía un viaje a través de las nubes hasta la cima del mundo. Cuando llegaron a la última cota, donde el panorama era sobrecogedor, Joel se volvió a ella con aquella mirada tonta y huidiza que contrastaba con cuanto era y cuanto había sufrido, y que fue siempre su modo de darle las gracias.

-Hay bastante paisaje -dijo-. Quítate la ropa. No hace tanto frío.

Bebieron café caliente sentados afuera en un banco, rodeados por la magnificencia de la naturaleza. Se cogieron de las manos y Val sintió tal amor que tuvo que contener las lágrimas.

Volvía a sentirlo ahora y se levantó de la silla, rechazando la emoción que la invadía. No era el momento. Necesitaba cuanta claridad mental pudiese reunir. Tenía que atravesar medio mundo evitando a Dios sabe cuántas personas que andaban buscándola.

Joel había dicho que la quería «tanto». ¿Era amor o necesidad, ansia de apoyo? Ella había respondido llamándole «cariño»... No; había dicho más que eso, había sido mucho más concreta: había dicho «mi único amor». ¿Sería su respuesta hija del pánico?

Lo peor era no saber, pensaba Converse mientras estudiaba las señales de la carretera a la luz de los faros. Llevaba casi siete horas conduciendo, tras hacerse con un mapa en Hagen mientras llenaba el depósito; siete horas y, según el mapa, todavía estaba lejos del cruce de

frontera que había elegido. La razón estaba en su ignorancia, en no saber si buscaban el coche de Hermione Geyner desde las primeras horas de su salida de Osnabrück. Indudablemente ahora sí lo hacía oficialmente la policía, pero durante aquellas primeras horas pudo haber ganado mucho tiempo por las autopistas que no se atrevía a utilizar por si acaso Aquitania había acudido a toda prisa a casa de la Geyner tras la llamada de Val. Había viajado dando rodeos por carreteras apartadas, con su vista de piloto fija en el sol, dirigiéndose siempre hacia el sur hasta llegar a Hagen. Ahora las carreteras apartadas eran una necesidad. Si lo habían sido antes nunca lo sabría, pero Hermione Geyner y su banda de lunáticas habrían ido ya a la policía a denunciar el robo del coche. Joel no tenía ni idea de lo que podrían decir para convencer a la Polizei de que la tía de Valerie era parte perjudicada, pero un coche robado era un coche robado, lo condujese San Francisco de Asís o Jack el Destripador. Se atendría a las carreteras apartadas.

De Lennestadt a Kreuztal, a cruzar el Rhin en Bendorf y seguir por su orilla izquierda para pasar por Coblenza, Oberwesel y Bin-gen, después al sur hasta Neustadt y al este hasta Speyer y otra vez el Rhin. Y de nuevo al sur, cruzando las ciudades fronterizas de Alsacia y Lorena hasta llegar a Kehl. Era por allí por donde pensaba pasar a Francia, decisión basada en el hecho de que hacía unos años John Brooks lo había enviado a Estrasburgo, la ciudad francesa situada al otro lado del río fronterizo, a una conferencia terriblemente aburrida en la que ocho abogados discutían tan continuamente entre sí sobre minucias de lenguaje y traducción que no hubo modo de sacar nada en limpio. Como resultado, Joel se había dedicado a pasear por la ciudad y a salir en coche al campo, cuya belleza le asombró. Había hecho varias excursiones en barco por el Rhin, y recordaba los transbordadores que iban y venían entre embarcaderos de Alemania y Francia, y sobre todo las multitudes de Estrasburgo. La mucha gente siempre le había ayudado, y ahora la necesitaba de modo muy especial.

Eso le supondría conducir otras tres o cuatro horas, pero tendría que detenerse y dormir un rato en algún sitio. Estaba agotado; llevaba tanto tiempo sin dormir que era incapaz de recordar la última vez que había cerrado los ojos. Pero le esperaban Chamonix y Val. Le había dicho que la amaba, lo había dicho. Lo había proclamado al cabo de tantos años y el alivio había sido increíble, pero aún más la respuesta. «Cariño. Mi único amor.» ¿Hablaba en serio? ¿0 estaba una vez más dándole ánimos, dejando que las emociones de la artista pudiesen más que la razón y la experiencia?

¡Aquitania! ¡Quítate todo lo demás de la cabeza y a Francia!

El vuelo polar de Los Angeles a París transcurrió sin novedad, en compañía de los paisajes lunares que forma el hielo sobre las regiones más septentrionales del mundo, cuya serenidad hipnótica suspende el pensamiento por la pura extensión de su fría infinitud. A Val nada parecía importarle mientras miraba abajo desde la subestratosfera; pero; por mucha tranquilidad que le diese el vuelo, se terminó al llegar a París.

-¿Viene usted a Francia por negocioso de vacaciones, madame? -preguntó el funcionario de Inmigración cogiendo el pasaporte de Valerie y tecleando su nombre en la computadora.

-Un peu de l'un et de l'autre.

-Vous parlez francais?

-C'est ma largue preféree. Mes parents etaieut parisiens -explicó Val, y continuó en francés-: Soy pintora y quiero hablar con varias galenas. Naturalmente, eso exige viajar... -Se detuvo, viendo que el funcionario había dejado de mirar a la pantalla y la estudiaba-. ¿ocurre algo?

-Nada importante, madame -dijo el hombre, descolgando el teléfono y hablando en voz baja, ininteligible entre el rumor del enorme vestíbulo de la aduana-. Hay alguien que quiere hablar con usted.

-Eso me preocupa mucho -objetó Valerie, asustada-. No viajo con mi nombre por motivos que supongo le habrá dicho ya su máquina, y no quiero verme sujeta a interrogatorios ni a las vejaciones de la prensa. Ya he dicho todo lo que tengo que decir. Por favor, póngame con la Embajada norteamericana.

-No hace falta, madame -dijo el hombre, volviendo a colgar el teléfono-. No se trata de un interrogatorio y nadie de la prensa sabrá que esta en París a menos que usted se lo diga. Tampoco hay nada en esta máquina más que el nombre que figura en su pasaporte... y una petición.

Un segundo funcionario uniformado, procedente de un despacho cercano, entró apresuradamente en el pasillo saltando el cordón y se inclinó cortésmente.

-Si quiere venir conmigo, madame-dijo en voz baja en inglés, sin duda reparando en el temor que denotaban sus ojos y comprendiendo su resistencia-. Por supuesto, puede negarse, dado que esto no es en modo alguno oficial, pero espero que no lo haga. Se trata de un favor entre viejos amigos.

-¿Quién es usted?

-Inspector jefe de Inmigración, madame.

-¿Y quién quiere hablar conmigo?

-Eso tendrá que preguntárselo a el; su nombre no figura en la petición. No obstante, le daré otro nombre: Mattilon. Dice que ustedes dos eran viejos amigos y que él lo respetaba mucho.

-¿Mattilon?

-Si es tan amable de esperar en mi despacho, me ocuparé personalmente de los trámites de su equipaje.

-No tengo mas que éste -dijo Val, pensando en quién podía sacar a relucir el nombre de René--. Necesito que esté cerca un policía, alguien que pueda vigilar a través de una puerta de cristal.

-Pourquoi?... ¿Por qué, madame?

-Une mesure de si? reté.

-Gui, bien sir, mats ce n est pas néeessaire.

-!'insiste ou je pars.

-D'accord.

Le explicaron que la persona que deseaba hablar con ella se dirigía al aeropuerto De Gaulle desde el centro de París; tardaría treinta y cinco minutos. Mientras tanto, le sirvieron cafe y una copita de calvados. Al fin entró aquel hombre. De edad madura, vestía un traje arrugado, como si su aspecto hubiese dejado de importarle. Su cara parecía tan llena de pliegues de la fatiga como de la edad, y cuando habló su voz era efectivamente cansada, pero precisa.

-Sólo la entretendré unos minutos, madame. Estoy seguro de que tiene que ir a sitios, que ver a personas.

-Como ya he explicado -dijo Val, mirando duramente al Francés-He venido a París para hablar con varias galerías...

-Eso no es asunto mío -le interrumpió el hombre, levantando las manos-. Perdóneme, no he venido a escuchar. No quiero oir nada a menos que madame desee hablar después de que lo haya hecho yo.

-¿Por qué ha utilizado el nombre de Mattilon?

-A manera de presentación. Eran ustedes amigos. ¿Puedo re-montarme a antes de monsieur Mattilon?

Librodot

-Si, por favor.

-Me llamo Prudhomme y pertenezco a la Súrete. Hace unas semanas murió un hombre en un hospital, aquí en París. Se dice que el responsable fue su ex marido, monsieur Converse.

-Lo se.

-No era posible -dijo con calma el francés, sentándose y sacando un cigarrillo-. No tema, aquí no hay micrófonos escondidos. El inspector jefe y yo nos conocemos desde la Resistencia.

-Ese hombre murió después de una lucha brutal con mi ex marido -dijo con cautela Val-. Lo leí en los periódicos y lo oí por la radio.

-Sin embargo usted me dice que no fue él. ¿Cómo puede afirmarlo?

-Ese hombre no murio en el hospital. Lo mataron, entre las dos y las dos y cuarenta y cinco de la mañana, y a esas horas su marido estaba volando de Copenhague a Hamburgo. Lo hemos averiguado.

-¿Usted sabe eso?

-Oficialmente no, madame. Me apartaron del caso. Se lo encargaron a un subordinado, un hombre con poca experiencia policial pero procedente del Ejercito, y nada menos que de la Legion Extranjera, mientras a mí me pasaban a asuntos más «importantes». Hice preguntas. No voy a aburrirla con los detalles, pero ese hombre tuvo un colapso pulmonar, un trauma repentino sin relación alguna con las heridas. A ese hombre lo asfixiaron. Eso no figuraba en el informe. Lo suprimieron.

Valerie se esforzó por dominarse, manteniendo la voz fría y distante a pesar de su ansiedad.

-Y ahora-dijo-¿que hay de Mattilon, de mi amigo Mattilon?

-Huellas digitales -dijo cansadamente el francés-. Las descubren de pronto doce horas después de que la policía del distrito, que es muy buena, haya examinado su despacho. Y sin embargo hubo una muerte en Wesel, en Alemania Occidental, entre la salida y la puesta de ese mismo sol. La descripción del asesino correspondía también a su ex marido, casi confirmaron su identidad. Más tarde encuentran a una vieja muerta con una pistola en la mano en un tren que iba a Amsterdam, y de nuevo dan su descripción. ¿Es que el tal Converse tiene alas? ¿Atraviesa volando las fronteras sin ser visto? Tampoco eso es posible.

-¿Que está tratando de decirme, monsieur Prudhomme?

El hombre de la Súrete dio una chupada al cigarrillo mientras arrancaba una hoja de su bloc y escribía algo en ella.

-No estoy seguro, madame, ya que carezco de privilegios oficiales en estos asuntos. Pero si su ex marido no tuvo culpa en la muerte de ese hombre en París y no pudo matar a su viejo amigo monsieur Mattilon, ¿a cuántos otros no mató, incluidos el embajador norteamericano en Bonn y el jefe supremo de la OTAN? ¿Y quiénes son esas personas que pueden ordenar a fuentes gubernamentales que confirmen esto y aquello, que cambien a capricho las misiones de los policías y alteren informes médicos suprimiendo pruebas? Hay cosas que no comprendo, madame, pero estoy seguro de que son las mismas que alguien no quiere que comprenda. Por eso voy a darle este numero de teléfono. No es de mi despacho; es de mi piso en París. Mi mujer sabrá dónde encontrarme. Simplemente recuerde: en caso de apuro, diga que pertenece a la familia de Tatiana.

Stone estaba sentado a la mesa con el omnipresente teléfono en la mano. Estaba solo, y solo seguía cuando llegó de Carolina del Norte la llamada de Charlotte, una mujer a la que

había querido mucho hacía años. Ella había dejado el «terrible juego», como solía llamarlo, y él se había quedado, porque su amor no era lo bastante fuerte.

Se completó la conexión hasta Cuxhaven, en Alemania Occidental, a un teléfono de cuya asepsia estaba seguro. Esa seguridad era uno de los placeres de trabajar con Johnny Reb.

-¡Pollos fritos Bobie-Jo! -fue el saludo al otro lado de la línea-. Entrega a domicilio.

-Eso he oído. Aquí Stone.

-¡Nah wrrhd los de Tatiana! -exclamó el sureño-. Algún día tendrás que hablarme de esa fascinante familia tuya, Hermano Co-nejo.

-Algún día lo haré.

-Me parece recordar haber oído ese nombre allá por los sesenta, pero nunca supe qué significaba.

-Confía en cualquiera que lo utilice.

-¿Por qué habría de hacerlo?

-Porque, quienquiera que fuese, lo creyeron los jueces más feroces del mundo.

-¿Quiénes eran ésos?

-El enemigo, Rebel.

-Si es una parábola, yanqui, me he perdido.

-Otro día, Johnny, ahora no. ¿Que has conseguido?

-Bueno, permíteme decirte que he visto por aquí la isla más condenadamente pequeña que puedes imaginarte. No está ni a veinte millas de la costa, cerca de la desembocadura del Elba, justo donde debía estar: en la ensenada de Heligoland, como ellos dicen, que es una parte del mar del Norte.

-Scharhrirn. La encontraste.

-No fue difícil; todo el mundo parece conocerla, aunque nadie se acerca a cierta parte de la costa, al suroeste. Fue una estación de repostaje de submarinos en la segunda guerra mundial, tan secreta que la mayor parte del alto mando alemán no la conocía, y los aliados no tuvieron nunca el menor indicio. Las viejas estructuras de cemento y acero siguen allí, se supone que abandonadas, salvo por una pareja de guardas que, según me han dicho, si tu barco se estrellase contra uno de los antiguos puestos de amarre de submarinos no te sacarían del agua. -Johnny Reb hizo una pausa y prosiguió en voz baja-: Fui por allí anoche y vi luces, demasiadas y en demasiados sitios. En esa antigua base hay gente, no sólo un par de guardas, y puedes apostar un asado a la yanqui a que tu capitán de corbeta es uno de ellos. Además, a eso de las dos de la mañana, cuando se apagaron las luces, se elevó, como un tallo de maíz biónico, la antena más puñeteramente alta de este lado de Houston, aunque sin maíz en la punta. Aquello parecía más bien un girasol. Era un disco como los que usan para las transmisiones por satélite. ¿Quieres que organice un equipo? Puedo hacerlo; ahora hay mucho paro. Además el coste sería mínimo, porque cuanto más lo pienso, más agradezco que me sacases de los Dardanelos antes de que llegasen allí los de la pistolas. Eso fue todavía más importante que librarme del lío con aquellos fondos para gastos accesorios en Bah-rein.

-Gracias, pero todavía no. Si intervinieses ahora enseñaríamos cartas que no podemos enseñar.

-¿Cuánto tiempo podéis esperar? Recuerda que grabé a ese cerdo de Washburn.

-¿Qué averiguaste?

-Si te digo la verdad, más de lo que este viejo cerebro puede absorber, pero no más de lo que puedo aceptar. Es algo que se veía venir hace mucho tiempo. Las águilas piensan que al fin van a cazar a los condenados gorriones. Porque van a convertirnos a todos en gorriones. Sabes, Stone, yo no debería decir esto porque en tu vejez te has hecho algo más blando que yo en la mía, pero si se salen con la suya mucha gente en todas partes se limitará a seguir

Librodot

tumbada en su hamaca o irse de paseo y decir: ¡Al infierno con ello! Dejad que lo hagan nuestros papaítos de uniforme. Que ellos arreglen las cosas, que limpien las calles y los parques de drogadictos con pistolas y navajas automáticas. Demostrad a los rusos y a los del albornoz, a esos del petróleo, que no estamos dispuestos a aguantarles más. Que vea Dios lo buenos chicos que somos y la influencia que tenemos. Esos militares tienen agallas y armas y están respaldados por las corporaciones y los conglomerados, de modo que ¿cuál es el problema? ¿Hacia dónde vamos a cambiar, si no es para mejor?

-¿Para mejor? -dijo heladamente Stone-. Los mismos que dicen eso se convertirán en robots, todos seremos robots, si es que vivimos. ¿Es que no lo comprendes?

-Sí, yo lo comprendo. Creo que siempre lo he comprendido. Tal vez mejor que tú... Olvídalo; ya estoy alistado. Pero ¿qué diablos vas a hacer con ese Converse? No creo que vaya a librarse.

-Tiene que librarse. Creemos que él tiene las respuestas, las de primera mano, que nos darán la prueba que necesitamos.

-En mi opinión está muerto -dijo el sureño-. Quizá no todavía, pero sí pronto, tan pronto como lo encuentren.

-Tenemos que encontrarlo nosotros antes. ¿Puedes ayudarnos?

-Empecé la noche en que inyecté al comandante Norman Anthony Washburn Cuarto, Quinto o Sexto... Siguen olvidándoseme los ordinales. Tú tienes las computadoras, y yo las calles donde venden cosas que no se deben comprar. Hasta ahora, nada.

-Se trata de encontrar algo, porque tenías razón antes, cuando dijiste que no nos queda mucho tiempo. Johnny, ¿no tienes la misma sensación que yo acerca de esa isla, de Scharhórn?

-En pleno estómago. Puedo sentir el sabor a bilis, Hermano Conejo, y por eso voy a hacerme el muerto por aquí unos cuantos días. Hemos encontrado una colmena, muchacho, y los zánganos están inquietos; lo noto.

34

Joel dejó el mapa y el grueso sobre en la hierba y empezó a arrancar ramaje de un pequeño árbol del huerto para cubrir el coche de Hermione Geyner. Cada vez que tiraba de una rama le dolía todo, tanto por la fatiga como del esfuerzo. Al final cogió unas brazadas de hierba y fue echándolos por encima. A la luz de la luna, aquello parecía un gran montón de heno. Recogió el mapa y el sobre y echó a andar hacia la carretera, que estaba a unos doscientos metros. Según el mapa, se encontraba en las afueras de la ciudad o pueblo de Appenweier, a unos dieciséis kilómetros de la frontera de Kehl, directamente enfrente de Estrasburgo con el Rhin por medio.

Caminó por la carretera, corriendo a meterse entre la hierba cada vez que veía los faros de un coche. Llevaba ya recorridas unas cinco o seis millas -no había modo de saberlo- cuando se dio cuenta de que no podría continuar.

En la jungla había descansado, sabiendo que el descanso era un arma tan importante como las otras, pues unos ojos y una mente alerta eran más letales que una docena de ingenios de acero.

Encontró un pequeño barranco que bordeaba un arroyo. Las rocas serían su fortaleza. Se quedó dormido.

Librodot

Valerie salió del aeropuerto Charles de Gaulle del brazo de Prudhomme, el hombre de la Súreté, tras haber aceptado el trozo de papel con su número de teléfono pero sin comprometerse a nada. Se acercaron a la parada de taxis del andén y Prudhomme habló.

-Voy a serle claro, madame. Puede tomar un taxi aquí, y la diré adieu, o puede permitir que yo la lleve donde quiera, quizá a otra parada de taxis, para ir donde tenga pensado ir, y yo sabré si alguien la sigue.

-¿Lo notaría?

-En treinta y dos años, incluso un tonto aprende algo. Mi mujer todavía me dice que si no tiene amantes es porque yo he aprendido los rudimentos de mi profesión.

-Acepto su invitación. Estoy terriblemente cansada. Tal vez a un pequeño hotel. Conozco el Pont Royal.

-Una elección excelente, pero debo decirle que mi mujer la recibiría encantada... sin hacer preguntas.

-Mi tiempo debe ser mío, monsieur -dijo Valerie, subiendo al coche.

-D'acord.

-¿Por qué hace esto? -preguntó Val mientras Prudhomme se ponía al volante-. Mi marido era abogado, es abogado, y las normas de ambos no pueden ser tan diferentes. ¿No se está convirtiendo en una especie de cómplice al correr los riesgos que sé muy bien que corre?

-Sólo espero que me llame diciendo que es de la familia de Tatiana. Ese es mi riesgo y ésa es mi recompensa.

Converse consultó su reloj -un reloj cogido de un cuerpo exánime hacía tanto tiempo que era incapaz de recordar cuándo- y vio que eran las cinco y cuarenta y cinco de la mañana. El sol iluminaba abruptamente el barranco-fortaleza. Tenía el arroyo cerca, de modo que hizo sus necesidades corriente abajo y hundió la cara en el agua corriente arriba. Tenía que moverse. Según recordaba, le quedaban ocho kilómetros de camino hasta la frontera.

Llegó a Kehl, y allí compró una maquinilla de afeitar, razonando que un sacerdote procuraría mantener su aspecto lo mejor posible aun condenado a los albergues de un viaje de pobre. Se afeitó en la estación fluvial y después tomó el transbordador que lo llevaría, cruzando el pintoresco Rhin, a Estrasburgo. Los funcionarios de aduanas tuvieron tales deferencias con su alzacuello y su pasaporte, así como con su aspecto derrotado -que sin duda tomaron como indicio de un voto de pobreza-, que se encontró bendiciendo a un grupo de personas, y por extensión a toda su familia, mientras cruzaba el edificio.

Ya en las animadas calles, comprendió que lo primero que tenía que hacer era ir a un hotel, quitarse en la ducha dos días de miedo y violencia y conseguir limpiar o reemplazar su vestimenta. Un clérigo de aire mendicante casaría mal con las carísimas maravillas de Chamonix, resultaría inverosímil. En cambio un sacerdote vestido normalmente sería perfectamente aceptable, e incluso deseable, como figura de respeto entre la multitud. Y Converse había decidido seguir siendo sacerdote, decisión basada una vez más en su experiencia profesional. Piensa por anticipado lo que tu adversario espera que hagas, y después no lo hagas, a menos que te dé ventaja. Los cazadores de Aquitania esperarían que se despojase de sus ropas de clérigo, ya que eran su último disfraz conocido, pero él no lo haría; había demasiados curas en Francia y tenía demasiadas ventajas ser uno de ellos.

Se registró en el Sofitel, en la plaza de Saint-Pierre-le-Jeune, y explicó al conserje, sin entrar en detalles, que llevaba tres horribles días de viaje y quizá él fuese tan amable de ocuparse de varias cosas que necesitaba con urgencia. Pertenecía a una rica parroquia de Los Angeles y... Un billete de cien dólares se ocupó del resto. Antes de una hora tenía el traje limpio y planchado y relucientes los embarrados zapatos y era poseedor de dos nuevas

camisas con alza-cuello compradas en una tienda que «por desgracia está muy lejos en el Quai Kellermann», lo que exigió un mayor desembolso. Las gratificaciones, los gastos y los recargos por rapidez en el servicio fueron el sueño de un hotelero. No cabía duda de que aquel clérigo bronceado, con un par de manchas en la cara y extrañas peticiones explicables por la prisa, procedía de una parroquia «rica». Valía la pena.

Había llegado a las ocho y media de la mañana y a las nueve y cincuenta y cinco estaba listo para hacer los últimos preparativos con vistas al viaje a Chamonix.

No podía arriesgarse a coger un avión o ir en tren; ya le habían ocurrido demasiadas cosas en aeropuertos y trenes y estarían vigilados. Y más pronto o más tarde encontrarían el coche de Hermione Geyner y sabrían hacia dónde iba, si no su destino. Las alarmas de Aquitania se dispararían a través de las tres fronteras de Alemania, Francia y Suiza. El medio más seguro seguía siendo el automóvil. Acudió de nuevo al complaciente conserje, y en seguida estuvo dispuesto un bonito coche de alquiler para el joven monseñor y planeada la ruta hasta Ginebra, unos trescientos ochenta kilómetros al sur.

Naturalmente, no pensaba dirigirse a Ginebra, sino seguir las carreteras fronterizas e ir a Chamonix, una hora más lejos. La duración calculada del viaje era entre cinco y seis horas; llegaría a la base del Mont Blanc hacia las cuatro y media de la tarde, las cinco como mucho. Se apresuró a salir de Estrasburgo por la autopista Alpina, que llevaba el número 83 en su mapa.

Valerie se vistió mientras las primeras luces descubrían la silueta irregular de los edificios de París por sus ventanas, que daban al bulevar Raspail. Incapaz de dormir, ni siquiera lo había intentado, y había estado despierta sopesando las palabras del extraño francés de la Súreté que no podía hablar oficialmente. Tentada estuvo de decirle la verdad, pero sabía que no debía hacerlo, todavía no, y quizá nunca, porque la posibilidad de una trampa era considerable: revelaciones basadas en la verdad podían ser fácilmente utilizadas para acorralar al perseguido. Sin embargo, su alegato sonaba a verdad, a su verdad, no la de ningún otro: «Llame y diga que es de la familia de Tatiana. Ese es mi deseo y mi recompensa.»

Joel sabría a qué atenerse. Si aquel hombre no era simplemente un cebo puesto por Aquitania, suponía una grieta en su estrategia de la que nada sabían los generales. Val esperaba que estuviese actuando por cuenta propia, pero confiar en él hasta ese punto era imposible.

Había leído los horarios interiores de Air France en el viaje desde Los Angeles y sabía la ruta que iba a seguir para llegar a Chamonix. Air Touraine tenía cuatro vuelos diarios a Annecy, el aeropuerto más cercano a Chamonix y el Mont Blanc. Esperaba hacer una reserva en el vuelo de las siete de la mañana la noche anterior, pero la súbita y enervante intrusión de Prudhomme se lo había impedido, y cuando llamó a la Touraine desde el Pont Royal no había ya plazas; era verano y el Mont Blanc una gran atracción turística. No obstante, estaba en la lista de espera para el vuelo de las once. Lo mejor era ir al aeropuerto de Orly, estar entre la gente, como repetía Joel.

Tomó el ascensor abierto con verjas metálicas hasta el vestíbulo, pagó la nota y pidió un taxi.

-A quelle heure, madame?

-Maintenant, s'il vous plait.

-Daos quelques minutes.

-Merci.

Llegó el taxi y Val salió, para encontrarse con un taxista desabrido y con ojos de sueño que no tenía la menor intención de salir del coche para ayudarla y estaba sólo vagamente decidido a aceptarla como clienta.

-Orly, s'il vous plait.

El taxista arrancó, llegó a la esquina y giró a la izquierda para hacer una rápida vuelta en U y volver a entrar en el bulevar Raspail, camino de la autopista que llevaba al aeropuerto. El cruce parecía estar desierto. Pero no era así.

El choque detrás de ellos fue tan cercano como repentino, un estruendo de metal contra metal mientras saltaban los cristales y chirriaban las cubiertas. El taxista pisó el freno y dio un grito de sorpresa y miedo mientras el taxi viraba hacia el bordillo. Val cayó contra el asiento delantero y se raspó las rodillas en el suelo. Empezó a levantarse como pudo, mientras el taxista se apeaba de un salto chillando a los culpables.

De repente la puerta trasera derecha se abrió y Val vio sobre ella la cara arrugada y cansada de Prudhomme, a quien le goteaba sangre de un corte en la frente. Habló rápidamente y en voz baja.

-Adelante, madame... a dondequiera que vaya. Ahora ya no la seguirá nadie.

-¿Usted?... ¡Ha estado aquí toda la noche, esperándome, vigilando! ¡Fue usted el que se estrelló contra ese coche!

-No hay tiempo. Le devolveré a su taxista. Tengo que hacer mi aburrido informe mientras esparcen algunas cosas por el coche de ese hombre y usted tiene que marcharse. Ahora... antes de que otros lo sepan.

-¡El nombre! -exclamó Val-. ¿Era Tatiana?

-Sí.

-¡Gracias!

-Au revoir. Bonne chance.

El hombre de la Súreté sacó la cabeza y volvió corriendo hacia los dos franceses que se gritaban detrás del taxi.

Eran las tres y veinte de la tarde cuando Converse vio el letrero: SAINT-JULIEN EN GENEVOIS - 15 km. Había contorneado la frontera de Suiza y tenía enfrente la autopista a Chamonix, al este de Ginebra, justo al sur de Annemasse. Llegaría al Mont Blanc en poco más de una hora. ¡Lo había conseguido! La verdad era que también había conducido como nunca en su vida, con el potente Citroen respondiendo a su toque de piloto, su mente de piloto olvidada de todo lo que no fuese el tramo que tenía enfrente, el equipo que le rodeaba, el tacto de la dura carretera mientras tomaba las curvas de los Alpes. Sólo una vez se había detenido a repostar, en Pontarlier, donde bebió té ardiendo de una máquina expendedora. Dado que había dejado la autopista por el atajo de las carreteras de montaña, su velocidad dependía de que todas sus reacciones fuesen instantáneas y precisas. Ya sólo quedaba una hora. Que estés ahí, Val. ¡Que estés ahí, amor mío!

Valerie miró su reloj, a punto de gritar, como había estado desde las seis y media de la mañana en el aeropuerto de Orly. Eran las cuatro y diez de la tarde y el día entero había sido una pura crisis, desde el choque en el bulevar Raspail y la revelación de Prudhomme de que la seguían hasta su llegada a Annecy en el vuelo de la una de París, que se retrasó porque no

funcionaba una puerta de equipajes. Sus nervios estaban tensos hasta el límite, pero sabía que no podía perder el dominio de sí misma. El hacerlo sólo serviría para llamar la atención, como ya le había ocurrido por breves momentos.

No había plazas en el vuelo de las siete y para el de las once había exceso de reservas. Sólo se permitía el paso a los que llevaban el billete en la mano, y Val protestó con tal furia que todos se la quedaron mirando. Después recurrió al intento de soborno en voz baja, que sólo sirvió para irritar al empleado, no porque se sintiese moralmente ofendido sino porque no pudo buscarle acomodo y aceptar el dinero. De nuevo los viajeros que iban detrás de ella y a sus lados, en ambas colas, vieron cómo el empleado la reprendía con auténtica altivez gala. No había modo de llegar a Chamonix viva, pensó Val, y aceptó un billete para el vuelo de la una. El avión aterrizó en Annecy con más de media hora de retraso, minutos después de las tres, y los apretones en la parada de taxis la hicieron comportarse de un modo que siempre trataba de evitar. Siendo una mujer relativamente alta, y mucho más en apariencia, sabía el efecto que hacía cuando miraba desdeñosamente de arriba abajo a quienes la rodeaban. ¿Es que no sabían que una predestinación genética la había convertido en privilegiada? Mucha gente aceptaba estúpidamente esa postura como prueba de superioridad innata. A las mujeres las intimidaba, y en los hombres esa misma sensación se mezclaba con el deseo. La táctica le había servido para ganar algunos puestos en la cola de los taxis, pero seguía siendo larga. Después miró casualmente a su derecha. Al final del andén había relucientes limusinas, con los chóferes apoyados en ellas fumando, limpiándose los dientes y charlando. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? Se salió de la cola y empezó a abrir el bolso mientras corría.

Su frustración de ahora era el resultado de algo que debería haber recordado. En ese decorado teatral que era el maravilloso «pueblo» de Chamonix, había un punto del que sólo podían pasar los pequeños vehículos oficiales y el transporte turístico colectivo. Se apeó de la limusina y caminó rápidamente por el amplio y concurrido bulevar. Podía ver a lo lejos el gran terminal rojo del funicular. Allá arriba, sobre las nubes, estaba Joel, su Joel. No podía detenerse; no trató de mantener el dominio sobre si misma que se había impuesto durante todo el día. Echó a correr, cada vez más de prisa. ¡Tienes que estar ahí arriba, cariño! ¡Tienes que estar vivo, cariño... mi único amor!

Eran las cinco menos diez cuando Converse entró quemando cubiertas en el aparcamiento. Dio un frenazo y se apeó de un salto. Había encontrado muchos coches en la autopista del Mont Blanc, retenidos por las nuevas obras en el puente de la gran garganta. Tenía los músculos de la pierna derecha agarrotados por el ejercicio de aprovechar todas las oportunidades para sortear el aletargado tráfico. ¡Y aquí estaba! Estaba en Chamonix, con el majestuoso esplendor de los Alpes en frente y el pueblo allá abajo. Echó a correr, aspirando a tragos el claro aire de las montañas, olvidado ya del dolor porque ella tenía que estar allí. ¡Por favor, Val no me falles. Te quiero tanto... ¡maldita sea, te necesito tanto! ¡Tienes que estar ahí!

Val estaba junto al funicular mirando las nubes que había abajo, sobre las montañas, y que formaban una muralla que ocultaba cualquier preocupación terrena. Temblaba rodeada del frío alpino, pero era incapaz de marcharse. Seguía de pie junto a la barandilla de piedra, al lado de un grueso telescopio de montaña por el que los turistas podían contemplar por pocos francos las maravillas del mundo alpino. Le daba un susto de muerte pensar que él no viniese, que no pudiese venir. Muerte.

Librodot

Era el último viaje del funicular, pues se suspendían al ocultarse el sol tras las cumbres de poniente, ya que los cables se helaban repentinamente con la oscuridad. Excepto el barman y algunos clientes refugiados tras las puertas de cristal del bar, era ya la única persona que había allí. ¡Joel! ¡Te dije que siguieras vivo! ¡Por favor, haz lo que te dije, cariño... mi único cariño! ¡Mi único amor!

El funicular se acercó trabajosamente y se detuvo con un chirrido. Allí no había nadie. ¡Estaba vacío! Muerte.

Después apareció él, un hombre alto con alzacuello, y la cima del mundo volvió a tener sentido. Salió de la cabina y Val corrió hacia él y él corrió hacia ella. Se abrazaron como nunca lo habían hecho cuando eran marido y mujer.

-¡Te quiero! -susurró Joel-. ¡Oh, Dios, te quiero!

Val se apartó, agarrada a sus hombros, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

-¡Estás vivo, estás aquí! Hiciste lo que te pedí.

-Lo que tenía que hacer. Porque eras tú.

35

Durmieron desnudos, con los cuerpos juntos y los brazos de cada uno rodeando al otro, apartando por un rato el mundo tal como sabían que era, un mundo al que se enfrentarían por la mañana. Pero durante un rato tenía que haber algo para ellos, algo mutuo, preciosas horas solos, dando y recibiendo, hablando en susurros, tratando de comprender lo que habían perdido y por qué, y diciéndose que nunca volverían a perderlo.

Cuando llegó la mañana, hubieran querido negarlo, aunque no del todo. Había el mundo tal como ellos lo conocían y había también otro, el que querían los generales de Aquitania.

Pidieron desayunos continentales y una jarra más de café. Mientras Val se peinaba, Joel fue a la ventana y contempló allá abajo la pintoresca y vibrante ciudad de Chamonix. Por todas partes se veían mangas echando agua; estaban limpiando las calles. Los escaparates eran bañados hasta que relucían. Chamonix estaba preparándose para el ataque de los turistas veraniegos, y pensando en ellos Converse se dijo que habían tenido mucha suerte al encontrar habitación. Habían ido a tres hoteles. Del primero casi los echan antes de llegar al mostrador.

-Por amor de Dios, quítate ese alzacuellos -le había susurrado Valerie. Ninguno de los tres tenía nada disponible, pero el cuarto, el Croix Blanche, acababa de recibir una cancelación.

-Después saldré a comprarte algo de ropa -dijo Val, acercándosele y apoyando la cabeza en su hombro.

-Esto era algo que me faltaba -dijo Joel, volviéndose y abrazándola-. Te he echado tanto de menos...

-Nos hemos encontrado, cariño. Eso es lo único que importa. -Hubo un golpe en la puerta, la llamada cortés de un camarero-. Será el café. Voy a limpiarme los dientes.

Se sentaron uno frente a otro en la mesita de mármol, junto a la ventana. Era el momento, y ambos lo sabían. Joel puso una hoja de papel de cartas del hotel junto a su café y un bolígrafo encima.

-¡Todavía no he podido olvidar lo de mi tía! -dijo de pronto Val-. ¿Cómo pude hacerlo? ¿Cómo no me di cuenta?

-También yo me hice esa pregunta.

-Lo que me sorprende es que no me tirases del funicular.

-Sólo lo pensé un par de veces.

-¿Qué estúpida fui!

-No; estabas desesperada, como lo estaba ella. Intentabas agarrarte a cualquier posibilidad de ayuda, y ella estaba tratando desesperadamente de volver a la única época que tuvo importancia en su vida. Una persona que piensa así puede ser terriblemente convincente. Tenía las palabras adecuadas, esas frases esotéricas que te pasaste la vida oyendo. Creías en ella. Yo también hubiese creído.

-No hay quien se resista cuando te pones amable, cariño. No cargues la mano, que todavía es por la mañana.

-Háblame de Sam Abbott.

-Sí, por supuesto; pero antes quiero que sepas que no estamos solos. Hay un hombre en París, un inspector de la Súreté, que sabe que no mataste a René y que no pudiste haber matado a ése que decían que era un chófer en el George Cinq.

Joel se inclinó sobre su café, sorprendido.

-Pero yo sí maté a ese hombre. Bien sabe Dios que fue sin querer; pensé que iba a sacar un arma, no una radio; pero le ataqué, le estrellé la cabeza contra la pared. Murió de no sé qué craneal.

-No; lo mataron en el hospital, lo asfixiaron. La muerte no tuvo nada que ver con sus heridas, me dijo Prudhomme. Según sus palabras, si no mataste al conductor ni a René, ¿a cuántos otros no mataste tampoco? Cree que has sido víctima de un complot. No sabe por qué, como tampoco puede comprender por qué han suprimido pruebas, o han aparecido de pronto cuando deberían haber sido encontradas mucho antes si existían, en este caso tus huellas digitales en el despacho de Mattilon. Quiere ayudar; me dio un teléfono a donde podemos llamarle.

-¿Podemos confiar en él? -preguntó Joel tomando notas.

-Creo que sí. Hizo algo notable esta mañana, pero ya llegaremos a eso.

-El hombre del George Cinq -dijo pensativo Converse-, el ayudante de Bertholdier. Es donde empezó todo. Se diría que aprovecharon repentinamente el momento, al darse cuenta alguien de que allí había una posible estrategia y no querer perder la oportunidad. «Marcadlo como asesino ahora. Tal vez podamos hacer uso de eso más adelante, construir sobre ello. Sólo cuesta una vida.» ¡Dios mío! -Joel encendió un cigarrillo-. Continúa. Volvamos atrás. ¿Qué hay de Sam?

Val se lo contó todo, empezando por la locura en el Saint Regis neoyorquino, la espeluznante llamada telefónica que acabó con un joven corriendo escaleras arriba y un oficial del Ejército persiguiéndola por la calle.

-Lo raro aquí -interrumpió Converse- es que esos hombres, esa llamada, podían ser auténticos.

-¿Qué? ¿Cómo? El primero parecía un joven hitleriano, ¡y el otro iba de uniforme!

-La mayoría de la gente de uniforme sería la primera en desear que a los generales de Aquitania los parachutaran en un tifón. Recuerda que Fitzpatrick dijo que esos cuatro dossiers procedían de muy adentro de las cámaras acorazadas oficiales, y, a juzgar por gran parte del material, pensaba que habían intervenido a manos llenas militares. Tal vez mis silenciosos socios de Washington estén empezando a salir de sus alcantarillas. Perdona. Adelante.

Val le contó su entrevista con Sam, el Sam casado, padre de dos chicas, en el restaurante de Las Vegas. Joel escuchaba estremecido, con todas sus antenas girando para captar los matices de cada frase, todo lo que pudiera tener más de un sentido, tratando desesperadamente de encontrar una clave, un camino, algo, cualquier cosa que pudiesen utilizar o tomar como punto de partida. Levantó la mano, indicando a Val que se detuviese.

-¿Ibais a ir los tres a Washington?

-Sí.

-Tú, Sam y esa tercera persona a la que iba a ver, con la que iba a hablar, de quien dijo que sabría qué hacer.

-Si; el hombre que hizo matar a Sam. Era el único con quien había hablado.

-Pero Abbott aseguró que confiaba en él. «Con su vida», creo que dijiste.

-Lo dijo Sam -corrigió Valerie-. Estaba equivocado.

-No necesariamente. Sam era hombre de trato fácil, pero no se dejaba engañar. Elegía con cuidado a sus amigos, y no tenía muchos porque sabía lo vulnerable de su alto rango.

-Pero él no habló con nadie más...

-Estoy seguro de ello, pero ese otro hombre tuvo que hacerlo. Sé algo sobre lo que es una reunión «crítica» en Washington, y a eso exactamente se refería Sam cuando dijo que ibais a ir allí. Esas reuniones no se celebran así como así; hace falta algo fuerte para abrirse paso entre la maraña burocrática. Sin duda tuvo que utilizar primero el nombre de Sam, por su status y su graduación, y, sólo tal vez, el mío, o el tuyo, o incluso el de Delavane. Cualquiera de los tres hubiese bastado. -Converse cogió el bolígrafo-. ¿Cómo se llamaba?

-Oh, Dios-dijo Val, cerrando los ojos y masajeándose la frente con los dedos-. Déjame pensar... Alan, el primer nombre era Alan... ¿Alan Metzger? ¿Metland..?

-Habría un grado, un título...

-No. ¡Metcalf! Alan Metcalf, eso era.

Joel anotó el nombre.

-Está bien. Vamos a lo de. Paris, al hombre de la Súreté.

Val empezó por el extraño comportamiento de los funcionarios de Inmigración, lo que la llevó a la no menos extraña entrevista con el cansado y arrugado Prudhomme. Llegó al final de las asombrosas revelaciones del francés, repitiéndose pero dando todos los detalles que antes había omitido, y fue entonces cuando Converse la detuvo por segunda vez, lleno de asombro.

-¿La familia de Tatiana? -preguntó incrédulo-. ¿Estás segura?

-Totalmente. Volví a preguntárselo esta mañana.

-¿Esta mañana? Si, me dijiste que había hecho algo notable esta mañana. ¿Qué ocurrió?

-Pasó la noche frente al hotel en su auto, y cuando me iba en un taxi poco después de amanecer se estrelló, y digo se estrelló, contra el coche que venía detrás de nosotros. Me estaban siguiendo. Me dijo que me diese prisa a salir de allí. Fue entonces cuando le pedí que me repitiese el nombre. Era Tatiana.

-Ese fue el nombre que René me dijo que usase con Cort Thorbecke en Amsterdam. «Di que eres un miembro de la familia de Tatiana.»

-¿Qué significa eso?

-René no entró mucho en materia, pero tengo una idea. Al parecer significa una especie de trust, un test decisivo que da a alguien acceso a una información prohibida para el noventa y nueve por ciento de las personas que querrían tenerla.

-¿Por qué?

-Parece una locura, pero Mattilon dijo que era porque cualquiera que formase parte de Tatiana era creído por las personas más suspicaces de la tierra, hombres que no pueden permitirse cometer un error.

-Dios mío, ¿quiénes?

-Rusos. Comisarios del Kremlin que mandan dinero a agentes de Occidente para invertirlo.

-Tienes razón -dijo Val-. Es una locura.

-Pero funciona, ¿no te das cuenta? Personas decentes que por una u otra razón se encontraban en un mundo que probablemente odiaban y en el que nunca sabían en quién podían confiar discurrieron usar una consigna. Ser miembro de los Tatianas es una especie de credencial, algo más que una señal de emergencia. Significa que quienquiera que la utilice es digno de confianza, no importa lo que tenga que hacer. Apostaría a que es un círculo muy pequeño. René y ese Prudhomme encajarían en é. Y para nosotros es una clave en la que podemos confiar.

-Ya estás en plena vista -dijo la actual y ex señora Converse, cogiéndole la mano libre.

-No conozco ningún otro modo de hacerlo. Hechos, nombres, tácticas... En algún sitio debe haber una grieta, un camino que podamos tomar, que tenemos que tomar. Y cuanto antes.

-Yo empezaría por Prudhomme.

-Recurriremos a él, pero quizá no en primer lugar. Pongamos las cosas en orden. ¿Sabes si tenemos más de un teléfono? Una cierta... ex esposa me tuvo demasiado ocupado anoche para darme cuenta.

-Probablemente está embarazada.

-¿Y no sería maravilloso?

-Quieto, muchacho. Si, hay otro teléfono. Está en el cuarto de baño.

-Quiero que llames a ese Metcalf, a Alan Metcalf, a Las Vegas. En información nos darán el número. Yo escucharé.

-¿Y qué digo?

-¿Qué nombre utilizábais tú y Sam?

-El que te dije. Parquette.

-Limítate a decir quién llama. Que sea él quien haga el primer movimiento. Si sale mal, lo sabré, lo sabremos los dos, y colgaré. Cuando me oigas, cuelgas tú también.

-Supón que no está allí. Supón que se pone su mujer, o una amiga, o un hijo.

-Di rápidamente tu nombre y que volverás a llamar dentro de una hora.

Peter Stone estaba sentado en el sofá, con los pies sobre la mesita de café. Enfrente, en sendos sillones, le acompañaban el capitán del Ejército, sin uniforme, y el joven alférez de navío, también en ropa de calle.

-Entonces de acuerdo -dijo Stone-. Probaremos con ese Metcalf y esperemos que haya suerte. Si estamos equivocados, si lo estoy, podrían dar con nosotros, y no os engañéis: os han visto aquí, podrían identificaros. Pero, como ya os dije, hay momentos en que es necesario correr un riesgo que uno preferiría no correr. Estáis en terreno peligroso y Dios quiera que lo crucéis pronto, pero no puedo prometéroslo. Este teléfono está intervenido, conectado a otro número, un hotel al otro lado de la ciudad, de modo que el rastro quedaría borrado, pero sólo mientras se comprueba uno por uno a huéspedes y habitaciones. Después, cualquier reparador telefónico con experiencia podría bajar a los sótanos y encontrar la intercepción.

-¿Cuánto tiempo nos daría eso? -preguntó el oficial del Ejército.

-Es uno de los mayores hoteles de Nueva York -dijo Stone-. Con un poco de suerte, de veinticuatro a veintiséis horas.

-¡Adelante! -ordenó el hombre de la Marina.

-Por amor de Dios -dijo el capitán, pasándose la mano por el pelo-. Sí, claro, prueba, échale un tiento, pero aún no sé bien por qué.

-Era información rutinaria y fácil de conseguir. Abbott escribía a diario su agenda y era muy preciso en todo lo que se refería a ella. Había una preponderancia de almuerzos solo con Metcalf, y cenas de ambas familias unas veces en casa de los Abbott y otras en la de los Metcalf. Creo que confiaba en ese hombre, y tratándose de alguien que había sido mucho tiempo oficial de inteligencia era la persona lógica a quien acudir. Pero hay algo más. Junto con Converse, los tres fueron prisioneros de guerra en Vietnam.

-¡A por ello! -exclamó el alférez de navío.

-Por amor de Dios, encuentra otra frase -dijo el capitán.

-¡Es un contestador automático! -exclamó Val, tapando el teléfono.

Joel salió del cuarto de baño.

-Una hora -repitió Val-. La señorita Parquette volverá a llamar dentro de una hora. -Y colgó.

-Y después de hora en hora -añadió Converse-. No me gusta esto. Allí es la una de la madrugada, y si hay una esposa y unos hijos alguien debería estar en casa.

-Sam no mencionó más mujer e hijos que los suyos.

-No había razón para hacerlo.

-Podría haber una docena de explicaciones, Joel.

-Sólo confío en que no sea la que estoy pensando.

-Déjame llamar a Prudhomme. Utilicemos a esa familia de Tatiana.

-Todavía no.

-¿Por qué?

-Necesitamos algo más... El necesita algo más. -De repente la mirada de Converse se posó en el grueso sobre dirigido a Nathan Simon. Estaba sobre el buró, con el falso pasaporte encima-. Dios mío, tal vez lo tengamos -dijo en voz baja-. Ha estado siempre delante de mis narices y yo sin verlo.

Val siguió su mirada.

-¿El análisis que escribiste para Nathan?

-Dije que era el mejor expediente que había hecho en mi vida, pero, por supuesto, de expediente no tiene nada. No alude al Derecho salvo en el sentido más amplio y abstracto, sin pruebas aceptables que apoyen las acusaciones. Lo que describe son las perversas ambiciones de hombres poderosos que quieren cambiar las leyes, alterar los gobiernos, suplantarlos por burdos controles militares, todo ello en nombre de una ley y un orden a cuyo mantenimiento y preservación serán llamadas. Y si «compromiso» significa matanza, si intentan organizar asesinatos en masa, pueden hacerlo.

-¿Qué quieres decir, Joel?

-Si voy a montar una acusación, será mejor que lo haga del único modo que sé, partiendo de unas premisas para llegar a una conclusión basada en declaraciones, empezando por la mía y terminando con una serie de reuniones preliminares aclaratorias.

-¿De qué diablos estás hablando?

-De Derecho, señora Converse -dijo Joel, cogiendo el sobre-, y de para qué sirve. Puedo utilizar la mayor parte de lo que hay aquí, sólo que de otra forma. Naturalmente, necesitaré declaraciones que lo corroboren, de personas cuanto más ajenas mejor. Entonces es cuando llamarás a ese Prudhomme e ingresarás en la familia de Tatiana. Después espero que podamos ponernos en contacto con el amigo de Sam, con Metcalf. Algo podrá darnos... Por último, voy a tener que examinar oralmente al menos a dos de los presuntos acusados. Para empezar, a Leifhelm, y probablemente a Abrahms, y quizá al mismo Delavane.

Librodot

-¡Estás loco!

-No, no lo estoy. Sé que voy a necesitar ayuda; pero tengo dinero suficiente para contratar a un par de equipos de bellacos y, una vez que Prudhomme haya comprendido, sospecho que sabrá dónde está la bolsa de trabajo. Tenemos mucho que hacer, Val. A los tribunales les gustan los manuscritos impecables.

-Por favor, Joel, habla en inglés.

-Eres una romántica, señora Converse -dijo Joel acercándosele-. Esos son los detalles prácticos y minuciosos que no necesitan las marinas.

-Las marinas hay que esbozarlas, cariño, y los colores exigen meditar mucho... ¿De qué estás hablando?

-De una taquígrafa, una secretaria, si puedes encontrarla. Alguien dispuesto a pasarse aquí el día y la mitad de la noche, si hace falta. Ofrece el triple de la tarifa usual.

-Supongamos que la encuentro. ¿Qué vas a decirle?

Joel frunció el ceño mientras iba distraídamente hasta la ventana.

-Una novela -dijo, volviéndose-. Estamos escribiendo una novela, y las primeras veinte o treinta páginas se refieren a una próxima causa judicial, a un proceso.

-¿Basado en personas reales, en hombres de los que todo el mundo ha oído hablar?

-Se trata de un nuevo tipo de literatura, pero es sólo una novela. Nada más que eso.

Amaneció en Nueva York y Stone se encontró otra vez solo. El alférez de navío y el capitán del Ejército habían vuelto a sus despachos de Washington. Era mejor así. No podían ayudarlo, y cuanto menos los viesen rondando por el apartamento más fácil sería que escapasen a la detección si venían mal dadas. Y podían venir, Stone lo sabía. Era algo tan claro como que el coronel Alan Metcalf era la cuerda que les faltaba para empezar la música. «Sin él -como hubiese dicho Johnny Reb en los viejos tiempos- la tonada no va a salir del violín, no habrá baile a menos que él aparezca.» Pero ¿podría aparecer?, se preguntaba el ex oficial de operaciones de la Agencia Central de Inteligencia. A todos los efectos lo ocurrido era lo contrario: había desaparecido. Eso habían dicho en Nellis, y la unidad que investigaba no parecía encontrar comprensible ni aceptable su ausencia. También eso lo habían dicho, y con no muy buenos modos.

Pero Stone sí comprendía. Ahora Metcalf sabía lo mismo que él, que ellos, y el coronel no iba a actuar ya con arreglo a lo escrito en los reglamentos, no si era competente y si estaba aún con vida. El ex agente comprendía también algo más, a propósito de teléfonos, contestadores automáticos y personal de inteligencia. El equipo era adaptable y sofisticado, cortesía del contribuyente norteamericano, y, considerando el despilfarro reinante, una de sus mejores inversiones. Metcalf le sacaría partido... si estaba vivo y era competente. Lo haría todo a distancia, programando y reprogramando, escuchando lo que quisiera escuchar, borrando lo que prefiérese borrar y dejando sólo cierta información, preferiblemente desorientadora. Habría también una clave, probablemente cambiada a diario, que si no se insertaba con precisión fundiría la cinta en diez segundos mediante una explosión de microondas... todo standard. Si era competente y seguía vivo.

Stone contaba con ambas cosas, que el coronel era competente y que estaba vivo. De nada valía pensar de otro modo; eso sólo conducía a seguir tumbado en la hamaca de Johnny Red o «irse de pesca», a apuntarse al papel de robot. Por eso Stone había dejado un mensaje en el contestador de Metcalf hacía una hora, a las seis y treinta y cinco. Había elegido un nombre del que la esposa de Converse -su ex esposa- había hablado sin duda al difunto Samuel Abbott. Marcus Aurelius en ascenso. Responda y borre, por favor. Después había dado el número de teléfono del apartamento, que, si era descubierto, conduciría a sus descubridores al hotel Hilton de la calle Cincuenta y Tres.

Había sólo otra persona en el mundo con la que a Stone le gustaría poder comunicarse, pero ese hombre estaba «de vacaciones; no tenemos medio de ponernos en contacto con él». Se trataba evidentemente de una mentira, pero salir al paso de ella supondría tener que decir más de lo que Peter quería decir. Ese hombre era Derek Belamy, jefe de Operaciones Clandestinas del MI6 británico y uno de los pocos amigos verdaderos que Stone había tenido en sus muchos años en la Agencia Central de Inteligencia. Tan buen amigo era Belamy que cuando Peter era jefe de destacamento en Londres el inglés le había dicho a quemarropa que se fuese fuera una temporada antes de que el whisky le dominase y se viera convertido en un alcohólico incurable.

-Tengo un médico que certificará leve depresión nerviosa, Peter, y un chalé para invitados en tierras de Kent. Vete allí y ponte bien, muchacho.

Stone había rehusado, y nunca en su vida tomó decisión tan desastrosa. Lo que siguió fue la pesadilla alcohólica predicha por Belamy.

Pero no era la preocupación de Derek por los amigos lo que hacía a Peter desear hablar con él, sino su brillantez, su capacidad de percepción, oculta detrás de un exterior agradable e incluso prosaico, y el saber que Derek Belamy tenía el pulso de Europa en la cabeza, y, con un mínimo de información, podía olfatear cualquier operación de Delavane. De hecho, pensó esperanzado Stone, ahora estaba olfateándola en Irlanda, que era sin duda donde de verdad se encontraba. Antes o después -preferiblemente antes-, Belamy respondería a su llamada, y cuando lo hiciese tendría la descripción completa de un envío de municiones desde Beloit, en Wisconsin. Derek Belamy odiaba a los Delavane de este mundo. Su viejo amigo se convertiría en un aliado contra los generales. Sonó el teléfono, y Stone se quedó mirándolo y dejó que volviese a sonar. ¿Metcalf? Alargó el brazo.

-¿Si?

-¿Aurelius?

-Estaba seguro de que lo entendería, coronel.

-¿Quién diablos es usted?

-Me llamo Stone y estamos del mismo lado, o al menos eso creo. Pero usted lleva uniforme y yo no, de modo que necesito confiar un poco más. ¿Lo comprende?

-¡Es usted uno de esos bastardos del D.C. que lo enviaron!

-Caliente, caliente, coronel. Yo aparecí más tarde, pero sí, soy uno de esos bastardos. ¿Qué le pasó al general Abbott?

-¡Que lo mataron, hijo de perra! Supongo que este teléfono estará limpio.

-Al menos durante veinticuatro horas. Después todos desapareceremos, como desapareció usted.

-¿No les remuerde la conciencia? ¿Saben lo que han hecho?

-No tenemos tiempo para eso, coronel. Tal vez después, si hay un después para nosotros. ¡Olvídelo, soldado! ¡Yo he vivido con ello!

Vamos a lo de ahora. ¿Dónde nos vemos? ¿Por dónde anda?

-Está bien, está bien -dijo el oficial de las Fuerzas Aéreas, obviamente agotado-. He tomado una docena de vuelos diferentes. Estoy en... ¿dónde diablos?... En Knoxville, Tennessee. Tengo un vuelo para Washington dentro de veinte minutos.

-¿Por qué?

-Para hacer saltar todo este condenado asunto, ¿para qué si no?

-Olvídelo; es hombre muerto. Creí que a estas alturas ya lo sabía. Usted habló con alguien de la información que le dio Abbott, ¿verdad?

-Sí.

Librodot

-Y a él se lo cargaron, ¿no es así?

-¡Maldita sea, cállese!

-Debería haber aprendido ya. Están donde no se les puede ver ni encontrar, pero basta una palabra dicha a quien no se debe y darán con usted.

-¡Lo sé! -gritó Metcalf-. Pero llevo veinte años en este oficio. ¡Tiene que haber alguien en quien pueda confiar!

-Hablemos de ello, coronel. Olvídese del D.C. y venga a Nueva York. Tomaré una habitación en el Algonquin... En realidad, ya la tengo reservada.

-¿A qué nombre?

-¿A cuál va a ser? Marcus.

-Está usted en todo. La mujer lleva intentando hablar conmigo desde la una de esta madrugada.

-¿La esposa de Converse?

-Sí.

-La necesitamos. ¡Lo necesitamos a él!

-Reprogramaré la máquina. ¿El Algonquin?

-Eso es.

-¿Él es de Nueva York, verdad? Me refiero a que es neoyorkino.

-No sé qué significa eso, pero sí. Ha vivido aquí durante años.

-Espero que sea inteligente.., que sean inteligentes.

-Ninguno de los dos estaría vivo a estas alturas si no lo fuesen, coronel.

-Hasta dentro de unas horas, Stone.

Colgó el teléfono, con las manos temblándole y los ojos clavados en la botella de bourbon que había al otro lado de la habitación. ¡No! No habría tragos, lo había prometido. Se lo había prometido a sí mismo. Se levantó y fue hasta la cama, donde le esperaban las fauces abiertas de su pequeña maleta. La llenó, dejando la botella de whisky sobre la mesa, y salió camino de los ascensores.

Yo, Joel Harrison Converse, abogado admitido al ejercicio de su profesión ante los tribunales del Estado de Nueva York y empleado de la firma Talbot, Brooks y Simon, Quinta Avenida, 666, ciudad de Nueva York, llegué a Ginebra (Suiza) el 9 de agosto para asistir a unas reuniones por cuenta de nuestro cliente, la Comm Tech Corporation, con el fin de concluir una asociación en perspectiva a la que en adelante nos referiremos como la fusión Comm Tech-Bern. La mañana del 10 de agosto, aproximadamente a las ocho, se puso en contacto con-migo el abogado representante del grupo Bern, Avery Preston Halliday, de San Francisco (California). Por tratarse de un norteamericano recientemente contratado por las compañías suizas, accedí a reunirme con él para aclarar los puntos controvertidos y nuestra postura respecto a ellos. Al llegar al café del Quai du Mont-Blanc, reconocí en el señor Halliday a un estudiante e íntimo amigo a quien había conocido años atrás en la Taft School de Watertown (Connecticut). Entonces se llamaba Avery Fowler. El señor Halliday me lo confirmó, explicándome que había cambiado de apellido tras la muerte de su padre y el nuevo matrimonio de su madre con un tal John Halliday, de San Francisco. La explicación era aceptable, aunque no las circunstancias. El señor Halliday había tenido tiempo y oportunidades sobradas anteriormente para hacerme saber su identidad -la conocida para mí-, pero no lo hizo. Había un motivo. Esa mañana del 10 de agosto, el señor Halliday propició una reunión confidencial con el abajo firmante acerca de un asunto sin la menor relación con la fusión Comm Tech-Bern. Esa reunión era la razón principal de su estancia en Ginebra, y fue la primera de una serie de revelaciones preocupantes...

Si la muy característica y distante taquígrafa británica sentía algún interés por lo que estaba transcribiendo a trozos del dictado a la página mecanografiada, no daba la menor muestra de ello. Con los finos labios fruncidos y el pelo gris sujeto en un moño imponente en lo alto de la cabeza, trabajaba como una máquina, como si todo fuese parte de una rutina indiferente. La explicación de Valerie de que su marido era un novelista norteamericano intrigado por los recientes acontecimientos europeos fue recibida con una mirada fría y la información de que la secretaria en cuestión no veía nunca la televisión y apenas leía los periódicos. Pertenecía a la Sociedad Alpina Franco-italiana, cuya finalidad era defender las riquezas naturales que estaban siendo destruidas por el hombre, y el trabajo para la sociedad le ocupaba todo su tiempo y energías cuando no estaba ganándose la vida para poder permanecer en sus amadas montañas. En el trabajo era una autómata; uno podía dictarle el Génesis y Val dudaba de que aquella mujer supiese lo que estaba escribiendo.

Habían pasado ya siete horas y el teléfono de Alan Metcalf en Las Vegas seguía sin responder. Sólo un contestador automático. Era ya hora de hacer la octava llamada.

-Si no conseguimos hablar con él ahora -dijo sombríamente Converse, por encima del tranquilo teclear de la mecanógrafa al otro lado de la habitación-, llama a Prudhomme. Quería hablar primero con ese Metcalf, pero es posible que... Tal vez no haya modo.

-¿Qué importa eso? Necesitas ayuda rápidamente y él está dispuesto a ayudarte.

-La diferencia es que yo sé de dónde procede Prudhomme, tú me lo has dicho; tengo una idea de lo que puede y no puede hacer, pero en cambio de Metcalf no sé nada, salvo la prioridad que le concedía Sam. Al que llame primero tengo que decirle cosas concretas, acusaciones y consideraciones que lo van a dejar sin respiración. Es algo muy comprometido, Val, y tengo que ir con el mayor... Prueba primero con Metcalf.

Joel fue al teléfono del baño mientras Valerie marcaba el prefijo internacional de Las Vegas.

-Mensaje recibido. Por favor, vuelva a identificarse dos veces seguidas y después cuente despacio hasta diez. No se retire.

Joel dejó el teléfono en el borde del lavabo y salió corriendo al dormitorio-sala de estar. Se acercó a Val con la mano levantada, mientras buscaba un lápiz en la mesa, con el que escribió: «Adelante. Tranquila. P.S.E.»

-Habla miss Parquette-dijo Valerie, arrugando la frente, desconcertada-. Habla miss Parquette. Uno, dos, tres, cuatro... Converse volvió al cuarto de baño, cogió el teléfono y escuchó. -...ocho, nueve, diez.

Silencio. Al fin sonaron dos clics bruscos y volvió a oírse la voz metálica.

-Confirmado, gracias. Esta es la segunda cinta y será destruida por microondas al terminar. Escuche atentamente. Hay un lugar en una isla famosa por sus noches tribales. El rey estará en su silla. Eso es todo. Estamos consumiéndonos.

Joel colgó el teléfono y estudió las palabras apenas legibles que había garabateado a toda prisa con jabón en el espejo del lavabo. Se abrió la puerta y entró Valerie, con un trozo de papel en la mano.

-Lo anoté -dijo, dándoselo.

-Yo también, pero lo tuyo está mejor. ¡Demonios, un acertijo!

-No mayor que el que tú me diste. ¿Qué diablos significa «P.S.E.» ?

-Psychological Stress Evaluator -dijo Converse, apoyándose contra la pared para leer el mensaje de Metcalf. Miró a Valerie-. Es un escáner para voz que puedes conectar a un teléfono o a una grabadora y se supone que te dice si la persona con la que hablas está mintiendo. Larry Talbot lo usó algún tiempo, pero renunció porque decía que no había podido dar con nadie que dijese la verdad, ni siquiera su madre, que tiene noventa y dos años.

-¿Funciona?

-Dicen que es mucho más preciso que el detector de mentiras, y supongo que lo es si uno sabe cómo utilizarlo. En tu caso funcionó. Tu voz fue comparada con las otras llamadas que habías hecho, lo que significa que ese Metcalf se lo tiene montado por todo lo alto. Ese escáner puso en marcha la segunda cinta, y todo ello a distancia, desde otro teléfono, pues de lo contrario hubiese respondido personalmente una vez que habías pasado la prueba.

-Pero si la pasé, ¿por qué el jeroglífico? ¿Por qué una isla con noches tribales?

-Porque cualquier máquina de ese tipo puede fallar. Por eso no son admisibles ante los tribunales. Hace años le aplicaron a Willie Sutton un detector de mentiras y, a juzgar por el resultado, nunca había entrado ni en una ducha, y no digamos en el Chase Manhattan. Metcalf estaba dispuesto a correr un riesgo, pero no hasta ese punto. También él se esconde.

Converse volvió a enfrascarse en lo escrito por Val.

-Una isla -dijo Val en voz baja, leyendo en el espejo-. Tribus... Las tribus caribes estaban por todas las Antillas. 0 Jamaica... Noches tribales, rituales de hechicería, ritos del vudú en Haití. Incluso en las Bahamas los indios lucayas tenían ritos de la pubertad. Todos los tenían.

-Me dejas de una pieza -dijo Joel, apartando la vista del papel-. ¿Cómo sabes todo eso?

-Los cursos de arte. Esos detalles que no quieres admitir que forman parte de la obra visual de una cultura. Pero encaja. Es demasiado vago.

-¿Por qué? Podría ser algún sitio en el Caribe, algún centro turístico muy anunciado. El rey es un emperador y eso tiene que significar Delavane; Mad Marcus, como en Aurelius. ¡Tiene que ser Marcus! Nadie se llama Aurelius... Todos esos anuncios de la televisión y de los periódicos, fotos de gente bailando el limbo bajo antorchas, con negros disfrazados que sonríen felices mientras cuentan los dólares. ¿Cuál de ellos?

-Demasiado vago -repitió Val-, demasiado abstracto. Bloques y formas geométricas carentes de detalles. No hay imágenes representativas.

-¿De qué diablos estás hablando ahora?

-Es demasiado amplio, Joel; hay demasiados sitios donde escoger, lugares de los que puedes no haber ni oído hablar. Tiene que ser algo más cercano, más familiar para ti o para mí; algo que podamos reconocer, lleno de detalles concretos, como un cuadro de Bruegel o de Vermeer.

-Tienen nombre de dentista.

Valerie le cogió el papel.

-Manhattan es una isla -dijo leyendo volviendo a fruncir el entrecejo.

-Si hay antorchas y ritos tribales de la pubertad, no es mi barrio.

-No ritos tribales, sino nights tribales-corrigió Val-. Tribus... ¿no de negros sino de rojos? «El rey estará en su silla...» Silla... mesa. Su mesa. Noches... ¡Nightss! ¡Ahí está el error, en knights.

-¿Qué otra lectura tiene?

-¡No es nights sino knights, con k, caballeros!

-Y una mesa. Los caballeros de la Mesa Redonda, de la Tabla Redonda.

-Pero no la leyenda del rey Arturo, no Camelot. Algo mucho más cercano, más íntimo. Tribus... de nativos americanos, de indios americanos.

-Algonquinos. ¡La Mesa Redonda!

-¡El hotel Algonquin! ¡Eso es, a eso se refería!

-Lo sabremos dentro de unos minutos. Vete y haz la llamada. La espera fue a la vez insoportable e interminable. Converse se veía la cara en el espejo. Empezaba a cubrírsele de

sudor, y la sal le punzaba en las cicatrices y le quemaba los ojos. Pero aún era más significativo el temblor de su mano y lo alterado de su respiración. Contestó la centralita del Algonquin y Val preguntó por un tal señor Marcus. Hubo un silencio, y cuando volvió a hablar la telefonista a Joel le dieron ganas de estrellar el teléfono contra el espejo.

-Hay dos Marcus registrados, señora. ¿Con cuál de ellos quiere hablar?

-¡Empezamos bien el día! -estalló de pronto Val, sobresaltando a Converse-. El payaso de mi jefe me dijo que llamase al señor Marcus al Algonquin y lo citase para almorzar. Ahora él ha desaparecido, se ha ido fuera a no sé qué reunión, y me ha dejado con el cirio. Lo siento; no quería descargar contigo.

-No te preocupes, querida; tenemos mucho de eso por aquí. -Quizá tú puedas ayudarme. ¿Qué Marcus son ésos? Tal vez pueda reconocer el nombre de pila o la compañía.

-A ver. Espera que le dé a la tecla. Cuando se trata de los caciques tenemos que unirnos... Muy bien; aquí están. Marcus, Myron. Reproducciones Originates Sugarman, Los Angeles. Y Marcus, Peter... Esto no va a servir de mucho, querida. Sólo dice Georgetown, Washington, D.C.

-Ese es; Peter. Estoy segura. Gracias, querida.

-Me alegro de haber podido ayudarte. Ahora le llamo.

Con el New York Times doblado sobre la rodilla, Stone escribió las últimas dos palabras del crucigrama y consultó su reloj. Le había llevado nueve minutos, nueve minutos de alivio; ojalá hubiera sido más largo. Uno de los placeres de haber sido jefe de destacamento en Londres era el crucigrama del Times. Podía contar siempre con al menos una media hora de olvido de sus problemas mientras buscaba palabras y significados.

Sonó el teléfono. Stone lo miró mientras se le aceleraba el pulso y sentía de pronto seca la garganta. Nadie sabía que se había registrado en el Algonquin bajo el nombre de Marcus. ¡Nadie!... Si, había alguien, pero estaba en el aire, volando desde Knoxville, en Tennesse. ¿Qué había salido mal? ¿O se habría equivocado con Metcalf? ¿Era el supuesto oficial de inteligencia de las Fuerzas Aéreas, mal-humorado y sermoneador, uno de ellos? ¿Le habrían abandonado sus instintos, aguzados a lo largo de un millar de años de revolver en la basura, cuando buscaba tan desesperadamente una grieta, una salida de la red de acero que iba cayendo sobre él? Se levantó y fue despacio, lleno de temor, hasta la mesilla de noche. Descolgó el teléfono, que seguía repiqueteando insistentemente.

-¿Si?

-¿Alan Metcalf? -dijo la voz firme y suave de una mujer.

-¿Quién?

A Stone le hizo tal efecto el nombre que apenas podía concentrarse, pensar.

-Perdone, me han puesto con otra habitación.

-¡Espere! No cuelgue. Metcalf está en camino hacia aquí.

-Lo siento.

-¡Por favor! ¡Por favor!! Me cogió cansado, dormido. Hemos estado en pie noche y día... Metcalf. Hablé con él hace dos horas. Me dijo que iba a reprogramar el contestador, que alguien estaba intentando hablar con él desde la una de esta madrugada. Tiene que salir de allí. Mataron a un hombre, un piloto. ¡No fue un accidente! ¿Comprende de qué le hablo?

-¿Por qué habría de hablar con usted? -preguntó la mujer-. ¿De modo que puede localizar la llamada?

-Escúcheme -dijo Stone, ya con la voz totalmente dominada-. Aun cuando quisiera, que no quiero, esto es un hotel, no una línea particular, y hacer lo que usted sugiere exigiría al menos tres hombres en las líneas interurbanas y otro controlando la centralita. E incluso con

toda esa gente pasarían al menos cuatro minutos antes de que pudiesen aislar el cable y enviar una señal trazadora, que inicialmente sólo nos daría una localización de la zona, no un teléfono concreto. Y si usted estuviese llamando desde ultramar tendríamos que tener a otro hombre, un experto, en ese lugar concreto para reducirlo a quizá un radio de veinte millas, pero sólo si usted permanecía en su teléfono durante un mínimo de seis minutos... Y ahora, por amor de Dios, ¡concédame al menos dos!

-Adelante. ¡Rápido!

-Voy a dar por supuesto algo. Tal vez no debería, pero es usted una mujer inteligente, señora De Pinna, y podría hacerlo.

-¿De Pinna?

-Si. Dejó usted una guía abierta por las páginas azules, las de los centros oficiales. Cuando ocurrió el accidente de Nevada, llamé a uno de los que figuraban allí y hace dos horas supe que había acertado. Metcalf contestó a mi llamada, desde un teléfono público de un aeropuerto. Un piloto, un general, había hablado largo y tendido con él. Se ha unido a nosotros. Huyó usted de quien no debía, señora De Pinna. Pero si es cierto lo que estoy pensando, creo que el hombre al que queremos encontrar está escuchando esta conversación.

-¡Aquí no hay nadie más!

-Por favor, no me interrumpa; tenemos que aprovechar cada segundo. -La voz de Stone se hizo de pronto más fuerte-. Leifhelm, Bertholdier, Van Headmer, Abrahms, y un quinto hombre al que no logramos identificar, un inglés tan infiltrado que a su lado Burgess, MacLean y Blunt parecen aficionados. No sabemos quién es, pero ahí está, utilizando depósitos en Irlanda, cargueros de altura v aeródromos largo tiempo olvidados para transportar materiales que no deberían moverse de su sitio. ¡Esos dossiers procedían de nosotros, Converse! ¡Fuimos nosotros quienes se los mandamos! Usted es abogado, y sabe que al utilizar su nombre estoy incriminándome, o cometiendo un suicidio si alguien está grabando esto. Iré aún más lejos. Nosotros lo enviamos a través de Preston Halliday, en Ginebra. Lo enviamos a montar una acusación desde fuera para poder abortar esto con un mínimo de consecuencias, haciendo que todos esos idiotas volviesen a la realidad. ¡Pero estábamos equivocados! La cosa había llegado mucho más adelante de lo que nunca sospechamos, nosotros, no Beale el de Mikonos. Tenía toda la razón, y por tenerla ha muerto. A propósito: él era el «hombre de San Francisco». Los quinientos mil dólares eran suyos; procedían de una familia rica que, entre otras cosas, le legó una conciencia. Piense en Mikonos, en lo que él le dijo, en lo que fue su vida, de famoso soldado a profesor... y a autor de una muerte que debía matar también muchas cosas en él.. Dijo que estuvo usted a punto de hacerle decir un par de cosas que no quería; que era usted un buen abogado, una buena elección. Preston Halliday había sido alumno suyo en Berkeley, y cuando estalló esto hace año y medio, cuando Halliday se dio cuenta de lo que estaban haciendo Delavane y cómo estaba utilizándolo, acudió a Beale, que estaba a punto de retirarse. El resto puede figurárselo.

-Diga lo que necesito oírle decir. ¡Dígalo! -interrumpió la voz de la mujer.

-¡Pues claro que lo diré! Converse no mató a Peregrine ni al comandante de la OTAN. Ambos estaban marcados por Delavane, por George Marcus Delavane, porque esos dos hombres les hubiesen puesto a él y a todos los de su calaña contra la lona. Eran blancos necesarios, muy necesarios. No sé los otros, no sé lo que ha pasado usted, pero nosotros hicimos cantar a un mentiroso en Bad Godesberg, el comandante de la Embajada que dijo que usted, Converse, estaba en el puente Adenauer. El no lo sabe, pero le hicimos cantar, y nos enteramos de algo: creemos saber dónde está Connal Fitzpatrick. ¡Creemos que está vivo!

Intervino una voz masculina.

-Son ustedes unos bastardos -dijo Joel Converse.

-¡Gracias a Dios! -suspiró Stone, sentándose en la cama del hotel-. Ahora podemos hablar, tenemos que hablar. Dígame cuanto pueda. Este teléfono está limpio.

Peter Stone colgó veinte minutos más tarde. Le temblaban las manos.

36

El general Jacques-Louis Bertholdier cesó en sus frenéticos movimientos pelvianos, se retiró de la mujer morena que gemía debajo de él, se echó a un lado y cogió el teléfono.

-¿Sí? -gritó furioso, y después escuchó, mientras su cara encendida iba volviéndose color ceniza y el órgano se le arrugaba-. ¿Dónde ha sido? -susurró, con un súbito temor en la voz-. ¿En el bulevar Raspail?¿De qué lo acusan?... ¿Drogas? ¡Imposible!

El general echó las piernas al suelo escuchando atentamente, concentrándose mientras miraba a la pared. La mujer desnuda se puso de rodillas y se inclinó sobre él, con los pechos apretados contra su espalda, la boca abierta acariciándole la oreja, los dientes mordiéndole suavemente el lóbulo.

De pronto Bertholdier echó el brazo atrás y estrelló el teléfono en la cara de la mujer, mandándola al otro lado de la cama mientras le brotaba la sangre del labio inferior partido.

-Repite eso, por favor. Entonces es obvio, ¿no? No deben volver a interrogar a ese hombre. Siempre se puede tener en cuenta la estrategia en su conjunto, anticipar las pérdidas en el campo de batalla. Me temo que es otra vez problema del hospital. Ocúpate de ello, como el buen oficial que eres. La pérdida para la Legión fue una ganancia enorme para nosotros. ¿Cómo? ¿Que el funcionario que lo detuvo fue Prudhomme? -Bertholdier hizo una pausa y se le oyó respirar fuerte; después habló, transmitiendo una decisión del mando- Un burócrata obstinado de la Súreté no va a ceder... Es tu segunda misión, a llevar a cabo con tu pericia habitual antes de que acabe el día. Llámame cuando estén cumplidas ambas y considérate el ayudante del general Jacques-Louis Bertholdier.

El general colgó y se volvió hacia la mujer morena, que estaba enjugándose los labios con la sábana y tenía en los ojos una expresión mezcla de rabia, desconcierto y temor.

-Perdona, querida -dijo cortésmente-, pero ahora debes marcharte. Tengo que hacer llamadas, que atender asuntos...

-¡No pienso volver! -exclamó desafiante la mujer.

-Vaya si volverás -dijo la leyenda de Francia poniéndose en pie, con el cuerpo rígido en su desnudez-. Cuando yo te lo mande.

Erich Leifhelm entró a toda prisa en su despacho y fue directamente a la gran mesa, donde tomó el teléfono de manos de un sirviente de chaqueta blanca, al que despidió con un gesto. Apenas se cerró la puerta, habló.

-¿Qué ocurre?

-Encontraron al coche de la Geyner, herr general.

-¿Dónde?

-En Appenweier.

-¿Y eso qué es?

-Un pueblo que está a unos dieciséis o dieciocho kilómetros de Kehl, en Alsacia.

-¡Estrasburgo! ¡Pasó a Francia! ¡Era el clérigo!

-No comprendo, herr...

-¡Nunca pensamos...! ¡No importa! ¿A quién tiene en el sector?

-Sólo hay un hombre, el de la policía.

Librodot

-¡Dígale que contrate a otros! ¡Mándelos a Estrasburgo! ¡Busquen a un sacerdote!

-¡Fuera de aquí! -rugió Chaim Abrahms al ver entrar a su mujer en la cocina-. ¡Este no es sitio para ti ahora!

-Las Escrituras dicen otra cosa, marido mío... aunque no mi marido -dijo la frágil mujer vestida de negro. Un círculo de suave pelo blanco enmarcaba unos rasgos agradables y sus ojos castaños eran espejos oscuros y lejanos-. ¿Vas a negar esa Biblia que tanto usas cuando te conviene? No todo son truenos y venganza. ¿Necesitas que te la lea?

-¡No leas nada ni digas nada! ¡Estos son asuntos de hombres!

-¿De hombres que matan? ¿De hombres que utilizan el salvajismo primitivo de las Escrituras para justificar el derramamiento de la sangre de los hijos, de la sangre de mi hijo? Me pregunto lo que hubiesen dicho las madres de Masada si les hubiesen permitido hablar... Pues bien, ahora hablo yo, general. No seguirás matando. No utilizarás esta casa para mover tus ejércitos mortíferos, para urdir tus tácticas mortíferas, tus sagradas tácticas de siempre, Chaim, tu sagrada venganza.

Abrahms se levantó despacio de la silla.

-¿De qué estás hablando?

-¿Crees que no os he oído? Llamadas telefónicas en medio de la noche, llamadas de hombres que sueñan como tú, que hablan de matar con la misma facilidad...

-¡Has escuchado!

-Varias veces. Respirabas tan fuerte que no oías más que tu propia voz, tus órdenes para matar. Sea lo que sea lo que estáis haciendo ahora, se hará sin ti, marido mío... aunque no mi marido. Se acabó para ti el matar. Perdió su fin hace años, pero tú no podías dejarlo, y a fuerza de inventar razones perdiste la razón.

La mujer del sabra sacó la mano derecha de los pliegues de su vestido negro. Empuñaba la automática reglamentaria de Abrahms. El soldado golpeó la funda, incrédulo, y después se arrojó sobre la mujer con la que había vivido durante treinta y ocho años y le agarró la muñeca, retorciéndosela. ¡No pensaba ceder! Se resistía, arañándole la cara mientras él la estrellaba contra la pared y le retorcía la mano intentando desarmarla.

El ruido de la explosión llenó la cocina, y la mujer que le había dado cuatro hijos, el último al fin un varón, cayó al suelo a sus pies. Chaim Abrahms la contempló horrorizado. Tenía los ojos castaño oscuro muy abiertos, el negro vestido empapado en sangre, la mitad del pecho destrozada.

Sonó el teléfono. Abrahms corrió a la pared y lo cogió, gritando:

-¡Los hijos de Abraham no serán despojados! ¡Habrá un baño de sangre! ¡Tendremos la tierra que Dios nos entregó! ¡Judea, Samaria... son nuestras!

-¡Deja eso! -rugió la voz al otro lado de la línea-. ¡Deja eso, judío!

-¡Quien me llama judío me llama justo! -aulló Chaim Abrahms con las lágrimas cayéndole por la cara, mientras contemplaba a la muerta de los grandes ojos castaño-. ¡He sacrificado con Abraham! ¡Nadie puede pedirme más!

-¡Yo pido más! -sonó el maullido del gato-. ¡Yo pido siempre más!

-¿Marcus? -susurró el sabra, cerrando los ojos y dejándose caer contra la pared, apartando la vista del cadáver-. ¿Eres tú, mi jefe, mi conciencia? ¿Eres tú?

-Soy yo, Chaim, amigo mío. Tenemos que actuar rápidamente. ¿Están las unidades en su sitio?

-Si. En Scharhórn. Doce, bien entrenadas y preparadas. La muerte no es obstáculo.

-Eso es lo que necesitaba saber.

-Esperan tus consignas, mi general.

Abrahms abrió la boca y empezó a llorar sin poder evitarlo.

-¿Qué ocurre, Chaim? ¡Domínate!

-Está muerta. ¡Mi mujer está muerta a mis pies!

-¡Dios mío! ¡Qué ha pasado!

-Oía nuestras conversaciones... Trató de matarme. Luchamos y ahora está muerta.

-Es una pérdida terrible, mi querido amigo. Recibe mi afecto más profundo en tu aflicción.

-Gracias, Marcus.

-Sabes lo que debes hacer, Chaim.

-Si, Marcus. Lo sé.

Llamaron a la puerta. Stone se levantó y cogió torpemente la pistola de encima de la mesa. En tantos años de revolver basura sólo había disparado un arma una vez. Le había volado un pie a un informador de la KGB en Estambul por la sencilla razón de que a ese hombre lo habían hecho hablar estando borracho y ahora se le venía encima cuchillo en mano. Con ese único incidente le bastaba. No le gustaban las armas.

-¿Si? -inquirió, con la automática al costado.

-Aurelius -dijo una voz detrás de la puerta. Stone abrió y saludó a su visitante.

-¿Metcalf?

-Si. ¿Stone?

-Pase. Y creo que sería mejor que cambiásemos la consigna. -Supongo que yo podría utilizar «Aquitania» -dijo el oficial de inteligencia, entrando en la habitación.

-No sé por qué, preferiría que no lo hiciese.

-No sé por qué, no creo que lo haga. ¿Tiene café?

-Algo habrá. Parece usted agotado.

-He tenido mejor aspecto en una playa de Hawai -dijo el esbelto y musculado aviador. Llevaba pantalones de verano y chaqueta blanca, y su fino rostro hacía juego con el pelo castaño, corto y ya escaso. Oscuras ojeras sobresalían bajo sus ojos claros, llenos de autoridad-. Salí de Las Vegas a las nueve de la mañana de ayer camino de Halloran, y desde allí empecé una serie, de vuelos a campo traviesa que ni una computadora podría seguir, saltando de un aeropuerto a otro bajo más nombres de los que puedo recordar.

-Es usted un hombre asustado.

-Si usted no lo está es que no estoy hablando con quien pensaba.

-No sólo estoy asustado, coronel, sino que me he quedado de piedra.-Stone fue al teléfono, pidió café y antes de colgar se volvió a Metcalf-. ¿Quiere beber algo?

-Me gustaría. Canadiense con hielo, por favor.

-Le envidio.

Stone hizo el encargo y ambos hombres se sentaron. Durante unos momentos sólo rompieron el silencio los ruidos de la calle. Se miraban, sin ocultar el hecho de que cada cual estaba sopesando en silencio al otro.

-Usted sabe quién y lo que soy -dijo el coronel-. ¿Quién es usted? ¿Y qué?

-CIA. Veintinueve años. Jefe de destacamento en Londres, Atenas, Estambul y lugares al este y al norte. Antiguo discípulo de Angleton y coordinador de operaciones clandestinas hasta que me echaron. ¿Algo más?

-No.

-No sé qué le hizo a su contestador, pero lo hizo bien. Llamó la mujer de Converse.

Metcalf se echó hacia adelante en su asiento.

-¿ Y?

-Estuvimos jugando un rato al escondite; yo no estaba en mi mejor momento; pero al final se puso él o debería decir que al fin habló, porque había estado allí todo el tiempo.

-Su mal momento no debió ser tan malo.

-No resulto difícil; sólo quería oír la verdad.

-¿Dónde está él? ¿Dónde están?

-En los Alpes. Es lo único que dijo...

-¡Maldita sea!

-...por ahora-completo Stone--. Antes quiere algo de mí.

-¿Qué?

-Declaraciones juradas.

-¿Qué?

-Lo que ha oído. Declaraciones juradas mías y de la gente con la que trabajo, bueno, para la que trabajo, diciendo lo que sabemos y lo que hemos hecho.

-Está decidido a colgarlos, y no le culpo.

-Eso forma parte del juego, y tampoco yo le culpo; pero dice que es algo secundario y lo creo. Quiere a Aquitania. Quiere ver a Delavane y su banda de maníacos crucificados antes de que la cosa estalle, de que empiece la matanza.

-Así lo creía Sam Abbott. Matanzas, asesinatos múltiples aquí y por toda Europa, como el modo más rápido y seguro de provocar un caos internacional.

-Se lo dijo la mujer.

-No, lo dedujo de lo que le había dicho a ella su ex marido. Converse no había comprendido el sentido de esas palabras.

-Ahora lo comprende. ¿Dije antes que me había quedado de piedra? Haría falta una frase más fuerte.

-Si la hay, sirve para los dos, porque los dos sabemos lo fácil que sería. No estamos tratando con locos de cabeza de serrín ni siquiera con terroristas corrientes y molientes. Tenemos ya una experiencia de treinta años y el noventa por ciento de ellos están en nuestras computadoras. Cuando se disparan las señales, sabemos dónde están y casi siempre podemos pararlos. Pero ahora se trata de los profesionales más duros de nuestras filas y las de nuestros aliados, también con años de experiencia. Están en el Pentágono y en las bases del Ejército y la Marina... y en una base de las Fuerzas Aéreas en Nevada. Abre uno la boca y no sabe con quién está hablando, quién va a cargárselo o a programar su avión para que estalle en pleno vuelo. ¿Cómo podemos detener algo que somos incapaces de ver?

-Tal vez a la manera de Converse.

-¿Con declaraciones juradas?

-Es posible. A propósito, quiere una de usted. Su reunión con Abbott, todo lo que él le dijo, así como su valoración de su capacidad mental y su estabilidad. Eso significa que tendrá que quedarse aquí esta noche. Hace media hora reservé otras tres habitaciones; les dije que ya daría los nombres en recepción más tarde.

-¿Le importaría responderme a una pregunta? ¿De qué diablos van a servir esas declaraciones? Nos enfrentamos a un ejército, no sabemos de qué proporciones ni con qué despliegue, pero un ejército. Como mínimo un par de batallones, aquí y en Europa. Oficiales profesionales entrenados para cumplir órdenes, y que creen en esas órdenes y en los generales que las dan. Declaraciones... ¡Por el amor de Dios! ¿Tenemos tiempo para esos juegos?

-No está pensando nada que no haya pensado yo también, coronel. Pero ni usted ni yo somos abogados. Converse lo es, y tuve una larga conversación con él. Está tomando la única vía que conoce, la legal. Por extraño que parezca, para eso le confiamos su misión.

-Dígame algo; necesito una respuesta, Stone -dijo fríamente Metcalf.

-Protección. Lo que necesita Converse es protección inmediata y que a todos nosotros nos tomen en serio, no como a psicópatas, chiflados o personas con aberraciones mentales... Creo que ésas fue-ron sus palabras.

-¿No son estupendas? Pero ¿qué quiere decir con eso? ¿Cómo?

-Con documentos en regla. Hombres responsables que dicen lo que saben y, en el caso de las declaraciones, mediante los debidos interrogatorios. A través de los tribunales, coronel; de un tribunal; sólo hace falta uno, un único juez. Basándose en las declaraciones juradas, se hace una petición al tribunal, a un solo tribunal, a un único juez, que concede protección bajo secreto.

-¿Bajo qué?

-Bajo secreto. Es totalmente confidencial; nada de prensa ni de divulgar la información; simplemente una orden del tribunal a las autoridades más adecuadas para cumplirla. En este caso, a todas las ramas del Servicio Secreto, a quienes el tribunal manda prestar un servicio extraordinario.

-¿Extraordinario? ¿A quién?

-Al presidente, el vicepresidente, el presidente dé la Cámara, los secretarios de Defensa y de Estado y así sucesivamente. La ley, coronel. Eso es lo que puede hacer la ley. Creo que fueron también sus palabras.

-¡Jesús!

Llamaron a la puerta. Esta vez Stone disimuló su automática bajo el New York Times. Se levantó y abrió a un camarero que empujaba una mesa de ruedas en la que había una cafetera, dos tazas, un botella de whisky canadiense, hielo y vasos. Firmó la nota y el hombre se fue.

-¿Empieza por el café o por el whisky? -preguntó Stone. -Un trago, por favor.

-Le envidio.

-¿No va a acompañarme?

-Lo siento, no puedo. Sólo me permito uno por la noche; entonces le acompañaré. Usted vive en Las Vegas, de modo que lo comprenderá. Estoy tratando de ganar con malas cartas, coronel. Me expulsaron, ¿lo recuerda?

Stone trajo su whisky al oficial de las Fuerzas Aéreas y se sentó. -No se puede ganar con la suerte en contra, ¿no sabe eso?

-Lo he hecho varias veces. Sigo aquí.

-Los tribunales -dijo Metcalf, sacudiendo la cabeza-. ¡Un tribunal! Es el último recurso. Converse está utilizando la ley para eludir a la gente del gobierno con la que debería hablar, pero en la que no puede confiar. ¿Funcionará eso?

-Permite ganar tiempo, quizá unos días; es difícil saberlo. El «bajo secreto» no dura más que eso. La ley también exige luz y taquígrafos. Pero lo importante es que hace más estricta, por vías legales, la seguridad en torno a los posibles blancos, abortando así cualesquiera tácticas que Aquitania esté montando y obligando a los generales a reagruparse y pensarlo de nuevo. También eso es ganar tiempo.

-Pero eso es sólo aquí, en Estados Unidos.

-Si. Para eso necesita el tiempo Converse.

-¿Para qué?

Librodot

-No me lo dirá, y no estoy en situación de exigir.

-Comprendo-dijo el coronel, llevándose el vaso a los labios-. Dijo usted tres habitaciones. ¿Quiénes son los otros?

-Los conocerá, y no van a gustarle. Son dos chicos que se metieron en esto junto a algunos otros que no conozco, ni nos van a decir quiénes son. Después de que Halliday hablase con ellos, o con uno de ellos, proporcionaron los dossiers para Converse. Son jóvenes, pero buena gente, coronel. Si alguna vez tuviese un hijo, me gustaría pensar que va a ser como ellos.

-Yo tengo uno y espero que lo sea -dijo Metcalf-. ¿Qué va a pasar ahora?

Stone se sentó muy tieso y habló lentamente, con voz monótona. Estaba repitiendo instrucciones que no eran de su cosecha, y aún menos de su agrado.

-Esta tarde a las tres voy a telefonear a un abogado llamado Simon, Nathan Simon, uno de los socios senior de la firma de Converse aquí en Nueva York. Es de suponer que para entonces la mujer de Converse ya habrá hablado con él, diciéndole que espere una llamada mía y que haga, por favor, lo que le pida, cosa que al parecer creen que hará. Para recibir instrucciones sobre ello, Simon vendrá aquí, al hotel, acompañado de una taquígrafa y tomará nuestras declaraciones, junto con nuestras credenciales, grado y responsabilidades actuales. Estará el tiempo que haga falta.

-Tenía usted razón en lo que me dijo por teléfono-le interrumpió el militar-. Somos hombres muertos.

-Eso le dije yo a Converse, y él me preguntó qué se sentía. Naturalmente, hablaba con conocimiento de causa.

-Se la tiene jurada a todos ustedes.

-Pero no a usted -dijo Stone-. Le gustaría tener su testimonio y, por extensión, el de Abbott, pero no insistirá en ello. Sabe que no puede pedirle que se meta en esto.

-Me metí cuando cayó ese avión. Pero hay algo más. Si no podemos parar a Delavane y sus generales, ¿qué les queda a las personas como nosotros? ¿No le dijo Converse lo que iba a hacer?

-No sobre lo que el llama la cuenta atrás, pero si lo de mañana. Va a mandar su declaración, y espera otra de un hombre de la Súreté que tiene información que demuestra que la mayoría de los informes oficiales procedentes de París son mentira... Todavía no estamos muertos, coronel. Converse dejó bien en claro que Nathan Simon es el mejor abogado que podemos tener... siempre que nos crea.

-¿Qué puede hacer un abogado?

-Eso mismo le pregunté a Converse, y me dio una respuesta extraña. Dijo: «Puede utilizar el Derecho, porque el Derecho no son los hombres, sino las leyes.»

-No entiendo nada -dijo Metcalf, irritado-. No me refiero al sentido, sino a qué aplicación tiene ahora, ¡precisamente ahora! Aunque, ¿qué importancia tiene eso, tenemos nosotros? Una vez que empiecen a hablar esas armas y caigan los hombres en Washington y en Londres, en París y en Bonn, donde sea, se harán con los controles y resultarán ya imparables. Lo sé porque sé el tiempo que lleva mucha gente deseando que alguien lo haga. Detener la carnicería, hacer que todo sea seguro, mear a los soviets. ¡Si hasta hubo veces en que también yo pensé así!

-Estábamos equivocados.

-Lo sé. Por eso estoy aquí. Metcalf bebió y sostuvo el vaso frío contra el calor de su mejilla.

-No dejo de pensar en lo que dijo Sam. Me dijo: «Tiene que haber una lista; la lista original de todos los que forman parte de la tal Aquitania.» Descartaba todos los sitios obvios.

No está en una cámara acorazada, ni escrita en papel. Probablemente estará programada electrónicamente, para ser proyectada mediante la clave adecuada, como hacían con sus tácticas aéreas en la pantalla de la cabina de un reactor. Debe ser algún sitio en el que a nadie se le ocurriría pensar, lejos de cuanto huela a oficial o tenga que ver aunque sea remotamente con alguien militar. «Una lista. ¡Tiene que haber una lista!», repetía. Para ser piloto, tenía una tremenda imaginación. Supongo que por eso era tan bueno en esas maniobras a cuarenta mil pies. Sal del sol donde menos te esperan, o de un horizonte oscuro donde el radar no puede captarte. Se lo sabía todo. Era un genio de la táctica.

Mientras hablaba Metcalf, Stone se había echado adelante en su asiento, mirando intensamente al oficial de las Fuerzas Aéreas y bebiendo sus palabras.

-Scharhórn -dijo con apenas un susurro-. ¡Es Scharhorn!

El bimotor Riems 406 circundó el aeródromo privado de Saint-Gervais, 24 kilómetros al este de Chamonix, mientras las luces ámbar de las dos pistas de rociadura arrojaban un resplandor anaranjado en el bajo cielo nocturno. Dentro, Prudhomme comprobó la correa de su cinturón de seguridad mientras a su izquierda el piloto recibía autorización para llevar a cabo su aproximación final a la pista norte-sur.

¡Mon Dieu, qué día tan increíble!, pensaba el hombre de la Súreté mientras contemplaba su mano derecha al resplandor del tablero de mandos. Por fortuna, las oscuras magulladuras de sus dedos eran menos visibles que la sangre que le había cubierto toda la mano hacía sólo unas horas. Su fallido ejecutor no se había molestado siquiera en ocultar su misión; tal era su arrogancia, adquirida sin duda en la Legión Extranjera. Y la sentencia de muerte había sido pronunciada dentro del mismo coche, en el extremo más lejano del aparcamiento del Bois de Boulogne. Aquel hombre le había telefoneado al despacho, y la verdad es que a Prudhome se le había metido en la cabeza que podía hacerlo, de modo que la sorpresa no fue tan grande, y desde luego le dio motivo para estar preparado. El tipo había pedido a su reciente superior que se reuniese con el en el Bois, en el aparcamiento, pues tenía noticias sorprendentes. Iba en su Peugeot oficial, y, dado que no podía apartarse del radioteléfono, ¿le importaría al inspector ir a reunirse con él? Por supuesto que no.

Pero no hubo tales noticias sorprendentes. Sólo preguntas, formuladas con una increíble arrogancia.

-¿Por qué hizo usted eso esta mañana?

-¿Afeitarme? ¿Ir al retrete? ¿Desayunar? ¿Despedirme de mi mujer con un beso? ¿A qué se refiere?

-¡Sabe muy bien a qué me refiero! ¡Antes! El hombre del bulevar Raspail. Se estrelló contra su coche. Puso drogas dentro. ¡Lo detuvo con falsedades!

-No me gustaba lo que estaba haciendo. Como tampoco me gusta esta conversación.

Prudhomme había alargado torpemente la mano izquierda buscando la manilla de la puerta, pues tenía la derecha ocupada en otros menesteres.

-¡Espere! -gritó su ex subordinado, agarrándolo por el hombro-. ¡Estaba protegiendo a esa mujer!

-Lea mi informe. Déjeme irme.

-¡Al infierno le voy a dejar ir! ¡Voy a matarlo por entrometido, burócrata de mierda!

El ex subordinado había sacado la pistola de la funda, pero lo hizo un poco tarde. Prudhomme disparó por dos veces el arma que empuñaba bajo la chaqueta. Desgraciadamente, era de pequeño calibre, y el ex coronel de la Legión un hombrazo. Se lanzó contra Prudhomme dentro del coche. Menos mal que el veterano de la Resistencia había vuelto a una vieja costumbre de tiempos de guerra, sólo por si acaso. Enhebrado a lo largo de

las solapas llevaba un largo alambre, con un lazo trenzado a cada extremo. Lo sacó y, pasándolo por encima de la cabeza del aspirante a verdugo, con las muñecas cruzadas, lo tensó violentamente hasta que estalló la carne en torno a la garganta y la sangre le empapó las manos.

-Tenemos permiso para aterrizar, inspector -dijo el piloto, sonriente-. ¡Si lo cuento, no me lo cree nadie! Por supuesto, no tengo intención de decir nada. ¡Lo juro sobre la tumba de mi madre!

-Que probablemente estará bebiendo aguardiente en Montmartre en este momento -exclamó secamente Prudhomme-. No digas nada y puedes seguir otros seis meses metiendo tabaco de Malta.

-¡Por Dios! Nunca más, inspector. ¡Soy padre!

-Muy digno de elogio. Seis meses y después lo dejas, ¿entendido?

-¡Lo juro sobre la tumba de mi padre!

-Que está vivito y en la cárcel; saldrá dentro de sesenta días. Dile que deje ya de jugar con sus prensas. En la Seguridad Social inspeccionan en serio.

Joel y Valerie escucharon en silencio mientras el hombre de la Súreté contaba su historia. Ya había terminado; no quedaba nada más que decir. La Interpol había sido mediatizada, la policía de distrito manipulada, la propia Súreté corrompida y los comunicados oficiales del gobierno redactados basándose en mentiras. ¿Por qué?

-Voy a decírselo porque necesito su ayuda, mucha más ayuda -dijo Converse, levantándose y yendo hacia la mesa, donde, en el centro del secante verde, estaban las hojas mecanografiadas de su declaración-. 0 mejor, léalo usted mismo, pero me temo que va a tener que ser aquí. Por la mañana tendré copias; hasta entonces no quiero que salga de esta habitación. A propósito, Val le consiguió una reserva, una habitación individual. No me pregunte cómo, pero mañana algún empleado de ahí abajo tendrá un nuevo guardarropa, o a lo mejor casa nueva.

-Merci, madame.

-El nombre es French -añadió Joel.

-Sí.

-No, lo que digo es que el nombre es French.

-Oui.

-No, lo que quiero decir es...

-Pardon, monsieur -interrumpió Valerie-. Le nom sur le registre est «Monsieur French», pero «French» como en inglés... French, Arthur French.

-Pero tendré que firmar, que hablar. Seguramente se darán cuenta.

-No va a firmar ni a decir nada -le explicó Val, tomando una Llave de la mesilla de noche y dándosela a Prudhomme-. La habitación está pagada por... tres días, para ser precisa. Después, y antes si es posible, si accede a ayudarnos, los tres estaremos en otro sitio.

-Formidable. Voy a leer eso.

-Mon ami, mon époux, es un abogado excepcional.

-Je comprends.

-Tiene unas cuarenta páginas -dijo Converse, dando los papeles a Prudhomme-. Empaparse de ello le llevará lo menos una hora. Bajaremos a comer algo y le dejaremos solo.

-Bien. Hay muchas cosas que deseo saber.

Librodot

-¿Y qué pasa con usted? -preguntó Joel, de pie junto al francés-. Me refiero a ahora. Encontrarán ese cadáver en el coche.

-Sin duda. Lo dejé donde estaba con ese cerdo de la Legión dentro. Pero para la Súreté no tendrá la menor relación conmigo.

-¿Huellas digitales? ¿El hecho de que no estuviese usted en su despacho?

-Otra vieja costumbre de la guerra -dijo el hombre de la Súreté, buscando en el bolsillo. Sacó un par de guantes cauchutados extremadamente finos, guantes de cirujano-. Los lavé en el Bois. Las fuerzas de ocupación alemanas tenían nuestras huellas en toda clase de ficheros. No era cosa de andar jugándose el cuello. En cuanto a mi ausencia de mi despacho, no hay problema. Expliqué a un ayudante que estaría varios días en Calais para una investigación sobre contrabando y que les telefonearía. Mis años autorizan una cierta flexibilidad.

-Eso en cuanto a la Súreté, no a los otros. No de donde venía el legionario.

-Lo sé, monsieur, de modo que debo andarme con cuidado. No será la primera vez.

-Que disfrute de la lectura -dijo Converse, haciendo seña a Val para que le acompañase-. Si necesita algo, llame al servicio de habitaciones.

-Bon appétit -les deseó Prudhomme.

Chaim Abrahms levantó la muñeca, rígida por momentos, de la mano de su mujer muerta, que seguía empuñando el arma entre sus dedos blancos, y dirigió la pistola hacia su pecho, hacia la caverna sangrienta que tenía entre sus senos.

Los grandes ojos castaños se negaban a cerrarse. Le miraban fijamente, acusando.

-¿Qué quieres de mí? -gritó Abrahms-. He visto a los muertos. ¡He vivido con ellos! ¡Déjame en paz, mujer! ¡Tú no podías comprenderlo!

Y sin embargo había comprendido, durante tantos años... Había cocinado la carne -gallinas del desierto y corderos cogidos en las lejanas marismas- para alimentar a las unidades del Irgun y la Haganah, sin cuestionar nunca la muerte entonces, luchando por una esperanza, una simple esperanza que era el comienzo de un sueño. ¡La tierra era suya, legal, bíblica, lógicamente suya! ¡Habían luchado y vencido! Dos mil años de ser unos parias despreciados, insultados y escupidos por los todopoderosos gentiles, hasta ser las tribus quemadas, gaseadas y proscritas de la faz de la tierra, y no obstante habían sobrevivido. Ahora esas tribus eran fuertes. Eran los conquistadores, no los conquistados.

-¡Por eso luchamos, por eso rezamos! ¿Por qué me insultas con tu mirada? -rugió Chaim Abrahms mientras apretaba la frente contra la carne muerta del rostro de su esposa.

El hitabdut era uno de los crímenes más odiosos que podían cometerse contra las leyes del Talmud. Era ebude atzmo, quitarse la vida contra los deseos de Dios todopoderoso, a cuya imagen fue creado el hombre. Al judío que confiaba su ser mundanal al hitabdut se le negaba el entierro en el cementerio hebreo. Así ocurriría con la esposa de Chaim Abrahms, el ser humano más devoto que él había conocido.

-¡Tengo que hacerlo! -gritó, alzando los ojos suplicantes-. Es mejor así, ¿no lo comprendes?

Prudhomme se sirvió una taza de café y volvió a su asiento. Valerie estaba sentada frente a él y Converse de pie junto a la ventana, mirando al hombre de la Súreté y escuchando.

-No se me ocurren más preguntas -dijo el francés, con mirada de intensa preocupación y en su cara arrugada un aspecto más cansado que antes-. Aunque es posible que yo esté todavía demasiado conmocionado para pensar. De nada sirve decir que es increíble, y además no sería verdad. Es demasiado creíble. El mundo está tan asustado que grita pidiendo tranquilidad,

refugio, protección, de los cielos, las calles y el prójimo. Creo que ha llegado el momento en que se pondrá de parte de la fuerza pura y absoluta, sin importarle el precio.

-Esa es la palabra que mejor lo expresa -dijo Joel-. «Absoluto», tanto en materia de controles como de poder. Una confederación de gobiernos militares que se alimentan mutuamente, interrelacionando su política y alterando las leyes, todo ello en nombre de la estabilidad. Cualquiera que esté en desacuerdo con ellos es declarado inestable y silenciado. Y si son demasiados, si vuelve a estallar el caos, siempre vencerá la estabilidad, vencerá Aquitania. Lo único que necesitan es esa primera oleada de terror, una marea de muerte y confusión. «Figuras clave» fueron las palabras que emplearon. «Acumulación», «aceleración rápida», caos. Figuras prominentes asesinadas mientras estallan disturbios en media docena de capitales y los generales marchan sobre ellas. Ese es el plan, de acuerdo con sus propias palabras.

-Ese es también el problema, monsieur. Son sólo palabras, pero palabras que usted únicamente puede comunicar a muy pocas personas, porque podría decírselas a quien no debe. Podría ser usted quien pusiese en marcha esa cuenta atrás, como la llama, quien desencadenase ese holocausto.

-La cuenta atrás está ya en marcha, no lo dude -interrumpió Converse-. Pero hay un modo. La «acumulación» y la «aceleración rápida» pueden ser utilizadas de otra manera, y tiene usted razón, es sólo con palabras, palabras acumuladas, aceleradas. Yo no puedo dejarme ver, todavía no. Toda la protección que un tribunal o agencia gubernamental o la propia policía pudiese darme no evitaría que me matasen, y, una vez muerto, que calificasen mis palabras de desvaríos de un psicópata. No me interprete mal. No deseo morir, pero mi muerte en sí carece de importancia. Lo importante es que la verdad desaparecería conmigo, porque soy el único que ha hablado directamente con los cuatro césares de Delavane, y probablemente con el quinto, el inglés.

-Y esas declarations de que habla, ¿pueden cambiar las cosas?

-Pueden darles la vuelta, tal vez lo suficiente.

-¿Por qué?

-Porque ahí fuera hay un mundo real, un mundo práctico, complicado, en el que es preciso penetrar lo más rápidamente posible; hay que hablar con personas en las que se pueda confiar y que sean capaces de hacer algo. En seguida. Es lo que yo quise hacer hace un par de semanas, pero lo enfoqué mal. Quise decir cuanto sabía a un conocido mío, a Nathan Simon, el mejor abogado que he encontrado en mi vida. Lo escribí todo, y por dos veces, sin darme cuenta de que sólo estaba atando sus manos, y probablemente matándolo. -Joel se apartó de la ventana, convertido ya en el abogado en plena recapitulación-. ¿A quién podía acudir él sin mí, sin la presencia de un hombre evidentemente cuerdo y no solamente con las palabras de un «asesino psicópata»? Y si yo aparecía, como él habría con razón insistido en que hiciese, ambos éramos hombres muertos. Después Val me habló del hombre de Nueva York que la telefoneó, y del otro que la persiguió por la calle, y mis suposiciones resultaron ciertas. Esos no eran los métodos de alguien que quiere matarte; esa gente no se anuncia. Eran los hombres de Washington que me habían enviado y ahora estaban tratando de entrar en contacto conmigo. Después me contó su entrevista con Sam Abbott, y que éste había hablado de un tal Metcalf, un hombre en quien confiaba y que tenía que ser alguien muy importante para que él se lo contase todo. Por último estaba usted en París, lo que dijo y lo que hizo, y cómo se ofreció a ayudar, utilizando la misma contraseña que René Mattilon, la familia de Tatiana, un nombre o palabra que creo significa confianza, incluso entre tiburones.

-Así es, monsieur.

-Fue entonces cuando las piezas encajaron para mí. Si podía de algún modo establecer líneas de comunicación y hablar con todos ustedes, había un camino. Ustedes sabían la verdad. Algunos toda; otros, como usted mismo, sólo fragmentos, pero comprendían la

inmensidad, la realidad de los generales y su Aquitania y lo que podían hacer, lo que están haciendo. Incluso usted, Prudhomme. ¿Qué dijo usted? La Interpol está mediatizada, la policía manipulada, la Súreté corrompida, los informes oficiales son sólo mentiras. Añádase a eso Anstett en Nueva York, Peregrine, el comandante de la OTAN, Mattilon, Beale, Sam Abbott... Connal Fitzpatrick, la única incógnita hasta ahora, y Dios sabe cuántos más. Todos muertos. Los generales están en marcha. Olvídense de las teorías: ¡están matando! Si podía convencerles a todos ustedes para que redactasen declaraciones juradas y se las enviaba a Nathan Simon, éste tendría la munición que necesitaba. Proporcioné todo el galimatías legal a Stone en Nueva York. Algo de ello es aplicable, la mayoría no, pero él hará su parte y obligará a los otros a hacer lo mismo; no tiene elección. El punto principal, el único, es hacer que ese material llegue a Simon. Una vez disponga de un testimonio escrito, de una serie de acontecimientos y observaciones cuya verdad garantizan bajo juramento hombres de experiencia, podrá acusar. Créame, va a tratarlos como si fueran los planos de una bomba de neutrones. Lo tendrá todo mañana, y hablará con quien debe aunque tenga que entrar en el Despacho Oval... lo que está a su alcance, aunque quizá decida no hacerlo. -Joel hizo una pausa y miró al hombre de la Súreté, indicándole con un movimiento de cabeza las páginas de su declaración que estaban junto a él, sobre la mesa-. Lo he dispuesto todo para que lleven esto en avión a Nueva York mañana. Me gustaría tener la suya.

-Desde luego, puede tenerla. Pero ¿es de confianza el correo?

-El mundo podría desplomarse en pedazos y ella seguiría sentada en su casa de las montañas sin enterarse. O sin que le importase. ¿Qué tal es su inglés?

-Bastante bueno, creo. Llevamos horas hablando.

-Me refiero a su inglés escrito. Ahorraríamos tiempo si lo escribiese esta noche.

-Mi ortografía no es probablemente mejor que la suya en francés.

-Hágalo en inglés -dijo Valerie-. Yo lo repasaré. Y, si no está seguro de algo, escríbalo en francés.

-Eso ayudaría. ¿Debo escribirlo esta noche?

-La secretaria estará aquí mañana temprano -le explicó Con-verse-. Ella lo pondrá a máquina. Es la que va a tomar el vuelo de Ginebra a Nueva York mañana por la tarde.

-¿Se ha prestado a ello?

-Se prestó a aceptar un gran donativo para una organización naturista que al parecer es el eje de su vida.

-Muy oportuno.

-Hay algo más -dijo Joel, sentándose en un brazo del sillón que ocupaba Valerie-. Ahora ya sabe la verdad; y, además del material que tiene que llegarle a Simon, hay una última cosa que hacer. Tengo mucho dinero y un banquero en Mikonos que confirmará que puedo disponer de mucho más... Pero todo eso ya lo ha leído. Con tiempo para encontrar el personal y el equipo, podría resolverlo yo mismo, pero no tenemos ese tiempo. Necesito su ayuda, los recursos de que dispone.

-¿Para qué, monsieur?

-Para las declaraciones finales, la última parte del testimonio. Necesito secuestrar a tres hombres.

37

Yo, Peter Charles Stone, de cincuenta y ocho años de edad, residente en Washington, D.C., estuve empleado en la Agencia Central de Inteligencia durante veintinueve años,

llegando a alcanzar la categoría de jefe de destacamento en diversos puestos europeos, y últimamente la de subdirector de Operaciones Clandestinas en Langley (Virginia). Mi historial se encuentra archivado en la Agencia Central de Inteligencia y puede ser obtenido con arreglo a las normas vigentes. Desde mi separación de la CIA, he trabajado como asesor y analista para numerosos departamentos de inteligencia, según detalle que omito en esta declaración pero puede obtenerse previo permiso del Gobierno si se juzga pertinente.

Hacia el 15 de marzo pasado se puso en contacto conmigo el capitán Andrew Packard, del Ejército de Tierra, quien me preguntó si podía venir a mi apartamento para tratar de un asunto confidencial. Cuando llegó, comenzó por decirme que hablaba en nombre de un pequeño grupo de hombres, tanto de las tres armas como del Departamento de Estado, cuyo número e identidad no iba a revelar. Me dijo después que buscaban asesoramiento profesional de un agente de inteligencia experimentado que no perteneciese ya (de modo permanente) a ningún organismo oficial. Aseguró disponer de fondos que creía suficientes y podían interesarme. Aquí conviene decir que el capitán Packard y sus compañeros habían llevado a cabo una completa, aunque no exhaustiva, investigación de mi pasado, alcohol incluido...

Yo, el capitán Howard Packard, del Ejército de Estados Unidos, 507538, de treinta y un años de edad, residente actualmente en Oxon Hill (Maryland), estoy destinado en la Sección 27 del Departamento de Controles Tecnológicos del Pentágono, en Arlington (Virginia). En diciembre del año pasado, A. Preston Halliday, un abogado de San Fran-cisco con quien había trabado amistad debido a sus numerosas peticiones a nuestra sección por cuenta de sus clientes (todos ellos solventes e irreprochables), me pidió que cenase con él en un pequeño restaurante de Clinton, a unos quince kilómetros de mi casa. Se disculpó por no invitar a mi mujer, explicando que lo que tenía que decirme sólo podría preocuparla, como sin duda iba a preocuparme a mí, pero que en este caso era responsabilidad mía el preocuparme.

Añadió que no podía ser inconveniente el reunirnos, dado que no teníamos asuntos oficiales pendientes sino tan sólo otros que había que investigar y cortar...

Yo, el alférez de navío Willian Michael Landis, de la Armada norteamericana, soltero, de veintiocho años de edad y con domicilio actual en Apartamentos Somerset Garden, Vienna (Virginia), soy programador de computadoras para el Departamento de Marina, División de Adquisición de Armamento Naval, con destino en el Pentágono, Arlington (Virginia). En la actualidad, excepto en el grado (para el que aún me faltan dos meses), estoy al mando de la mayoría de la programación para el Pentágono-Marina, y soy doctor en alta tecnología de computadoras por la Universidad de Michigan, Facultad de Ingenie-ría... Me parece que no estoy diciéndolo bien, señor.

Adelante, muchacho.

Hago constar esto porque, con el equipo altamente sofisticado que tengo a mi disposición, oí cómo con las claves de microcodificación secretas, puedo conectar con gran número de computadoras restringidas con una capacidad de rastreo capaz de burlar -o de atravesar, si se prefiere- los cierres puestos a la información más delicada.

En febrero pasado, el capitán Howard Packard, del Ejército de Tierra, y otros tres hombres -dos de la Oficina de Control de Municiones del Departamento de Estado, y el tercero un oficial del Cuerpo de Marines a quien conocía de la Sección Anfibia de Adquisiciones de la Armada- vinieron a verme un domingo por la mañana. Dijeron que estaban alarmados por una serie de transferencias de armas y alta tecnología que parecían violar las normas de los Departamentos de Defensa y de Estado. Me dieron los datos que tenían relativos a nueve de esos incidentes, encareciéndome lo confidencial de la investigación.

A la tarde siguiente fui a las computadoras de máxima seguridad y, con las claves de conversión, inserté los datos de las nueve transferencias. Hubo confirmación de los asientos iniciales -esos números no cambian nunca, a fin de eliminar posibles duplicaciones-pero, en todos los casos, el resto de la información estaba borrada, suprimida de las cintas de la computadora. Seis de esas nueve transferencias pudieron ser rastreadas, a través de las anotaciones iniciales, hasta una firma Llamada Palo Alto International, propiedad de un general del Ejército, ya retirado, llamado Delavane. Esa fue mi primera intervención, señor.

¿Quiénes eran los otros tres hombres, alférez?

No valdría de nada dar sus nombres, señor. Sólo serviría para hacer sufrir a sus familias.

No comprendo bien...

Han muerto. Volvieron e hicieron preguntas y han muerto, señor. Dos en supuestos accidentes de automóvil en los que intervinieron camiones, en carreteras apartadas que nunca utilizaban para volver a casa, y el tercero víctima de los disparos de un perturbado mientras corría por el parque de Rock Creek. Toda aquella gente haciendo jogging y sólo le tocó a él...

[Capitán Packard]

Como capitán del Ejército con pleno acceso a los centros de alta seguridad y que trato frecuentemente en asuntos del máximo secreto, pude preparar un teléfono estéril (es decir, con comprobación continua de posibles derivaciones o intercepciones) para que el señor Halliday pudiese hablar conmigo sin miedo a cualquier hora del día o de la noche. También, de acuerdo con el señor Stone y el alférez Landis, pusimos en común nuestras fuentes y obtuvimos informes de los ser-vicios de inteligencia acerca de los nombres conocidos que Halliday encontró entre las notas del general Delavane, en concreto los generales Bertholdier, Leifhelm, Abrahms y Van Headmer. Utilizando fondos proporcionados por el doctor Edward Beale, contratamos los servicios de firmas privadas de París, Bonn, Tel-Aviv y Johannesburgo para poner al día los dossiers con toda la información disponible acerca de esas personas.

Para entonces habíamos descubierto otras noventa y siete borra-duras en las computadoras, relacionadas directamente con licencias de exportación y transferencias militares que afectaban a unos 45 mi-llones de dólares. Muchas de ellas habían partido de Palo Alto Inter-national, pero sin más datos no había nada que rastrear. Era como una serie de blips apareciendo y desapareciendo en una pantalla de radar...

[Stone]

Mis años en Operaciones Clandestinas de la CIA me enseñaron que cuanto más importante es el plan, más gente hay en él, y que las zonas con mayor concentración de actividad tienen invariablemente la seguridad más densa y sin miramientos. No hay en ello nada original, pero con frecuencia se olvida la aplicación inversa. Dado que Washington era el centro distribuidor de una serie de exportaciones ilegales que sumaban muchos millones en mercancía y material norteamericanos, era evidente que habría todo un abanico de salvaguardias, todo un ejército de informadores de Delavane -a sabiendas o no, es decir, con implicación ideológica o simplemente contratados o amenazados- en las agencias y departamentos gubernamentales relacionados con las actividades de Palo Alto International. Sin entrar en detalles, el capitán Packard confirmó este juicio al decirme que hacia poco había ocurrido un accidente que costó la vida a tres hombres que trataban de seguir la pista a un cierto número de borraduras en la computadora. Habíamos pasado del ámbito de los extremistas ideológicos a otro de fanáticos y asesinos. En consecuencia, mi opinión fue -y por ello asumo la plena responsabilidad de la decisión- que podrían hacerse progresos más seguros y rápidos enviando a los sectores periféricos de la operación de Delavane a un hombre con in formación suficiente para hallar sus conexiones con Palo Alto International.

Por la propia naturaleza de las licencias de exportación ilegales, hay más campo abierto en destino que en origen. El lugar obvio para empezar era con los cuatro generales cuyos nombres aparecieron en las notas de Delavane. Yo no disponía de un candidato con la experiencia que creía necesaria para esa misión...

[Capitán Packard]

Aproximadamente el 20 de julio, me llamó el señor Halliday por un teléfono estéril que yo le había preparado y me dijo que creía haber encontrado el candidato apropiado para la misión, tal como lo había descrito el señor Stone. Era un abogado especializado en Derecho internacional al que había conocido años antes, ex prisionero de la guerra de Vietnam, por lo que muy bien podía tener la motivación necesaria para ir tras de alguien como el general Delavane. Se llamaba Joel Converse...

Yo, Alan Bruce Metcalf, de cuarenta y ocho años de edad, soy oficial de las Fuerzas Aéreas con el grado de coronel y me hallo actualmente destinado en la base de Nellis, condado de Clark (Nevada), como jefe de inteligencia. Hace treinta y seis horas cuando dicto esta declaración, el 25 de agosto a las cuatro de la tarde, recibí una llamada telefónica del general de brigada Samuel Abbott, jefe de Operaciones Tácticas de la base. El general me dijo que era urgente que nos viésemos, preferiblemente fuera de la base, lo antes posible. Tenia información nueva y sensacional sobre los recientes asesinatos del jefe supremo de la OTAN y el embajador norteamericano en Bonn (Alemania Occidental). Insistió en que debíamos ir de paisano y sugirió la biblioteca de la Universidad de Nevada, en el campus de Las Vegas. Nos encontramos aproximadamente a las 5.30 y hablamos durante cinco horas. Seré lo más preciso posible, lo que quiere decir muy preciso, ya que la conversación sigue viva en mi memoria, grabada en ella por la trágica muerte del general Abbott, íntimo amigo mío durante muchos años, y un hombre al que admiraba.

Lo que antecede son, pues, los acontecimientos tal como se los refirió al general Abbott la ex señora Converse, y como él me los refirió a mí, y los pasos que a continuación di para convocar una reunión urgente del personal de inteligencia de más alto nivel en Washington. El general Abbott creía que le habían hecho partícipe de ellos debido a su conocimiento de los individuos implicados. Era un hombre inteligente y equilibrado, poco dado a los juicios tendenciosos. En mi opinión, fue asesinado deliberadamente porque tenía «información nueva y sensacional» acerca de un ex prisionero de guerra como él, un tal Joel Converse..

Nathan Simon, alto, corpulento, bien arrellanado en su sillón, se quitó las gafas de concha del rostro cansado y se acarició la perilla que disimulaba las cicatrices de metralla, recuerdo de Anzio. Las gruesas cejas entrecanas seguían arqueadas encima de los ojos color avellana y la nariz aguda y recta. En la habitación había sólo otra persona, Peter Stone. Habían despedido a la taquígrafa; Metcalf, agotado, se había retirado a su cuarto, y los otros dos oficiales, Packard y Landis, optado por regresar a Washington, en aviones separados. Simon colocó cuidadosamente las declaraciones mecanografiadas en la mesa cercana a su asiento.

-¿No había nadie más, señor Stone? -preguntó, con voz profunda y mucho más amable que su mirada.

-Nadie que yo supiese, señor Simon -dijo el ex oficial de inteligencia-. Todos los que he utilizado desde entonces, lo que nosotros llamamos cobrar viejas deudas, eran personas de bajo nivel con acceso a equipo de alto nivel, no a las decisiones. No olvide que mataron a tres hombres cuando esto acababa de empezar.

-Si, lo sé.

-¿Puede hacer lo que dijo Converse, conseguir algo «bajo secreto», mover ciertas montañas que nosotros no podemos mover?

-¿Eso le dijo?

-Si. Fue lo que me hizo estar de acuerdo en todo esto.

-Tenía sus razones. Pero necesito pensar.

-No hay lugar para eso. ¡Tenemos que actuar, que hacer algo! ¡Se nos acaba el tiempo!

-Sin duda, pero no podemos hacer lo que no debemos.

-Converse dijo que usted tenía acceso a gente poderosa en Washington, que podía confiar en usted para llegar hasta ellos.

-Pero usted acaba de decirme que no puedo saber en quién confiar. ¿No es así?

-¡Por Cristo!

-Un profeta encantador e inspirado. -Simon consultó su reloj mientras reunía los papeles y se puso en pie-. Son las dos y media de la mañana, señor Stone, y este cuerpo cansado ha llegado al final de sus fuerzas. Le llamaré a lo largo del día. No trate de comunicarse conmigo. Estaré en contacto.

-¿En contacto? El paquete de Converse está en camino. Voy a recogerlo en el aeropuerto Kennedy a las dos y cuarenta y cinco de esta tarde. Quiere que lo tenga usted en seguida. ¡Quiero que lo tenga!

-¿Irá usted al aeropuerto?

-Sí, para recibir a nuestro correo. Volveré aquí hacia las cuatro o cuatro y media; depende de la hora a que llegue el avión, y, naturalmente, del tráfico.

-No haga eso, señor Stone. Quédese en el aeropuerto. Por su-puesto, necesitaré tener en mis manos todo lo que ha reunido Joel para nosotros lo más pronto posible. Lo mismo que hay un correo desde Ginebra, usted puede serlo desde Nueva York.

-¿Adónde va a ir? ¿A Washington?

-Puede que sí y puede que no. En este momento voy a mi casa a pensar. También espero dormir, aunque lo dudo. Déme un nombre que pueda utilizar para que le avisen en el aeropuerto.

Johnny Reb estaba medio tumbado en la pequeña lancha, con el motor en vacío y las olas golpeando en la oscuridad los costados del somero casco. Llevaba pantalones negros, jersey negro de cuello alto y sombrero de punto negro, y estaba lo más cerca que se atrevía de la costa suroeste de la isla de Scharhórn. La primera noche había observado los verdes resplandores cabeceantes de la hilera de boyas. Eran haces de luz con mecanismo de disparo que se cortaban por encima del agua, cerrando el acceso a la antigua base de sub-marinos. Formaban una muralla invisible, y traspasarla supondría hacer que se disparasen las alarmas. Esta era ya la tercera noche, y empezaba a sentirse vengado.

Confiaba en sus tripas, confiaba en su estómago y en la bilis que ahora le subía a la boca. Las tripas de las viejas putas de la comunidad sabían cuándo iban a ocurrir cosas, en parte por el miedo y en parte porque se acercaba un resultado que aumentaría cierta cuenta en Berna. Naturalmente, ahora no había cuenta en perspectiva, sólo una sucesión de gastos para pagar una importante deuda; pero sí había un trabajo que hacer. Contra los Delavane y los Washburn, y aquellos tiburones alemanes, franceses y judíos que iban a barrer los caladeros y hacer imposible a los caballeros como Johnny Reb vivir a lo grande. No sabía gran cosa de los surafricanos, excepto que a esos odianegros más les valdría ponerse al tanto. A los de color les iba cada vez mejor, y eso era bueno para Johnny; su novia actual era una preciosa cantante negra de Tallahassee, que daba la casualidad que estaba en Suiza por estúpidas razones relacionada con un poco de cocaína... y una cuenta de buen tamaño en Berna.

Pero los otros tiburones eran malos, realmente malos. Johnny Reb la tenía tomada con los que querían convertir el mundo en una cárcel para los que pensaban por su cuenta. ¡No,

señor, había que echar a esa gente! Johnny Reb estaba muy seriamente comprometido con esta afirmación.

¡Ya! Enfocó sus prismáticos de infrarrojos hacia los viejos embarcaderos de cemento de la base de submarinos. ¡Era todo disparatado! La lancha a motor de más de veinte metros de eslora se había detenido en uno de los muelles y por el embarcadero se movía una larga doble hilera de hombres -cuarenta, sesenta, ochenta... unos cien-, preparándose para embarcar. Lo increíble era cómo iban vestidos. Trajes oscuros y chaquetas y corbatas de verano de lo más conservador. Algunos llevaban sombrero, y todos equipaje y una cartera. Parecían un congreso de banqueros o un desfile del cuerpo diplomático. O -pensó el Rebelde mientras movía poco a poco sus gemelos hacia atrás a lo largo de la cola de pasajeros-hombres de negocios, ejecutivos, tipos como se ven a diario en un andén del ferrocarril, apeándose de un taxi o viajando en avión. Fue la misma normalidad de su aspecto, en contraste con los oscuros perfiles, exóticamente macabros, de la vieja base de aprovisionamiento de submarinos, lo que estimuló la imaginación de Johnny. Esos hombres podían ir a cualquier parte sin ser notados, pero no venían de cualquier parte. Venían de Scharhórn, de lo que era sin duda una célula altamente sofisticada de aquella conjura militar multinacional que podía llevar a los malditos generales a donde no debían estar. Personas ordinarias capaces de ir a dondequiera que se les ordenase, con el aspecto y el comportamiento más normales, que abrirían sus maletines en aviones y trenes, leerían informes de su compañía, se tomarían un trago, pero sin excesos, y ojearían de vez en cuando un libro de bolsillo, al parecer para descansar de la tensión de los negocios.

Eso era, pensó el Rebelde mientras bajaba los prismáticos. ¡Eso era! ¡Allí estaban los equipos de acción! El estómago nunca mentía; la bilis subía siempre por alguna razón, y su gusto acre y nauseabundo era la desagradable alarma que les llegaba a los bastante privilegiados para sobrevivir. Johnny Reb se volvió, embragó el motor, empujó con cautela el timón hacia la derecha e hizo avanzar poco a poco el acelerador. La pequeña embarcación giró en redondo y el agente de inteligencia -ex agente- inició el regreso a su amarradero de Cuxhaven, acelerando cada veinte metros.

Veinticinco minutos más tarde llegó a la grada, amarró los cabos a las cornamusas, cogió su pequeña funda impermeable y trepó con esfuerzo al embarcadero. Tenía que actuar rápidamente pero con la máxima precaución. Sabía más o menos la zona del muelle de Cuxhaven a la que volvería la motora, porque había observado las luces del barco mientras éste salía cabeceando del puerto hacia la isla. Cuando estuviese cerca podría determinar el muelle concreto, a medida que el barco entraba en el puerto, y después le quedarían sólo unos pocos minutos para explorar la zona y situarse en posición. Siempre con su funda impermeable, se dirigió apresuradamente a la base del embarcadero, torció a la izquierda y caminó rápidamente entre las sombras hacia la zona de donde creía había salido la lancha. Pasó junto a un enorme almacén y llegó al espacio abierto situado más allá. Había cinco cortos espigones, uno tras otro, que se adentraban no más de sesenta metros en el agua. Eran atracaderos para barcos pequeños y medianos. Había varios botes y algunos barcos de recreo anticuados amarrados a los pilotes de todos los embarcaderos excepto uno. El cuarto estaba vacío. El Rebelde supo que pertenecía a la lancha; se lo decía el amargor de su boca. Salió al espacio abierto. Encontraría un sitio donde esconderse.

-Halt... stehenbleiben! -restalló la orden gutural, mientras salía un hombre de la oscuridad que rodeaba el casco de un bou en el tercer embarcadero-. Was machen Sie Hier? Wer sind Sie?

Johnny Reb sabía cuándo echar mano de la edad. Hundió los hombros y dejó colgar levemente la cabeza hacia adelante.

-Passen Sie auf diese alien Kdsten auf? -preguntó, y continuó en alemán-: Soy pescador en una de esas reliquias y perdí la cartera esta tarde. ¿Es un crimen buscarla?

-Vuelva más tarde, viejo. No puede buscarla ahora.

-¿Eh? ¿Cómo? -El Rebelde se llevó la mano derecha a la oreja, dando vuelta entre tanto al anillo que llevaba en el dedo corazón y oprimiendo un diminuto fiador-. Mi oído ya no es lo que era, señor vigilante. ¿Qué ha dicho?

El hombre se adelantó, mirando antes hacia el mar, mientras se oía a lo lejos el ruido de un poderoso motor.

-¡Fuera de aquí! -gritó, con los labios junto a la oreja de Johnny-. ¡Ahora mismo!

-¡Por todos los santos, tú eres Hans!

-¿Quién?

-¡Hans! ¡Cuánto me alegro de verte!

El Rebelde pasó la mano alrededor del cuello del alemán, como preludio de un abrazo afectuoso, y hundió la superficie del anillo en la carne del hombre, hincando profundamente la aguja.

-¡Quítame las manos de encima, viejo asqueroso! No me llamo Hans y no te he visto nunca. ¡Lárgate de aquí o voy a meterte una... una bala.. en... la cabeza!

El alemán se llevó la mano al costado, bajo la chaqueta, pero allí la tenía todavía cuando se derrumbó.

-Joven tiburón, deberías tener más respeto por tus mayores -masculló Johnny mientras arrastraba el cuerpo inconsciente hasta las sombras que había a la izquierda del bosque en el tercer embarcadero-. Porque no sabes cómo nos las gastamos. Tus papaítos sí, pero vosotros, pobres capullos, no. ¡Y yo voy detrás de tus papaítos, de esos comecocos!

El Rebelde trepó a bordo del bou y cruzó precipitadamente la cubierta hasta la borda contraria. La motora venía directamente al cuarto embarcadero. Abrió la funda impermeable, en la que había guardado los prismáticos, y ajustó sus ojos a la escasa luz, mientras estudiaba las herramientas del oficio. Sacó una cámara y después un objetivo, un Zeiss-Ikon telescópico, construido por concienzudos alemanes durante la segunda guerra mundial para fotografiar de noche las instalaciones aliadas. No lo había mejor. Lo colocó en el portaobjetivo, lo ajustó y puso en marcha el motor de la cámara, notando con satisfacción que la batería estaba a tope, pero en seguida se dio cuenta de que no podía ser de otro modo. Llevaba demasiado tiempo en aquel juego mortal para cometer errores de aficionado.

La enorme motora llegó hasta el embarcadero como una gigantesca ballena negra, una ballena asesina. Echaron las amarras y, mientras los pasajeros desembarcaban, Johnny Reb empezó a hacer fotos.

-Chile dulce, aquí Tatiana. Tengo que hablar con mi muchacho.

-El hotel Algonquin de Nueva York -dijo la tranquila voz femenina-. El número es prefijo dos-uno-dos ocho-cuatro-cero seisocho-cero-cero. Pregunte por Peter Marcus.

-¿Qué hijo de perra tan sutil, verdad? -dijo Johnny Reb-. Y perdone mi lenguaje, señora.

-No es la primera vez que lo oigo, Rebelde. Soy Anne.

-Caramba, mujercita, ¿por qué no me lo dijiste antes? ¿Cómo estás, preciosa?

-Bien, dentro de mi chochez, Johnny. Lo he dejado, ¿sabes? Esto es sólo un favor a un viejo amigo.

-¿Un viejo amigo? Muchacha, si no llega a ser por Peter, ¡la que hubiera armado yo por ti!

-Deberías haberlo hecho, Reb. Yo no estaba en sus fichas, tan terriblemente importantes. Y tú eras de lo mejorcito que había allí. Algo más misterioso que la mayoría, pero buena persona. ¿Cómo era aquello? ¿«El caballero Johnny Reb»?

-Siempre he tratado de guardar las apariencias, Annie. ¿Puedo solicitar el privilegio de visitarte un día, si alguna vez salimos de este follón?

-No sé en qué consiste el follón, Reb, pero sí que tienes mi teléfono.

-No sabes los ánimos que me das, preciosa.

-Ahora somos más viejos, Johnny, aunque sospecho que es algo que no comprendes.

-Nunca, pequeña. Nunca.

-Que sigas bien, Reb. Eres demasiado bueno para perder.

La telefonista del hotel Algonquin fue terminante.

-Lo siento; el señor Marcus no está en su habitación ni responde a las llamadas por el botones.

-Volveré a llamar-dijo el Rebelde.

-Lo siento, señor. El señor Marcus no responde en su habitación ni a las llamadas del botones.

-Creo que hablamos hace varias horas, señor. Sigue sin haber respuesta en la habitación del señor Marcus, de modo que me tomé la libertad de llamar a recepción. No se ha despedido ni ha dado un teléfono a donde llamarle. ¿Por qué no deja un recado?

-Si., voy a hacerlo. Tome nota, por favor: «No se mueva hasta que me comunique con usted. o usted conmigo. Es urgente.» Firmado, Z. Tatiana. Es T-a-t-i-a...

-Sí, señor. Gracias, señor señor?

-Como en zorro, señorita.

Johnny Reb colgó el teléfono en el piso de Cuxhaven. Notaba en la boca un gusto cada vez más amargo.

Erich Leifhelm tenía invitados a almorzar en su mesa favorita del restaurante Ambassador, en el piso dieciocho del hotel Steigenberger de Bonn. La sala, elegante y espaciosa, gozaba de una vista magnífica no sólo de la ciudad y el río, sino de las montañas, y esa mesa en concreto estaba situada en un lugar ideal para disfrutarla. Era una tarde clara y sin nubes, y las maravillas naturales de la Renania septentrional estaban allí para que los afortunados las contemplasen.

-Nunca me canso de ello -decía el ex mariscal de campo dirigiéndose a los tres hombres sentados a su mesa señalando con gracia viril el enorme ventanal que tenía a su espalda-. Quería que lo viesen antes de volver a Buenos Aires, que debo añadir es una de las ciudades más bonitas del mundo.

Se acercó, deferente, el maitre y se inclinó para hablar en voz baja a Leifhelm.

-Herr general, le llaman al teléfono.

-En la mesa 55 está comiendo uno de mis ayudantes -dijo con indiferencia Leifhelm, a pesar del acelerón que acababa de tener en el pulso. ¡Quizá hubiese noticias de cierto cura en Estrasburgo!-. Estoy seguro de que puede ponerse por mí.

-El caballero que ha llamado me pidió que hablase con usted personalmente. Me encargó decirle que llama desde California.

-Comprendo. Está bien. -Leifhelm se levantó, disculpándose con sus invitados-. Las extravagancias del comercio no le dan a uno tregua. Perdónenme, será sólo un momento. Por favor, más vino.

El maitre asintió con un gesto y añadió:

-He hecho que pasen la llamada a mi despacho particular, herr general. Está en el vestíbulo, nada más entrar.

-Bien pensado. Gracias.

Erich Leifhelm hizo un leve movimiento negativo con la cabeza al pasar frente a la mesa 55, cercana a la entrada, y el solitario comensal se dio por enterado con una inclinación de que no necesitaba sus servicios. En tantos años de estrategias y tácticas, militares y políticas, ese gesto resultaría ser uno de los más graves errores del mariscal de campo.

En el vestíbulo había dos hombres, uno mirando su reloj, el otro con aire aburrido. A juzgar por su indumentaria, pertenecían a la clientela habitual del Ambassador, y sin duda esperaban a acompañantes que se retrasaban, probablemente sus esposas, ya que no habían pasado a la mesa. Un tercer hombre estaba fuera de las puertas de cristal, en el pasillo. Iba vestido con el uniforme del servicio de mantenimiento del hotel y observaba a los dos que estaban dentro.

Leifhelm dio las gracias al maitre mientras éste le abría la puerta de su modesto despacho. Cerró y volvió al comedor. Rápidamente, como uno solo, los dos hombres entraron corriendo detrás del viejo soldado, que en ese momento estaba descolgando el teléfono.

-Was geht hier vor? Wer ist...!

El primer hombre se lanzó por encima de la mesa y agarró la cabeza de Leifhelm, cerrando con mano fuerte la boca del general. El segundo sacó del bolsillo una jeringuilla y quitó la protección de goma mientras abría de un tirón la chaqueta de Leifhelm y después el cuello de su camisa. Hundió la aguja en la base de la garganta del general, inyectó el suero, sacó la jeringa e inmediatamente empezó a masajear la carne, mientras arreglaba el cuello y volvía a poner la chaqueta en su sitio.

-Tendrá movilidad durante unos cinco minutos -dijo el médico en alemán-. Pero no puede hablar ni razonar. Sus controles motores son ahora puramente mecánicos y han de ser guiados.

-¿Y después de los cinco minutos? -preguntó el primer hombre.

-Se desmayará, probablemente vomitando.

-Hermoso cuadro. ¡De prisa! ¡Ponlo de pie y guíalo! Voy a mirar afuera y daré un golpe.

Segundos más tarde se oyó el golpe, y el doctor empujó al general, firmemente sujeto, fuera del despacho y a través de las puertas de cristal, hasta el pasillo del hotel.

-¡Por aquí! -ordenó el hombre vestido con el uniforme de mantenimiento, dirigiéndose a la derecha.

-Rápido -añadió el médico.

Entre los que paseaban por el afelpado corredor y los comensales que se dirigían al restaurante algunos reconocieron al legendario y viejo soldado y observaron su cara pálida cuyos labios temblaban, tratando de hablar. O de gritar.

-El gran hombre ha recibido muy malas noticias -repetía en tono reverencial el médico-. ¡Es terrible, simplemente terrible!

Llegaron al ascensor de servicio, que estaba en espera y entraron. Había una camilla con ruedas contra la acolchada pared del fondo. El tercer hombre sacó una llave del bolsillo, la insertó en el cierre para liberar los controles y oprimió el botón directo hacia el sótano. Los otros dos pusieron a Leifhelm sobre la camilla y lo cubrieron por entero con una sábana.

-Empezarán a hablar ahí arriba -dijo el primer hombre- y vendrán corriendo sus gorilas. Nunca andan muy lejos.

-La ambulancia está ya abajo, junto a la puerta del montacargas -dijo el del uniforme de mantenimiento-, y el avión espera en el aeropuerto.

El que fuera un día gran mariscal de campo del Tercer Reich vomitó bajo las sábanas.

Jacques-Louis Bertholdier entró en el apartamento del bulevar Montaigne y se despojó de su chaqueta de seda. Fue hasta el bar con espejos que había contra la pared, se sirvió un vodka, puso dos trozos de hielo de un cubo de plata de ley y se acercó a la ventana que había más allá del sofá elegantemente tapizado. El bulevar bordeado de árboles estaba tranquilo a media tarde, impecablemente limpio y con un aire en cierto modo pastoral, aunque tan parisino. A veces pensaba que era la esencia del París que amaba, el París de la influencia y la riqueza, cuyos habitantes nunca tenían que mancharse las manos. Por eso había comprado aquella locura de piso e instalado en él a su querida más extravagante y deseable. Ahora la necesitaba. ¡Dios mío, cuánta falta le hacía relajarse!

¡El legionario baleado y estrangulado en su propio automóvil, en pleno aparcamiento del Bois de Bologne! ¡Y Prudhomme, el inmundo burócrata, supuestamente en Calais! ¡Ni una sola huella digital! ¡Nadu! El gran general de Francia necesitaba un rato de tranquilidad.

-¡Janine! ¿Dónde estás? ¡Ven aquí, egipcia! Confío en que te pongas lo que te dije. Si necesitas que te lo recuerde, es el Givenchy negro corto sin nada debajo, ya me entiendes. ¡Absolutamente nada!

-Claro, mi general -fueron las palabras, extrañamente vacilantes, que se oyeron detrás de la puerta del dormitorio.

Bertholdier rió para sí mismo mientras se volvía e iba hacia el sofá. Le Grand Machin era todavía un acontecimiento con el que había que contar, incluso entre las cachondas de veinticinco años que amaban el dinero, los coches rápidos y los apartamentos elegantes tanto como adoraban sentir sus cuerpos penetrados. Pero estaba demasiado alterado para desnudar sus nervios, demasiado inquieto para aguantar prolongadas tonterías preliminares. Tenía in mente otra cosa, aliviarse sin el menor esfuerzo por su parte.

El ruido del pomo al girar interrumpió sus pensamientos. Se abrió la puerta y apareció una muchacha con el pelo como ala de cuervo, el rostro alargado y perfectamente proporcionado lleno anticipadamente de deseo y los ojos castaños abiertos de par en par a lejanas maravillas. Habrá estado fumando marihuana, pensó Bertholdier. Llevaba una corta negligé de encaje negro, gris en los pechos, y sus caderas se movían provocativas mientras se acercaba al sofá.

-Exquisita, mi puta del Nilo. Siéntate. He tenido un día terrible, espantoso, y aún no ha terminado. Mi chófer volverá dentro de dos horas, y hasta entonces necesito descanso... y alivio. Dámelo, egipcia. -Bertholdier abrió su bragueta de cremallera y atrajo hacia sí a la muchacha-. Acarícialo, mientras yo te acaricio a ti, y después haz lo que puedas-. Le agarró los pechos y le llevó la cabeza hasta su entrepierna-. Ahora. Ahora. ¡Házmelo!

Un relámpago cegador llenó la habitación y aparecieron dos hombres saliendo del dormitorio. La muchacha saltó hacia atrás en el sofá y Bertholdier levantó la vista, desconcertado. El hombre que tenía enfrente se guardó la cámara en el bolsillo, y su compañero, un tipo bajo y fornido de mediana edad que empuñaba una pistola, se acercó despacio a la leyenda de Francia.

-Admiro su gusto, general -dijo con voz ronca-. Bueno, supongo que siempre le he admirado, incluso cuando no estaba de acuerdo con usted. No se acuerda de mí, pero me sometió a consejo de guerra en Argelia y me mandó a la trena durante treinta y seis meses por pegar a un oficial. Yo era sargento mayor y él había tratado brutalmente a mis hombres, aplicándoles castigos excesivos por pequeñas faltas. Tres años por pegar a un cerdo que se vestía en París. Tres años en aquellos asquerosos barracones por cuidar de mis hombres.

-Sargento mayor Lefévre -dijo con autoridad Bertholdier, subiéndose con calma la cremallera-. Lo recuerdo. Yo nunca olvido. Fue usted culpable de conducta desleal: ataque a un oficial. Debería haberlo hecho fusilar.

-Hubo momentos durante aquellos tres años en que lo hubiese agradecido. Pero no he venido aquí para hablar de Argelia... que fue cuando me di cuenta de que todos ustedes estaban como cabras. He venido para decirle que va a acompañarme. Será devuelto sano y salvo a París dentro de unos días.

-¡Absurdo! -escupió el general-. ¿Cree que me asusta su arma?

-No; es sólo para protegerme de usted, del último gesto de un valiente y famoso soldado. Le conozco demasiado bien para pensar que las amenazas de daño físico, o incluso de muerte, podrían con-moverlo. Pero tengo otro medio de persuasión, que acaba usted de hacer irresistible. -El ex sargento mayor sacó de su bolsillo una segunda pistola de forma extraña-. Esta arma no tiene balas. Dispara dardos que contienen un producto químico que acelera el corazón hasta el punto de estallido. Pensaba amenazarle con publicar la foto después de su muerte, para demostrar que el gran general murió ignominiosamente, ocupado en lo que mejor sabía hacer. Ahora el enfoque puede ser otro. El ángulo era ventajoso para cierto trabajo de pincel a cargo de expertos. Su postura y la expresión de su cara no serían tocadas, por supuesto, pero su compañera puede convertirse fácilmente en compañero, un jovencito en vez de su chica. Hace años corrieron rumores sobre sus excesos, y sobre un matrimonio arreglado a toda prisa que pocos encontraron explicable. ¿Era ése el secreto del que Le Grand Machin se pasó la vida huyendo? ¿Era ésa la amenaza que el gran De Gaulle sostenía sobre la cabeza de su popular pero demasiado ambicioso y rebelde coronel? Que los apetitos de aquel pretendiente, de aquel aspirante a sucesor, eran tan amplios que incluían cualquier cosa sobre la que pudiese poner sus manos, poner su cuerpo, sin que importase el género. Muchachitos cuando no había mujeres. Los rumores sobre jóvenes tenientes y capitanes corrompidos, sobre violaciones, disfrazadas de interrogatorios en sus cuarteles...

-¡Basta! -gritó Bertholdier, levantándose de un salto del sofá-. No vale la pena seguir hablando. Con independencia de lo absurdo e infundado de sus acusaciones, no permitiré que mi nombre sea arrastrado por el fango. ¡Quiero esa película!

-Dios mío, era verdad -dijo el ex sargento de infantería-. Todo ello.

-¡La película! -gritó el general-. ¡Démela!

-La tendrá -dijo Lefévre-. En el avión.

Chaim Yakov Abrahms salió con la cabeza inclinada de la sinagoga Ihud Shivat Zion, en el Ben Yehuda de Tel-Aviv. La solemne multitud formaba dos densas filas de devotos seguidores, hombres y mujeres que lloraban abiertamente ante el terrible sufrimiento que aquel gran hombre, aquel soldado-patriota de Israel, había tenido que soportar por culpa de su mujer. «Hitabdut», decían en voz baja. «Ebude atzmo», se susurraban unos a otros, para que Chaim no pudiese oírlos. Los rabinos no cederían, y los pecados de una mujer despreciable recaerían sobre aquel hijo de cabras, aquel orgulloso hijo de Abraham, aquel guerrero bíblico que amaba con igual fervor a su tierra y al Talmud. A la mujer se le había negado el entierro en lugar sagrado. Permanecería fuera de las puertas del beht hakvahroht, con su alma en contienda con la cólera del Dios Todopoderoso, y el dolor de saberlo como carga insoportable para el que quedaba.

Se decía que lo había hecho por venganza y porque su mente estaba enferma. Ella tenía a sus hijas. Era el hijo del padre -siempre el hijo del padre- quien había sido muerto en el campo de batalla paterno. ¿Quién lloraría más, quién podría llorar más o sufrir mayor angustia que el padre? Y ahora esto, el nuevo sufrimiento de saber que la mujer a quien había entregado su vida había violado del modo mas odioso el divino Talmud. ¡Qué vergüenza! Oh, Chaim, nuestro hermano, padre, hijo y jefe, lloramos contigo, ¡por ti! Dinos que debemos hacer y lo haremos. ¡Tú eres nuestro rey! ¡Rey de Eretz Yisrael, de Judea y Samaria y de

Librodot

todas las tierras que persigues para nuestra protección! ¡Muéstranos el camino y lo seguiremos, oh rey!

-Ha hecho más por él con su muerte que aunque hubiera vivido cien años -dijo un hombre separado de la multitud y que evidentemente no formaba parte de ella.

-¿Qué crees que ocurrió realmente? -preguntó el que le acompañaba.

-Un accidente. 0 peor, mucho peor. Venía con frecuencia a nuestro templo y puedo decírtelo: nunca hubiese pensado en el hitabdut... Debemos vigilarlo estrechamente antes de que estos locos y miles como ellos lo coronen emperador del Mediterráneo y nos jubile a todos.

Un coche del Ejército, con una banderita azul y blanca a cada lado del capó, se acercó por la calle hasta el bordillo fronterizo a la sinagoga. Abrahms, revestido de su duelo como de un pesado manto que sólo su extraordinaria fortaleza podía soportar, hacía inclinaciones de cabeza a la gente, abriendo y cerrando los ojos y alargando las manos para tocar y ser tocado. A su lado, un joven soldado dijo:

-Su coche, general.

-Gracias, hijo mío -respondió la leyenda de Israel mientras subía y se hundía en el asiento, con los ojos velados por la angustia mientras caras llorosas se apretaban contra las ventanillas. Se oyó el golpe de la puerta, y cuando Chaim habló, con los ojos todavía cerrados, había cualquier cosa menos angustia en la aspereza de su voz-. ¡Sácame de aquí! Llévame a mi casa de campo. Vamos a tomarnos un whisky y a olvidar tanta porquería. ¡Santos hijos de puta rabínicos! ¡Se atrevieron a sermonearme! ¡La próxima guerra llamaré a los rabinos y pondré a esas gallinas talmúdicas en primera línea! ¡Que sermoneen mientras les vuela el culo la metralla!

Nadie habló mientras el coche ganaba velocidad y dejaba atrás al gentío. Momentos después, Chaim abrió los ojos, arrancó su gruesa humanidad del respaldo, estiró su corpachón con pecho de tonel y volvió a recostarse en una postura más cómoda. Después, lentamente, como dándose cuenta de las miradas fijas de los dos soldados que iban junto a él, miró a ambos, sacudiendo la cabeza atrás y adelante.

-¿Quiénes sois? -gritó-. ¡Vosotros no sois mis hombres, mis ayudantes!

-Se despertarán en cosa de una hora -dijo el que iba en el asiento delantero, junto al conductor. Se volvió para dar frente a Abrahms-. Buenas tardes, general.

-¡Usted!

-Si, Chaim, soy yo. Sus secuaces no pudieron impedirme testificar ante el tribunal del Líbano, y nada en el mundo podría impedirme hacer lo que ahora estoy haciendo. Le hablé del asesinato de mujeres, niños y viejos que temblaban pidiendo clemencia y vi cómo se reía. ¿Y usted se llama judío? No puede ni empezar a comprender. No es más que un hombre lleno de odio, y me tiene sin cuidado que pretenda formar parte de lo que soy o de aquello en lo que creo. Es usted una basura, Abrahms. Pero será devuelto a Tel-Aviv dentro de pocos días.

Uno tras otro aterrizaron los aviones, los de hélice de Bonn y París tras volar a baja altitud; el jet de Israel, un Mystére Dassault-Breguet 10/100, descolgándose rápidamente desde más de ocho mil metros hasta aquel aeródromo privado de Saint-Gervais. Y cuando uno de ellos se detenía al final de la pista, allí estaba el sedán azul oscuro esperando para llevar al «invitado» y a su escolta a un château alpino situado veinticuatro kilómetros al este, en las montañas. Había sido alquilado por dos semanas a una firma inmobiliaria de Chamonix.

Las llegadas estaban cuidadosamente calculadas, pues ninguno de los tres visitantes iba a saber que los otros se encontraban allí. Los aviones procedentes de Bonn y París aterrizaron respectivamente a las 4.30 y las 5.45, y el reactor que venía del Mediterráneo unas tres horas

después, a las 8.27. A cada uno de los asombrados huéspedes, Joel Converse le decía idénticas palabras:

-Como me ofrecieron hospitalidad en Bonn, yo les ofrezco la mía aquí. Estarán mejor instalados que yo, aunque dudo que la comida sea tan buena. No obstante, estoy seguro de una cosa: su partida será mucho menos dramática que la mía.

Pero no su estancia, pensaba Converse mientras hablaba con cada uno de ellos; no su estancia. Eso formaba parte del plan.

38

La primera luz empezó a flotar en el cielo sobre los árboles de Central Park. Nathan Simon estaba sentado en su despacho y observaba la llegada del nuevo día desde el gran sillón de cuero que daba frente al enorme ventanal. Era su asiento de pensar, como él decía, aunque últimamente lo había usado casi tanto para dar cabezadas. Pero esa noche -y esa mañana- no había habido tales intervalos de sueño. Su mente estaba a presión; tenía que explorar una y otra vez las opciones, forzando los límites de su percepción para abarcar los posibles peligros de cada una. Elegir equivocadamente desencadenaría alarmas que obligarían a los generales a actuar inmediatamente, y, una vez en marcha, los acontecimientos escaparían rápidamente a todo control; mejor dicho, ese control estaría exclusivamente en manos de los generales, en todas partes. Por supuesto, podían decidir en cuestión de horas iniciar la carnicería, pero Nathan no lo creía así; no eran simples locos. El caos pretendido exigía unos comienzos visibles, un clima de disturbios capaz de dar credibilidad a la violencia posterior. Era necesaria la confusión, aunque sólo fuese para que los actores pudieran situarse en sus puestos sin ser vistos. La idea del control militar sobre los gobiernos era algo trillado desde el tiempo de los faraones. Había dado sus primeros frutos en la guerra del Peloponeso y la conquista de Atenas por Esparta, después con los césares, y más tarde la utilizaron los emperadores del Sacro Romano Imperio y los príncipes del Renacimiento, y alcanzó su apoteosis con soviéticos y alemanes en el siglo xx. La inquietud precedía a la violencia y la violencia a la toma del poder, ya se tratase de una revolución causada por cientos de miles de rusos oprimidos o de las asfixiantes desigualdades del tratado de Versalles.

Ahí estaba el punto débil de la estrategia de los generales: la intranquilidad debía ser previa al estallido de la violencia. Hacían falta masas de gente descontenta, gente común, a las que pudiera manipularse hasta llevarlas al frenesí, pero para que esto ocurriese lo primero era que esas masas estuviesen ya allí. El descontento popular sería el indicio, el preludio, como si dijésemos; pero ¿dónde? ¿cuándo? ¿Y qué podía él hacer, qué movimientos que escapasen a la atención de los espías de Delavane? Era el patrón y amigo de Joel Converse, el «asesino psicópata» creado por los generales. Debía suponer que estaba siendo vigilado, o cuando menos que cualquier acción visible que emprendiese sería seguida muy de cerca, y si se hacía sospechoso todo se desbarataría. Su vida carecería de importancia. En cierto sentido estaba atrapado, como lo habían estado él y tantos otros en las playas de Anzio. Se habían dado cuenta de que había una cierta seguridad en los pozos de tirador de detrás de las dunas, y que salir de ellos suponía enfrentarse al continuo fuego de mortero. Pero a la vez, sabían que no se lograría nada si seguían sin moverse de allí.

En contra de lo que había dicho a Peter Stone, Nathan sabía muy bien a quién tenía que ver. No a un solo hombre, sino a tres: el presidente de la nación, el de la Cámara y el fiscal general. La cumbre del poder ejecutivo, la cabeza del legislativo y el más alto de los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley en el país. No pensaba hablar con nadie menos importante, y era mucho más ventajoso verlos juntos que por separado. Tenía que verlos, ya fuera separadamente o en grupo, y ahí estaba su dilema, ésa era la trampa. Con

Librodot

personas como ellos uno no coge simplemente el teléfono y concierta una cita. Había procedimientos, formalidades y filtros que aseguraban lo pertinente de la solicitud de audiencia. Hombres con tantas responsabilidades no podían perder el tiempo. Y ahí estaba la trampa. Apenas fuera mencionado su nombre, correría la voz. El propio Delavane lo sabría en cuestión de horas, si no de minutos.

A pesar de las afirmaciones gratuitas y altamente dudosas que Joel había hecho a Peter Stone, no era fácil llegar a las figuras más prominentes del gobierno, como no era lógico hacer que un juez diese una orden secreta del tribunal que milagrosamente, legalmente, garantizase protección extraordinaria a esas mismas personas sin informar a todo el aparato de seguridad de por qué se juzgaba vital esa protección. ¡Era ridículo! Tales órdenes del tribunal resultaban razonables cuando se referían a testigos intimidados antes de una vista e incluso después, cuando se les facilitaba en secreto una falsa identidad, pero el procedimiento resultaba difícilmente aplicable a la Casa Blanca, el Congreso o el Departamento de Justicia. Joel había exagerado las posibilidades de esa maniobra legal por una única razón: para que Stone y sus colegas hiciesen sus declaraciones.

Y sin embargo, pensó Simon, había una lógica extraña en las exageraciones de Converse. No del modo que lo había presentado él, sino como medio para llegar hasta esos hombres. «Un solo tribunal, un solo juez...», había dicho Converse a Stone. Eso era lo lógico; el resto, tonterías. El Tribunal Supremo, un magistrado de ese tribunal. No una petición de un tal Nathan Simon, que tendría que ser filtrada aunque sólo fuese en cuanto a su contenido, no a la persona, sino un mensaje urgente al presidente de un venerable magistrado del Tribunal Supremo. Nadie se atrevería a poner en duda la afirmación de un hombre así de que se trataba de un asunto entre el presidente y él. Los presidentes eran mucho mas solícitos con el Tribunal que con el Congreso, y tenían sus razones. Este último era un campo de batalla política; el primero, un ámbito de juicios morales. Nathan Simon sabía a quién podía llamar y ver, a un magistrado ya casi octogenario. El Tribunal no celebraba ahora sesiones; aún faltaba un mes para octubre. Ese hombre estaba en algún lugar de Nueva Inglaterra. Tenía en el despacho su número privado.

Nathan pestañeó y se protegió los ojos con la mano. Por un momento, la bola de fuego del sol naciente había enviado un rayo cegador que, a través de un laberinto geométrico de cristal y acero, penetró por su ventana antes de ser bloqueado por un lejano edificio. Y de pronto, en ese instante de ceguera, tuvo la respuesta a la aterradora pregunta de dónde y cuándo, del inicio de la intranquilidad que debía servir de preludio al estallido de la violencia. En toda la Europa libre, Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos estaban programadas una serie de protestas antinucleares coordinadas internacionalmente y que iban a durar una semana. Millones de personas preocupadas unirían sus manos y embotellarían el tráfico en las calles de las grandes ciudades, haciendo oír su voz a costa de la normalidad. Habría concentraciones en los parques, en las plazas y frente a los edificios oficiales. Políticos y hombres de Estado, conscientes de la fuerza de esa marejada, habían prometido hablar a la multitud en París y Bonn, Roma y Madrid, Bruselas y Londres, Toronto, Ottawa, Nueva York y Washington. Y una vez más, como de costumbre, tanto los defensores sinceros como los simples aduladores de esas sociedades echarían la culpa de la falta de progresos en el control de armamentos a la intransigencia de malignos adversarios, no a sus propias torpezas. Los auténticos y los falsos desfilarían juntos, ninguno seguro del que tenía al lado.

En todas partes, las multitudes tomarían partido sobre problemas hondamente sentidos y por eso capaces de causar profundas divisiones: los creyentes en la limitación general de armamentos se enfrentarían a los convencidos de la eficacia de la pura fuerza, y seguramente sería a éstos a quienes se escuchase. Nadie pensaba que esas demostraciones masivas transcurriesen sin incidentes, pero ¿dónde podían llegar tales enfrentamientos si eran también masivos? Unidades de terroristas fanáticos financiados anónimamente, convencidos de su misión de infiltrarse e irrumpir salvajemente a fin de hacer que calase su mensaje, un mensaje

Librodot

de agravios reales o imaginados que nada tenían que ver con las protestas y que provocarían una situación caótica, ante todo porque las multitudes no pertenecían a su mundo ni compartían su fiebre. Multitudes de todos los países; ésas eran las hordas humanas capaces de ser galvanizadas por la súbita irrupción de la violencia y conducidas a un estado de locura. Que sería el preludio. En todas partes.

Las demostraciones estaba programadas para dentro de tres días.

Peter Stone descendió por el amplio camino de tierra que conducía al lago, detrás de la casa con el tejado en ángulo agudo y casi hasta el suelo, en algún lugar del bajo New Hampshire, no sabía bien dónde, sólo que estaba a veinte minutos del aeropuerto. Iba a anochecer, a terminar un día lleno de sorpresas, y al parecer aún le esperaban más. Hacía diez horas, desde su habitación del Algonquin, había llamado a la Swissair para ver si el vuelo de Ginebra llegaba a su hora, y le habían dicho que traía treinta y cuatro minutos de adelanto y, salvo demoras para el aterrizaje, se le esperaba media hora antes de lo debido. Esa fue la primera sorpresa, y no tuvo consecuencias; pero la segunda sí. Había llegado al aeropuerto Kennedy poco antes de las dos, y al cabo de unos minutos oyó llamar por los altavoces a un tal «señor Lackland», el nombre que él había dado a Nathan Simon.

-Tome el avión de las Pilgrim Airlines hasta Manchester, en New Hampshire -le había dicho el abogado-. Hay una reserva a nombre de Lackland en el de las tres y cuarto. ¿Puede hacerlo?

-Será fácil. El vuelo de Ginebra llega temprano. ¿Supongo que es en La Guardia?

-Si. En Manchester se encontrará con un hombre pelirrojo. Ya le he dado su descripción. Nos veremos a eso de las cinco y media.

-¿Manchester, en New Hampshire?

Stone estaba tan seguro de que Simon le pediría que fuese a Washington que ni siquiera se había molestado en echarse al bolsillo un cepillo de dientes.

La sorpresa número tres fue el correo de Ginebra. Una inglesa estirada y lúgubre, con cara de granito pálido y el par de ojos menos comunicativos que había visto fuera de la plaza Dzerzhinsky. Según lo convenido, se reunió con él frente al mostrador de la Swissair, con un ejemplar del Economist en la mano izquierda. Tras estudiar el lado que no era de su anticuada identificación oficial, le dio el maletín e hizo la siguiente declaración, en tono iracundo:

-No me gusta Nueva York; nunca me ha gustado. Tampoco me gusta volar, pero han sido todos tan amables, y es mejor pasar el mal trago de una vez, ¿no le parece? Tengo que volver a Ginebra en el siguiente avión. Echo de menos mis montañas. Me necesitan, y yo trato de darme a ellas por completo, ¿comprende?

Con tan abstrusa información y un amago de sonrisa, echó a andar con paso no muy seguro hacia la escalera mecánica. Fue entonces cuando Stone empezó a comprender. Los ojos de la mujer no revelaban su estado, pero el conjunto de su persona sí. Estaba borracha -o, tal vez, «piripi »- porque había vencido el miedo a volar a base de valor líquido. Converse había elegido un correo bien extraño, pensó Stone, pero al momento cambió de idea. ¿Podría haber alguien menos sospechoso?

La cuarta sorpresa tuvo lugar en el aeropuerto de Manchester. Un tipo pelirrojo y exuberante de mediana edad le saludó como si ambos fuesen miembros de una fraternidad de alguna Universidad del Medio Oeste a finales de los años treinta, cuando tales lazos se consideraban mucho más profundos que los de sangre. Tan efusivo estuvo que Stone no sólo se sintió violento ante aquel despliegue de camaradería, sino seriamente preocupado por si atraían sobre ellos una atención no deseada. Pero, una vez en el aparcamiento, el pelirrojo lo

Librodot

estrelló de pronto contra la puerta del coche y le puso una pistola en la nuca mientras con la mano libre tanteaba sus ropas en busca de un arma.

-¡No iba a arriesgarme a pasar por los detectores de metales con una pistola, maldita sea! -protestó el ex agente de la CIA.

-Sólo es para asegurarme, fantasma. Los conozco bien, y sé que se creen alguien. Fui federal.

-Eso explica muchas cosas -dijo Stone, y hablaba en serio.

-Conduce usted.

-¿Es una pregunta o una orden?

-Una orden. Todos los fantasmas conducen -replicó el pelirrojo.

La sorpresa número cinco sobrevino en el coche, mientras Stone hacía los repentinos giros que le ordenaba el hombre del pelo rojo, que volvió a meter la pistola en la sobaquera con gesto indiferente.

-Lo siento -dijo en tono mucho menos hostil que en el aparcamiento, pero muy alejado de la falsa exuberancia del terminal-. Tenía que tener cuidado, echarle un tiento, saber por dónde andaba, ya me entiende. Nunca fui federal; odiaba a esos tipos. Siempre querían hacerte ver que eran mejores que tú sólo porque venían del D.C. Fui policía en Cleveland y me llamo Gary Frazier. ¿Cómo está?

-Algo más cómodo. ¿Adónde vamos?

-Lo siento, compañero. Cuando quiera que lo sepa ya se lo diré.

La sorpresa número seis le esperaba a Stone cuando, tras ascender por las colinas de New Hampshire, llegó a una casa de madera y cristal rodeada de árboles, con la estructura de una V invertida, dos plantas menguantes que daban por todas partes a los bosques y el agua. Nathan Simon bajó los escalones de piedra de la entrada para recibirlo.

-¿Lo ha traído? -preguntó.

-Aquí está -dijo Stone, dando el maletín al abogado por la ventanilla abierta-. ¿Dónde estamos? ¿A quién ha venido a ver?

-Es una residencia que no figura en ninguna parte, pero si todo está en orden le llamaremos. Hay habitaciones de invitados junto al cobertizo, abajo en el lago. ¿Por qué no se refresca un poco después del viaje? El chófer le indicará el camino. Si le necesitamos para algo, le llamaremos por teléfono. Es un número independiente de la casa; no tiene más que descolgar.

Y ahora Peter Stone estaba bajando por el amplio camino de tierra que conducía al cobertizo del lago, consciente de que había ojos siguiéndolo. Sorpresa número seis: no tenía la menor idea de dónde estaba y Simon no iba a decírselo a menos que «todo estuviese en orden», lo que tampoco sabía qué quería decir.

Las habitaciones de huéspedes a que había aludido el abogado eran una especie de chalé de tres habitaciones al borde del lago con una entrada al cobertizo adyacente, en el que estaban amarrados una pequeña motora lustrosa y un catamarán inclasificable, que parecía mas bien una balsa con dos asientos de lona y equipo para pesca de arrastre. Stone vagó por allí tratando de encontrar algún indicio de la identidad del propietario, pero no había nada. Ni siquiera los nombres de las embarcaciones eran significativas, aunque no careciesen de humor. El enorme velero con aspecto de balsa se llamaba Halcón, mientras que a la pequeña lancha de aspecto agresivo le habían puesto Paloma.

El ex agente de inteligencia se sentó en el porche y contempló las tranquilas aguas del lago y las verdes y onduladas colinas de New Hasmpshire, sobre las que empezaba a caer la tarde. Todo estaba en calma. Incluso los gritos de los somormujos parecían proclamar la perenne tranquilidad de aquel lugar. Pero Stone no estaba tranquilo por dentro; tenía el

Librodot

estómago revuelto y recordó lo que Johnny Reb solía decir cuando estaban en campaña:«Confía en el estómago, Hermano Conejo, confía en la bilis. Nunca mienten.» Se preguntó qué estaría haciendo el Rebelde, de qué estaría enterándose.

Sonó el teléfono dentro de la cabaña, acompañado de un estridente y enervante repiqueteo de la campana del porche. Como si hubiera recibido una descarga eléctrica, Stone saltó de su asiento, empujó la puerta y cruzó rápidamente la habitación hasta el aparato.

-Venga a la casa, por favor -dijo Nathan Simon, y añadió-. Si estaba en el porche, le pido perdón por no haberle dicho lo de la condenada campana.

-Acepto sus disculpas. Si estaba.

-Es para los invitados que esperan llamadas y pueden estar fuera, en uno de los barcos.

-Los somormujos parecen tranquilos. En seguida estaré ahí. Subió por la senda de tierra y vio al abogado de pie junto a la puerta de tela metálica que servía de entrada a la casa por la parte del lago. Estaba en un patio al que se llegaba por unos curvos escalones de ladrillo. Empezó a subir, preparado para la sorpresa número siete.

El magistrado del Tribunal Supremo Andrew Wellfleet, con su ya ralo pelo blanco despeinado y cayéndole en mechones sobre la amplia frente, estaba sentado detrás de la gran mesa de su biblioteca. Tenía enfrente la voluminosa declaración jurada de Converse, sobre la que arrojaba luz una lámpara de pie situada a su izquierda. Pasaron unos momentos antes de que levantase la vista y se quitase las gafas con montura de acero. Su mirada era seria y desaprobadora, y hacía honor al apodo que le habían dado hacía ya más de dos décadas, al ser nombrado para el alto tribunal. Desde entonces se le conocía entre la gente del oficio por «el irascible Andy», pero nadie había puesto nunca en duda su gran inteligencia, su equidad y su devoción por la ley. Todo considerado, la sorpresa número siete era la mejor que Stone podía imaginar.

-¿Ha leído usted esto? -preguntó Wellfleet, sin molestarse en darle la mano ni en ofrecerle asiento.

-Sí, señor. En el avión. En esencia es lo que ya me había dicho por teléfono, por supuesto con muchos más detalles. Lo inesperado fue la declaración del francés, de Prudhomme. Nos dice cómo operan, hasta dónde son capaces de llegar.

-¿Y qué diablos pensaba hacer con todo ello? -El magistrado paseó la mano por la mesa, sobre la que estaban diseminadas las restantes declaraciones-. ¿Pedir a los tribunales de aquí y de Europa que por favor, si eran tan amables, expidiesen requerimientos restringiendo las actividades de todo el personal militar por encima de cierto grado, basándose en la posibilidad de que puedan formar parte de esto?

-Yo no soy abogado, y nunca pensé en los tribunales; pero sí que una vez que tuviésemos las palabras del propio Converse, junto con lo que ya sabíamos, sería suficiente para acudir a quienes podían hacer algo. Es evidente que Converse pensaba lo mismo cuando llamó al señor Simon, y no necesito recordarle que a ello se debe el que esté usted leyendo esos testimonios.

-No es suficiente -dijo el magistrado del Tribunal Supremo-. Y en cuanto a los tribunales, no debería tener que decírselo a usted, señor ex hombre de la CIA. Necesitan nombres, muchos más nombres, no sólo cinco generales de los que tres están retirados y a uno de ellos, el supuesto instigador, ha sufrido hace pocos meses una operación que lo dejó sin piernas.

-¿Delavane? -preguntó Simon, apartándose de la ventana.

-En efecto -dijo Wellfleet-. Un tanto patético, ¿no? No da exactamente la imagen de una gran amenaza.

-Eso podría convertirlo en una aún mayor.

Librodot

-No lo niego, Nate. Sólo estoy hablando de la colección que has reunido aquí. ¿Abrahms? Como te dirá cualquiera en Israel, es un exaltado aficionado a las palabras rimbombantes, un soldado brillante pero al que le faltan diez tornillos. Además, lo único que realmente le preocupa es Israel. ¿Van Headmer? Una reliquia del siglo xix, rápido con la soga de ahorcar pero cuya voz no significa nada fuera de Africa del Sur.

-Señor magistrado -dijo Stone, ya con mayor firmeza-, ¿insinúa que estamos equivocados? Porque si es así, hay otros nombres, y no me refiero sólo a un par de agregados a la Embajada de Bonn; nombres de personas a las que han matado sólo porque trataron de encontrar respuestas.

-¡No escucha usted! -estalló Wellfleet-. Acabo de decir a Nate que no niego nada. ¿Cómo podría hacerlo? ¡Cuarenta y cinco millones en exportaciones ilegales a las que no hay modo de seguir la pista! ¡Un aparato que puede manipular los medios informativos aquí y en Europa, corromper a todo tipo de organismos oficiales y, como muy bien dice aquí Nate, «crear un asesino psicópata» con el fin de descubrirlos a ustedes o hacerles desistir! No, señor, no digo que estén equivocados; lo que digo es que será mejor que haga aquello en lo que me dicen es experto, y que lo haga cuanto antes. Coja a ese Washburn y a cualquier otro que pueda encontrar en Bonn, hágase con una buena muestra de esa gente en el Estado y en el Pentágono y atibórrelos de droga o de lo que quiera que usted use y, ¡consiga nombres! Y si alguna vez dice que fui yo quien sugirió unas medidas tan desenfrenadas, que violan nuestros más sagrados derechos humanos, afirmaré que es usted un mentiroso. Hable con Nate. No tiene tiempo para sutilezas.

-Tampoco disponemos de los recursos necesarios -dijo Stone-. Como ya expliqué al señor Simon, cuento con algunos amigos a los que puedo llamar para pedirles información, pero nada como lo que usted sugiere... como lo que no ha sugerido. Simplemente, no tengo ni la influencia, ni los hombres, ni el equipo que hacen falta. Ni siquiera trabajo ya para el gobierno.

-En eso puedo ayudarle. -Wellfleet tomó una nota-. Tendrá cuanto necesite.

-Queda el otro problema -continuó Stone-. Por muchas pre-cauciones que tomemos, cundirá la alarma. Nos enfrentamos a de-votos de una causa, no a simples extremistas estúpidos. Están orquestados, tienen líneas de retirada y saben muy bien lo que hacen. Se trata de una progresión, de una capitalización lógica de secuencias hasta que nos veamos todos obligados a aceptarlos... o a aceptar lo inaceptable, la continuación de la violencia, de los disturbios a gran escala, de las matanzas.

-Muy atinado. ¿Y usted qué va a hacer? ¿Nada?

-De ninguna manera. Acertada o equivocadamente, creí a Con-verse cuando me dijo que con nuestras declaraciones, con todas las pruebas que le proporcionamos, el señor Simon podría hablar con personas a las que nosotros no teníamos acceso. ¿Por qué no iba a creerle? Era una ampliación de mi propio pensamiento, sin un Nathan Simon pero con el propio Converse. Sólo que mi método llevaría más tiempo. Las precauciones tendrían que ser mucho más complicadas, pero podría hacerse. Hablaríamos con las personas adecuadas e iniciaríamos el contraataque.

-¿En quién había pensado? -preguntó bruscamente Wellfleet.

-Ante todo en el presidente, como es de rigor. Después, dado que estamos tratando con media docena de países, en el secretario de Estado. Se organizaría inmediatamente un sistema de investigación de la máxima seguridad, que sin duda utilizaría esos productos de los que usted no ha hablado, hasta que contásemos con un personal intachable, hombres y mujeres de los que estuviésemos absolutamente seguros de que no tenían relaciones con esa Aquitania. Crearíamos células, puestos de mando aquí y en el extranjero. Diré de pasada que hay alguien que puede ayudarnos enormemente en esto, un hombre llamado Belamy, del M.I.6 británico. He trabajado con él y es el mejor, el que más sabe, y ha hecho cosas de este tipo. Una vez

implantadas nuestras células y a salvo su secreto, cogeremos a Washburn y al menos a otros dos cuyas señas personales conocemos en Bonn. Prudhomme puede darnos los nombres de quienes en la Súreté autorizan los traslados de personal, y que fueron quienes proporcionaron pruebas contra Converse cuando esas pruebas no existían. Y, como sabe por mi declaración, tenemos ya vigilada la isla de Scharhórn, que creemos es un punto neurálgico o un centro de comunicaciones. Con el equipo apropiado podríamos interceptarlo. Lo importante es ampliar los círculos de información. Una vez conocida una estrategia, se puede montar la correspondiente contraestrategia sin desencadenar la alarma. -Stone hizo una pausa y miró a ambos hombres-. Señor magistrado, señor Simon, fui jefe de destacamento en cinco puestos vitales de Gran Bretaña y el continente, y sé que puede hacerse.

-No lo dudo -dijo Nathan Simon-. ¿Cuánto se tardaría?

-Si el magistrado Wellfleet puede conseguirme la ayuda y el equipo que necesito, con las personas que yo seleccione, aquí y fuera, Derek Belamy y yo podemos organizar un plan intensivo. Podríamos estar en condiciones de actuar dentro de ocho o diez días.

Simon miró al magistrado del Tribunal Supremo y otra vez a Stone.

-No tenemos ocho o diez días -dijo-. Tenemos tres. Menos de tres ya.

Peter Stone contempló al alto y corpulento abogado de los ojos tristes y penetrantes, mientras notaba cómo la cara se le iba que-dando sin sangre.

El maullido del gato fue ahogado por la rabia. El general George Marcus Delavane volvió a dejar lentamente el teléfono en la consola. Con su medio cuerpo apoyado en la silla de ruedas y la cintura sujeta por correas a las barras de acero, sentía los brazos pesados y el aliento jadeante, mientras se le hinchaban las venas del cuello. Juntó las manos y entrelazó los dedos, apretando los nudillos uno contra otro hasta que la carne de alrededor se puso blanca. Después irguió la gran cabeza, y sus ojos fríos y coléricos se entrecerraron mientras miraba al ayudante uniformado que estaba en pie frente a la mesa.

-Han desaparecido -dijo, con su aguda voz fríamente controlada-. A Leifhelm se lo llevaron de un restaurante de Bonn. Dicen que había una ambulancia que salió pitando, nadie sabe adónde. A los escoltas de Abrahms los drogaron y otros ocuparon sus puestos. Se lo llevaron en su propio coche del Ejército, tras recogerlo enfrente de una sinagoga. Bertholdier no bajaba de su apartamento de la avenida Montaigne, por lo que el chófer subió a recordarle discretamente la hora. La mujer estaba atada desnuda sobre la cama, con la palabra «puta» escrita con lapiz de labios sobre sus pechos. Dijo que se lo habían llevado dos hombres a punta de pistola. Al parecer hablaron de un avión.

-¿Qué hay de Van Headmer? -preguntó el ayudante.

-Nada. Nuestro encantador y despreocupado africano cena en el club militar de Johannesburgo y dice que va a reforzar su escolta.

El no está en órbita; vive demasiado lejos para que importe.

-¿Qué quiere decir, general? ¿Qué ha ocurrido?

-¿Qué ha ocurrido? ¡Ha ocurrido ese Converse! Hemos creado nuestro peor enemigo, coronel, y no puedo decir que no nos lo advirtiesen. Lo dijo Chaim, y nuestro hombre en el Mossad lo puso bien en claro. Los norvietnamitas crearon un monstruo, como dijo el Mossad, y nosotros les hemos imitado. Deberíamos haberlo matado en París, y desde luego en Bonn.

-Usted no podía dar entonces esa orden. Tenía que saber quién lo enviaba, y si no conseguía averiguarlo necesitaba aislarlo, convertirlo... ¿cómo era aquello?, sí, en un paria, para que nadie saliese en su defensa. Era la estrategia adecuada, general, y aún sigue siéndola. Nadie se ha atrevido a apoyarlo ni se atreverá. Los mantuvo usted a raya, y ahora es demasiado tarde.

Los ojos de Delavane se agrandaron mientras escrutaba la cara del coronel.

-Ha sido usted siempre el mejor de los ayudantes, Paul. Sabe recordar con tacto a un superior que, a pesar de los periódicos fracasos, sus decisiones se basaban en motivos acertados, y esos motivos prevalecerán.

-He disentido cuando lo he creído necesario, general, porque cuanto sé lo aprendí de usted, de modo que me limitaba a hacerle acordarse de sí mismo. Y ahora, en este momento, estoy en lo cierto. Tenía usted razón.

-Si, la tenía... y la tengo. Ahora ya no importa. Se ha puesto todo en movimiento y nada puede detenerlo. A ese Converse, a ese enemigo osado y lleno de recursos, se le mantuvo también en jaque al obligarlo a mantenerse en continua huida, y ahora ya es tarde para él. En cualquier caso, los hombres de los que se ha apoderado son meros símbolos, imanes para atraer a otros. Eso es lo bueno de una estrategia hábil, coronel: que una vez puesta en movimiento, lamina como las olas del mar. La fuerza que las mueve es invisible, pero implacable; Los acontecimientos dictarán las únicas soluciones aceptables. Ese es mi legado, coronel.

Nathan Simon había casi acabado su explicación. Le había llevado menos de tres minutos, durante los cuales Peter Stone permaneció inmóvil, con los ojos clavados en el viejo, la cara pálida y en la boca un gusto insoportable.

-¿Se da cuenta del plan? -concluyó el abogado-. Las protestas comienzan en el Oriente Medio y siguen la marcha del sol y los usos horarios a través del Mediterráneo, por toda Europa y sobre el Atlántico, para culminar en Canadá y Estados Unidos. Empiezan en Jerusalén, con el movimiento Paz Ahora, y siguen por Beirut, Roma, París, Bonn, Londres, Toronto, Washington, Nueva York, Chicago... Concentraciones gigantescas en las capitales y las grandes ciudades, que abarcarán a todas las naciones y gobiernos en que se han infiltrado Delavane y su gente. Se producen enfrentamientos, y la inquietud inicial se transforma en graves disturbios con la irrupción de unidades terroristas. Bombas en los coches, o bajo las calles, en las alcantarillas, o arrojadas sin más sobre la muchedumbre, crearán una segunda oleada de mayor violencia, todo ello para provocar la confusión y el desorden masivos que necesitan para situar en posición a sus primeros actores. O, más exactamente, para que una vez en posición lleven a cabo sus misiones.

-Los asaltos finales -dijo Stone-. Asesinatos seleccionados.

-Caos -asintió Simon-. Los líderes mundiales muertos de pronto, confusión en la pirámide de la autoridad, demasiados hombres protestando, peleando entre sí, gritando que es a ellos a quienes corresponden sustituirlos. Una caos total.

-¡Scharhórn! -exclamó el ex oficial de inteligencia-. En este momento no tenemos otra opción. ¡Hay que entrar allí! ¿Puedo usar su teléfono, señor magistrado?

Sin esperar la respuesta, Stone fue hasta la mesa de Wellfleet al tiempo que sacaba su cartera y de ella el trocito de papel en el que había escrito un número de Cuxhaven, en Alemania Occidental. Dio la vuelta al aparato bajo la severa mirada del magistrado del Tribunal Supremo, descolgó y marcó. La secuencia de conexiones trasatlánticas resultó insoportable. Al fin sonó el timbre.

-¿Rebelde?

La catarata de insultos que dio la vuelta a medio mundo pudo ser oída incluso por Simon y Wellfleet. Stone la interrumpió.

-¡Cállate ya, Johnny! ¡Hace horas que no estoy cerca del hotel y no he tenido tiempo de llamar...! ¿Que tú qué? -El hombre de la CIA escuchaba, conteniendo la respiración y con los ojos cada vez más abiertos. Tapó el micrófono y se volvió a Nathan Simon-. ¡Dios mío, lo ha conseguido! -susurró-. Fotografías con infrarrojos, tomadas anoche y reveladas esta mañana.

Se ve claramente cómo desembarcan noventa y siete hombres de Scharhórn y se dirigen al aeropuerto y a la estación del ferrocarril. Cree que son los equipos de acción.

-¡Lleve esas fotos a Bruselas y vuele a Washington en el transporte militar más rápido que pueda encontrar! -ordenó el venerable magistrado del Tribunal Supremo.

39

-¡Absurdo! -gritó el general Jacques-Louis Bertholdier, desde el sillón de orejas tapizado en brocado del espacioso despacho del chateau alpino-. ¡No le creo una palabra!

-Esa es una de sus frases favoritas, ¿verdad? -dijo Converse, de pie junto al abierto ventanal catedralicio del otro lado de la habitación, por el que se veía el paisaje montañoso. Llevaba traje oscuro, camisa blanca y una corbata de uniforme, todo ello comprado en Chamonix-. Me refiero a la palabra «absurdo» -continuó-. La usó al menos dos veces cuando hablamos en París. Al parecer, cualquier información que no le gusta es absurda, y no sólo la información misma, sino también la persona que se la da. ¿Es ésa la opinión que tiene de quienes le llevan la contraria?

-¡Desde luego que no! Es sólo mi manera de tratar a los mentirosos. -La leyenda de Francia empezó a levantarse-. Yo no veo razón alguna....

-¡Siga ahí sentado! -le ordenó Joel- o sólo volverá a París su cadáver- añadió llanamente, sin hostilidad-. Ya le dije que sólo quería mantener esta conversación con usted. No nos llevará mucho tiempo, y después podrá irse. Ninguno de ustedes fue tan indulgente.

-No nos servia para nada. Lamento ser tan brusco, pero es la verdad.

-Si era tan inútil, ¿por qué no me mataron sin más? ¿Por qué se tomaron tantas molestias para hacer de mí un asesino, un hombre buscado por toda Europa?

-Eso fue cosa del judío.

-¿Del judío? ¿Chaim Abrahms?

-Ya no tiene importancia -dijo Bertholdier-. Nuestro hombre en el Mossad, que le diré de pasada es un brillante analista, nos convenció de que si no podíamos descubrir de dónde venía usted, si usted mismo no lo sabía, teníamos que ponerlo en «territorio prohibido»; creo que ésa fue la expresión. Y acertaba. Nadie le apoya. Era usted... es, realmente intocable.

-¿Por qué no importa ya que me haya dicho algo que supone ya sé?

-Porque ha perdido, monsieur Converse.

-¿Que he perdido?

-Si, y si se hace ilusiones de drogarme, como nosotros le drogamos a usted, permítame ahorrarle y ahorrarme lo incómodo de tales procedimientos. No tengo la información. En realidad, no la tiene nadie. Sólo una máquina, que al ser puesta en marcha da órdenes.

-¿A otras máquinas?

-Por supuesto que no. A hombres, hombres que harán lo que han sido entrenados para hacer, que creen en lo que hacen. No tengo la menor idea de quiénes son.

-Se trata de una matanza, ¿verdad?, y ellos son los asesinos.

-Toda guerra se reduce a matar, muchacho, y no se confunda: esto es una guerra. El mundo está harto, y nosotros vamos a meterlo en varas. Ya lo verá; no se nos opondrá nadie. No sólo somos necesarios, sino que nos esperan con los brazos abiertos.

-«Acumulación, aceleración rápida.» ¿No fueron ésas las palabras?

-El judío se precipitó. Habla demasiado.

Librodot

-El dice que usted es el ser más estúpido y presumido del mundo. Me dijo que él y Van Headmer iban a ponerlo en una habitación de cristal llena de jovencitos y jovencitas para verlo retorcerse con el infarto.

-Sus conversaciones eran siempre de mal gusto. Pero no, no le creo.

-Entonces volvemos a lo que dije antes. -Joel se apartó de la ventana y se sentó en un sillón que quedaba en diagonal frente a Bertholdier-. ¿Por qué le resulta tan difícil creerlo? ¿Porque no había pensado en ello?

-No, monsieur; porque es impensable.

Converse señaló el teléfono que había sobre la mesa.

-Sabe sus números privados -dijo-. Llámelos. Llame a Leifhelm a Bonn y a Abrahms a Tel-Aviv. También a Van Headmer, si quiere, que me han dicho que está en Estados Unidos, probablemente en California.

-¿En California?

-Pregúnteles a todos. Pregunte a cada uno si vino a verme en aquella pequeña casa de piedra de la finca de Leifhelm y de qué hablamos. Adelante; ahí tiene el teléfono.

Bertholdier contempló fijamente el aparato mientras Joel contenía el aliento. Después el militar se volvió otra vez a Converse. Había podido más la duda que el deseo.

-¿Qué está tratando de hacer? ¿Qué clase de truco es éste?

-¿Truco? Ahí está el teléfono. No puedo prepararlo, ni tampoco hacer que marque el número que yo quiera o contratar a personas a cientos o miles de millas de aquí para que hagan el papel de esos hombres.

El francés volvió a clavar los ojos en el teléfono.

-¿Qué podría decirles? -musitó, más para sí mismo que para Joel.

-Pruebe con la verdad. Usted se llena la boca con ella, tal como usted la ve, cuando se refiere a los grandes conceptos globales, y esto es sólo un asunto menor, unas omisiones sin importancia. Omitieron decirle que todos ellos vinieron a verme. O quizá esas omisiones no tenían tan poca importancia...

-¿Cómo puedo saber que fueron a verlo?

-No me ha escuchado. Le dije que probase con la verdad. Hice que lo secuestrasen. Fui yo quien lo hizo raptar, no ningún otro; y lo hice porque no comprendía, y si el golpe tiene éxito quiero salvar mi vida. Ahí fuera hay un mundo enorme, general. Ustedes dejarán intactas grandes partes de él, y yo podría vivir tan ricamente siempre que no tuviese que preocuparme de que alguien pudiera salir de un portal y volarme la cabeza.

-No es usted el hombre que pensé... que pensamos que era.

-Todos somos lo que las circunstancias nos hacen ser. Yo he sudado ya lo mío, y he decidido retirarme del oficio de cruzado, de denunciante de ilegalidades o como prefiera llamarlo. ¿Le gustaría saber por qué?

-Mucho -dijo Bertholdier, mirando fijamente a Joel, mientras luchaban en sus ojos la confusión y la curiosidad.

-Porque le escuché en Bonn. Quizá tenga usted razón, o quizá simplemente ya no me importa porque los otros me dejaron a la intemperie. Tal vez en estos momentos el mundo necesita realmente a sus arrogantes bastardos.

-¡Los necesita! ¡No hay otro camino!

-Entonces ¿estamos en el año de los generales?

-¡No simplemente generales! Somos los consolidadores, los símbolos de la fuerza, la disciplina y el orden legítimo. Seguramente lo que a partir de ahora va a ocurrir en los mercados internacionales, en la política extranjera conjunta, y sí, también en la justicia,

reflejará nuestro liderazgo, nuestro ejemplo, y de todo ello surgirá lo que más falta hace hoy en el mundo: ¡estabilidad, monsieur Converse! No más locos como el senil Jomeini o el bocazas de Gadafi o esos locos de palestinos. Tales hombres y tales naciones y supuestas naciones se verán atenazados por auténticas fuerzas internacionales, aplastados por el poder abrumador de gobiernos obedientes a una misma opinión. El castigo será rápido y total. Soy un estratega de cierta reputación, de modo que permítame asegurarle que los rusos permanecerán al margen, asombrados, sin atreverse a intervenir, sabiendo al fin que ya no pueden seguir dividiéndonos. ¡No podrán hacer ruido de sables, asustando a una parte mientras apaciguan a las demás, porque seremos todos uno!

-Aquitania -dijo suavemente Joel.

-Un nombre en clave muy apropiado, sí -asintió Bertholdier.

-Resulta usted tan convincente como en Bonn -añadió Converse-. Y tal vez todo eso podría resultar, pero no de ese modo, no con su gente.

-¿Perdón?

-Nadie tiene que dividirlos; ya están ustedes a años luz unos de otros.

-No comprendo.

-Haga esas llamadas, general. No se preocupe. Llame primero a Leifhelm. Dígale que acaba de hablar con Abrahms en Tel-Aviv y está asombrado. Diga que Abrahms quiere reunirse con usted porque tiene información acerca de mí, y ha admitido que él y Van Headmer vinieron a verme a solas en Bonn. Podría añadir que yo le dije a Abrahms que él y su amigo africano eran mi segundo y mi tercer visitante. El primero fue Leifhelm.

-¿Por qué iba a decirle eso?

-Porque está usted que echa chispas. Nadie le habló de esas reuniones por separado conmigo y las considera una marranada, o al menos debería. Hace un momento dijo usted que yo no les servía para nada. Bien; prepárese para recibir una sorpresa, general.

-¡Explique eso!

-No. Use el teléfono. Escuche lo que dice, cómo reacciona, cómo reaccionan todos ellos, y lo sabrá. Vea si estoy diciéndole la verdad.

Bertholdier puso las manos en los brazos del sillón de brocado y empezó a levantarse, con los ojos fijos en el teléfono. Converse seguía sentado inmóvil, observando atentamente al francés, sin apenas respirar y con el pulso acelerado. De pronto el general se dejó caer violentamente otra vez en el sillón y se aferró a sus brazos.

-¡Está bien! -gritó-. ¿De qué hablaron? ¿Qué dijeron?

-Creo que antes debería usar ese teléfono.

-¡Es inútil! Como usted dice, no puede hacerle marcar otros números. Bueno, supongo que podría, pero ¿para qué? ¿Impostores? ¡Es ridículo! Me bastaría una pregunta para desenmascararlos.

-Mayor razón para llamar -dijo tranquilamente Joel-. Sabría que estoy diciéndole la verdad.

-Y proporcionaría una ventaja cuando a mí no se me ha dado ninguna.

Converse volvió a respirar normalmente.

-Depende de usted, general. Sólo busco una salida segura.

-Entonces dígame lo que le dijeron.

-Me preguntaron lo más obvio, como si no confiasen en las drogas o en quien las administraba o unos en otros: que a quién representaba yo realmente. -Joel hizo una pausa; estaba a punto de lanzar el anzuelo a un testigo, pero sabía que tenía que echarse atrás

Librodot

instantáneamente si fallaba-. Creo que ya mencioné a Beale el de Mikonos -arriesgó, vacilante.

-En efecto -confirmó el general-. Tratamos de comunicar con él hace varios meses, pero nuestro contacto no volvió. Usted explicó también eso.

-¿Pensaron que podía ser uno de los suyos?

-Pensamos que había renunciado a una brillante carrera militar por puro asco. Al parecer, se trataba de un tipo de asco diferente, de esa debilidad que nos repugna. Pero no es eso lo que me interesa. Hizo usted referencia a lo de poder prescindir de una persona. Eso es lo que quiero saber, ahora.

-¿Lo quiere tal cual, sin adornos?

-Nada de adornos, monsieur.

-Leifhelm dijo que usted estaría fuera en cuestión de meses, si no antes. Da demasiadas órdenes y los otros están hartos de ellas... y quiere demasiado para Francia.

-¿Leifhelm? ¿Esa comadreja hipócrita que vendió su alma hasta negar cuanto profesaba, que traicionó a sus jefes en Nuremberg, proporcionando al tribunal todo tipo de pruebas para abrirse camino como un gusano hasta las entrañas de los aliados? ¡Fue algo que nos humilló a todos, cualesquiera que fuesen nuestros compromisos! Trajo el deshonor a la profesión más honorable de este mundo. ¡Permítame decirle, monsieur, que no soy yo quien quedará fuera, sino él!

-Abrahms dijo que era usted una vergüenza sexual -continuó Converse, como si la respuesta de Bertholdier careciese de importancia-. Esa fue la frase que empleó, una vergüenza sexual. Dijo que existían antecedentes, que él había obtenido, que hablaban de una serie de violaciones, femeninas y masculinas, que fueron tapadas por el Ejército francés porque era usted muy bueno en su oficio. Y después planteó la cuestión: ¿podía un aprovechado bisexual, alguien que abusaba de las mujeres a capricho y sodomizaba a jóvenes y niños, que corrompía la palabra «interrogatorios», así como a secciones enteras del cuerpo de oficiales, ser realmente considerado como la cabeza francesa de Aquitania? Dijo también que usted quería tener demasiados controles centralizados en su propio gobierno, pero que para cuando existiesen esos controles usted ya estaría fuera.

-¿Fuera? -exclamó el francés, con los ojos otra vez como brasas, igual que hacía semanas en París, y todo su cuerpo temblando de rabia-. ¿Condenado por un bárbaro, un judío maloliente e inculto?

-Van Headmer no llegó tan lejos. Dijo que, simplemente, era usted demasido vulnerable...

-¡Olvídese de Van Headmer! -rugió Bertholdier-. ¡Es un fósil! Si se contó con él fue sólo porque podía proporcionar materias primas. Carece de importancia.

-Eso pensaba yo -asintió Joel sin mentir.

-Pero ese israelí engreído y malhablado, ¿cree que puede hacer algo contra mí? Permítame decirle que ya en otra ocasión fui amenazado, por un gran hombre, y que esas amenazas se quedaron en nada porque, como usted dice, yo era «muy bueno» en mi oficio ¡y aún lo soy!, y que hay otros antecedentes, una hoja de servicios distinguidos y brillantes, que borra cualquier mezcla de sucios rumores y comadreo cuartelero. No hay nadie en Aquitania que iguale mi historial, y eso incluye al egomaníaco sin piernas de San Francisco. ¡El cree que todo fue idea suya! ¡Absurdo! ¡Fui yo quien lo perfeccionó! El se limitó a darle un nombre basado en una rebuscada interpretación de la historia.

-También puso el plan en marcha exportando un montón de armas -interrumpió Converse.

-¡Porque estaban allí y había una ganancia a la vista! -El general hizo una pausa y se echó hacia adelante en su asiento-. Seré franco con usted. Como en cualquier cuerpo de

mando de élite, un hombre se alza sobre los demás por la simple fuerza de su personalidad y su inteligencia. A mi lado los otros, todos los otros, palidecen en la mediocridad. Delavane es una caricatura deforme e histérica, Leifhelm un nazi, y Abrahms un polemista rimbombante, capaz de provocar él solo oleadas de antisemitismo, lo más contrario a un líder que cabe imaginar. Cuando de la confusión y el pánico surjan los tribunales, recurrirán a mí. Yo seré el verdadero jefe del nombre en clave Aquitania.

Joel se levantó, volvió a la ventana y contempló el paisaje montañoso, sintiendo la suave brisa en la cara.

-El examen ha terminado, general -dijo.

Como a una señal, se abrió la puerta y allí estaban esperando un ex sargento mayor del Ejército francés destinado en Argelia para escoltar a la desconcertada leyenda de Francia.

Chaim Abrahms saltó del sillón de brocado con su pecho de tonel tensando las costuras de la negra sahariana.

-¿Que dijo eso de mí? ¿No sería de sí mismo?

-Ya le dije antes de entrar en nada de esto que usase el teléfono -dijo Converse, sentándose frente al israelí con la pistola al lado, sobre la mesa-. No acepte mi palabra. He oído decir que es usted hombre de gran instinto. Llame a Bertholdier. No tiene que explicarle dónde está; es más, le metería una bala en la cabeza si lo intentase. Limítese a decirle que uno de los guardas de Leifhelm, un hombre al que compró para que le mantuviese informado a causa de una cierta desconfianza innata que usted tiene en los alemanes, le contó que él, Bertholdier, vino a verme sólo en dos ocasiones. Dado que yo no he aparecido, quiere saber por qué. Eso hará efecto. Oirá lo suficiente para saber si estoy diciéndole la verdad.

Abrahms miró de arriba abajo a Joel.

-Pero ¿por qué me dice esa verdad, si es que lo es? ¿Por qué me secuestra para decirme esas cosas? ¿Por qué?

-Creí que ya se lo había aclarado lo suficiente. Se me está acabando el dinero, y, aunque no me vuelven loco el lox y el kreplach, estaría mucho mejor viviendo seguro en Israel que a salto de mata por Europa para acabar de mala manera. Es algo que usted puede hacer por mí, pero se que antes debo darle algo a cambio, y en ello estamos. Bertholdier intenta apoderarse de lo que llama «nombre en clave Aquitania». Dijo que era usted un judío malhablado, un antilíder, y que tendría que irse. Lo mismo dijo de Leifhelm, que no podía tolerarse al fantasma de un nazi, y de Van Headmer que era un «fósil». Esa fue la palabra, «fósil».

-Me parece estar oyéndolo -dijo suavemente Abrahms, yendo hacia la ventana con las manos a la espalda-. ¿Está seguro de que nuestro militar Boulevardier de la polla de acero no dijo «judío maloliente»? He oído a nuestro héroe francés utilizar tales palabras, siempre, por supuesto, disculpándose, diciéndome que no iban con-migo.

-Las utilizó.

-Pero ¿por qué? ¿Por qué iba a decirle tales cosas a usted? No niego su lógica. Leifhelm será fusilado una vez establecidos los controles. ¿Un nazi al frente del gobierno alemán? ¡Absurdo! Incluso Delavane lo comprende. Será eliminado. Y el pobre Van Headmer es una reliquia, todos lo sabemos. Claro que en Africa del Sur hay oro, y él podría proporcionarlo. Pero ¿por qué usted? ¿Por qué iba Bertholdier a acudir a usted?

-Pregúnteselo usted mismo. Ahí está el teléfono. Úselo.

El israelí estaba de pie, inmóvil y con sus ojillos encerrados en bolsas de carne fijos en Converse.

-Lo haré -dijo en tono tranquilo y enfático-. Es usted demasiado listo, señor abogado. El fuego que lleva dentro sigue en su cabeza, no ha llegado a sus entrañas. Piensa demasiado. ¿Dice que fue manipulado? Yo digo que es usted quien manipula.

Librodot

Abrahms dio media vuelta y se dirigió como un fornido Coriolano al teléfono. Estuvo allí un momento, entornando los ojos, recordando, y al fin cogió el aparato y marcó la serie de números confiada hacía largo tiempo a la memoria.

Joel siguió sentado, con todos los músculos de su cuerpo en tensión y la garganta de pronto seca. Poco a poco, fue acercando la mano que tenía sobre el brazo del sillón a la pistola. Podía tener que usarla dentro de unos segundos, al ver su estrategia, la única de que disponía, deshecha por una llamada telefónica que nunca pensó llegase a hacerse. ¿En qué se había equivocado? ¿Adónde estaban llevándolo sus jactanciosas tácticas de examen? ¿Había olvidado con quiénes trataba?

-Clave Isaías -dijo Abrahms al teléfono, con sus ojos coléricos otra vez clavados en Converse-. Póngame con Verdun-sur-Meuse. ¡Rápido! -El macizo pecho del israelí se alzaba a cada respiración, pero era la única parte de su fornida humanidad que se movía. Habló de nuevo, furioso-. ¡Si, clave Isaías! ¡No puedo perder el tiempo! ¡Póngame con Verdun-sur-Meuse! ¡Ahora! -Los ojos de Abrahms se ensancharon mientras escuchaba. Apartó brevemente la vista de Converse y después volvió súbitamente la cabeza hacia él, con los ojos llenos de odio-. ¡Repita eso! -exclamó, y colgó el teléfono con tal fuerza que la mesa tembló-. ¡Mentiroso! -gritó.

-¿Se refiere a mí? -preguntó Joel, con la mano a pocos centímetros del arma.

-¡Dicen que ha desaparecido, que no consiguen encontrarlo!

-¿Y...?

La garganta de Converse era ahora un vacío. Había perdido.

-¡Miente! ¡El polla de acero no es más que un quejica cobarde! ¡Se esconde! ¡Me huye! ¡No se atreve a enfrentarse conmigo!

Joel tragó repetidamente saliva mientras apartaba la mano del arma.

-Fuerce la decisión -dijo, esforzándose porque no le temblase la voz-. Averigüe dónde está. Llame a Leifhelm, a Van Headmer. Diga que es imprescindible comunicar con Bertholdier.

-¿Para qué? ¿Para que sepa que lo sé? ¡Tuvo que darle a usted una razón! Para empezar, ¿por qué fue a verle?

-Preferí esperar a que hablase usted con él -dio Converse, cruzando las piernas y cogiendo el paquete de cigarrillos que había junto a la pistola-. Podía habérselo dicho él. Tenía la idea de que me había enviado Delavane para ponerlos a prueba, para ver quién podía traicionarlo.

-¿Traicionarlo? ¿Traicionar al muñones? ¿Cómo? ¿Por qué? Y si su pavo real francés creía eso, repito, ¿por que iba a decírselo a usted?

-Soy abogado. Le provoqué. Una vez que comprendió lo que yo sentía por Delavane, lo que me había hecho ese bastardo, supo que no podía tener nada que ver con él. Derribadas sus defensas, el resto fue fácil. Y mientras hablaba vi un modo de salvar mi vida. -Joel encendió un cigarrillo-. Hablando con usted -añadió.

-¿De modo que al final apuesta por la moralidad de un judío, por su capacidad para reconocer una deuda?

-En parte sí, pero no del todo, general. Sé algo acerca de Leifhelm, del modo en que ha brujuleado a lo largo de su vida. Le hubiese matado y después enviado a sus hombres tras el resto de ustedes, quedando él a la cabeza.

-Eso es exactamente lo que hubiese hecho -admitió el israelí. -Y yo no creía que Van Headmer tuviese la menor autoridad real al norte de Pretoria.

-También acertado -dijo Abrahms, volviéndose hacia Converse-. De modo que el monstruo creado en el Sudeste de Asia es un superviviente.

-Seamos más concretos -dijo Joel-. Fui enviado por personas a las que no conozco, que me abandonaron sin plantearse para nada mi culpabilidad o inocencia. Por lo que sé, se unieron a la caza para matarme, para salvar sus propias vidas. Dadas esas condiciones, intento sobrevivir.

-¿Qué hay de la mujer, de su mujer?

-Va conmigo. -Converse dejó el cigarrillo y cogió la pistola-. ¿Cuál es su respuesta? Puedo matarlo ahora o dejar eso para Bertholdier o para Leifhelm, si él mata primero al francés. 0 puedo apostar por su moralidad, por el honor que hace a las deudas. ¿Qué prefiere?

-Deje la pistola -dijo Chaim Abrahms-. Tiene la promesa de un sabra.

-¿Qué va a hacer? -preguntó Joel, volviendo a poner el arma sobre la mesa.

-¿A hacer? -gritó el israelí, en un súbito ataque de ira-. ¡Lo que he intentado hacer siempre! ¿Cree que concedo algún valor a esa abstracción, esa infraestructura de Aquitania? ¿Cree que me importan un comino los títulos, las etiquetas o las cadenas de mando? ¡Todo para ellos! Lo único que me importa es que funcione, y para que funcione la respetabilidad debe surgir del caos junto con la fuerza. Bertholdier tenía razón. Soy una figura demasiado polémica, y además judío, para ser tan visible en el escenario euroamericano. De modo que seré invisible... excepto en Eretz Yisrael, donde mi palabra será la ley de este nuevo orden. Yo en persona ayudaré al toro francés a conseguir cuantas medallas quiera. No combatiré contra él; lo controlaré.

-¿Cómo?

-Porque puedo acabar con su respetabilidad.

Converse se echó adelante en el asiento, disimulando su asombro.

-¿Su vida sexual? ¿Esos escándalos enterrados?

-¡No, por Dios, no sea imbécil! Si usted le da un golpe bajo a alguien en público se meterá en un lío. La mitad se lo afearán pensando que podría ocurrirles a ellos, y la otra mitad aplaudirá el valor de quien se atrevió a hacer lo que ellos están deseando y no se atreven.

-¿Entonces cómo, general? ¿Cómo puede hacer eso, acabar con su respetabilidad?

Abrahms volvió a sentarse en el sillón de brocado, con su grueso cuerpo encajado peligrosamente a presión entre los brazos de caoba delicadamente tallados.

-Denunciando el papel que ha desempeñado en el «nombre en clave Aquitania», los papeles que todos desempeñamos en esta extraordinaria aventura que obligó al mundo civilizado a acudir a nosotros, a la fuerza de nuestra profesionalidad. Es muy posible que toda la Europa libre acuda a Bertholdier, como estuvo a punto de acudir Francia después de De Gaulle. Pero a un hombre como Bertholdier hay que entenderlo. No busca meramente el poder, sino la gloria del poder: sus atavíos, su adulación, su mística. Preferiría renunciar a cierta autoridad intrínseca antes que perder un ápice de esa gloria. En cambio a mí la gloria me trae sin cuidado. Lo único que quiero es fuerza para conseguir lo que necesito, lo que exijo: el reino de Israel y su control de todo el Próximo Oriente.

-Usted le denuncia y al hacerlo se denuncia a sí mismo. ¿Cómo puede vencer de ese modo?

-Porque será él quien primero ceda. Pensará en la gloria y se someterá. Hará lo que yo diga, me dará lo que yo quiera.

-Yo creo que más bien hará que lo maten.

-No cuando sepa que si muero se publicarán varios cientos de documentos en los que se describen todas las reuniones a las que hemos asistido, todas las decisiones que hemos tomado. Le aseguro que está todo escrupulosamente detallado.

-¿Pensaba hacerlo desde el comienzo?

-Desde el comienzo.

-Juega usted duro.

-Soy un sabra. Juego con ventaja; sin eso va hace décadas que nos habrían aplastado.

-¿Hay entre esos documentos una lista de los que forman Aquitania?

-No. Nunca he tenido intención de poner en peligro el movimiento. Llámelo como quiera, pero creo realmente en esa idea. Debe haber un complejo militar-industrial internacional unificado. Sin él, el mundo caerá en la locura.

-Pero esa lista existe.

-En una máquina, una computadora, pero hay que programarla correctamente, utilizando las claves adecuadas.

-¿Podría hacerlo usted?

-No sin ayuda.

-¿Y qué me dice de Delavane?

-Es usted perspicaz -dijo el israelí, haciendo gestos de asentimiento-. ¿Qué quiere saber?

Joel tuvo que volver a dominar su asombro. Las claves de computadora que facilitaban la lista maestra de Aquitania estaban en poder de Delavane. 0 al menos lo estaban los símbolos decisivos. El resto lo aportaban los cuatro jefes del otro lado del Atlántico. Converse se encogió de hombros.

-En realidad no ha hablado usted de él. Lo ha hecho de Bertholdier, de la eliminación de Leifhelm y de la impotencia de Van Headmer, que no obstante podría proporcionar materias primas...

-Dije «oro» -corrigió Abrahms.

-Bertholdier dijo «materias primas». Pero ¿qué hay de George Marcus Delavane?

-Marcus está acabado. Lo hemos mimado todos, porque nos proporcionó la idea e hizo su parte en Estados Unidos. Tenemos equipo y material por toda Europa, sin hablar del contrabando que hemos enviado a los insurgentes, sólo para mantenerlos ocupados.

-Aclaración -interrumpió Joel– ¿«Ocupados» quiere decir matando?

-Todo es matar. A pesar de los falsos filósofos, los fines sí justifican los medios. Pregúntele a un hombre acosado por asesinos si sería capaz de enterrarse en excremento humano para ocultarse.

-Ya se lo he preguntado. Ese soy yo, ¿recuerda? ¿Qué hay de Delavane?

-Es un loco, un maníaco. ¿Ha oído alguna vez su voz? Habla como si le hubieran cogido los testículos en un torno de banco. Ya sabe que le cortaron las piernas, se las amputaron hace sólo unos meses a causa de la diabetes. ¡El gran general caído de un exceso de azúcar! Ha tratado de mantenerlo en secreto. No ve a nadie y ya no va por su impresionante despacho, lleno de fotos, banderas y un millar de condecoraciones. Opera desde su casa, donde los sirvientes sólo acuden estando él oculto en un dormitorio en penumbra. Cómo le gustaría que hubiera sido una granada de mortero o una carga a la bayoneta; pero no, sólo azúcar. Se ha puesto peor, es un loco de atar, pero incluso los locos pueden tener relámpagos de lucidez. El lo tuvo una vez.

-¿Qué pasará con él?

-Tenemos a su lado a un hombre, un ayudante con el grado de coronel. Cuando todo empiece, cuando nuestros comandos estén en sus puestos, cumplirá con las instrucciones que ha recibido. Marcus morirá en bien de su idea.

Ahora le tocó a Joel dejar su asiento. Una vez más, fue hasta el ventanal catedralicio del otro lado de la habitación y sintió en el rostro la brisa de la montaña.

-El examen ha terminado, general -dijo.

-¿Qué? -rugió Abrahms-. Usted quiere su vida. ¡Yo quiero garantías!

-Terminado -repitió Converse, mientras abría la puerta y entraba un capitán del Ejército israelí cuya pistola apuntaba a Chaim Abrahms.

-No habrá discusión entre nosotros, herr Converse -dijo Erich Leifhelm, de pie junto a la puerta del despacho, del que acababa de salir el médico de Bonn-. Ya tiene a su prisionero. Ejecútelo. Durante muchos años y de muchas maneras he estado esperando este momento. La verdad es que estoy cansado de tanto pesimismo.

-¿Está diciéndome que quiere morir? -preguntó Joel, de pie junto a la mesa donde tenía la pistola.

-Nadie quiere morir, y mucho menos un soldado en la tranquilidad de una habitación extraña. Son preferibles los tambores y las órdenes tajantes de un pelotón de fusilamiento; eso al menos tiene cierto sentido. Pero he visto demasiada muerte para ponerme histérico. Coja su pistola y acabe de una vez. Yo en su lugar lo haría.

Converse estudiaba la cara del alemán, cuyos extraños ojos sólo expresaban desprecio.

-¿Lo dice en serio?

-¿Tengo que dar las órdenes yo mismo? Recuerdo un noticiario de hace años en el que un negro hacía eso contra un paredón manchado de sangre en la Cuba de Castro. Siempre he admirado a aquel soldado. -De pronto Leifhelm gritó-: Achtung! Soldaten! Prasentiert das Gewehr.!

-¡Por el amor de Dios! -rugió Joel, por encima de la voz del fanático-. ¿Por qué no hablar?

-Porque no tengo nada que decir. ¡Hablan mis actos, ha hablado mi vida! ¿Qué ocurre, herr Converse? ¿No tiene estómago para las ejecuciones? ¿No puede darse la orden a si mismo? ¿Su conciencia de hombre pequeño, insignificante, no le permite matar? ¡Es usted ridículo!

-Le recuerdo, general, que he matado a varias personas estas últimas semanas. Las maté con mayor tranquilidad de la que nunca hubiera creído posible.

-El más vil de los cobardes es capaz de matar llevado por el pánico cuando se trata de salvar su vida. No es cuestión de carácter, sino de mera supervivencia. No, herr Converse; es usted insignificante, un impedimento que no les importa nada ni siquiera a sus propias fuerzas. Los hombres como usted abundan en este mundo. En su país tienen una extraña palabra que le va como un guante, y que nuestro socio utiliza con frecuencia. Es usted un shit-kicker, herr Converse, nada más y probablemente menos.

-¿Qué ha dicho? ¿Cómo me ha llamado?

-Me ha oído de sobra. Un shit-kicker, un hombrecillo que no es más que un puro desecho. Shit-kicker, herr Converse. Shit-kicker!

Estaba de nuevo, hacía una vida, en el puente de un portaaviones, y tenía enfrente aquella cara contorsionada, grotesca, aquella voz chillona. Shit-kicker! Shit-kicker!, Shit-kicker!, Shit-kicker! Siguieron otras explosiones, que lo lanzaron a las oscuras nubes, mientras el viento y la lluvia lo azotaban, martilleándolo en su caída hacia la tierra. Hacia la tierra y cuatro años de locura y muerte y chiquillos moribundos llorando. ¡Locura! Shit-kicker... Shit-kicker... Shit-kicker!

Converse alcanzó la pistola que estaba sobre la mesa. La empuñó y, con el índice en torno al gatillo, apuntó a Erich Leifhelm.

-Sólo entonces le recorrió un estremecimiento súbito. ¿Qué estaba haciendo? Necesitaba a los tres hombres de Aquitania. ¡No uno, ni dos, sino los tres! ¡Eran la base, la espina dorsal

de lo que tenía que hacer! Pero aún había algo más. Tenía que matar, que destruir a aquel virus humano que le miraba, deseando la muerte. ¡Dios Santo! ¿Habría vencido Aquitania después de todo? ¿Se habría él convertido en uno de ellos? De ser así, había perdido.

-Esa clase de valor está al alcance de cualquiera, Leifhelm -dijo suavemente, bajando el arma-. Mejor una bala rápida que otras opciones.

-Vivo con arreglo a mi código, y muero alegremente con arreglo a él.

-Querrá decir limpiamente, rápidamente no como en Dachau o en Auschwitz.

-Es usted quien tiene la pistola.

-Pensé que usted tenía algo que ofrecer.

-Mi sucesor ha sido elegido cuidadosamente. Él se encargará de los detalles, de que se cumpla hasta el último matiz de mi agenda.

La apertura estaba allí, una estrategia súbitamente revelada. Joel apretó el botón.

-¿Su sucesor?

-Ja.

-Usted no tiene sucesor, mariscal de campo.

-¿Qué?

-Como tampoco tiene agenda. Sin mí no tiene nada; por eso lo he traído aquí.

-¿Qué está diciendo?

-Siéntese, general. Tengo varias cosas que decirle, y por su propio bien estaría mejor sentado. Tal vez le resultase preferible la ejecución a lo que tengo que decirle.

-¡Mentiroso! -gritaba Erich Leifhelm cuatro minutos más tarde, con las manos aferradas a los brazos del sillón de brocado-. ¡Mentiroso, mentiroso! -rugía.

-No esperaba que me creyese -dijo con calma Joel, de pie en medio del espacioso despacho forrado de libros-. Llame a Bertholdier a París y dígale que acaba de oír algunas noticias preocupantes y le gustaría una aclaración. Dígaselo sin rodeos: se ha enterado de que, mientras usted estaba en Essen, Bertholdier y Abrahms vinieron a verme a su finca de Bonn.

-¿Cómo puedo saberlo?

-Diga la verdad. Pagaron a un guarda para que les abriese la puerta. No sé a cuál, no lo vi, pero uno de los guardas abrió la puerta y les dejó pasar.

-¿Porque creían que era usted un espía enviado por Delavane?

-Es lo que me dijeron.

-¡Fue usted drogado y no dijo nada de eso!

-Tenían sospechas. No conocían al médico ni se fiaban del inglés. No necesito decirle que tampoco se fían de usted. Pensaban que todo aquello podia ser un montaje y querían cubrirse las espaldas.

-¡Inverosímil!

-No si lo piensa-dijo Converse, sentándose junto al alemán-. ¿Cómo pude conseguir la información que tenía, cómo sabía exactamente con quién hablar, si no era por medio de Delavane?

-¿Que Delavane sería capaz de una cosa así... podría hacerlo? -empezó el asombrado Leifhelm.

-Ahora sé lo que eso significa -se apresuró a interrumpirle Joel, aprovechando la nueva apertura que se le ofrecía-. Delavane está acabado. Ambos lo admitieron cuando comprendieron que era la última persona en el mundo para la que yo trabajaría. Tal vez estaban arrojándome unos cuantos mendrugos antes de prepararme para mi ejecución.

-¡Era algo que había que hacer! -exclamó el un día joven mariscal de campo del Tercer Reich-. Sin duda lo comprenderá. ¿Quién era usted? ¿De dónde salía? Ni usted mismo lo sabía. Hablaba de nombres y listas sin importancia y de mucho dinero, pero no decía nada que tuviera sentido. ¿Quién se había infiltrado entre nosotros? Dado que no podíamos descubrirlo, había que convertirlo en un paria, en algo hediondo que nadie quisiera tocar.

-Lo hicieron muy bien.

-El mérito es mío -dijo Leifhelm con una inclinación de cabeza-. Intervino casi exclusivamente mi organización. Todo fue cosa mía.

-No le he traído aquí para hablar de sus éxitos, sino para salvar mi vida. Es algo que usted puede hacer por mí; la gente que envió no puede o no quiere, pero usted sí. Lo único que tengo que hacer es darle un motivo.

-¿Insinuándome que Abrahms y Bertholdier conspiran contra mí?

-No voy a insinuar nada; se lo diré claramente con sus propias palabras. Recuerde que ninguno de ellos pensó que yo saldría de su finca sino como un cadáver convenientemente liquidado a raíz de algún asesinato especialmente horrible. -De pronto Converse se levantó, sacudiendo la cabeza-. ¡No! -dijo con énfasis-. Llame a sus fieles aliados francés e israelí, a sus colegas de Aquitania. Dígales lo que quiera, pero escuche sus voces; podrá darse cuenta. Hace falta un mentiroso de tomo y lomo para descubrir a otros, y usted es el mejor.

-Encuentro eso ofensivo.

-Por extraño que le parezca, se lo he dicho como un cumplido. Por eso me dirigí a usted. Creo que es quien va a salir vencedor en esto, y después de lo que he pasado quiero estar al lado de un ganador.

-¿Por qué dice eso?

-Vamos, seamos honestos. Abrahms es odiado, insultado en todas partes, en Europa, el Reino Unido y Estados Unidos, que no están de acuerdo con su política expansionista para Israel. Ni siquiera sus compatriotas consiguen hacerlo callar. Tienen que conformarse con censurarlo, y él sigue gritando. No sería tolerado en ningún tipo de federación internacional.

El nazi negó rápida y repetidamente con la cabeza.

-¡Nunca! -exclamó-. Es el hombre más odiado que ha salido del Próximo Oriente. Y encima judío. Pero no pretenderá equiparar a Bertholdier con él.

Joel hizo una pausa antes de responder.

-Su manera de ser -dijo pensativo-. Es imperioso, arrogante. Se considera no sólo como una gran figura militar y un representante de las fuerzas que hacen la historia, sino como una especie de Dios, por encima de los demás hombres. En su Olimpo no hay sitio para los mortales. Además es francés, e ingleses y norteamericanos piensan que con un De Gaulle por siglo ya es más que suficiente.

-Lo ha visto usted muy claro. Ese hombre es el tipo de egoísta abominable que sólo los franceses pueden soportar. Y es, por su-puesto, un reflejo de su país.

-En cuanto a Van Headmer, sólo cuenta por las materias primas que puede aportar Africa del Sur.

-De acuerdo.

-Pero, por otra parte -continuó rápidamente Converse, volviendo a sentarse-, usted trabajó con los norteamericanos y los ingleses en Berlín y en Viena. Ayudó a instaurar la política de ocupación, y entregó pruebas a los equipos de fiscales norteamericanos y británicos de Nuremberg. Por último se convirtió en el portavoz de Bonn en la OTAN. Cualquiera que haya sido su pasado, a ellos les cae bien. -Joel hizo de nuevo una pausa, y cuando prosiguió había una cierta deferencia en su tono-. En consecuencia, general, es usted el ganador y puede salvarme la vida. Sólo necesita un motivo.

-Entonces démelo.

-Antes use el teléfono.

-¡No sea idiota ni me tome por idiota a mí! No insistiría en ello a menos que estuviese seguro de sí mismo, lo que significa que está diciendo la verdad. Y si esos Schweine conspiran contra mí, no voy a informarles de que lo sé. ¿Qué dijeron?

-Que hay que matarlo. No pueden arriesgarse a la acusación de que un antiguo miembro del partido nazi ha tomado las riendas de Alemania Occidental. Incluso bajo Aquitania habría demasiadas protestas, demasiadas excusas para los inevitables disidentes. Un hombre joven, o alguien que piense como ellos pero esté limpio de afiliaciones partidistas en el pasado, ocupará su sitio; pero no alguien recomendado por usted.

Leifhelm estaba apoyado rígidamente en el sillón de brocado, con el cuerpo tenso e inmóvil y la cara pálida, de penetrantes ojos azul claro, como una máscara de alabastro.

-¿Con qué han tomado esa santísima decisión? -dijo en tono helado sin apenas mover los labios-. ¿Ese judío ordinario y el depravado príncipe de los antojos francés se atreven a intentar una maniobra contra mí?

-No es que importe mucho, pero Delavane está de acuerdo.

-¡Delavane! ¡Un puñado de fantasías, rabioso e infantil! ¡El hombre que conocimos hace dos años se ha desintegrado hasta más allá de la senilidad! El no lo sabe, pero le damos órdenes, por supuesto disimuladas, como sugerencias y posibilidades interesantes. No tiene más capacidad de razonar que Adolfo Hitler en sus últimos años de locura.

-No sé nada de eso -dijo Converse-. Abrahms y Bertholdier sólo se refirieron a él para decir que estaba acabado. De quien sí hablaron fue de usted.

-¿De veras? Bien, permítame hablar de mí. ¿Quién cree que fue el que hizo posible Aquitania en toda Europa y el Mediterráneo? ¿Quién proporcionó a los terroristas, desde la Baader-Meinhof hasta las Brigadas Rojas y los palestinos, armas y millones de kilos de explosivos preparándolos para sus últimas y, digamos, mejores horas? ¿Quién? ¡Fui yo! ¿Por qué nuestras conferencias tienen siempre lugar en Bonn? ¿Por qué todas las directrices son canalizadas hacia mí y en última instancia proceden de mí? Permítame explicárselo. ¡Tengo la organización! Dispongo de hombres fieles dispuestos a cumplir mis deseos a una simple orden. ¡Y tengo el dinero! Creé un centro de comunicaciones ultramoderno de la nada; nadie más en Europa hubiera sido capaz de una cosa así. Bertholdier no tiene de qué hablar en París más que de la influencia y el aura que flota a su alrededor; en la auténtica batalla no pinta nada; y el judío y el sudafricano están a un continente de nosotros. Cuando llegue el caos, yo seré la voz de Aquitania en Europa. ¡Nunca pensé otra cosa! ¡Mis hombres liquidarán a Bertholdier y a Abrahms en sus retretes!

-¿El centro de comunicaciones es Scharhórn, verdad? -preguntó Joel sin darle importancia.

-¿Se lo dijeron ellos?

-Dejaron caer el nombre. La lista maestra de Aquitania está allí, en una computadora, ¿no es así?

-¿También eso?

-No tiene importancia. Ya no me interesa. Recuerde que me abandonaron. También debió de ser usted el que discurrió lo de la computadora; nadie más podría.

-Fue un éxito considerable -admitió Leifhelm, con la humildad brillándole en la cara de cera-. He previsto incluso la catástrofe de mi muerte. Hay dieciséis letras; cada uno de nosotros lleva series diferentes de cuatro, y las doce restantes las tiene el maníaco sin piernas. El cree que nadie puede activar las claves sin su serie básica, pero en realidad bastará con una combinación previamente puesta en clave de dos de las series duplicadas.

-Muy ingenioso. ¿Lo saben los otros?

-Sólo mi fiel camarada francés -dijo fríamente el alemán-. El príncipe de los traidores, Bertholdier. Pero, naturalmente, nunca le di la combinación precisa, y una inserción mal hecha lo borraría todo.

-Así piensan los ganadores -aprobó Joel, y después frunció el ceño, preocupado-. Pero ¿qué ocurriría si el centro fuese asaltado?

-Como en los planes de Hitler para el bunker, estallaría en llamas. Hay explosivos por todas partes.

-Entiendo.

-Pero, ya que habla de ganadores, que a mi juicio lo que son es profetas -continuó Leifhelm, echándose adelante en el asiento mientras se le agrandaban los ojos con el entusiasmo-, déjeme que le hable de la isla de Scharhórn. Hace años, en 1945, resurgiendo de las cenizas de la derrota, iba a ser la sede de la creación más increíble concebida por auténticos hombres de fe que ha conocido el mundo, sólo para ser abortada por cobardes y traidores. Se llamaba Operación Sonnenkinder, Hijos del Sol, criaturas seleccionadas biológicamente y enviadas a los que en todo el mundo las esperaban, preparadas para guiarlos a lo largo de sus vidas hasta las cimas del poder y la riqueza. De mayores, los Sonnenkinder no iban a tener más que una misión a todo el ancho del planeta: ¡el nacimiento del Cuarto Reich! ¿Comprende ahora la elección simbólica del Scharhórn? ¡De ese complejo interno de Aquitania saldrá el nuevo orden! ¡Lo habremos conseguido!

-Se acabó -dijo Converse, levantándose y apartándose de Erich Leifhelm-. El examen ha terminado.

-¿Qué?

-Ya me ha oído. Salga de aquí. Me pone enfermo. -Abrió la puerta y entró el joven médico de Bonn, que clavó sus ojos en el un día celebrado mariscal de campo-. Desnúdelo -ordenó Converse- y regístrelo.

Joel entró en la habitación en penumbra donde Valerie y Prudhomme, el de la Súreté, flanqueaban a un hombre situado detrás de una cámara de video montada sobre un trípode. Los gruesos objetivos de la cámara estaban incrustados en la pared, y a unos tres metros de ellos había un monitor de televisión, que mostraba sólo el despacho desierto con el sillón de brocado en el centro de la pantalla.

-¿Ha ido todo bien? -preguntó.

-Magníficamente -dijo Valerie-. El operador no entendía una palabra, pero aseguró que la iluminación era perfecta. Au bel naturel, lo llamó. Puede hacer todas las copias que quieras; tardarán unos treinta y cinco minutos cada una.

-Diez y el original será suficiente -dijo Converse, mirando su reloj y después a Prudhomme, mientras Val hablaba en voz baja en francés con el cámara-. Puede esperar por la primera copia y aún llegará al vuelo de las cinco para Washington.

-Con todo entusiasmo, amigo mío. Supongo que una de las copias será para París.

-Y para todos los demás jefes de gobierno, junto con nuestras declaraciones. ¿Va a traer copia de las que tomó Simon en Nueva York?

-Voy a disponerlo todo -dijo Prudhomme-. Es mejor que mi nombre no aparezca en la lista de pasajeros.

Dio media vuelta y salió de la habitación, seguido por el cámara, que marchó pasillo adelante a buscar su equipo de reproducción.

Valerie se acercó a Joel y, cogiéndole la cara entre las manos, le dio un ligero beso en los labios.

-Qué rato me has hecho pasar... Creí que no lo conseguirías.

-También yo.

Librodot

-Pero lo conseguiste. Fue toda una demostración. Estoy tan orgullosa de ti, cariño...

-Muchos abogados se horrorizarían. Fue la peor especie de trampa. Como hubiese dicho un profesor mío de Derecho, viejo y despistado pero muy inteligente, fueron confesiones conseguidas basándome en afirmaciones falsas, que a su vez sirvieron de base a otras trampas.

-Cierra el pico, Converse. Vamos a dar un paseo. Solíamos pasear mucho, y me gustaría volver a esa costumbre. Sola no es muy divertido.

Joel la tomó en sus brazos. Se besaron, suavemente al principio, sintiendo el calor y el bienestar recuperados. Después separó la cabeza, deslizó las manos hasta los hombros de Val y la miró a los grandes ojos llenos de energía.

-¿Quiere casarse conmigo, señora Converse?

-¡Dios mío! ¿Otra vez? Bueno, ¿por qué no? Como dijiste en cierta ocasión, ni siquiera tendría que cambiar las iniciales de mi ropa interior.

-Nunca tuviste iniciales en ella.

-Lo sabías desde mucho antes de decirlo.

-No quería que pensases que miraba.

-Sí, cariño; me casaré contigo. Pero primero tenemos cosas que hacer, incluso antes de nuestro paseo.

-Lo sé. Peter Stone, por medio de la familia de Tatiana en Charlotte, Carolina del Norte. Me ha hecho cosas terribles, pero, por extraño que parezca, creo que le aprecio.

-Yo no -dijo con firmeza Valerie-. Lo mataría.,

Era el final del segundo día de los tres de la cuenta atrás. Faltaban sólo diez horas para las demostraciones contra la guerra nuclear a escala mundial, que empezarían al amanecer en medio mundo. Iban a iniciarse las matanzas que pondrían en marcha el caos.

Los dieciocho hombres y cinco mujeres estaban sentados, desperdigados por la oscura sala de proyección del complejo estratégico subterráneo de la Casa Blanca. Unida al asiento tenían cada uno una pequeña plataforma para escribir, con un bloc amarillo iluminado por una lamparilla. En la pantalla iban apareciendo, a intervalos de treinta segundos, una cara tras otra, provistas de un número en el ángulo superior derecho. Las instrucciones habían sido claras, en el lenguaje que mejor entendía aquella gente, y habían estado a cargo de Peter Stone, que era quien los había seleccionado. Estudien las caras sin hacer comentarios audibles, y señalen mediante el número las que reconozcan. Al final de la serie se darán las luces y hablaremos. Y, si es necesario, pasaremos la serie una y otra vez hasta que demos con algo. Recuerden, creemos que esos hombres son asesinos. Concéntrense en eso.

No se les dijo nada más. Excepto a Derek Belamy, el del M.I.6, que había llegado menos de media antes del comienzo de la sesión extraordinaria, con mala cara y ojeroso, después de un viaje evidentemente agotador. Cuando entró, Peter lo llevó aparte y se abrazaron. Stone nunca se había sentido tan feliz, tan aliviado de ver a alguien. Cualquier cosa que él hubiese pasado o pudiese pasar por alto, Belamy lo descubriría. El agente británico tenía un décimo sentido superior al sexto de cualquiera, incluido el de Peter, lo que, por supuesto, Derek negaba modestamente.

-Te necesitaba. Te necesitaba terriblemente.

-Por eso estoy aquí -dijo cálidamente Belamy-. ¿Puedes decirme algo?

-Ahora no hay tiempo, pero sí puedo darte un nombre: Delavane.

-¿Mad Marcus?

-El mismo. Esta crisis es cosa suya y va en serio.

-¡El muy bastardo! -susurró el inglés-. A nadie me gustaría tanto ver al final de un trozo de alambre de espino. Después hablaremos. Tienes que ocuparte de tus deberes sociales. Por cierto que, por lo que puedo ver, esta noche has reunido aquí a la crema.

-Lo mejor, Derek. No podemos permitirnos menos.

Aparte del personal militar norteamericano que se había relacionado inicialmente con Stone así como el coronel Alan Metcalf, Nathan Simon, el magistrado Andrew Wellfleet y el secretario de Estado, el resto de la audiencia estaba compuesto por los funcionarios de inteligencia más experimentados y seguros que había conocido Peter Stone en toda una vida de operaciones clandestinas. Habían sido traídos en transportes militares de Francia, Gran Bretaña, Alemania Occidental, Israel, España y Holanda. Entre ellos estaban, aparte del extraordinario Derek Belamy, Francois Villard, jefe de la altamente secreta Organisation Etrangére; Yosef Behrens, principal autoridad en terrorismo del Mossad; Pablo Amandárez, especialista en Madrid en las filtraciones de la KGB en el Mediterráneo, y Hans Vonmeer, de la policía secreta estatal holandesa. Los demás, incluidas las mujeres, eran no menos respetados en las cavernas de las operaciones ultrasecretas y sin retorno. Conocían el nombre, rostro y fama de legiones de asesinos por sueldo, por disciplina o por razones ideológicas. Y, sobre todo, eran gente de confianza, hombres y mujeres que habían trabajado con Stone; colectivamente, la élite del mundo de las sombras.

¡Una cara! ¡El conocía esa cara! Seguía en la pantalla y escribió en su bloc: «Dobbins. Número 57. Cecil o Cyril Dobbins. Ejército británico. Trasladado a la Inteligencia británica. ¡Ayudante personal de... Derek Belamy.

Stone miró a su amigo sentado al otro lado del pasillo, no dudando de que estaría escribiendo también en su bloc amarillo. Pero el inglés seguía sentado inmóvil, con el ceño fruncido y el lápiz preparado sobre el papel. Apareció en la pantalla la cara siguiente, y la siguiente, y la otra, hasta que concluyó la serie. Se encendieron las luces y la primera persona en hablar fue Yosef Behrens, el del Mossad.

-El número diecisiete es un oficial de artillería del IDF trasladado recientemente a la rama de seguridad, en Jerusalén. Se llama Arnold.

-El número treinta y ocho -dijo Francois Villard- es un coronel del Ejército francés destinado en la guardia de los Inválidos. Es la cara; el nombre no lo recuerdo.

-El número veintiséis -dijo el hombre de Bonn- es el Oberleutnant Ernst Muller, de la Luftwaffe de la República Federal. Es un gran piloto que se encarga con frecuencia de llevar a los ministros a reuniones de dentro y fuera de Alemania.

-El número cuarenta y cuatro -dijo una mujer morena con marcado acento hispano- no tiene las mismas credenciales que vuestros candidatos. Es un traficante de drogas, sospechoso de más de un asesinato y que opera desde Ibiza. Ha sido paracaidista. Se llama Orejo.

-¡Increíble! -exclamó el joven alférez de navío William Landis, el experto en computadoras del Pentágono-. ¡Conozco al número cincuenta y uno, estoy casi seguro! Es uno de los ayudantes de Adquisiciones, en la sección de Oriente Medio. Le he visto mucho, pero no sé su nombre.

Otros seis hombres y dos mujeres ofrecieron doce identidades y cargos más, mientras en la sala todos esperaban en silencio a que fuese surgiendo una pauta. Había una preponderancia del personal militar, y las características del resto resultaban más bien enigmáticas. En su mayoría eran ex combatientes de unidades de choque que habían derivado hacia el delito, en gran parte violento; el tipo de hombres que, como bien sabía Peter Stone, los generales de Aquitania consideraban basura humana.

Al fin habló Derek Belamy con su voz dura, recortada, distante.

-Hay cuatro o cinco caras que asocio con los dossiers, pero no consigo relacionarlos del todo. -Miró a Stone-. ¿Vas a pasarlas otra vez?

Librodot

-Por supuesto, Derek -dijo el ex jefe de destacamento en Londres, que se levantó y se dirigió a los reunidos-. Todo lo que nos han dado será puesto inmediatamente en las computadoras; veremos si surge alguna correlación. Y, para repetir lo que antes dije, quiero dar las gracias a todos y disculparme de nuevo por no darles las explicaciones que merecen, no sólo por su ayuda sino por las molestias que les hemos causado. Me consuela saber que todos conocen este tipo de asuntos y sé que comprenderán. Haremos una pausa de quince minutos y volveremos a ella. Ahí al lado hay café y sandwiches.

Stone hizo una inclinación de cabeza, dándoles las gracias una vez más, y fue hacia la puerta. En el pasillo le salió al paso Derek Belamy.

-Peter, siento mucho haber tardado tanto. La verdad es que en mi oficina les costó mucho dar conmigo. Estaba visitando a unos amigos en Escocia.

-Pensé que estarías en Irlanda del Norte, con la que hay allí armada.

-Siempre fuiste mejor de lo que creías. Efectivamente, estaba en Belfast. Te prometo que a partir de ahora voy a hacerlo mejor, pero la verdad es que estoy agotado; fue un viaje terrible y, por supuesto, de dormir nada. Esas caras empezaron a parecerme todas iguales; o las conocía todas o ninguna.

-Vendrá bien pasarlas otra vez.

-Si.. Y, sea lo que sea este embrollo con el maníaco de Delavane, nada me alegra tanto como verte a ti al frente. Nos habían asegurado que estabas fuera, definitivamente.

-Estoy otra vez dentro, y muy en serio.

-Ya lo veo. ¿No es vuestro secretario de Estado ese de la última fila?

-Si", es él.

-Enhorabuena, muchacho. Bueno, voy a tomarme un café, negro y bien caliente. Te veré dentro de unos minutos.

-Con el pasillo por medio, viejo amigo.

Stone salió y torció a la derecha por el blanco corredor. Podía sentir cómo se le iba acelerando el pulso; era el equivalente del estómago revuelto y el gusto amargo en la boca de Johnny Reb; bilis, lo llamaba el Rebelde. Tenía que conseguir rápidamente el teléfono. El correo de Converse, Prudhomme el de la Súreté, llegaría antes de una hora. Una escolta del Servicio Secreto estaba esperándolo en el aeropuerto Dulles con instrucciones para traerlo directamente a la Casa Blanca. Pero no era el francés quien ahora preocupaba a Stone, sino el propio Converse. Tenía que hablar con él antes de que volviese a empezar la sesión. ¡Tenía que hacerlo!

Cuando el abogado se puso en contacto con él vía Tatiana, a Peter le asombró la audacia de lo hecho por Converse. Raptar a los tres generales y tomar en video sus interrogatorios era algo increíble. Y si había algo aún más increíble era el hecho de que lo hubiese conseguido, gracias sin duda a los recursos de un hombre de la Súreté tan decidido como indignado. La computadora estaba en Scharhorn; la lista maestra de Aquitania oculta en algún lugar de su intrincado mecanismo, sólo para ser borrada si se utilizaban mal las claves, y el propio complejo minado con explosivos. ¡Dios Santo!

Y ahora la locura final. El hombre con el que nadie conseguía dar, la fuente tan profundamente oculta que con frecuencia dudaban de su existencia, aunque la lógica insistía en que estaba allí. Tenía que haber un hombre de Aquitania en Inglaterra, porque Aquitania no podría existir sin los británicos. Además, Stone sabía que él era el conducto entre Palo Alto y los generales de ultramar, porque la incesante investigación de las facturas telefónicas de Delavane mostraban repetidas llamadas a un número de las Hébridas, un sistema de enlace muy familiar para el ex agente de inteligencia. Las llamadas desaparecían en ese número de las islas escocesas, como desaparecían las de la KGB que pasaban as través de la isla del

Príncipe Eduardo canadiense y no había modo de rastrear las comunicaciones de la Compañía a través de Cayo Hueso.

¡Belamy! El hombre cuyo rostro no aparecía nunca en ninguna publicación, pues bastaba que estuviese al fondo de una foto para que la película fuera instantáneamente destruida por sus ayudantes; el agente de operaciones mejor protegido de Inglaterra, con acceso a secretos conseguidos a lo largo de décadas y a montones de artilugios creados por los mejores cerebros del M.I.6. ¿Era aquello posible? Derek Belamy, el tranquilo y bienhumorado jugador de ajedrez, el amigo que dio buen whisky y amable atención a un colega norteamericano con dudas cada vez más graves acerca de su vocación; el mejor amigo, por haber tenido la sabiduría y el valor necesarios para advertir a ese colega que estaba bebiendo demasiado, que quizá le conviniese tomarse un año sabático y que, si el dinero era problema, seguramente podría conseguirle un descansado puesto de asesor en su propia organización. ¿Era posible que aquel hombre tan decente, aquel amigo...?

Stone se detuvo junto a una de las puertas del pasillo, marcada simplemente con 14, ocupado, entró en la pequeña habitación y se dirigió a la mesa. No se sentó; su ansiedad no se lo permitía. Cogió el teléfono y marcó el número de la centralita de la Casa Blanca, mientras sacaba el trozo de papel con el número de Converse en algún lugar de Francia. Se lo dijo a la telefonista y añadió:

-Esto debe ir por scrambler. Hablo desde Estrategia Catorce; confírmelo.

-Confirmado, señor. Utilizaremos el scrambler. ¿Debo volver a llamarle?

-No, gracias; seguiré al teléfono.

Stone continuó de pie mientras oía marcar los números y el débil rumor del scrambler. Después oyó el ruido de una puerta al abrirse. Se volvió.

-Deja el teléfono, Peter -dijo Derek Belamy mientras cerraba-. No sirve de nada.

-¿Eres tú, verdad?

Stone volvió a poner el teléfono en su sitio.

-Si, soy yo. Y busco lo mismo que tú, mi viejo amigo. Ninguno de los dos somos capaces de privarnos de darle una estocada al otro. Te dije que estaba visitando a unos amigos en Escocia y tú dijiste que creías que estaba en Irlanda. Hemos aprendido a lo largo de los años. Los ojos no mienten. Escocia... llamadas a las Hébridas. Eso te hizo ver claro. Y antes, cuando salió aquella cara en la pantalla, me miraste desde el otro lado del pasillo sin el menor disimulo.

-Dobbins. Trabajó para ti.

-Escribiste frenéticamente en tu bloc, y sin embargo no dijiste nada.

-Esperaba que lo dijeras tú.

-Sí, claro, pero yo no podía.

-¿Por qué, Derek? Por el amor de Dios, ¿por qué?

-Porque es lo que hay que hacer y tú lo sabes.

-¡Qué voy a saber! Tú eres un hombre cuerdo y razonable y ellos no.

-Naturalmente, serán reemplazados. ¿Cuántas veces hemos utilizado tú y yo a tipos a quienes no podíamos soportar porque los necesitábamos para nuestro objetivo?

-¿Qué objetivo? ¿Una alianza totalitaria internacional? ¿Un Estado militar sin fronteras? ¿Todos nosotros convertidos en robots y marchando al paso que nos marcan unos fanáticos?

-Vamos, deja eso, Peter; ahórranos a los dos el rollo progresista. Una vez dejaste este oficio a golpe de alcohol a causa del despilfarro, la estupidez, el engaño que todos practicábamos y la gente que matábamos para mantener lo que llamábamos sarcásticamente el statu quo. ¿Qué statu quo, viejo? ¿Ser continuamente hostigados por nuestros inferiores en todo el mundo? ¿Vivir como rehenes de unos mullahs gritones y unos locos histéricos que

Librodot

están todavía en la Edad Media y nos cortarían el cuello por el precio de un barril de petróleo? ¿Vernos manipulados a cada paso por las maniobras soviéticas? No, Peter; hay un camino mejor. Los medios pueden ser desagradables, pero el resultado final no sólo es deseable, sino honorable.

-¿Y quién fijará ese resultado? ¿George Marcus Delavane? ¿Erich Leifhelm? ¿Chaim...?

-¡Serán reemplazados!

-¡No pueden serlo! Una vez que eso empiece no podréis detenerlo. La imagen se identificará con la realidad. ¡Es algo esperado, exigido! ¡La menor desviación supondrá ser acusado, la menor oposición verse condenado al ostracismo, castigado! ¡No quedará más que callar y marcar el paso, y de sobra lo sabes!

Sonó el teléfono.

-Déjalo sonar -ordenó el hombre del M.I.6.

-Ya no importa. Tú eres el inglés de la casa de Leifhelm en Bonn. Me hubiese bastado una breve descripción tuya para confirmarlo.

Volvió a repiquetear el teléfono.

-¿Es Converse?

-¿Te gustaría hablar con él? Tengo entendido que es un abogado de una vez, aunque faltó a una regla fundamental: se admitió a sí mismo como cliente. Va a dejarse ver, Derek, y va a ir contra ti, contra todos vosotros. Como haremos todos.

-¡Tú no! -exclamó Belamy-. ¡Tú no puedes! ¡Como bien has dicho, una vez que empiece no podréis pararlo!

Sin la más leve indicación de que iba a moverse, el inglés se lanzó de pronto contra Stone, con los tres dedos de en medio de su mano derecha rígidos, apuntando como proyectiles de acero a la garganta del hombre de la CIA. Stone recibió el doloroso golpe y boqueó desesperadamente en busca de aire, mientras la habitación se alejaba girando y relampagueaban en sus ojos un millar de deslumbrantes puntos blancos. Pudo oír cómo se abría y se cerraba la puerta, mientras volvía a sonar insistentemente el teléfono. Pero ya no podía verlo; las luces blancas se habían convertido en oscuridad. El timbre dejó de sonar mientras Stone daba tumbos a ciegas por la habitación, tratando de encontrarlo, de encontrar el teléfono. Pasaban los minutos mientras él se daba contra las paredes y caía sobre la mesa. Después se abrió la puerta de golpe y entró el coronel Alan Metcalf.

-¡Stone! ¿Qué ha pasado? -El oficial de las Fuerzas Aéreas corrió hacia Peter y reconoció al instante los efectos del golpe de yudo. Empezó a masajear la garganta de Stone, apretando con su rodilla el estómago del hombre de la CIA para hacerle expulsar el aire-. Nos llamó la centralita para decirnos que la habitación 14 había puesto una llamada con scrambler pero no cogían el teléfono. ¿Qué ha sido?

Stone empezó a percibir vagas imágenes, pero aún no podía hablar; sólo era capaz de dar boqueadas y toser. Se retorció bajo las fuertes manos de Metcalf, señalando un bloc de notas que había caído de la mesa. El coronel comprendió. Lo alcanzó y sacó un bolígrafo del bolsillo. Colocó boca arriba a Stone y, poniéndole el bolígrafo en la mano, se la guió hasta el bloc.

Peter, luchando por dominarse, escribió DETNR. BELMY. AQUTAN.

-¡Dios mío! -susurró Metcalf, alcanzando el teléfono y marcando el cero-. Telefonista, es muy urgente. Póngame con Seguridad... ¿Seguridad? Aquí el coronel Alan Metcalf desde Estrategia Catorce. ¡Emergencia! Hay un inglés llamado Belamy que puede estar todavía en el edificio tratando de salir. ¡Deténganlo! Es muy peligroso. Y avisen a la enfermería. Que envíen un médico a Estrategia Catorce. ¡Rápido!

El médico del personal de la Casa Blanca quitó la máscara de oxígeno de la cara de Stone y la puso junto al cilindro. Después volvió a apoyar con cuidado la cabeza de Peter en el respaldo, le introdujo en la boca un depresor lingual y examinó la garganta del hombre de la CIA con una linternilla.

-Fue un golpe sucio -dijo-, pero se sentirá mejor dentro de un par de horas. Voy a darle unos comprimidos para el dolor.

-¿Qué tienen? -preguntó con voz ronca Stone.

-Un analgésico suave con un poco de codeína.

-No, gracias, doctor -dijo Peter, y añadió, mirando a Metcalf-. No me gusta lo que veo en su cara.

-A mí tampoco. Belamy se largó. Tenía un pase de alta prioridad y dijo a los de la Puerta Este que le requerían con urgencia en la Embajada británica.

-¡Maldita sea!

-Trate de no forzar la voz -dijo el médico.

-Sí, claro. Muchas gracias. Y ahora, si nos disculpa...

Se levantó mientras el médico cogía su maletín e iba hacia la puerta. Mientras la cerraba sonó el teléfono. Se puso Metcalf.

-¿Diga? Si, está aquí-. El coronel escuchó unos momentos v se volvió a Stone-. Algo hemos adelantado. Todos los militares que fueron identificados tienen dos cosas en común: están con un permiso de verano de treinta días y todas las solicitudes fueron hechas hace cinco meses, casi en la misma fecha.

-Asegurándose así la concesión por ser los primeros en pedirlo -añadió con dificultad el hombre de la CIA-. Y los planes para las demostraciones antinucleares fueron anunciados en Suecia hace seis meses.

-Exactitud-dijo Metcalf-. Para identificar y neutralizar a los demás daremos en media docena de ejércitos y marinas la orden de que todo oficial que vuelva ahora de su permiso de verano sea confinado en su residencia. Al que le toque sin culpa, mala suerte. Podemos enviar las fotos y rectificar.

-Ya es hora de que nos ocupemos de Scharhórn. -Stone se levantó, frotándose el cuello-. Y no me importa decirle que tengo un susto de muerte. Un error en un símbolo y borramos la lista maestra de Aquitania. Peor aún, un movimiento en falso y vuela todo el complejo.

El hombre de la CIA cogió el teléfono.

-¿Va a llamar al Rebelde? -preguntó el coronel.

-Primero a Converse. Está trabajando en las claves.

Los tres generales de Aquitania, estupefactos, estaban sentados dando vista al frente, negándose a mirarse entre sí. Las luces estaban dadas y la gran pantalla de televisión apagada. Detrás de cada general había un hombre armado con instrucciones concisas: «Si se levanta, mátelo.»

-Ya saben lo que quiero -dijo Converse, paseando frente a los tres-. Y, como acaban de ver, no hay razón para que ninguno de ustedes me lo niegue. Cuatro pequeños números o letras que cada uno de ustedes ha memorizado. Por supuesto, si se niegan, hay aquí un médico que según me han dicho tiene un maletín lleno de magia, de la misma clase de la que ustedes me administraron en Bonn. ¿Qué va a ser, señores?

Silencio.

-Cuatro, tres, dos, uno -dijo Chaim Abrahms, mirando al suelo-. Estos tipos son una inmundicia -añadió en voz baja.

-Gracias, general. -Joel escribió en un pequeño bloc-. Ya puede irse. Puede levantarse.

-¿Irme? -dijo el israelí, poniéndose de pie-. ¿Adónde?

-Donde quiera. Estoy seguro de que no tendrá ningún problema en el aeropuerto de Annecy. Le reconocerán.

El general Chaim Abrahms salió de la habitación acompañado por el capitán del Ejército israelí.

-Dos, M, cero, seis -dijo Erich Leifhelm-. Y si quiere me someteré a las drogas para comprobarlo. No quiero tener nada que ver con tales cerdos traidores.

-Necesito la combinación -le apremió Joel, escribiendo-. Y no dudaré en mandarlo de viaje para conseguirla.

-Hay que invertirlo -dijo el alemán-. Invierta el orden de los símbolos de la segunda serie.

-Es suyo, doctor. -Converse hizo una seña al hombre que estaba detrás del asiento de Leifhelm-. No podemos correr el riesgo de equivocarnos.

El general Erich Leifhelm, que fuera un día el más joven mariscal de campo del Tercer Reich, se puso en pie y salió despacio de la habitación, seguido por el médico de Bonn.

-Sois todos despreciables, estáis ciegos -dijo el general Jacques-Louis Bertholdier con imperiosa calma-. Prefiero que me mate.

-Estoy seguro de que lo preferiría, pero no tendrá tanta suerte. Ya no le necesito, y quiero saber que está de vuelta en París donde todo el mundo pueda verlo. Llévalo a su cuarto.

-¿A mi cuarto? Creí que podía marcharme. ¿O era otra mentira?

-En absoluto. Sólo cuestión de logística. Usted sabe lo que es la logística, general. Andamos un poco escasos de transporte y conductores, de modo que cuando acabe el médico les voy a prestar a los tres un coche. Pueden echar a pajas para ver quién conduce.

-¿Qué?

-Sáquelo de aquí -dijo Converse, dirigiéndose a un ex sargento mayor del Ejército francés en tiempos destinado en Argelia.

-Allez, cochon!

Se abrió la puerta, sólo por pura coincidencia, para que pasase Bertholdier. Era Valerie, que miró a Joel.

-Stone al teléfono. Dice que es urgente.

Eran las 2.05 de la mañana cuando el reactor Mystére surgió del cielo nocturno y aterrizó a doce kilómetros de Cuxhaven, en Alemania Occidental. Fue hasta el final de la pista, donde la impresionante estampa de Johnny Reb con su blanca melena esperaba junto a un sedán Mercedes negro.

Se abrieron las puertas del avión y descendió la corta escalerilla, por la que bajó Converse, dando la mano a Valerie, que venía detrás. A continuación descendió el ex sargento mayor de Argelia, seguido por un cuarto pasajero, un hombre rubio y delgado de cuarenta y tantos años, con gafas de concha. Se apartaron del avión mientras el piloto recogía la escalerilla y cerraba las puertas automáticas. Aceleró los motores gemelos y el aparato dio la vuelta encaminándose a los hangares de mantenimiento. El Rebelde se apartó del coche y fue al encuentro de los recién llegados. Tendió la mano a Joel.

-He visto su foto alguna vez y es un placer saludarlo. Franca-mente, nunca pensé que llegaríamos a encontrarnos, por lo menos en este mundo.

-Más de una vez tuve mis dudas sobre cuánto iba a durar aquí. Esta es mi mujer, Valerie.

-Encantado, señora -dijo el sureño llevándose a los labios la mano de Val mientras se inclinaba galantemente. Después se volvió a Joel-. Sus hazañas han asombrado a algunas de las mejores cabezas de mi antiguo oficio.

-Espero que no demasiado antiguo.

-No por el momento.

-Le presento a monsieur Lefévre y al doctor Geoffrey Larson. Stone me dijo que ya estaba al corriente.

-Encantado -exclamó el Rebelde, estrechando la mano del francés-. Me descubro ante usted, ante todos ustedes, por lo que hicieron con esos tres tipos. ¡Es formidable!

-Esa clase de hombres tienen enemigos -dijo simplemente Lefévre-. No es difícil encontrarlos, y el inspector Prudhomme lo sabía. Estamos en muchos sitios, llenos de recuerdos. Esperemos que esta noche se tranquilicen al fin.

-Esperémoslo -dijo el Rebelde, volviéndose hacia el cuarto pasajero-. Encantado de conocerle, doctor Larson. Tengo entendido que sabe usted todo lo que hay que saber sobre cuantas computadoras se han fabricado.

-Siempre se exagera -dijo cohibido el inglés-. Pero sospecho que si hace tictac puedo activarla. En realidad, estaba de vacaciones en Ginebra.

La incoherencia desconcertó por un momento a Johnny Reb, que sólo pudo decir «lo lamento» mientras miraba a Joel.

Había sido la decisión más difícil que había tomado Peter Stone en tantos años de decisiones torturadoras. Un movimiento equivocado -la menor sospecha sobre la incursión al complejo de Scharhorn- tendría como resultado la voladura de todo el centro de comunicaciones. De la antigua base de submarinos no quedarían más que cemento roto y equipo retorcido. Stone se había guiado por sus instintos, aguzados a lo largo de toda una vida en aquel trabajo. No se podía encomendar una misión extraordinaria a comandos de élite, a fuerzas especiales con carácter oficial, porque no había modo de saber quién, dentro de los ejércitos de los diversos gobiernos, podía ser miembro, funcionario de Aquitania. Bastaba que un hombre así hiciese una llamada telefónica para que el complejo de Scharhorn volase. En consecuencia la incursión debía estar a cargo de gente del hampa, de hombres contratados por tipos fuera de la ley sin lealtad a nada ni a nadie, fuera del dinero y de sus empresarios del momento. Sin la lista maestra de Aquitania ya nada era secreto. El presidente de Estados Unidos había dado a Stone doce horas, tras de lo cual dijo que convocaría una sesión de urgencia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Peter Stone apenas podía creer que fuese él quien había replicado al hombre más poderoso del mundo libre: «Eso no sirve de nada. Sería demasiado tarde.»

El Rebelde terminó su conferencia informativa con su linterna alumbrando todavía el plano extendido sobre el capó del Mercedes.

-Como ya les he dicho, éste es el trazado original que conseguimos de la Comisión de Urbanismo de Cuxhaven. Esos nazis eran muy especiales en cuestión de detalles; supongo que el que más y el que menos estaba tratando de justificar su salario o su grado. Una vez salvado el radar marítimo, nos dirigiremos a la vieja pista que utilizaban para los suministros, donde podemos empezar el número. Todavía hay allí luces y gente, pero muchos menos que hace dos días. Hay algunos muros, pero conseguimos ganchos de abordaje y unos cuantos chicos que saben usarlos.

-¿Quiénes son? -preguntó Converse.

-Nadie a quien usted invitaría a casa de su madre, amigo mío, sino cinco de los granujas más tirados que se pueden encontrar. Y le aseguro que no tienen la menor virtud de otro tipo que pueda compensarlo. Son perfectos.

-¿Qué avión es?

-Lo mejor que pudo conseguir Peter, y no está nada mal. Un Fairchild Scout. Caben nueve personas.

-Con una relación de planeo de ocho a uno a mil trescientos metros-dijo Joel-. Lo llevaré yo.

41

Converse empujó poco a poco el medio volante mientras cortaba motores y entraba en un planeo con escora a la izquierda sobre la pequeña pista que sobrevolaba a unos ochocientos metros. Sólo era visible a trozos por entre las colas de las nubes bajas que se deslizaban sobre el mar del Norte, pero Joel confiaba en que a ciento setenta metros podría verla con toda claridad. Entonces iniciaría su último círculo, para aterrizar dando la espalda a la antigua base de submarinos y tratando de reducir al mínimo el ruido de los grandes neumáticos balón al frenar. La maniobra era lo más parecido al aterrizaje en un portaaviones que cabía imaginar, y notó con satisfacción que la firmeza de sus manos igualaba a la de su concentración. El miedo que sentía no llegaba a materializarse; se hallaba extrañamente ausente. La ansiedad y la rabia eran ya otro cantar.

Valerie y Lefévre se habían quedado, a pesar de las porfiadas protestas del francés, en un embarcadero vacío de Cuxhaven, donde Johnny Reb había conseguido instalar una estación de enlace primitiva pero eficaz. La tarea de Val consistía en permanecer en contacto por radio con el equipo -el Rebelde o Converse se encargarían del potente equipo portátil en Scharhórn-, y el ex sargento de Argelia montaría la guardia, no dejando que nadie se acercase por allí. Los cinco «reclutas» que Johnny Reb había contratado, al parecer por grandes sumas de dinero, eran difíciles de calibrar, pues apenas hablaban y llevaban gorros de punto oscuros echados sobre los ojos y jerseys negros de cuello alto. El mismo atuendo habían recibido Joel y el especialista británico en computadoras Geoffrey Larson. El Rebelde tenía el suyo en el Mercedes. Todos, excepto Larson, llevaban una pistola con silenciador firmemente encajada en una funda sujeta a la cintura. A la izquierda del cinturón de cuero negro iba un cuchillo de caza de larga hoja, y junto a él un rollo de alambre fino. A la espalda, sobre los riñones, y sujetas por abrazaderas, llevaban dos latas de un gas tipo Mace que dejaba a sus víctimas inermes y silenciosas. El hecho de que todos, incluido el ya muy maduro Johnny Reb, llevasen su equipo con tanta soltura hacía a Converse sentirse desplazado, pero la atención con que habían estudiado los planos de la instalación y las breves sugerencias que habían hecho sobre cómo entrar y proceder después a las debidas exploraciones le hicieron también pensar que el Rebelde había acertado al contratarlos.

Joel describió un lento círculo, deslizándose silenciosamente sobre la base de submarinos, sumida en la oscuridad, con los ojos pendientes a la vez de la pista que tenía enfrente y del altímetro. Recogió los alerones, se dejó caer y las gruesas cubiertas absorbieron el ruido del contacto.

-Ya estamos -dijo Johnny Reb por la radio-. Y, con un poco de suerte, nos pararemos. ¿Verdad, hijo?

-Nos pararemos -le aseguró Converse. Lo hicieron a no más de doce metros del final de la pista. Joel se quitó el gorro de punto y respiró hondo. Tenía la frente empapada en sudor.

-Salimos. -El Rebelde cogió la radio y la apretó contra su pecho, donde se quedó-. Ah -añadió, viendo que Converse le observaba-, olvidé decirlo. ¡El jersey y la caja pegan por contacto!

-Está usted lleno de sorpresas.

Librodot

-Tampoco fueron malas las suyas de las últimas semanas: Vamos a pescar tiburones, muchacho.

Johnny Reb abrió su puerta, Joel hizo lo propio, y ambos saltaron fuera seguidos por Larson y los cinco hombres, tres de ellos con ganchos de abordaje cauchutados sujetos a rollos de cuerda.

El otro hombre, que no había dicho ni esta boca es mía durante la sesión de estrategia, se plantó delante de Converse y masculló, sorprendiendo a Joel con su acento norteamericano:

-Soy piloto, mister, y se suponía que esto era parte de mi trabajo. Me alegro de habérselo cedido. Es usted muy bueno. -¿Dónde voló? ¿Con quién?

-Digamos que en una especie de nueva línea aérea peruana. La visita a la Florida pintoresca.

-¡Vamos! -ordenó el Rebelde, echando a andar hacia los bordes cubiertos de hierba de la pista.

Se acercaron a los altos muros de la antigua base de submarinos y se acurrucaron entre la maleza, estudiando lo que tenían delante. A Converse le sorprendió lo inmenso de la gruesa obra de hormigón. Era como una fortaleza sin nada dentro, sin ninguna estructura valiosa que justificase la protección de semejantes murallas. La única abertura estaba a la izquierda, frente a la pista. A la luz intermitente de la luna se alzaban amenazadoras un par de dobles puertas de acero cubiertas con planchas de hierro reforzadas. Eran impenetrables.

-Este lugar tiene toda una historia -susurró Johnny Reb junto a Joel-. La mitad del alto mando alemán no tenía la menor idea de que existiese, y los aliados nunca se lo olieron. Era la base privada de Doenitz. Algunos dijeron que pensó utilizarla como amenaza si Hitler no le cedía el mando.

-Iba a ser usada también para algo más -dijo Converse, recordando la increíble historia de Leifhelm sobre el resurgimiento del Cuarto Reich una generación después de la guerra, la Operación Sonnenkinder.

Uno de los hombres que llevaban un gancho de abordaje se acercó arrastrándose y dijo algo al Rebelde en alemán. El sureño replicó enfadado y pareció nublársele la cara, pero acabó por hacer gestos de aprobación mientras el hombre se alejaba a rastras. Se volvió a Joel.

-¡Hijo de perra callejera! -exclamó por lo bajo-. ¡El muy ladrón! ¡Me ha dicho que será el primero en asaltar el flanco oeste, que, como sabe, fue el que él estudió, si le garantizo otros cinco mil dólares!

-Y usted pagará, por supuesto.

-Qué remedio. Somos personas honorables. Si le matan, irá todo a su mujer y sus hijos. Conozco al chico; una vez tomamos un edificio con los Meinhof dentro. Escaló ocho pisos, se dejó caer por el hueco de un ascensor, abrió una puerta de una patada y los dejó fritos con su Uzi en ráfaga.

-No creo una palabra -susurró Converse.

-Pues créala -dijo en voz baja el Rebelde mirando a Joel-. Lo hacemos porque nadie más quiere y alguien tiene que ocuparse de ello. Aunque seamos granujas, a veces estamos del lado de los ángeles... por un precio.

Hendió el aire el ruido apagado del gancho de abordaje al hacer presa en lo alto del muro. La cuerda se tensó, y a los pocos segundos pudo verse trepar por ella al hombre vestido de negro, ascendiendo rápidamente por el oscuro hormigón. Al llegar a la cima se tumbó aplastado contra el borde de cemento. De pronto levantó el brazo izquierdo y lo agitó dos veces atrás y adelante. Era la señal. Después, sujetándose, alargó la mano derecha hasta la funda y sacó lentamente su arma.

Se oyó como un bufido y de nuevo se hizo el silencio, mientras el hombre levantaba el brazo izquierdo. La segunda señal.

Los otros dos hombres que llevaban los ganchos de abordaje salieron corriendo de entre la hierba. A ambos lados del primero, hicieron girar sus ganchos en círculo, los lanzaron a lo alto con precisión, pues las cuerdas no cedieron al tirar de ellas, y empezaron a escalar la pared. Joel supo que había llegado su turno; aquello formaba parte del plan si era capaz de hacerlo, y estaba resuelto a no fallar. Se levantó y se unió con los otros dos hombres contratados por el Rebelde. El piloto norteamericano que había hablado con él antes señaló la cuerda del centro. Joel se agarró a ella e inició la penosa escalada hasta lo alto del muro.

Se pensaba que el ya maduro Johnny Reb y el delgado y profesoral Geoffrey Larson sólo usarían las cuerdas en último extremo. El sureño había admitido que tal vez fuese incapaz de hacerlo, y en cuanto al experto en computadoras no podían correr el riesgo de que resultase herido.

Converse, a quien le dolían brazos y piernas, fue izado al final por su compañero alemán.

-¡Recoja la cuerda! -le ordenó el hombre susurrando con mucho acento-. Déjela caer despacio por el otro lado y dé la vuelta a los ganchos.

Joel hizo lo que le decían y vio por primera vez el interior de la extraña fortaleza... y a un hombre uniformado abajo, en el suelo, muerto, al que le brotaba sangre de un disparo en la frente increíblemente certero. A la luz intermitente de la luna pudo descubrir a lo lejos una serie de enormes gradas húmedas interrumpidas por embarcaderos de hormigón sobre los que había gigantescos cabrestantes, negras ruedas de una inmensa maquinaria hacía mucho tiempo fuera de uso, reliquias de un pasado violento. En un semicírculo que daba hacia los muelles para submarinos y el mar había cinco edificios bajos de cemento de una sola planta con pequeñas ventanas, los dos primeros con luz en su interior. Estaban unidos por caminos de cemento, con amplios escalones donde era necesario, pues los del centro estaban a mayor altura del suelo. Sin duda habían sido en otro tiempo viviendas de los oficiales, de los comandantes de los monstruos que pululaban por las aguas del Atlántico, como sabuesos de una causa abominable. Debajo de la pared de la que colgaban ahora las tres cuerdas había otros escalones más anchos que llevaban a ambos lados de lo que parecía ser un podio o plataforma de cemento, frente al cual había una especie de patio, como de unos sesenta metros de ancho, que iba a dar a la trasera de los edificios situados frente a las gradas para submarinos. Una plaza de armas, pensó Converse, y se imaginó a las tripulaciones de los submarinos firmes, recibiendo órdenes y oyendo las exhortaciones de sus oficiales mientras se preparaban una vez más para sumergirse en busca de tonelaje y matanza.

-¡Sígame! -dijo el alemán, dando un golpecito en el hombro de Joel y asiendo la cuerda, mientras se deslizaba sobre la pared e iniciaba el descenso hasta la plataforma de cemento. A ambos lados, los cuatro hombres estaban en plena bajada, uno tras otro. Converse, menos cauteloso que los profesionales, rodó por el borde asido ya a la cuerda y se deslizó al suelo.

Los dos hombres situados a la izquierda de Joel atravesaron corriendo la plataforma y descendieron por los escalones, camino de las enormes puertas de acero. Los dos de su derecha, como por instinto, bajaron corriendo los escalones opuestos, y al llegar abajo se volvieron para acurrucarse frente a la plataforma, con sus armas preparadas. Converse, siguiendo al alemán, se apresuró a reunirse con los dos que estaban junto a las puertas estudiando los pernos, las capas de enchapado y el complicado cerrojo a la luz de linternas diminutas.

-Ponle una mecha y fúndelo -dijo el norteamericano-. No hay alarma.

-¿Está seguro? -preguntó Joel-. Tengo entendido que todo este lugar está conectado.

-Los trips están ahí abajo -explicó el otro piloto, señalando hacia la pared de cemento de un metro de altura que había a cada lado de la plaza de armas.

-¿Trips?

-Luces de alarma. Rayos que se entrecruzan.

-Lo que quiere decir que no hay alemanes -explicó el alemán asintiendo con la cabeza-. Keine Hunde. Sehr gut!

El cuarto hombre había terminado de meter pellas de una sustancia blanda, como masilla, en el mecanismo de cierre, utilizando su cuchillo para dar el último toque. Después se sacó del bolsillo un pequeño chisme circular no mayor que una moneda de cincuenta centavos, puso otra capa de la misma sustancia directamente sobre el cerrojo y hundió en ella la «moneda».

-Apártense -ordenó.

Converse observaba, hipnotizado. No hubo explosión, ni la menor detonación, pero sí un intenso calor y una llama resplandeciente blanquiazulada que fundió literalmente el acero. Se oyó una serie de ruidos metálicos y el norteamericano se apresuró a descorrer el triple cerrojo. Abrió la hoja derecha e hizo señales con la linterna hacia el exterior. Momentos después penetraban en el extraño recinto Johnny Reb y Geoffrey Larson.

-Trips -repitió el norteamericano al Rebelde-. Están a lo largo de esas dos paredes. ¿Los ves?

-Sí -dijo el sureño-. Eso significa que habrá una ensalada de tiros preparada para el que cruce de puntillas. Está bien, muchachos, vamos a arrastrarnos un poco. Boca abajo y a menear las rodillas y el culo. -Los seis que estaban en la puerta se reunieron con los dos agachados frente a la plataforma. Johnny susurró algo en alemán y se volvió a Larson-. Mi amigo inglés, quiero que se quede aquí hasta que los veteranos le hagamos seña de que se reúna con nosotros. -Miró a Joel-. ¿Seguro que quiere venir?

-No pienso molestarme en responder. Vamos.

Uno por uno, con el alemán que se había ganado otros 5 000 dólares en cabeza, los siete hombres cruzaron cautelosamente la antigua plaza de armas, sin apenas atreverse a respirar, deshaciéndose los pantalones y arañándose rodillas y manos en el maltrecho suelo de cemento. El alemán se dirigió al espacio que había entre los edificios dos y tres, contando desde la derecha. Era un camino de cemento que los unía, con gradas que iban subiendo poco a poco hacia la izquierda. Al llegar al espacio abierto se puso en pie.

De pronto chasqueó los dedos, no muy fuerte pero bastó. Todos se quedaron inmóviles, bajo el campo que formaba la intersección de las luces de alarma. Converse volvió la cabeza, que tenía casi pegada al suelo, para tratar de ver lo que ocurría. El alemán estaba agazapado en las sombras cuando apareció un hombre, un centinela con el fusil colgado al hombro. Sintiendo otra presencia, se volvía a un lado y a otro a cada paso. El alemán se lanzó desde las sombras, y su largo cuchillo describió en el aire un arco que fue a dar a la cabeza del hombre. Joel cerró los ojos, y el ruido de respiración violentamente cortada le dijo más de lo que quería saber.

Volvieron a iniciar el movimiento, y otra vez, uno a uno, los miembros de la unidad llegaron al camino. Converse estaba empapado en sudor. Miró hacia la hilera de gradas para submarinos que tenía delante y al mar que había más allá y deseó más que nada poder tirarse al agua. El Rebelde le tocó el codo, indicándole que debía empuñar su pistola como había hecho ya él. Ahora fue Johnny Reb quien tomó la cabeza. Se arrastró hasta el frente del edificio y torció a la derecha, agachado, dirigiéndose hacia las ventanas iluminadas. Chasqueo los dedos y toda la maniobrase detuvo, con los cuerpos pegados al suelo. En diagonal hacia la izquierda, junto al borde de una gigantesca grada, se veía resplandor de cigarrillos y se oía a unos hombres hablar tranquilamente... Tres hombres, centinelas con fusiles.

Como si hubiesen recibido una orden, tres de los cinco contratados por el Rebelde -Converse no sabría decir cuáles- se separaron v empezaron a arrastrarse describiendo un gran arco hacia el lado opuesto del viejo amarre de submarinos. Aproximadamente minuto y medio después -los noventa segundos más largos que recordaba Joel-, una andanada de disparos ahogados perforó la brisa nocturna del mar. Los rumores que siguieron fueron mínimos,

mientras las manos ayudaban a los cuerpos a desplomarse sin ruido sobre el cemento. Volvieron los mercenarios y Johnny Reb les hizo seña de seguir adelante, con Converse obligado a ser el último, pues aquellos hombres lo agarraron por los hombros para adelantarlo. Llegaron a la única ventana iluminada del edificio 2, y el Rebelde se irguió centímetro a centímetro hasta llegar al cristal. Se volvió y sacudió la cabeza. La unidad continuó.

Alcanzaron el espacio abierto que había entre los edificios 1 y 2. Uno tras otro lo cruzaron a la carrera, agachándose apenas llegaban al lado opuesto para seguir su avance. Le tocaba a Joel. Se puso de rodillas y después de pie.

-Horst? Bist das du? -dijo con voz ronca un hombre, saliendo de una puerta al camino de cemento.

Converse permaneció inmóvil. El resto de la unidad estaba más allá del inicio del edificio 1 y el ruido del mar del Norte al estrellarse contra las rocas a lo lejos les impedía oír la voz del intruso. Joel trató de no dejarse ganar por el pánico. Estaba solo, y si perdía los nervios podía hacer polvo la operación, destruir el complejo de Scharhbrn, matando a todo el mundo, incluido Connal Fitzpatrick, si realmente estaba allí el joven capitán de corbeta.

-Ja -se oyó decir a sí mismo mientras se alejaba camino de las sombras, con la mano derecha buscando en la cintura el cuchillo de caza. No podía confiar en la pistola con aquella oscuridad.

-Warten Sie Einen Augenblick! Sie sind nicht Horst!

Joel se encogió de hombros y esperó. Se acercaron los pasos y una mano le agarró por el hombro. Giró en redondo, aferrando con tal fuerza el mango del cuchillo que aquello casi bloqueó la cosa terrible que su mente le decía que tenía que hacer. Agarró al hombre por el pelo y le hundió la hoja, afilada como una navaja de afeitar, en la garganta.

Con ganas de vomitar, lo arrastró hasta las sombras más oscuras; tenía la cabeza casi separada del cuerpo. Salvó a la carrera el espacio abierto y fue a reunirse con los otros. Nadie le había echado de menos. Iban mirando por turno cada una de las cuatro ventanas iluminadas que había seguidas. Johnny Reb había pasado ya de la primera y señalaba sucesivamente en diferentes direcciones con gesto firme y rápido. Cada hombre respondió con un vigoroso gesto afirmativo antes de desaparecer. Era inminente un asalto. Converse se levantó hasta el borde de la última ventana y miró dentro. Al instante comprendió por qué el Rebelde tenía que actuar rápidamente. Había diez hombres con lo que sólo podía ser descrito como uniformes paramilitares no pertenecientes a ningún ejército conocido. Se echaban las armas al hombro, miraban sus relojes, aplastaban colillas... Después, de manera aún más ominosa, comprobaron los cargadores de sus fusiles y automáticas. Algunos reían, alzando la voz, como gastando bromas a otros. Joel no podía entender las palabras. Se apartó de la ventana y se agachó junto a Johnny Reb.

-¿Es una patrulla que se dispone a salir? -susurró.

-No, hijo -dijo el sureño-. Es un pelotón de ejecución. Acaban de darles la orden.

-¡Dios mío!

-Les seguiremos, agachados y fuera de su vista. Quizá pueda encontrar a su amigo Fitzpatrick.

Los minutos siguientes parecían sacados directamente de Kafka, pensó Joel. Los diez hombres se alinearon y salieron, dirigiéndose al edificio 2. De pronto se encendieron focos por toda la plaza de armas, evidentemente al haber apagado las luces de alarma mientras el pelotón cruzaba la zona. Dos hombres que empuñaban automáticas corrieron al edificio 4, abrieron la pesada puerta y se precipitaron dentro gritando órdenes mientras se encendían las luces.

-Alíes aufstehen! 'Raus! Mach schnell! Schnell!

Segundos más tarde empezaron a aparecer figuras demacradas y esposadas cubiertas de harapos, parpadeando al encontrarse con las fuertes luces, algunos apenas capaces de andar y sostenidos por otros más fuertes. Diez, veinte, veinticinco, treinta y dos, cuarenta... cuarenta y tres. ¡Cuarenta y tres prisioneros de Aquitania a punto de ser ejecutados! Los condujeron hacia la pared de hormigón que había frente a la plataforma, al final de la plaza de Armas.

Sucedió con la fuerza histérica de una multitud que se vuelve loca. De repente los condenados salieron corriendo en todas direcciones, mientras los que estaban más cerca de los dos guardianes de las automáticas estrellaban las manos esposadas contra sus caras estupefactas. Se oyeron disparos y tres de los prisioneros cayeron y quedaron retorciéndose en el suelo. El pelotón se echó los fusiles a la cara.

-¡Ahora, mis cazadores de alimañas! -gritó Jonny Reb mientras toda la unidad de Scharhbrn se precipitaba en la melée, haciendo fuego con sus pistolas, cuyo ruido ahogado se mezclaba con el retumbar de las armas sin silenciador.

En menos de veinte segundos aquello había terminado. Los diez soldados de Aquitania yacían en el suelo. Seis estaban muertos, tres heridos y uno de rodillas temblando de miedo. Dos de los hombres de la unidad de Scharhbrn, el piloto norteamericano y otro, tenían heridas leves.

-Connal! -rugió Joel corriendo por entre los prisioneros desperdigados, aliviado al ver que la mayor parte se movían-. ¡Fitzpatrick! ¿Dónde demonios estás?

-Por aquí, teniente -dijo una voz débil a la derecha de Converse. Joel se abrió camino por entre los cuerpos caídos y se arrodilló junto al frágil y barbudo abogado de la Marina-. Os ha costado lo vuestro llegar aquí -continuó el capitán-. Claro que los oficiales junior suelen tener muchos fallos.

-¿Qué pasó antes? -preguntó Converse-. ¡Os podían haber matado a todos!

-De eso se trataba, ¿no? Lo vimos claro anoche, de modo que pensamos que de perdidos...

-Pero ¿por qué tú? ¿Por qué todos vosotros?

-Por más vueltas que le hemos dado no hemos conseguido averiguarlo. Salvo una cosa: éramos todos oficiales senior con un permiso de treinta a cuarenta días, la mayoría de verano. ¿Qué quería decir eso?

-Era para despistar si empezaban a notar algo. Hay por ahí noventa y siete hombres en comandos de acción, todos ellos con permiso de verano. Vosotros érais casi el cincuenta por ciento de esa cifra, y presumiblemente todos por encima de cualquier sospecha. Erais una especie de garantía, y eso os salvó la vida.

De pronto Connal volvió la cabeza hacia la izquierda. Un hombre había salido del edificio 5 y corría por el camino de cemento.

-¡Es el alcaide! -gritó Fitzpatrick tan pronto como pudo reaccionar-. ¡Deténlo! ¡Si llega al segundo barracón va a volar esto entero!

Joel se incorporó y, pistola en mano, echó a correr detrás del hombre todo lo de prisa que se lo permitían sus piernas doloridas. El individuo había llegado ya a la mitad del edificio 3; le separaban menos de treinta metros de la puerta del 2. Converse hizo fuego. La bala dio muy lejos del blanco y fue a rebotar en el marco de acero de una de las ventanas. El hombre alcanzó la puerta, la abrió de un empujón y la cerró de golpe. Joel llegó corriendo y se lanzó con todo su peso contra la gruesa madera. La hoja cedió y fue a dar violentamente contra la pared. El hombre corría hacia un cuadro con caja metálica, y Converse hizo fuego frenéticamente, una y otra vez. El individuo giró sobre sí mismo, herido en las piernas, pero

había conseguido abrir el cuadro. Alargó el brazo hacia una fila de interruptores. Joel se lanzó, le agarró la mano y le golpeó la cabeza contra el suelo de piedra.

Jadeante, Converse se arrastró lejos del hombre, con las manos cubiertas de sangre cálida y la pistola, ya vacía, en el suelo. Apareció en la puerta uno de los miembros del equipo de Scharhórn.

-¿Se encuentra bien? -preguntó con un acento que Joel no pudo localizar.

-Espléndidamente -dijo Converse, que se sentía débil y enfermo.

El mercenario pasó junto a Joel y echó una ojeada al hombre inmóvil en el suelo mientras se dirigía al cuadro abierto. Lo estudió y buscó en su bolsillo una especie de pequeña herramienta multifacética. A los pocos segundos estaba sacando tornillos y quitando la cubierta metálica inferior. Momentos después, con otra parte de su herramienta, empezó a cortar los cables del fondo en sus receptáculos, hasta no dejar más que muñones de cobre.

-Tranquilo -dijo, terminada su tarea-. Soy el as de los derribos en Noruega. Ahora ya no tenemos que preocuparnos de que un cerdo extraviado pueda hacer daño. Vamos, queda mucha faena. -El hombre se detuvo y quedó erguido ante Converse-. Le debemos nuestras vidas. Se lo pagaremos.

-No es necesario -dijo Joel, incorporándose.

-Es la costumbre -replicó el hombre, ya camino de la puerta.

Fuera, en la plaza de armas, los prisioneros de Aquitania se habían sentado contra la pared, todos menos cinco, cuyos cuerpos estaban cubiertos con sábanas. Converse se acercó a Fitzpatrick.

-Los perdimos -dijo el marino con voz apenas audible.

-Piensa en las cosas en que crees, Connal. Quizá suene trivial, pero es lo único que se me ocurre.

-Es suficiente. -Fitzpatrick levantó la vista, y en sus labios se dibujó una sonrisa desvaída-. Gracias por recordármelo. Adelante. Te necesitan allí.

-¡Larson! -gritó Johnny Reb, de pie junto al guardián indemne y trémulo-. ¡Venga aquí!

El inglés cruzó vacilante la puerta de acero cercana a la pista de aterrizaje y penetró bajo los focos. Se acercó al Rebelde, mientras sus ojos recorrían la plaza de armas con expresión de asombro y consternación.

-¡Dios mío! -exclamó.

-Creo que eso lo dice todo -comentó el sureño mientras dos miembros del equipo de Scharhórn salían corriendo del edificio 5-. ¿Qué habéis encontrado?

-¡A otros siete! -gritó uno de los hombres-. ¡Están en el retrete, que es el sitio más apropiado para el miedo que tienen en el cuerpo!

-¡Oiga! -dijo Geoffrey Larson, alzando la voz-. ¿No será alguno por casualidad el tipo de la computadora?

-¡No les hemos preguntado!

-¡Pues id a preguntárselo! -ordenó el Rebelde-. ¡Se nos acaba el tiempo! -Se volvió hacia Converse-. He estado en contacto con su mujer. Las noticias que llegan de Israel y Roma son tremendas; algunos de los comandos de acción eludieron a los hombres de Stone. Las demostraciones empezaron hace una hora y ya han matado a doce miembros de gobiernos. En Jerusalén y Tel-Aviv la gente clama porque Abrahms tome el poder. En Roma la policía es incapaz de hacer frente a los disturbios y el pánico; han recurrido al Ejército.

Joel sintió aquel dolor hueco y agudo en la parte inferior del pecho y por primera vez vio luz en el cielo, más allá de los muros. Había llegado el día, y también la matanza. En todas partes.

-¡La computadora, muchacho! -rugió Johnny Reb, con la pistola pegada a la sien del guardián que tenía a sus pies-. ¡No tienes elección!

-Baracke vier!

-Danke! Está en el edificio 4. ¡Vamos, inglés! ¡Muévase!

La enorme y reluciente máquina, que ocupaba todo lo largo de la pared de cinco metros, se alzaba en un cuarto con aire filtrado. Teniendo enfrente el bloc de notas de Joel, Larson pasó nueve interminables minutos estudiándola, haciendo girar los botones selectores, manejando el teclado y accionando a manotazos los interruptores de la consola. Al fin anunció:

-Hay un bloqueo en las bobinas interiores. No pueden soltarse sin una clave de acceso.

-¡De qué diablos está hablando! -exclamó el Rebelde.

-Hay una serie de símbolos que al ser insertada libera los resortes que permiten activar los tambores bloqueados. Por eso pregunté si habría por ahí alguien experto.

Hubo un zumbido en la radio de Johnny Reb, y Converse la arrancó del pecho del sureño.

-¿Val?

¡Cariño! ¿Estás bien?

-Sí. ¿Qué está pasando?

-Radio France. Han estallado bombas en el palacio del Elíseo. Han matado a dos diputados cuando se dirigían a los mítines a primera hora. El gobierno está movilizando al Ejército.

-¡Dios Santo! ¡Corto!

Entraron dos miembros del equipo de Scharhórn trayendo por los brazos a un hombre.

-No quiso decirnos de qué se ocupaba -dijo el mercenario de la izquierda-, pero cuando los tuvimos a todos contra la pared los otros no fueron tan discretos.

El Rebelde se acercó al hombre y lo agarró por el cuello, pero Joel, con el cuchillo de caza en la mano, se apresuró a acercarse y echar a un lado al sureño.

-Me las habéis hecho pasar muy negras -dijo, levantando la hoja manchada de sangre a la altura de la nariz del hombre-. ¡Y ahora se acabó! -Le metió la punta en las fosas nasales y el especialista en computadoras gritó mientras brotaba la sangre. Después Converse volvió a levantar la hoja, ahora con la punta en la comisura del ojo derecho-. ¡Las claves o aprieto! -rugió.

-Zwei, eins, null, elf!-dijo el técnico, todavía gritando. -¡Procéselo! -aulló Joel.

-¡Ya están libres! -exclamó el inglés.

-¡Ahora los símbolos! -gritó Converse, volviendo a entregar al hombre a los invasores de Scharhórn.

Todos contemplaron con asombro las letras verdes sobre la negra pantalla de televisión. Un nombre, un grado, un puesto tras otro. Larson había pulsado el botón de impresión, y la sinuosa hoja de papel continuo escupía sin cesar centenares de filiaciones.

-¡Eso no servirá de nada! -exclamó Joel-. ¡No podemos di-fundirlo!

-No sea tan antediluviano, amigo -dijo el inglés, señalando hacia un extraño teléfono alojado en un hueco de la consola-. Es un equipo espléndido. Tenemos en el cielo esos simpáticos satélites, y puedo enviar esto a cualquiera en cualquier parte que disponga de programas compatibles. Ya no estamos en la era de Acuario, sino en la de la tecnología.

-Envíelo -dijo Converse, apoyándose contra la pared y dejándose deslizar al suelo, exhausto.

Librodot

El mundo contemplaba estupefacto el estallido de asesinatos generalizados y violencia homicida al azar. En todas partes la gente clamaba pidiendo protección, liderazgo, el fin del salvajismo que había convertido ciudades enteras en campos de batalla, mientras grupos enfrentados de ciudadanos presos del pánico empezaban peleando a pedradas y acababan por recurrir a las balas, porque eran balas lo que estaban recibiendo. Dado que pocos sabían quiénes eran sus enemigos, se suponía que lo era cualquiera que atacaba, y los atacantes estaban en todas partes, cumpliendo órdenes emanadas de invisibles puestos de mando. La policía era impotente. Después aparecieron milicias y otras fuerzas auxiliares, pero pronto se vio que ni ellas ni quienes las mandaban estaban a la altura de la situación. Habría que recurrir a medidas más drásticas para dominar el caos. Se proclamó la ley marcial en todas partes, y también en todas partes los jefes militares se dispusieron a tomar las riendas.

En Palo Alto (California), el ex general del Ejército George Marcus Delavane estaba sentado, atado a su silla de ruedas, contemplando la histeria que le transmitían tres televisores. El de la izquierda se quedó sin imagen, precedido por los gritos del personal de la unidad móvil al ser atacado súbitamente, y la unidad entera volaba con bombas de mano. En la pantalla central, una locutora, con las lágrimas corriéndole por la cara, leía con voz airada y apenas dominada las noticias de destrucción a gran escala y asesinatos sin sentido. La pantalla de la derecha mostraba a un coronel de marines entrevistado en una calle con barricadas del distrito financiero de Nueva York. Tenía en la mano su colt automático del 45 reglamentario mientras trataba de responder a las preguntas a la vez que gritaba órdenes a sus subordinados. La pantalla de la izquierda volvió a iluminarse y apareció un conocido presentador con los ojos vidriosos. Empezó a hablar, pero no pudo; se volvió en su asiento y vomitó, mientras la cámara se apartaba hacia un desprevenido redactor que gritaba al teléfono:

-¡Malditos hijos de puta! ¿Qué pasa ahora?

También él lloraba. Dio un puñetazo en la mesa y se derrumbó, dejando caer la cabeza sobre los brazos mientras todo su cuerpo se agitaba en espasmos y la pantalla volvía a oscurecerse.

Una lenta sonrisa apareció en el rostro de Delavane. Accionó bruscamente el mando a distancia para apagar los televisores de los lados y se concentró en la pantalla central. La cámara recogía a un teniente general del Ejército con casco que entraba a grandes zancadas en un gabinete de prensa en algún lugar de Washington. Se quitó el casco, fue hasta un atril y habló con voz ronca por el micrófono.

-Hemos cerrado todas las carreteras que conducen a Washington y mis palabras deben servir de aviso al personal no autorizado y los civiles. Cualquier intento de cruzar los puntos de control será repelido por la fuerza. Mis órdenes son breves y claras: tiren a matar. Mi autoridad se deriva de las facultades excepcionales que acaba de concederme el presidente del Congreso en ausencia del presidente y el vicepresidente, que han salido de la capital por motivos de seguridad. El poder está ahora a cargo de los militares, el Ejército es su portavoz, y regirá la ley marcial hasta nuevo aviso.

Delavane apagó el televisor con un gesto de triunfo.

-¡Lo conseguimos, Paul! -dijo, volviéndose a su ayudante uniformado, que estaba de pie junto al mapa de la pared-. ¡Ni siquiera los pacifistas más quejicas quieren que se revoque esa ley! Y si lo quieren...

El general de Aquitania levantó la mano derecha con el índice extendido y el pulgar hacia arriba y simuló una serie de disparos de pistola.

-Sí, está hecho -asintió el ayudante, abriendo uno de los cajones de la mesa de Delavane.

-¿Qué busca ahí?

Librodot

-Lo siento, general. Esto también hay que hacerlo.

El ayudante sacó un revólver magnum 357, pero antes de que pudiese apuntar la mano izquierda de Delavane disparó hacia arriba desde el cojín interior de la silla de ruedas. Empuñaba una automática de cañón corto, y empezó a gritar mientras disparaba cuatro veces en rápida sucesión.

-¿Crees que no he estado esperando por esto? ¡Escoria! ¡Cobarde! ¡Traidor! ¿Creéis que confío en alguno de vosotros? ¡Me doy cuenta de cómo me miráis, de cómo cuchicheáis por los pasillos! ¡Ninguno podéis soportar que sin piernas sea mejor que todos vosotros juntos! ¡Ahora ya lo sabes, escoria! ¡Y pronto lo sabrán los otros, porque se llevarán lo suyo! ¡Ejecutados por traición contra el fundador de Aquitania! ¿Creéis que ninguno merecéis la menor confianza? ¡Todos habéis querido ser lo que yo y eso es imposible!

El ayudante uniformado había caído contra la pared, sobre el mapa fragmentado. Con la boca abierta y el cuello goteando sangre, miraba fijamente con ojos muy abiertos al delirante general. Sacando fuerzas de algún íntimo reducto, levantó el potente magnum y disparó mientras se derrumbaba.

George Marcus Delavane recibió el impacto al otro lado de la habitación y le brotó del pecho una gran hemorragia, mientras la silla de ruedas giraba y volcaba, con su atado ocupante muerto.

Nadie supo a partir de cuándo, pero poco a poco, milagrosamente, empezó a disminuir el tiroteo. La restauración del orden iba acompañada por pelotones uniformados. Muchas unidades, tras haber abandonado a sus jefes, corrían por calles y edificios enfrentándose a otros hombres. Eran soldados contra soldados, y los ojos de los interrogadores, llenos de rabia y asco, miraban fijamente a aquellos rostros consumidos por la arrogancia y el desafío. Los jefes de Aquitania eran inflexibles. ¡Tenían la razón! ¿Es que no podían comprenderlo sus inferiores? Muchos se negaban a rendirse, prefiriendo hacer frente a asaltos decisivos que les costaban la vida. Otros mordían cápsulas de cianuro.

En Palo Alto (California), una leyenda sin piernas llamada George Marcus Delavane fue encontrada muerta de un disparo, pero al parecer no antes de haber podido dar muerte a su atacante, un oscuro coronel del Ejército. Nadie sabía qué había ocurrido. En el sur de Francia aparecieron en un barranco de montaña los cadáveres de otros dos héroes legendarios, a quienes, tras abandonar cierto chateau de los Alpes, alguien proporcionó un arma. Los generales Bertholdier y Leifhelm habían perdido. Otro general, Chaim Abrahms, había desaparecido. En bases militares del Próximo Oriente y de toda Europa, Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos, oficiales de alta graduación y no menos altas responsabilidades eran encañonados por subordinados que les interrogaban. ¿Pertenece a una organización llamada Aquitania? ¡Su nombre figura en cierta lista! ¡Responda! En Norfolk (Virginia), un almirante llamado Scanlon se tiró por la ventana de un sexto piso, y en San Diego (California) a otro almirante llamado Hickman se le ordenó arrestar a un capitán de navío que vivía en La Jolla. La acusación era asesinato de un oficial jurídico en las colinas que dominaban el elegante suburbio. El coronel Alan Metcalf hizo personalmente la llamada al oficial jefe de operaciones de la base aérea de Nellis. La orden fue tajante: meta en una celda de máxima seguridad al comandante encargado del mantenimiento de los aviones. En Washington, el respetado senador Mario Parelli fue sacado de los servicios por un tal capitán Guardino, del G-2 del Ejército, que se lo llevó, mientras que en el Departamento de Estado y en el Pentágono once hombres destinados en adquisición y control de armamento fueron puestos bajo vigilancia.

En Tel-Aviv, la inteligencia del Ejército israelí hizo una redada de veintitrés ayudantes y colegas del general Chaim Abrahms, y detuvo también a uno de los más brillantes analistas del Mossad. En París, treinta y un cómplices, militares y paisanos, del general Jacques-Louis

Bertholdier, incluidos los directores adjuntos de la Súreté y la Interpol, fueron incomunicados, y en Bonn se detuvo a no menos de cincuenta y siete colegas del general Erich Leifhelm, entre ellos antiguos jefes de la Wehrmacht y oficiales actuales del Ejército de la República Federal y de su Luftwaffe. También en Bonn, la guardia del cuerpo de marines de la Embajada norteamericana, siguiendo órdenes del Departamento de Estado, detuvo a cuatro agregados, entre ellos el encargado de asuntos militares, comandante Norman Anthony Washburn IV.

Y así en todas partes. La locura febril que era Aquitania fue rota por legiones de esos mismos militares que los generales suponían iban a llevarlos al poder absoluto a escala planetaria. Al caer la noche, las armas habían callado y la gente empezaba á salir de sus barricadas, sótanos, estaciones del metro, edificios vallados, estaciones del ferrocarril y cuantos refugios habían podido encontrar. Vagaban por las calles petrificados, preguntándose qué había ocurrido, mientras vehículos con altavoces recorrían las ciudades informando a sus habitantes de que la crisis había pasado. En Tel-Aviv, París, Bonn, Londres, y al otro lado del Atlántico, en Toronto, Nueva York, Washington y puntos situados más al oeste, se encendieron las luces, pero el mundo no había vuelto a la normalidad. Una fuerza terrible había golpeado en medio de un clamor universal por la paz. ¿Qué era? ¿Qué había pasado?

Al día siguiente se lo explicarían, gritaban los altavoces en una docena de idiomas diferentes, rogando paciencia a los ciudadanos. El momento elegido era las tres de la tarde, hora de Greenwich, correspondientes a las diez de la mañana en Washington y las siete en Los Angeles. Durante la noche y las primeras horas de la mañana, en todos los usos horarios, jefes de Estado conferenciaron por teléfono hasta que los textos de todas las declaraciones fueron en esencia los mismos. A las 10.03 se escuchó al fin la voz del presidente de Estados Unidos.

-En el día de ayer, una ola de violencia sin precedentes azotó al mundo libre segando vidas, paralizando gobiernos, creando un clima de terror que estuvo a punto de costar a las naciones libres de todo el mundo su libertad y pudo haberlas llevado a buscar soluciones donde no deberían ser buscadas en las sociedades democráticas, es decir, a convertirnos en estados policíacos, poniendo las riendas en manos de hombres que someterían al pueblo libre a su voluntad militar colectiva. Fue una conspiración organizada, encabezada por hombres dementes y engañados que buscaban el poder por el poder, dispuestos a sacrificar incluso a sus compañeros de conspiración para conseguirlo, y a engañar a otros a quienes se hizo creer que ése era el camino del futuro, la respuesta a los graves problemas del mundo. No lo es, y nunca podrá serlo.

»A medida que pasen los días y las semanas, que esos acontecimientos terribles vayan quedando atrás, se os irán mostrando los hechos. Porque esto ha sido una advertencia, que ha costado mucha sangre y una gran pérdida de confianza en nuestras instituciones. No obstante, os recuerdo que esas instituciones han prevalecido. Y prevalecerán.

»Dentro de una hora se iniciarán una serie de reuniones en las que tomarán parte la Casa Blanca, los departamentos de Estado y Defensa, los jefes de la mayoría y la minoría del Congreso y el Senado y el Consejo Nacional de Seguridad. A partir de mañana, de acuerdo con otros gobiernos, se publicarán diariamente informes hasta que lleguéis a conocer todo lo ocurrido.

»La pesadilla ha terminado. Que el sol de la verdad nos guíe y disipe las tinieblas.

A la mañana siguiente, el director adjunto de la Agencia Central de Inteligencia, Peter Stone, el capitán Howard Packard y el alférez de navío William Landis fueron llevados al Despacho Oval para una ceremonia privada. Los honores concretos que se les concedieron nunca llegaron a hacerse públicos, pues no había razón para ello. Todos, con profundo respeto y gratitud, y sin ningún pesar, se negaron a aceptarlos, alegando que cualesquiera honores a

Librodot

que hubiese lugar correspondían a un hombre que no residía en ese momento en Estados Unidos.

Unas semanas después, en Los Ángeles (California), un actor llamado Caleb Dowling asombró a los productores de un programa de televisión llamado Santa Fe anunciándoles que le dejaba, con efectos antes del comienzo de la nueva temporada. No hubo oferta capaz de hacerle desistir, y se limitó a alegar que no tenía bastante tiempo para estar con su mujer. Iban a viajar, solos. Y si alguna vez se les acababa el dinero, qué diablos, siempre podría ella escribir a máquina y él enseñar. Juntos. Ciao, amigos.

Librodot

EPÍLOGO

Ginebra. Ciudad de la inconstancia y los brillantes reflejos,

Joel y Valerie Converse estaban sentados en la mesa donde había empezado todo, junto a la destellante barandilla metálica de Le Chat Botté. El tráfico a la orilla del lago, en el Quai du Mont-Blanc, era disciplinado, sin prisas, con el civismo moderando las ganas de llegar. Se daban cuenta de las miradas que los viandantes dirigían al pasar a Joel. Está aht, decían sus ojos. Es él. Se rumoreaba que vivía en Ginebra, al menos por algún tiempo.

Hubo un acuerdo previo para que el segundo de los informes publicados en todo el mundo libre hiciese una referencia directa pero -por empeño de Converse- breve a su papel en la tragedia que había sido Aquitania. Exonerado de todas las acusaciones, los sambenitos que le habían colgado fueron levantados y refutados, y reconocida la deuda con él, aunque sin entrar en detalles, por motivos de seguridad de la OTAN. Se negó a conceder entrevistas, y no le gustó nada que los medios de comunicación sacasen a relucir sus experiencias en el Sudeste asiático y especulasen sobre su posible relación con el drama de los generales. Pero le consolaba saber que, si el interés por él no había tardado en decaer hacía años, otro tanto ocurraía ahora, y aún más en Ginebra, ciudad donde el ir al grano era ley.

Habían alquilado una casa frente al lago, propiedad de un pintor con un estudio sobre la ladera que daba al agua y una claraboya por la que entraba el sol de la mañana a la noche. La casa de la playa de Cape Ann estaba cerrada y de nuevo en manos del corredor de fincas de Boston, una vez pagado el alquiler completo. La amiga y vecina de Val le había empaquetado la ropa y todas sus pinturas y pinceles y su caballete favorito y se lo había enviado por avión a Ginebra. Valerie pintaba varias horas por las mañanas, más feliz que nunca en su vida, y permitía que su marido comprobase a diario sus progresos. El los consideraba muy aceptables, aunque en una ocasión se preguntó en alta voz si habría mercado para las « laguinas» como lo había para las marinas. Le costó dos días quitarse las manchas de pintura del pelo.

Tampoco Joel estaba sin trabajo; formaba él solo la rama europea de Talbot, Brooks y Simon. No obstante, los ingresos no le preocupaban demasiado, pues Converse nunca se había tenido ni remotamente por uno de esos abogados del cine y la televisión, que rara vez cobran honorarios. Dado que se habían recurrido a sus dotes jurídicas para obtener unas pruebas cruciales, había cobrado a los gobiernos más importantes unos razonables 400 000 dólares y a los otros 250 000. Ninguno discutió. El total ascendía a más de 2,5 millones, ahora a salvo en una cuenta suiza.

-¿En qué estás pensando? -preguntó Valerie, cogiéndole la mano.

-En Chaim Abrahrns y Derek Belamy. No han aparecido, siguen por ahí, y me pregunto si aparecerán alguna vez. Espero que sí, porque hasta entonces esto no habrá terminado realmente.

-Si ha terminado, Joel. Tienes que convencerte. Pero no hablaba de eso. Me refería a ti. ¿Cómo te sientes?

-No estoy seguro. Sólo sabía que tenía que venir aquí y averiguarlo. -La miró a los ojos, y a la oscura melena que le caía sobre los hombros, encuadrando aquel rostro tan querido-. Vacío, creo, excepto por ti.

-¿Ya no hay rabia ni resentimiento?

-No contra Avery, ni contra Stone y los demás. Eso ya pasó. Hicieron lo que tenían que hacer; no había otro camino. -Eres mucho más generoso que yo, cariño.

-Sólo más realista. Las pruebas tenían que ser conseguidas desde fuera, por alguien decidido a averiguar qué había allí. Dentro era todo demasiado denso, demasiado letal.

-Pienso que fueron unos bastardos. Y unos cobardes.

-Yo no. Creo que deberían ser canonizados, inmortalizados en bronce y en poemas escritos sobre ellos siglo tras siglo.

-¡Qué tonterías! ¿Cómo puedes decir semejante cosa? Joel volvió a mirar a su mujer a los ojos.

-Porque estás aquí, y yo también. Y estás pintando laguinas, no marinas. Y yo no estoy en Nueva York, ni tú en Cape Ann. Y no tengo que estar preocupado por ti, y esperando que tú lo estés por mí.

-Si al menos hubiese habido otra mujer u otro hombre... Hubiera sido mucho más fácil, mucho más lógico, cariño.

-Fuiste siempre tú. Sólo tú.

-Intenta librarte de mí otra vez -dijo Converse.

-Imposible, Converse.

Cogidos de las manos, dejaron sin pudor asomar las lágrimas a sus ojos. Había terminado la pesadilla.

F I N

Librodot